

Marcel Proust

**En Busca del
Tiempo Perdido
4**

**SODOMA
Y
GOMORRA**



E. Santiago Rueda
EDITOR

INDICE

▣ Capítulo I

▣ Capítulo II

Las intermitencias del corazón

▣ Capítulo III

▣ Capítulo IV

▣ Capítulo V

▣ Notas

En busca del tiempo perdido

4

Sodoma y Gomorra

Marcel Proust

Traducción: Pedro Salinas

E. Santiago Rueda
EDICIONES

Edición Impresa

Traducción: Pedro Salinas

Diseño de Tapa: Libronauta.com

© 2000 by E. Santiago Rueda Editor

Buenos Aires, Argentina

Título del original francés: «Sodome et gomorrhe»

Queda hecho el depósito de Ley 11.723

I.S.B.N. 950-564-036-6

Edición Digital

Construcción y diseño a cargo de

Libronauta.com

© by E. Santiago Rueda Editor

Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito de Ley 11.723

I.S.B.N. 950-564-058-7

D.O.I. 000-000-000-0

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización por escrito de E. Santiago Rueda Editor y Libronauta Argentina S.A., la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

CAPÍTULO I

Primera aparición de los hombres-mujeres, descendientes de aquellos habitantes de Sodoma que fueron perdonados por el fuego del cielo

La mujer tendrá a Gomorra y el hombre tendrá a Sodoma.

ALFREDO DE VIGNY

Se sabe que mucho antes de ir aquel día (el día en que se celebraba la recepción de la princesa de Guermantes) a hacer al duque y a la duquesa la visita que acabo de referir, había vigilado yo su vuelta y llevado a cabo, durante mi acecho, un descubrimiento, que concernía particularmente al señor de Charlus, pero tan importante en si mismo que hasta aquí, hasta el momento de poder darle el lugar y la extensión deseados, he diferido su relato. Como ya he dicho, había abandonado el maravilloso punto de vista, tan cómodamente dispuesto en los altos de la casa, desde donde se abarcan las cuestas accidentadas por donde se sube hasta el palacio de Bréquigny y que están alegremente decoradas a la italiana por el campanil rosa de la cochera perteneciente al marqués de Frécourt. Me había parecido más práctico, al pensar en que el duque y la duquesa estaban a punto de volver, apostarme en la escalera. Echaba un tanto de menos mi retiro de altura, Pero a aquella hora, que era la que sigue al almuerzo,

no era tanto lo que tenía que echar de menos, ya que no hubiera visto como por la mañana a los minúsculos personajes de cuadro, en que se convertían a distancia los lacayos del palacio de Bréquigny y de Tresmes, emprender la lenta ascensión de la abrupta pendiente, con un plumero en la mano, entre las anchas hojas de mica transparente que tan curiosamente se destacaban sobre los contrafuertes rojos. A falta de la contemplación del geólogo, tenía por lo menos la del botánico, y miraba por las ventanas de la escalera el arbustillo de la duquesa y la planta preciosa expuestos en el patio con esa insistencia con que se hace salir a la gente casadera, y me preguntaba si el improbable insecto iría, por una casualidad providencial, a visitar el pistilo ofrecido y abandonado. Como la curiosidad me envalentonase poco a poco, descendí hasta la ventana del piso bajo, también abierta, y cuyos postigos estaban cerrados a medias. Oía claramente a Jupien, que se disponía a salir y que no podía descubrirme detrás de mi cortinilla, tras la cual permanecí inmóvil hasta el momento en que me hice bruscamente atrás, ladeándome por temor a ser visto por el señor de Charlus, que, yendo a casa de la señora de Villeparisis, cruzaba lentamente el patio, embarneado, avejentado por la cruda luz del día, y canoso. Se había necesitado una indisposición de la señora de Villeparisis (consecuencia de la enfermedad del marqués de Fierbois, con quien estaba el barón personalmente reñido a muerte) para que el señor de Charlus hiciese una visita, acaso por primera vez en su existencia, a aquella hora. Porque con esa singularidad de los Guermantes, que, en lugar de adaptarse a la vida mundana, la modificaban de acuerdo a sus costumbres personales (no mundanas, creían, y dignas, por consiguiente, de que se humillase ante ellas esa cosa sin

valor que es la mundanidad —así, es como la señora de Villeparisis no tenía señalado día de recibo, pero recibía todas las mañanas a sus amigas, desde las diez hasta mediodía), el barón, que reservaba ese tiempo a la lectura, a la busca de chucherías antiguas, etc., sólo hacía visitas entre cuatro y seis de la tarde. A las seis iba al *Jockey* o a pasearse por el Bosque. Al cabo de un instante hice un nuevo movimiento de retroceso para que no me viera Jupien; pronto sería su hora de salir para la oficina, de donde no volvía sino para cenar, y aun eso no siempre desde que, hacía una semana, su sobrina había ido al campo con sus aprendizas a casa de una cliente, para terminar un vestido. Después, dándome cuenta que nadie podía verme, resolví no volver a moverme por miedo de perder, si debía producirse el milagro, la llegada, casi imposible de esperar (a través de tantos obstáculos de distancia, de riesgos opuestos, de peligros), del insecto enviado desde tan lejos como embajador a la virgen que desde hacía tanto tiempo prolongaba su espera. Sabía yo que esta espera no era más pasiva que en la flor macho, cuyos estambres se habían vuelto espontáneamente para que el insecto pudiera recibirla más fácilmente; ni más ni menos que la flor hembra que estaba aquí, si el insecto venía, arquearía coquetamente sus “estilos”, y para ser mejor penetrada por él andaría imperceptiblemente, como una jovencita hipócrita pero ardiente, la mitad del camino. Las leyes del mundo vegetal regidas están a su vez por leyes cada vez más altas. Si la visita de un insecto, es decir, el aporte de la semilla de otra flor, es habitualmente necesaria para fecundar una flor, es porque la autofecundación, la fecundación de la flor por sí misma, como los matrimonios repetidos en una misma familia, traería la degeneración y la esterilidad, mientras que la

cruza operada por los insectos da a las generaciones sucesivas de la misma especie un vigor desconocido de sus mayores. Sin embargo, este impulso puede ser excesivo y desarrollarse la especie desmesuradamente; entonces, así como una antitoxina defiende contra una enfermedad, así como la tiroides regula nuestra gordura como la derrota viene a castigar el orgullo, el cansancio al placer y como el sueño descansa, a su vez, de la fatiga, así un acto excepcional de autofecundación acude en el momento indicado a dar su vuelta de rosca, su frenazo, vuelve a la norma a la flor que se había salido exageradamente de ella. Mis reflexiones habían seguido una pendiente que describiré más tarde, y ya había sacado yo de la aparente astucia de las flores una consecuencia sobre toda una parte inconsciente de la obra literaria, cuando vi al señor de Charlus que volvía a salir de casa de la marquesa. No habían pasado más que unos minutos desde su entrada. Quizás hubiera sabido por su anciana parienta en persona, o solamente por algún criado, la gran mejoría o más bien la curación completa de lo que no había sido en la señora de Villeparisis más que un malestar. En ese momento, en que no creía ser contemplado por nadie, con los párpados entornados contra el sol, el señor de Charlus había aflojado en su rostro aquella tensión, había amortiguado aquella vitalidad ficticia que mantenían en él la animación de la charla y la fuerza de voluntad. Pálido como un mármol, tenía una nariz vigorosa, sus finos rasgos ya no recibían de una mirada voluntariosa una significación diferente que alterase la belleza de su modelado; nada más que un Guermites, parecía esculpido ya, él, Palamedes XV, en la capilla de Combray. Pero estos rasgos generales de toda una familia cobraban, sin embargo, en el rostro del

señor de Charlus, una finura más espiritualizada, más dulce, sobre todo. Lamentaba yo por él que adulterase habitualmente con tantas violencias, rarezas desagradables, comadrerías, dureza, susceptibilidad y arrogancia; que ocultase bajo una brutalidad postiza la amabilidad, la bondad que en el momento en que salía de casa de la señora de Villeparisis veía yo derramarse tan cándidamente por su semblante. Guiñando los ojos contra el sol, casi parecía sonreír; vista así su cara en reposo y como al natural, le encontré un no sé qué tan afectuoso, tan desarmado, que no pude menos de pensar cuánto se hubiera irritado el señor de Charlus de haber podido saber que alguien le estaba mirando; porque en lo que me hacía pensar este hombre que estaba tan prendado, que tanto alardeaba de virilidad, a quien todo el mundo le parecía odiosamente afeminado, en lo que me hacía pensar de pronto, a tal punto tenía pasajeraamente los rasgos, la expresión y la sonrisa, era en una mujer.

Iba a apartarme de nuevo para que no pudiese reparar en mí; no tuve tiempo ni necesidad de ello. ¡Lo que vi! Cara a cara, en aquel patio en que evidentemente no se habían encontrado nunca (ya que el señor de Charlus no venía al palacio de los Guermantes sino por la tarde, a las horas en que Jupien estaba en su oficina), el barón, que había abierto de par en par, de pronto, sus ojos entornados, miraba con extraordinaria atención al antiguo chalequero, a la puerta de su tienda, mientras el último, clavado súbitamente en el sitio ante el señor de Charlus, arraigado como una planta, contemplaba con expresión maravillada la corpulencia del barón camino de la vejez. Pero, cosa más asombrosa aún: como la actitud del señor de Charlus cambiase, la de Jupien, inmediatamente, cual si obedeciese a las leyes de

un arte secreto, se puso en armonía con ella. El barón, que trataba ahora de disimular la impresión que había sentido, pero que, a pesar de su afectada indiferencia, parecía no alejarse sino de mala gana, iba y venía, miraba al vacío de la manera que a él le parecía resaltaba más la belleza de sus pupilas, adoptaba un aire fatuo, negligente, ridículo.

Ahora bien; Jupien, perdiendo enseguida la expresión humilde y bondadosa que yo le había conocido siempre, había —en simetría perfecta con el barón— erguido la cabeza, daba a su talle un porte favorable, apoyaba con grotesca impertinencia el puño en la cadera, hacía salir su trasero, adoptaba actitudes con la coquetería que hubiera podido tener la orquídea para con el abejorro providencialmente aparecido. Yo no sabía que pudiese presentar un aspecto tan antipático. Pero ignoraba asimismo que fuese capaz de representar de improviso su papel en esta suerte de escena de los dos mudos, que (aunque se hallase por vez primera en presencia del señor de Charlus) parecía haber sido largamente ensayada —no se llega espontáneamente a esa perfección más que cuando uno encuentra en el extranjero a un compatriota, con el cual, entonces, se produce por sí misma la inteligencia, ya que el trujamán es idéntico, y sin que ninguno de los dos se haya visto nunca, sin embargo. Esta escena no era, por lo demás, positivamente cómica; estaba teñida de una rareza, o si se quiere, de una naturalidad, cuya belleza iba en aumento. Por más que adoptara el señor de Charlus un continente de indiferencia, bajaba distraídamente los párpados, de cuando en cuando los alzaba, y lanzaba entonces a Jupien una mirada atenta. Pero (sin duda porque pensaba que una escena como aquella no podía prolongarse indefinidamente en aquel lugar, ya fuese por razones que se

comprenderán más tarde, o, en fin, por ese sentimiento de la brevedad de todas las cosas que hace que se quiera que cada tiro dé en el blanco, y que hace tan conmovedor el espectáculo de todo amor) cada vez que el señor de Charlus miraba a Jupien, se las arreglaba para que su mirada fuese acompañada de una palabra, lo que la hacía infinitamente distinta de las miradas dirigidas habitualmente a una persona que se conoce o no se conoce; miraba a Jupien con la fijeza peculiar del que va a decirle a uno: “Perdóneme la indiscreción, pero lleva usted una hilacha blanca y larga que le cuelga en la espalda”, o bien: “No debo de estar equivocado, usted debe de ser también de Zurich; me parece que me he encontrado a menudo con usted en casa del anticuario”. Así, cada dos minutos, la misma pregunta parecía intensamente formulada a Jupien en la ojeada del señor de Charlus, como esas frases interrogativas de Beethoven, repetidas infinitamente, a intervalos iguales, y destinadas —como un lujo exagerado de preparativos— a traer un nuevo motivo, un cambio de tono, una “vuelta”. Pero precisamente la belleza de las miradas del señor de Charlus y de Jupien provenía, por el contrario, de que, provisionalmente al menos, esas miradas no parecían tener por finalidad conducir a nada. Era la primera vez que veía yo al barón y a Jupien manifestar tal belleza. En los ojos del uno y del otro lo que acababa de surgir era el cielo, no de Zurich, sino de alguna ciudad oriental cuyo nombre aún no habla adivinado yo. Cualquiera que fuese el punto que pudiera detener al señor de Charlus y al chalequero, su acuerdo parecía concluido, y que aquellas inútiles miradas no fuesen más que preludios rituales, semejantes a las fiestas que se celebran antes de un matrimonio ya concertado. Más cerca aún de la naturaleza —y la misma mul-

tipicidad de estas comparaciones es tanto más natural cuanto que un mismo hombre, si se le examina durante algunos minutos, parece sucesivamente un hombre, un hombre-pájaro o un hombre-insecto, etc. se hubieran dicho dos pájaros, macho y hembra; el macho, tratando de avanzar, sin que la hembra Jupien respondiese ya a este manejo con el menor signo, sino mirando a su nuevo amigo sin asombro, con una fijeza distraída, considerada sin duda más turbadora y la única útil, desde el momento en que el macho había dado los primeros pasos, y se contentaba con alisarse las plumas. Por fin, la indiferencia de Jupien no pareció bastarle ya; de esta certeza de haber conquistado, a hacerse perseguir y desear, no había más que un paso, y Jupien, decidiendo encaminarse a su trabajo, salió por la puerta cochera. No sin haber vuelto antes dos o tres veces la cabeza se escapó a la calle, adonde el barón, temblando perder su pista (silboteando con aire fanfarrón, no sin gritar “hasta la vista” al portero que, medio ebrio y ocupado en atender a unos invitados en el cuartito inmediato a su cocina, ni siquiera le oyó), se lanzó rápidamente para alcanzarle. En el mismo instante en que el señor de Charlus había traspuesto la puerta silbando como un abejorro, otro, éste de veras, entraba en el patio. Quién sabe si no era el esperado desde hacía tanto tiempo por la orquídea, y que venía a traerle el polen tan raro sin el que permanecería virgen. Pero me distraje de seguir los jugueteos del insecto, porque al cabo de unos minutos, solicitando aún más mi atención, Jupien (acaso para recoger un paquete que se llevó más tarde y que, con la emoción que le había causado la aparición del señor de Charlus, había olvidado; acaso sencillamente por una razón más natural) volvió, seguido por el barón. Este, decidido a apresurar

las cosas, pidió lumbre al chalequero, pero observó inmediatamente: “Le pido a usted lumbre, pero veo que me he dejado olvidados los cigarros”. Las leyes de la hospitalidad triunfaron de las reglas de la coquetería: “Entre usted, se le dará todo lo que quiera”, dijo el chalequero, en cuyo semblante el desdén dejó paso al júbilo. La puerta de la tienda volvió a cerrarse tras ellos, y ya no pude oír nada. Había perdido de vista al abejorro, no sabía si era el insecto que necesitaba la orquídea, pero ya no dudaba, por lo que hacía a un insecto rarísimo y a una flor cautiva, de la posibilidad milagrosa de que se uniesen, cuando el señor de Charlus (simple comparación en cuanto a los azares providenciales, cualesquiera que sean, y sin la menor pretensión científica de relacionar ciertas leyes de la botánica y de lo que se llama a veces, muy mal, la homosexualidad), que, desde hacía varios años, no venía a esta casa sino a las horas en que Jupien no estaba en ella, por la casualidad de una indisposición de la señora de Villeparisis había encontrado al chalequero y con él la aventura reservada a los hombres del género del barón por uno de esos seres que pueden incluso ser, como ya se verá, infinitamente más jóvenes que Jupien y más hermosos, el hombre predestinado para que aquellos tengan su porción de voluptuosidad en esta tierra: el hombre que sólo ama a los ancianos.

Lo que acabo de decir, por lo demás, aquí, es lo que no había de comprender yo hasta unos minutos más tarde; a tal punto se adhieren a la realidad estas propiedades de ser invisible, hasta que una circunstancia la haya despojado de ellas. Como quiera que fuese, por el momento me sentía muy fastidiado al no poder escuchar ya la conversación del antiguo chalequero y del barón. Entonces reparé

en la tienda por alquilar, separada únicamente de la de Jupien por un tabique sumamente delgado. Para trasladarme a ella no tenía más que volver a nuestro departamento, ir a la cocina, bajar por la escalera de servicio hasta los sótanos, seguir por éstos interiormente por todo el ancho del patio, y al llegar a la parte del subsuelo, donde el ebanista hacía aún unos meses aserraba sus maderas, donde Jupien pensaba guardar su carbón, subir los escasos peldaños que daban acceso al interior de la tienda. Así hada a cubierto todo mi camino, y nadie me vería. Era el medio más prudente. No fue el que adopté, sino que, pegándome a las paredes, di la vuelta, a/aire libre, al patio, tratando de no ser visto. Si no lo fui, creo que lo debo más a la casualidad que a mi cautela. Y en cuanto al hecho de haberme resuelto a una decisión tan imprudente, cuando era tan seguro el camino por el sótano, veo tres motivos posibles de ello, suponiendo que hubiese alguno. Mi impaciencia, primeramente. Luego acaso una oscura remembranza de la escena de Montjouvain, escondido ante la ventana de la señorita de Vinteuil. En rigor, las cosas de este género a que asistí tuvieron siempre, en la escenografía, el carácter más imprudente y menos verosímil, como si revelaciones tales no debieran ser sino la recompensa de un acto lleno de riesgos, aunque en parte clandestino. Por último, me atrevo apenas, a causa de su carácter de chiquillada, a confesar el tercer motivo, que fue, a lo que creo, inconscientemente determinante. Desde que por seguir y ver desmentirse los principios militares de Saint-Loup, había seguido con todo detalle la guerra de los boers, me había visto inducido a leer antiguos relatos de exploraciones y de viajes. Estas narraciones me habían apasionado y las aplicaba a la vida corriente para darme más ánimos.

Cuando los ataques me habían forzado a permanecer varios días y varias noches sucesivas no sólo sin dormir, pero sin echarme, sin beber ni comer, en el instante en que el agotamiento y los sufrimientos llegaban a ser tales que creía que jamás saldría de ellos, pensaba en tal viajero arrojado sobre la playa, envenenado por hierbas ponzoñosas, tiritando de fiebre bajo sus vestiduras empapadas por el agua del mar y que, sin embargo, se encontraba mejor al cabo de dos días, emprendía de nuevo su camino a la ventura, en busca de unos habitantes cualesquiera, que acaso fuesen antropófagos. Su ejemplo me tonificaba, me devolvía las esperanzas, y sentía vergüenza de haber tenido un instante de desaliento. Al pensar en los boers que, teniendo frente a sí ejércitos ingleses, no temían exponerse en el momento en que había que atravesar, antes de volver a encontrar una espesura, zonas de campo raso: “Bueno fuera pensaba que fuese yo más pusilánime, cuando el teatro de operaciones es simplemente nuestro propio patio, y cuando yo, que me he batido varias veces en duelo sin ningún temor en el momento del asunto Dreyfus, no tengo que temer otra espada que la de las miradas de los vecinos, que tienen algo más que hacer que mirar al patio”.

Pero cuando estuve en la tienda, evitando hacer crujir el piso, dándome cuenta que el menor crujido de la tienda de Jupien se oía desde la mía, pensé en lo imprudentes que habían sido Jupien y el señor de Charlus, y hasta qué punto les había ayudado la suerte.

No me atrevía a moverme. El palafrenero de los Guermantes, aprovechando sin duda su ausencia, había trasladado a la tienda en que me encontraba yo, una escalera de mano, guardada hasta entonces en la cochera. Y si yo me hubiera subido a ella habría podido

abrir la *ventanita* y oír como si hubiera estado en casa del mismo Jupien. Pero temía hacer ruido. Por lo demás, era inútil. Ni siquiera tuve que lamentar no haber llegado hasta después de algunos minutos a mi tienda. Porque a juzgar por lo que oí en los primeros momentos en la de Jupien, que no fue más que algunos sonidos inarticulados, supongo que fueron *pronunciadas pocas* palabras. Verdad es que esos sonidos eran tan violentos, que si no hubiesen sido repetidos siempre una octava más alto por un quejido paralelo, hubiera podido yo creer que una persona degollaba a otra cerca de mí y que luego el asesino y su víctima, resucitada, tomaban un baño para borrar las huellas del crimen. Deduje más tarde de ello que hay una cosa tan ruidosa como el dolor: el placer, sobre todo cuando se añaden a él —a falta del temor de tener hijos, caso que no podía darse aquí, a pesar del ejemplo poco convincente de la Leyenda Dorada cuidados inmediatos de aseo. Por fin, al cabo, aproximadamente, de media hora (durante la cual me había encaramado a paso de lobo a mi escalera de mano para ver por la *ventanita*, que no abrí), se entabló una conversación. Jupien rechazaba enérgicamente el dinero que el señor de Charlus quería darle.

A la media hora, el señor de Charlus volvió a salir: “¿Por qué lleva usted afeitada de esa manera la barbilla? dijo Jupien al barón en tono de mimo. ¡Es tan hermosa una barba corrida!” “¡Uf! ¡Es repugnante!”, respondió el barón. Así y todo se quedaba en el umbral de la puerta y le pedía a Jupien informes del barrio. “¿No sabe usted nada del castaño de la esquina? No, el de la izquierda no, es horrible; el del lado de los pares, un mocetón moreno. Y el farmacéutico de enfrente tiene un ciclista muy simpático, que reparte las, medicinas”. Estas preguntas molestaron sin duda a Jupien, porque, irguiéndose

con el despecho de una gran coqueta traicionada, respondió: “Veo que tiene usted un corazón de alcachofa”. Proferido en un tono dolorido, glacial y amanerado, este reproche fue, sin duda, sensible para el señor de Charlus, que, para borrar la mala impresión que había producido su curiosidad, dirigió a Jupien, demasiado bajo para que yo distinguiese bien las palabras, un ruego que exigiría indudablemente que prolongasen su permanencia en la tienda y que conmovió suficientemente al chalequero como para disipar su pena, porque se quedó mirando al barón a la cara, crasa y congestionada bajo los cabellos grises, con la expresión inundada de felicidad de alguien cuyo amor propio acaba de ser lisonjeado profundamente, y decidiéndose a conceder al señor de Charlus lo que éste acababa de pedirle, Jupien, después de algunas observaciones faltas de distinción como: “¡Vaya un trasero gordo”, dijo al barón con expresión *sonriente*, conmovida, superior y agradecida: “¡Bueno, si, anda, grandísimo chiquilín!”.

“Si insisto en la cuestión del conductor de tranvía *continuó* el señor de Charlus con tenacidad es porque, aparte de todo, podría tener algún interés para la vuelta. Me sucede, en efecto, como al califa que recorría las calles de Bagdad y todo el mundo lo tomaba por un simple mercader, que condesciendo hasta seguir alguna curiosa personilla cuya silueta me guste”. Aquí hice la misma observación que había hecho acerca de Bergotte. Si alguna vez tuviese él que responder ante un tribunal, no usaría frases adecuadas para convencer a los jueces, sino las frases bergotescas que su peculiar temperamento literario le sugería naturalmente, haciéndole encontrar un deleite en su empleo. Análogamente, el señor de Charlus se servía para

con el chalequero del mismo lenguaje que hubiera utilizado con gentes de mundo de su grupo, exagerando inclusive sus tics, ya porque la timidez contra la que se esforzaba por luchar le empujase a un orgullo excesivo, ya porque, impidiéndole dominarse (porque se siente uno más cohibido ante quien no es de nuestro propio medio), le forzase a revelar, a poner al desnudo su naturaleza, que era, en efecto, orgullosa y un tanto alocada, como decía la señora de Guermantes. “Por no perder su pista continuó brinco como un profesorcito, como un médico joven y guapo, al mismo tranvía que la personilla, de que hablamos aquí en femenino sólo por seguir la regla (como se dice al hablar de un príncipe: ¿Se encuentra bien Su Alteza?) Si cambia de tranvía, tomo, quizá con los microbios de la peste, esa cosa increíble que se llama “combinación”, un número, y que, aun cuando me lo entreguen a mí, no siempre es el número 1. Así cambio hasta tres, hasta cuatro veces de “coche”. Suelo llegar a las once de la noche a la estación de Orleáns, ¡y hay que volver! ¡Y si a lo menos fuera tan sólo de la estación de Orleáns! Pero una vez, por ejemplo, como no pude entablar conversación antes, llegué hasta el mismo Orleáns, en uno de esos vagones espantosos en que tiene uno por toda vista, entre unos triángulos de labores que llaman “de malla”, la fotografía de las principales obras maestras de arquitectura de la red. No quedaba más que un sitio libre: frente a mí tenía, como monumento histórico, una “vista” de la catedral de Orleáns, que es la más fea de Francia, y que resultaba tan cansadora de contemplar así contra gusto como si me hubieran obligado a estar mirando sus torres en la bolita de vidrio de uno de esos portaplumas ópticos que producen oftalmias. Me apeé en Aubrais al mismo tiempo que mi mocito, a quien, ¡ay!, su

familia (cuando yo le suponía todos los defectos menos el de tener una familia) esperaba en el andén. No tuve más consuelo, mientras esperaba el tren que me devolviera a París, que la casa de Diana de Poitiers. Por más que ésta haya hechizado a uno de mis reales antepasados, hubiera preferido una belleza más viva. Por eso, para poner remedio al aburrimiento de esos viajes de vuelta que tengo que hacer solo, me gustaría bastante conocer algún mozo de los coche camas, algún conductor de tren mixto. Por lo demás, no le extraña a usted concluyó el barón, todo esto es cuestión de género. En cuanto a los jóvenes del gran mundo, por ejemplo, no deseo ninguna posesión física, pero no estoy tranquilo hasta que les he tocado, no quiero decir materialmente, sino cuando les he tocado la cuerda sensible. Una vez que, en lugar de dejar mis cartas sin respuesta, no cesa ya de escribirme un joven, en cuanto está a mi disposición moral, quedo apaciguado, o por lo menos lo estaría si pronto no me dominase la preocupación por otro. No deja de ser curioso, ¿verdad? A propósito de jóvenes del gran mundo, ¿no conoce usted a alguno entre los que vienen por aquí?” —¿No, rico. ¡Ah, sí! Uno morocho, muy alto, con monóculo, que siempre está riendo y volviéndose”. “—No caigo en quién quiere decir usted”. Jupien completó el retrato; el señor de Charlus no podía llegar a acertar de quién se trataba, porque ignoraba que el antiguo chalequero era una de esas personas, más numerosas de lo que se cree, que no recuerdan el color del pelo de la gente a quien conocen poco. Pero a mí, que conocía este achaque de Jupien y que sustituía moreno por rubio, me pareció que el retrato se refería exactamente al duque de Châtellerault. “Volviendo a los jóvenes que no pertenecen al pueblo repuso el barón, en este momento me tiene

sorbido el seso un hombrecillo extraño, un burguesito inteligente, que me da muestras de una prodigiosa incivilidad. No tiene ni remotamente noción del prodigioso personaje que soy yo y del vibrión microscópico que representa él. Después de todo, ¿qué importa?; ese borriquito puede rebuznar cuanto le plazca ante mi augusta vestidura de obispo”. “¡Obispo! exclamó Jupien, que no había comprendido nada de las últimas frases que acababa de pronunciar el señor de Charlus, pero a quien la palabra obispo dejó estupefacto. Pero eso no va muy bien con la religión”, dijo. “Tengo tres papas en mi familia —respondió el señor de Charlus— y derecho a vestir de rojo, por un título cardenalicio, ya que la sobrina de mi tío abuelo el cardenal trajo a mi abuelo el título de duque, que le fue sustituido. Veo que las metáforas le dejan a usted sordo e indiferente la historia de Francia. Por lo demás añadió, no tanto acaso a modo de conclusión cuanto de advertencia, esa atracción que ejercen sobre mí los jóvenes que me huyen, por temor, naturalmente, porque sólo el respeto les cierra la boca para gritarme que me quieren, exige por parte de ellos un rango social eminente. Y aun así, su fingida indiferencia puede producir, a pesar de ello, el efecto directamente contrario. Neciamente prolongada, me da náuseas. Para tomar un ejemplo en una clase que le será a usted más familiar: cuando hicieron reparaciones en mi casa, para que no se sintiesen celosas todas las duquesas que se disputaban el honor de poder decirme que me habían dado alojamiento, me fui a pasar unos días “de hotel”, como suele decirse. Uno de los camareros de piso era conocido mío; le indiqué un curioso “botones” que cerraba las portezuelas y que se mantuvo refractario a mis proposiciones. Por último, exasperado, para demostrarle

que mis intenciones eran puras, le hice ofrecer una cantidad ridículamente crecida paró que subiese nada más que a hablar cinco minutos conmigo en mi habitación. Le esperé inútilmente. Entonces le tomé tal repugnancia que salta por la puerta de servicio por no ver la cara de ese feo picaruelo. Después he sabido que no había recibido nunca ni una sola de mis cartas, que habían sido interceptadas, la primera por el camarero de piso, que era envidioso; la segunda por el portero de día, que era virtuoso; la tercera por el portero de noche, que estaba enamorado del joven botones y se acostaba con él a la hora en que se levantaba Diana. Mas no por eso ha dejado de persistir mi repulsión, y aunque me trajesen al botones como una simple pieza de caza en bandeja de plata, lo rechazaría con un vómito. Pero lo malo es que hemos estado hablando de cosas serias, y ahora se acabó todo entre nosotros, en lo que atañe a lo que yo esperaba. Pero usted podría prestarme grandes servicios, terciar; aunque no, sólo esta idea me devuelve ciertos bríos y siento que nada ha acabado”.

Desde el comienzo de esta escena, para mis ojos abiertos, se operó una revolución en el señor de Charlus, tan completa, tan inmediata, como si hubiera sido tocado por una varita mágica.

Yo, hasta entonces, como no había comprendido, no había visto nada. El vicio (se habla así por comodidad de lenguaje), el vicio de cada cual lo acompaña como ese genio que era invisible para los hombres mientras ignoraban su presencia. La bondad, la astucia, el hombre y las relaciones mundanas no se dejan descubrir y las lleva uno escondidas. El mismo Ulises no reconocía al punto a Atenea. Pero los dioses son inmediatamente perceptibles para los dioses, lo semejante lo es con la misma rapidez para lo semejante, y así lo había

sido también el señor de Charlus para Jupien. Hasta entonces me había encontrado frente al señor de Charlus de igual modo que un hombre distraído que en presencia de una mujer encinta, en cuyo talle grávido no ha reparado, se obstina, mientras ella le repite sonriendo: “Si, estoy un poco cansada en este momento”, en preguntarle indiscretamente: “—Pero ¿qué es lo que tiene usted?” Pero como alguien le diga: “Está embarazada”, de pronto se fija en el vientre y ya no ve nada más que éste. La razón es la que nos abre los ojos; un error disipado nos da un sentido más.

Las personas que no gustan de referirse como a ejemplos de esta ley a los señores de Charlus conocidos suyos, de quienes durante mucho tiempo no habían sospechado hasta el día en que sobre la lisa superficie del individuo semejante a los demás han llegado a aparecer, trazados con una tinta hasta ese instante invisible, los caracteres que componen la palabra cara a los antiguos griegos, no tienen, para persuadirse de que el mundo que los rodea se les aparece primeramente desnudo, despojado de mil ornamentos que ofrece a otros más instruidos, más que recordar cuántas veces, en la vida, les ha ocurrido estar a punto de cometer un error. Nada, en el semblante privado de caracteres de tal o cual hombre, podía hacerles suponer que fuese precisamente el hermano, o el novio, o el amante de una mujer de quien iban a decir: “¡Qué camello!” Pero entonces, por suerte, una palabra que les susurra un vecino detiene en sus labios el término fatal. Inmediatamente aparecen, como un Mane, Thecel, Phares, estas palabras: es el novio, o es el hermano, o es el amante de la mujer a quien no conviene llamar delante de él “camello”. Y esta sola noción nueva arrastrará consigo todo un nuevo agrupamiento,

la retirada o el avance de la fracción de las nociones, en adelante completadas, que poseía uno acerca del resto de la familia. En vano era que se acoplase en el señor de Charlus otro ser que lo diferenciaba de los demás hombres, como el caballo en el centauro; en vano era que ese ser formase cuerpo con el barón; yo no lo había visto nunca. Ahora lo abstracto se había materializado; el ser, por fin comprendido, había perdido inmediatamente su poder de permanecer invisible, y la transmutación del señor de Charlus en una persona nueva era tan completa que no sólo los contrastes de su rostro, de su voz, sino retrospectivamente, los mismos altibajos de sus relaciones conmigo, todo lo que hasta entonces había parecido incoherente a mi espíritu, se hacían inteligibles, se mostraban evidentes, como una frase que no ofrece ningún sentido en tanto permanece descompuesta en letras dispuestas al azar, expresa, si los caracteres se encuentran puestos de nuevo en el orden debido, un pensamiento que ya no se podrá olvidar.

Además, ahora comprendía yo por qué un momento antes, cuando le había visto salir de casa de la señora de Villeparisis, pudo parecerme que el señor de Charlus tenía el aspecto de una mujer: ¡lo era! Pertenece a la raza de esos seres menos contradictorios de lo que parecen, cuyo ideal es viril, justamente porque su temperamento es femenino, y que en la vida son semejantes, en apariencia solamente, a los demás hombres; allí donde cada cual lleva, inscrita en esos ojos a través de los que ve todas las cosas del universo, una silueta tallada en la faceta de la pupila; para ellos no es la de una ninfa, sino la de un efebo. Raza sobre la que pesa una maldición y que tiene que vivir en mentira y perjurio, ya que sabe que se tiene por punible y

bochornoso, por inconfesable, su deseo, lo que constituye para cada criatura la máxima dulzura del vivir; que tiene que renegar de su Dios, puesto que, aun siendo cristianos, cuando comparecen ante el tribunal como acusados, delante de Cristo y en su nombre han de defenderse como de una calumnia de lo que es su vida misma; rojos sin madre, a la que se ven obligados a mentir toda su vida e incluso a la hora de cerrarle los ojos; amigos sin amistades, a pesar de todas las que su encanto frecuentemente reconocido inspira y de las que su corazón, a menudo bondadoso, sentiría; pero ¿puede llamarse amistades a esas relaciones que no vegetan sino a favor de una mentira y de las que les haría ser rechazados con asco el primer impulso de confianza y de sinceridad que se sintiesen tentados a tener, a menos que tropiecen con un espíritu imparcial, simpatizante inclusive, pero que entonces, ofuscado respecto de ellos por una psicología de convención, hará proceder del vicio confesado el mismo afecto que es más ajeno a él, así como ciertos jueces suponen y disculpan más fácilmente el asesinato en los invertidos y la traición en los judíos por razones sacadas del pecado original y de la fatalidad de la raza. En fin al menos conforme a la primera teoría que a cuenta de ellos esbozaba yo entonces, teoría que veremos modificarse más adelante y en la que esto les irritara más que nada si esa contradicción no hubiera sido hurtada a sus ojos por la misma ilusión que les hacía ver y vivir, amantes para quienes está cerrada casi la posibilidad de ese amor, cuya esperanza les da fuerzas para soportar tantos riesgos y soledades, puesto que están precisamente prendados de un hombre que no tendría nada de mujer, de un hombre que no sería invertido y que, por consiguiente, no puede amarles; de suerte que su deseo sería

eternamente insaciable si el dinero no les entregase verdaderos hombres y si la imaginación no acabase por hacerles tomar por hombres de veras a los invertidos a quienes se han prostituído. Sin honra, como no sea en precario, sin libertad no siendo provisional, hasta el descubrimiento del crimen; sin una posición que no sea inestable, como el poeta agasajado la víspera en todos los salones, aplaudido en todos los teatros de Londres, expulsado a la mañana siguiente de todos los hoteleros sin poder encontrar una almohada en donde descansar la cabeza, dando vueltas a la piedra de molino como Sansón y diciendo como él: “Los dos sexos morirán cada uno por su lado”; excluidos, inclusive, salvo en los días de gran infortunio, en que la mayoría se apiña en torno a la víctima, como los judíos en torno a Dreyfus, de la simpatía a veces de la sociedad de sus semejantes, a quienes dan la repugnancia de ver lo que son, pintado en un espejo que, al no adularles ya, acusa todas las lacras que no habían querido observar en sí mismos y les hace comprender que lo que llamaban su amor (y a lo que, jugando con el vocablo, hablan anexionado, por sentido social, cuanto la poesía, la pintura, la música, la caballería, el ascetismo, han podido añadir al amor) dimana, no de un ideal de belleza que hayan elegido ellos, sino de una enfermedad incurable; como los judíos, también (salvo algunos que no quieren tratar sino a los de su misma casta, tienen siempre en los labios las palabras rituales y las bromas consagradas), huyendo unos de otros, buscando a los que son más opuestos a ellos, que no quieren nada con ellos, perdonando sus Sofiones, embriagándose con sus complacencias, pero unidos asimismo a sus semejantes por el ostracismo que les hiere, por el oprobio en que han caído, habiendo acabado por adquirir, por

obra de una persecución semejante a la de Israel, los caracteres físicos y morales de una raza, a veces hermosos, espantosos a menudo, encontrando (a pesar de las burlas con que el que, más mezclado, mejor asimilado a la raza adversa es relativamente, en apariencia, el menos invertido, abruma al que ha seguido siéndolo más) un descanso en el trato de sus semejantes, y hasta un apoyo en su existencia, hasta el punto de que, aun negando que sean una raza (cuyo nombre es la mayor injuria), los que consiguen ocultar que pertenecen a ella los desenmascararán gustosos, no tanto por hacerles daño, cosa que no detestan, como por excusarse, y yendo a buscar, como un médico busca la apendicitis la inversión hasta en la Historia, hallando un placer en recordar que Sócrates era uno de ellos, como dicen de Jesús los israelitas, sin pensar que no había anormales cuando la homosexualidad era la norma, ni anticristianos antes de Cristo, que sólo el oprobio hace el crimen, puesto que no ha dejado subsistir sino a aquellos que eran refractarios a toda predicación, a todo ejemplo, a todo castigo, en virtud de una disposición innata hasta tal punto específica que repugna a los otros hombres más (aun cuando pueda ir acompañada de altas cualidades morales) que ciertos vicios que se contradicen, como el robo, la crueldad, la mala fe, mejor comprendidos y por ende más disculpados por el común de los hombres, formando una francmasonería mucho más extensa, más eficaz y menos sospechada que la de las logias, ya que descansa en una identidad de gustos, de necesidades, de hábitos, de peligros, de aprendizaje, de saber, de tráfico, de glosario, y en la que los mismos miembros, que no desean conocerse, se reconocen inmediatamente por signos naturales o de convención, involuntarios o deliberados, que indican al

mendigo uno de sus semejantes en el gran señor a quien cierra la portezuela del coche, al padre en el novio de su hija, al que había querido curarse, confesarse, al que tenía que defenderse, en el médico, en el sacerdote, en el abogado que ha requerido; todos ellos obligados a proteger su secreto, pero teniendo su parte en un secreto de los demás que el resto de la Humanidad no sospecha y que hace que las novelas de aventuras más inverosímiles les parezcan verdaderas ya que en esa vida novelesca, anacrónica, el embajador es amigo del presidiario, el príncipe, con cierta libertad de modales que da la educación aristocrática y que un pequeño burgués tembloroso no tendría al salir de casa de la duquesa, se va a tratar con el apache; parte condenada de la colectividad humana, pero parte importante, de que se sospecha allí donde no está, manifiesta, insolente, impune, donde no se la adivina; que cuenta con adeptos en todas partes, entre el pueblo, en el ejército, en el templo, en el presidio, en el trono; que vive, en fin, a lo menos un gran número de ella, en intimidad acariciadora y peligrosa con los hombres de la otra raza, provocándolos, jugando con ellos a hablar de su vicio como si no fuera suyo, juego que hace fácil la ceguera o la falsedad de los otros, juego que puede prolongarse durante años hasta el día del escándalo en que esos domadores son devorados; obligados hasta entonces a ocultar su vida, a apartar sus miradas de donde quisieran detenerse, a clavarlas en aquellos de que quisieran desviarse, a cambiar el género de muchos adjetivos en su vocabulario, traba social ligera en comparación de la traba interior que su vicio, o lo que se llama impropriamente así, les impone no ya respecto de los demás, sino de sí mismos, y de suerte que a ellos mismos no les parezca un vicio. Pero algunos, más prácticos, más

apresurados, que no tienen tiempo de regatear y de renunciar a la simplificación de la vida y a ése ganar tiempo que puede resultar de la cooperación, se han formado dos sociedades, la segunda de las cuales se compone exclusivamente de seres análogos a ellos.

Esto choca en aquellos que son pobres y que han venido de provincias, faltos de relaciones, sin nada más que la ambición de ser algún día médicos o abogados célebres, dotados de un espíritu vacío aún de opiniones, de un cuerpo desasistido de modales y que cuentan adornar rápidamente, como pudieran comprar unos muebles para su cuartito del barrio Latino, con arreglo a lo que observasen y calcasen de aquellos que han “llegado” “ya en la profesión útil y seria, en que desean encajar y llegar a ser ilustres; en éstos, su gusto especial, heredado a pesar suyo como la disposición para el dibujo, para la música, para la ceguera, es quitar la única originalidad viva, despótica, y que algunas noches les obliga a dejar de ir a tal o cual reunión provechosa para su carrera, con gentes cuyas maneras de hablar, de pensar, de vestirse, de peinarse, adoptan, por lo demás. En su barrio, en que no se tratan, fuera de esto, más que con condiscípulos, maestros o algún compatriota que ha llegado ya y que les protege, han descubierto pronto otros jóvenes a quienes el mismo gusto peculiar se los aproxima, del mismo modo que en una ciudad pequeña intiman el profesor de segunda enseñanza y el escribano uno y otro amantes de la música de cámara, de los marfiles de la Edad Media; como aplican al objeto de su distracción el mismo instinto utilitario, el mismo espíritu profesional que es guía de su carrera, vuelven a encontrarlo en sesiones en las que no se admite ningún profano, igual que los que congregan a los aficionados a tabaquerías antiguas,

a estampas japonesas, a flores raras, y en las que, por el placer de instruirse, por la utilidad del intercambio y el temor a las competencias, reinan a la vez, como en una bolsa de sellos, el estrecho acuerdo de los especialistas y las feroces rivalidades de los coleccionistas. Por lo demás, nadie, en el café en que tienen su mesa, sabe qué reunión es esa, si la de una sociedad de pesca, la de unos secretarios de redacción o la de los hijos del Indre, tan correcta es su compostura, tan reservado y frío su aspecto, y hasta tal punto no se atreven a mirar como no sea a hurtadillas a los jóvenes a la moda, a los jóvenes “gomosos” que, algunos metros más lejos, alardean de sus queridas, y entre los cuales los que les admiran sin atreverse a alzar los ojos no sabrán hasta veinte años después, cuando unos estén en vísperas de entrar en alguna Academia y otros sean maduros hombres de círculo, que el más seductor, ahora un Charlus obeso y canoso, era en realidad semejante a ellos, sino que en otra parte, en otro mundo, bajo otros símbolos externos, con signos extraños, cuya diferencia les ha inducido a error. Pero los grupos son más o menos avanzados; y así como “la Unión de las izquierdas” difiere de la “Federación socialista”, y de la Schola Cantorum, tal Sociedad de música mendelssohniana, así, algunas noches, en otra mesa, hay extremistas que dejan asomar una pulsera por debajo de sus puños postizos, a veces un collar por la abertura del cuello, obligan con sus miradas insistentes, con sus cloqueos, sus risas, sus caricias entre sí, a una pandilla de colegiales a huir más que aprisa, y son servidos, con una urbanidad bajo la cual se incuba la indignación, por un camarero que, como las noches en que sirve a dreyfusistas, hallaría placer en requerir la policía si no le conviniera guardar las propinas.

A estas organizaciones profesionales opone el espíritu el gusto de los solitarios, y sin demasiados artificios por una parte, ya que con ello no hace sino imitar a los mismos solitarios que creen que nada se diferencia más del vicio organizado que lo que a ellos les parece un amor incomprendido, con cierto artificio, sin embargo, ya que estas diferentes clases responden, tanto como a tipos psicológicos diversos, a momentos sucesivos de una evolución patológica o solamente social. Y es muy raro, en efecto, que, un día u otro, no sea con tales organizaciones con quienes lleguen a fusionarse los solitarios, a veces por simple cansancio, por comodidad (como acaban los que han sido más refractarios a ello por hacer poner en su casa el teléfono, por recibir a los Iena o por comprar en lo de Potro). Por lo demás, generalmente son bastante mal recibidos en ellas, ya que, en su vida relativamente pura, la falta de experiencia, la saturación por el ensueño a que se ven reducidos, han señalado más vigorosamente en ellos esos peculiares caracteres de afeminamiento que los profesionales han tratado de borrar. Y hay que confesar que en algunos de estos recién llegados, la mujer se halla no sólo interiormente unida al hombre, sino horriblemente visible, agitados como lo están en un espasmo de histérico, por una risa aguda que convulsiona sus rodillas y sus manos, sin que se parezcan al común de los hombres más que esos monos de mirada melancólica y ojerosa, de pies prensiles, que visten *smoking* y *gastan* corbata negra; de suerte que quienes son, con todo, menos castos estiman comprometedor el trato de estos nuevos reclutas, y su admisión difícil; se les admite, sin embargo, y entonces se benefician de esas facilidades merced a las que el comercio, las grandes empresas, han transformado la vida de los individuos, les han

hecho accesibles artículos hasta entonces demasiado dispendiosos para ser adquiridos, y hasta difíciles de encontrar, y que ahora les sumergen con la plétora de lo que sólo ellos no habían podido llegar a descubrir en las más grandes multitudes. Pero, aun con estos innumerables exutorios, la traba social es demasiado pesada todavía para algunos que se reclutan sobre todo entre aquellos en quienes no ha ejercido su acción la traba mental y que tienen por más raro afro de lo que es su género de amor. Dejemos de momento a un lado a aquellos que, como el carácter excepcional de su inclinación les hace creerse superiores a ellas, desprecian a las mujeres, hacen de la homosexualidad privilegio de los grandes genios y de las épocas gloriosas y, cuando tratan de hacer compartir su gusto, es menos a aquellos que les parece están predispuestos, como hace el morfinómano con la morfina, que a los que les parecen dignos de ello, como otros predicán el sionismo, el negarse al servicio militar, el sansimonismo, el vegetarianismo y la anarquía. Algunos, si se les sorprende de mañana cuando aún están acostados, presentan una admirable cabeza de mujer: a tal punto es general la expresión y simboliza todo el sexo; hasta los cabellos lo afirman: es tan femenina su curva, sueltos, caen tan naturalmente trenzados sobre la mejilla, que se maravilla uno de que la joven, la muchacha, Galatea que se despierta apenas en lo inconsciente de ese cuerpo de hombre en que está encerrada, haya sabido tan ingeniosamente, por si sola, sin haberlo aprendido de nadie, aprovechar las menores salidas de su cárcel y encontrar lo que era necesario a su vida. Claro es que el joven que tiene esa cabeza deliciosa no dice: “Soy una mujer”. Incluso si por tantas razones posibles vive con una mujer, puede negarle que él lo sea, jurarle que

jamás ha tenido relaciones con hombres. Que lo contemple ella tal como acabamos de mostrarlo, tendido en un lecho, en pijama, con los brazos desnudos, desnudo el cuello bajo los cabellos negros. El pijama se ha convertido en una camisa de mujer, la cabeza es la de una linda española. La querida se espanta de estas confidencias hechas a sus miradas, más veraces de lo que pudieran serlo las palabras, más que los actos, inclusive, y que los mismos actos, si es que ya no lo han hecho, no podrán dejar de confirmar, puesto que todo ser persigue su placer y, si ese ser no es demasiado vicioso, lo busca en un sexo opuesto al suyo. Y para el invertido el vicio comienza no cuando traba relaciones (porque hay razones sobradas que pueden imponerlas), sino cuando busca su placer en las mujeres. El joven a quien acabamos de esbozar era tan evidentemente una mujer, que las mujeres que le miraban con deseo estaban abocadas (a menos que tuviesen un gusto particular) a la misma desilusión de las que, en las comedias de Shakespeare, son defraudadas por una muchacha disfrazada que se hace pasar por un adolescente. El engaño es igual, el mismo invertido lo sabe, adivina la desilusión que, arrojado el disfraz, ha de experimentar la mujer, y siente hasta qué punto es una fuente de poesía fantástica ese error a cuenta del sexo. Por lo demás, de nada sirve que ni siquiera a su exigente querida confiese (si ésta no es una gomorrita): “Soy una mujer”; a pesar de todo, con qué astucias, con qué agilidad, con qué obstinación de planta trepadora busca, en él, la mujer inconsciente y visible el órgano masculino. No hay más que mirar esa cabellera rizada sobre la blanca almohada para comprender que, a la noche, si este joven se escurre de entre los dedos de sus padres, a pesar de ellos, a pesar suyo, no será para ir en

busca de mujeres. Ya puede su querida castigarle y encerrarle; a la mañana siguiente, el hombre mujer habrá encontrado el medio de atraer a sí a algún hombre, así como la campánula lanza sus zarcillos allí donde haya un rastrillo o una azada. ¿Por qué, al admirar en el rostro de este hombre delicadezas que nos atraen, una gracia, una naturalidad en la amabilidad tales como no las poseen los hombres, ha de desolarnos el saber que ese joven corre detrás de los boxeadores? Son aspectos diferentes de una misma realidad. E incluso el que nos repugna es el más atrayente, más atrayente que todas las delicadezas, ya que representa un admirable esfuerzo inconsciente de la naturaleza: el reconocimiento del sexo por sí mismo, a despecho de las tretas del sexo, aparece, la tentativa inconfesada de evadirse hacia lo que un error inicial de la sociedad ha puesto lejos de él. Unos, los que han tenido la infancia más tímida sin duda, se preocupan apenas de la calidad material de placer que reciben con tal que puedan referirlo a un rostro masculino. Mientras que otros, dotados de sentidos más violentos indudablemente, asignan a su placer material imperiosas localizaciones. Estos ofenderían acaso con sus confesiones al tipo medio de la gente. Viven menos exclusivamente, quizá, bajo el satélite de Saturno, ya que para ellos las mujeres no están totalmente excluidas como para los primeros, respecto de los cuales no existirían aquéllas sin la conversación, la coquetería, los amores cerebrales. Pero los segundos buscan a aquellas que gustan de las mujeres, pueden procurarles algún joven, aumentarles el placer que sienten en encontrarse con él; más aún, pueden, de la misma manera, hallar en ellas el mismo placer que con un hombre. De ahí que solamente excite los celos de los que aman a los primeros el placer que pudieran

hallar con un hombre y que es el único que les parece una traición, ya que no participan del amor de las mujeres, no lo han practicado sino como costumbre y por reservarse la posibilidad del matrimonio, representándose tan escasamente el goce que éste puede proporcionar, que no pueden sufrir que lo saboree aquel a quien aman, mientras que los segundos inspiran a menudo celos por sus amores con mujeres. Porque en las relaciones que con ellas sostienen representan para la mujer que gusta de las mujeres el papel de otra mujer, y la mujer les ofrece al mismo tiempo aproximadamente lo que encuentran ellos en el hombre, tanto que el amigo celoso sufre al sentir a aquel a quien quiere subyugado por la que es casi un hombre para él, al mismo tiempo que siente casi que se le escapa, ya que, para esas mujeres, es algo que él no conoce, una especie de mujer. No hablemos tampoco de esos jóvenes alocados que por una suerte de puerilidad, por hacer rabiar a sus amigos y molestar a sus padres, ponen algo así como un encarnizamiento en escoger trajes que parecen vestidos de mujer, en pintarse los labios y sombrearse los ojos; dejémoslos a un lado, porque son los mismos que volveremos a encontrar cuando hayan sufrido demasiado cruelmente el castigo de su afectación, pasándose toda una vida tratando vanamente de reparar con un empaque severo y protestante, el daño que se infirieron cuando les arrastraba el mismo demonio que impulsa a algunas jóvenes del barrio de Saint-Germain a vivir de una manera escandalosa, a romper con todos los usos, a poner en ridículo a su familia, hasta el día en que se dedican con perseverancia y sin éxito a subir de nuevo la cuesta que les había parecido tan divertido bajar —que les había parecido tan divertido, o más bien que no habían podido menos de

bajar—. Dejemos, en fin, para más tarde a los que han hecho pacto con Gomorra. Hablaremos de ellos cuando el señor de Charlus los conozca. Dejemos a todos aquellos, de una variedad o de otra, que aparecerán a su vez, y, para acabar este primer esbozo, digamos sólo dos palabras de aquellos de quienes habíamos empezado a hablar hace un momento: de los solitarios. Como consideran su vicio más excepcional de lo que es, se han ido a vivir solos desde el día que lo han descubierto, después de haberlo llevado consigo mucho tiempo sin conocerlo, mucho más tiempo únicamente que otros. Porque nadie sabe al principio que es invertido, o poeta, o *snob*, o malvado. Tal colegial que aprendía versos de amor o miraba estampas obscenas, si se apretaba entonces contra un compañero, se imaginaba solamente comulgar con él en un mismo deseo de la mujer. ¿Cómo habla de creer que no fuese semejante a los demás, cuando reconoce la sustancia de lo mismo que siente al leer a madame de Lafayette, a Racine, a Baudelaire, a Walter Scott, cuando es demasiado poco capaz aún de observarse a sí mismo para darse cuenta de lo que añade de su cosecha, y de que, sí el sentimiento es idéntico, el objeto difiere, que a quien él desea es a Rob Roy y no a Diana Vernon? Para muchos, por una prudencia defensiva del instinto que precede a la vista más clara de la inteligencia, el espejo y las paredes de la habitación desaparecen bajo cromos que representan actrices; hacen versos como: “Sólo a Cloe amo en el mundo; es divina, es rubia, y de amor mi corazón se inunda”. ¿Hay que situar por ello en el comienzo de esas vidas un gusto que no habría de volver a encontrarse en ellas más tarde, como esos bucles rubios de los niños que han de llegar luego a ser los más morenos? ¿Quién sabe si las fotografías de mujeres no

son un comienzo de hipocresía, un comienzo también de horror hacia los demás invertidos? Pero los solitarios son precisamente aquellos para quienes la hipocresía es dolorosa. Quizá el ejemplo de los judíos, de una colonia diferente, no sea aún bastante vigoroso para explicar cuán escaso dominio tiene sobre ellos la educación, y con qué arte acaban por volver (acaso, no, a algo tan sencillamente atroz como el suicidio a que los locos, cualesquiera que sean las precauciones que se adopten, vuelven y, salvados del río a que se han arrojado, se envenenan, se procuran un revólver, etc.), sino a una vida cuyos placeres necesarios no sólo no comprenden, no imaginan, aborrecen los hombres de la otra casta, sino que su frecuente peligro, su vergüenza permanente le darían inclusive horror. Acaso, para pintarlos, haya que pensar, si no en los animales incapaces de ser reducidos a domesticidad, en los cachorros de león a los que se supone domesticados, pero que siguen siendo leones, o por lo menos en los negros a quienes la existencia confortable de los blancos desespera y que prefieren los riesgos de la vida salvaje, y sus incomprensibles alegrías. Cuando ha llegado el día en que se han descubierto incapaces a la vez para mentir a los demás y mentirse a sí mismos, se marchan a vivir al campo, huyendo de sus semejantes (que creen poco numerosos) por horror a la monstruosidad o por miedo a la tentación, y por vergüenza del resto de la Humanidad. Sin que hayan llegado nunca a verdadera madurez, sumidos en melancolía, de cuando en cuando, un domingo sin luna, se van a dar un paseo por un camino hasta una encrucijada, donde, sin que se hayan dicho una palabra, ha acudido a esperarles uno de sus amigos de la infancia que habita un castillo vecino. Y vuelven a empezar los juegos de antaño, entre la hierba, en

medio de la noche, sin cambiar palabra. Durante la semana se ven el uno en casa del otro, charlan de cualquier cosa, sin una alusión a lo que ha ocurrido, exactamente como si nada hubiesen hecho ni debieran volver a hacer nada, salvo, en sus relaciones, un poco de frialdad, de ironía, de irritabilidad y de rencor, a veces de odio. Después el vecino emprende un rudo viaje a caballo, y, a lomo de mula, escala picos, duerme entre la nieve; su amigo, que identifica su propio vicio con una flaqueza de temperamento, con la vida casera y tímida, comprende que el vicio ya no podrá vivir en su amigo emancipado, a tantos miles de metros sobre el nivel del mar. Y en efecto, el otro se casa. El abandonado, sin embargo, no se cura (a pesar de los casos en que se verá que la inversión es curable). Exige ser él mismo quien reciba por las mañanas en su cocina la nata fresca de manos del lechero y, las noches en que los deseos le agitan excesivamente, se extravía hasta enseñar el camino a un borracho, hasta arreglarle la blusa al ciego. La vida de algunos invertidos parece cambiar, sin duda, a veces su vicio (como suele decirse) deja de aparecer en sus costumbres; pero nada se pierde: una joya escondida vuelve a encontrarse; cuando la cantidad de orina de un enfermo disminuye es porque transpira más, pero de todas maneras es necesario que la excreción se produzca. Un día este homosexual pierde a un primo joven, y, por su inconsolable dolor, Comprendemos que era a ese amor, casto acaso y que aspiraba a conservar la estima más que a conseguir la posesión, al que habían pasado los deseos por transferencia, del mismo modo que en un presupuesto, sin que cambie nada del total, se transfieren determinados gastos a otro ejercicio. Como ocurre con esos enfermos en quienes una crisis de urticaria hace desaparecer por algún

tiempo sus indisposiciones habituales, el amor puro respecto de un pariente joven parece, en el invertido, haber sustituido momentáneamente, por metástasis, a unas costumbres que un día u otro volverán a ocupar el puesto del mal vicariante y curado.

Mientras tanto, ha vuelto el vecino casado del solitario; ante la hermosura de la joven esposa y la ternura de que su marido da muestras para con ella, el día en que el amigo se ve obligado a invitarles a cenar siente vergüenza de lo pasado. Ella, que se encuentra ya en estado interesante, tiene que volver a casa temprano, dejando a su marido; éste, cuando llega la hora de retirarse, pide que le acompañe un trecho a su amigo, que en el primer momento no abriga ninguna sospecha, pero que en la encrucijada se ve tumbado sobre la hierba, sin que medie la menor palabra, por el alpinista que pronto va a ser padre. Y vuelven a empezar los encuentros hasta el día en que viene a instalarse, no lejos del lugar, un primo de la joven, con el que ahora se pasea siempre el marido. Y éste, si el abandonado viene por las noches y trata de acercarse a él, furibundo, le rechaza indignado de que el otro no haya tenido el tacto de presentir la repulsión que inspira desde ahora. Una vez, sin embargo, se presenta un desconocido enviado por el vecino infiel; pero el abandonado, excesivamente ocupado, no puede recibirle y sólo más tarde comprende con qué fin había venido el forastero.

Entonces el solitario languidece a solas. No tiene más placer que ir a la próxima estación de baños de mar a pedir algún informe a cierto empleado de ferrocarriles. Pero éste ha recibido un ascenso, lo destinan al otro extremo de Francia; el solitario ya no podrá ir a preguntarle las horas de los trenes, el precio de las primeras, y antes

de volverse a casa, a soñar en su torre, como Grisélidis, se demora en la playa, como una extraña Andrómeda a quien ningún argonauta vendrá a libertar, como una medusa estéril que perecerá sobre la arena, o bien se queda perezosamente, antes de la salida del tren, en el andén, lanzando sobre la muchedumbre de los viajeros una mirada que parecerá indiferente, desdeñosa o distraída a los de otra raza, pero que, como el fulgor luminoso con que se ornan ciertos insectos para atraer a los de su misma especie, o como el néctar que ofrecen determinadas flores para atraer a los insectos que habrán de fecundarlas, no engañarían al aficionado casi inencontrable de un placer demasiado singular, demasiado difícil de situar, que se le ofrece, el cofrade con quien nuestro especialista podría hablar en la lengua insólita; a lo sumo, algún pordiosero hará como que se interesa por ésta, pero por un beneficio material solamente, como los que van al Colegio de Francia, a seguir el curso, a la sala en que el profesor de sánscrito habla sin auditorio, pero solamente, por calentarse. ¡Medusa! ¡Orquídea! Cuando yo no seguía más que mi instinto, la medusa me repugnaba en Balbec; pero si sabía mirarla, como Michelet, desde el punto de vista de la historia natural y de la estética, veía una deliciosa girándula celeste. ¿No son acaso con el terciopelo transparente de sus pétalos, como las orquídeas malva del mar? Como tantas criaturas del reino animal y del reino vegetal, como la planta que producirá la vainilla, pero que, como quiera que en ella el órgano masculino está separado por un tabique del órgano femenino, permanece estéril si los pájaros-mosca o ciertas abejas minúsculas no transportan el polen de unas a otras, o si el hombre no las fecunda artificialmente (y aquí la palabra fecundación debe tomarse en senti-

do moral, ya que en sentido físico la unión del macho con el macho es estéril, pero no es indiferente que un individuo pueda encontrar el único placer que es susceptible de gozar, y “que aquí abajo todo ser” pueda dar a alguno “su música, su llama o su perfume”), el señor de Charlus era uno de esos hombres que pueden ser calificados de excepcionales, porque, por numerosas que sean, la satisfacción, tan fácil en otros, de sus necesidades sexuales, depende de la coincidencia de muchas condiciones demasiado difíciles de hallar. Para hombres como el señor de Charlus, y bajo la reserva de los arreglos que irán apareciendo poco a poco y que ya han podido presentirse, exigidos por la necesidad de placer, que se resigna a consentimientos a medias, el amor mutuo, aparte de las dificultades tan grandes, a veces insalvables con que tropieza en el común de los seres, les añade otras tan especiales, que lo que es siempre rarísimo para todo el mundo pasa a ser con respecto a ellos punto menos que imposible, y si se produce para ellos un encuentro realmente feliz, o que la naturaleza les hace aparecer como tal, su felicidad, mucho más aun que la del enamorado normal, tiene algo extraordinario, seleccionado, profundamente necesario. El odio de Capuletos y Montescos no era nada al lado de los impedimentos de todo género que han sido vencidos, de las eliminaciones especiales que la naturaleza ha tenido que hacer sufrir a los azares, ya poco comunes, que traen el amor, antes de que un ex chalequero, que contaba salir juiciosamente para su oficina, titubee, deslumbrado, ante un quincuagenario que está empezando a engordar; el Romeo y esta Julieta pueden creer con perfecto derecho que su amor no es el capricho de un instante, sino una verdadera predestinación preparada por las armonías de su temperamento, no

sólo por su temperamento propio, sino por el de sus ascendientes, por su más remoto abuelo, hasta el punto de que el ser que se acopla a ellos les pertenece desde antes de nacer y los ha atraído con una fuerza comparable a la que dirige los mundos en que hemos pasado nuestras vidas anteriores. El señor de Charlus me había distraído de mirar si el abejorro traía a la orquídea el polen que ésta esperaba desde hacía tanto tiempo, que no tenía probabilidades de recibir como no fuese gracias a una casualidad tan improbable, que podía calificársela de algo así como un milagro. Pero también era un milagro aquel a que acababa de asistir yo, casi del mismo genio y no menos maravilloso. Desde el momento en que he considerado el encuentro desde este punto de vista, todo en él me pareció teñido de belleza. Las tretas más extraordinarias que ha inventado la naturaleza para obligar a los insectos a asegurar la fecundación de las flores que sin ellos no podrían serlo, ya que la flor masculina está demasiado lejos de la flor femenina, o que, si el viento es el que debe asegurar el transporte del polen, hace que éste sea mucho más fácil de desprenderse de la flor masculina, mucho más fácil de atrapar al paso por la flor femenina, suprimiendo la secreción del néctar que ya no es útil, puesto que no hay insectos que atraer, e incluso el brillo de las corolas que los atraen, y para que la flor quede reservada al polen que se requiere, que sólo en ella puede fructificar, le hace segregar un licor que la inmuniza contra los demás pólenes no me parecían más maravillosas que la existencia de la subvariedad de invertidos destinada a asegurar los placeres del amor al invertido que va envejeciendo: los hombres que son atraídos no por todos los hombres, sino por un fenómeno de correspondencia y de armonía comparable a los que

regulan la fecundación de las flores heteroestiladas trimorfas, como el *Lythrum salicaria* únicamente por los hombres mucho mayores que ellos. Jupien acababa de ofrecerme un ejemplo de esta subvariedad, mucho menos notable, empero, que otros que todo herborizador humano, todo botánico moral, puede observar, no obstante su rareza, y que les presentará a un joven endeble que esperaba las insinuaciones de un robusto y grueso quincuagenario, permaneciendo tan indiferente a las insinuaciones de los demás jóvenes como permanecen estériles las flores hermafroditas de estilo corto de la *Primula veris* mientras no son fecundadas sino por otras *Primula veris* de estilo corto también, al paso que reciben con gozo el polen de las *Primula veris* de estilo largo. En lo que se refería el señor de Charlus, por lo demás, me di cuenta, más tarde, de que había para él diversos géneros de conjunciones y que, entre ellas, algunas, por su multiplicidad, su instantaneidad apenas visible, y sobre todo por la falta de contacto entre los dos actores, recordaban aun más a esas flores que son fecundadas en un jardín por el polen de una flor vecina a la que no han de tocar nunca. Había, en efecto, ciertos seres con los que le bastaba hacerles ir a su casa, tenerlos algunas horas bajo el dominio de su palabra, para que su deseo, encendido en algún encuentro, se aplacase. La conjunción se efectuaba por medio de simples palabras tan simplemente como puede producirse entre los infusorios. A veces, como sin duda le había ocurrido conmigo la noche en que había sido llamado por él después de la comida con los Guermentes, la saciedad tenía lugar gracias a una violenta reprimenda que el barón lanzaba a la cara al visitante, como ciertas flores, gracias a un resorte, rocían a distancia al insecto inconscientemente cómplice y desprevenido. El

señor de Charlus, convertido de dominado en dominador, se sentía purgado de su inquietud y, calmado, despedía al visitante, que inmediatamente había dejado de parecerle deseable. Por último, como la inversión misma proviene de que el invertido se acerca demasiado a la mujer para poder tener con ella relaciones útiles, enlaza, por lo mismo, con una ley más alta que hace que tantas flores hermafroditas permanezcan infecundas; es decir, con la esterilidad de la autofecundación. Verdad es que los invertidos en busca de un macho se contentan a menudo con un invertido tan afeminado como ellos. Pero basta con que no pertenezcan al sexo femenino, del cual tienen un embrión que no pueden usar, cosa que ocurre a tantas flores hermafroditas e incluso a ciertos animales hermafroditas, como el caracol, que no pueden ser fecundados por sí mismos, pero pueden serlo por otros hermafroditas. De ahí que los invertidos, que gustan de buscar su entronque con el antiguo Oriente o con la edad de oro de Grecia, se remontarían aún más allá, a esas épocas de ensayo en que no existían ni las flores dioicas ni los animales unisexuados, a ese hermafroditismo inicial cuyo rastro parecen conservar algunos rudimentos de órganos femeninos en la anatomía de la mujer—y de órganos femeninos en la anatomía del hombre. Encontraba yo la mímica, incomprensible para mí al principio, de Jupien y del señor de Charlus tan curiosa como esos gestos tentadores dirigidos a los insectos, según Darwin, no sólo por las flores llamadas compuestas, que alzan los semiflorones de sus capítulos para ser vistas más de lejos, como cierta heteroestilada que vuelve sus estambres y los encorva para dejar paso a los insectos, o que les ofrece una ablución, y sencillamente, incluso en los perfumes de néctar en el brillo de las

corolas que atraían en aquel momento insectos al patio. A partir de ese día, el señor de Charlus había de cambiar la hora de sus visitas a la señora de Villeparisis, no porque no pudiera ver a Jupien en otro lugar y más cómodamente, sino porque tanto como lo eran para mí, el sol de la tarde y las flores del arbusto estaban sin duda ligados a su recuerdo. Por lo demás, no se contentó con recomendar a los Jupien a la señora de Villeparisis, a la duquesa de Guermantes, a toda una brillante clientela que fue tanto más asidua de la joven bordadora, cuanto que las pocas damas que se habían resistido o que solamente se demoraron fueron objeto de terribles represalias por parte del barón, ya para que sirvieran de ejemplo, ya porque habían despertado su furor y se habían rebelado contra sus proyectos de dominación; hizo el empleo de Jupien cada vez más lucrativo, hasta que lo tomó definitivamente como secretario y lo estableció en las condiciones que veremos más tarde. “¡Ah! ¡Ese Jupien es un hombre feliz! decía Francisca, que tenía tendencia a exagerar las bondades de la gente según que las tuvieran para con ella o para con los demás. Por otra parte, no tenía necesidad de exagerar ni sentía, por lo demás, envidia, ya que quería sinceramente a Jupien. ¡Ah! ¡Es un hombre tan bueno el barón añadía; está tan bien, es tan devoto, tan correcto! Si yo tuviese una hija casadera y perteneciese al mundo de los ricos, se la daría al barón con los ojos cerrados” Pero Francisca decía blandamente mi madre, esa hija iba a tener muchos maridos. Recuerde usted que ya se la ha prometido a Jupien”. “¡Ah, vaya! respondía Francisca, es que ése también es un hombre que haría muy dichosa a una mujer. Poco importa que haya ricos y pobres miserables; eso no quiere decir nada en lo que respecta a la naturaleza. El barón y Jupien son

realmente la misma clase de personas”.

Por lo demás, yo exageraba mucho entonces, ante esta primera revelación, el carácter electivo de una conjunción tan seleccionada. Cada uno de los hombres semejantes al señor de Charlus es, desde luego, una criatura extraordinaria, ya que, si no hace concesiones a las posibilidades de la vida, busca esencialmente el amor de un hombre de la otra raza, es decir, de un hombre al que le gustan las mujeres (y que, por consiguiente, no podrá quererle a él); contrariamente a lo que yo creía en el patio en que acababa de ver a Jupien dar vueltas en torno al señor de Charlus como a la orquídea insinuarse al abejorro, esos seres de excepción a quienes se compadece son multitud, como se verá en el curso de esta obra, por una razón que no será revelada hasta el fin, y se jactan de ser más bien demasiado numerosos que demasiado pocos. Porque los dos ángeles que fueron puestos a las puertas de Sodoma para saber si sus habitantes dice el Génesis habían hecho enteramente todas aquellas cosas cuyo clamor se elevara hasta el Eterno, habían sido, cosa de que no puede uno menos de alegrarse, muy mal escogidos por el Señor, el cual no hubiera debido confiar la tarea sino a un sodomita. A éste, las disculpas: “Padre de seis hijos, tengo dos queridas, etc.”, no le hubiese hecho bajar benévolamente la espada flamígera y suavizara las sanciones; hubiera respondido: “Sí, y tu mujer sufre las torturas de los celos. Pero aun cuando esas mujeres no han sido escogidas por ti en Gomorra, te pasas las noches con un pastor de rebaños del Hebrón”. E inmediatamente le hubiera hecho desandar el camino hacia la ciudad que iba a destruir la lluvia de fuego y de azufre. Lejos de eso, se dejó huir a todos los sodomitas vergonzantes, incluso si, al ver a un muchacho,

volvían la cabeza, como la mujer de Lot, sin ser por eso convertidos, como ella, en estatuas de sal. De suerte que tuvieron una numerosa posteridad, en la que ese gesto resultó habitual, parecido al de las mujeres viciosas, que, mientras hacen como que miran los calzados expuestos en un escaparate, vuelven la cabeza hacia un estudiante. Esos descendientes de los sodomitas, tan numerosos que puede aplicárseles aquel otro versículo del Génesis: “Si alguien puede contar los granos de polvo de la tierra, podrá contar asimismo esa posteridad”, se han establecido en toda la tierra, han hallado acceso a todas las profesiones y entran con tal facilidad en los círculos más cerrados, que, cuando algún sodomita no es admitido en ellos, las bolas negras son en su mayor parte de sodomitas, pero que tienen cuidado de incriminar la sodomía, como que heredaron la mentira que permitió a sus antepasados abandonar la ciudad maldita. Es posible que algún día vuelvan a ella. Evidentemente, forman en todos los países una colonia oriental, culta, musical, maledicente, que posee cualidades encantadoras e insoportables defectos. Se les verá de una manera más profunda en el curso de las páginas que han de seguir a éstas; pero hemos querido provisionalmente prevenir el error funesto, que consistiría, al igual que se ha alentado un movimiento sionista, en crear un movimiento sodomitista y reconstruir Sodoma. Porque, no bien llegasen, los sodomitas abandonarían la ciudad por no parecer que pertenecen a ella, tomarían mujer, sostendrían queridas en otras ciudades, donde encontrarían, por lo demás, todas las distracciones adecuadas. Sólo irían a Sodoma los días de suprema necesidad, cuando su ciudad estuviera vacía, en esas épocas en que el hambre hace

salir al lobo del bosque; es decir, que todo ocurriría, en fin de cuentas, como en Londres, en Berlín, en Roma, en Petrogrado o en París.

De todas maneras, aquel día, antes de mi visita a la duquesa, mis pensamientos no iban tan lejos y me sentía apesadumbrado porque, por atender a la conjunción Jupien-Charlus, había dejado acaso de ver la fecundación de la flor por el abejorro.

CAPÍTULO II

El señor de Charlus por el mundo. Un médico. Aspecto característico de la señora de Vaugoubert. La señora de Arpajon, el surtidor de Hubert Robert y la alegría del gran duque Vladimiro. La señora de Amoncourt de Citri, la señora de Saint-Euverte, etc. Curiosa conversación entre Swann y el príncipe de Guermantes. Albertina por teléfono. Visitas durante mi segunda y última permanencia en Balbec. Llegada a Balbec. Las intermitencias del corazón

Como no estaba apresurado por llegar a esa velada de los Guermantes a la que no tenía la certeza de ser invitado, me entretuve ociosamente afuera; pero el día de verano no parecía tener más prisa que yo en moverse. Aunque ya fuesen más de las nueve, le comunicaba al obelisco de Luksor, de la plaza de la Concordia, un aspecto de turrón rosado. Después le modificó los tintes y lo convirtió en una materia metálica, de suerte que no sólo el obelisco se hizo más precioso, sino que pareció adelgazado y casi flexible. Daba la sensación de que hubiese podido torcerlo, y que quizás esa joya ya se había falseado ligeramente. La luna estaba ahora en el cielo, como un casco de naranja pelado delicadamente, aunque algo mordido. Más tarde simuló estar hecha con el oro más resistente. Acurrucada, solita detrás de ella, una pobrecita estrella iba a servirle de única compañera a la luna solitaria, mientras que ésta, protegiendo a su amiga, pero más

audaz y acometedora, enarbolaría como un arma irresistible, como un símbolo oriental, su amplia y maravillosa media luna de oro.

Ante el palacio de la princesa de Guermantes encontré al duque de Châtellerauld; ya no recordaba que media hora antes me perseguía aún el temor que pronto volvería a dominarme de nuevo de presentarme sin haber sido invitado. Uno se inquieta, y a veces mucho después de la hora del peligro, olvidado por la distracción, recuerda su inquietud. Saludé al joven duque y entré en la casa. Pero aquí debo anotar primeramente una circunstancia mínima que permitirá comprender un hecho que acaecerá muy pronto.

Esa noche, alguien, como en noches anteriores, pensaba mucho en el duque de Châtellerauld, sin sospechar quién era, por otra parte: era el ujier (que en ese tiempo llamaban “el anunciador”) de la señora de Guermantes. Al señor de Châtellerauld, muy lejos de ser uno de los íntimos aunque era primo e la princesa, lo recibían por primera vez en su salón. Sus padres, disgustados con ella diez años atrás, se habían reconciliado hacía quince días y encargado a su hijo que los representara, ya que debían ausentarse esa noche de París. Y algunos días antes el ujier de la princesa había encontrado en los Campos Elíseos a un joven que le pareció encantador, pero cuya identidad no alcanzó a establecer, y no porque el joven no se hubiese mostrado tan amable como generoso. Los favores que el ujier supuso tener que prodigar a un señor tan joven, los había recibido, por el contrario. Pero el señor de Châtellerauld era tan tímido como imprudente; estaba tanto más decidido a no revelar su incógnito cuanto que ignoraba de quién se trataba; de haberlo sabido y aunque sin fundamento hubiese tenido mucho más miedo. Se limitó a hacerse

pasar por inglés, y a todas las preguntas apasionadas del ujier deseoso de volver a encontrar alguien a quien debía tanto placer y liberalidad el duque se limitaba a responder, a lo largo de la avenida Gabriel: “*I do not speak french*”.

A pesar de todo a causa del origen materno de su primo, aunque el duque de Guermites afectase no encontrar ni rastros de los Courvoisier en el salón de la princesa de Guermites-Bavière, se estimaba en general el espíritu de iniciativa y la superioridad intelectual de esa dama, de acuerdo con una innovación que en ese medio no podía hallarse en ninguna otra parte. Después de la comida y sea cual fuese la importancia de la reunión que se realizaría, los asientos de la princesa de Guermites se encontraban dispuestos como para formar pequeños grupos que, en caso necesario, se daban la espalda. La princesa indicaba entonces su sentido social, yendo a sentarse como por preferencia en uno de ellos. No temía elegir, por otra parte, y atraer al componente de otro grupo. Si, por ejemplo, hacía notar al señor Detaille, con su aceptación naturalmente, el hermoso cuello de la señora de Villemur, que colocada en otro grupo se veía de espaldas, la princesa no vacilaba en levantar la voz: “—Señora de Villemur, como corresponde a un gran pintor, el señor Detaille está admirando su cuello”. La señora de Villemur interpretaba esto como una invitación directa para conversar; con la destreza que da el hábito del caballo hacía girar lentamente su silla, en un arco de tres cuartos de circunferencia y molestando apenas a sus vecinos, enfrentaba casi a la princesa.

“¿No conoce usted al señor Detaille?”, preguntaba la dueña de casa, a quien no bastaba la hábil y púdica conversación de su

invitada. “No lo conozco, pero conozco sus obras”, contestaba respetuosa e insinuante la señora de Villemur, y con un sentido de la oportunidad que muchos envidiaban, a tiempo que dirigía un saludo imperceptible al célebre pintor cuya interpelación no bastaba para considerarla una presentación formal: “Venga, señor Detaille decía la princesa, voy a presentarle a la señora de Villemur”. Ésta empleaba entonces tanto ingenio en darle lugar al autor de Sueño, como acababa de hacerlo para volverse hacia él. Y la princesa se acercaba con una silla; no había interpelado efectivamente a la señora de Villemur más que para tener un pretexto de dejar el primer grupo donde había pasado los diez minutos de reglamento y conceder idéntica duración al segundo. En tres cuartos de hora, todos los grupos habían recibido su visita, que cada vez parecía guiada por lo imprevisto y las preferencias, pero debía indicar sobre todo con qué naturalidad “sabe recibir una gran dama”. Pero ahora empezaban a llegar los invitados, y la dueña de casa se había sentado junto a la entrada erguida y orgullosa en su majestad casi real, llameándole los ojos con su propia incandescencia entre dos altezas desprovistas de, hermosura y la embajadora de España.

Formaban cola detrás de algunos invitados que habían llegado antes. Tenía frente a mí a la princesa cuya belleza, entre tantas otras, no es sin duda el único recuerdo de esa fiesta. Pero el rostro de la dueña de casa era tan perfecto, estaba acuñado como una medalla tan hermosa que conservó para mí una virtud conmemorativa. La princesa solía decir a sus invitados, días antes de sus veladas: “¿Vendrá usted, no?”, como si tuviese grandes deseos de conversar con ellos. Pero como, al contrario, no tenía nada de que hablarles, apenas

llegaban frente a ella, sin levantarse, le bastaba interrumpir un momento su vana conversación con las dos, altezas y la embajadora mientras agradecía diciendo: “Muy amable por haber venido”; no porque pensase que el invitado diera pruebas de amabilidad al venir, sino para aumentar aún la suya; luego, agregaba volviéndolo a echar enseguida al arroyo: “Encontrará usted al señor de Guermantes a la entrada de los jardines”, de modo que uno se iba a visitarlo y la dejaba tranquila. A algunos ni les decía nada, enseñándoles sólo sus admirables ojos de ónix, como si se asistiera a una exposición de piedras preciosas.

El primero que debía pasar antes que yo, era el duque de Châtellerault.

No había advertido al ujier por contestar a todas las sonrisas y todos los saludos que le llegaban desde el salón. Pero desde el primer momento el ujier lo había reconocido. Esa identidad que tanto deseara conocer, se le iba a revelar dentro de un instante. Al pedir a su “inglés” de la antevíspera, con qué nombre debía anunciarlo, el ujier no sólo estaba conmovido, sino que se juzgaba indiscreto y sin delicadeza. Le parecía que iba a revelar a todos (que sin embargo nada sospechaban) un secreto que era culpable sorprender en esa forma y propagar públicamente. Al oír la contestación del invitado: “El duque de Châtellerault”, se sintió turbado por tal orgullo que enmudeció un instante. El duque lo miró, lo reconoció y se creyó perdido mientras el sirviente, que se había serenado y conocía lo suficiente la heráldica para completar por sí mismo un apelativo, excesivamente modesto, aullaba con una energía profesional que se aterciopelaba de íntima ternura: “Su Alteza, monseñor el duque de

Châtellerault”. Pero ahora me tocaba a mí ser anunciado. Absorto en la contemplación de la dueña de casa, que aún no me viera, no había pensado en las funciones, que me parecían terribles —aunque de muy distinto modo que para el señor de Châtellerault— de ese ujier vestido de negro como un verdugo, rodeado de un tropel de mucamos con las más alegres libreas, sólidos mocetones dispuestos a apoderarse de un intruso y ponerlo en la calle. El ujier me pidió mi nombre, y se lo dije tan maquinalmente como el condenado a muerte se deja atar al garrote. Enseguida levantó majestuosamente la cabeza y antes de que pudiera rogarle que me anunciase a media voz, para escatimar mi amor propio, en caso de no haber sido invitado, y el de la princesa de Guermantes si lo estaba, aulló las sílabas inquietantes con una fuerza capaz de estremecer la bóveda de la casa.

El ilustre Huxley (aquel cuyo sobrino ocupa en la actualidad un lugar preponderante en el mundo de la literatura inglesa) cuenta que una de sus enfermas ya no se atrevía a frecuentar gente porque a menudo, en el mismo sillón que le indicaban con gesto cortés, veía sentado a un anciano. Estaba convencida de que era una alucinación el gesto que la invitaba, o la presencia del anciano, porque no le hubieran indicado un sillón ya ocupado. Y cuando Huxley, para curarla, le insistió que asistiera a fiestas, tuvo un instante de penosa vacilación al preguntarse si el gesto amable con que la recibían era verdadero o si debía para obedecer a una visión inexistente, sentarse en público sobre las rodillas de un señor de carne y hueso. Su breve incertidumbre fue cruel. Menos quizás que la mía. A partir del momento en que percibí el gruñir de mi nombre, como el ruido

previo de una posible catástrofe, debí adelantarme hacia la princesa resueltamente para defender en cualquier caso mi buena fe.

Me advirtió cuando estaba a algunos pasos de ella, y en lugar de quedarse sentada como ante los demás invitados, se levantó y se acercó, lo que confundía mis dudas acerca de una maquinación. Un segundo después, pude lanzar el suspiro de alivio de la enferma de Huxley cuando decidió sentarse en el sillón, lo encontró desocupado y comprendió que el anciano constituía la alucinación. La princesa acababa de extenderme la mano con una sonrisa. Se quedó de pie algunos instantes con esa gracia peculiar a la estancia de Malherbe que termina así:

Y para honrarlos se levantan los ángeles.

Se disculpó porque aún no había llegado la duquesa, como si debiese aburrirme sin ella. Para saludarme ejecutó alrededor de mí, a tiempo que me daba la mano, un giro lleno de gracia, en cuyo torbellino me sentí arrastrado. Por poco esperaba que me entregase entonces, como una conductora de *cotillón*, un bastón con mango de marfil o un reloj-pulsera. No me dio, a decir verdad, nada de eso y como si en vez de bailar el *boston* oyera más bien un sacrosanto cuarteto de Beethoven cuyos sublimes acentos temiera turbar, detuvo la conversación o mejor dicho, no la empezó, y radiante aún por haberme visto entrar, sólo me participó en qué lugar estaba el príncipe.

Me alejé de ella y no me atreví a acercarme, sabiendo que no tenía absolutamente nada que decirme y que, con su inmensa buena voluntad, esa mujer maravillosamente alta y hermosa, noble como

tantas grandes señoras que subieron tan altivamente al cadalso, no podía hacer otra cosa como no fuera ofrecerme agua de azahar que repetirme lo que ya me dijera dos veces: “Encontrará usted al príncipe en el jardín”. Y buscar al príncipe, era hacer renacer mis dudas bajo otra forma. De cualquier modo, tenía que encontrar a alguien que me presentase. Se oía, dominando todas las conversaciones, la charla inagotable del señor de Charlus, que conversaba con S. E. el duque de Sidonia, al que acababa de conocer de profesión a profesión uno se adivina y también de vicio a vicio. El señor de Charlus y el señor de Sidonia presintieron enseguida cada cual el recíproco, que para ambos, era ser monoliguistas en tertulia, al extremo de no poder soportar ninguna interrupción. Al juzgar en seguida que el mal no tenía remedio, como dice un célebre soneto, habían decidido no callar, sino hablar cada cual sin ocuparse de lo que diría el otro. Lo que provocaba esa confusa algarabía que se produce en las comedias de Molière cuando varias personas dicen a un tiempo cosas distintas. Con su voz sonora el barón estaba seguro de triunfar y cubrir la débil voz del señor de Sidonia; sin que este último se desalentara sin embargo, puesto que cuando el señor de Charlus tomaba aliento por un instante, el susurro del grande de España que continuaba imperturbablemente su discurso llenaba el intervalo. Podía pedir al señor de Charlus que me presentase al príncipe de Guermantes, pero temía (con sobrados motivos) que estuviese enojado conmigo. Había obrado con él de la manera más ingrata al desechar por segunda vez sus ofrecimientos y al no darle señales de vida desde la noche en que tan afectuosamente me acompañara a casa. Sin embargo, como excusa no anticipé de ningún modo la escena que viera esa misma tarde

entre ese Jupien y él. No sospechaba nada semejante. Es verdad que poco antes, cuando mis padres me increpaban por mi pereza y por no haberme tomado el trabajo de escribir unas líneas al señor de Charlus, les había reprochado violentamente que quisieran hacerme aceptar proposiciones deshonestas. Pero fue sólo la cólera y el deseo de encontrar la frase que más desagradable pudiera resultarles, los que me dictaron esa respuesta mendaz. En realidad, no supuse nada sensual ni aún sentimental en los ofrecimientos del barón. Había dicho eso a mis padres como una pura locura. Pero a veces lo que vendrá habita en nosotros sin que lo sepamos y nuestras palabras que creemos mentiras dibujan una realidad próxima.

El señor de Charlus hubiese perdonado, sin duda, mi falta de gratitud. Pero lo enfurecía, esa noche, mi presencia en casa de la princesa de Guermantes, como desde hacía algún tiempo en casa de su prima, que parecía desafiar su declaración solemne: “Nadie entra en esos salones sino por mí”. Falta grave, crimen quizás inexpiable, no había seguido la vía jerárquica. El señor de Charlus sabía demasiado que los rayos que enarbolaba contra los que no acataban sus órdenes o empezaba a odiar, comenzaban a pasar, según mucha gente, por más rabia que pusiese en ellos, como rayos de cartón, y ya no tenían poder suficiente para echar a nadie de ningún lado. Pero quizás creía que su poder disminuido, todavía grande, seguía intacto a los ojos de los novicios como yo. Por eso no me parecía muy bien elegido para pedirle un favor en una fiesta donde mi sola presencia era ya un desmentido irónico a sus pretensiones.

Me detuvo en ese momento un hombre bastante vulgar: el profesor E... Le había sorprendido verme en casa de los Guermantes.

Yo no lo estaba menos, porque en casa de la princesa nunca se había visto ni se vio luego, un personaje de su calaña. Acababa de curar al príncipe, ya con la extremaunción, de una neumonía infecciosa y el agradecimiento muy particular que por ello le guardaba la señora de Guermites, motivó que se desecharan los usos y lo invitaran. No conocía absolutamente a nadie en esos salones, y como no podía vagar en ellos interminablemente solo, igual que un ministro de la muerte, sintió al reconocermelo, y por primera vez en su vida, que tenía una infinidad de cosas que decirme, lo que le permitía adquirir cierta soltura, y ése era uno de los motivos por los cuales se me acercaba. Había otro. Él atribuía mucha importancia a no dar nunca un diagnóstico erróneo. Y su correspondencia era tan numerosa que no recordaba exactamente cuando veía una sola vez a un enfermo si la enfermedad había seguido el curso que él le señalara. No se ha olvidado, quizás, de que en el momento del ataque de mi abuela, yo la llevé a su casa, esa noche en que se hacía coser tantas medallas. Dado el tiempo transcurrido, no recordaba más la participación que se le enviara luego. “¿Su señora abuela ha muerto, verdad? me dijo con una voz en que una casi certidumbre calmaba una leve aprensión. ¡Ah! ¡En efecto! Por otra parte, desde el primer momento en que la vi, mi pronóstico fue completamente sombrío, lo recuerdo muy bien.”

Así es como el profesor E... supo o volvió a enterarse de la muerte de mi abuela, y debo decir en su elogio, que es el del cuerpo médico íntegro, sin manifestar, sin experimentar quizás satisfacción alguna. Los errores de los médicos son innumerables. Pecan habitualmente de optimismo en cuanto al régimen, por pesimismo en cuanto al desenlace. “¿Vino? En cantidades moderadas; no puede

hacerle daño; en última instancia, es un tónico... ¿El placer físico? Después de todo, es una función. Se lo permito, sin abusos; usted me entiende. El exceso es un defecto para todo.” Y, por consiguiente, qué tentación para el enfermo renunciar a esos dos revividores: el agua y la castidad. Por el contrario, si uno tiene algo en el corazón, albúmina, etc., ya no durará mucho tiempo. Habitualmente, trastornos graves aunque funcionales se atribuyen a un cáncer imaginario. Es inútil continuar unas consultas que no podrían detener una enfermedad incurable. Si el enfermo entregado a sí mismo se impone entonces un régimen implacable y luego cura o por lo menos sobrevive; al verse saludado el médico en la Avenida de la ópera, cuando lo creía desde hacía tiempo en el Père Lachaise, creará que ese sombrerazo es un gesto de insolencia desafiante. Un paseo inocente efectuado en sus barbas no le provocaría más enojo al presidente de la Corte de Assises que dos años antes pronunció una condena a muerte contra el rústico que parece no temer nada. A los médicos (no se trata de todos, es claro, y no omitimos mentalmente admirables excepciones), en general los descontenta y los irrita más la nulidad de su veredicto que lo que pueda alegrarlos su ejecución. Lo que explica que el profesor E., por más que experimentase alguna satisfacción intelectual al ver que no se había equivocado, supiera hablarme tristemente de la desgracia que nos hiciera. No le interesaba abreviar la conversación que le proporcionaba cierta soltura y un motivo de quedarse. Me habló de los grandes calores de esos días; pero, aunque era culto y podía expresarse en un francés correcto, me dijo: “¿A usted no le molesta esta hipertermia?”. Porque la medicina ha hecho algunos pequeños progresos en sus conocimientos desde

Molière, pero ninguno en su vocabulario. Mi interlocutor agregó: “—Deben evitarse los sudores que provoca clima semejante, especialmente en los salones recalentados. Puede remediarlo, cuando vuelva con ganas de beber, con el calor”. (Lo que significa, evidentemente, bebidas calientes).

Debido a la manera como murió mi abuela, me interesaba el tema, y había leído poco antes en el libro de un gran sabio que la transpiración era perjudicial a los riñones, ya que expulsaba por la piel lo que debía salir por otro lugar. Lamentaba esos días caniculares, en los que había muerto mi abuela y estaba a punto de atribuirles la culpa de todo. No hablé de ello al doctor E., pero él mismo me dijo: “La ventaja de estos tiempos muy calurosos, en que la transpiración es muy abrumante, consiste en que el riñón se alivia en otro tanto. La medicina no es una ciencia exacta.

Adherido a mí, el profesor E. no pedía otra cosa que estar conmigo. Pero yo acababa de ver al marqués de Vaugoubert, que le hacía grandes reverencias a la princesa de Guermantes, a derecha e izquierda, después de haber retrocedido un paso. El señor de Norpois me lo había presentado hacía poco, y yo esperaba que él fuera quien me acercara al dueño de casa. Las proporciones de esta obra no me permiten explicar aquí en virtud de qué incidentes de juventud el señor Vaugoubert era uno de los pocos hombres de mundo (quizás el único), que estuviese lo que se llama en Sodoma “en confidencias” con el señor de Charlus. Pero si nuestro ministro ante el rey Teodosio tenía algunos de los defectos del barón, no era más que en estado de muy pálido reflejo. Sólo bajo una forma infinitamente suavizada, sentimental y tonta presentaba esas alternativas de simpatía y odio por

las que pasaba el barón debido al deseo de cautivar y luego al temor igualmente imaginario de ser, ya que no despreciado, por lo menos descubierto. Esas alternativas, ridículas por su castidad y su “platonismo” (al que como gran ambicioso sacrificara todo placer desde la edad del concurso), las presentaba, sin embargo, el señor de Vaugoubert. Pero mientras el señor de Charlus entonaba alabanzas inmoderadas con un verdadero exceso de elocuencia y las sazonaba con las más finas y mordientes ironías que podían señalar para siempre a un hombre, la simpatía del señor de Vaugoubert, por el contrario, estaba expresada con la trivialidad de un hombre de último orden, de hombre del gran mundo y funcionario, y las culpas (forjadas en general de una sola pieza, como las del barón) por una malevolencia sin tregua pero sin ingenio y que chocaban tanto más que contrariaban habitualmente los propósitos que enunciara el ministro seis meses antes y que enunciaría quizás de nuevo dentro de algún tiempo: regularidad en el cambio que prestaba una poesía casi astronómica a las distintas fases de la vida del señor de Vaugoubert, aunque ninguno menos que él podía parecerse a un astro.

Sus buenas noches no tenían nada de lo que hubieran tenido las del señor de Charlus. El señor de Vaugoubert prestaba a esas buenas noches, además de los mil modos que creía propios de la sociedad y la diplomacia, un aspecto desenvuelto, vivaracho y sonriente para parecer, por una parte, satisfecho de la existencia aunque rumiara interiormente los contratiempos de una carrera sin progreso, a la que amenazaba el retiro y por otra parte, joven, viril y encantador mientras veía y ya no se atrevía a mirarse en su espejo para ver las arrugas fijas en los alrededores de su rostro, que deseara

conservar lleno de seducciones. Y no es que ambicionase conquistas efectivas, cuya sola idea lo atemorizaba por culpa del qué dirán, el escándalo y los chantajes. Ya que pasara de una corrupción casi infantil a la continencia absoluta, desde que pensara en el *Quai d'Orsay*¹ y deseado una gran carrera, parecía un animal enjaulado, echando miradas en todas direcciones; miradas que expresaban miedo, apetencia y estupidez. La suya era tal que no pensaba que los pilluelos de su adolescencia ya no eran chicuelos, y cuando un vendedor de diarios le gritaba en las narices “*¡La Prensa!*” se estremecía de espanto más bien que de deseo, creyéndose reconocido y despistado.

Pero a cambio de los placeres sacrificados a la ingratitud del *Quai d'Orsay*, el señor de Vaugoubert y por eso hubiera querido seguir gustando tenía bruscos impulsos del corazón. Dios sabe con cuántas cartas fastidiaba al Ministerio (qué astucias personales desplegaba, cuántas extracciones operaba a cuenta del crédito de la señora de Vaugoubert, que, por su corpulencia, su elevado nacimiento, su aspecto masculino y especialmente por la mediocridad del marido, creían dotada de una notable capacidad y que desempeñaba las verdaderas funciones del ministro) para emplear en la legación, sin ninguna razón valedera, a un joven desprovisto de todo mérito.

Es cierto que algunos meses, algunos años después, a poco que el insignificante agregado pareciese sin rastro de mala intención, dar señales de frialdad a su jefe, éste, creyéndose traicionado o despreciado, ponía igual ardor histérico en castigarlo que antaño en favorecerlo. Removía cielo y tierra para que lo trasladasen, y el director de Asuntos Políticos recibía diariamente una carta: “¿Qué espera usted para librarme de ese vivo? Doméstíquelo un poco en su propio inte-

rés; lo que necesita es un poco de hambruna”. El puesto de agregado ante el rey Teodosio, por ese motivo, no era agradable. Pero en lo demás, gracias a su perfecto buen sentido de hombre de mundo, el señor de Vaugoubert era uno de los mejores agentes del gobierno francés en el exterior. Cuando un hombre pretendidamente superior, jacobino y sabio en todas las cosas, lo reemplazó luego, no tardó en declararse la guerra entre Francia y el país gobernado por el rey.

Al señor de Vaugoubert, como al señor de Charlus, no le gustaba tomar la iniciativa del saludo. Uno y otro preferían “contestar”, temiendo siempre los chismes que pudiese haber oído aquel al que sin ese motivo hubiesen tendido la mano de ellos desde que no lo habían visto. En cuanto a mí, el señor de Vaugoubert no tuvo por qué plantearse la cuestión; yo había ido efectivamente a saludarlo primero, aunque no fuese más que por la diferencia de edad. Me contestó maravillado y encantado, con los dos ojos que continuaban agitándosele como si a cada lado tuviese alfalfa prohibida. Pensé que convenía solicitarle mi presentación a la señora de Vaugoubert, antes que la del príncipe, de la que pensaba hablarle después. La idea de relacionarme con su mujer pareció llenarlo de alegría tanto por ella como por él, y me condujo con paso decidido hasta la marquesa. Llegado ante ella y señalándome con la mano y los ojos con todas las expresiones posibles de consideración, enmudeció, sin embargo, y se retiró movedido al cabo de algunos segundos, para dejarme solo con su mujer. Ésta me había tendido la mano enseguida, sin saber a quién dirigía tal prueba de amabilidad, porque comprendí que el señor de Vaugoubert había olvidado mi nombre, quizás no me reconociera y al no quererlo confesar por cortesía, redujo la presentación

a una simple pantomima. Por lo tanto, no había progresado mucho más. ¿Cómo hacerme presentar al dueño de casa por una mujer que no sabía mi nombre? Además, me veía obligado a conversar algunos instantes con la señora de Vaugoubert. Y eso me fastidiaba desde dos puntos de vista. No me interesaba estar mucho tiempo en esta fiesta, ya que concertara con Albertina (le había regalado un palco para *Fedra*) que viniese a verme poco antes de medianoche. En verdad, no estaba de ninguna manera enamorado de ella; al requerirla esa noche obedecía a un deseo completamente sensual, aunque estuviese en esa época tórrida del año en que la sensualidad liberada visita preferentemente los órganos del gusto y busca la frescura. Tiene uno más sed de una naranjada, de un baño, hasta de contemplar esa luna pelada y jugosa que saciaba al cielo, que del beso de una muchacha. Pero, sin embargo, esperaba aliviarme al lado de Albertina ³/₄la que, por otra parte, me recordaba la frescura de las aguas de la nostalgia que me dejarían muchos rostros encantadores (puesto que en la velada que ofrecía la princesa había tantas muchachas como señoras. Por otra parte, el de la imponente señora de Vaugoubert, borbónico y lúgubre, no ofrecía ningún atractivo).

En el Ministerio se decía, sin sombra de malignidad, que en ese matrimonio el hombre llevaba las faldas y la mujer los pantalones. Y había en ello más verdad de lo que se creía. La señora de Vaugoubert era un hombre. ¿Siempre fue así, o se había transformado en lo que veía? Poco importa, porque en uno y otro caso tiene uno que enfrentarse con uno de los milagros más conmovedores de la naturaleza y que, especialmente el segundo, hace que el reino humano se parezca al reino de las flores. En la primera hipótesis que la

futura señora de Vaugoubert hubiese sido tan pesadamente hombruna, la naturaleza, con una astucia diabólica y bienhechora, da a la joven el aspecto engañoso de un hombre. Y el adolescente que rehuye a las mujeres y quiere curarse, encuentra con alegría el subterfugio de descubrir una novia que parece un changador. En caso contrario, si la mujer no tiene desde el comienzo las características masculinas, las toma poco a poco, para gustar a su marido, aún inconscientemente, por esa suerte de mimetismo que hace que algunas flores adquieran el aspecto de los insectos que quieren atraer. El dolor de no ser amada, y de no ser hombre, la viriliza. Aun fuera del caso que nos ocupa, ¿quién no ha notado en qué forma las parejas más normales acaban por parecerse, a veces hasta por intercambiar sus cualidades? Un antiguo canciller alemán, el príncipe de Bülow, se había casado con una italiana. Al tiempo, notaron en el Pincio hasta qué punto el esposo germánico había adquirido la fineza italiana y la princesa italiana la rudeza alemana. Saliendo hasta un punto excéntrico de las leyes que estamos trazando, todos conocen a un eminente diplomático francés, cuyo origen no recordaba sino su nombre, uno de los más ilustres de Oriente. Al hacerse maduro, al envejecer, se reveló en él el oriental que no se sospechara nunca y al verlo lamenta uno la ausencia del fez que lo completaría.

Volviendo a costumbres muy ignoradas del embajador cuya silueta ancestralmente espesa acabamos de evocar, la señora de Vaugoubert realizaba el tipo adquirido o predestinado, cuya imagen inmortal es la Princesa Palatina, siempre en traje de montar y que, al adquirir de su marido algo más que la virilidad, al absorber los defectos de los hombres que no gustan de las mujeres, denuncia en sus

cartas de mujeres las relaciones recíprocas de todos los grandes señores de la corte de Luis XIV. Una de las causas que más aumentan el aspecto masculino de mujeres como la señora de Vaugoubert es que el abandono en que las dejan sus maridos y la vergüenza que experimentan, marchitan en ellas gradualmente todo lo que es propio de la mujer. Acaban por tomar las cualidades y los defectos que el marido no tiene. Cuanto más frívolo, más afeminado, más indiscreto, se hacen ellas la efigie sin encantos de las virtudes que debía practicar el esposo.

Rastros de oprobio, aburrimento e indignación ensombrecían el rostro regular de la señora de Vaugoubert. ¡Ay!, yo advertía que ella me consideraba con interés y curiosidad, como a uno de esos jóvenes que gustaban al señor de Vaugoubert y que tanto hubiera deseado ser hasta que al envejecer su marido prefirió la juventud. Me miraba con la atención de esos provincianos que copian en un catálogo de tienda de novedades el traje sastre tan sentador para la linda persona dibujada (en realidad, la misma en todas las páginas, pero multiplicada ilusoriamente en distintas criaturas gracias a las diferentes posturas y a la variedad de los vestidos). La atracción vegetal que impelía hacia mí a la señora de Vaugoubert era tan fuerte que llegó hasta tomarme del brazo, para que la acompañase a beber un vaso de naranjada. Pero la eludí alegando que partiría pronto, y aún no me habían presentado al dueño de casa.

No era muy grande la distancia que me separaba de la entrada de los jardines donde conversaba con algunas personas. Pero me causaba más miedo que si tuviese que exponerme a un fuego continuado para atravesarla.

Muchas mujeres por quienes me parecía que podía hacerme presentar estaban en el jardín, donde, al tiempo que fingían una exaltada admiración, no sabían qué hacer. Las fiestas de este género son en general anticipadas. No adquieren realidad sino al día siguiente en que ocupan la atención de las personas que no han sido invitadas. Cuando un verdadero escritor, desprovisto del tonto amor propio de tantos hombres de letras, lee el artículo de un crítico que siempre le ha demostrado la mayor admiración y ve citados los nombres de autores mediocres menos el suyo, no tiene tiempo de detenerse en lo que podía asombrarlo: lo reclaman sus libros. Pero una mujer de mundo no tiene nada que hacer, y al ver en el *Fígaro*: “Ayer el príncipe y la princesa de Guermantes han ofrecido una gran velada, etc.”, exclama: “¡Cómo, si hace tres días he conversado durante una hora con María Gilberta y no me dijo nada!”, y se devana los sesos para saber qué les habrá hecho a los Guermantes.

Hay que decir que en lo concerniente a las fiestas de la princesa, el asombro era a veces tan grande entre los invitados como entre los que no lo habían sido. Porque estallaban las invitaciones en el momento más inesperado y convocaban a personas que la señora de Guermantes había olvidado durante años. Y casi toda la gente de sociedad es tan insignificante que cada uno de sus semejantes no tiene para juzgarlos otra medida que su amabilidad; si invitados, los quiere; si excluidos, los detesta. En cuanto a estos últimos, si a menudo, en efecto, la princesa no los invitaba aun siendo amigos, era porque temía descontentar a Palamedes, que los había excomulgado. Por donde podía estar yo seguro de que no había hablado de mí al señor de Charlus, sin lo cual no estaría ahí. Se había acodado ahora frente

al jardín, al lado del embajador de Alemania, en la rampa de la escalera grande que conducía a la casa, de manera que los invitados, a pesar de las tres o cuatro admiradoras que se agrupaban alrededor del barón ocultándolo casi, se veían obligados a saludarlo. Él contestaba llamando a la gente por su nombre. Y se oía sucesivamente: “Buenas noches, señor de Hazay. Buenas noches, señora de la Tour du Pin-Verclause. Buenas noches, señora de la Tour du Pin-Gouvernet. Buenas noches, Filiberto. Buenas noches mí querida embajadora, etc.”, lo que constituía un gañido continuo, interrumpido por recomendaciones benévolas o preguntas (cuyas respuestas no oía) y que el señor de Charlus dirigía con un tono suavizado, ficticio y benigno para demostrar indiferencia: “Tenga cuidado que la pequeña no tome frío, pues los jardines siempre son algo húmedos. Buenas noches, señora de Brantes. Buenas noches, señora de Macklemburgo. ¿Ha venido la joven? ¿Se puso su encantador vestido rosa? Buenas noches, Saint-Géran”. Es verdad que en esa actitud había orgullo; el señor de Charlus sabía que era un Guermantes y que ocupaba un sitio preponderante en esa fiesta. Pero había algo más que orgullo, y esa misma palabra *fiesta* evocaba para el hombre con dones estéticos el sentido lujoso y curioso que puede tener si esta fiesta se ofrece, no en casa de gente de mundo, sino en un cuadro de Carpaccio o del Veronés. Es más probable todavía que un príncipe alemán como el señor de Charlus debía representarse mejor la fiesta que se desarrolla en *Tannhauser* y a él mismo como el margrave, teniendo a la entrada de la *Warburg* una buena palabra condescendiente para cada invitado, mientras que su desagotamiento en el castillo o el parque es saludado por la larga frase cien veces confesada de la famosa “Marcha”.

Debía decidirme, sin embargo. Reconocía, es verdad, bajo los árboles, mujeres con las que estaba más o menos relacionado; pero parecían transformadas porque estaban en casa de la princesa y no en casa de su prima, y no las veía sentadas ante un plato de porcelana de Sajonia, sino bajo las ramas de un castaño. A nada contribuía la elegancia del medio. Aunque hubiese sido infinitamente menor que en casa de “Oriana”, en mí existía la misma turbación. Todo parece transformado si la electricidad llega a apagarse en nuestro salón y debe uno reemplazarla con candiles de aceite. La señora de Souvré me arrancó a mi incertidumbre. “Buenas noches dijo acercándoseme: ¿Hace mucho que no vio a la duquesa de Guermantes?” Era muy diestra en dar a ese género de frases una entonación que probaba que no las decía por pura tontería, como la gente que por no saber de qué hablar lo aborda a uno mil veces citando una relación común, y a menudo muy vaga. Tuvo, al contrario, un fino hilo conductor en la mirada, que significaba: “No crea que no lo reconocí. Usted es el joven a quien vi en casa de la duquesa de Guermantes. Lo recuerdo muy bien”. Desgraciadamente, la protección que tendía sobre mí esa frase de apariencia estúpida y de intención delicada era extremadamente frágil y se desvaneció en cuanto quise usarla. La señora de Souvré tenía el arte, si se trataba de apoyar una solicitud junto a algún poderoso, de aparentar, a la vez, recomendarlo, a los ojos del solicitante y no recomendarlo a los ojos del personaje, de modo que ese gesto de doble sentido le abría un crédito de gratitud hacia este último sin crearle ningún débito con el otro. Alentado por las buenas disposiciones de esa señora para pedirle que me presentara al señor de Guermantes, aprovechó un momento

en que las miradas del dueño de casa no se dirigían hacia nosotros, me tomó maternalmente por los hombros y sonriendo hacia el rostro del príncipe que no podía verla, me empujó hacia él con un movimiento pretendidamente protector y voluntariamente ineficaz que casi me detiene en mi punto de partida. Así es la cobardía de la gente de mundo.

La de una señora que vino a saludarme llamándome por mi nombre, fue mayor aún. Yo trataba de ubicar el suyo mientras le hablaba; recordaba perfectamente haber cenado con ella y hasta recordaba las palabras que me dijera. Pero mi atención tensa hacia la región interior de esos recuerdos suyos, no podía descubrir su nombre. Ahí estaba, sin embargo. Mi pensamiento inició con él algo así como una especie de juego para atrapar sus contornos, la letra con que empezaba e iluminarlo por fin completamente. Era trabajo perdido; advertía más o menos su masa, su peso, pero en cuanto a sus formas, las confrontaba con el tenebroso cautivo acurrucado en la noche interior y me decía: No es eso. En verdad mi espíritu podía crear los nombres más difíciles. Por desgracia, no tenía que crear, sino reproducir. Toda acción del espíritu es fácil si no está sometida a lo real. Ahí estaba obligado a someterme. Por fin, apareció el nombre de golpe: “Señora de Arpajon”. Hago mal al decir que vino, porque no se me apareció, creo, en una propulsión propia. No pienso tampoco que los livianos y numerosos recuerdos que se referían a esa señora y a los que no dejaba de pedir que me ayudaran (con exhortaciones como ésta: “Veamos, es esa señora amiga de la señora de Souvré, que siente por Víctor Hugo una tan cándida admiración, mezclada con tanto espanto y horror”), no creo que todos esos recuerdos

revoloteando entre mi nombre y yo sirvieran para sacarlo a flote. En esa enorme “escondida” que se juega en la memoria cuando uno quiere encontrar un nombre, no hay una serie de aproximaciones graduadas. No se ve nada, y de golpe aparece el nombre exacto y muy diferente de lo que creía adivinarse. Él no vino a nosotros. No; más bien creo que a medida que vivimos, pasamos nuestro tiempo alejándonos de la zona en que un nombre es perceptible, y por un ejercicio de mi voluntad y de mi atención que aumentaba la agudeza de mi mirada interior atravesé de golpe la semioscuridad y vi con claridad. En todo caso, si hay transiciones entre el olvido y el recuerdo, esas transiciones son inconscientes. Porque los nombres de etapa por los que pasamos, antes de encontrar el verdadero, son falsos y no nos acercan a él para nada. No son ni siquiera nombres, hablando con propiedad, sino a menudo simples consonantes, que no vuelven a encontrarse en el nombre hallado. Por otra parte, ese trabajo del espíritu que pasa de la nada a la realidad es tan misterioso que después de todo es posible que esas consonantes falsas sean muletas previas torpemente extendidas para ayudarnos a atrapar el nombre exacto. “Todo lo cual dirá el lector no nos hace saber nada acerca de la falta de complacencia de esa señora; pero, ya que se ha detenido usted tanto tiempo, déjeme, señor autor, que le haga perder un minuto más para decirle que es enojoso que tan joven como era usted (o como era su protagonista sí no se trata de usted) tuviese ya tan poca memoria que no recordara el nombre de una señora que conocía tanto”. Es muy enojoso, en efecto, señor lector. Y más triste de lo que usted cree cuando advierte en ello el anuncio de la época en que los nombres y las palabras desaparecerán de la zona clara del pensamiento y en

que uno deberá renunciar para siempre a nombrar a los que ha conocido mejor. Es enojoso, en efecto, que se requiera esa tarea desde la juventud para encontrar nombres que tan bien conoce uno. Pero si esa dolencia no se produjera más que con nombres apenas conocidos, muy naturalmente olvidados y que uno no quisiera molestarse en recordar, esa dolencia no dejaría de tener ventajas. “¿Y cuáles, se lo ruego?” ¡Eh, señor!, es que sólo el mal hace notar y aprender y permite desarmar mecanismos que sin ello no se conocería. Un hombre que cae como un plomo cada noche en su cama y no vive hasta el momento de despertar y levantarse, ese hombre ¿podrá pensar alguna vez, no ya en hacer grandes descubrimientos, sino por lo menos pequeñas observaciones acerca del sueño? Apenas sabe si duerme. Un poco de insomnio no es inútil para apreciar el sueño y proyectar alguna luz en esa noche. Una memoria sin desfallecimientos no es un excitante demasiado poderoso para estudiar los fenómenos de la memoria. “En fin, ¿la señora de Arpajon lo presentó a usted al príncipe?”. No, pero cállese usted y deje que vuelva a mi relato.

La señora de Arpajon fue aún más cobarde que la señora de Souvré, pero su cobardía, era más disculpable. Sabía que siempre había tenido poca influencia en sociedad. Esa influencia se debilitó todavía al unirse con el duque de Guermentes; el abandono de este último le asestó el último golpe. El mal humor que le provocó mi pedido de presentarme al príncipe le causó un silencio con el cual tuvo la candidez de creer que aparentaba no haber comprendido lo que le había dicho. Ni siquiera advirtió que el enojo le hacía fruncir el ceño. Quizás, al contrario, lo advirtió, no se preocupó de la contradicción y la utilizó para la lección de discreción que podía darme

sin excesiva grosería; quiero decir una lección muda y no por ello menos elocuente.

Por otra parte, la señora de Arpajon estaba muy contrariada, porque se habían levantado muchas miradas hacia un balcón Renacimiento en cuyo ángulo, en lugar de las monumentales estatuas aplicadas tan a menudo por esa época, se inclinaba, no menos escultural que ellas, la magnífica duquesa de Surgís-le-Duc, que acababa de suceder a la señora de Arpajon en el corazón de Basin de Guermantes. Bajo el leve tul blanco que la resguardaba del frescor nocturno, se veía su tenso cuerpo elástico de Victoria. No tenía más que recurrir al señor de Charlus, que había vuelto a entrar en un cuarto de la planta baja que tenía acceso al jardín. Tuve oportunidad (puesto que fingía estar absorto en un partido de *whist* simulado que le permitía aparentar que no veía a la gente) de admirar la voluntaria y artística sencillez de su frac, que por insignificancias que sólo hubiera podido advertir un sastre, parecía una “Armonía” en negro y blanco de Whistler: negro, blanco y rojo, más bien, porque el señor de Charlus llevaba la cruz de esmalte blanco, rojo y negro, de Caballero de la Orden religiosa de Malta, colgada de un amplio cordón sobre la pechera de su traje. En ese momento interrumpió el partido del barón la señora de Gallardon acompañada por su sobrino, el vizconde de Courvoisier, joven de buena estampa y aspecto impertinente: “Primo —dijo la señora de Gallardon—, permítame que le presente a mi sobrino Adalberto. Adalberto, ya sabes, el famoso tío Palamédes, de quien siempre oyes hablar”. “Buenas noches, señora de Gallardon”, contestó el señor de Charlus. Y agregó sin siquiera mirar al joven: “Buenas noches, señor”, con aspecto enfurruñado y una voz tan

violentemente descortés, que dejó estupefactos a todos. Quizás, como el señor de Charlus sabía que la señora de Gallardon tenía dudas acerca de sus costumbres y no pudo resistir en una oportunidad al placer de una alusión, le interesaba cortar de raíz todo lo que ella hubiera supuesto acerca de una amable acogida a su sobrino, al mismo tiempo que profesaba una sonora indiferencia en cuanto a los jóvenes; quizás no había supuesto que dicho Adalberto contestara las palabras de su tía con expresión lo bastante respetuosa; quizás, deseando entrar más tarde en la lid con tan agradable primo, quisiera darse las ventajas de una agresión previa, como los soberanos que antes de entablar una acción diplomática la apoyan con una acción militar.

No era tan difícil como lo creía que el señor de Charlus accediese a mi solicitud de presentación. Por una parte, en el curso de esos últimos veinte años, ese Don Quijote combatió contra tantos molinos de viento (a menudo parientes que pretendía se habían portado mal con él), prohibió con tanta frecuencia “como alguien imposible de recibir” que invitaran a los de tal o cual de los Guermantes, que éstos empezaban a temer disgustarse con todas las personas que querían y privarse hasta su muerte del trato de, algunos recién llegados que deseaban conocer, si se solidarizaban con los rencores detonantes e inexplicables de un cuñado o un primo que deseaba que por él abandonase uno mujer, hermano e hijos. Más inteligente que los restantes Guermantes, el señor de Charlus advertía que ya no se consideraban sus exclusiones sino una de cada dos veces, y anticipándose al porvenir, temiendo que llegase el día en que fuese de él de quien llegaran a privarse, comenzó a hacer la parte del fuego, y rebajar sus precios, como se dice. Además, si tenía la facultad de

dar durante meses y años una vida idéntica a un ser odiado y no toleraba que se le dirigiera una invitación y pelearía antes como un changador. Con una reina, ya que no tomaba en cuenta la calidad de lo que le presentaba obstáculos; en cambio, tenía demasiado frecuentes explosiones de ira para que no fuesen bastante fragmentarias. “¡Imbécil, malvado, pícaro! Vamos a colocarlo en su lugar, barrerlo hasta la cloaca donde desgraciadamente no será inofensivo para la salud de la ciudad”, aullaba aun solo en su casa, leyendo una carta que consideraba irreverente o recordando un concepto que se le había hecho conocer. Pero una nueva cólera contra un segundo imbécil disipaba la otra, y a poco que el primero se mostrase cortés, olvidaba la crisis ocasionada por él, ya que no había durado lo bastante para tener dónde asentar un fondo de odio. Por lo tanto, quizás yo hubiese logrado éxito con él a pesar de su mal humor en mi contra cuando le pedí que me presentara al príncipe, de no haberseme ocurrido la desgraciada idea de agregar por escrúpulos y para que no pudiese suponerme la falta de delicadeza de haber entrado accidentalmente con él para quedarme: “Usted sabe que los conozco muy bien; la princesa ha sido muy amable conmigo”. “Y bien, si los conoce, ¿para qué necesita que lo presente?”, me contestó con tono tajante; y dándome la espalda, volvió a su fingida partida con el nuncio, el embajador de Alemania y un personaje que yo no conocía.

Entonces desde el fondo de esos jardines, en donde antaño el duque de Aiguillon criaba animales raros, llegó hasta mí, a través de las puertas abiertas de par en par, el rumor de un resoplido que parecía aspirar tantas elegancias y no quería perder nada de ellas. El ruido se acercó y me dirigí al azar en su dirección, tanto que las

buenas noches fueron susurradas en mis oídos por el señor de Bréauté, no como el sonido herrumbroso y mellado de un cuchillo que se asienta para afilarlo, todavía menos como el grito del jabato, devastador de tierras cultivadas, sino como la voz de un posible salvador. Menos poderoso que la señora de Souvré, pero menos fundamentalmente atacado que ella de inservicialidad, mucho más a sus anchas con el príncipe que la señora de Arpajon, haciéndose quizás ilusiones sobre mi situación en el medio de los Guermantes o conociéndola quizás mejor que yo mismo, tuve, sin embargo, durante los primeros segundos, alguna dificultad en captar su atención, porque con las aletas estremecidas de su nariz y las narices dilatadas, hacía frente a todos lados, asestando curiosamente su monóculo, como si se hallara en presencia de quinientas obras de arte. Pero al oír mi solicitud, la acogió con satisfacción, me condujo hacia el príncipe y me presentó a él, con expresión golosa, ceremoniosa y vulgar, como si le hubiera alcanzado —recomendándoselas un plato de masas. Así como la acogida del duque de Guermantes era, amable cuando lo quería, llena de camaradería, cordial y familiar, así me pareció la del príncipe, acompasada, solemne y altanera. Me sonrió apenas y me llamó gravemente “Señor”. Había oído decir a menudo que el duque se burlaba del énfasis de su primo. Pero a sus primeras palabras, que por la frialdad y la seriedad contrastaban por entero con el lenguaje de Basin, comprendí en seguida que el hombre fundamentalmente desdeñoso era el duque, que desde la primera visita le hablaba a uno de “par a compañero” y que, entre ambos primos, el verdaderamente sencillo era el príncipe. Encontré en su reserva un sentimiento más grande, no diré de igualdad, porque no se concebiría, para él al menos,

la consideración que puede concedérsele a un inferior, como sucede en todos los medios fuertemente jerarquizados, en los Tribunales, por ejemplo; en una Facultad, donde un procurador general o un “decano” conscientes de su alto cargo ocultan más sencillez efectiva y cuanto más se los conoce más bondad, verdadera sencillez y cordialidad en su altanería tradicional que algunos más modernos en la afectación trivial de la ligera camaradería. “¿Piensa usted seguir la carrera de su señor padre?”, me dijo con expresión distante pero atenta. Contesté lacónicamente a su pregunta, comprendiendo que no me la había planteado sino por buena voluntad, y me alejé para dejar que recibiera a los recién llegados.

Lo vi a Swann y quise hablarle, pero en ese momento advertí que el príncipe de Guermantes, en lugar de recibir ahí mismo los saludos del marido de Odette, lo había arrastrado enseguida al fondo del jardín con la potencia de una bomba aspirante y según ciertas personas, “para ponerlo en la calle”.

Distraído de tal modo en sociedad que sólo supe al cabo de dos días y por los diarios que una orquesta checa había tocado toda la noche y que minuto a minuto se habían sucedidos los fuegos de bengala, encontré alguna facultad de atención pensando ir a ver el célebre surtidor de Hubert Robert.

En un claro formado por bellos árboles de los que algunos eran tan antiguos como él, plantado aparte, se lo veía de lejos, esbelto, inmóvil, endurecido, sin dejar que la brisa agitara otra cosa que el más leve sobrante de su penacho pálido y estremecido. El siglo XVIII había depurado la elegancia de sus líneas; pero, al fijar el estilo de su chorro, parecía haber detenido su vida; a esa distancia se tenía una

sensación de arte antes que una sensación de agua. La misma nube húmeda que se amontonaba perpetuamente en su cima conservaba un carácter de época, como los que se reúnen en el cielo alrededor de los palacios de Versalles. Pero al acercarse advertía uno que a tiempo que respetaban, como las piedras de un palacio antiguo, el dibujo trazado previamente, eran aguas siempre renovadas las que al abalanzarse y al querer obedecer las antiguas órdenes del arquitecto, no las cumplían con exactitud, sino que parecían violarlas, y sólo sus mil brincos podían dar a la distancia la impresión de un solo impulso. Éste, en realidad, se interrumpía tantas veces cuantas se desparramaba la caída, aun cuando de lejos me había parecido inflexible y denso, con una continuidad sin lagunas. Un poco más cerca, se veía que esa continuidad, en apariencia completamente lineal, se aseguraba, en todos los puntos de la ascensión del chorro y en todas partes donde pudiera haberse quebrado, por la entrada en línea, con la continuación lateral de un chorro paralelo que subía más alto que el primero y relevado él mismo, a una altura mayor, pero ya fatigosa para él, por un tercero. De cerca, caían sin fuerza gotas de la columna de agua, cruzando al paso a sus hermanas que ascendían y a veces, desgarradas y atrapadas en un remolino del aire turbado por ese surgir sin tregua, flotaban antes de naufragar en el estanque. Contrariándose por sus vacilaciones, con su trayecto inverso y esfumando con su blando vapor la rectitud y la tensión de ese tallo, que soportaba una nube oblonga formada por mil gotitas, pero aparentemente pintada de un color pardo dorado e inmutable que subía, intangible, inmóvil, impulsado y rápido, para sumarse a las nubes del cielo. Desgraciadamente, bastaba un golpe de viento para tirarlo oblicuamente al suelo; a veces

hasta u simple, chorro desobediente divergía y mojará hasta los tuétanos de no conservarse a una respetuosa distancia a la muchedumbre imprudente y contemplativa.

Uno de esos pequeños accidentes que no se producían más que cuando se levantaba brisa, fue bastante desagradable. Habían hecho creer a la señora de Arpajon que el duque de Guermantes que en realidad no había llegado todavía estaba con la señora de Surgis en las galerías de mármol rosado a las que se tenía acceso por la doble columnata cavada en el interior y que se levantaba desde el brocal del estanque. En momentos en que la señora de Arpajon se dirigía a una de las columnas, un fuerte golpe de brisa cálida torció el chorro de agua e inundó tan completamente a la hermosa señora que, chorreando agua desde el escote hasta el interior de su vestido, la empapó como si la hubieran sumergido en un baño. Entonces, no lejos de ella, un gruñir escandido retumbó lo bastante fuerte como para hacerse oír por un ejército entero y, sin embargo, prolongado por períodos, como si se dirigiese no al conjunto, sino sucesivamente a cada parte de las tropas; era el gran duque Vladimiro, que se reía con toda el alma al ver la ducha de la señora de Arpajon, uno de las cosas más alegres, gustaba decir luego, a las que asistiera en toda su vida. Como algunas personas caritativas hiciesen notar al moscovita que una palabra suya de condolencia sería quizás merecida y le daría un gusto a esa mujer que a pesar de sus cuarenta años bien cumplidos, y esponjándose con su echarpe, sin pedirle ayuda a nadie, se sacudía el agua que salpicaba maliciosamente el brocal de la fuente de taza, el gran duque, que tenía buen corazón, creyó que debía obedecer, y apenas apaciguados los últimos redobles militares de la risa, se oyó

un nuevo tronar, más violento aún que el otro. “¡Bravo, vieja!”, exclamó aplaudiendo como en un teatro. A la señora de Arpajon no le agradó que se alabara su destreza a expensas de su juventud. Y como alguien le decía, ensordecido por el ruido del agua que dominaba, sin embargo, el trueno de monseñor: “Creo que Su Alteza Imperial le ha dicho algo”, “No contestó, era a la señora de Souvré”.

Yo atravesé los jardines y volví a subir la escalera, donde en ausencia del príncipe, que se apartara con Swann, la muchedumbre de los invitados engrosaba en torno al señor de Charlus, lo mismo que cuando Luis XIV no estaba en Versalles se reunía más gente en lo de *Monsieur*² hermano. El barón me detuvo al paso mientras que detrás de mí dos señoras y un joven se aproximaban para saludarlo.

“Es agradable verlo por aquí”, me dijo, extendiéndome la mano. “Buenas noches, señora de la Trémoille; buenas noches, mi querida Herminia”. Pero sin duda lo que me había dicho acerca de su papel de jefe en la casa de Guermantes le daba deseos de aparentar satisfacción respecto a lo que le disgustaba, aunque no pudiera impedirlo, a lo que su impertinencia de gran señor y su alegría de histérico dieron inmediatamente una forma de excesiva ironía: “Es amable—repuso—, pero es especialmente muy gracioso”. Y se puso a lanzar carcajadas que parecían comprobar a la vez su alegría y la impotencia de la palabra humana para expresarla. Mientras algunas personas, que sabían cómo era simultáneamente de acceso difícil y listo para “salidas” insolentes, se aproximaban con curiosidad y un apresuramiento casi indecente, y por poco se ponían a correr. “Vamos, no se enoje me dijo tocándome suavemente el hombro, ya sabe que lo quiero mucho. Buenas noches, Antioche; buenas noches, Luis

Renato. ¿Fue a ver el surtidor? me preguntó en un tono más afirmativo que interrogador. ¿Es muy lindo, verdad? Maravilloso. Podía ser mejor, naturalmente, si se suprimieran algunas cosas, y entonces no habría nada semejante en toda Francia. Pero así como está, ya figura entre las cosas mejores. Bréauté le dirá que fue un error colocarle lamparitas para tratar de hacer olvidar que a él se le ocurrió esa idea absurda. Pero, en resumen, no ha conseguido afearlo del todo. Es mucho más difícil desfigurar una obra maestra que crearla. Sospechábamos, por otra parte, que Bréauté era menos talentoso que Hubert Robert”.

Volví a ocupar la fila de visitantes que entraban en la casa. “¿Hace tiempo que no ve a mi deliciosa prima Oriana?”, me preguntó la princesa, que había desocupado su sillón de la entrada muy poco antes y con la que volvía a los salones. “Debe venir esta noche; la he visto esta tarde —agregó la dueña de casa—. Me lo prometió. Creo, por otra parte, que cena usted con nosotras en casa de la reina de Italia, el jueves, en la Embajada. Estarán todas las Altezas posibles, va a ser muy intimidador”. No podían intimidar de ninguna manera a la princesa de Guermantes, ya que abundaban en sus salones y decía: “Mis pequeños Cobourg”, como si dijese: “Mis perritos”. Por eso la señora de Guermantes dijo: “Va a ser muy intimidador”, por simple tontería, que entre la gente de mundo triunfa hasta de la vanidad. Con respecto a su propia genealogía, sabía menos que un suplente de historia. En lo que concernía a sus relaciones, se empeñaba en demostrar que conocía sus sobrenombres. Al preguntarme si cenaba la semana siguiente en casa de la marquesa de la Pommelière, que a menudo llamaban “la Manzana”³ la princesa obtuvo de mí una respuesta negativa, y calló por algunos instantes. Luego, sin ningún

otro motivo que una exhibición voluntaria de erudición involuntaria, de trivialidad y conformismo con el espíritu general, agregó: “¡Es una mujer bastante agradable, esta Manzana!”

Mientras la princesa conversaba conmigo, entraban precisamente el duque y la duquesa de Guermites. Pero no pude de primera intención salir a su encuentro, porque me aprisionó al paso la embajadora de Turquía, quien, señalándome a la dueña de casa, que acababa de dejar, exclamó, tomándome del brazo: “¡Ah, qué mujer deliciosa la princesa! ¡Qué ser superior a todos! Me parece que si yo fuera hombre agregó con un poco de bajeza y sensualidad orientales consagraría mi vida a esta criatura celestial”. Le contesté que, efectivamente, me parecía encantadora, pero que conocía más a su prima la duquesa. “Pero no hay ninguna relación me dijo la embajadora. Oriana es una encantadora mujer de mundo, que extrae su ingenio de Mémé y de Babal, mientras que María Gilberta es *alguien*”.

Nunca me gustó mucho que me digan, así, sin réplica, lo que debo pensar de la gente que conozco. Y no había ningún motivo para que la embajadora de Turquía tuviese acerca del valor de la duquesa de Guermites, un juicio más seguro que el mío.

Por otra parte, lo que justificaba asimismo mi fastidio contra la embajadora, es que los defectos de un simple conocido y hasta de un amigo son para nosotros verdaderos venenos contra los que estamos felizmente “mitridatizados”.

Pero, sin el menor despliegue de comparación científica, y sin hablar de anafilaxia, digamos que en el seno de nuestras relaciones amistosas o puramente mundanas hay una hostilidad momentáneamente

curada, pero recurrente por exceso. Habitualmente poco se sufre de esos venenos mientras la gente siga siendo “natural”. Al decir “Babal” y “Mémé”, para designar a gente que no conocía, la embajadora de Turquía suspendía los efectos de la “mitridatización” que habitualmente me la hacía tolerable. Me fastidiaba, lo que era tanto más injusto cuanto que no hablaba así para que la supusieran intima de Mémé, sino a causa de una instrucción apresurada que le hacía nombrar a esos nobles señores de acuerdo con lo que creía una costumbre del país. Había hecho sus cursos en pocos meses, sin pasar por pruebas exigentes. Pero, al reflexionar, yo le encontraba otro motivo al disgusto de quedarme con la embajadora. No hacía tanto tiempo que en casa de Oriana esta misma personalidad diplomática me dijera, con un aspecto fundado y serio, que la princesa de Guermantes le resultaba francamente antipática. Creí conveniente no insistir en ese cambio de frente: la habría traído la invitación a la fiesta de esa noche. La embajadora era perfectamente sincera al decirme que la princesa de Guermantes era una criatura sublime. Lo había pensado siempre. Pero, como no la invitaron nunca hasta entonces a casa de la princesa, había creído que debía dar a ese género de no-invitación, la apariencia de una abstención voluntaria por principios. Ahora que había sido convidada y verosímelmente seguiría siéndolo, podía expresar libremente su simpatía. Para explicar las tres cuartas partes de las opiniones que uno tiene de la gente, no se necesita llegar hasta el despecho amoroso o la exclusión del poder político. El juicio sigue siendo incierto: lo determina el rechazo o la llegada de una invitación. Por otra parte, la embajadora de Turquía “hacía bien”, como decía la baronesa de Guermantes, que pasó revista conmigo a

los salones. Era sobre todo muy útil. Las verdaderas estrellas del mundo están cansadas de aparecer. El que siente curiosidad por verlas debe emigrar a menudo a otro hemisferio, donde están más o menos solas. Pero las mujeres semejantes a la embajadora otomana, muy recientes en la sociedad, no dejan de brillar, por así decirlo, en todas partes a la vez. Son útiles en esas especies de representaciones que se llaman una reunión o una velada y a las que se harían arrastrar moribundas antes que dejar de asistir. Son las figurantas con las que siempre se puede contar, deseosas de no faltar a una sola fiesta. Por eso los jóvenes tontos, ignorando que se trata de estrellas falsas, ven en ellas a las reinas de lo chic, aunque necesitarían una lección para explicarles en virtud de qué motivos la señora Standish, ignorada por ellos y que pinta cojines lejos del mundo, es por lo menos tan gran señora como la duquesa de Doudeauville.

En la vida habitual, los ojos de la duquesa de Guermantes eran distraídos y un poco melancólicos: sólo los encendía una llama de ingenio cuando tenía que saludar a un amigo; absolutamente como si hubiese sido un rasgo de ingenio, alguna salida encantadora, un placer para delicados, cuyo gusto coloco una expresión de fineza y alegría en el rostro del entendido. Pero en las grandes veladas, como tenía que saludar mucho, le hubiese parecido cansador apagar la luz cada vez y después de cada saludo. Como un entendido en literatura que va al teatro para ver una novedad de uno de los maestros de la escena, y está seguro de no pasar una mala noche, ajusta ya —mientras entrega sus cosas a la acomodadora— sus labios para una sonrisa sagaz y aviva su mirada para una maliciosa aprobación; así, desde su llegada la duquesa iluminaba para toda la noche. Y mientras entre-

gaba su tapado de fiesta, de un magnífico rojo Tiépolo, que dejaba ver una verdadera canga de rubíes que le aprisionaba el cuello, después de echar sobre su vestido esa última mirada rápida, minuciosa y completa de costurera de una mujer de mundo, Oriana aseguró el brillo de sus ojos no menos que el de sus otras joyas. Algunas “buenas lenguas” como el señor de Janville se precipitaron inútilmente sobre el duque para impedirle la entrada: “¿Pero usted ignora, acaso, que el pobre Mama está en artículo de muerte? Acaban de administrarle los óleos”. “Ya lo sé, ya lo sé contestó el señor de Guermantes empujando al fastidioso para entrar. El viático le produjo el mejor efecto”, agregó sonriendo de placer al pensar tan sólo en la sala de baile a la que había decidido no faltar después de la velada del príncipe. “No queríamos que se supiese que habíamos entrado”, me dijo la duquesa. No sabía que la princesa invalidara de antemano esas palabras al contarme que había visto a su prima un instante y que le prometiera asistir. El duque, después de una larga mirada con la que agobió a su mujer durante cinco minutos: “—He contado sus dudas a Oriana”. Ahora, al ver que carecían de fundamentos y no tenía que hacer ningún movimiento para tratar de disiparlas, las declaró absurdas y me hizo largas bromas. “Vaya idea, creer que no lo habían invitado... Y además estaba yo. ¿Usted cree que no podría haberlo hecho invitar a casa de mi prima?” Debo decir que con posterioridad hizo por mí cosas mucho más difíciles; sin embargo, evité interpretar sus palabras en el sentido de que había sido demasiado reservado. Comencé a conocer el exacto valor del lenguaje verbal o mudo de la amabilidad aristocrática, amabilidad que se alegra al echar un bálsamo sobre el sentimiento de inferioridad de aquellos a cuyo respecto

se ejerce, pero no hasta el punto de disiparlo, sin embargo, porque en ese caso ya no tendría razón de ser. “Pero usted es nuestro igual, si no mejor”, parecían decir en todas sus acciones los Guermantes; y lo decían de la manera más gentil que se pueda imaginar para que los amen y admiren, pero no para que los crean; el que se revelase el carácter ficticio de esa amabilidad, es lo que ellos llamaban ser bien educados; creer verdadera la amabilidad era la mala educación. Recibí, por otra parte, poco después, una lección que terminó de enseñarme con la más completa exactitud la extensión y los límites de ciertas formas de la amabilidad aristocrática. Fue durante una velada vespertina ofrecida por la duquesa de Montmorency en honor de la reina de Inglaterra; se formó una especie de pequeño cortejo para ir a la mesa, y la soberana marchaba a la cabeza dándole el brazo al duque de Guermantes. Llegué en ese momento. Con su mano libre, el duque me hizo por lo menos a cuarenta metros de distancia mil señales de llamado y amistad que parecían significar que podía aproximarme sin temor, que no me comerían crudo en lugar de los sandwiches. Pero yo, que empezaba a perfeccionarme en el lenguaje de las cortes, en lugar de acercarme un solo paso, me incliné profundamente a cuarenta metros de distancia, pero sin sonreír, como lo hubiera hecho ante alguien que apenas conociera, y luego continué mi camino en sentido opuesto. Los Guermantes me honraron más por ese saludo que si hubiese escrito una obra maestra. No sólo no pasó inadvertido a los ojos del duque, que ese día, sin embargo, tuvo que contestar a más de quinientas personas, sino a los de la duquesa, que al encontrar a mi madre se lo contó, cuidándose mucho de decirle que estaba equivocado y que debía haberme acercado. Le dijo que su

marido se había maravillado por mi salud y que era imposible darle un mayor contenido. No dejaron de buscarle todas las cualidades a ese saludo, sin mencionar, sin embargo, la que pareció más preciosa, es decir, que habla sido discreto, y no dejaron tampoco de hacerme alabanzas, por lo que comprendí que no era tanto una recompensa por el pasado que una indicación para el futuro, a la manera de aquella que proporciona delicadamente a sus alumnos el director de un establecimiento educativo: “No olviden, queridos niños, que esos premios no son tanto para ustedes como para sus padres; para que los manden de nuevo el año que viene”. Así es cómo la señora de Marsantes, cuando entraba en su medio alguien de un mundo distinto, alababa en su presencia a la gente discreta “que uno encuentra cuando la busca y que se hace olvidar el resto del tiempo”, de la misma manera que uno le avisa en forma indirecta, a un sirviente que huele mal y que el uso de los baños es perfecto para la salud.

Mientras conversaba con la señora de Guermantes, antes de abandonar el vestíbulo, oí una voz de tal modo que en lo sucesivo podía distinguirla sin error posible. Era, en el caso particular, la del señor de Vaugoubert hablando con el señor de Charlus. Un clínico no necesita que el enfermo levante su camisa ni le haga oír su respiración; le basta la voz. ¡Cuántas veces más tarde me sorprendió en un salón la entonación o la risa de un hombre que, sin embargo, copiaba exactamente el lenguaje de su profesión o los modales de su medio, afectando una distinción severa o una grosería familiar, pero cuya voz falsa bastaba para hacerme saber: “Es un Charlus” para mi oído adiestrado como el diapasón de un afinador! En ese momento pasó el personal íntegro de una embajada, que saludó al señor de

Charlus. Aunque mi descubrimiento de la enfermedad en cuestión sólo provenía del mismo día (al advertir al señor de Charlus y a Jupien), no hubiese necesitado plantear preguntas ni auscultar para emitir un diagnóstico. Pero el señor, de Vaugoubert me pareció inseguro al hablar con el señor de Charlus. Sin embargo, debió saber a qué atenerse después de las dudas de la adolescencia. El invertido se cree único en su especie en el universo; sólo más tarde se imagina nueva exageración que la única excepción es el hombre normal. Pero ambicioso y timorato, el señor de Vaugoubert no se entregaba desde hacía mucho tiempo a lo que para él hubiera sido el placer. La carrera diplomática tuvo sobre su vida el efecto de un ingreso en las órdenes. Combinada con la asiduidad a la Escuela de Ciencias Políticas, se había dedicado desde los veinte años a la castidad del cristiano. De esa manera, como cada sentido pierde fuerza y vivacidad y se atrofia cuando está en desuso, el señor de Vaugoubert perdió la perspicacia especial que rara vez le fallaba al señor de Charlus, lo mismo que el hombre civilizado que ya no es capaz de los ejercicios de fuerza y de la fineza de oído del hombre de las cavernas; y en las mesas oficiales, ya sea en París, ya sea en el extranjero, el ministro plenipotenciario no reconocía a aquellos que bajo el disfraz del uniforme eran en el fondo sus semejantes. Algunos nombres que pronunció el señor de Charlus, indignado si lo citaban por sus gustos, pero siempre divertido al difundir los ajenos, causaron al señor de Vaugoubert un delicioso asombro. No es que pensase aprovechar ninguna oportunidad después de tantos años. Pero esas revelaciones rápidas, semejantes a las que en las tragedias de Racine hacen saber a Atalía y a Abner que Joas pertenece a la raza de David; que Ester, sentada bajo la púrpura,

tiene padres judíos, al cambiar el aspecto de la legación de X... o tal o cual servicio del Ministerio de Relaciones Exteriores, hacían a esos palacios tan misteriosos retrospectivamente como el templo de Jerusalén o la sala del Trono de Susa. En cuanto a esa embajada, cuyo personal joven vino íntegramente a darle la mano al señor de Charlus, el señor de Vaugoubert tomó la expresión maravillada de Elisa cuando exclama en *Esther*:

*Ciel! quel nombreux essaim d'innocentes beautés³
s'offre à mes yeux foule et sort de tous côtés.
Quelle aimable pudeur sur leur visage est peinte!*

Luego, deseando tener más “informes”, echó sonriendo al señor de Charlus una mirada tontamente interrogadora y concupiscente: “Vamos, se entiende”, dijo el señor de Charlus con el aspecto docto de un erudito que habla con un ignorante. Al punto el señor de Vaugoubert (lo que fastidió enormemente al señor de Charlus) ya no pudo apartar los ojos de esos jóvenes secretarios que el embajador de X... en Francia, viejo recidivista, no había elegido al azar. El señor de Vaugoubert se callaba; yo veía únicamente sus miradas. Pero, acostumbrado desde mi infancia a prestar aún a lo mudo el lenguaje de los clásicos, le hacía decir a los ojos del señor de Vaugoubert los versos con los que Ester explica a Elisa que Mardoqueo ha insistido, por fidelidad a su religión, en colocar junto a la reina sólo a muchachas que pertenezcan a ella.

*Cependant son amour pour notre nation⁴
a peuplé ce palais de filles de Sion,
jeunes et tendres fleurs par le sort agitées,
sous un ciel étranger comme moi transplantées.
Dans un lieu séparé de profanes témoins,
il met à les former son étude et ses soins.*

Por fin el señor de Vaugoubert habló de otra manera que con sus miradas. “¡Quién sabe dijo con melancolía si en el país donde resido existe el mismo asunto!” “Es probable contestó el señor de Charlus, comenzando por el rey Teodosio, aunque no sé nada positivo acerca de él”. “¡Oh! No”. “Entonces no se debe aparentarlo hasta ese punto. Y tiene modales modositos. Tiene el estilo “querida mía”, el estilo que más odio. No me atrevería a andar con él por la calle. Además, debe conocerlo usted por lo que es, es más conocido que la ruda”. “Usted se equivoca completamente con él. Es encantador, por otra parte. El día que se firmó el tratado con Francia, el rey me abrazó. Nunca, sentí mayor emoción”. “Era el momento de decirle lo que usted deseaba”. “¡Oh, Dios mío! ¡Qué horror! Si solamente hubiese una sospecha. Pero nada temo a ese respecto”. Palabras que oí porque no estaba muy lejos y que me hicieron recitar mentalmente:

*Le Roi jusqu'à ce jour ignore qui je suis⁵
et ce secret tient ma langue enchaînée*

Ese diálogo, a medias silencioso y a medias hablado, duró pocos instantes, y apenas había dado algunos pasos por los salones

con la duquesa de Guermantes, la detuvo una señora, pequeña, morocha y extremadamente bonita:

“Quiero hablar con usted. D’Annunzio la ha visto desde un palco y escribió una carta a la princesa de T... donde le dice que nunca vio nada tan hermoso. Daría toda su vida por diez minutos de conversación con usted. De cualquier modo, aunque usted no pueda o no quiera, la carta está en mi poder. Tendría que fijarme usted una cita. Hay cosas secretas que no puedo decirle aquí. Veo que no me reconoce agregó, dirigiéndose a mí; lo he conocido en casa de la princesa de Parma (a cuya casa nunca había ido). El emperador de Rusia quisiera que enviaran a su padre a Petersburgo. Si pudiera venir el martes, justamente ese día estará Isvolski y podría hablar con usted. Tengo que hacerle un regalo, querida agregó volviéndose a la duquesa, que no le haría a nadie sino a usted. Los manuscritos de tres piezas de Ibsen que me mandó con su anciano enfermero. Guardaré una y le daré las dos restantes.

El duque de Guermantes no estaba encantado de esos ofrecimientos. Ignoraba a ciencia cierta si Ibsen o D’Annunzio estaban muertos o vivos; ya veía a escritores y dramaturgos que visitaban a su mujer y la hacían figurar en sus obras. La gente de sociedad se representa habitualmente a los libros como una especie de cubo, una de cuyas caras está levantada, de manera que el autor se apresura para “hacer entrar” a las personas que encuentra. Lo que es evidentemente desleal y por eso se trata de gente de poca monta. Ciertamente no sería aburrido verlos “al pasar”, porque gracias a ellos, si uno lee un libro o un artículo, conoce “el dorso de los naipes” y se pueden “quitar las máscaras”. A pesar de todo, lo más juicioso consiste

en atenerse a los autores muertos. Al señor de Guermantes sólo le parecía “perfectamente conveniente” el caballero que escribía la sección necrológica del Gaulois. Ése por lo menos se contentaba con citar el nombre del señor de Guermantes entre las personas advertidas especialmente en los entierros donde figuraba inscripto el duque. Cuando este último prefería que no figurase su nombre, en lugar de inscribirse, enviaba una carta de condolencia a la familia del difunto dándole seguridades acerca de sus sentimientos particularmente tristes. Si esa familia insertaba en el diario: “entre las cartas recibidas citemos la del duque de Guermantes, etc.”, no era culpa del cronista, sino del hijo, hermano o padre de la difunta que el duque calificaba de arribistas y con quienes decidía en lo sucesivo no tener más relaciones (lo que él llamaba, por no conocer con precisión el sentido de las locuciones, tener que discutir con alguien). Así es como los nombres de Ibsen y de D’Annunzio y su supervivencia insegura hicieron fruncir el ceño al duque, que aún no estaba lo suficientemente lejos de nosotros como para no haber oído las distintas amabilidades de la señora Timoléon d’Amoncourt. Era una mujer encantadora, con un ingenio y una belleza tan agradables que uno solo de ellos le hubiese bastado para gustar. Pero, nacida fuera del medio en que ahora vivía, no había deseado primero más que un salón literario, y amiga sucesivamente de ninguna manera amante, ya que sus costumbres eran muy puras y exclusivamente de cada gran escritor que le daba todos sus manuscritos y le dedicaba libros, se introdujo por azar en el barrio de Saint-Germain, para lo que le fueron útiles esos privilegios literarios. Tenía ahora una situación como para no prodigar más encantos que los que derramaba su presencia. Pero,

acostumbrada ya a las maniobras, a los manejos y a prestar servicios, continuaba haciéndolo, aunque ya no le fuese necesario. Siempre tenía un secreto de Estado para revelarle a uno, un potentado que presentarle, la acuarela de algún maestro para ofrecerle. Es verdad que había en todos esos atractivos inútiles una parte de mentira, pero hacían de su existencia una comedia de reluciente complicación y era exacto que tenía el poder de nombrar prefectos y generales.

Mientras caminaba a mi lado, la duquesa de Guermantes dejaba flotar delante de sí la luz azulada de sus ojos, pero vagamente, con el objeto de evitar a aquella gente cuyo trato no le interesaba y cuyo escollo amenazador adivinaba de lejos. Avanzábamos entre una doble fila de invitados que, al saber que nunca conocerían a Oriana, querían por lo menos enseñársela como curiosidad a su mujer: “Ursula, pronto, pronto, venga a ver a la señora de Guermantes, que conversa con ese joven”. Y se advertía que por poco se trepaban a una silla para verla mejor, como en el desfile del 14 de Julio o el Gran Premio. Y no es que la duquesa de Guermantes tuviese un salón más aristocrático que su prima. Frecuentaban la casa de la primera personas que la segunda nunca habría querido invitar, sobre todo por su marido. Nunca recibiría a la señora de Alfonso de Rothschild, íntima amiga de la señora de la Trémoille y de la señora de Sagan, como la misma Oriana, que la frecuentaba mucho. Lo mismo sucedía con el barón de Hirsch, que el príncipe de Gales había llevado a su casa, pero no a la de la princesa, a quien hubiera disgustado, y lo mismo con algunas grandes notabilidades bonapartistas y aun republicanas que interesaban más a la duquesa, pero que el príncipe, convencido realista, no quería recibir. Su antisemitismo, que también provenía de

principios, no se doblegaba ante ninguna elegancia por acreditada que fuese, y si recibía a Swann, su amigo de siempre era, por otra parte, el único de los Guermantes que lo llamase Swann y no Carlos, es porque sabía que la abuela de Swann, protestante casada con un judío, había sido la querida del duque de Berri, y trataba de creer, a veces, en la leyenda que suponía al padre de Swann hijo natural del príncipe. Según esa hipótesis, por otra parte falsa, Swann, hijo de un católico, hijo él mismo de un Borbón y de una católica, era completamente cristiano.

“¿Cómo? ¿No conoce usted esos esplendores?”, me dijo la duquesa hablándome de la casa en donde estábamos. Pero, después de haber exaltado el palacio de su prima, agregó presurosa que prefería mil veces su humilde casucha. “Esto es admirable para hacer *visitas*. Pero me moriría de pena si tuviese que acostarme en esos cuartos donde han pasado tantos acontecimientos históricos. Tendría la impresión de haberme quedado después de la clausura o haber sido olvidada en el castillo de Blois, de Fontainebleau, hasta en el Louvre y como único recurso contra la tristeza asegurarme que estoy en el cuarto donde ha sido asesinado Monaldeschi. Como calmante es insuficiente. Vamos, ahí está la señora de Saint-Euverte. Hemos cenado con ella hace un rato. Supuse que ya se había acostado, ya que mañana realiza su gran aparato anual. Pero no puede fallar una fiesta. Si ésta tuviera lugar en el campo, treparía a una carreta con tal de no perderla”.

En realidad, la señora de Saint-Euverte había asistido esa noche no tanto por el placer de no faltar a una fiesta ajena como para asegurar su propio éxito, reclutar los últimos adherentes y en cierto

modo pasar revista in *extremis* a las tropas que al día siguiente evolucionarían brillantemente en su *garden-party*. Porque desde hacía muchos años, los invitados de las fiestas de Saint-Euverte ya no eran en lo mínimo los mismos de antes. Las notabilidades femeninas del medio Guermantes, entonces tan dispersas, habían traído poco a poco a sus amigas, colmadas de cortesías por la dueña de la casa. Al mismo tiempo, con un trabajo paralelamente progresivo, pero en sentido inverso, la señora de Saint-Euverte redujo de año en año el número de personas desconocidas para el mundo elegante. Habían dejado de ver a una y luego a otra. Durante algún tiempo funcionó el sistema de las “hornadas”, que permitía, gracias a algunas fiestas silenciadas, invitar a los reprobados para que se divirtiesen entre ellos, lo que evitaba invitarlos con la gente bien. ¿De qué podían quejarse? ¿No tenían acaso (*panem et circenses*) masas y un hermoso programa musical? Por ello, en cierto modo simétricamente con las dos duquesas exiladas, que, al debutar el salón Saint-Euverte, sostenían como dos cariátides su techo vacilante, en los últimos años ya no se vio incorporadas a la buena sociedad más que a dos personas heterogéneas: la vieja señora de Cambremer y la esposa con hermosa voz de un arquitecto, a la que a menudo debía pedírsele que cantara. Pero como no conocían ya a nadie en lo de la señora de Saint-Euverte, lamentando a las compañeras perdidas y advirtiendo que molestaban, parecían a punto de morirse de frío como dos golondrinas que no han emigrado a tiempo. Por eso no las invitaron al año siguiente; la señora de Franquetot ensayó un trámite a favor de su prima, a quien tanto gustaba la música. Pero, como no pudo obtener una respuesta más explícita que esas palabras: “—Pero uno puede siempre oír música,

si le gusta; no tiene nada de malo”, a la señora de Cambremer no le pareció esa invitación lo suficientemente insistente, y se abstuvo. Con tal transmutación operada por la señora de Saint-Euverte, de un salón de leprosos a un salón de grandes señoras (la última forma que tomara, en apariencia ultraelegante), podía uno extrañarse que quien daba al día siguiente la fiesta más brillante de la estación necesitase dirigir antes un supremo llamado a sus ejércitos. Pero es que la preeminencia del salón Saint-Euverte no existía más que para aquellos cuya vida social sólo consiste en leer los resúmenes de las veladas y las fiestas en el Gaulois o el Fígaro, sin asistir jamás a ninguna. Para esos mundanos que no ven otro mundo que el del diario, la enumeración de las embajadoras de Inglaterra, Austria, etc., de las duquesas de Uzés, de la Trémoille, etc., bastaba para imaginarse de buenas ganas el salón Saint-Euverte como el primero de París, aunque era uno de los últimos. Y no es que engañaran las crónicas. En su mayor parte, las personas nombradas estuvieron presentes. Pero cada una había asistido a raíz de imploraciones, cortesías y favores y con la sensación de honrar infinitamente a la señora de Saint-Euverte. Semejantes salones, más rehuidos que codiciados y a los que uno va, por decirlo así, como de encargo, no ilusionan más que a las lectoras de *Mundandades*. No identifican una fiesta verdaderamente elegante, aquella en que la dueña de casa puede reunir todas las duquesas, las que arden en deseos de estar entre “los elegidos” y hacen omitir el nombre de sus invitados en el diario. Por eso, tales mujeres, que desconocen o desdeñan el poder que actualmente adquirió la publicidad, son elegantes para la reina de España, pero desconocidas por la

muchedumbre, porque la primera sabe y la segunda ignora de quiénes se trata.

La señora de Saint-Euverte no era una mujer de esas, y como buena cosechadora venía a recoger para el día siguiente todo lo que invitara antes. El señor de Charlus no estaba; siempre había rehusado ir a su casa. Pero estaba disgustado con tanta gente que la señora de Saint-Euverte podía colocarlo a cuenta de su carácter.

En verdad que si ahí no estuviese más que Oriana, la señora de Saint-Euverte podía no haberse molestado, ya que la invitación había sido hecha de viva voz y aceptada, por otra parte, con esa encantadora y engañadora buena voluntad en la que se especializan los académicos de cuya casa salen enternecidos los candidatos y sin dudar que pueden contar con sus votos. Pero ella no estaba sola. ¿Iría el príncipe de Agrigéne? ¿Y la señora de Durfort? Por eso, para cuidar su cosecha, la señora de Saint-Euverte creyó más expeditivo trasladarse personalmente, insinuante con unos, imperativa con los otros; a todos les anunciaba con medias palabras inimaginables diversiones que ya no volverían a verse, y a cada cual le prometía que encontraría en su casa a la persona que deseaba o al personaje necesario. Y esa especie de función que investía una vez al año como algunas magistraturas del mundo antiguo de persona que al día siguiente ofrecería el *Garden-party* más considerable, le confería una autoridad momentánea. Sus listas estaban ya hechas y cerradas, de manera que al recorrer los salones de la princesa para decir sucesivamente a cada oído: “No me olvidará usted mañana”, tenía la gloria efímera de desviar los ojos, sonriendo, si advertía a una fea que debía evitar o algún hidalgüelo que una camaradería de colegio había

admitido en lo de “Gilbert”, y cuya presencia nada agregaría a su *Garden-party*. Prefería no hablarle, para poder decir luego: “Hice mis invitaciones verbalmente, y por desgracia no lo he encontrado”. Así ella, simple Saint-Euverte, efectuaba con sus ojos escrutadores una selección en la velada de la princesa. Y se creía, al obrar así, una verdadera duquesa de Guermantes.

Hay que decir que ésta no tenía en la medida que lo creyera uno, la libertad de sus saludos ni sus sonrisas. Por una parte, sin duda, cuando los rechazaba, lo hacía voluntariamente: “Pero me fastidia decía; ¿acaso tendré que hablarle de su velada durante una hora?”

Se vio pasar a una duquesa muy morena, exilada por su fealdad, su tontería y ciertas desviaciones de su conducta, no de la sociedad, pero sí de algunas intimidades elegantes. “¡Ah! susurró la señora de Guermantes con el golpe de vista exacto y desengañado del entendido a quien le enseñan una joya falsa, ¡pensar que recibo a eso aquí!” Sólo al ver a la dama semiavariada, cuyo rostro sobrecargaban excesivos lunares con pelos negros, la señora de Guermantes cotizaba el mediocre valor de esa velada. Había sido cortés, pero interrumpió todas las relaciones con esa señora; no contestó a su saludo sino con una inclinación de cabeza de lo más seca. “No comprendo me dijo disculpándose cómo María Gilberta nos invita junto con toda esta morralla. Puede decirse que los hay de todas las parroquias. Estaba mucho mejor en casa de Melania Pourtalés. Ella invitaba al Santo Sínodo y al Templo del Oratorio, si le gustaba; pero por lo menos no nos invitaban esos días”. Pero casi todo era por timidez, por temor a una escena con su marido, que no quería que recibiera a artistas, etc. (“María-Gilbert” protegía a muchos de ellos; había que cui-

darse de que no lo abordara a uno alguna ilustre cantatriz alemana); por cierto temor también con respecto al nacionalismo, al que, aunque detentara, como el señor de Charlus, el espíritu de los Guermantes, despreciaba desde el punto de vista mundano (ahora preferían, para glorificar al estado mayor, a un general plebeyo antes que a algunos duques); pero al que, sin embargo, como se sabía tan cotizada como mal pensada, hacía amplias concesiones, hasta llegar a temer estrecharle la mano a Swann en ese ambiente antisemita. A ese respecto pronto se tranquilizó al saber que el príncipe no había dejado entrar a Swann y tuviera con él algo así como un altercado. No arriesgaba una conversación pública con el pobre Carlos, al que prefería querer en privado. “¿Quién será esta otra?”, preguntó la señora de Guermantes al ver a una señora pequeña, con aspecto algo extraño y un vestido negro tan sencillo que parecía una pobrecita, que le hacían ella y su marido un gran saludo. No la reconoció, y como tenía a veces esas insolencias, se irguió ofendida y miró sin contestar, con expresión de asombro: “¿Quién es esa persona, Basin?”, inquirió extrañada, mientras el señor de Guermantes, para reparar la descortesía de Oriana, saludaba a la señora y le daba la mano al marido. “Pero es la señora de Chaussepierre; usted ha sido muy descortés”. “No sé qué es Chaussepierre”. “El sobrino de la vieja Chanlivault”. “No conozco nada de eso. ¿Quién es la mujer? ¿Por qué me saluda?” “Pero usted los conoce perfectamente; es la hija de la señora de Charleval, Henriqueta Montmorency”. “¡Ah!, pero conocí mucho a su madre; era encantadora y muy ingeniosa. ¿Por qué se ha casado con toda esa gente que no conozco? ¿Dice usted que se llama señora de Chaussepierre?”, dijo deletreando esa última palabra interrogativamente

y como si temiera equivocarse. El duque la miró con dureza. “No es tan ridículo como usted supone llamarse Chaussepierre. El viejo Chaussepierre era hermano de la Charleval ya nombrada, de la señora de Sennecour y de la vizcondesa du Merlerault. Son gente muy bien”. “¡Ah!, basta exclamó la duquesa, que como los domadores, nunca quería parecer intimidada por las miradas devoradoras de la fiera. Basin, me hace usted reír. No sé de dónde ha sacado esos nombres, pero lo felicito. Si ignoraba a Chaussepierre, he leído a Balzac, no es usted el único, y hasta he leído a Labiche. Aprecio a Chanlivault y no odio a Charleval, pero confieso que du Merlerault es la obra maestra. Por otra parte, confesemos que Chaussepierre tampoco está mal. Usted los ha coleccionado; no es posible de otro modo. Usted, que quiere escribir un libro, me dijo, tendría que recordar : dar a Charleval y a du Merlerault. No encontrará nada mejor”. “Se hará procesar, es muy sencillo, e irá a parar a la cárcel; lo aconseja muy mal, Oriana”. “Espero para su bien que tenga a su disposición personas más jóvenes si desea malos consejos, y sobre todo si quiere seguirlos. ¡Pero si quiere solamente escribir un libro!” Bastante lejos de nosotros, una maravillosa y altiva mujer joven se destacaba suavemente en un vestido blanco, de tul y brillantes. La señora de Guermantes la miró mientras hablaba ante todo un grupo atraído por su gracia. “Su hermana es en todos lados la más hermosa; esta noche está encantadora”, le dijo mientras tomaba una silla, al príncipe de Chimay, que pasaba. El coronel de Froberville (cuyo tío era general del mismo nombre) vino a sentarse a nuestro lado, así como el señor de Bréauté, mientras que el señor de Vaugoubert, contoneándose (por un exceso de cortesía que conservaba hasta para jugar

al *tennis* y con la que, a fuerza de pedir permiso a los personajes notables antes de alcanzar la pelota, hacía perder inevitablemente el partido a su bando), volvía junto al señor de Charlus (hasta entonces casi envuelto en la inmensa pollera de la condesa de Molé, que hacía profesión de admirar entre todas las mujeres) y por casualidad, en el momento en que saludaban al barón varios miembros de una nueva misión diplomática en París. Al ver a un joven secretario de aspecto particularmente inteligente, el señor de Vaugoubert fijó sobre el señor de Charlus una sonrisa en la que florecía visiblemente una sola pregunta. El señor de Charlus hubiera comprometido de buenas ganas a alguien, pero que lo comprometiera a él esa sonrisa de otro, que no podía tener sino un significado, lo sacaba de quicio. “No sé absolutamente nada; le ruego que conserve su curiosidad para usted mismo. Me dejan más que frío. Por otra parte, en ese caso particular se equivoca usted de medio a medio. Creo que ese joven es precisamente lo contrario”. El señor de Charlus, irritado al haber sido denunciado por un tonto, no decía la verdad. El secretario hubiese sido una excepción en la embajada, si el barón dijese la verdad. Estaba, en efecto, compuesta por personalidades muy diferentes, algunas extremadamente mediocres, de manera que si se buscaba el motivo de la selección que se había operado en ellas, no podía descubrirse otro que la inversión. Al colocar al frente de ese pequeño Sodoma diplomático a un embajador que amaba por el contrario a las mujeres con una cómica exageración de galán de revista que hacía maniobrar a reglamento su batallón de disfrazados, parecía haberse seguido la ley de los contrastes. A pesar de lo que tenía a la vista, no creía en la inversión. Dio de ello una prueba inmediata al casar a su hermana

con un encargado de negocios a quien suponía equivocadamente mujeriego. Desde entonces se hizo un poco molesto y pronto fue reemplazado por una nueva Excelencia que aseguró la homogeneidad del conjunto. Otras embajadas trataron de rivalizar con ella, pero no pudieron disputarle el premio (como en el concurso general, en que siempre lo obtiene determinado liceo) y transcurrieron más de diez años antes de que otro le arrancase la palma funesta y marchara a la cabeza; ya se habían infiltrado algunos agregados heterogéneos en ese todo tan perfecto.

Tranquilizada acerca del temor de conversar con Swann, la señora de Guermantes no sentía sino curiosidad con respecto a la conversación que éste había tenido con el dueño de casa. “—¿Sabe usted a qué respecto?”, preguntó el duque al señor de Bréauté. “—He oído decir contestó éste que se trataba de un acto corto que el escritor Bergotte hizo representar en casa de ellos. Encantador, por otra parte. Pero parece que el actor se había caracterizado como Gilbert y que, además, ese señor Bergotte lo había querido copiar efectivamente”. “—Vaya, me hubiera divertido verlo imitar a Gilbert”, dijo la duquesa, sonriendo soñadoramente. “Con respecto a esa pequeña representación repuso el señor de Bréauté adelantando su mandíbula de roedor—, Gilbert ha pedido explicaciones a Swann, que se conformó contestando, lo que a todos les pareció muy ingenioso: “—Absolutamente, no se le parece en nada: usted es mucho más ridículo. Parece, por otra parte agregó el señor de Bréauté— que esa petipieza era encantadora. La señora de Molé estaba y se divirtió enormemente”. “¿Cómo, la señora de Molé los frecuenta?”, dijo la duquesa asombrada. ¡Ah!, Mémé debe de haberlo arreglado. Es lo

que siempre acaba por suceder con esos lugares. Un buen día empiezan a frecuentarlos todos, y yo, que me he excluido voluntariamente por principio, me encuentro aburrida y sola en mi rincón”. A partir del relato que acababa de hacerles el señor de Bréauté, la duquesa de Guermites (ya que no se refirió al salón de Swann por lo menos acerca de la hipótesis de encontrar a Swann dentro de un instante) había adoptado un nuevo punto de vista, como se ve. “La explicación que usted nos da dijo el coronel de Froberville al señor de Bréauté es completamente inventada. Tengo mis motivos para saberlo. El príncipe le ha promovido pura y sencillamente un altercado a Swann y le hizo saber, como decían nuestros padres, que no se enseñase más en su casa, dadas sus opiniones. Y según creo, mi tío Gilbert no sólo ha tenido mil veces razón al provocar este altercado, sino que debía haber terminado hace más de seis meses con este dreyfusista convicto”.

El pobre señor de Vaugoubert, convertido esta vez, de jugador de tenis remolón, en una inerte pelota que lanza uno sin miramientos, se encontró proyectado hacia la duquesa de Guermites, a la que presentó sus homenajes. Fue bastante mal recibido, ya que Oriana vivía convencida de que todos los diplomáticos u hombres políticos de su mundo eran unos estúpidos.

El señor de Froberville se había beneficiado forzosamente de la situación de favor que se les había hecho poco antes a los militares en la sociedad. Desgraciadamente, si la mujer con la que se había casado era verdaderamente parienta de los Guermites, también era cierto que lo era y muy pobre y como perdiera él mismo su fortuna, no tenían ya relaciones y eran gente que se dejaba a un lado fuera de

las grandes ocasiones, cuando tenían la suerte de perder un pariente o casarlo. Entonces formaban verdaderamente parte de la comunión del gran mundo, como los católicos nominales que no se acercan al altar sino una vez por año. Su situación material pudo haber sido hasta desgraciada si la señora de Saint-Euverte, fiel al afecto por el difunto general de Froberville, no ayudara en toda forma al matrimonio, brindándoles vestidos y distracciones a las dos chiquillas. Pero el coronel, que pasaba por buen muchacho, no tenía un alma agradecida. Envidiaba los esplendores de una bienhechora que los celebraba ella misma sin tregua ni medida. El *garden-party* anual era para él, su mujer y sus hijos un placer maravilloso que no hubieran querido perder por todo el oro del mundo, pero un placer envenenado, por la idea de los regocijos de orgullo que extraería la señora de Saint-Euverte. El anuncio de ese *garden-party* en los diarios que luego, después de un relato detallado, agregaban maquiavélicamente: “Volveremos a ocuparnos de esta hermosa fiesta” y los detalles complementarios sobre los vestidos durante varios días, todo eso les producía tanto daño a los Froberville que, bastante privados de placeres y sabiendo que contaban con el de esa fiesta, llegaban hasta desear cada año que el mal tiempo entorpeciese su éxito, consultando el barómetro y anticipando con deleite una tormenta que podría hacer fracasar la fiesta.

No discutiré de política con usted, Froberville dijo el señor de Guermites, pero, en lo que respecta a Swann, puedo decir francamente que su conducta con nosotros ha sido incalificable. Antaño bajo nuestro patrocinio y el del duque de Chartres en el mundo, me dicen que ahora es abiertamente partidario de Dreyfus.

Nunca hubiera creído eso de él; él, un gastrónomo refinado, un espíritu positivo, un coleccionista, un enamorado de los libros antiguos, socio del *Jockey*, un hombre rodeado de la consideración general, conocedor de buenas direcciones, que nos mandaba el mejor oporto que pueda beberse, un *dilettante*, un padre de familia. ¡Ah! me he equivocado mucho. No hablo de mí; estamos de acuerdo en que soy un viejo tonto, cuya opinión no cuenta, una especie de andrajoso; pero, aunque no fuese más que por Oriana, no debía haberlo hecho y debió desautorizar abiertamente a los judíos y los sectarios del condenado.

“Sí, después de la amistad que siempre le ha demostrado mi mujer, debiera haberse separado repuso el duque, que consideraba evidentemente que condenar a Dreyfus por alta traición, sea cual fuere la opinión que se tuviese íntimamente acerca de su culpabilidad, constituía una especie de agradecimiento por la manera como había sido recibido en el barrio de Saint-Germain; porque, pregúntenle a Oriana: ella tenía verdadera amistad por él.” La duquesa, al pensar que un tono tranquilo e ingenuo daría más valor dramático a sus palabras, dijo con una voz de colegiala, como si dejara salir simplemente la verdad de su boca y dando sólo a sus ojos una expresión algo melancólica: “Pero es verdad: no tengo ningún motivo de ocultar que sentía un verdadero afecto por Carlos.” “Ahí tienen, ¿lo ven?, no la obligo a decirlo. Y después de esto lleva su ingratitud hasta ser dreyfusista.”

“A propósito de dreyfusistas dije: parece que también lo es el príncipe Von.” “¡Ah!”, hace usted bien en hablarme de él exclamó el señor de Guermantes. Iba a olvidarme que me invitó a cenar con él el lunes. Pero, que sea dreyfusista o no, me da lo mismo, ya que es

extranjero. Me importa un rábano. Aunque para un francés es otra cosa. Verdad que Swann es judío. Pero hasta ese día discúlpeme, Froberville había tenido la debilidad de creer que un judío puede ser francés; entiendo por ello un judío honorable, hombre da mundo. Swann lo era en todo el sentido de la palabra. Y bien, me obliga a reconocer que me he equivocado, ya que se hace partidario de ese Dreyfus (que, culpable o no, no forma en ningún modo de su medio y al que nunca hubiera encontrado) contra una sociedad que lo habla adoptado, que lo había tratado como a uno de los suyos. Ni qué decirlo, nos habíamos constituido todos en fiadores de Swann, hasta responder de su patriotismo como del mío. ¡Ah, qué mal nos recompensa! Confieso que nunca lo hubiera esperado de él. Lo juzgaba mejor. Tenía ingenio (en su género, se entiende). Ya sé que había cometido la locura de su vergonzoso matrimonio. Ahí tienen: ¿saben ustedes a quién causó mucha pena el matrimonio de Swann? A mi mujer. Oriana tiene a menudo lo que yo llamaría una afectación de insensibilidad. Pero en el fondo siente las cosas con una fuerza extraordinaria.” La señora de Guermantes, encantada de ese análisis de su carácter, lo escuchaba modestamente, pero no decía una palabra, por escrúpulos de aceptar el elogio y sobre todo por temor a interrumpirlo. El señor de Guermantes podía hablar una hora sobre ese tema, que se hubiera movido menos que si le hubiesen hecho oír música. “Y bien, recuerdo que cuando supo el casamiento de Swann se sintió herida; le pareció mal por parte de alguien a quien habíamos demostrado tanta amistad. Ella lo quería mucho a Swann: la apenó mucho. ¿Verdad, Oriana?”. La señora de Guermantes creyó que debía contestar una interpelación tan directa sobre un punto de hecho

que le permitiría confirmar las alabanzas que advertía concluidas sin aparentarlo. Con tono tímido y un aire tanto más aprendido cuanto quería aparecer sentido, dijo con reservada dulzura: “Es verdad, Basin no se equivoca”. “F sin embargo, no era lo mismo. ¡Qué quieren ustedes, el amor es el amor aunque en mi opinión deba permanecer dentro de ciertos límites! Lo disculparía todavía a un joven, un mocoso, que se deja llevar por utopías. Pero Swann, un hombre inteligente de probada delicadeza, un fino entendido en cuadros, un familiar del duque de Chartres, de Gilbert mismo...” El tono con que lo decía el señor de Guermantes era, por otra parte, perfectamente simpático, sin rastros de esa vulgaridad que demostraba a menudo. Hablaba con una tristeza ligeramente indignada, pero todo en él indicaba esa dulce gravedad que hace el encanto untuoso y ancho de ciertos personajes de Rembrandt, el burgomaestre Six, por ejemplo. Se advertía que la cuestión de la conducta inmoral de Swann, en el Asunto, ni siquiera se le planteaba al duque, por no ofrecer dudas; experimentaba la aflicción de un padre que ve que uno de sus hijos por cuya educación ha hecho los mayores sacrificios arruina voluntariamente la magnífica situación que le ha creado y deshonor un nombre respetado con calaveradas intolerables para los principios o los prejuicios de la familia. Es verdad que el señor de Guermantes no había manifestado antes un asombro tan profundo y tan doloroso al saber que Saint-Loup era dreyfusista. Pero primeramente consideraba a su sobrino como un joven mal encaminado y del cual nada podía asombrar hasta que hubiera sentado cabeza, en tanto que Swann era lo que el señor de Guermantes llamaba “un hombre ponderado, un hombre que tiene una posición de primer orden”. Luego y por

sobre todo, había pasado un tiempo bastante largo durante el cual, si, desde el punto de vista histórico, los acontecimientos parecieron justificar en parte la tesis dreyfusista, la oposición antidreyfusista duplicó su violencia y en lugar de puramente política, como era al principio, se había hecho social. Era ahora una cuestión de militarismo y patriotismo, y las olas de cólera levantadas en la sociedad habían tenido tiempo de adquirir esa fuerza que nunca tienen al comienzo de la tormenta. “Vea usted —repuso el señor de Guermantes—: aun desde el punto de vista de sus queridos judíos, ya que tiene tanto interés en sostenerlos, Swann ha cometido una tontería de alcance incalculable. Prueba que de alguna manera están obligados a prestar apoyo a alguien de su raza, aun sin conocerlo. Es un peligro público. Hemos sido evidentemente demasiado complacientes, y el error que comete Swann tendrá tanta más resonancia cuanto lo estimaban, lo recibían y era tal vez el único judío que se conocía. Uno dirá: *Ab uno diste omnes*. (La satisfacción de haber encontrado oportunamente en su memoria una cita tan precisa iluminó con una sonrisa orgullosa la melancolía del gran señor traicionado.)

Tenía muchos deseos de saber lo que sucediera exactamente entre el príncipe y Swann, y ver a este último si todavía no había dejado la fiesta. “Le diré me contestó la duquesa, a quien hablaba de ese deseo que no tengo excesivo interés en verlo, porque parece, según lo que acaban de decirme en lo de la señora Saint-Euverte, que antes de morir quisiera que yo conociera a su mujer y a su hija. ¡Dios mío!, me causa una pena infinita que esté enfermo, pero ante todo espero que no sea tan grave. Y además no es un verdadero motivo, porque de otro modo sería demasiado fácil. Un escritor sin

talento no tendría más que decir: *vótenme para la Academia, porque mi mujer va a morir y quiero darle esta última alegría*. No habría más salones si uno debiese conocer a todos los moribundos. Mi cochero podría hacer valer: *.Mi hija está muy mal, haga que me reciba la princesa de Parma*. Adoro a Carlos y me apenaría mucho rechazárselo, por eso prefiero evitar que me lo pida. Supongo de todo corazón que no está a punto de morir, como lo dice; pero, verdaderamente, si debiera suceder, no sería ese el momento indicado de conocer a esas dos criaturas que me han privado del más agradable de los amigos durante quince años, y que me dejarían plantada una vez que ni siquiera pudiera aprovechar para verlo, ya que se habría muerto”.

Pero el señor de Bréauté no había dejado de rumiar el desmentido que le infligiera el coronel de Froberville. “No dudo de la exactitud de su relato, querido amigo dijo; pero tengo el mío de buena fuente. Es el príncipe de la Tour d’Auvergne quien me lo ha contado”.

“Me asombra que un sabio como usted diga todavía el príncipe de la Tour d’Auvergne interrumpió el duque de Guermantes; usted sabe que no lo es en modo alguno. No hay más que un solo miembro de esa familia. Es el tío de Oriana, el duque de Bouillon”.

“¿El hermano de la señora de Villeparisis? pregunté yo, recordando que ésta era una señorita de Bouillon. Perfectamente. Oriana, la señora de Lambresac la está saludando”. En efecto, uno veía por momentos formarse y pasar como una estrella fugaz una débil sonrisa destinada por la duquesa de Lambresac a alguna perdona que reconocía. Pero esa sonrisa, en lugar de precisarse en una afirmación activa, en un lenguaje mudo pero claro, se ahogaba casi

enseguida en una suerte de éxtasis ideal que nada distinguía, mientras que la cabeza se inclinaba en un gesto de bendición beata que recordaba al que dirige a la muchedumbre de las comulgantes, un prelado algo ablandado. La señora de Lambresac no lo era de ningún modo. Pero ya conocía yo ese género de distinción arcaica. En Combray y en París, todas las amigas de mi abuela tenían la costumbre de saludar en una reunión mundana con una expresión tan seráfica como si hubiesen advertido a algún amigo dentro de la iglesia en el momento de la Elevación, o durante un entierro, y le echaban blandamente un saludo que concluía como una plegaria. Y una frase del señor de Guermantes completaría mi acercamiento. “Pero usted ha visto al duque de Bouillon me dijo el señor de Guermantes. Acababa de salir de mi biblioteca cuando usted entraba, un señor de corta estatura y completamente canoso”. Era el que yo supuse un pequeño burgués de Combray y del cual ahora, al reflexionar, desprendía un parecido con la señora de Villeparisis. La similitud de los saludos evanescentes de la duquesa de Lambresac con aquellos de los amigos de mi abuela había empezado a interesarme, enseñándome que en los medios estrechos y cerrados, pertenezcan a la pequeña burguesía o a la gran nobleza, las antiguas maneras persisten, permitiéndonos encontrar como arqueólogos lo que podía ser la educación y la porción de alma que indica en tiempos del vizconde de Arlincourt y de Loisa Puget. Mejor ahora, la perfecta conformidad de apariencia entre un pequeño burgués de Combray de su edad y el duque de Bouillon me recordaba (lo que me llamara tanto la atención cuando al ver al abuelo materno de Saint-Loup, el duque de la Fochefoucault, en un daguerrotipo en que estaba

exactamente igual en aspecto y modales a mi tío abuelo) que las diferencias sociales, aun individuales, se esfuman a distancia en la uniformidad de una época. La verdad es que el parecido en los trajes y también lo que del espíritu de una época se refleja en el rostro ocupan en una persona un lugar más importante que su casta; llena una gran parte sólo en el amor propio del interesado y la imaginación de los demás; y para advertir que un gran señor de la época de Luis Felipe es menos distinto a un burgués de la época de Luis Felipe que a un gran señor del tiempo de Luis XV no se necesita recorrer las galerías del Louvre.

En ese momento un músico bávaro de largos cabellos que protegía la princesa de Guermantes saludó a Oriana. Ésta contestó con una inclinación de cabeza, pero el duque, furioso al ver que su mujer saludaba a alguien que no conocía, de traza tan singular y que tanto como creía saberlo el señor de Guermantes tenía muy mala fama, se dio vuelta hacia su mujer con un aspecto interrogador y terrible, como si dijese: “¿Quién es ese ostrogodo?” La situación de la pobre señora de Guermantes era ya bastante complicada, y si el músico hubiese tenido alguna lástima por esa esposa mártir, se hubiera alejado lo antes posible. Pero ya fuese porque no deseaba soportar la humillación que acababa de serle infligida en público en medio de los más viejos amigos del círculo del duque, cuya presencia pudo haber motivado en parte su silenciosa inclinación y para demostrar que era de pleno derecho y no sin conocerla que había saludado a la señora de Guermantes, o ya porque obedeciese a la inspiración oscura e irresistible de la torpeza que lo impulsara en un momento en que debió fiarse más bien del espíritu a aplicar la letra precisa del protocolo,

el músico se acercó más a la señora de Guermantes y le dijo: “Señora duquesa: quisiera solicitar el honor de serle presentado al duque”. La señora de Guermantes sufría horriblemente. Pero, en fin, por más esposa engañada que fuera, era sin embargo la duquesa de Guermantes y no podía aparecer como despojada del derecho de presentarle al marido la gente que conocía. “Basin le dijo, permítame que le presente al señor d’Herweck”.

“No le pregunto si irá mañana a casa de la señora de Saint-Euverte dijo el coronel de Froberville a la señora de Guermantes para disipar la penosa impresión producida por el intempestivo pedido del señor d’Herweck. Estará todo París.” Mientras tanto, girando con un solo movimiento y como de una sola pieza hacia el músico indiscreto, el duque de Guermantes le hacía frente, monumental, mudo, irritado, parecido a Júpiter tonante; se quedó así inmóvil algunos segundos, con los ojos llameantes de cólera y de asombro, y los cabellos crespos que parecían salir de un cráter. Luego, como en el arrebató de un impulso que únicamente le permitía cumplir la cortesía solicitada y después de aparentar que demostraba con su actitud de desafío, a toda la concurrencia, desconocer al músico bávaro, cruzando detrás de la espalda sus dos manos enguantadas de blanco, se volcó para adelante y asestó al músico un saludo tan profundo, lleno de tanto estupor y tanta rabia, tan brusco, tan violento, que el artista, tembloroso, retrocedió inclinándose para no recibir un formidable cabezazo en el vientre. “Pero es que justamente no estaré en París contestó la duquesa al coronel de Froberville. Le diré (lo que no debiera confesar) que he llegado a mi edad sin conocer los vitrales de Montfort-l’ Amaury. Es vergonzoso, pero así es. Para

reparar tan culpable ignorancia, me he prometido ir a verlos mañana. El señor de Bréauté sonrió finamente. Comprendió, en efecto, que si la duquesa había podido llegar a esa edad sin conocer los vitrales de Montfort-l' Amaury, esa visita artística no adquiriría súbitamente el carácter urgente de una intervención inaplazable y hubiese podido sin peligro postergarse por veinticuatro horas, después de haber sido pospuesta .más de veinticinco años. El proyecto que formara la duquesa era simplemente, el decreto lanzado a la manera de los Guermantes, que el salón de Saint-Euverte no era decididamente una casa *Bien*, sino una casa a la que lo invitaban a uno para adornarse en el resumen del Gaulois, una casa que discernía un sello de suprema elegancia a aquellos o en todo caso, a aquella, si no fuese más que una, que no asistiera. La delicada diversión del señor de Bréauté, doblada con ese placer poético que experimentaban las gentes de mundo al ver a la señora de Guermantes haciendo cosas cuya menor situación no les permitía imitar, pero les causaba sólo al oírlas esa sonrisa del campesino atado a su gleba que ve por encima de su cabeza hombres más libres y más afortunados, ese delicado placer no tenía ninguna relación con el regocijo disimulado, pero sin tino, que experimentó enseguida el señor de Froberville.

Los esfuerzos que hacía el señor de Froberville para que no se oyese su risa, lo congestionaron como un gallo, y a pesar de eso, entrecortando sus palabras con hipos de alegría, exclamó con un tono de misericordia: “—¡Oh!, pobre tía Saint-Euverte, se va a enfermar. No, la desgraciada no tendrá a su duquesa. ¡Qué golpe! Es como para reventar”, agregó, desternillándose de risa. Y en su embriaguez, no podía dejar de hacer llamados con los pies y frotarse

las manos. Sonriendo con un ojo y un solo ángulo de la boca al señor de Froberville, cuya intención amable apreciaba, pues le hacía menos intolerable el mortal aburrimiento, la señora de Guermantes acabó por decidirse a dejarlo.

“Escuche, me voy a ver *obligada* a despedirme de usted —le dijo levantándose con un aspecto de melancólica resignación, y como si eso hubiese sido para ella una desgracia. Bajo el encantamiento de sus ojos azules su voz dulcemente musical sugería la queja poética de un hada—. Basin quiere que vaya a verla a María un momento”. En realidad, ya le bastaba escucharlo a Froberville, que no dejaba de enviarla por ir a Montfort-l’ Amaury, cuando ella sabía demasiado que oía hablar de esos vitrales por primera vez y que además por nada del mundo dejaría la velada .de Saint-Euverte.

“Adiós. Le he hablado apenas; así es en sociedad: no nos vemos ni nos decimos lo que quisiéramos decirnos; por otra parte, lo mismo es en la vida de todas partes. Esperemos que después de la muerte las cosas vayan mejor. Por lo menos, uno no tendrá necesidad de escotarse siempre. ¿Y quién sabe? Quizás se exhiban los huesos y los gusanos para las grandes fiestas. ¿Por qué no? Mire, ahí tiene a la vieja Rampillón. ¿A usted le parece que hay mucha diferencia entre eso y un esqueleto vestido de sarao? Es verdad que tiene todos los derechos, porque cuenta por lo menos cien años. Ya era uno de los monstruos sagrados ante los que me negaba a inclinarme cuando daba mis primeros pasos por el mundo. La creía muerta desde hacía mucho tiempo; lo que, por otra parte, sería la única explicación del espectáculo que nos ofrece. Es impresionante y litúrgico. Es un “campo santo” La duquesa había dejado a Froberville; él se acer-

có: “Quisiera decirle una última palabra”. Un poco fastidiada: “¿Qué pasa todavía?”, le dijo con altanería. Y él, temiendo que a último momento no se arrepintiese por Montfort-l’ Amaury : “No me había atrevido a hablarle a causa de la señora de Saint-Euverte para no apenarla; pero, ya que no va a ir, puedo decirle que me alegré por, usted porque en su casa hay sarampión”. “¡Oh, Dios mío! dijo Oriana, que temía las enfermedades. Pero por mí no importa, ya lo tuve. No se contrae dos veces”. “Los médicos lo aseguran; sin embargo, conozco gente que lo ha tenido hasta cuatro veces. En fin, está usted advertida”. En cuanto a él, únicamente si tuviese en realidad ese sarampión ficticio se resignaría a no asistir a la fiesta de Saint-Euverte, tantos meses esperada. ¡Tendría el placer de ver tantas elegancias...! El placer mayor de comprobar algunas cosas fracasadas y sobre todo el de vanagloriarse mucho tiempo de haber tratado con las primeras y exagerándolas o inventándolas lamentar las segundas.

Aproveché que la duquesa cambiara de lugar para levantarme e ir al salón de fumar, a informarse de Swann. “No crea una palabra de lo que ha contado Babal me dijo ella. Nunca la pequeña Molé hubiera ido a meterse ahí adentro. Nos dicen eso para atraernos. No reciben a nadie y no los invitan en ningún lado. Él mismo lo confiesa: Nos quedamos los dos solos junto al fuego. Como dice siempre nosotros, no como el rey, pero por su mujer, no insisto. Pero estoy muy bien informada”, agregó la duquesa. Ella y yo nos cruzamos con dos jóvenes cuya gran belleza difícil se originaba en la misma mujer. Eran los dos hijos de la señora de Surgis, la nueva amante del duque de Guermantes. Resplandecían con las perfecciones de su madre, pero cada cual con una distinta. Por uno había pasado,

ondulante en un cuerpo viril, la real prestancia de la señora de Surgis y la misma palidez ardiente, rojiza y sagrada afluía alas mejillas marmóreas de la madre y de ese hijo; pero su hermano heredó la frente griega, la nariz perfecta, el cuello de estatua y los ojos infinitos; compuesta así por regalos diferentes que había compartido la diosa, su doble belleza ofrecía el placer abstracto de pensar que el origen de esa belleza estaba fuera de ellos; parecía que los principales atributos de su madre se habían encarnado en dos cuerpos distintos; que uno de los jóvenes era la estatura de su madre y su tez y el otro su mirada como los seres divinos que no eran más que la fuerza y la belleza de Júpiter o de Minerva. Llenos de respeto por el señor de Guermites, de quien decían: “Es un gran amigo de nuestros padres”, el mayor creyó, sin embargo, prudente no saludar a la duquesa, cuya enemistad con su madre conocía sin saber quizás el motivo, y ante nosotros desvió ligeramente la cabeza. El menor, que imitaba siempre a su hermano, porque, como era estúpido y además miope, no se atrevía a tener opinión personal, inclinó la cabeza según el mismo ángulo y se deslizaron ambos hacia la sala de juego, uno detrás de otro, parecidos a dos figuras alegóricas.

En el momento de llegar a esa sala, me detuvo la marquesa de Citri, todavía bonita pero casi con la espuma en la boca. De bastante noble origen, había buscado y realizado una unión brillante al casarse con el señor de Citri, cuya tatarabuela era Aumale-Lorraine. Pero, apenas experimentó esa satisfacción, su carácter negativo la había asqueado de la gente del gran mundo de una manera que no excluía en absoluto la vida mundana. No sólo se burlaba de todos en una

velada, sino que esa burla tenía algo tan violento que ni siquiera la risa resultaba bastante áspera y se transformaba en un silbido gutural:

“¡Ah! me dijo señalándome a la duquesa de Guermantes, que acababa de dejarme y que ya estaba un poco lejos, lo que me voltea es que pueda llevar esa vida”. ¿Esas palabras eran de una santa furibunda que se asombra porque los gentiles no acuden espontáneamente a la verdad o de un anarquista con apetencia de carnicería? En todo caso, su apóstrofe se justificaba lo menos posible. En primer lugar, “la vida que llevaba” la señora de Guermantes se distinguía muy poco (salvo la indignación) de la de la señora de Citri. La señora de Citri se asombraba al ver que la duquesa era capaz de ese sacrificio mortal: asistir a una velada de María-Gilbert. Hay que decir en este caso particular que la señora de Citri quería mucho a la princesa; que, en efecto, era muy buena y que sabía que le causaba un gran placer al asistir a su velada. Por eso había desechado, para asistir a esa fiesta, a una bailarina a quien le suponía genio y que debía iniciarla en los misterios de la coreografía rusa. Otra razón que quitaba algún valor a la rabia concentrada que experimentaba la señora de Citri al ver que Oriana saludaba a tal o cual invitado es que la señora de Guermantes, aunque en un estado mucho menos avanzado, presentaba los síntomas del mal que causaba estragos a la señora de Citri. Por otra parte, ya se ha visto que ella llevaba los gérmenes del nacimiento. En fin, más inteligente que la señora de Citri, la señora de Guermantes hubiera tenido más derechos que ella a ese nihilismo (que no era solamente mundano), pero es verdad que algunas cualidades ayudan más bien a soportar los defectos del prójimo de lo que contribuyen a hacer os sufrir; y un hombre de gran talento prestará

habitualmente menos atención a la tontería de los demás que un tonto. Hemos descrito bastante detalladamente el estilo de espíritu de la duquesa para ponernos de acuerdo en que si nada tenía en común con una alta inteligencia, era por lo menos espíritu, un espíritu diestro en utilizar (como un traductor) distintas formas de sintaxis. Y nada semejante parecía calificar a la señora de Citri para despreciar cualidades tan similares a las suyas. Todos le parecían idiotas, pero en su conversación y en sus cartas se mostraba más bien inferior a la gente que trataba con tanto desprecio. Tenía, por otra parte, tanta necesidad de destrucción que cuando hubo más o menos renunciado al mundo, los placeres que buscara entonces soportaron uno tras otro su terrible poder disolvente. Después de haber cambiado las veladas por sesiones musicales, se puso a decir: “¿A usted le gusta oír música? ¡Ah, Dios mío!, depende de los momentos. ¡Pero qué fastidioso puede llegar a ser! ¡Ah, Beethoven, un aburrimiento!” En cuanto a Wagner, a Franck y Debussy, ni siquiera se tomaba el trabajo de decir “un aburrimiento”, sino que se conformaba con pasarse la mano como un barbero por el rostro.⁶

Pronto todo le resultó fastidioso. ¡Son tan aburridas las cosas lindas!... ¡Ah, los cuadros, como para enloquecerlo a uno! “ Cuánta razón tiene usted! ¡Es tan aburrido escribir cartas!...” Finalmente, fue la vida misma a la que trató como cosa insoportable, sin que se supiera dónde había tomado sus términos de comparación.

No sé si por lo que la duquesa de Guermites había dicho de esa pieza la primera noche que yo cené en su casa, pero la sala de juego o de fumar, con su embaldosado ilustrado, sus trípodes, sus figuras de dioses y de animales que lo miraban a uno, las esfinges

alargadas en los brazos de los asientos, y sobre todo la inmensa mesa de mármol o de mosaico esmaltado, cubierta de signos simbólicos, más o menos imitados del arte etrusco y egipcio; esa sala de juegos me dió la sensación de una verdadera cámara mágica. Y, en un asiento cerca de la mesa deslumbrante y augural, el señor de Charlus, que no tocaba ninguna carta, insensible a lo que sucedía a su alrededor, incapaz de advertir que yo acababa de entrar, parecía precisamente un mago que concentraba todo el poder de su voluntad y de su razonamiento para sacar un horóscopo. Además de salirse los ojos de la cabeza, como a una Pitia sobre su trípode, para que nada lo distrajese de los trabajos que exigía la cesación de los movimientos más simples había depositado junto a sí el cigarro que tenía un rato antes en la boca ya que carecía de la libertad de espíritu necesaria para fumar, como un calculador que no quiere nada mientras no ha resuelto su problema. Al advertir las dos divinidades acurrucadas que tenía en sus brazos el sillón colocado frente a él, pudo creerse que el barón trataba de descubrir el enigma de la esfinge si no hubiese sido más bien la de un joven y viviente Edipo, sentado precisamente en ese sillón en que se había instalado para jugar. Y la figura a la que el señor de Charlus dedicaba con tal aplicación todas sus facultades del espíritu y que no eran a la verdad las que uno estudia de costumbre *more geométrico*, era la que le proponían las líneas de la cara del joven marqués de Surgis; a tal punto el señor de Charius estaba absorto frente a ella, que parecía algún acertijo, alguna adivinanza, algún problema de álgebra cuyo enigma hubiera tratado de atravesar, o hallar su fórmula. Delante de él, los signos sibilinos y las figuras inscriptas en esa tabla de la Ley parecían el grimorio que permitiría al viejo

brujo saber en qué sentido se orientaban los destinos del joven. De pronto, al advertir que yo lo miraba, levantó la cabeza como quien sale de un sueño y me sonrió, ruborizándose. En ese momento el otro hijo de la señora de Surgis vino a mirar las cartas, junto al que estaba jugando. Cuando el señor de Charlus supo por mí que eran hermanos, su rostro no pudo disimular la admiración que le inspiraba una familia creadora de obras maestras tan espléndidas y tan diferentes. Y lo que algo hubiese agregado al entusiasmo del barón sería saber que los dos hijos de la señora de Surgis-le-Duc no sólo eran de la misma madre, sino del mismo padre. Los hijos de Júpiter son disímiles, pero eso es porque primero se casó con Metis, en cuyo destino estaba dar a luz hijitos juiciosos, luego Temis y después Eurínomo y Mnemosina y Leto, y sólo en último término Juno. Pero de un único padre la señora de Surgis había hecho nacer dos hijos que recibieron su belleza de ella, aunque dos bellezas distintas.

Tuve por fin ese placer de ver penetrar a Swann en esa pieza, muy grande, tanto que no me vio de entrada. Placer mezclado cuya tristeza, con una tristeza que no experimentaban quizás los otros invitados, pero que en ellos consistía en esa especie de fascinación que ejercen las formas inesperadas y singulares de una muerte próxima, de una muerte que ya se tiene, como dice el pueblo, impresa en el rostro. Y es con un estupor casi descortés, donde había alguna indiscreta curiosidad, crueldad y un retorno a un tiempo quieto y preocupado (mezcla a la vez de *suave mari magno* y de *memento quia pulvis*, como hubiese dicho Roberto), que todas las miradas se adhirieron a ese rostro con las mejillas roídas por la enfermedad como una luna menguante que, salvo desde cierto ángulo —sin duda los

mismos desde el cual se contemplaba Swann, giraba en círculo como una escenografía inconsistente al que sólo una ilusión óptica consigue dar una apariencia de espesor ya sea por la ausencia de esas mejillas que ya no estaban ahí para disminuirlo, ya sea que la arteriosclerosis que también es una intoxicación lo enrojeciese como la embriaguez o lo deformase como la morfina, la nariz de Polichinela de Swann, largo tiempo reabsorbida en un rostro agradable, parecía ahora enorme, tumefacta, encarnada, más bien la de un viejo hebreo que la de un curioso Valois. Por otra parte, quizás en esos últimos días la raza acusaba más el tipo físico que la caracteriza al mismo tiempo que el sentimiento de una solidaridad moral con los demás judíos, solidaridad que Swann parecía haber olvidado toda su vida y que, injertadas unas en otras, habían despertado la enfermedad mortal, el asunto Dreyfus y la propaganda antisemita. Hay algunos judíos muy finos, sin embargo, y delicados mundanos en los que permanecen en reserva y entre bastidores un grosero y un profeta para hacer su entrada a una hora dada en su vida, como en una pieza teatral. Swann había llegado a la hora del profeta. Es verdad, había cambiado mucho con su rostro del que desaparecieran segmentos enteros bajo la acción de la enfermedad, como un bloque de hielo que se derrite y del que caen trozos íntegros. Pero no podía dejar de llamarme mucho más la atención cómo había cambiado a mi respecto. No podía llegar a comprender cómo pude despistar antes a ese hombre excelente, cultivado, que estaba muy lejos de fastidiarme cuando lo encontraba, con tal misterio que su aparición en los Campos Elíseos me hacía latir el corazón a punto que me avergonzara acercarme a su esclavina forrada de seda y no llamaba a la puerta del

departamento donde vivía semejante ser sin que me sobrecogiesen una turbación y un espanto infinitos; todo eso había desaparecido no sólo de su vida, sino de su persona, y la idea de conversar con él podía serme o no agradable, pero no afectaba a mi sistema nervioso.

Y cómo había cambiado desde esa misma tarde en que lo encontrara —después de todo, algunas horas antes— en el despacho del duque de Guermantes. ¿Habría tenido verdaderamente una escena con el príncipe que lo trastornara? El supuesto no era necesario. Los menores esfuerzos que se le exigen a alguien muy enfermo se le convierten pronto en un agotamiento excesivo. Por poco que lo expongan, ya cansado, al calor de una velada se descompone su aspecto y se torna azulado como lo hace en menos de un día una pera demasiado madura o la leche a punto de cortarse. Además, la cabellera de Swann raleaba por zonas, y, como decía la señora de Guermantes, necesitaba el peletero; parecía alcanforada y mal alcanforada. Iba a atravesar el salón de fumar para hablar a Swann cuando una mano se desplomó sobre mis hombros:

“Buenas noches, muchacho; me quedo en París un par de días. He pasado por tu casa y me han dicho que estabas aquí, de manera que mi tía te debe el honor de mi presencia en su fiesta”. Era Saint-Loup. Le dije qué hermosa me parecía la vivienda. “Sí, resulta bastante “monumento histórico”. A mí me parece insoportable. No nos acerquemos a mi tío Palamédes porque si no nos va a tragar. Como la señora Molé (porque ella es la que domina en ese momento) acaba de partir, está completamente desamparado. Parece que era un verdadero espectáculo: no la ha dejado ni un paso; apenas la abandonó al dejarla instalada en el coche. No le guardo rencor a mi tío; sólo que

me parece gracioso que mi consejo de familia, que se ha mostrado siempre tan severo conmigo, esté compuesto precisamente por los parientes que han hecho más francachelas, comenzando por el más calavera de todos, mi tío Charlus, que es mi tutor en segundo término, que ha tenido tantas mujeres como don Juan y que a su edad todavía no desensilla. En cierto momento se trató de nombrarme un consejo judicial. Pienso que cuando se reunían todos esos viejos andariegos para estudiar el caso y me llamaban para dictarme un curso de moral, lo que apenaba a mi madre, no debían mirarse sin reír. Examinarás la composición del Consejo; parecería que eligieron ex profeso los que levantaron más polleras”. Dejando a un lado al señor de Charlus, a cuyo respecto el asombro de mi amigo no me parecía mucho más justificado, pero por otras razones que debían luego modificarse en mi espíritu, Roberto hacía muy mal al extrañarse porque a un joven le dieran lecciones de moral parientes que han hecho locuras o las siguen haciendo.

Aunque el atavismo y los parecidos familiares fueran los únicos motivos, es inevitable que el tío que da el sermón tenga más o menos los mismos defectos que el sobrino a quien debe retar. El tío no pone en ello, por otra parte, ninguna hipocresía, desorientado por la facultad que tienen los hombres de creer a cada circunstancia nueva que se trata de “otra cosa”, facultad que les permite adoptar errores artísticos, políticos, etc., sin advertir que son los mismos que creyeron verdades diez años antes, a propósito de otra escuela de pintura que repudiaban, de otro asunto político que creían merecer su odio, de los que han regresado y que adoptan sin reconocerlos bajo el nuevo disfraz. Por otra parte, aunque las culpas del tío sean distintas a las

del sobrino, la herencia puede ser la ley causal en cierta medida, porque el efecto no siempre se parece a la causa, como la copia al original, y aunque las culpas del tío sean peores, puede perfectamente creerlas menos graves.

Cuando el señor de Charlus acababa de hacerles indignadas advertencias a Roberto, que, por otra parte, no conocía los verdaderos gustos de su tío, en esa época y aunque fuera aquella en que el barón fustigara sus propios gustos, podía haber sido perfectamente sincero al advertir desde el punto de vista del hombre de mundo que Roberto era infinitamente más culpable que él. ¿Acaso Roberto no había estado a punto de hacerse desterrar de su mundo en momentos en que a su tío le habían encargado que le hiciera comprender razones? ¿Acaso no estuvo a punto de ser rechazado en el *Jockey* y no era objeto de burlas debido a los gastos desorbitados que hacía por una mujer de ínfima categoría y por sus amistades con gente, autores, actores, judíos, de los cuales ninguno pertenecía a la sociedad? ¿Por sus opiniones que no se diferenciaban de las de los traidores, por el dolor que causaba a todos los suyos? ¿En qué podía compararse esa vida escandalosa con la del señor de Charlus, que había sabido hasta entonces no sólo conservar, sino agrandar su situación de Guermantes, sumamente buscado en sociedad, privilegiado, adulado por la mente más selecta y que, al casarse con una princesa de Borbón, mujer eminente, había sabido hacerla feliz; dedicar a su memoria un culto más ferviente y más exacto de lo que se acostumbra en sociedad y había sido así tan buen marido como buen hijo?

“¿Pero estás seguro de que el señor de Charlus haya tenido tantas amantes?” le pregunté, no con la intención ciertamente

diabólica de revelar a Roberto el secreto que sorprendiera, pero fastidiado, sin embargo, al haberle oído sostener un error con tanta certeza y suficiencia. Se contentó con alzar los hombros en respuesta a lo que creía mi candidez. “Por otra parte, no se le reprocho, y me parece que tiene perfectamente razón”. Y empezó a esbozarme una teoría que hubiese horrorizado a Balbec (donde no se conformaba con escarnecer a los seductores, ya que la muerte parecía el único castigo proporcionado al crimen). Es que por entonces estaba todavía enamorado y celoso. Llegó hasta a hacerme el elogio de las casas de citas. “Sólo ahí encuentra uno calzado a su medida, lo que llamamos en el ejército nuestro gálibo”. Ya no sentía por esa clase de lugares el asco que lo sublevaba en Balbec cuando yo los mencionaba, y al oírlo ahora, le dije que Bloch me los había hecho conocer, pero Roberto me contestó que si allí iba Bloch, debía ser “extremadamente pobre, el paraíso del desposeído”. “Depende, después de todo: ¿dónde era?” Me quedé cortado, porque recordé que ahí era en efecto donde se entregaba por un luis⁷ aquella Raquel que tanto había querido Roberto... “De cualquier modo te haré conocer algunas mucho mejores, donde hay mujeres estupendas”. Al oírme expresar el deseo de que me acompañase lo antes posible a las que conocía y que debían ser, en efecto, muy superiores a la casa que me había indicado Bloch, demostró un pesar sincero por no poderlo hacer esta vez, ya que volvía al día siguiente. “Será para mi próxima estada dijo. Ya verás, hasta hay muchachas agregó con aspecto misterioso.

Hay una jovencita de... creo que de Orgeville, te lo diré exactamente, que es hija de gente de lo mejor: la madre es más o menos La Croix-l'Évêque, gente en el candelero, hasta algo parientes,

salvo error, de mi tía Oriana. Por otra parte, basta mirar a la chica para advertir que es hija de gente bien. (Sentí que se extendía un instante sobre la voz de Roberto la sombra del genio de los Guermantes que pasó como una nube, pero a gran altura y sin detenerse). Me parece algo maravilloso. Los padres están siempre enfermos y no pueden andar tras ella. Vaya, la chica se entretiene, y cuento contigo para buscarle distracciones a esa muchacha”. “¡Oh, ¿cuándo volverás? “No sé; si no tienes un interés absoluto en duquesas (el título de duquesa es para la aristocracia el único que designa un rango particularmente brillante, como para el pueblo, princesas), en otro género tenemos a la primera mucama de la señora de Putbus”.

En ese momento la señora de Surgis entró en el salón de juego para buscar a sus hijos. A/advertirla, el señor de Charlus fue hacia ella con una amabilidad que sorprendió a la marquesa tanto más agradablemente cuanto que esperaba una gran frialdad del barón, que en todo tiempo se hiciera pasar como protector de Oriana y el único de la familia que a menudo complacía las exigencias del duque a causa de su herencia y por celos con respecto a la duquesa y mantenía implacablemente a distancia a las amantes de su hermano. Por eso, aunque la señora de Surgis comprendiese perfectamente los motivos de la actitud que le temía al barón, no sospechó en lo mínimo los de la acogida completamente opuesta que recibiera. Le habló con admiración del retrato que Jacquet le había hecho antaño. Esa admiración se exaltó hasta un entusiasmo que si era parcialmente interesado, para impedir que la marquesa se alejara de él, para “engancharla”, como decía Roberto de los ejércitos enemigos cuando uno quiere obligar a sus efectivos a quedarse en cierto punto, también

podía ser sincero. Porque si cada cual se complacía admirando en los hijos el porte de reina y los ojos de la señora de Surgis, el barón podía experimentar un placer inverso pero tan vivo en encontrar esos encantos reunidos en haz en su madre, como en un retrato que no inspira deseos por él mismo, pero los alimenta con la admiración estética que provoca a los que despierta. Éstos daban retrospectivamente un encanto voluptuoso al retrato mismo de Jacquet, y en ese momento el barón lo hubiese adquirido de buena gana para estudiar en él la genealogía fisiológica de los dos jóvenes Surgis.

“Ya ves que no exageraba me dijo Roberto. Mira un poco el entusiasmo de mi tío en torno a la señora de Surgis. Y aun me asombra. Si lo supiera Oriana se pondría furiosa. Francamente hay bastantes mujeres sin precipitarse justamente sobre ésa”, agregó. Como todos los que no están enamorados, suponía que uno elige a la persona que ama, después de mil deliberaciones y por sus cualidades y las distintas conveniencias. Por otra parte, al equivocarse con respecto a su tío, que creía inclinado a las mujeres, Roberto, en su rencor, hablaba del señor de Charlus con demasiada ligereza. No siempre se es impunemente el sobrino de alguien. Muy a menudo por su intermedio se transmite tarde o temprano un hábito hereditario. Se podría hacer así toda una galería de retratos, con el título de la comedia alemana “Tío y sobrino”, en que se viese al tío cuidado celoso aunque involuntariamente para que su sobrino acabe por parecersele. Agregaré todavía que esa galería sería incompleta si no figurasen en ella los tíos que no tienen ningún parentesco real, porque no son más que los tíos de la mujer del sobrino. Los señores de Charlus están, en

efecto, tan convencidos de ser los únicos buenos maridos y, además, los únicos de quienes una mujer no tiene celos, que generalmente, por afecto a su sobrina, la casan también con un Charlus. Lo que enreda la madeja de los parecidos. Y al afecto por la sobrina se une a veces también el afecto por su novio. Semejantes casamientos no son raros y constituyen lo que a menudo se llaman felices.

“¿De qué hablábamos? ¡Ah!, de esa rubia alta, la mucama de la señora de Putbus. También le gustan las mujeres, pero supongo que eso no te importará; te puedo decir con franqueza que nunca he visto criatura más hermosa”. “¿Me la imagino bastante Giorgione?” “Giorgione con locura. ¡Ah, si tuviera tiempo disponible para quedarme en París, qué cosas magníficas podría hacer! Y después pasar a otras. Porque en cuanto al amor, ¿sabes?, es una buena broma; ya estoy bastante de vuelta”. Advertí pronto, con sorpresa, que estaba igualmente de regreso de la literatura, aunque en nuestro último encuentro sólo me parecía desencantado de los literatos. (Son casi todos Porquería y Cía., me había dicho, lo que podía explicarse debido a su justificado rencor por ciertos amigos de Raquel. La habían convencido, en efecto, de que nunca tendría talento si dejaba que “Roberto, hombre de otra raza”, adquiriera influencia sobre ella y se burlaban de él con ella y delante de él, en las comidas que les ofrecía). Pero, en realidad, el amor de Roberto por las letras no tenía nada profundo, no se desprendía de su verdadera naturaleza, no era más que un derivado de su amor por Raquel y se le había esfumado al mismo tiempo que su horror por la gente de placer y su respeto religioso por la virtud de las mujeres. “—¡Qué extraños parecen estos dos jóvenes! Mire esa curiosa pasión del juego, marquesa dijo el señor

de Charlus, señalando sus dos hijos, a la señora de Surgis, como si ignorase por completo quiénes eran. Deben ser dos orientales: tienen algunos rasgos característicos; quizás sean turcos agregó para confirmar a un tiempo todavía su fingida inocencia y demostrar una vaga antipatía que, cuando dejara luego su lugar a la amabilidad, probaría que se dirigía solamente a la cualidad de hijos de la señora de Surgis, ya que no había comenzado más que cuando el barón supo quiénes eran. Quizás también el señor de Charlus, en quien la insolencia era un don natural que le alegraba ejercer, aprovechaba ese minuto durante el cual podía ignorar cuál era el nombre de esos dos jóvenes para divertirse a expensas de la señora de Surgis y entregarse a sus ironías habituales, como Scapin aprovecha el disfraz de su amo para administrarle tundas de palos.

“Son mis hijos, dijo la señora de Surgis con un rubor que no hubiera tenido de haber sido más fina sin ser más virtuosa. Hubiese comprendido entonces que la expresión de absoluta indiferencia o de ironía que manifestaba el señor de Charlus con respecto a un joven no era más sincera que la admiración completamente superficial que demostraba a una mujer, y no expresaba el verdadero fondo de su naturaleza. Aquella a quien dirigiera indefinidamente los propósitos más halagüeños, pudiera tener celos de la mirada que mientras versaba con ella lanzaba a un hombre al que luego fingía no haber mirado. Porque esa mirada era muy distinta a las que el señor de Charlus tenía para las mujeres: una mirada particular, que provenía de lo hondo y que aun en una velada no podía dejar de dirigirse cándidamente a los jóvenes, como las miradas de un modista que

revelan su profesión por la manera inmediata que tienen de adherirse a los trajes.

“¡Oh, qué curioso! contestó no sin insolencia el señor de Charlus, pareciendo que hacía recorrer a su pensamiento un largo trayecto para traerlo a una realidad tan distinta de la que fingía haber supuesto. Pero no los conozco agregó, temiendo haber ido un poco lejos en la expresión de la antipatía y haber paralizado así en la marquesa la intención de hacérselos conocer”. ¿Me permitiría que se los presentase?”, pidió tímidamente la señora de Surgis.

“Pero, Dios mío, ¿cómo lo duda usted? Ya lo creo, aunque no soy un personaje quizás muy divertido para muchachos tan jóvenes”; salmodió el señor de Charlus con un poco de cavilación y la frialdad de alguien que se deja arrancar una cortesía.

“¡Arnulfo, Victurniano, vengan pronto!”, dijo la señora de Surgis. Victurniano se levantó con decisión. Arnulfo, sin ver más allá de su hermano, lo siguió dócilmente “Ahora les toca el turno a los hijos me dijo Roberto” Es como para morirse de risa. Se esfuerza en complacer hasta al perro de la casa. Tanto más raro cuanto que mi tío detesta a los *gigolós*. Y mira cómo los escucha con seriedad. Si yo hubiese querido presentárselos, me hubiera mandado a paseo. Escucha, tendré que saludar a Oriana. Tengo tan poco tiempo para quedarme en París que quiero tratar de ver aquí a toda la gente a quien en caso contrario tendría que dejarles tarjetas.

“¡Qué educados parecen, qué buenos modales!”, estaba diciendo el señor de Charlus. “¿Lo cree usted así?” contestaba, encantada, la señora de Surgis.

Al vernos, Swann se nos acercó a Saint-Loup y a mí. La alegría judía era en Swann menos fina que las brumas del hombre de mundo. “—Buenas noches —nos dijo—, ¡Dios mío! Los tres juntos; parece una reunión de sindicato. Por poco, buscará la gente dónde queda la caja”. No había advertido que a sus espaldas estaba el señor de Beaucerfeuil y lo oía. El general frunció involuntariamente el ceño. Oíamos la vez del señor de Charlus, junto a nosotros: “¿Cómo, se llama usted Victurniano, igual que en el Gabinete de los Antiguos?”, decía el barón para prolongar la conversación con los dos jóvenes. “De Balzac, sí”, contestó el mayor de los Surgis, que no había leído nunca una línea de ese novelista, pero a quien su profesor señalaba hacía algunos días la similitud de su nombre con el de d’Esgrignon”. La señora de Surgis estaba encantada al ver que su hijo se lucía y el señor de Charlus extasiado ante tanta ciencia.

“—Parece que Loubet está completamente con nosotros, de fuente muy segura dijo Swann a Saint-Loup, pero esta vez en voz más baja para que no lo oyese el general, para quien las relaciones republicanas de su mujer se hacían más interesantes desde que el asunto Dreyfus era el centro de las preocupaciones. Le digo eso porque sé que usted está de acuerdo con nosotros”.

“No tanto, se equivoca usted completamente contestó Roberto. Es un asunto mal iniciado, en el que lamento mucho haberme metido. Nada tenía yo que ver con eso. Si tuviese que empezar de nuevo, me apartaría. Soy soldado, y antes que nada estoy con el ejército. Si te quedas un momento con el señor Swann, te encontraré dentro de un rato; voy a ver a mi tía”. Pero vi que iba a conversar con la señorita de Aubressac, y me dio pena pensar que

me había mentido acerca de su probable noviazgo. Me tranquilicé cuando supe que le había sido presentado media hora antes por la señora de Marsantes, que deseaba ese casamiento, ya que los Aubressac eran muy ricos.

“Por fin dijo el señor de Charlus a la señora de Surgis encuentro un joven instruido que ha leído y sabe quién es Balzac. Y me causa más placer por encontrarlo ahí donde se ha hecho más raro, en uno de mis pares, en uno de los nuestros”, agregó, insistiendo en esas palabras. Los Guermantes, por más que hiciesen como que todos los hombres eran iguales, en las grandes ocasiones en que se encontraban con gente de abolengo y sobre todo de menor abolengo que lo que deseaban y podían halagar, no vacilaban en sacar los viejos recuerdos de familia. “Antes repuso el barón, aristócratas quería decir los mejores, por la inteligencia o por el corazón. Y éste es el primero de nosotros que veo sabe quién es Victurniano d’Esgrignon. Hago mal en decir el primero. También hay un Polignac y un Montesquiou agregó el señor de Charlus, que sabía que esa doble asimilación no podía sino embriagar a la marquesa. Por otra parte, sus hijos tienen a quién salir; su abuelo materno tenía una célebre colección del siglo dieciocho. Le enseñaré la mía, si me hace el placer de venir a almorzar un día conmigo —dijo al joven Victurniano. Le enseñaré una curiosa edición del Gabinete de los Antiguos con correcciones autógrafas de Balzac. Me encantará que confrontemos juntos a los dos Victurnianos”.

No podía decidirme a alejarme de Swann. Había llegado él a ese grado de fatiga en que el cuerpo de un enfermo no es más que una retorta en donde se observan reacciones químicas. Su cara se

marcaba con pequeños puntos azules de Prusia que parecían no pertenecer al mundo vivo y desprendía ese olor que en el liceo, después de los “experimentos”, hace tan desagradable la permanencia en el gabinete de “Ciencias”. Le pregunté si no había tenido una larga conversación con el príncipe de Guermantes y si no quería contarme cómo había sido. “Sí me dijo, pero vaya antes un rato con el señor de Charlus y la señora de Surgis; lo esperaré aquí”.

En efecto, el señor de Charlus le había propuesto a la señora de Surgis que dejaran ese cuarto demasiado caliente y se fueran a sentar un momento en otro, y no les había pedido a los dos hijos que acompañaran a su madre, sino a mí. De esa manera, después de haberlos cebado, parecía no prestar más atención a los dos jóvenes. Me hacía además con ello una fácil cortesía, ya que la señora de Surgis-le-Duc estaba bastante desprestigiada.

Desgraciadamente, apenas estábamos sentados en un vano sin salida acertó a pasar la señora de Saint-Euverte, blanco de las bromas del barón. Ella, quizás para disimular o desdeñar abiertamente los malos sentimientos que inspiraba al señor de Charlus y sobre todo para indicar que era íntima de una señora que conversaba tan familiarmente con él, saludó con un desdén amistoso a la célebre belleza, quien le contestó con una sonrisa burlona mientras miraba de reojo al señor de Charlus. Pero el vano era tan estrecho que cuando la señora de Saint-Euverte, detrás de nosotros, quiso continuar mendigando a sus invitados del día siguiente, se encontró aprisionada y no pudo desprenderse con facilidad, momento preciso que el señor de Charlus, deseando hacer brillar su verba insolente ante ambos jóvenes, se cuidó mucho de no aprovechar. Una pregunta tonta que

le planteé sin malicia le dio oportunidad para un cuplé triunfal del que la pobre señora de Saint-Euverte, casi inmovilizada detrás de nosotros, no podía perder una palabra.

“¿Cree usted que ese joven impertinente dijo señalándome a la señora de Surgis acaba de preguntarme, sin la menor preocupación por ocultar esa clase de necesidades, si iba a casa de la señora de Saint-Euverte, es decir, supongo, si tenía cólico? Trataría de aliviarme, en todo caso, en un lugar más confortable que la casa de una persona que, si tengo buena memoria, celebraba su centenario cuando yo comenzaba a andar por el mundo, es decir cuando no iba a su casa. Sin embargo, nadie más interesante que ella. ¡Cuántos recuerdos históricos, vistos y vividos del tiempo del Primer Imperio y la Restauración! ¡Cuántas historias íntimas también que ciertamente no tienen nada de “Santo”, pero deben ser “Verdes”⁸ si damos crédito a las nalgas aún ligeras de tan venerable brincadora! Lo que me impediría interrogarla acerca de esas épocas apasionantes es la sensibilidad de mi aparato olfativo. Me basta la proximidad de la dama. De pronto, digo: ¡Dios mío!, ha reventado la cámara séptica, y es sencillamente la marquesa que con alguna intención invitativa acaba de abrir la boca. Y usted comprende que si tuviese la desgracia de ir a su casa, la cámara séptica se multiplicaría hasta convertirse en un gigantesco carro atmosférico. Lleva, sin embargo, un nombre místico que siempre me hace pensar jubilosamente, aunque haya pasado hace tiempo la fecha de su jubileo, en ese verso estúpido llamado “delicuescente”. “¡Ah, verde, cuán verde era mi alma ese día!...”. Pero necesito una verdura más limpia. Me dicen que la infatigable caminadora ofrece *garden-parties*, pero yo los llamaría *invitaciones para pasear en las cloacas*.

¿Piensa usted ir allí a ensuciarse?, le preguntó a la señora de Surgis, que esa vez se sintió fastidiada. Porque queriendo fingir que no iría frente al barón y sabiendo que daría días de su vida antes que faltar a la velada de Saint-Euverte, salió del paso con un término medio, es decir con la incertidumbre. Ésta tomó una forma tan tontamente *dilettante* y tan mezquinamente costurera que el señor de Charlus no temió ofender a la señora de Surgis, a quien sin embargo, deseaba complacer, y se puso a reír para indicarle que no había *entrado en su juego*.

“Admiro siempre a la gente que hace proyectos dijo ella; a menudo me desdigo a último momento. Hay una cuestión de vestido de verano que puede cambiar las cosas. Obraré bajo la inspiración del momento”.

Por mi parte, estaba indignado por el infame pequeño discurso que acababa de pronunciar el señor de Charlus. Hubiera querido colmar de bienes a la donante de *garden-parties*. Desgraciadamente, en sociedad como en el mundo político, las víctimas son tan cobardes que no se puede guardar rencor mucho tiempo a los verdugos. La señora de Saint-Euverte, que había conseguido zafarse del vano cuya entrada obstruíamos, rozó involuntariamente al barón al pasar, y por un reflejo de *snobismo* que aniquilaba en ella toda ira, quizás aún con la esperanza de una entrada en materia cuyo ensayo no debía ser el primero: “¡Oh, perdón, señor Charlus, espero no haberle hecho daño!”, exclamó como si se arrodillase ante su amo. Éste no se dignó contestar de otra manera que con una ancha risa irónica y apenas contestó un “buenas noches” que, como si sólo advirtiese la presencia de la marquesa una vez que ésta lo hubiese saludado primero, era un

insulto más. En fin, con un aplastamiento supremo que me hizo sufrir en su lugar, la señora de Saint-Euverte se me acercó y, habiéndome apartado, me dijo al oído: “¿Pero qué le habré hecho al señor de Charlus? Dicen que no le parezco lo suficientemente elegante”, dijo riendo .a carcajadas: Me quedé serio. Por una parte, me parecía estúpido que pareciese creer o quisiese hacer creer que no había nadie, en efecto, tan elegante como ella. Por otra parte, la gente que se reía con tanta fuerza de lo que dice y no es gracioso, nos dispensa de ello al tomar a su cargo la hilaridad.

“Otros aseguran que está resentido porque no lo invito. Pero es que no me da muchos ánimos. Parece amohinado conmigo (la expresión me pareció débil). Trate de saberlo y venga a decírmelo mañana. Y si tiene remordimientos y quiere acompañarlo, tráigalo. Misericordia para todo pecado. Hasta me causaría bastante placer; porque a la señora de Surgis le fastidiaría. Le doy carta blanca. Tiene usted el más fino olfato para esas cosas, y no quiero que supongan que mendigo invitados. En todo caso, cuento absolutamente con usted”.

Pensé que Swann debía cansarse de esperarme. No quería volver muy tarde, por otra parte, a causa de Albertina, y despidiéndome de la señora de Surgis y del señor de Charlus, fui a buscar a mi enfermo a la sala de juegos. Le pregunté si lo que le había dicho al príncipe en su conversación del jardín era exactamente lo que nos había vertido el señor de Bréauté (que no le nombré) y que se relacionaba con un pequeño acto de Bergotte. Se puso a reír: “—No hay una sola palabra de verdad, es completamente inventado y hubiera sido absolutamente estúpido. En verdad, es esa generación espontánea

del error. No le pregunto quién se lo ha dicho, pero sería verdaderamente curioso en un cuadro tan restringido como éste remontarse de prójimo en prójimo para saber cómo se ha formado. Por otra parte, ¿cómo puede interesarle a la gente lo que me ha dicho el príncipe? La gente es muy curiosa. Yo nunca he sido curioso, menos cuando he estado enamorado y cuando he tenido ellos. Y para lo que sirvió... ¿Usted es celoso?” Le dije a Swann que nunca había sentido celos, y que ni siquiera sabía lo que eran “Muy bien, lo felicito. Un poco de celos no es del todo desagradable, desde dos puntos de vista. Por una parte, porque permite a los que son curiosos interesarse en la vida de otras personas o por lo menos de otra persona. Y porque hace sentir bastante bien la dulzura de poseer y subir en coche con una mujer y no dejarla andar sola. Pero eso no sucede más que en los comienzos del mal o cuando la curación ya está casi completa. En el intervalo, es el suplicio más espantoso. Por otra parte, debo decirle que aun estas dos dulzuras de que le hablo las he conocido poco: la primera, por culpa de mi naturaleza, que no es capaz de meditaciones muy prolongadas; la segunda, a causa de las circunstancias, por culpa de la mujer; quiero decir de las mujeres que me hicieron sufrir celos. Pero eso no importa. Aun cuando uno ya no tiene interés en las cosas, no es absolutamente indiferente haber resistido; porque siempre era por motivos que escapaban a los demás. El recuerdo de esos sentimientos está, lo sentimos, únicamente, en nosotros; hay que entrar en nosotros mismos para mirarlo. No se burle demasiado de esa jerga idealista, pero lo que quiero decir es que quise mucho la vida y he querido mucho el arte. Y bien, ahora que estoy algo cansado para vivir con los otros, esos antiguos sentimientos personales me

parecen muy preciosos, lo que constituye la manía de todos los coleccionistas. Me abro mi corazón a mí mismo, como una especie de vidriera, y miro uno por uno tantos amores que los demás no habrán conocido. Y por esa colección a la que ahora me siento más atado que los otros, me digo un poco como Mazarino por sus libros, pero por otra parte sin ninguna angustia, que sería fastidioso dejarlo todo. Pero lleguemos a la conversación con el príncipe. No se la contaré más que a una sola persona, y esa persona será usted”. Me molestaba oírlo, por la conversación que el señor de Charlus, vuelto a la sala de juegos, prolongaba indefinidamente. ¿Y también lee usted? ¿Qué hace usted?”, inquirió al conde Arnulfo, que ni siquiera conocía el nombre de Balzac. Pero su miopía le daba el aspecto de ver a lo lejos, de suerte que, rara poesía en un dios griego escultural, en sus pupilas se inscribían estrellas distantes y misteriosas.

“¿Si fuéramos a dar algunos pasos por el jardín, señor?”, le dije a Swann mientras el conde Arnulfo, con una voz ceceosa que parecía indicar un desarrollo mental por lo menos incompleto, contestaba al señor de Charlus con una precisión candorosa y complaciente: —“¡Oh, para mí, sobre todo el golf, el tenis, la pelota, la carrera pedestre, especialmente el polo!” Como Minerva subdividida había dejado de ser en cierta ciudad la diosa de la Sabiduría y encarnado una parte de sí misma en una divinidad puramente deportiva hípica: “Athéné Hippia”. E iba también a Saint Moritz a practicar el esquí porque Pallas Trilogeneia frecuenta las altas cumbres y alcanza a los caballeros. “¡Ah! contestó el señor de Charlus con la trascendente sonrisa del intelectual que ni se toma el trabajo de disimular que se burla, pero que, por otra parte, se siente tan supe-

rior a los otros y desdeña tanto la inteligencia de los menos tontos, que apenas los distingue de aquellos que lo son más, desde que pueden resultarle agradables por otro motivo. Al hablar a Arnulfo, el señor de Charlus creía que le comunicaba por lo mismo una superioridad que todos debían envidiar y reconocerle. “No me contestó Swann, estoy demasiado cansado para caminar: sentémonos más bien en ese rincón; ya no soporto estar de pie”.

Era verdad, y sin embargo el empezar a conversar le había devuelto cierta vivacidad. Es que en la más cierta fatiga basta olvidar. Es verdad que Swann no era uno de esos infatigables agotados que al llegar deshechos, marchitos, sin poderse tener en pie, se reaniman en la conversación como una flor en el agua y pueden extraer fuerzas durante horas de sus propias palabras; fuerzas que no comunican, por desgracia, a sus oyentes, que parecen cada vez más abatidos o medida que el conversador se siente más despierto. Pero Swann pertenecía a esa fuerte raza judía, de cuya energía vital, de cuya resistencia a la muerte, parecen participar aún los individuos. Heridos por enfermedades particulares, como lo está ella misma por la persecución, se agitan Indefinidamente en terribles agonías que pueden prolongarse más allá de todo término verosímil cuando ya no se ve otra cosa que una barba de profeta con una nariz inmensa que se dilata para aspirar los últimos alientos, antes de la hora de las plegarias rituales y cuando comienza el desfile puntual de los parientes alejados que avanzan con movimientos mecánicos, como en un friso asirio.

Fuimos a sentarnos, pero antes de alejarse del grupo que formaba el señor de Charlus con los dos jóvenes Surgis y su madre,

Swann no pudo dejar de enroscar al corpiño de ésta largas miradas de entendido, dilatadas y concupiscentes. Se puso el monóculo para ver mejor, y mientras me hablaba, de tiempo en tiempo echaba una mirada en dirección a esa señora. “He aquí, palabra por palabra me dijo cuando nos hubimos sentado, mi conversación con el príncipe, y si usted recuerda lo que le dije hace un rato, verá por qué lo elegí como confidente. Y además por otro motivo que sabrá algún día. “Mi querido Swann, me ha dicho el príncipe de Guermantes, usted me va a disculpar si he parecido evitarle desde hace algún tiempo. (Yo no lo había advertido en lo más mínimo, ya que estoy enfermo y yo mismo huyo de todos). Primeramente había oído decir, y ya lo preveía, que tenía usted, en el desgraciado asunto que divide al país,, opiniones enteramente opuestas a las mías. Y hubiese sido para mí excesivamente penoso que las profesara delante de mí. Mi nerviosidad era tan grande que cuando la princesa oyó hace dos años a su cuñado el gran duque de Hesse, que Dreyfus era inocente, no le bastó replicar con vivacidad y ni me lo contó para no contrariarme. Casi en la misma época, el príncipe real de Suecia llegó a París, y como había oído decir probablemente que la emperatriz Eugenia era dreyfusista, la confundió con la princesa (extraña confusión, confíeselo usted, entre una mujer del rango de mi esposa y una española, mucho menos bien nacida de lo que se dice y casada con un simple Bonaparte) y le dijo: “Princesa, me siento doblemente feliz al verla porque sé que tiene usted mis mismas ideas sobre el asunto Dreyfus, lo que no me asombra ya que Vuestra Alteza es bávara”. Lo que le atrajo esta respuesta al príncipe: “Monseñor, no soy más que una princesa francesa y pienso como todos mis compatriotas”. Y hace alrededor

de año y medio, mi querido Swann, por una conversación que tuve con el general de Beaucerfeuil, se me ocurrió pensar que, ya no un error, sino graves irregularidades se habían cometido en la conducción del proceso”.

Nos interrumpió (Swann no tenía interés en que oyesen su relato) la voz del señor de Charlus, que (sin preocuparse de nosotros, por otra parte) pasaba acompañando a la señora de Surgis y se detuvo para tratar de retenerla aún, ya sea por sus hijos o por ese deseo que tenían los Guermantes de no ver acabarse el minuto actual que los sumergía en una especie de inercia ansiosa. Swann me hizo saber más tardé a ese respecto, algo que le quitó al nombre de Surgis-le-Duc toda su poesía. La marquesa de Surgis-le-Duc tenía una situación mundana mucho más encumbrada, con mucho mejores alianzas que su primo el conde Surgis, que vivía pobremente en sus tierras.

Pero la palabra que terminaba el título “le Duc” no tenía de ningún modo el origen que yo le prestaba y que relacionaba en mi imaginación con Bourg-l’Abbé, Bois-le-Roi, etc. Muy simplemente: un conde de Surgis se había casado durante la Restauración con la hija de un industrial riquísimo, el señor Leduc o Le Duc, hijo de un fabricante de productos químicos, el hombre más rico de su época, que era par de Francia. El rey Carlos X había creado para el niño nacido de ese matrimonio el marquesado de Surgis-le-Duc, ya que el marquesado de Surgis existía en la familia. La agregación del nombre burgués no había impedido que esa rama se aliara, debido a su enorme fortuna, con las primeras familias del reino. Y la actual marquesa de Surgis-le-Duc, de gran nacimiento, pudo haber tenido una situación de primer orden. Un demonio perverso la había impelido a huir de la

casa conyugal y a vivir de la manera más escandalosa, desdeñando una situación ya hecha. Luego, el mundo que desdeñara a los veinte años, cuando lo tenía a sus pies, le había fallado cruelmente a los treinta, cuando hacía diez años que nadie, salvo raros y fieles amigos, la saludaba ya y había emprendido reconquistar trabajosamente, pieza por pieza, lo que poseía al nacer (ida y vuelta que no es tan rara).

En cuanto a los grandes señores sus padres, antaño renegados por ella y que, a su vez, la habían desconocido, disculpaba la alegría que tendría al traerlos de nuevo a su lado con los recuerdos de infancia que podría evocar con ellos. Y al decir eso, para disimular *su snobismo*, mentía quizás menos de lo que creía. “Basin, es toda mi juventud”, decía ella el día de su regreso. Y efectivamente, era algo cierto. Pero había calculado mal al elegirlo como amante. Porque todas las amigas de la duquesa de Guermites iban a tomar partido a su favor, y de esa manera la señora de Surgis bajaría por segunda vez esa pendiente que tanto le había costado volver a subir. “Bueno estaba diciéndole el señor de Charlus, que trataba de prolongar la entrevista. Pondrá usted mis homenajes a los pies del hermoso retrato. ¿Cómo anca? ¿Qué es de él?” “Pero contestó la señora de Surgis, ya sabe usted que no lo tengo: a mi marido no le gustó”. “No le gustó una de las otras maestras de nuestro tiempo, igual a la duquesa de Châteauroux de Nattier y que, por otra parte, no pretendía perpetuar una diosa menos majestuosa y mortífera. ¡Oh, el cuellito azul! Es decir que nunca Van Meer ha pintado un género con más maestría, no lo digamos en voz muy alta para que Swann no nos ataque con la intención de vengar a su pintor favorito, el maestro de Delft”. Dándose vuelta, la marquesa dirigió una sonrisa y tendió la mano a Swann, que se había levantado

para saludar. Pero casi sin disimularlo, ya sea que una vida ya avanzada le hubiese quitado la voluntad moral por indiferencia a la opinión, o el poder físico por la exaltación del deseo y el debilitamiento de los resortes que ayudan a ocultarlo, apenas Swann vio al darle la mano a la marquesa, su busto de cerca y desde arriba, hundió una mirada atenta, seria, absorta, casi preocupada en las profundidades de su corpiño, y sus narices, que embriagaba el perfume de la mujer, palpitaron como una mariposa dispuesta a posarse sobre la flor apenas vista. Bruscamente se sustrajo al vértigo que lo había apresado, y la misma señora de Surgis, aunque molesta, ahogó una honda respiración, de tal manera el deseo es a veces contagioso. “—El pintor se ha ofendido —le dijo ella al señor de Charlus— y lo ha retirado. Decían que estaba ahora en casa de Diana de Saint-Euverte”. “- Nunca podré creer que una obra maestra tenga tan mal gusto”, replicó el barón. “—Le habla de su retrato. Yo le hablaría lo mismo que Charlus, de ese retrato —me dijo Swann afectando un tono arrastrado y vulgar y siguiendo con los ojos a la pareja que se alejaba—. Y además me causaría seguramente mucho más placer que a Charlus”, agregó. Le pregunté si lo que decían del señor de Charlus era cierto. Swann alzó los hombros como si yo hubiese proferido algo absurdo. “—Es decir que se trata de un amigo delicioso. Pero, ¿necesito agregar que es puramente platónico? Es más sentimental que otros, eso es todo; por otra parte, como nunca progresa mucho con las mujeres, le ha dado algún fundamento a los rumores insensatos de que habla usted. Tal vez Charlus quiere mucho a sus amigos, pero tenga por seguro que eso no sucedió nunca más que en su cabeza y en su corazón. En fin, quizás tengamos dos segundos de tranquilidad”. Y el príncipe de

Guermantes continuó: “Le confesaré que esa idea de una posible ilegalidad en la conducción del proceso me era extremadamente penosa a causa del culto que tengo, como sabe usted, por el ejército; volví a hablar con el general, y ya no tuve, ¡ay!, ninguna duda al respecto. Le diré francamente que en todo eso la sola idea de que un inocente soportase la más infamante de las penas ni siquiera se me había ocurrido. Pero, por esa idea de ilegalidad, me puse a estudiar lo que no había querido leer, y entonces vinieron a preocuparme dudas, ya no sobre la ilegalidad, sino sobre la inocencia. No creí deberle hablar a la princesa. Dios sabe que se ha hecho tan francesa como yo. A pesar de todo, desde el día en que me casé con ella, puse tanta coquetería en mostrarle a nuestra Francia en toda su belleza y lo más espléndido que tiene para mí: su ejército, que me resultaba demasiado cruel hacerle compartir las sospechas que no alcanzaban, es verdad, más que a algunos oficiales. Pero pertenezco a una familia de militares y no quería creer que los oficiales pudieran equivocarse. Volvía hablarle a Beaucerfeuil, quien me confesó que era posible que se hubiesen tramado maquinaciones culpables, que la minuta no fuese quizás de Dreyfus, pero que existía la prueba evidente de su culpa. Era la prueba Henry. Y algunos días después se sabía que era una falsificación. Entonces, a escondidas de la princesa, me puse a leer todos los días *El Siglo y la Aurora*; pronto no me quedó ninguna duda; ya no podía dormir. Confesé mis sufrimientos morales a nuestro amigo, el abate Poiré, en quien encontré con asombro la misma convicción y le hice decir misas en sufragio de Dreyfus, de su desgraciada mujer y de sus hijos. En esas circunstancias, una mañana que iba a lo de la princesa, vi que su mucama escondía algo en la mano. Le pregunté, riendo,

qué era; se sonrojó y no quiso decírmelo. Tenía la mayor confianza en mi mujer, pero ese incidente me turbó mucho (y sin duda también a la princesa, a quien su camarera debió habérselo contado) porque mi querida María apenas me habló durante el desayuno. Le pregunté ese día al abate Poiré si podía decir la misa, al día siguiente, por Dreyfus... “—¡Vamos, pues”, exclamó Swann a media voz interrumpiéndose. Levanté la cabeza y vi que el duque de Guermantes se nos acercaba. “—Perdón por molestarlos, hijos míos. Hijito—dijo, dirigiéndose a mí—; Oriana me delega, María y Gilbert le han pedido que se quede a comer en su mesa con cinco o seis personas nada más: la princesa de Hesse, la señora de Ligné, la señora de Tarenta, la señora de Che vreuse, la duquesa de Arenberg. Desgraciadamente, no podemos quedarnos porque vamos a una especie de sala de baile”. Yo escuchaba, pero cada vez que tenemos que hacer algo en un momento determinado le encargamos a cierto personaje que está acostumbrado a ese género de tarea que vigile la hora y nos advierta a tiempo. Ese servidor interno me recordó, como se lo había rogado hacía algunas horas, que Albertina, en ese momento muy lejos de mi pensamiento, debía ir a mi casa enseguida después del teatro. Por eso rechacé la cena. Y no es que no estuviese a gusto en casa de la princesa de Guermantes. Porque los hombres pueden tener varias clases de placer. El verdadero es aquel por el que dejan otro. Pero este último, si es aparente o aun sólo aparente, puede engañar respecto al primero, tranquiliza o despista a los celosos, extravía el juicio de la gente. Sin embargo, bastaría para que lo sacrificáramos al otro, un poco de felicidad o algún sufrimiento. A veces un tercer orden de placeres más graves, pero más esenciales, todavía no existe para nosotros y su

virtualidad no se traduce más que despertando remordimientos o desalientos. Y nos entregaremos, sin embargo, más tarde a esos placeres. Para dar un ejemplo, muy secundario, en tiempo de paz un militar sacrificará la vida de sociedad al amor; pero, si se declara la guerra (y aun sin que por ello sea necesario hacer intervenir la idea de un deber patriótico), el amor, a la pasión de combatir, mucho más fuerte que el amor.

Por más que Swann me dijese que se sentía feliz al contarme su historia, yo advertía perfectamente que su conversación era uno de esos cansancios que los que se matan por trastrochar o por excesos tienen al recogerse a un arrepentimiento exasperado, a causa de la hora tardía y por estar demasiado enfermo; igual a los que tienen los pródigos por el gasto descabellado que acaban de hacer una vez más, y sin embargo no podrán dejar de tirar el dinero por la ventana al día siguiente. A partir de cierto grado de debilitamiento, ya sea por la edad o por la enfermedad, todo placer a expensas del sueño, fuera de las costumbres y todo desarreglo se convierten en un fastidio. El conversador continúa conversando por cortesía y por excitación, pero sabe que la hora en que ya podía estar durmiendo ha pasado y sabe también los reproches que se dirigirá en el curso del insomnio y la fatiga que vendrá. Y, por otra parte, aun el placer momentáneo ha terminado; el cuerpo y el espíritu están demasiado vacíos de sus fuerzas para acoger agradablemente lo que le parece una diversión a su Interlocutor. Se parecen a un departamento en un día de partida o de mudanza en que las visitas que uno recibe sentado sobre los baúles y con los ojos fijos en el reloj constituyen una tarea pesada. “—¡Por fin solos! —me dijo—. Ya no sé dónde estaba. ¿Le he dicho, verdad,

que el príncipe había pedido al abate Poiré si podía decir su misa por Dreyfus? “No, me contestó el abate le digo “me”, me dijo Swann, porque es el príncipe quien me habló ¿comprende usted?)—, porque tengo otra misa que me encargaron también para él esta mañana”. “—¡Cómo! —le dije—, ¿hay otro católico convencido de su inocencia?” “—Hay que creerlo”. “—¿Pero la convicción de este partidario será menos antigua que la mía?” “—Sin embargo, ese partidario ya me encargaba misas cuando usted seguía creyendo que Dreyfus era culpable”. “—¡Ah! Ya veo que no se trata de nadie de nuestro ambiente”. “—¡Al contrario!” “—Verdaderamente, ¿hay dreyfusistas entre nosotros? Usted me intriga; me gustaría franquearme con él, si es que conozco a ese pájaro raro”. “—Usted lo conoce”. “—¿Se llama?” “—La princesa de Guermantes”. Mientras yo temía rozar las opiniones nacionalistas y la fe francesa de mi querida mujer, ella había tenido miedo de alarmar mis opiniones religiosas y mis sentimientos patrióticos. Pero por su parte pensaba como yo, aunque mucho tiempo antes. Y la Aurora era lo que su mucama escondía al entrar en su cuarto, lo que iba a comprarle todos los días. Mi querido Swann, desde este momento pensé en el placer que le causaría decirle hasta qué punto mis ideas eran afines a las suyas; perdóneme si no lo he hecho antes. Si usted compara el silencio que conservé frente a la princesa, no se asombrará que pensar como usted me hubiese separado todavía más de usted que pensar en forma distinta, porque ese tema me era infinitamente penoso. Más creo en un error y hasta que se han cometido crímenes, más sufro en mi amor por el ejército. Hubiera pensado que opiniones parecidas a las mías estaban lejos de inspirarle el mismo dolor, cuando me dijeron

días pasados que usted reprobaba con fuerza las injurias al ejército y que los dreyfusistas aceptasen la unión con sus detractores. Eso me ha decidido; confieso que me ha sido cruel decirle lo que pienso de ciertos oficiales, poco numerosos por suerte; pero es un alivio para mí no tener que alejarme de usted y sobre todo que usted advirtiese que si yo pude tener otros sentimientos es porque no tenía una sola duda acerca de lo bien fundado del juicio. En cuanto tuve una sola, no pude desear más que una cosa: la reparación del error. “Le confieso que me conmovieron profundamente esas palabras del príncipe de Guermantes. Si lo conociese como yo, si usted supiese de dónde ha tenido que regresar para llegar hasta allí, lo admiraría, y se lo merece. Por otra parte, no me asombra su opinión, es una naturaleza tan recta...” Swann se olvidaba de que esa misma tarde me había dicho, al contrario, que las opiniones en ese asunto Dreyfus estaban regidas por el atavismo. A lo sumo había exceptuado a la inteligencia, porque en Saint-Loup llegó a vencer el atavismo para hacer de él un dreyfusista. Y acababa de ver que esa victoria era de corta duración y que Saint-Loup se había pasado al otro bando. Era, pues, a la rectitud de corazón que le atribuía el papel adjudicado hasta ahora a la inteligencia. En realidad, siempre descubrimos después del golpe que nuestros adversarios tenían motivos para pertenecer al partido en que están y que no se refiere a lo justo que puede existir en ese partido y que los que piensan como nosotros es porque los obliga la inteligencia, si su naturaleza moral es demasiado baja para ser invocada o su rectitud si su penetración es débil.

Swann suponía ahora indistintamente inteligentes a los que compartían su opinión: su viejo amigo el príncipe de Guermantes y

mi compañero Bloch, que había tenido apartado hasta entonces y que invitó a almorzar. Swann interesó mucho a Bloch al decirle que el príncipe de Guermantes era dreyfusista. “—Habría que pedirle que firmara nuestras listas para Picquart; un nombre como el suyo haría un efecto formidable”. Pero Swann, que mezclaba a su ardorosa convicción de israelita la moderación diplomática del hombre de mundo cuyas costumbres había adquirido demasiado tarde para poder deshacerse de ellas, no quiso autorizar a Bloch para que le enviara al príncipe, aun en forma espontánea, una circular para que la firmara. “—No puede hacerlo, no hay que pedir lo imposible —repetía Swann—. Es un hombre encantador que ha recorrido miles de leguas para llegar hasta nosotros. Puede sernos muy útil. Si firmara su lista se comprometería simplemente frente a los suyos, lo castigarían a causa nuestra, quizás se arrepintiera de sus confidencias y ya no haría más ninguna”. Swann rechazó hasta su propio nombre. Lo encontraba demasiado hebreo para no causar mala impresión. Y además, si aprobaba todo lo relacionado con la revisión, no quería mezclarse para nada en la campaña antimilitarista. Llevaba lo que nunca había hecho hasta entonces, la medalla que había conquistado siendo joven soldado, en el 70, y agregó un codicilo a su testamento para pedir que, contrariamente a sus disposiciones anteriores, le fuesen rendidos los honores militares correspondientes a su grado de caballero de la Legión de Honor. Lo que reunió alrededor de la iglesia de Combray todo un conjunto de esos caballeros acerca de cuyo porvenir se lamentaba antaño Francisca, cuando encaraba la posibilidad de una guerra. En resumen, Swann no quiso firmar la circular, de modo que

si pasaba como rabioso dreyfusista frente a muchos, mi compañero lo halló tibio, infectado de nacionalismo y patriotero.

Swann me dejó sin darme la mano para no verse obligado a despedirse en esa sala donde tenía demasiados amigos, pero me dijo: “—Tendría que ir a ver a su amiga Gilberta. Ha crecido y cambiado, ya no la reconocería. ¡Es tan feliz!...” Ya no la quería yo a Gilberta. Era para mí algo así como una: muerta que uno lloró mucho tiempo: luego sobreviene el olvido, y si resucitara, ya no podría insertarse en una vida que no le corresponde. No deseaba verla, ni siquiera demostrarle que no tenía interés en verla, lo que me prometía probablemente cada día cuando ya no la amara, en tiempos que la quería afín.

Por eso, no deseando adoptar, frente a Gilberta, el aspecto de haber deseado encontrarla con toda el alma y haberme visto impedido por circunstancias que se llaman “independientes de mi voluntad” y que no producen efecto —por lo menos con cierta continuidad— más que cuando no las contradice la voluntad, lejos de acoger con reservas la invitación de Swann, no lo dejé hasta que me prometió explicarle detalladamente a su hija los contratiempos que me habían privado y me privarían todavía de ir a verla. “—Por otra parte, le escribiré ahora al volver —agregué—. Pero dígame que es una carta de amenazas, porque dentro de uno o dos meses estaré libre por completo, y entonces que tiemble, porque iré a casa de ustedes tan a menudo como antes”.

Antes de dejarlo a Swann le dije algo acerca de su salud. “—Ido anda tan mal —me contestó—. Pon lo demás, como se lo decía, estoy bastante cansado y acepto por anticipado y con resignación lo que pueda suceder. Sólo que me sería muy fastidioso

morir antes del final del asunto Dreyfus. Todos esos canallas tienen más de un recurso en su bolsa. No dudo que a la postre los derrotarán, pero son muy poderosos y obtienen apoyos de todos lados. En momentos en que todo marcha mejor, todo cruje. Me gustaría vivir lo suficiente para ver rehabilitado a Dreyfus y coronel a Picquart”.

Cuando se fue Swann, volví al gran salón en que se encontraba esa princesa de Guermantes, con la que no sabía entonces que estaría tan ligado en algún momento. La pasión que tuvo por el señor de Charlus no se me hizo evidente de primera intención. Advertí únicamente que el barón, a partir de cierta época y sin tener contra la princesa de Guermantes ninguna de esas enemistades que no asombraban en él, y mientras continuaba teniendo por ella tanto y más afecto que antes, parecía descontento y fastidiado cada vez que le hablaban de ella. Ya no daba su nombre para la lista de las personas con las que deseaba cenar.

Verdad es que antes de eso yo le oí decir a un hombre de mundo muy malvado que la princesa había cambiado mucho y que estaba enamorada del señor de Charlus, pero esa maledicencia me pareció absurda y me indignó. Había notado, es verdad, con asombro, que cuando contaba algo que me concernía, si en el medio intervenía el señor de Charlus, la atención de la princesa inmediatamente daba una vuelta más como un enfermo que al oír hablar de nosotros, en consecuencia de manera distraída y negligente, reconoce de pronto que un nombre es el de la enfermedad que sufre; lo que le interesa al mismo tiempo que lo alegra. Tal como si le decía: “Justamente el señor de Charlus me estaba contando..”, la princesa volvía a tomar las riendas flojas de su atención. Y al decir en cierto momento que el

señor de Charlus tenía por cierta persona un sentimiento bastante vivo, vi con asombro que a la princesa le aparecían en los ojos esos rasgos diferentes y momentáneos que traza en las pupilas el rastro de una quebradura y que proviene de un pensamiento que nuestras palabras sin su voluntad han agitado en el ser a quien hablamos o pensamos; ¡secreto que ya no se traducirá en palabras, pero que ascenderá desde las profundidades que removimos hasta la superficie alterada por un instante de la mirada. Pero si mis palabras habían conmovido a la princesa, no pude sospechar cómo. Por otra parte, poco tiempo después, ella empezó a hablarme del señor de Charlus, y casi sin rodeos. Si se refería a los rumores que algunas personas hacían circular acerca del barón, era aludiendo solamente a absurdos e infames infundios. Pero, por otra parte, decía: “—Pienso que una mujer que se enamora de un hombre del valor inmenso de Palamède, debiera tener bastante altura de miras, bastante abnegación para aceptarlo y comprenderlo en bloque. tal como es, para respetar su libertad, sus fantasías y tratar únicamente de allanarle las dificultades y consolarlo de sus pesares”. Y con esos conceptos, la princesa de Guermantes revelaba lo que trataba de magnificar, del mismo modo que lo hacía a veces el mismo señor de Charlus. ¿Acaso no oí en varias oportunidades a este último decirle a gente que hasta entonces dudaban si se lo calumniaba o no: “Yo, que he tenido tantos altibajos en mi vida, que he conocido a toda clase de gentes, tanto ladrones como reyes, y aun debo decir, con una ligera preferencia por los ladrones, que he perseguido la belleza bajo todas sus formas, etc...”; y por esas palabras, que creía hábiles y desmintiendo rumores que no sospechaba hubiesen corrido (o por darle a la verdad, por gusto, por

medida, por preocupación de la verosimilitud, una participación que era el único en estimar mínima), le quitaba las últimas dudas a unos, e inspiraba las primeras a aquellos que aún no tenían ninguna. Porque el más peligroso de todos los encubrimientos es el de la misma culpa en el espíritu del culpable. El conocimiento permanente que tiene de ella le impide suponer hasta qué punto es en general ignorada y como se creería una mentira completa y a cambio de darse cuenta en qué grado de verdad comienza para los otros la confesión con palabras que supone inocentes. Por otra parte, hubiera hecho mal de cualquier manera al tratar de acallarlos, porque no hay vicios que no hallen en el gran mundo apoyos complacientes, y se ha visto alterar la decoración de un castillo para que una hermana se acostase junto a su hermana apenas se supo que no la quería solamente como hermana. Pero lo que me reveló de golpe el amor de la princesa fue un hecho particular y sobre el que no insistiré aquí, porque forma parte de otro relato en que el señor de Charlus dejó morir una reina, antes que abandonar al peinador que debía rizarlo con tenacillas en beneficio de un inspector de ómnibus ante el cual se encontró sumamente intimidado. Sin embargo, para terminar de una vez con el amor de la princesa, digamos que nada me abrió los ojos. Estaba ese día solo en coche con ella. En el momento en que pasábamos delante de una oficina de correos, lo hizo detener. No había traído lacayo. Sacó a medias una carta de su manguito y empezó el movimiento de descenso para meterla en el buzón. La quise detener, pero se resistió ligeramente, y ya advertíamos uno y otro que nuestro primer gesto había sido, el suyo comprometido, ya que parecía proteger un secreto, y el mío indiscreto al oponerme a esa protección. Fue ella quien se repuso

antes. Poniéndose súbitamente muy encarnada, me dio la carta, que ya no me atrevía a tomar, pero al ponerla en el buzón vi sin querer que estaba dirigida al señor de Charlus.

Para volver atrás y a esa primera velada en casa de la princesa de Guermantes, fui a despedirme porque su primo y su prima me llevaban y estaban muy apurados. El señor de Guermantes quería, sin embargo, saludar a su hermano. La señora de Surgis, mientras tanto, tuvo tiempo de decirle al duque, en una puerta, que el señor de Charlus había estado encantador con ella y sus hijos. Esa gentileza desmesurada de su hermano, la primera que éste hubiese tenido en ese orden de ideas, conmovió profundamente a Basin y despertó en él sentimientos de familia que no quedabais mucho tiempo adormecidos. En momentos en que saludábamos a la princesa, quiso, sin manifestar expresamente su agradecimiento al señor de Charlus, expresarle su ternura, ya sea que apenas pudiese contenerla, ya sea para que el barón recordase que el tipo de actitudes que había tenido esa noche no pasaba inadvertido a los ojos de un hermano, lo mismo que, con la intención de crear para lo por venir asociaciones de recuerdos saludables, se le da azúcar a un perro que hace pruebas.

“—¿Así es, hermanito —dije el duque deteniendo al señor de Charlus y tomándolo con ternura de un brazo—, así es como pasa uno delante de su hermano mayor sin siquiera un saludito? Ya no te veo, Mémé, y no sabes cómo te extraño. Buscando cartas viejas, he encontrado justamente algunas de la pobre mamá, todas tan cariñosas contigo”. “—Gracias, Basin”, contestó el señor de Charlus con una voz alterada, porque nunca podía hablar sin emoción de su madre. “—Debías decidirte a dejarme que te instale un pabellón en

Guermantes”, repuso el duque. “—Es lindo ver que se llevan tan bien los hermanos”, dijo la princesa a Oriana. “—¡Ah! es verdad, no creo que puedan encontrarse muchos hermanos así. Lo invitaré con él —me prometió ella—. ¿Usted no está disgustado con él?..

¿Pero qué se podrán decir?”, agregó con inquietud, porque oía apenas sus palabras. Siempre había tenido ciertos celos por el placer que le causaba conversar al señor de Guermantes con su hermano de un pasado del que mantenía un poco alejada a su mujer. Ella comprendía que cuando estaban así, felices de saberse juntos y que iba a reunírseles por no contener su impaciente curiosidad, su llegada no los alegraba. Pero, esa noche, a su curiosidad habitual se agregaba otra. Porque si la señora de Surgis había contado al señor de Guermantes las bondades que había tenido su hermano para que se lo agradeciese, al mismo tiempo amigas abnegadas de la pareja Guermantes creyeron necesario avisar a la duquesa que habían visto conversar a la amante de su marido con el hermano de éste. Y la señora de Guermantes estaba atormentada. “—¿Recuerdas qué felices éramos en Guermantes? —preguntó el duque dirigiéndose al señor de Charlus—. Si vinieses a veces, en verano, volveríamos a nuestra buena vida. ¿Recuerdas al buen viejo Courveau? ¿Por qué es turbador Pascal? Porque está tur... tur...”. “—Bado... —concluyó el señor de Charlus como si le contestase todavía a su profesor—. ¿Y por qué está turbado Pascal? Porque es tur... porque es turbador. Muy bien; se recibirá usted, obtendrá seguramente una mención y la señora duquesa le regalará un diccionario chino”. “—Si mal no recuerdo, mi pequeño Mémé, veo todavía el viejo jarrón que te había traído Hervey de Saint-Denis. Nos amenazabas con ir a pasar definitiva-

mente tu vida en China, a tal punto estabas enamorado de ese país; ya te gustaban hacer largas calaveradas. ¡Ah!, has sido un tipo especial, porque se puede decir que nunca tuviste los gustos de los demás...”. Pero apenas había dicho esas palabras, el duque se ruborizó, porque conocía, ya que no las costumbres, por lo menos la reputación de su hermano. Como nunca le hablaba de ello, le molestaba más todavía haber dicho algo que pudiese relacionarse y mucho más aún parecerle molesto. Después de un segundo de silencio: “—¡Quién sabe —dijo para borrar sus últimas palabras—. Estarías quizás enamorado de una china, antes de enamorarte de tantas blancas, y gustarles, si lo juzgo por cierta señora a la que le causaste mucho placer esta noche conversando con ella. Ha quedado encantada contigo”. El duque se había prometido no hablar de la señora de Surgis; pero, en medio de la confusión que le causara en sus ideas la torpeza que acababa de cometer, se echó sobre la más próxima, que era precisamente la que no debía aparecer en la conversación, aunque la hubiese motivado. Pero el señor de Charlus había notado el rubor de su hermano. Y como aquellos culpables que no quieren turbarse cuando delante de ellos se habla del crimen que se supone han cometido y creen que deben prolongar una conversación peligrosa: “—Estoy encantado —le contestó—, pero tengo interés en volver sobre tu frase anterior, que me parece profundamente cierta. Decías que nunca he tenido las ideas de todos, como es exacto; decías que tengo gustos especiales”. “—Pero no —protestó el señor de Guermantes, que en efecto no había dicho esas palabras y no creía, quizás, que fuera verdad lo que achacaba a su hermano. Y, por otra parte, ¿se creía con derecho a atormentarlo por singularidades que en todos los casos

habían seguido siendo bastante dudosas o lo bastante secretas como para no perjudicar en lo mínimo la relevante situación del barón? Aún más, al sentir que esa situación de su hermano iba a ponerse al servicio de sus amantes, el duque se decía que bien valía ciertas complacencias a cambio de haber conocido en ese momento alguna situación “especial” de su hermano, el señor de Guermantes la hubiese pasado por alto cerrando los ojos y, en caso necesario, dándole una mano, con la esperanza de que ésta le prestara su apoyo; esperanza unida al piadoso recuerdo de los tiempos pasados. “—Vamos Basin; buenas noches, Palamédes —dijo la duquesa, que ya no podía aguantar, roída de rabia y curiosidad—. Si han decidido ustedes pasar la noche aquí, mejor será que nos quedemos a comer. Nos tienen ustedes de pie, a María y a mí, hace media hora”. El duque dejó a su hermano después de un abrazo significativo y bajamos los tres la inmensa escalera de la casa de la princesa.

De ambos lados, sobre los más altos escalones, había parejas desparramadas que esperaban sus coches. Derecha, aislada, teniendo a sus lados a su marido y a mí, la duquesa estaba a la izquierda de la escalera, ya envuelta en su tapado a lo Tiépolo, el cuello preso en su cierre de rubíes, devorada con los ojos por las mujeres y los hombres que trataban de sorprender el secreto de su elegancia y su belleza. Esperando su coche sobre el mismo escalón que la señora de Guermantes, pero en el extremo opuesto, la señora de Gallardon, que había perdido hacía tiempo toda esperanza de recibir ya la visita de su prima, daba la espalda para no aparentar que la veía y sobre todo para no demostrar que ésta no la saludaba. La señora de Gallardon estaba de muy mal humor porque unos señores que estaban

con ella habían creído necesario hablarle de Oriana: “—No tengo ningún Interés en verla —les había contestado—. Por otra parte, la he visto hace un rato. Empieza a envejecer y parece que no puede acostumbrarse a esa idea. El mismo Basin lo dice. ¡Vaya, lo comprendo! Como carece de inteligencia, es mala como una tiña y tiene malos modales, demasiado sabe que cuando ya no sea hermosa no le quedará nada”.

Yo me había puesto el sobretodo, lo que criticó el señor de Guermantes, que bajaba conmigo, porque temía los resfríos a causa del calor. Y la generación de nobles que ha pasado más o menos por monseñor Dupanloup habla un francés tan malo (excepto los Castellane) que el duque expresó así su pensamiento: “Mejor es no abrigarse antes de ir afuera, por lo menos en tesis general”. Vuelvo a ver toda esa salida; vuelvo a ver, si no es por error que lo ubico sobre esa escalera, retrato desprendido de su marco, al príncipe de Sagan, cuya velada mundana debió ser la última, descubriéndose para presentar sus homenajes a la duquesa, con tan amplia evolución del sombrero de copa en su mano enguantada de blanco, que hacía juego con la gardenia de su ojal, que uno se asombrara que no fuese un fieltro del antiguo régimen, ya que varios rostros ancestrales estaban exactamente reproducidos en el del gran señor. No quedó más que poco tiempo junto a ella, pero sus actitudes, aun por un instante, bastaban para componer todo un cuadro vivo y una escena histórica. Por otra parte, como desde aquel entonces murió y en vida apenas lo había visto, se convirtió hasta tal punto para mi en personaje de historia, de historia social por lo menos, que llego a asombrarme al

pensar que una mujer o un hombre que conozco sean su hermana y su sobrino.

Mientras bajábamos la escalera, la subía con un aspecto cansado, que le resultaba muy sentador, una mujer que aparentaba unos cuarenta años, aunque contase más. Era la princesa de Orvillers, hija natural, según se decía, del duque de Parma y cuya dulce voz escondía un vago acento austriaco. Se adelantaba, alta, inclinada, en un vestido de seda blanca floreada, dejando latir su delicioso busto, palpitante y cansada, tras un arnés de brillantes y zafiros. Y mientras sacudía la cabeza como una cabalgadura real a la que incomodara su cabestro de perlas de valor Inestimable e Incómodo peso, ella posaba aquí y allá sus miradas dulces y encantadoras, de un color azul que se hacía más acariciador a medida que comenzaba a gastarse y saludaba amistosamente con la cabeza a la mayor parte de los invitados. “—A buena hora llega usted, Paulina” —dijo la duquesa. “—¡Ah!, lo lamento tanto. Pero verdaderamente no ha habido posibilidad material”, contestó la princesa de Orvillers, a la que contagiara la duquesa de Guermantes ese tipo de frases, pero les agregaba su dulzura natural y el timbre de sinceridad dado por la energía de un acento ligeramente tudesco en una voz tan tierna. Parecía aludir a complicaciones de vida demasiado largas para ser contagiadas y no referirse vulgarmente a fiestas, aunque en ese momento volviese de varias. Pero no era por ellas por lo que volvía tan tarde. Como el príncipe de Guermantes había impedido a su mujer durante muchos años recibir a la señora de Orvillers, ésta, cuando se levantó el interdicto, se contentó respondiendo con simples tarjetas a las invitaciones, para no parecer afanosa. A/cabo de dos o tres años de

ese método, iba ella misma; pero muy tarde, como después del teatro. De esa manera aparentaba no tener ningún interés ni en ser vista ni en la velada, sino simplemente hacerles una visita al príncipe y a la princesa, nada más que por ellos, por simpatía, en momentos en que ya se habían ido las tres cuartas partes de los invitados y ella “gozaría más de ellos”.

“—Oriana, ha llegado verdaderamente al último extremo —gruñó la señora de Gallardon—. No entiendo cómo Basin la deja hablar con la señora de Orvillers. Eso no me lo hubiera permitido el señor de Gallardon”. En cuanto a mí, ya había reconocido en la señora de Orvillers a aquella mujer que en los alrededores de la casa de Guermantes echaba largas miradas lánguidas, se daba vueltas y se detenía ante los espejos de los negocios. La señora de Guermantes me presentó; la señora de Orvillers estuvo encantadora, ni muy amable ni muy picada. Me miró como a todos, con sus ojos dulces... Pero ya no debía recibir de ella, al encontrarla, ni una sola de esas insinuaciones con que parecía ofrecerse. Hay miradas especiales y que parecen reconocerlo a uno, que un joven no recibe de ciertas mujeres —y de ciertos hombres— más que el día en que lo conocen a uno y saben que es amigo de gente con la que también están vinculados.

Anunciaron que el coche estaba cerca. La señora de Guermantes recogió su pollera roja, como para bajar y subir al coche, pero sobrecogida quizás, por un remordimiento o por el deseo de causar placer y, sobre todo, aprovechar la brevedad que el impedimento material de prolongarlo imponía a un acto tan fastidioso, miró a la señora de Gallardon; luego, como si acabara de advertirla, inspirada, volvió a atravesar antes de bajar todo el largo del escalón y

le tendió la mano a su prima encantada. “—¡Cuánto tiempo!” le dijo la duquesa, que, para no tener que desarrollar todo lo que era de suponer contenía esa fórmula de arrepentimiento y de legítimas excusas, se volvió con aspecto espantado hacia el duque, que había bajado, en efecto, conmigo, hasta el coche y protestaba al ver que su mujer se había ido con la señora de Gallardon e interrumpía la circulación de los otros coches. “—Oriana, sin embargo, está todavía hermosa—dijo la señora de Gallardon—. Me divierte la gente cuando dicen que estamos distanciados; podemos, por motivos que no tenemos por qué explicar a los demás, permanecer años sin vernos, pero tenemos demasiados recuerdos comunes para separarnos nunca, y en el fondo bien sabe que me quiere tanto como a esa gente que ve todos los días y que no es de su rango”. La señora de Gallardon era, en efecto, como esos enamorados desdeñados que quieren a toda costa hacer creer que son más amados que los que sacrifica su preferida. Y (por los elogios que, sin temer la contradicción con lo que había dicho poco antes, prodigó al hablar de la duquesa de Guermentes) probó que ésta poseía a fondo las máximas que deben guiar a una gran elegante en su carrera, la que en el preciso momento en que su vestido más maravilloso excitaba admiración y envidia, debe saber atravesar toda una escalera para desarmarla. “—Tenga usted cuidado, por lo menos, de no mojar sus zapatos” (había caído una pequeña lluvia de tormenta), dijo el duque, que todavía estaba furioso por haber esperado.

Durante el regreso, a causa de la exigüidad del cupé, los zapatos rojos se encontraron forzosamente cerca de los míos, y la señora de Guermentes, temiendo que no los hubiesen tocado, dijo al

duque: “—Este joven se va a ver obligado a decirme como ya no sé qué caricatura: “Señora, dígame pronto que me quiere, pero no me pise los pies en esta forma”. Mi pensamiento, por otra parte, estaba bastante lejos de la señora de Guermantes. Desde que Saint-Loup me había hablado de una muchacha de excelente origen que iba a una casa de citas y de la mucama de la baronesa de Putbus, había concentrado en esas dos personas, como en un bloque, los deseos que cada día me inspiraban tantas bellezas de las dos clases; por una parte, las vulgares y magníficas, las majestuosas mucamas de casa rica, infladas de orgullo y que dicen “nosotros” al hablar de las duquesas; por otra parte, esas jóvenes de las que me bastaba a veces, aun sin haberlas visto pasar en coche o a pie, haber leído su nombre en la crónica de un baile para enamorarme de ellas, y al buscarlas concienzudamente en el anuario de los castillos donde veraneaban (equivocándome muy a menudo por un nombre similar), soñase por turno habitar las llanuras del Oeste, las dunas del Norte y los bosques de pinos del Mediodía. Pero, por más que fundiera la materia carnal más exquisita para componer, de acuerdo al ideal que me había trazado Saint-Loup, a la joven ligera y a la mucama de la señora de Putbus, les faltaba a mis dos bellezas poseíbles lo que ignoraría mientras no las hubiera visto: el carácter individual. Debía agotarme en vano tratando de imaginarme, durante los meses en que hubiese preferido una mucama, la de la señora de Putbus. Pero qué tranquilidad, después de estar perpetuamente turbado por mis deseos inquietos hacia tantos seres fugitivos cuyos nombres ni siquiera conocía, que en todo caso eran difíciles de hallar, más aún de conocer, imposibles quizás de conquistar, al haber extraído dos especímenes de selección con su

flecha característica, de entre toda esa belleza dispersa y anónima que estaba seguro podría procurarme cuando lo quisiera. Postergaba la hora de empezar ese doble placer, como la del trabajo; pero la certeza de tenerlo cuando quisiera me evitaba tomarlo, como esos sellos somníferos que basta tener al alcance de la mano para dormir sin necesitarlos. No deseaba en todo el universo más que a dos mujeres, cuyo rostro no podía llegar a representarme, pero cuyos nombres me había enseñado Saint-Loup y garantizado su complacencia. De tal manera que si con sus recientes palabras proporcionó un fuerte trabajo a mi imaginación, en cambio procuró un apreciable descanso y un reposo duradero a mi voluntad.

“—Y bueno —me dijo la duquesa—; ¿fuera de sus bailes no puedo serle útil de ninguna manera? ¿Ha encontrado un salón al que quisiera ser presentada?”. Le contesté que el único que me daba envidia era demasiado poco elegante para ella. “—¿Quién es?”, preguntó con voz ronca y amenazadora, casi sin abrir la boca. “—La baronesa Putbus”. Esta vez fingió un verdadero enojo. “—¡Ah, eso sí! Por ejemplo, creo que esta vez usted se burla de mí. Ni siquiera sé por qué casualidad conozco el nombre de ese camello. Pero resulta la hez de la sociedad. Es como si usted me pidiera que le presentara a mi mercera. Y menos aún, porque mi mercera es encantadora. Usted está algo loco, mi pobrecito. En todo caso, le pido por favor que sea cortés con la gente que le he presentado, que deje su tarjeta, que vaya a verlos y no les hable de esa baronesa Putbus que desconocen”. Pregunté si la señora de Orvillers no era algo ligera. “—¡Oh, no!, absolutamente, usted confunde; al contrario, sería tal vez gazmoña.

¿Verdad, Basin?” “—Sí; en todo caso, no creo que nunca haya podido decirse nada de ella”, dijo el duque.

“—¿No quiere acompañarnos al salón de baile? —me preguntó—. Le prestaría un manto veneciano, y conozco alguien a quien le daría un gusto tremendo; a Oriana primeramente, huelga decirlo, y a la princesa de Parma. Canta permanentemente sus alabanzas, no jura más que por usted. Usted tiene suerte —ya que es algo madura— que sea tan púdica. Sin eso lo habría elegido, ciertamente para chichisveo, como se decía en mi juventud, una especie de caballero sirviente”.

No tenía interés en el baile, sino en la cita con Albertina. Por eso rehusé. El coche se había detenido; el lacayo llamó a la puerta cochera; los caballos piafaron hasta que la abrieron de par en par y el coche avanzó por el patio. “—¡Hasta la vista!”, me dijo el duque. “—A veces he lamentado vivir tan cerca de María —me dijo la duquesa—, porque, a pesar de quererla mucho, no me gusta tanto verla. Pero nunca lamenté más esa proximidad que esta noche, porque me permite permanecer tan poco con usted”. “—Vamos, Oriana, nada de discursos”. La duquesa hubiera querido que entrase un instante en su casa. Se rió mucho, como el duque, cuando dije que no podía porque una joven debía precisamente visitarme ahora. “—¡Lindas horas para recibir visitas!”, me dijo ella.

“—Vamos, hijita, apurémonos —dijo el señor de Guermantes a su mujer—. Son las doce menos cuarto y el tiempo de disfrazarnos... Se topó, delante de la puerta severamente custodiada por ellas, con las dos señoras de bastón, que no habían temido bajar nocturnamente de su cima con el objeto de impedir un escándalo. “—Basin, hemos

querido avisarle, temiendo que llegaran a verlo en ese baile: el pobre Amanien acaba de morir, hace una hora”. El duque se alarmó por un instante. Vela que se le desmoronaba el famoso baile, puesto que esas malditas montañesas le comunicaban la muerte del señor de Osmond. Pero se repuso muy pronto y lanzó a las dos primas esa palabra en que hacía caber su decisión de no renunciar a un placer y su incapacidad de asimilar exactamente los giros del idioma francés: “¡Está muerto! No. ¡Exageran, exageran!” Y sin preocuparse más de las dos parientas que, enarbolando sus *alpenstocks*, iban a realizar la ascensión en la noche, se precipitó en busca de noticias, interrogando a su mucamo:

“—¿Ha llegado mi casco?” “—Sí, señor duque”. “Tendrá algún agujerito para respirar. No tengo ganas de asfixiarme, ¡qué demonios!” “—Sí, señor duque”. “—¡Ah, trueno de Dios! Es una noche maldita. Oriana, me olvidé de preguntarle a Rabal si los borceguíes eran para usted”. “—Pero, hijo, ya que el modista de la Ópera Cómica está aquí, nos lo dirá. No creo qué haga juego con sus espuelas”. “—Vamos a buscar al modista —dijo el duque—. ¡Adiós, hijito! Yo le diría que se quedara con nosotros mientras probamos, para divertirlo. Pero charlaríamos, va a ser medianoche y no tenemos que llegar tarde para que la fiesta sea completa”. Yo también estaba apurado por dejar al señor de Guermentes y su señora. “*Fedra*” terminaba a eso de las once y media. Calculando el tiempo de llegar, Albertina ya debía estar en casa. Fui derecho a Francisca: “—¿La señorita Albertina está?” “—No ha venido nadie”.

¡Dios mío, eso quería decir que no llegaría nadie! Estaba atormentado; la visita de Albertina me parecía mucho más deseable ahora que se hacía menos segura.

Francisca también estaba fastidiada, pero por un motivo muy distinto. Acababa de instalar a su hija en la mesa para una comida succulenta. Pero, al oírme llegar, viendo que no le alcanzaba el tiempo para levantar los platos y disponer aguja e hilo, como si se tratara de una labor y no de una cena: “Acaba de tomar una cucharada de sopa —me dijo Francisca—; la obligué a chupar unos huesos”, para reducir casi a la nada la cena de su hija y como si resultara culpable de que fuese copiosa. Aun durante el almuerzo o la cena, si cometía la torpeza de entrar en la cocina, Francisca hacía como si recién terminaran y se disculpaba diciendo: “—Había querido comer un *pedazo* o un *bocado*”. Pero uno se tranquilizaba pronto al ver la cantidad de platos que cubrían la mesa y que Francisca, sorprendida por mi súbita llegada, no había tenido tiempo de hacer desaparecer. Luego agregó: “—Vamos, ve a acostarte; has trabajado bastante por hoy (porque quería que su hija pareciese no costarnos nada, viviera de privaciones y, además, se matara de trabajo por nosotros). No haces más que estorbar en la cocina y sobre todo molestas al señor, que espera visitas. Vamos, sube”, como si se viera obligada a usar su autoridad para mandar acostar a su hija, la cual, ya que había fracasado la comida, permanecía inútilmente, y de haberme quedado cinco minutos más, se hubiera ido por sí misma. Y volviéndose hacia mí, con ese hermoso francés popular y sin embargo un poco individual que era el suyo: “—El señor no ve que las ganas de dormir le cortan la cara”. Me había encantado no tener que conversar con la hija de Francisca.

He dicho que provenía de una región que era muy próxima a la de mi madre y sin embargo diferente por la naturaleza del terreno, los cultivos, el dialecto y especialmente por algunas particularidades de los habitantes. Así la “carnicera” y la sobrina de Francisca se llevaban muy mal, pero tenían esa común particularidad —cuando iban a hacer una diligencia— de perder horas enteras “en casa de la hermana” o “en casa de la prima”, ya que ellas mismas eran incapaces de concluir una conversación, conversación en el curso de la cual el motivo que las había hecho salir se desvanecía al punto que si uno les decía al regreso: “—Y bien: ¿el marqués de Norpois estará visible a las seis y cuarto?, ni siquiera se golpeaban la frente diciendo: “¡Ah, me olvidé!”, sino: “—¡Ah!, no comprendí que el señor me había pedido eso; creí solamente que había que saludarlo”. Si perdían la cabeza de tal modo por algo que se les había dicho una hora antes, en cambio era imposible sacarles de la cabeza lo que oyeran decir a la hermana o a la prima. De manera que si la carnicera oyera que los ingleses guerrearon con nosotros en el 70 al mismo tiempo que los prusianos, y por más que yo les explicara que no era así, cada tres semanas la carnicera me repetía durante una conversación: “—Es por culpa de esa guerra con los ingleses en el 70 al mismo tiempo que los prusianos”. “Pero le he dicho cien veces que se equivoca”. Ella contestaba, lo que ponía de relieve que nada había mudado su convicción: “—De cualquier manera, no es un motivo para guardarles rencor. Desde el 70 ha corrido bastante agua bajo los puentes, etc.”. Otra vez, preconizando una guerra con Inglaterra que yo desaprobaba, ella decía: “Claro que siempre es mejor que no haya guerra; pero, si es necesario tanto da ir enseguida. Como lo explicó hace poco la

hermana, desde esa guerra que nos hicieron los ingleses en el 70, los tratados de comercio nos arruinan. Después que los hayamos derrotado, no dejaremos entrar en Francia a un solo inglés sin pagar trescientos francos de entrada, como nosotros ahora para ir a Inglaterra”.

Fuera de mucha honradez y, cuando hablaban, de una sorda obstinación en no dejarse interrumpir, volviendo a empezar veinte veces donde estaban al cortárseles las palabras, lo que acabó por dar a sus propósitos la solidez inquebrantable de una fuga de Bach, tal era el carácter de los habitantes en esa pequeña región, que no alcanzaban a quinientos, rodeados por sus castaños, sus sauces, sus campos de papas y de remolachas.

La hija de Francisca, por el contrario, hablaba en argot parisiense, creyéndose una mujer del día y salida de los senderos demasiado antiguos, y no dejaba a un lado ninguna de las bromas accesorias. Como Francisca le había dicho que yo volvía de casa de una princesa: “—¡Ah, sin duda una princesa a la nuez de coco”. Y viendo que yo esperaba una visita, aparentó creer que yo me llamaba Carlos. Le contesté cándidamente que no, lo que le permitió colocar: “—¡Ah, creía! Yo, ya me decía: “Carlos espera”.¹⁰ No era de muy buen gusto. Pero me sentí menos indiferente cuando, a modo de consuelo por el atraso de Albertina, me dijo: “—Creo que puede esperarla a perpetuidad. No vendrá. ¡Ah, las gigolettes del día!”.

Su modo de hablar era, pues, distinto al de su madre; pero lo más curioso es que el habla de su madre no era la misma de su abuela, nativa de Bailleau-le-Pin, tan próximo al pueblo de Francisca. Sin embargo, los dos dialectos eran ligeramente distintos, como los dos

paisajes. El pueblo de la madre de Francisca bajaba en pendiente hasta una quebrada y estaba poblado de sauces. Y muy lejos, al contrario, había en Francia una pequeña región donde se hablaba casi el mismo dialecto de Méséglise. Hice el descubrimiento al mismo tiempo que experimentaba su fastidio. En efecto, encontré una vez a Francisca de gran conversación con una mucama de la casa que era de esa región y hablaba su dialecto. Casi se entendían, y yo no las comprendía casi para nada, lo sabían ellas, y no por eso dejaban de hablar, disculpadas, según creían, por la alegría de ser conterráneas, aunque hubieran nacido tan lejos una de otra, y continuaban hablando delante de mi ese idioma extranjero, como cuando uno no quiere que lo entiendan. Esos pintorescos estudios de geografía lingüística y de camaradería entre sirvientas prosiguieron cada semana en la cocina sin que yo hallara en ello ningún placer.

Cada vez que se abría la puerta cochera, la portera oprimía un botón eléctrico que iluminaba la escalera, y como ya no había inquilino que no hubiese vuelto, dejé inmediatamente la cocina y volví a sentarme en la antecámara, espiando por donde el cortinado un poco angosto no cubría del todo la puerta de vidrios de nuestro departamento y dejaba pasar la oscura raya vertical que producía la semioscuridad de la escalera. Si de golpe esa raya se ponía rubia dorada, es que Albertina acababa de entrar y estaría a los dos minutos junto a mí; ya no podía venir nadie a estas horas. Y yo me quedaba sin poder despegar los ojos de la raya que se obstinaba en seguir siendo oscura; me inclinaba por completo para estar seguro de ver bien; pero, por más que mirara, el negro trazo vertical, a pesar de mi apasionado deseo, no me daba la alegría embriagadora que hubiese

tenido al verlo trocado por un encantamiento súbito y significativo en un luminoso barrote de oro. Era bastante inquietud por esa Albertina en la que no había pensado siquiera tres minutos durante la velada de los Guermantes. Pero al despertar los sentimientos de espera sufridos antes con motivo de otras muchachas, especialmente cuando Gilberta tardaba, la posible privación de un simple placer físico me causaba un cruel sufrimiento moral.

Tuve que entrar en mi cuarto. Francisca me siguió. Le parecía que, como ya había vuelto de la velada, era inútil que conservase la rosa que tenía en el ojal y vino para sacármela. Su gesto, al recordarme que posiblemente no viniese Albertina y al obligarme a confesar de ese modo que deseaba estar elegante por ella, me causó una irritación que se duplicó porque, al desprenderme violentamente, estrujé la flor y Francisca me dijo: “—Mejor habérmela dejado quitar antes que estropearla así”.

Por otra parte, me crispaban sus menores palabras. En la espera, uno sufre tanto la ausencia de lo que desea, que no puede soportar otra presencia.

Una vez que Francisca salió del cuarto, pensé que si había llegado ahora a tener coquetería frente a Albertina, era muy fastidioso que me hubiese exhibido ante ella tantas veces mal afeitado, con una barba de varios días, las noches en que la dejaba venir para reanudar nuestras caricias. Yo advertía que me dejaba solo, sin preocuparme de mí. Para embellecer un poco mi cuarto, si Albertina llegara a venir y porque era una de las cosas más hermosas que tenía, volví a colocar por primera vez en años, sobre la mesa próxima a mi cama, esa cartera adornada con turquesas que me había encargado Gilberta para

envolver la plaqueta de Bergotte y que quise conservar conmigo tanto tiempo mientras dormía, al lado de la bolita de ágata. Por otra parte, y quizás tanto como Albertina, no llegada aún, su presencia en ese momento en un “otra parte” que le pareciera evidentemente más agradable y que no conocía, me provocaba un sentimiento doloroso que, a pesar de lo que dijera hacía apenas una hora a Swann acerca de mi incapacidad de celos, pudo cambiarse, si hubiese visto a mi amiga con intervalos menos alejados, en una ansiosa necesidad de saber dónde y con quién pasaba el tiempo. No me atrevía a llamar a casa de Albertina, porque era demasiado tarde, pero en la esperanza de que al cenar, quizás, con algunas amigas en un café, se le ocurriese telefonarme, giré el conmutador y, restableciendo la comunicación en mi cuarto, la corté entre la estación y el departamento del portero, con el que estaba habitualmente conectado a esa hora. Tener un receptor en el pequeño corredor al que daba el cuarto de Francisca hubiese sido más simple y menos incómodo, pero inútil. Los progresos de la civilización permiten a cada cual manifestar cualidades insospechadas o nuevos vicios que los hacen más queridos o más insoportables a sus amigos. Así es como el invento de Edison¹¹ había permitido a Francisca adquirir un nuevo defecto que consistía en rechazar el uso del teléfono por útil o urgente que fuese. Encontraba modo de huir cuando uno quería hacérselo saber, como otros al momento de vacunarse. Por eso el teléfono estaba colocado en mi cuarto, y para que no molestase a mis padres, se había reemplazado su campanilla por un simple ruido de chicharra. De miedo a no oírlo, ya no me moví. Mi inmovilidad era tal que, por primera vez durante meses, noté el tic-tac del reloj. Francisca vino a arreglar cosas. Charlaba

conmigo, pero yo odiaba esa conversación bajo cuya continuidad uniformemente banal mis sentimientos cambiaban minuto a minuto, pasando del temor a la ansiedad y de la ansiedad a la completa desilusión. Distinto a las palabras vagamente satisfechas que me creía obligado a dirigirle, sentía que mi rostro era tan desgraciado que pretendí sufrir de reumatismo para explicar el desacuerdo entre mi simulada indiferencia y esa expresión dolorosa; además, temía que las palabras pronunciadas a media voz por Francisca (no a causa de Albertina, porque ella estimaba pasada hacía rato la hora de su posible llegada) me pusiesen en peligro de no oír el llamado salvador que ya no llegaría. Por fin Francisca se fue a acostar; la despaché con una dulzura ruda, para que el ruido que hiciese, al irse no cubriera el del teléfono. Empecé a escuchar de nuevo y a sufrir; cuando escuchamos, desde la oreja que recoge los ruidos al espíritu que los despoja y analiza, y del espíritu al corazón a quien trasmite sus resultados, el doble trayecto es tan rápido que ni siquiera podemos percibir su duración y parece que escucháramos directamente con nuestro corazón.

Me torturaba el regreso incesante del deseo, siempre más ansioso y nunca cumplido, de un ruido de llamada; llegado al punto culminante de una atormentada ascensión por las espirales de mi angustia solitaria, desde el fondo del París popular y nocturno aproximado de pronto hasta mi, al lado de mi biblioteca, oí de golpe, mecánico y sublime, como el pañuelo agitado de Tristán o el caramillo del pastor, el ruido de trompo del teléfono. Me abalancé; era Albertina. “—¿No lo molesto, telefoneándole a estas horas?” “—¡Pero no! —dije comprimiendo mi alegría, porque lo que decía de la hora

indebida era, sin duda, para disculparse por llegar tan tarde dentro de un momento y no porque no pensara venir. “—¿Va a venir?”, pregunté con un tono indiferente. “—No, si no me necesita absolutamente”.

Una parte de mi a la cual quería reunirse la otra, estaba en Albertina. Tenía que venir, pero no se lo dije de primera intención; como estábamos conectados, pensé que a último momento podría de cualquier manera obligarla a venir a mi casa o ir ya a la de ella. “—Si, estoy cerca de casa —dijo— e infinitamente lejos de la suya; no leí bien su carta. Acabo de encontrarla y temí que me esperara”. Me daba cuenta de que me mentía, y ahora era por indignación, más aún por necesidad de molestarla que de verla, que deseaba obligarla a venir. Necesitaba ante todo rechazar lo que trataría de obtener dentro de algunos instantes. ¿Pero dónde estaba? Se mezclaban otros sonidos con sus palabras: la bocina de un ciclista, la voz de urca mujer que cantaba, una charanga lejana, resonaban tan claramente como la voz querida, como para indicarme que era en verdad Albertina en su medio actual la que estaba cerca en ese momento, como una mota de tierra junto con la cual se han arrancado todas las gramíneas que la rodean. Los mismos ruidos que oía herían también sus oídos y molestaban su atención: detalles de verdad, extraños al tema, inútiles por si mismos, tanto más necesarios para revelarnos la evidencia del milagro: rasgos sobrios y encantadores, descriptivos de alguna calle de París, rasgos punzantes también y crueles de una balada desconocida que al salir de *Fedra* impidieron que Albertina viniera a mi casa. “—Empiezo por advertirle que no es para que venga, porque a estas horas me molestaría mucho... —le dije—; me caigo de sueño. Además, mil complicaciones. Quiero recalcarle que en mi carta no

había posibilidad de confusiones. Me contestó que quedaba convenido. Entonces, ¿si no había entendido, qué entendió?” “—He dicho que quedaba convenido, sólo que no recordaba bien lo que habíamos convenido. Pero veo que usted está enojado, y lo lamento. Lamento haber ido a ver *Fedra*. Si hubiera sabido que eso causaría tantos trastornos..., agregé como todos los que pecan por algo y simulan que no les reprocha otra cosa. “—*Fedra* nada tiene que ver con mi fastidio, puesto que yo mismo le pedí que fuera”. “—Entonces usted me guarda rencor... Es una lástima que ahora sea muy tarde, si no, iría a su casa; pero iré mañana o pasado mañana, para disculparme”. “—¡Oh, no, Albertina!, Albertina, se lo ruego. Después de haberme hecho perder una noche, déjeme por lo menos tranquilidad para los días siguientes. No estaré libre antes de unos quince días o tres semanas. Escuche: si no le gusta que nos quedemos bajo una impresión de enojo —y en el fondo, quizás usted tenga razón—, entonces prefiero, fatiga por fatiga, ya que la esperé hasta esta hora y que usted todavía está afuera, que venga enseguida. Tomaré café para despertarme”. “—¿No sería posible aplazarlo hasta mañana? Porque la dificultad...” Al oír esas palabras de disculpa, pronunciadas como si no fuese a venir, sentí que al deseo de volver a ver la cara aterciopelada que ya en Balbec dirigía todos mis días hacia el momento en que estaría junto a esta flor rosada, frente al mar color malva de septiembre, trataba de unirse, dolorosamente, un elemento muy distinto. Esa terrible necesidad de un ser había aprendido a conocerla en Combray con mi madre y hasta a desear la muerte si me hacía decir con Francisca que no podía subir. Ese esfuerzo del antiguo sentimiento para combinarse y no formar sino un elemento único

con el otro más reciente y que en cuanto a él no tenía otro objetivo voluptuoso más que la superficie coloreada, la rosada carnadura de una flor de playa; ese esfuerzo no llega a menudo más que a producir (en el sentido químico) un cuerpo nuevo, que puede no durar sino unos instantes. Esa noche por lo menos, y por mucho tiempo más, los dos elementos quedaron separados. Pero ya en las últimas palabras oídas por teléfono comencé a comprender que la Vida de Albertina estaba situada (no materialmente, sin duda) a tal distancia de mí, que necesitaría siempre cansadoras exploraciones para alcanzarla; pero, además, organizada como fortificaciones de campaña y, para más seguridad, de aquella especie que luego se acostumbra a llamar *camufladas*. Por otro lado, Albertina formaba parte en un grado más alto de la sociedad, de ese género de personas a quienes la portera promete a nuestro mensajero entregar la carta cuando vuelva, hasta el día en que usted advierte que es ella precisamente, la portera la persona encontrada afuera y a la que usted se permitió escribir. De tal manera que es cierto que habita la vivienda que le ha indicado, pero en la portería (domicilio, por otra parte, que constituye una pequeña casa de citas cuya portera es la regente) y la dirección que da es un edificio donde la conocen cómplices que no revelarán su secreto, de donde le harán llegar las cartas tuyas, pero donde no vive y donde, a lo sumo, dejó algunas cosas. Existencias dispuestas en cinco o seis líneas de repliegue, de suerte que cuando uno quiere ver a esa mujer o saber algo, ha llegado a golpear demasiado a la derecha, o demasiado a la izquierda, o demasiado adelante o demasiado atrás, y durante años puede ignorarlo todo. En cuanto a Albertina, yo sabía que nunca habría nada; que entre la multiplicidad arrevesada de los detalles

verdaderos y de los hechos falsos, nunca podría llegar a ver con claridad. Y que siempre sería así, a menos de ponerla en la cárcel (pero uno se escapa), hasta el final. Esa noche tal convicción no me atravesó sino con inquietud, pero en la que sentí estremecerse algo así como una anticipación de largos sufrimientos.

“—Pero, no —contesté yo—; ya le dije que no estaré libre antes de tres semanas; mañana igual que otros días”. “—Bien; entonces voy a ir a paso redoblado... Es fastidioso porque estoy en casa de una amiga que...” Advertí que ella no creyó que aceptaría su propuesta de venir, la que no era, pues, sincera, y quise ponerla entre la espada y la pared. “—¿Qué quiere que me interese su amiga? Venga o no venga, es asunto suyo. Yo no se lo pido; es usted quien me lo propuso”. “—No se enoje tomo un coche y dentro de diez minutos estaré en su casa”. Así, desde ese París de las profundidades nocturnas del que ya había emanado hasta mi cuarto una voz que iba a surgir y aparecer, midiendo el radio de acción de un ser lejano, después de esa primera anunciación, era esa Albertina que había conocido antaño bajo el cielo de Balbec, cuando al poner el cubierto, los mozos del Gran Hotel se enceguecían por la luz del poniente, los ventanales estaban abiertos por completo y los soplos imperceptibles de la noche llegaban libremente, desde la playa donde se demoraban los últimos paseantes, al inmenso comedor donde aún no se habían sentado los primeros comensales, y por el espejo colocado detrás del mostrador pasaba el reflejo rojo del ocaso por mucho tiempo y se alargaba el reflejo gris del humo del último barco que salía para Rivebelle. Ya no me preguntaba lo que habría podido atrasar a Albertina, y cuando Francisca entró en mi cuarto para decirme: “La señorita Albertina

está aquí”, contesté sin siquiera mover la cabeza, sólo por simulación: “—¡Cómo la señorita Albertina llega tan tarde!” Pero, levantando los ojos sobre Francisca, como curioso de su respuesta que debía corroborar la aparente sinceridad de mi pregunta, advertí con furor y admiración que, capaz de rivalizar aún con la Berma en el arte de hacer hablar a los trajes inanimados y los rasgos del rostro, Francisca supo aleccionar su corpiño y sus cabellos, de los cuales los más canosos habían sido traídos a la superficie y exhibidos como una partida de nacimiento, hasta su cuello encorvado por el cansancio y la obediencia. Ellos la compadecían por haber sido arrancada al sueño y al trasudor de la cama, a su edad, en medio de la noche, y obligada a vestirse rápidamente a riesgo de atrapar una pulmonía. Por eso, temiendo parecer que me disculpaba por la llegada tardía de Albertina: “—En todo caso, me alegro mucho de que haya llegado; todo está perfectamente”, y dejé brotar mi profunda alegría. No quedó mucho tiempo para cuando oí la respuesta de Francisca. Esta, sin proferir una queja, simulando qué ahogaba aún una tos irresistible y cruzando solamente su mantilla como si tuviese frío, empezó a contarme todo lo que le había dicho a Albertina, sin dejar de pedirle noticias de su tía. “—Justamente le decía que el señor debía temer que ya la señorita no llegase, porque no es hora de venir; pronto va a ser de día. Pero debió estar en lugares donde se divertía, porque ni siquiera me dijo que la contrariaba haberlo hecho esperar: me contestó como si se le importara un ardite de todo: “Más vale tarde que nunca”. Y Francisca agregó estas palabras que me punzaron el corazón: “—Al hablar así se traicionó. Hubiera querido quizás esconderse, pero...””.

No tenía motivos de asombrarme mucho. Acabo de decir que Francisca, cuando se le confiaba algún encargo, se extendía de muy buena gana sobre cuanto había dicho, pero muy raras veces daba cuenta espontáneamente de la respuesta esperada. Si por excepción le repetía a uno las palabras que habían dicho nuestros amigos, por breves que fuesen, se las arreglaba en general para, llegado el caso, gracias a la expresión y al tono con que aseguraba las habían acompañado, comunicarles algo hiriente. A lo sumo aceptaba haber soportado una vejación de algún proveedor a cuya casa la hubiésemos mandado, por otra parte probablemente imaginaria, con tal de que esa vejación, al dirigirse a ella, que nos representaba, nos alcanzase de rebote. No quedaba sino contestarle que había comprendido mal, que estaba atacada de delirio de persecución y que todos los comerciantes no estaban coligados contra ella. Por otra parte, poco me importaban sus sentimientos. No sucedía lo mismo con los de Albertina. Y al volver a decirme esas palabras irónicas: “Más vale tarde que nunca”, Francisca me evocó enseguida los amigos en cuya compañía terminara Albertina la velada, complaciéndose en ello, por lo visto, más que con la mía. “—Es cómica; tiene un sombrero chato, y con esos ojos grandes, le da un aspecto extraño; sobre todo con ese tapado, que haría mejor en mandar a la zurcidora, porque está completamente apolillado. Me divierte”, agregó, como burlándose de Albertina, Francisca, que compartía rara vez mis impresiones pero experimentaba la necesidad de hacer conocer las suyas. Ni siquiera quería aparentar que yo había comprendido y que esa risa significaba el desdén por la burla; pero, para devolver golpe por golpe, contesté a Francisca, aunque no conociese el sombrero chato de que hablaba:

“—Lo que usted llama sombrero chato es algo sencillamente encantador...” “—Es decir, que es tres veces nada”, dijo Francisca, expresando, sin rodeos esta vez su verdadero desprecio. Entonces (con un tono suave y lento para que mi respuesta mentirosa pareciera la expresión no de mi enojo, sino de la verdad), sin perder tiempo, para no demorar a Albertina, dirigí estas crueles palabras a Francisca: “—Es usted excelente —le dije en tono meloso—, es usted amable, tiene mil cualidades, pero está en el mismo punto que el día de su llegada a París, tanto para conocer cosas del vestir como para pronunciar bien las palabras y no incurrir en vicios de pronunciación”. Y el reproche era particularmente estúpido, porque esas palabras francesas que nos enorgullecen tanto no son otra cosa que vicios de pronunciación producidos por bocas galas que pronunciaban equivocadamente el latín o el sajón, ya que nuestra lengua no es más que la pronunciación defectuosa de otras.

El genio lingüístico en estado vivo, el porvenir y el pasado del francés, he aquí lo que debía haberme interesado en los errores de Francisca. La “azurcidora” por la “zurcidora” ¿no era acaso tan curioso como esos animales sobrevivientes de las épocas lejanas, como la h, llena o la jirafa, que nos indican las etapas que atravesó la vida animal? “—Y —agregué—, desde el momento que no ha podido aprender en tantos años, ya no aprenderá más. Puede usted consolarse; eso no le impide ser una muy buena persona, cocinar perfectamente la galantina de buey y mil cosas más. El sombrero que usted cree sencillo ha sido copiado de un sombrero de la princesa de Guermantes, que costó quinientos francos. Por otra parte, le pienso regalar próximamente uno más lindo todavía a la señorita Albertina”.

Yo sabía que lo que más podía molestar a Francisca era que gastase dinero en gente a quien ella no quería. Me contestó con algunas palabras que se hicieron poco audibles por el brusco jadeo. Cuando supe más tarde que tenía una enfermedad del corazón, tuve muchos remordimientos por no haberme privado nunca del placer feroz y estéril de contestar así a sus palabras. Francisca, por otra parte, detestaba a Albertina porque, como era pobre, no podía aumentar lo que Francisca consideraba mi superioridad. Sonreía con benevolencia cada vez que me invitaba la señora de Villeparisis; en cambio, se indignaba porque Albertina no practicaba esa reciprocidad. Yo había llegado al extremo de tener que inventar supuestos regalos de ésta, a cuya existencia Francisca no prestó jamás la menor fe. Esa falta de reciprocidad le chocaba sobre todo en materia alimenticia. El hecho de que Albertina aceptase las comidas de mamá, si no estábamos invitados a casa de la señora de Bontemps (la que, sin embargo, no vivía en París la mitad del tiempo, ya que su marido aceptaba “puestos” como antes cuando le fastidiaba el ministerio), le parecía por parte de mi amiga una falta de delicadeza que fustigaba indirectamente recitando esta conseja corriente en Combray:

Comamos mi pan.

—*Ya lo creo.*

Comamos tu pan.

—*Ya no tengo hambre.*

Hice como que me vela obligado a escribir. “—A quién escribía usted?”, inquirió Albertina al entrar. “—A una linda amiga

mía, a Gilberta Swann. ¿No la conoce?” “—No”. Renuncié a plantearle preguntas a Albertina sobre su velada, pues advertí que le haría reproches y que ya no tendríamos tiempo, dada la hora, de reconciliarnos lo suficiente como para pasar a los besos y a las caricias. Por eso quise comenzar por ellos desde el primer minuto. Por otra parte; si estaba algo calmado, no me sentía feliz. La pérdida de toda brújula, de toda dirección, que caracteriza a la espera, persiste después de la llegada del ser a quien aguardamos, se sustituye en nosotros a la tranquilidad a cuyo favor nos imaginábamos con tanto placer su llegada y nos impide gustar alguno. Albertina estaba ahí: mis nervios destrozados continuaban su tensión y la seguían esperando. “—Quiero un buen beso, Albertina”. “Tantos como quiera”, me dijo ella con toda su bondad. Nunca la había visto tan linda. “—¿Uno más?” “—Pero bien sabe que me causa un placer muy, muy grande”. “—Y a mí, todavía mucho más”, me contestó. “—¡Oh, qué linda cartera tiene usted ahí!” “—Consérvela, se la regalo como recuerdo”. “—Usted es demasiado amable...”. Uno se curará para siempre de lo romántico si quisiera, pensando en la que ama, tratar de ser el que será cuando ya no la ame. La cartera, la bolita de ágata de Gilberta, todo eso no recibía antes su importancia más que de un estado puramente inferior; ya que ahora era para mí una cartera o una bolita cualesquiera. Le pregunté a Albertina si quería beber. —Me parece que ahí veo naranjas y agua —me dijo—. Será perfecto”. Pude gustar así, junto con sus besos, esa frescura que me parecía superior a ellos, en casa de la princesa de Guermantes. Y la naranja exprimida en el agua parecía entregarme, a medida que yo bebía la vida secreta de su maduración, su acción feliz contra ciertos estados de ese cuerpo

humano que pertenece a un reino tan distinto, su impotencia para hacerlo vivir; pero, en cambio, los juegos de riego por donde podía serle favorable y cien misterios revelados por la fruta a mi sensación, de ninguna manera a mi inteligencia.

Cuando se fue Albertina recordé que le había prometido a Swann escribir a Gilberta, y me pareció más amable hacerlo enseguida. Sin emoción, y como si anotara el último renglón de un aburrido deber de clase, escribí en el sobre el nombre de Gilberta Swann con el que antes cubría mis cuadernos para imaginarme que nos escribíamos. Es que, si antaño yo escribía ese nombre, ahora la tarea había sido confiada por la costumbre a uno de los numerosos secretarios que ésta se adjudica. Éste podía escribir el nombre de Gilberta con tanta más calma cuanto que, colocado por la costumbre, recientemente entrado a mi servicio, no había conocido a Gilberta y sólo sabía, sin ubicar ninguna realidad bajo esas palabras, que era una joven de la que yo había estado enamorado, porque me oyerá hablar de ella.

No podía acusarlo de avidez. El ser que estaba ahora frente a ella era el testigo; el mejor elegido para comprender lo que había sido: la cartera, la bolita de ágata, simplemente se habían convertido para mí, con respecto a Albertina, en lo que habían sido para Gilberta y lo que serían para todo ser que no reflejara en ellos una llama interior. Pero ahora había en mí una nueva turbación que alteraba a su vez el poder verdadero de las cosas y de las palabras. Y como Albertina me dijese aún, para agradecerme: “—¡Me gustan tanto las turquesas!”, le contesté: “—No las deje morir”, confiándoles así como a piedras el porvenir de nuestra amistad que, sin embargo, no era más capaz

de inspirar un sentimiento a Albertina de lo que había sido para conservar el que me unía antes a Gilberta.

Se produjo en esa época un fenómeno que no merece ser mencionado más que porque sé encuentra en todos los períodos importantes de la historia. En el mismo momento en que yo escribía a Gilberta, el señor de Guermites, apenas de vuelta del baile, todavía cubierto por su casco, pensaba que al día siguiente se vería obligado a estar oficialmente de luto, y decidió adelantar en ocho días su cura de aguas. Cuando volvió tres semanas después (y para anticiparme, ya que acabo de terminar solamente mi carta a Gilberta), los amigos del duque que lo habían visto, tan indiferente al principio, convertirse en un antidreyfusista furibundo, enmudecieron de sorpresa al oírlo (como si la cura no hubiese obrado sólo sobre la vejiga): “—Y bueno, el proceso será revisado y lo absolverán, no se puede condenar a un hombre contra el que no hay nada concreto. ¿Ha visto jamás a un viejo más chocho que Forcheville? Un oficial que prepara a los franceses para la carnicería, es decir, para la guerra. Extraña época.” —Y en el intervalo, el duque de Guermites había conocido en las termas a tres damas encantadoras (una princesa italiana y sus dos cuñadas). Al oírles algunas palabras sobre los libros que leían, sobre una pieza que representaban en el Casino, el duque había comprendido que tenía que habérselas con mujeres de una intelectualidad superior y frente a las cuales, según él, no era bastante fuerte. Eso lo hizo más feliz cuando la princesa lo invitó a jugar al bridge. Pero apenas estuvo con ellas, al decirles, en el fervor de su antidreyfusismo sin matices: “—Y bueno, ya no nos hablan de la revisión del famoso Dreyfus”, grande había sido su estupor al oír

que la princesa y sus hermosas cuñadas respondían: “Nunca se estuvo más cerca. No se puede mantener en presidio al que no ha hecho nada”. “—¿Ah? ¿Ah?”, había balbuceado primeramente el duque, como descubriendo un sobrenombre grotesco que se usara en esa casa para ridiculizar a alguien que hasta ese momento creyera inteligente. Pero al cabo de algunos días, como por cobardía y espíritu de imitación, uno grita: “—¡Vamos, Jojotte”, sin saber por qué, a un gran artista al que así se oye llamar en esa casa, el duque, todavía muy molesto por la nueva costumbre, decía, sin embargo: “—En efecto, no hay nada en su contra”. Las tres encantadoras damas suponían que no progresaba bastante ligero y lo maltrataban un poco: “—Pero, en el fondo, ninguna persona inteligente pudo creer que hubiese algo”. Cada vez que un hecho “aplastante” se producía contra Dreyfus y el duque lo anunciaba creyendo que convertiría con eso a las tres damas encantadoras, ellas se reían mucho y no tenían ninguna dificultad, con gran finura de dialéctica, en demostrarle que el argumento no tenía valor y era completamente ridículo. El duque había regresado a París hecho un dreyfusista rabioso. Y es cierto que en este caso no pretendemos que las tres damas encantadoras no hayan sido mensajeras de verdad. Pero hay que notar que cada diez años, cuando se deja a un hombre lleno de una verdadera convicción, sucede que una pareja inteligente o una sola dama encantadora entran en su intimidad y al cabo de algunos meses lo llevan a una opinión contraria. Y en ese punto muchos países se conducen como ese hombre sincero, muchos países que uno ha dejado llenos de odio por un pueblo y seis meses después han mudado su sentimiento y roto sus alianzas.

No vi por algún tiempo a Albertina, pero continué, a falta de la señora de Guermantes, que no se dirigía más a mi imaginación, viendo otras hadas y sus viviendas, tan inseparables de ellas como del molusco la valva de nácar o esmalte o la torrecilla con troneras de su caparazón. No hubiera podido clasificar a esas damas, ya que la dificultad del problema era tan insignificante e imposible no sólo de resolver, sino de plantear. Antes que la dama debía abordarse el edificio mágico. Una recibía siempre después de almorzar, durante los meses estivales, y antes de llegar a su casa había que bajar la capota del coche, a tal punto daba con fuerza el sol, cuyo recuerdo, sin advertirlo, iba a entrar en la impresión total. Creía ir solamente al Cours-la-Reine; en realidad, antes de llegar a la reunión de las que quizás se hubiese burlado un hombre práctico, sentía un deslumbramiento como en un viaje a través de Italia, y delicias de las que nunca separaría el edificio en mi memoria. Además, por el calor de la estación y de la hora, la dama había clausurado herméticamente las celosías de los vastos salones rectangulares de la planta baja donde recibía. Ante todo, yo reconocía con dificultad a la dueña de casa y sus visitantes, aun a la duquesa de Guermantes, que con su voz ronca me pedía que fuese a sentarme junto a ella en un sillón de Beauvais que representaba el rapto de Europa. Y distinguía sobre los muros las vastas tapicerías del siglo XVIII que representaban navíos con mástiles florecidos de malvas rosas, bajo los cuales me encontraba como en el palacio no del Sena, sino de Neptuno, al borde del océano en que la duquesa de Guermantes se convertía en algo así como una divinidad de las aguas. No terminaría nunca si enumerase todos los salones distintos a ése. Basta este ejemplo para mostrar que hacía entrar en mis juicios

mundanos impresiones poéticas que nunca tenía en cuenta en el momento de sumar, tanto que, al calcular los méritos de un salón, mi suma no salía nunca exacta.

Es verdad que esos motivos de errores no eran los únicos, ni mucho menos, pero no tengo tiempo de iniciar antes de mi partida para Balbec (donde, para desgracia mía, voy a hacer una segunda estada que será también la última) descripciones del mundo que encontrarán su ubicación mucho más tarde. Digamos sólo que a ese primer y falso motivo (mi vida relativamente frívola que podía hacer suponer el amor por la Sociedad) de mi carta a Gilberta, y de mi retorno a los Swann que pareciera indicar, Odette hubiera podido agregar con tanta inexactitud un segundo. No he imaginado hasta aquí los aspectos diferentes que toma el mundo para una misma persona, sino suponiendo que la misma señora que no conocía á nadie frecuenta la sociedad y que tal otra que tenía una posición dominante es desechada; uno siente tentaciones de ver sólo esos altibajos puramente personales que de tiempo en tiempo acarrear en una misma sociedad, como consecuencia de especulaciones de bolsa, una ruina estrepitosa o un enriquecimiento inesperado. Y no es sólo eso. En cierta medida, las manifestaciones sociales (muy inferiores a los movimientos artísticos, a las crisis políticas, a la evolución que lleva el gusto público hacia la música alemana y compleja, y luego hacia la música rusa y simple o hacia las ideas sociales, las ideas de justicia, la reacción patriótica, el sobresalto patriótico) son, sin embargo, su reflejo lejano, quebrado, inseguro, turbio, cambiante.

De modo que ni siquiera los salones pueden ser descritos en una inmovilidad estática que ha podido convenir hasta ahora al estudio

de los caracteres, los que también deberán ser arrastrados como por un movimiento casi-histórico. La afición por la novedad que lleva a los hombres de mundo más o menos sinceramente ávidos de informarse acerca de la evolución intelectual hasta frecuentar los ambientes donde pueden seguirlos, les hace preferir habitualmente a alguna dueña de casa hasta ahora inédita, que representa todavía frescas las esperanzas de mentalidad superior tan marchitas y ajadas en las mujeres que ejercieran largo tiempo el poderío mundano y las que no significan nada para su imaginación, ya que conocen su lado débil y su lado fuerte. Y cada época se halla así personificada por mujeres nuevas, en un nuevo grupo de mujeres que, vinculadas estrechamente a lo que en ese momento excita las curiosidades más nuevas, aparecen en sus vestidos sólo en ese momento, como una especie desconocida, nacida del último diluvio, bellezas irresistibles de cada nuevo Consulado, de cada nuevo Directorio. Pero muy a menudo la dueña de casa novel es sencillamente como algunos hombres de Estado cuyo ministerio es el primero, pero que desde hacía cuarenta años golpeaban a todas las puertas sin ver que se les abrían, mujeres que no eran conocidas de la sociedad, aunque no por ello dejaban de recibir desde hacía mucho tiempo y a falta de cosa mejor, a algunos “escasos íntimos”. Verdad que no siempre este es el caso, y cuando la afloración prodigiosa de los *ballets* rusos, que reveló uno tras otro a Bakt, Nijinski, Benoist y el genio de Stravinsky, la princesa Yourbeletieff, joven madrina de todos esos nuevos grandes hombres, apareció llevando en la cabeza una inmensa *aigrette* temblorosa desconocida de las parisienses y que todas trataron de imitar, pudo creerse que ésa maravillosa criatura había llegado en sus

innumerables equipajes y como el máspreciado tesoro de los bailarines rusos; pero cuando a su lado, en un *avant-scène*, veamos en todas las representaciones de los “rusos”, sentada como un hada verdadera, ignorada hasta entonces por la aristocracia, a la señora Verdurin, podremos contestar a las gentes de mundo que creyeron con facilidad que la señora de Verdurin acababa de desembarcar con la *troupe* de Diaghilew, que esa dama ya había existido en otros tiempos y pasado por diversas transformaciones de las que ésta no se distinguía sino porque era la primera que reportaba por fin, asegurado para lo sucesivo y en marcha cada vez más rápida, el éxito tanto y tan vanamente esperado por la Patrona. Para la señora de Swann, es verdad, la novedad que representaba no tenía el mismo carácter colectivo. Su salón se había cristalizado alrededor de un hombre, de un moribundo que pasó casi instantáneamente —en momentos en que se agotaba su talento—, de la oscuridad a la gran gloria. El embelesamiento por las obras de Bergotte era inmenso. Pasaba todo el día exhibiéndose en casa de la señora de Swann, que le cuchicheaba a un hombre influyente: “—Le hablaré para que le escriba un artículo”. Estaba, por otra parte, en condiciones de hacerlo, y aun un acto corto para la señora de Swann. Más próximo a la muerte, andaba un poco menos mal que cuando venía a pedir noticias de mi abuela. Y es que sus grandes dolores físicos le habían impuesto un régimen. La enfermedad es el médico más obedecido: uno sólo hace promesas a la bondad y el saber; pero obedece al sufrimiento.

Es verdad que el pequeño clan, de los Verdurin tenía en la actualidad un interés más palpitante que el salón ligeramente nacionalista, más literario y antes que nada *bergótico* de la señora de

Swann. El pequeño clan era, en efecto, el activo centro de una larga crisis política que había llegado a un máximo de intensidad: el dreyfusismo. Pero la gente de sociedad el a, en su mayor parte, tan antirrevisionista, que un salón dreyfusista parecía algo tan imposible como en otro tiempo un salón de la Comuna. La princesa de Caprarola, que conociera a la señora de Verdurin con motivo de una gran exposición organizada por ella, había ido a hacerle una larga visita con la esperanza de corromper a algunos elementos interesantes del pequeño clan y agregarlos a su propio salón, visita en cuyo transcurso la princesa (representando en pequeño a la duquesa de Guermantes) había tomado la contraparte de las opiniones recibidas y declarado que la gente de su mundo era idiota, lo que la señora de Verdurin estimó como un signo de gran valor. Pero ese valor no llegaría más tarde hasta atreverse a saludar a la señora de Verdurin en las carreras de Balbec bajo el fuego cerrado de las miradas de las damas nacionalistas. En cuanto a la señora de Swann, los antidreyfusistas le agradecían, por el contrario, que fuera “bien pensada”, lo que si se considera que estaba casada con un judío, era un mérito doble. Sin embargo, las personas que nunca habían ido a su casa suponían que sólo recibía a algunos oscuros israelitas y discípulos de Bergotte. —Así clasifican a mujeres más altas que la señora de Swann en el último peldaño de la escala social, ya por causa de sus orígenes, ya porque no les gustan las comidas y las veladas donde nunca se las ve, lo que se supone equivocadamente se debe a que no las han invitado; ya porque nunca hablan de sus amistades sociales y sí solamente de literatura y de arte; ya porque la gente se oculta para ir a sus casas o, para no ser descorteses con las otras, se

esconden para recibirlas; en fin, por mil motivos que acaban por hacer de tal o cual de ellas la mujer que uno no recibe a los ojos de algunos. Así sucedía con Odette. Cuando la señora de Epinoy, con motivo de una suscripción que deseaba para la “Patria Francesa”, tuvo que ir a verla, como si hubiese entrado en casa de su mercera, convencida de que encontrarla rostros no sólo despreciados, sino desconocidos, se quedó clavada en su lugar al abrirse la puerta, no del salón que suponía, sino de una sala maravillosa, donde, tal un cambio a la vista en un acto de magia, reconoció como figurantes deslumbradoras, semiextendidas en divanes, repantigadas en sillones, llamando a la dueña de casa por su nombre de pila, a las altezas, las duquesas, que a ella misma, la princesa de Epinoy, le costaba tanto atraer a su casa, y para las cuales, en ese momento y bajo los ojos benevolentes de Odette, el marqués de Lau, el conde Luis de Turenne, el príncipe Borghese, el duque de Estrées, llevando la naranjada y las masas, hacían de paneteros y coperos. Como la princesa de Epinoy atribuía, sin advertirlo, la cualidad mundana en el interior de los seres, se vio obligada a desencarnar a la señora de Swann y a reencarnarla en una mujer elegante. La *ignorancia de* la verdadera vida que llevan las mujeres que no la exhiben en los diarios, extiende así sobre ciertas situaciones (contribuyendo con ello a diversificar los salones) un velo de misterio. Por Odette, al comienzo, algunos hombres de la más alta sociedad que deseaban conocer a Bergotte, habían ido a comer a su casa en intimidad. Había tenido ella el tacto recientemente adquirido, de no exhibirlo; ahí lo encontraban, quizás como recuerdo del pequeño núcleo cuyas tradiciones, cubierto, etc., conservara Odette desde el cisma. Odette los llevaba con Bergotte, a quien eso acababa

de matar, a los estrenos interesantes. Hablaron de ella a algunas mujeres de su mundo capaces de interesarse en tanta novedad. Estaban convencidas de que Odette, íntima de Bergotte, había colaborado en una u otra forma en sus obras y la creían mil veces más inteligente que las más notables mujeres del barrio, por el mismo motivo me colocaban toda su esperanza política en ciertos republicanos de buen matiz, como el señor Doumer y el señor Descha el, mientras veían a Francia al borde del abismo si se la continuaba al personal monárquico que recibían ellas a cenar: a los Charette a los Doudeauville, etc. Ese cambio de la situación de Odette se cumplía, por su parte, con una discreción que la hacía más segura y más rápida, pero no la dejaba sospechar en lo mínimo por el público. Inclinado a confiar en las crónicas del Gaulois respecto a los progresos o la decadencia de un salón, de manera que un día, en el ensayo general de una pieza de Bergotte, representada en una sala de las más elegantes a beneficio de una obra de caridad, se produjo un verdadero revuelo cuando se vio en el palco de enfrente —fue era el del autor— a la señora de Marsantes que se sentaba al lado de la señora de Swann junto con aquella a quien la progresiva desaparición de la duquesa de Guermantes (saciada de honores y aniquilándose al menor esfuerzo), estaba convirtiendo en la *leona*, la reina del momento, la condesa de Molé. “Cuando ni siquiera sospechábamos que había empezado a subir —se dijo de Odette en el momento en que se vio entrar en su palco a la condesa de Molé—, ha franqueado el último escalón”.

De tal modo que la señora de Swann podía creer que era por *snobismo* que me acercaba a su hija.

Odette, a pesar de sus brillantes amigas, no dejó de escuchar la pieza con gran atención, como si estuviese ahí únicamente para eso, lo mismo que atravesaba antes el bosque por higiene y para hacer ejercicio. Hombres que antes se preocupaban menos de ella, vinieron al balcón, molestando a todos, colgándose de su mano para acercarse al imponente círculo que la rodeaba. Ella, con una sonrisa más bien amable que irónica, respondía pacientemente a sus preguntas, afectando más calma de lo que se hubiese creído, y quizás era sincera, ya que eso no era más que la tardía exhibición de una intimidad habitual y discretamente escondida. Detrás de esas tres damas que atraían todas las miradas, estaba Bergotte rodeado por el príncipe de Agrigento, el conde Luis de Turenne y el marqués de Bréauté. Y es fácil comprender que para hombres que eran recibidos en todas partes y que ya no podían esperar ni una sobreestimación ni ansias de originalidad, la demostración que creían hacer de su valor al dejarse atraer por una dueña de casa reputada como de alta intelectualidad y junto a la cual esperaban encontrar todos los autores dramáticos y los novelistas de moda, era más excitante y más viva que esas veladas en casa de la princesa de Guermantes, que sin ningún programa ni nuevo atractivo se venían sucediendo desde tantos años más o menos iguales a la que hemos descrito tan largamente. En ese gran mundo, el de los Guermantes, de donde se apartaba un poco la curiosidad, las modas intelectuales nuevas no se encarnaban en diversiones a su imagen, como en esas obritas ligeras de Bergotte escritas para la señora de Swann, como esas verdaderas sesiones de salvación pública (si el mundo había podido interesarse en el asunto Dreyfus), en casa de la

señora de Verdurin, se reunían Picquart, Clemenceau, Zola, Reinach y Labori.

Gilberto servía también para la posición de su madre, porque un tío de Swann acababa de dejar a la joven cerca de ochenta millones, motivo por el cual el barrio de Saint-Germain empezaba a pensar en ella. El reverso de la medalla era que Swann, por otra parte moribundo tenía opiniones dreyfusistas; pero ni siquiera eso perjudicaba a su mujer y hasta le prestaba servicio. No la perjudicaba porque se decía: “Está chocho e idiota; nadie se ocupa ya de él; la que cuenta es su mujer, y ella es encantadora”. Pero hasta el dreyfusismo de Swann era útil a Odette. Librada a sí misma, quizás se dejara llevar a hacerles concesiones a las mujeres elegantes que la hubiesen perdido. Mientras que las noches en que arrastraba a su marido a cenar al barrio de Saint-Germain, Swann, que se quedaba hoscamente en su rincón, no tenía ningún reparo, si vela que Odette se hacía presentar a alguna señora nacionalista, en decir en voz alta:”Pero veamos, Odette, usted está loca. Le ruego que se quede quieta. Sería una vulgaridad por su parte hacerse presentar antisemitas. Se lo prohíbo”. La gente de la sociedad que todos halagan no está acostumbrada a tanto orgullo ni a tanta mala educación. Por primera vez vetan a alguien que se creía “más” que ellos. Se contaban esos gruñidos de Swann y las tarjetas dobladas llovían en casa de Odette.

Cuando estaba de visita en casa de la señora de Arpajon, provocaba un vivo y simpático movimiento de curiosidad. “—¿No le molestó que se la haya presentado?—decía la señora de Arpajon—. Es muy amable. Me la hizo conocer María de Marsantes”. “—Pero no, en absoluto; parece de lo más inteligente, es encantadora. Al

contrario; deseaba conocerla; dígame dónde vive”. La señora de Arpajon decía a la señora de Swann que se había divertido mucho en su casa la antevíspera y había dejado con gusto por ella a la señora de Saint-Euverte. Y era cierto, porque preferir a la señora de Swann era demostrar que uno era inteligente, como asistir a un concierto en lugar de ir a un té. Pero cuando la señora de Saint-Euverte iba a casa de la señora de Arpajon al mismo tiempo que Odette, como la señora de Saint-Euverte era muy *snob*, y la señora de Arpajon, a pesar de tratarla con mucha altura, tenía interés en sus recepciones, la señora de Arpajon no presentaba a Odette para que la señora de Saint-Euverte no supiese quién era. La marquesa se imaginaba que debía ser alguna princesa que solfa muy poco, ya que no la había visto nunca; prolongaba su visita y contestaba indirectamente a lo que decía Odette, pero la señora de Arpajon seguía imperturbable. Y cuando, vencida, la señora de Saint-Euverte se retiraba: “—No se la presenté —decía la dueña de casa a Odette— porque a uno no le gusta mucho ir a su casa e invita a troche y moche; usted no hubiera podido desenredarse”. “—¡Oh!, no es nada”, decía Odette con un dejo de lástima. Pero seguía pensando que a la gente no le gustaba ir a casa de la señora de Saint-Euverte, lo que era cierto en alguna medida, y de allí llegaba a la conclusión de que su situación era muy superior a la de la señora de Saint-Euverte, aunque la de ésta fuese muy importante y Odette no tuviese aún ninguna.

Ella no se daba cuenta, y aunque todas las amigas de la señora de Guermantes estuviesen ligadas con la señora de Arpajon, cuando ésta invitaba a la señora de Swann, Odette decía escrupulosamente: “—Voy a casa de la señora de Arpajon, pero le voy a parecer muy

anticuada; me choca a causa de la señora de Guermantes” (que, por otra parte, no conocía). Los hombres distinguidos pensaban que si la señora de Swann conocía a poca gente del gran mundo, era probablemente porque debía ser una mujer superior, posiblemente una gran música, y que ir a su casa sería algo así como un título extramundano, como un duque que fuera doctor en ciencias. Las mujeres completamente nulas se sentían atraídas hacia Odette por una razón contraria; sabiendo que iba al concierto Colonne y se declaraba wagneriana, llegaban a la conclusión de que debía ser una “comediante”, y las iluminaba muy poco la idea de conocerla. Pero, poco firmes en su propia situación, temían comprometerse en público aparentando vinculación con Odette, y si en un concierto de caridad advertían a la señora de Swann, desviaban la cabeza, porque parecía imposible saludar a la vista de la señora de *Rochechouart* a una mujer que era muy capaz de haber ido a Bayreuth, lo que equivale a cometer tantos disparates. Cada persona de visita en casa de otra se hacía diferente. Sin hablar de las maravillosas metamorfosis que se cumplían así en casa de las hadas, en el salón de la señora de Swann, el señor de Bréauté, de pronto revalorizado por la ausencia de la gente que solía rodearlo con el aspecto de satisfacción que tenía al encontrarse ahí tan bien, como si en lugar de ir a una fiesta se hubiese puesto los anteojos para encerrarse a leer la *Revista de Ambos Mundos*, rito misterioso que parecía cumplir al visitarla a Odette, el señor de Bréauté mismo parecía un hombre nuevo. Hubiera dado cualquier cosa para ver qué alteraciones sufriría la duquesa de Montmorency-Luxemburgo en ese nuevo medio. Pero era una de las personas a las que nunca podría presentarse a Odette. La señora de Montmorency, mucho más

benevolente para Oriana que ésta para ella, me asombraba mucho al decirme con respecto a la señora de Guermites: “—Conoce a gente espiritual, todos la quieren; creo que si hubiese sido un poco más consecuente, habría llegado a constituir un salón. La verdad es que no tenía mucho interés, ya que así es feliz, buscada por todos, y tiene razón”. Si la señora de Guermites no tenía un salón, entonces ¿qué era un salón? El estupor que me produjeron esas palabras no era mayor que el que le causé a la señora de Guermites al decirle que me gustaba mucho ir a casa de la señora de Montmorency. Para Oriana era una vieja cretina. “—Todavía yo —decía— estoy obligada, porque es mi tía; pero usted... Ni siquiera sabe atraer a la gente agradable”. La señora de Guermites no se daba cuenta de que la gente agradable me dejaba frío; que cuando evocaba el salón de Arpajan, yo veía una mariposa amarilla y el salón de Swann (la señora de Swann recibía en invierno de 6 a 7) una mariposa negra con las alas afieltradas de nieve. Y todavía ese último salón que no lo era, lo consideraba, aunque inaccesible para ella, excusable para mí, a causa de la gente de ingenio. Pero la señora de Luxemburgo... Si hubiese producido ya algo que se notase llegaría a la conclusión de que una parte de *snobismo* puede vincularse al talento. Y llevé al colmo su desilusión: le confesé que no iba a casa de la señora de Montmorency (como creía ella) para “tomar notas” y “hacer un estudio”. La señora de Guermites, por otra parte, no se equivocaba más que los novelistas mundanos que analizan cruelmente desde afuera los actos de un *snob* o que se pretende lo sea, pero nunca se colocan en su interior, en la época en que florece en la imaginación toda una primavera social. Yo mismo, cuando quise saber cuál era el placer tan grande que experimentaba yendo a casa

de la señora de Montmorency, me desilusioné un poco. Habitaba ella en el barrio de Saint-Germain, una vivienda vieja llena de pabellones separados por jardincillos. Bajo la bóveda, una estatuita que se atribuía a Falconnet representaba una fuente que exudaba, por otra parte, una humedad perpetra. Un poco más lejos, la portera, con los ojos eternamente rojos, por pesares o por neurastenia por jaqueca o por resfrío, nunca le contestaba a uno; hacía un gesto vago para indicar que ahí estaba la duquesa y dejaba caer algunas gotas de sus párpados sobre un tazón lleno de nomeolvides. El placer que me producía ver la estatua, porque me recordaba. un jardinerito de yeso que estaba en un jardín de Combray, nada era al lado del que me causaba la escalera grande, húmeda y sonora, llena de ecos, como el de algunos establecimientos de baños antiguos. con los vasos llenos de cinerarias —azul sobre azulen la antecámara y sobre todo el tintineo de la campanilla, que era exactamente el de la pieza de Eulalia. Ese tintineo colmaba mi entusiasmo, pero me parecía demasiado humilde para poder explicárselo a la señora de Montmorency, de tal suerte que esa dama me veía siempre en un encantamiento cuya causa no adivinó jamás..

Las intermitencias del corazón

Mi segunda llegada a Balbec fue muy distinta de la primera. El director vino personalmente a recibirme en Pont-á-Coulevre, repitiendo cuánto interés tenía en su clientela calificada, lo que me hizo temer que me fuese ennoblecendo hasta que yo comprendiera que, en la oscuridad de su memoria gramatical, *calificada* significaba

simplemente *predilecta*. Por otra parte, a medida que aprendía nuevos idiomas, hablaba peor los anteriores. Me anunció que me había alojado en la parte alta del hotel. “—Espero que no vea en ello —me dijo— una falta de cortesía. Me fastidiaba darle una pieza indigna de usted, pero lo hice debido al ruido, porque así no tendrá usted a nadie que le fatigue el *trépano* (en lugar de *tímpano*) en el piso superior. Quédese tranquilo; haré cerrar las ventanas para que no golpeen. En eso soy intolerable”. (Esas palabras no expresaban su pensamiento, de que sería inexorable a ese respecto, sino quizás el de sus mutamos de piso). Las piezas, por otra parte, eran las de la primera estada. No estaban más abajo, pero yo había crecido en la estima del director. Podía hacer encender la estufa, si eso me gustaba (porque por prescripción médica había partido desde Pascua), pero temía que hubiese *fixuras* en el cielo raso. “—Sobre todo espere siempre, para volver a encender una fogata, que la anterior se haya *consumado* (por *consumido*). Porque lo importante es evitar prenderle fuego a la estufa, tanto más que para alegrar un poco le hice colocar encima un gran potiche de porcelana china antigua y, se podría estropear”.

Me hizo saber con mucha tristeza la muerte del presidente del colegio de abogados de Cherburgo: “—Era un viejo *rutinero*”, dijo (probablemente por *astuto*) y me dejó entender que había apresurado su fin una vida de disgustos, lo que significaba depravación. Hacía ya algún tiempo que advertía que después de cenar *se ponía en cuclillas*¹² en el salón (sin duda por *se quedaba adormilado*). En los últimos tiempos estaba tan cambiado que si no supiese que se trataba de él, ya ni estaba *agradecido* (por *reconocible*, sin duda).

Feliz compensación: el primer presidente de Caen acababa de recibir la *fusta* de comendador de la Legión de Honor. “—Cierto y seguro que tiene capacidad, pero parece que se la han dado a causa de su gran *impotencia*. Se insistía, además, en esa condecoración en el *Eco de París* de la víspera, de cuya noticia el director no había leído más que la primera *firma* (por *parágrafo*). La política del señor Caillaux estaba muy bien comentada. “—por otra parte, me parece que tienen razón -dijo-. Nos pone demasiado bajo, la cúpula de Alemania” (por *copa*)”. Como ese tema tratado por un hotelero me parecía fastidioso, dejé de escuchar. Pensaba en las imágenes que me habían decidido volver a Balbec. Eran muy distintas de las le antaño; la visión que buscaba ahora era tan deslumbrante como brumosa la primera; no por ello me decepcionarían menos. Las imágenes elegidas por el recuerdo son tan arbitrarias, tan estrechas, tan inalcanzables como las que forma la imagen y destruye la realidad. No hay motivos para que fuera de nosotros, un lugar real posea mejor los cuadros de la memoria que los del sueño. Además una realidad nueva nos hará olvidar y hasta odiar, quizás, los deseos por los cuales habíamos partido.

Los que me hicieron dirigirme para Balbec se vinculaban en parte a que los Verdurin (cuyas invitaciones no aprovechara nunca y a los que alegraría seguramente recibirme, si iba al campo a disculparme por no haberlos podido visitar en París), al saber que varios fieles pasarían las vacaciones en esa costa y habiendo alquilado para toda la estación uno de los castillos del señor de Cambremer (La Raspelière), invitaron a la señora de Putbus. La noche en que lo supe (en París), envié como un verdadero loco a nuestro joven lacayo para

que averiguara si esa señora llevaría su camarera a Balbec. Eran las once de la noche. El portero tardó mucho en abrir y por milagro no envió a paseo a mi mensajero, no llamó a la policía y se contentó con recibirlo muy mal, a tiempo que le proporcionaba el dato deseado. Dijo que, en efecto, la primera mucama acompañaría a su ama, primero a las termas, en Alemania, luego a Biárritz y por último a casa de la señora de Verdurin. Desde entonces me quedé tranquilo y contento por tener ya ese dato. Había podido evitar esas persecuciones por las calles para las cuales carecía ante las bellezas ocasionales de esa carta de introducción que sería para “Giorgione” haber cenado esa misma noche con su ama en casa de los Verdurin. Por otra parte, quizás tuviera aún mejor concepto de mí sabiendo que conocía yo no sólo a los burgueses inquilinos de la Raspelière, sino a sus propietarios y especialmente a Saint-Loup, quien ya que no pudo recomendarme a distancia a la mucama (puesto que ésta ignoraba el nombre de Roberto), había escrito una calurosa carta a los Cambremer, refiriéndose a mí. Pensaba que fuera de toda la utilidad que pudieran proporcionarme, la señora de Cambremer, la nuera Legrandin, me interesaría para conversar. “—Es una mujer inteligente —me había asegurado—. No te dirá cosas definitivas (las cosas definitivas sustituyeron a las cosas sublimes para Roberto, que modificaba cada cinco o seis años algunas de sus expresiones favoritas, a tiempo que conservaba las principales), pero es una naturaleza, tiene personalidad, intuición; sabe emplear a tiempo la palabra precisa. De vez en cuando es fastidiosa; dice tonterías para hacerse la interesante, lo que es tanto más ridículo cuanto que nada menos elegante que los

Cambremer; no siempre está al día. pero, en resumen es todavía una de las personas más soportables.

Tan pronto les llegara la recomendación de Roberto, los Cambremer, sea por *snobismo* que les hacía desear indirectamente ser amable con Saint-Loup, sea por agradecimiento por lo que él había sido para uno de sus sobrinos en Doncières y más probablemente sobre todo por bondad y tradición hospitalarias me escribieron largas cartas pidiendo que habitase su casa y, si prefería más independencia, ofreciéndose para buscarme un alojamiento. Cuando Saint-Loup les hubo objetado que habitaría el Gran Hotel de Balbec, contestaron que por lo menos esperaban mi visita al llegar y que si tardaba demasiado no dejarían de buscarme para invitarme a sus *garden-parties*.

Sin duda nada vinculaba esencialmente a la mucama de la señora de Putbus a la región de Balbec; no sería para mí como aquella campesina que, solo en el camino de Méséglise, había llamado tan a menudo en vano, con toda las fuerzas de mi deseo.

Pero desde hacía mucho tiempo ya no trataba de extraer la raíz cuadrada de lo desconocido de una mujer que no resistía a menudo una simple presentación. Por lo menos en Balbec, adonde no había ido desde hacía tiempo, tendría la ventaja —a falta de la vinculación necesaria que no existía entre la región y esa mujer— de que el sentimiento de la realidad no se me suprimirla como en París, donde en mi propia casa o en un cuarto conocido, el placer con una mujer no podía darme por un instante la ilusión de abrirme acceso a una nueva vida en medio de las cosas cotidianas. (Porque si la costumbre es una segunda naturaleza, nos impide conocer la primera, de la que no posee ni las crueldades ni los encantamientos.) Y esta

ilusión la tendría, quizás, en una nueva región donde renace la sensibilidad ante un rayo de sol y donde justamente terminada de exaltarme la mucama que deseaba; y se verá que las circunstancias harán no sólo que esa mujer no llegase a Balbec, sino que nada temía como su llegada, de manera que el objeto principal de mi viaje no fue alcanzado ni siquiera perseguido. Ciertamente, la señora de Putbus no debía llegar a esa altura de la estación a casa de los Verdurin; pero esos placeres elegidos pueden estar lejos, si su llegada es segura y al esperarlos puede uno entregarse mientras tanto a la pereza de tratar de gustar y a la impotencia de amar. Por otra parte, no llegué a Balbec con un espíritu tan práctico como la primera vez; siempre hay menos egoísmo en la imaginación pura que en el recuerdo; y yo sabía que iba a encontrarme precisamente en uno de esos lugares en que abundan las bellas desconocidas; una playa no las ofrece en menor grado que un baile, y pensaba de antemano en los paseos delante del hotel sobre el muelle con ese mismo tipo de placer que me procuraría la señora de Guermites si en lugar, de hacerme invitar a cenas brillantes incluyera más a menudo mi nombre en las listas de caballeros de las dueñas de casa donde se baila. Iniciar relaciones femeninas en Balbec me sería tan fácil como antes me había resultado difícil porque tenía ahora tantas relaciones y vínculos como los que me faltaban en mi primer viaje.

Me sacó de mi ensueño la voz del director cuyas disertaciones políticas no había escuchado. Cambiando de tema, me dijo la alegría del presidente primero al saber mi llegada y que irla a verme a mi cuarto, esa misma noche. La idea de esa visita me espantó tanto (porque empezaba a sentirme cansado) que le rogué le pusiera

obstáculos (lo que me prometió), y para mayor seguridad, que en mi piso hiciera montar guardia por sus empleados. No parecía quererlos mucho. “—Me veo obligado a correr continuamente detrás de ellos porque les falta mucha *inercia*. Si yo no estuviese, ni se moverían. Pondré el ascensorista de plantón a su puerta”. Le pregunté si ya era, por fin, “jefe de los *botones*”. “—No tiene suficiente antigüedad en la casa —me contestó—. Tiene compañeros de más edad. Eso levantada protestas. En todas las cosas se necesitan *granulaciones*. Reconozco que tiene una buena *aptitud* (por actitud) frente a su ascensor. Pero es demasiado joven todavía para semejante situación. Sería un *contraxte* con algunos más antiguos. Le falta alguna seriedad, lo que constituye la cualidad *primitiva* (sin duda la cualidad primordial, la cualidad más importante). Necesita un poco más de plomo en el ala (mi interlocutor quería significar ponderación). Por otra parte, no tiene más que confiar en mi. Yo conozco muy bien esto. Antes de merecer mis galones de director del Grand-Hotel, hice mis primeras armas con el señor Paillard”. Me impresionó esa comparación y agradecí al director que se hubiese molestado él mismo hasta Pont-á-Couleuvre. “—¡Oh, de nada! No perdí más que un tiempo *infinito*” (por ínfimo). Por otra parte, ya habíamos llegado.

Trastorno de todo mi ser. Desde la primera noche, como sufría una crisis de fatiga cardiaca, al tratar de dominar mi dolor, me agaché con prudencia y lentitud para descalzarme. Pero apenas toqué el primer botón de mi botín, se hinchó mi pecho, lleno de una presencia infinita y divina, me sacudieron los sollozos y brotaron las lágrimas de mis ojos. El ser que venía en mi auxilio, que me salvaba de la aridez del alma, era el que varios años antes, en un momento de

zozobra y de igual soledad, en un momento en que ya no tenía nada de mí, entrara y me devolviera a mí mismo, porque era yo mismo y más que yo mismo (el continente es más que el contenido, y me lo traía). Acababa de advertir en mi memoria, inclinado sobre mi cansancio, el rostro tierno, preocupado y decepcionado de mi abuela, no de aquella por la que me asombré y reproché lamentarla tan poco y que no tenía más que el nombre, sino de mi verdadera abuela cuya viva realidad, por primera vez desde que sufriera un ataque en los Campos Elíseos, había encontrado en un recuerdo involuntario y completo. Esa realidad no existe para nosotros mientras no ha sido recreada por nuestro pensamiento (sin lo cual todos los hombres que han intervenido en un combate gigantesco serían grandes poetas épicos); y así, con el loco deseo de precipitarme en sus brazos, no era más que en ese instante, más de un año después de su entierro y a cause de ese anacronismo que impide tan a menudo al calendario de los hechos que coincida con el de los sentimientos, que acababa de saber que se había muerto. Había hablado de ella a menudo desde ese momento y también pensado en ella, pero bajo mis palabras y mis pensamientos de joven ingrato, egoísta y cruel, nunca hubo nada que se pareciese a mi abuela, porque en mi ligereza, mi amor por el placer, mi costumbre de verla enferma, no contenía en mí más que en estado virtual el recuerdo de lo que había sido. Sea cual fuere el momento en que la considerásemos, nuestra alma total tiene un valor casi ficticio, a pesar del numeroso balance de sus riquezas, porque unas y otras son indisponibles, ya se trate, por otra parte, de riquezas efectivas como de las de la imaginación, y para mí, por ejemplo, tanto como del antiguo nombre de Guermites, de aquellas mucho más

graves, del verdadero recuerdo de mi abuela. Porque los malestares de la memoria se vinculan a las intermitencias del corazón. Es sin duda la existencia de nuestro cuerpo —parecida para nosotros a un vaso que contiene nuestra espiritualidad— la que nos induce a suponer que todos nuestros bienes interiores, nuestras alegrías pasadas y todos nuestros dolores están perpetuamente en nuestro poder. Quizás sea tan: inexacto creer que se escapan o vuelven. En todo caso, si permanecen en nosotros es casi siempre en un dominio desconocido, donde no carecen de toda utilidad para nosotros y donde aun las más usuales se ven rechazadas por recuerdos de distinto orden que excluyen toda simultaneidad con ellas en la conciencia. Pero si se vuelve al cuadro de sensaciones en que se conservan, tienen a su vez ese mismo poder de expulsar todo lo que les es incompatible, de instalar en nosotros sólo el yo, que les vive. Y como aquel que volvía a ser no existía desde aquella noche lejana en que mi abuela me desvistió al llegar a Balbec, fue muy naturalmente, no después del día actual que ese yo ignoraba, pero —como si hubiese en el tiempo series distintas y paralelas sin solución de continuidad, enseguida después de la primera noche de antaño, que me adherí al minuto en que mi abuela se había inclinado sobre mí. El yo, que era entonces y que desapareciera por tanto tiempo, estaba de nuevo tan cerca de mí que aun me parecía oír las palabras que habían precedido inmediatamente y que, sin embargo, ya no eran más que un sueño, como un hombre mal despierto cree percibir cerca de él los ruidos de su sueño que huye. Ya no era ese ser que trataba de refugiarse en los brazos de su abuela, para borrar los vestigios de sus penas con besos, ese ser que hubiese tenido —para figurarme tal o cual de los

que se habían sucedido en mí desde algún tiempo— tanta dificultad como ahora necesitara esfuerzos, estériles, por otra parte, para experimentar los deseos y las alegrías de uno de los que ya no era, por algún tiempo al menos. Recordaba cómo una hora antes, en el momento que mi abuela se inclinara así, dentro de su bata hacia mis botines, vagando por la calle asfixiante de calor delante del pastelero, creí que nunca podría esperar la hora que aún debía pasar sin ella, por la necesidad que tenía de abrazarla. Y ahora que renacía esa misma necesidad, sabía que podía esperar horas y horas, que ya no estaría nunca más junto a mí; lo acababa de descubrir porque ahora sabía que la había perdido para siempre, al sentirla por primera vez viva y verdadera, llenando mi corazón hasta hacerlo estallar. Perdida para siempre; no podía comprender y me adiestraba para soportar el sufrimiento de esa contradicción: por una parte, una existencia, una ternura que sobrevivían en mí tal como las había conocido; es decir, hechas para mí, un amor donde todo encontraba de tal manera en mi su complemento, su meta, su constante dirección, que el genio de los grandes hombres, todos los genios que habían podido existir desde el comienzo del mundo, no hubiesen valido para mi abuela uno solo de mis defectos; y por otra, tan pronto hubiese revivido esa felicidad como presente, sentirla atravesada por la certidumbre, que se abalanzaba como un dolor físico a repetición, desde una nada que esfumara mi imagen de esa ternura, que había destruido esa existencia, abolido retrospectivamente nuestra mutua predestinación, convertido a mi abuela, en el momento en que la volvía a encontrar como en un espejo, en una simple extraña que un azar hiciera pasar años a mi

lado, como podía suceder con cualquiera, pero para quien antes y después, no era nada y no sería nada.

En lugar de los placeres que tenía desde hacía algún tiempo, el único que me hubiera sido posible gustar en ese momento sería —retocando el pasado— disminuir los dolores que antaño sufriera mi abuela. Y no la recordaba únicamente con esa bata, vestimenta apropiada, al punto de hacerse casi simbólica, a las fatigas, malsanas sin duda pero también dulces, que se tomaba por mí; poco a poco he aquí que recordaba todas las ocasiones que había tenido —dejándole ver, exagerándole en caso necesario mis sufrimientos— de causarle una pena que me imaginaba luego borrada por mis besos, como si mi ternura pudiese hacer la suya tanto como mi felicidad; y peor que eso, yo que ahora no concebía más felicidad que al derramar mi recuerdo sobre las líneas de ese rostro modelado e inclinado por la ternura, había puesto antaño una rabia insensata tratando de extirpar los más pequeños placeres, como ese día en que Saint-Loup obtuvo la fotografía de mi abuela, y disimulando apenas la puerilidad casi ridícula de la coquetería con que posaba con su sombrero de amplias alas, en una semipenumbra sentadora, me dejé arrastrar hasta murmurar algunas palabras impacientes e hirientes que —lo sentí por una contracción de su rostro —dieron en el blanco y la habían herido; y eran a mí a quien herían ahora que era para siempre imposible el consuelo de mil besos.

Pero ya nunca podría borrar esa contracción de su cara y ese sufrimiento de su corazón o mejor, del mío: puesto que así como los muertos ya no existen en nosotros, a nosotros mismos es a quienes herimos sin tregua cuando nos obstinamos en recordar los golpes

que les hemos asestado. Esos dolores, por crueles que fuesen, me los acercaba con todas las fuerzas, porque sentía que eran el efecto del recuerdo de mi abuela, la prueba de que ese recuerdo estaba muy presente en mí. Sentía que no la recordaba verdaderamente más que por el dolor, y hubiera querido que se me hundiesen aún más profundamente esos clavos que fijaban su memoria. No trataba de suavizar el sufrimiento, ni embellecerlo fingiendo que mi abuela no fuese otra cosa que una ausente, momentáneamente invisible, al dirigir a su fotografía (la que había obtenido Saint-Loup y que yo tenía conmigo) palabras y plegarias como a un ser separado de nosotros pero que nos conoce porque es individual y continúa ligado a nosotros por una insoluble armonía. Nunca lo hice, porque no sólo quería sufrir, sino respetar la originalidad de mi dolor tal como lo había soportado de pronto sin quererlo y quería seguir soportándolo, siguiendo las leyes de ella cada vez que volvía esa contradicción tan extraña de la supervivencia y de la nada mezclados en mí. Esa impresión dolorosa y actualmente incomprensible, yo no sabía, a ciencia cierta, si desprendería de ella algún día cierta verdad, sino que si podía extraer esa poco de verdad, no podría ser sino de ella, tan particular, tan espontánea que no la trazara mi inteligencia ni atenuara mi pusilanimidad, pero que la misma muerte, la brusca revelación de la muerte, había cavado en mí, como el rayo, un doble surco misterioso, como un gráfico sobrenatural e inhumano. (En cuanto al olvido de mi abuela en que viviera hasta entonces, no podía siquiera pensar en atarme a él para extraer alguna verdad, puesto que en sí no era más que una negación, el debilitamiento del pensamiento incapaz de recrear un momento real de la vida y obligado a substituirle imágenes

convencionales e indiferentes.) Sin embargo, quizás debido al instinto de conservación y la ingeniosidad con que la inteligencia nos preserva del dolor al comenzar a construir ya sobre ruinas recientes colocando las primeras bases de su obra útil y nefasta, gusté yo demasiado la dulzura de recodar tales y cuales juicios del ser querido, como si aún hubiese podido mantenerlos, como si existiese, como si continuara a existir para ella. Pero en cuanto llegué a dormirme a esa hora más verídica en que mis ojos se cerraron a las cosas exteriores, el mundo del sueño (en cuyo umbral la inteligencia y la voluntad momentáneamente paralizadas no podían ya disputarme la crueldad de mis verdaderas impresiones) reflejó, refractó la dolorosa síntesis de la supervivencia y de la nada, en la profundidad orgánica y translúcida de las vísceras misteriosamente iluminadas.

Mundo del sueño en que el conocimiento interno, colocado bajo la dependencia de los trastornos de nuestros órganos, acelera el ritmo del corazón o de la respiración porque una misma dosis de espanto, tristeza o remordimiento obra con un poder centuplicado si así es inyectada en nuestras venas, desde que para recorrer las arterias de la ciudad subterránea nos hemos embarcado en las negras corrientes de nuestra propia sangre como un Leteo interior de séxtuples repliegues; se nos aparecen grandes figuras solemnes, nos abordan y nos abandonan anegándonos en lágrimas. Busqué en vano la de mi abuela, en cuanto abordé los pórticos sombríos; sabía, sin embargo, que aún existía, pero con una vida disminuida, tan pálida como la del recuerdo; aumentaba la oscuridad y el viento; no llegaba mi padre, que debía conducirme a ella. De golpe me faltó la respiración, sentí que mi corazón se endurecía, acababa de recordar

que durante muchas semanas me había olvidado de escribir a mi abuela. ¿Qué pensaría ella de mí? “¡Dios mío! —me decía yo—, qué desgraciada debe ser en ese pequeño cuarto que le alquilaron, tan chico como el de una antigua sirvienta, donde está completamente sola con la cuidadora que le han puesto para velarla porque siempre está algo entumecida y no ha querido levantarse una sola vez. Creerá que la olvido desde que se murió. ¡Qué sola debe sentirse y que abandonada! ¡Oh!, debo correr a verla, no puedo esperar un minuto, no puedo esperar a que llegue mi padre. Pero, ¿dónde es? ¿Cómo he podido olvidar la dirección? Hasta que aún me reconozca. ¿Cómo he podido olvidarla durante meses? Está oscuro, no la encontraré, el viento me impide avanzar; pero he aquí que mi padre se pasea delante de mí; le grito: “¿Dónde está abuela? Dime la dirección. ¿Está bien? ¿Seguro que no le falta nada? “—No —me dice mi padre— puedes estar tranquilo. Su cuidadora es una persona ordenada. De tiempo en tiempo se le manda una pequeña suma para que le puedan comprar lo poco que necesita. Llega a preguntar a veces qué ha sido de ti. Hasta le han dicho que ibas a escribir un libro. Pareció contenta. Enjugó una lágrima. “Entonces creí recordar que, poco después de su muerte, mi abuela me había dicho, sollozando humildemente, como una vieja sirvienta des pedida, como una extraña: “—Me permitirás verte a veces, sin embargo; no dejes pasar muchos años sin visitarme. Piensa que has sido mi nieto y que las abuelas no olvidan”. Al ver de nuevo su rostro tan sumiso, tan desgraciado, tan dulce, quería correr inmediatamente y decirle lo que *hubiera debido* contestarle entonces: “—Pero, abuela, me verás cuando quieras; no tengo a nadie más que a ti en el mundo; ya no te dejaré nunca”. ¡Cómo debió hacerla sollozar

mi silencio desde tantos meses que no he estado ahí donde se halla acostada. ¿Qué habrá podido decirse? Y sollozando yo también, le dije a mi padre: “—Pronto, pronto, su dirección, acompáñame”. Pero él: “Es que... no sé si podrás verla. Y además, ¿sabes?, está muy débil, muy débil, ya no es la misma; creo que te resultaría más bien penoso. Y no recuerdo el número exacto de la avenida. “—Pero dime, tú que sabes: ¿no es verdad que los muertos ya no viven? No es verdad, sin embargo, pues, a pesar de lo que se dice, abuela aún existe.” Mi padre sonrió tristemente: “—¡Oh!, muy poco sabes, muy poco. Creo que harías mejor en no ir. No le falta nada. Lo ordenan todo.” “—¿Pero está sola a menudo?” “—Sí, pero eso es mejor para ella. Mejor que no piense, ya que eso podría apenarla. Pensar apena, a menudo. Por otra parte, ¿sabes?, está muy apagada. Te dejaré la indicación precisa para que puedas ir; no veo lo que podrías hacer y no creo que la cuidadora te la deje ver”. “Demasiado sabes, sin embargo, que viviré siempre cerca de ella, ciervos, ciervos, Francis Jammes, tenedor”. Pero ya había vuelto a cruzar el río de meandros tenebrosos ya había vuelto a la superficie donde se abre el mundo de los vivos; por eso si aún repetía: “Francis Jammes, ciervos, ciervos”, la continuidad de esas palabras ya no me ofrecía el sentido límpido y la lógica que me expresaban tan naturalmente todavía un instante antes y que ya no podía recordar. No comprendía siquiera por qué la palabra *Aias* que me dijera hacía un rato mi padre significó inmediatamente: “Ten cuidado de no enfriarte”, sin ninguna duda posible. Había olvidado cerrar las celosías, y me despertó la luz del día. Pero mis ojos no pudieron soportar esas corrientes del mar que mi abuela podía contemplar antes durante horas; la nueva imagen de su indiferente

belleza se completaba enseguida por la idea de que ella no las veía; porque hubiera querido evitar a su ruido mis oídos, porque ahora la plenitud luminosa de la playa cavaba un vacío en mi corazón: todo parecía decirme, como esos senderos y ese césped de un jardín público donde antaño la había perdido cuando era muy niño: “No la hemos visto”, y bajo la redondez del cielo pálido y divino me sentía oprimido como bajo una inmensa campana azulada que cerraba un horizonte donde no estaba mi abuela. Para no ver ya nada, me volví hacia la pared; pero, ¡ay!, lo que tenía junto a mí era ese tabique que antes servía entre ambos como mensajero matutino, ese tabique tan dócil como un violín para expresar todos los matices de un sentimiento, que le decía tan exactamente a mi abuela,, al mismo tiempo, mi temor de despertarla y, si estaba despierta, que no me oyera y que no se atreviese a moverse; luego, enseguida, la réplica de un segundo instrumento que me anunciaba su llegada y me invitaba a la calma. No me atrevía a acercarme a ese tabique, como si fuera un piano en el que hubiera tocado mi abuela y que aún vibrara por su tocar. Sabía que ahora podía golpear más fuerte aún, que nada podría despertarla ya, que no oiría ninguna contestación, que ya no vendría mi abuela. Y no le pedía nada más a Dios, si existe un Paraíso, que poder dar en ese tabique los tres golpecitos que mi abuela reconocería entre miles y a los que contestaría con esos otros golpes que querían decir: “No te agites, lauchita; comprendo que estás impaciente, pero voy a llegar”, y que me dejase con ella toda la eternidad, que no sería demasiado larga para nosotros.

El director vino a preguntarme si quería bajar. Ante cualquier eventualidad, había cuidado mi colocación en el comedor. Como no

me había visto, temió que me volvieran esos ahogos de antes. Esperaba que sólo fuese un dolorcito de garganta, y me aseguró haber oído que se los calmaba con ayuda de lo que él llamaba el *caliptus*.

Me entregó unas líneas de Albertina. No debía venir a Balbec este año; pero, como había cambiado de proyectos, estaba desde hacía tres días no ya en la misma Balbec, sino a diez minutos de tranvía, en una estación vecina. Temiendo que me hubiese cansado el viaje, se había abstenido la primera noche, pero me preguntaba cuándo podría recibirla. Averigüé si había venido en persona no para verla, sino para arreglarme de modo de no verla. “—Sí, me contestó el director—. Pero ella desearía que fuese lo antes posible, a menos que no tenga usted motivos completamente *necesitados*. Usted ve—concluyó—que todo el mundo lo desea aquí, *en definitivo*”. Pero yo no quería ver a nadie.

Sin embargo, al llegar la víspera me había invadido de nuevo el encanto indolente de la vida de baños de mar. El mismo ascensorista silencioso, estás vez no por desdén, sino por respeto, y rojo de placer había puesto en marcha el ascensor. Subiendo a lo largo de la columna trepadora, volví a atravesar lo que antes fuera para mí el misterio de un hotel desconocido, donde cuando uno llega, turista sin protección y sin prestigio, cada cliente que vuelve a su cuarto, cada jovencita que baja a cenar, cada sirvienta que pasa por los corredores extrañamente delineados y la joven que había vuelto de América con su dama de compañía y que baja a cenar, echan una mirada sobre uno en la que no se lee nada de lo que se quería. Esta vez, al contrario, experimenté el placer hartado descansado de subir en un hotel conocido, donde me sentía como en mi casa, donde llevé a cabo esa opera-

ción que había que volver a empezar siempre, más larga y más difícil que el vuelco de un párpado y que consiste en posar sobre las cosas el alma que nos es familiar, en lugar de la de ellos, que nos espantaba. ¿Acaso —me había dicho, no dudando del brusco cambio de alma que me esperaba— sería necesario ir siempre a otros hoteles, donde cenaría por vez primera, donde la costumbre no habría matado en cada piso, ante cada puerta, el dragón terrible que parece custodiar una existencia de encantamiento, donde tendría que acercarme a esas mujeres desconocidas que los *palaces*, los casinos y las playas reúnen como vastos políperos y hacen vivir en común?

Había experimentado placer hasta porque el aburrido presidente primero demostraba apuro en verme; el primer día, vela olas; las cadenas de montañas azules del mar, sus glaciares y sus cascadas, su elevación y su descuidada majestad, nada más que al sentir por primera vez en tanto tiempo, mientras me lavaba las manos, ese olor especial de los jabones demasiado perfumados del Grand-Hotel, que pareciendo pertenecer a la vez al momento presente y a la permanencia pasada, flotaba entre ellos como el encanto real de una vida particular a la que no se vuelve sino para cambiar corbatas. Las sábanas de cama, demasiado finas, demasiado leves, demasiado amplias, imposible de colocar y contenerse bajo el colchón y que quedaban como sopladas bajo las frazadas en móviles volutas, me hubiesen entristecido antaño. Acunaron solamente sobre la redondez incómoda; henchida de sus velas, el sol glorioso y lleno de esperanza de la madrugada. Pero éste no tuvo tiempo de salir. En la misma noche había resucitado la atroz y divina presencia. Le rogué al director que se fuera y que no entrara nadie. Le dije que me quedaría

acostado y rechacé su ofrecimiento de ir a buscar la *excelente droga* al farmacéutico. Le encantó mi negativa porque temía que a algunos clientes les molestara el olor del *caliptus*. Lo que acarreó este cumplido: “—Está usted en el *movimiento*” (quería decir: en lo cierto), y esta recomendación: “Tenga cuidado de no ensuciarse con la puerta, porque debido a las cerraduras la hice *inducir* de aceite. Si mi empleado se permitiese golpear a su cuarto, lo echarían al suelo *a golpes*¹³ Y que lo sepan de una vez, porque no me gustan los *ensayos* (evidentemente, eso significaba que no le gustaba repetir las cosas). Para entonarse, ¿no quiere un poco de vino añejo del que tengo abajo una *borrica?* (sin duda por barrica). No se lo traeré en bandeja de plata, como la cabeza de Jonathan, y le prevengo que no es Château-Laffite, pero es más o menos *equivoco* (por equivalente). Y como es tan liviano, le podríamos hacer freír un lenguadito”. Rechacé todo, pero me sorprendió que un hombre que debía haberlos encargado toda su vida, pronunciara el nombre del pescado¹⁴ como el árbol de sauce.

A pesar de las promesas del director me trajeron poco más tarde la tarjeta doblada de la marquesa de Cambremer. La anciana que viniera a verme, averiguó si estaba ayo allí y no insistió cuando supo que había llegado solamente la víspera y que estaba indispuerto, y (no sin detenerse en lo del farmacéutico o la mercera, donde el lacayo bajaba de un brinco, entraba a pagar alguna factura o a hacer provisiones) había vuelto hacia Féterne en su vieja calesa de ocho resortes y dos caballos. Bastante a menudo, por otra parte, se la oía rodar y se admiraba su aparatosidad en las calles de Balbec y otras pequeñas localidades de la costa, situadas entre Balbec y Féterne. Y no era que esas paradas en casa de los proveedores fuesen el objetivo

de sus paseos. Por el contrario, era algún té, algún *Garden-party*, en casa de algún hidalguelo o un burgués, muy indignos de la marquesa. Pero, aunque ésta dominara desde muy alto, por su nacimiento y su fortuna, a la pequeña nobleza de los alrededores, tenía tanto mudo, en su bondad y su sencillez perfectas, de decepcionar a alguien que la invitara que asistía a las reuniones sociales más insignificantes de la vecindad. En verdad, antes que recorrer tanto trayecto para oír, en medio del calor de un saloncito asfixiante, a una cantante generalmente sin talento y que, como gran dama de la región y música afamada debería luego felicitar con exageración, la señora de Cambremer hubiese preferido pasear o quedarse en sus maravillosos jardines de Féterne, bajo los cuales las aguas dormidas de una bahía minúscula agonizan entre las flores. Pero ella sabía que su llegada probable había sido anunciada por el dueño de casa, ya fuese un noble o un burgués de Maineville-la-Teinturière o de Chattóncourt-l'Orgueilleux. Y si la señora de Cambremer salía ese día sin hacer acto de presencia en la fiesta, tal o cual de los invitados llegado de una de las pequeñas playas que costean el mar, pudo oír y ver la calesa de la marquesa, lo que anularía la excusa de no haber podido dejar a Féterbe. Por otra parte, por más que esos dueños de casa vieron a menudo a la señora de Cambremer en conciertos de gente a cuya casa consideraban que no le correspondía asistir, la pequeña disminución que por ese hecho le infligía a sus ojos la situación de la demasiado buena marquesa, desaparecía dan pronto eran ellos los que recibían, y pensaban afiebradamente si la tendrían o no en su pequeño té. Qué alivio para las inquietudes de días atrás si después del primer trozo cantado por la hija de los dueños de casa o por algún aficionado de vacaciones,

un invitado anunciaba (infalible señal de que asistiría la marquesa) haber visto los caballos de la famosa calesa frente al relojero o al droguista. Entonces la señora de Cambremer (que, en efecto, no tardaría en entrar, seguida por su nuera, e invitados que en ese momento vivían en su casa y para los que había solicitado autorización de traerlos, la que se le concedía con tanto gusto) recobraba todo su brillo a los ojos de los dueños de casa, para los cuales la recompensa de su ansiada llegada había sido quizás la causa determinante e inconfesada de la decisión que tomaran un mes atrás: tomarse las molestias y afrontar los gastos de una reunión. Al ver que la marquesa estaba presente en su té, ya no recordaban su complacencia para asistir a casa de los vecinos poco calificados, sino la antigüedad de su familia, el lujo de su castillo, la descortesía de su nuera Legrandin, que con su arrogancia corregía la bonhomía un poco insulsa de la suegra. Ya creían leer en las crónicas sociales del *Gaulois* la nota que cocinarían ellos mismos en familia, a puertas cerradas, acerca de “ese rinconcito de Bretaña” donde se divierten parejo, la fiesta ultraselecta de donde no se despide uno más que después de haber hecho prometer a los dueños de casa que pronto volverán a empezar. Cada día esperaban el diario, ansioso al no haber visto aún figurar su reunión, y temiendo que la señora de Cambremer no hubiese estado más que para los invitados y no para la multitud de los lectores. Por fin llegaba el día bendito: “La estación es excepcionalmente brillante este año en Balbec. La moda indica los pequeños conciertos vespertinos, etc.” A Dios gracias, el nombre de la señora de Cambremer estaba bien escrito y “nombrado al azar”, pero a la cabecera. Sólo restaba aparentar fastidio por esa indiscreción de los diarios, que podía acarrear disgustos

con las personas que no había podido invitarse y preguntar hipócritamente delante de la señora de Cambremer quién pudo cometer la perfidia de mandar esa nota de la que decía la marquesa, benevolente y gran señora: “Comprendo que eso les disguste, pero a mí me encantó que me supieran en su casa”.

Encima de la tarjeta que me entregaron, la señora de Campremer había garrapateado que ofrecía una reunión al día siguiente. Y en verdad, sólo dos días antes, por cansado que estuviese de la vida mundana, hubiera sido para mí un verdadero placer saborearla trasplantada a esos jardines donde crecían en plena tierra, gracias a la exposición de Féterne, las higueras, las palmeras, plantas de rosales y hasta al mar a menudo azul y tranquilo como el Mediterráneo, y sobre el cual el pequeño yate de los propietarios iba antes de la fiesta a buscar a las playas del otro lado de la bahía a los invitados más importantes; servía de comedor para el té, con sus terciopelos tendidos contra el sol cuando habían llegado todos, y salía de nuevo por la noche para volver a llevar a los que trajera. Lujos encantador pero tan costoso que, para proveer en parte a los gastos que ocasionaba, la señora de Cambremer trató de aumentar sus rentas de varias maneras, especialmente alquilando por primera vez una de sus propiedades muy distinta a Féterne: la Raspelière. SI, hace dos días, ¡cómo semejante fiesta, poblada por pequeños nobles desconocidos en un nuevo marco, me hubiese descansado de la “alta vida” parisiense! Pero ahora los placeres no tenían ningún sentido para mí. Escribí, pues, para disculparme a la señora de Cambremer, por lo mismo que una hora antes había despachado a Albertina: el pesar había aniquilado en mí la posibilidad del deseo tan completamente

como una fiebre fuerte corta el apetito... Mi madre debía llegar al día siguiente. Me parecía que era menos indigno de vivir junto a ella, que la comprendería mejor, ahora que toda una vida extraña y degradante había dejado lugar a recuerdos desgarradores que ceñían y ennoblecían tanto mi alma como la suya con una corona de espinas. Lo creía; en realidad, hay mucha distancia entre las penas verdaderas como la de mi madre, que le quitan literalmente la vida a uno por mucho tiempo, a veces para siempre, en cuanto se ha perdido al ser que se quiere; y esas otras penas transitorias, a pesar de todo, como debían de ser las mías, que se van pronto como han llegado tarde, que se conocen después del acontecimiento, porque se necesita comprenderlas para sufrirlas; penas como las soporta tanta gente y que constituían actualmente mi tortura y no se distinguían más que por esa modalidad del recuerdo involuntario.

Un pesar tan hondo como el de mi madre, debía conocerlo un día, ya se verá en la continuación de este relato, pero no ahora ni como me lo imaginaba. Sin embargo —como un recitador que debiera conocer su papel y ocupar su lugar desde hace mucho tiempo, pero que sólo llega a último momento y no ha leído más que una vez lo que tiene que decir, sabe disimular con la suficiente habilidad cuando le llega el momento, para que nadie pueda advertir su atraso, mi pena completamente nueva me permitió hablarle a mi madre, cuando llegó, como si siempre hubiera sido la misma. Sólo creyó que esos lugares en que había estado con mi abuela (y además no era eso) la habían despertado. Entonces por primera vez, y porque mi dolor era insignificante al lado del suyo, pero me abría los ojos, comprendí con espanto lo que podía sufrir. Por primera vez comprendí que esa mirada

fija y sin lágrimas (lo que hacía que Francisca la compadeciera escasamente) que tenía desde la muerte de mi abuela, estaba detenida sobre la incomprensible contradicción del recuerdo y de la nada. Por otra parte aunque envuelta siempre en sus negros velos, más vestida en esa nueva región, me chocaba más la transformación que en ella se llevara a cabo. No bastaba decir que había perdido toda alegría; fundida, congelada en una especie de imagen implorante, parecía tener miedo de ofender con un movimiento demasiado brusco, con un timbre de voz demasiado alto, la presencia dolorosa que no la abandonaba. Pero especialmente desde que la vi entrar con su tapado de crespón, advertí —lo que se me había escapado en París— que no era mi madre la que tenía bajo los ojos, sino mi abuela. Así como en las familias reales y ducales, a la muerte del jefe, el hijo toma su título, y de duque de Orleans, de príncipe de Tarento o de príncipe de Laumes, se convierte en rey de Francia, duque de la Trémoille, duque de Guermantes, a menudo por un acontecimiento de otro orden y más hondo origen, el muerto atrapa al vivo, que se hace su sucesor parecido y continuador de su vida interrumpida. Quizás la inmensa pena que para una mujer tal como mamá sigue a la muerte de su madre, no hace más que romper la crisálida antes que apresurar la metamorfosis y la aparición del ser que uno lleva en sí y que sin esa crisis que hace quemar etapas y saltar de golpe los períodos hubiese sobrevenido más lentamente. Tal vez en el remordimiento de la que ya no está, hay una suerte de sugestión que acaba por traer a nuestros rasgos similitudes que teníamos en potencia, por otra parte, y se detiene nuestra actividad más particularmente individual (en mi madre, su buen sentido, la burlona alegría que tenía de su padre), que no

temíamos ejercer mientras vivía el ser muy querido, así fuera a sus expensas y que equilibraba el carácter que teníamos exclusivamente de él. Una vez muerta, tendríamos escrúpulos de ser otro, ya no admiramos más que lo que era, lo que ya éramos, pero incorporado a otra cosa y lo que vamos a ser en adelante únicamente. Es en ese sentido (y no en aquel tan vago y tan falso que se acepta generalmente) que puede decirse que la muerte no es inútil y que el muerto continúa obrando sobre nosotros. Y obra más que un vivo, porque ya que la verdadera realidad no se desprende más que del espíritu, y como es objeto de una operación espiritual, no conocemos verdaderamente más que lo que estamos obligados a recrear con el pensamiento, lo que nos oculta la vida de todos los días... En fin, dedicamos en ese culto del pesar por nuestros muertos una idolatría a lo que han querido. No sólo no podía separarse mi madre de la cartera de mi abuela, más preciosa para ella que si fuera de zafiros y diamantes; de su manguito, de toda esa ropa que acentuaba más el parecido entre ambas, sino de los volúmenes de Mme. de Sevigné que mi abuela tenía siempre consigo, ejemplares que mi madre no cambiara por el mismo manuscrito de las cartas. Antes le daba bromas a mi abuela porque nunca le escribía sin citar una frase de Mme. de Sévigné o de la señora de Beausargent. En cada una de las tres cartas que recibí de mamá antes de su llegada a Balbec, me citó a Mme. de Sévigné, como si esas tres cartas no me las hubiese dirigido a mí, sino que mi abuela se las hubiese dirigido a ella. Quiso bajar al dique para ver la playa de que le hablaba mi abuela todos los días al escribirle. Teniendo en la mano el *en tous cas* de su madre, la vi avanzar desde la ventana vestida de negro, con pasos tímidos y piadosos, sobre la arena que antes que ella hollaran

pies queridos y parecía ir en búsqueda de una muerte que debían volver a traer las aguas. Para no dejarla cenar sola, tuve que bajar con ella. El presidente primero y la viuda del presidente del Colegio de Abogados se hicieron presentar. Y todo lo que se relacionaba con mi abuela le era tan sensible que la conmovió infinitamente y guardó siempre el recuerdo y el agradecimiento de lo que dijo el presidente primero, y cómo sufrió con indignación porque, al contrario, la mujer del presidente del Colegio de Abogados no tuvo una palabra de recuerdo para la muerta. En realidad, al presidente primero le importaba tanto como a la mujer del presidente del Colegio de Abogados. Las palabras conmovidas de uno y el silencio de la otra, aunque mi madre hiciese entre ellos tal diferencia, no eran más que una manera distinta de expresar esa indiferencia que nos inspiran los muertos. Pero creo que mi madre encontró una especial dulzura en las palabras que, a pesar de mí mismo, dejaban traslucir un poco de mi sufrimiento. No podía dejar de hacer feliz a mamá (a pesar de la ternura que sentía por mí), como todo lo que le aseguraba a mi abuela una supervivencia en los corazones. Los días siguientes mi madre bajó a la playa para sentarse, para hacer exactamente lo que hacía su madre, y leer sus dos libros favoritos: las *Memorias* de la señora de Beausargent y las *Cartas* de la señora de Sévigné. Ella y ninguno de nosotros pudo soportar que se llamase a esta última la “marquesa ingeniosa”, como el “buen hombre”, a La Fontaine. Pero cuando leía en las cartas esas palabras: “mi hija”, creía oír que su madre le hablaba.

Tuvo la mala suerte, en una de esas peregrinaciones en que no queda ser molestada, de encontrar por la playa a una señora de

Combray seguida por sus hijas. Creo que se llamaba señora de Poussin. Pero entre nosotros no la llamábamos de otra manera que “Ya me darás noticias”, porque con esa frase permanentemente repetida advertía a sus hijas los males que se preparaban; por ejemplo, diciéndole a una que se frotaba los ojos: “Cuando tengas una buena oftalmía, ya me darás noticias”. Le dirigía de lejos a mamá largos saludos llorosos, no en señal de condolencia, sino por estido de educación. Aunque no hubiésemos perdido a mi abuela y no tuviésemos más que motivos de ser felices. Vivía bastante retirada en Combray, en un jardín inmenso; nada le parecía lo bastante suave, y suavizaba los nombres y las palabras del idioma francés. Le parecía muy duro llamar “cuiller” (cuchara) a la pieza de platería con que tomaba sus jarabes, y pronunciaba, en consecuencia, “cuilier”¹⁵ le hubiera asustado tratar con excesiva brusquedad al dulce sochantre de Télémaco llamándolo con rudeza Fénelon—como hacía yo mismo con conocimiento de causa, ya que mi amigo más querido, el ser más inteligente, bueno y valiente, inolvidable para todos lo que lo conocieron, era Bertrán de Fénelon—, y no decía nunca sino “Fénélon”, suponiendo que el acento agudo le agregaba alguna blandura. El yerno menos suave de esa señora Poussin—cuyo nombre he olvidado, era escribano en Combray, huyó con la caja e hizo perder a mi tío, entre otros, una suma bastante crecida. Pero la mayor parte de la gente de Combray estaba en tan buenas relaciones con los otros miembros de la familia que no hubo ningún enfriamiento, y cada cual se conformó compadeciendo a la señora de Poussin. Ella no recibía, pera cada vez que uno pasaba ante su reja, se detenía para admirar sus hermosos árboles de sombra, sin poder distinguir otra

cosa. No nos molestó para nada en Balbec, donde no la encontré más que una vez, mientras le decía a su hija, que se estaba comiendo las uñas: “Cuando tengas un buen panadizo, ya me darás noticias”.

Mientras mamá leía en la playa, yo me quedaba solo en mi cuarto. Recordaba los últimos tiempos de la vida de mi abuela y todo lo que con ellos se relacionaba, hasta la puerta de la escalera que dejara abierta cuando habíamos salido para su último paseo. En contraste con todo ello, el resto del mundo apenas me parecía real y mi sufrimiento lo envenenaba por completo. Por fin, mi madre exigió que saliese. Pero a cada paso, algún aspecto olvidado del casino o de la calle donde, al esperarla la primera noche, había ido hasta el monumento de Duguay-Trouin, me impedía seguir más adelante, como un viento contra el cual no se puede luchar, y bajaba los ojos para no ver. Después de haber recuperado algunas fuerzas, volvía al hotel, hacia el hotel donde sabía que ya era imposible que por más que esperase volviese a encontrar a mi abuela, que encontrara antaño la primera noche de la llegada. Como era la primera vez que salía, muchos sirvientes que no había visto aún me miraron con curiosidad. En el mismo umbral del hotel, un joven *botones* se sacó la gorra para saludarme y se la volvió a poner rápidamente. Creí que Aimé le había “pasado la consigna” de tener miramientos conmigo, según su propia expresión. Pero al instante vi que se la quitaba de nuevo ante otra persona que entraba. La verdad era que ese joven no sabía hacer otra cosa en la vida que sacarse y ponerse la gorra, y lo hacía a la perfección. Había comprendido que era incapaz de algo más; descollaba en eso, y lo cumplía la mayor cantidad posible de veces por día, lo que le valía por parte de los clientes una simpatía discreta pero general, una

gran simpatía también por parte del portero, a quien le correspondía la tarea de emplear *los botones* y que hasta que llegó este pájaro raro no había podido encontrar uno solo que no se hiciese echar antes de los ocho días, con gran asombro de Aimé, que decía: “—Sin embargo, en ese oficio no se les pide sino que sean educados; no debe ser tan difícil”. El director insistía también en que tuviesen lo que llamaba una buena *presencia*, que riendo decir que se quedasen ahí o mejor habiendo retenido mal la palabra *aspecto*. El *aspecto* del césped que se extendía detrás del hotel había sido modificado con la creación de algunos arriates florecidos, suprimiendo no sólo un arbusto exótico, sino el *botones* que el primer año decoraba exteriormente la entrada con el tallo flexible de su estatura y la curiosa coloración de su cabellera. Había ido tras una condesa polaca que lo tomó como secretario, imitando en ello a sus dos hermanos mayores y a su hermana dactilógrafa, sacados del hotel por personalidades de nacionalidad y sexos variados, que se habían enamorado de sus encantos. Sólo quedaba su hermano menor, que nadie quería por bizco. Se sentía muy feliz cuando la condesa polaca y los protectores de los otros iban a pasar una temporada en el hotel de Balbec. Porque a pesar de envidiar a sus hermanos, los quería y podía así cultivar sentimientos de familia durante algunas semanas. ¿Acaso la abadesa de Fontevrault no tenía la costumbre, dejando para ello a sus monjas, de compartir la hospitalidad que ofrecía Luis XIV a esa otra Mortemart, su amante, la señora de Montespan? En cuanto a él, era el primer año que estaba en Balbec. No me conocía aún; pero, como oyerá que cuando me hablaban sus compañeros más antiguos hacían seguir mi apellido a la palabra señor, los imitó desde la primera vez

con el aire satisfecho de demostrar ya su instrucción con respecto a una personalidad que estimaba conocida, ya el de conformarse a una costumbre que ignoraba cinco minutos antes, pero que le parecía indispensable *no* transgredir. Yo comprendía muy bien qué encanto podía ofrecer ese gran Palace a ciertas personas. Estaba organizado corro un teatro y lo animaba una figuración numerosa hasta en los plintos. Aunque el cliente no fuese más que algo así como un espectador, estaba incorporado permanentemente al espectáculo, no como en esos teatros en que los actores representan en la sala, sino como si la vida del espectador se desarrollase en medio de las suntuosidades de la escena. Aunque el jugador de tenis entrara con sacó de franela blanca, el portero se había trajeado de azul con galones de plata para entregarle sus cartas. Si ese jugador de tenis no quería subir a pie, no por eso dejaba de estar con los actores teniendo a su lado, para que manejará el ascensor, al ascensorista tan ricamente vestido. Los corredores de los pisos sustraían una fuga de camareras y mensajeras, hermosas en el mar y hasta *los* pequeños cuartos a los que llegaban los aficionados a la belleza femenina de la servidumbre, por sabios rodeos. Abajo, el que predominaba era el elemento monto masculino, y hacía de ese hotel, con motivo de la extremada y ociosa juventud de los servidores, una especie de tragedia judeo-cristiana que había tomado cuerpo y se representaba perpetuamente. Por eso al verlos no podía dejar de recordar dar, no ciertamente los verso: de Racine que me habían acudido a la memoria en casa de la princesa de Guermantes mientras el señor de Vaugoubert saludaba al señor de Charlus mirando a los jóvenes secretarios de embajada, sino otros versos de Racine, esta vez ya no de *Esther*, sino de *Athalie*: porque

desde el *hall*, lo que se llamaba en el siglo XVII “Los Pórticos”, “un pueblo floreciente de jóvenes *botones* estaba, sobre todo a la hora del té, como los jóvenes israelitas de los coros de Racine. Pero no creo que uno solo pudiese haber proporcionado ni siquiera la vaga contestación que Joas tiene para Athalie, cuando esta pregunta al príncipe niño: “—¿Cuál es, pues, vuestra ocupación?”, porque no tenían ninguna. A lo sumo, si se le hubiese preguntado a cualquiera de ellos, como la nuera reina:

—¿Pero toda esa gente encerrada en esos lugares, en qué se ocupa?”, podía haber dicho: “—Y en el orden pomposo de esas ceremonias y contribuyo a ellas”. A veces uno de los jóvenes figurantes iba hacia algún personaje más importante, y luego esa joven belleza regresaba al coro; y a menos que fuese el momento de un estatismo contemplativo, todos entrelazaban sus evoluciones inútiles respetuosas, decorativas y cotidianas. Porque, salvo su “día de salida”, “lejos del elevado mundo” y sin franquear el atrio, llevaban la misma existencia eclesiástica de los levitas en “Athalie”, y ante ese “tropel joven y fiel” que jugaba en las gradas cubiertas de alfombras magníficas, podía preguntarme si estaba penetrando en el gran hotel de Balbec o en el templo de Salomón.

Regresaba directamente a mi cuarto. Mis pensamientos estaban habitualmente ligados a los últimos días de la enfermedad de mi abuela, sufrimientos que revivía, acreciéndolos con ese elemento, más difícil todavía de soportar que el mismo sufrimiento de los demás y a los que se agrega nuestra cruel compasión; cuando creemos únicamente recrear los dolores de un ser querido, nuestra compasión los exagera; pero quizás sea ella la que esté en lo cierto, más que la

conciencia que tienen de esos dolores los que los sufren y para los cuales queda oculta esa tristeza de su vida, que ve la compasión, y por la que se desespera. Sin embargo, en un nuevo impulso mi compasión hubiese llegado más allá de los sufrimientos de mi abuela, si supiera entonces lo que ignoré mucho tiempo: que mi abuela, la víspera de su muerte, en un momento de conciencia y asegurándose de que yo no estaba, había tomado la mano de mamá y después de pegar en ella sus labios afiebrados, le había dicho: “—Adiós, hija mía, adiós para siempre”. Y quizás es ese recuerdo también el que mi madre ya no dejó de contemplar con tanta fijeza. Y luego me volvían los dulces recuerdos. Ella era mi abuela y yo era su nieto. Las expresiones de su rostro parecían escritas en un lenguaje que no existía más que para mí; lo era todo en mi vida, pues los otros no existían sino en relación a ella y al juicio que me daría acerca de ellos; pero no, nuestras relaciones fueron demasiado huidizas para no haber sido accidentales. Ella no me reconoce, ya no la volveré a ver nunca. No habíamos sido creados únicamente el uno para el otro, era una extraña. Yo estaba mirando la foto de esa extraña hecha por Saint-Loup. Mamá, que encontrara a Albertina, había insistido en que yo la viese por las cosas amables que le dijo acerca de mi abuela y de mí. Entonces la había citado. Avisé al director para que la hiciese esperar en el salón. Me dijo que la conocía desde hacía mucho tiempo, a ella y sus amigas, mucho antes de que hubiesen alcanzado la *edad de la pureza*¹⁶ pero que les guardaba cierto rencor por las cosas que dijeran del hotel. No deben ser muy *ilustradas* para hablar de ese modo. A menos que las hayan calumniado. Comprendí fácilmente que pureza quedaba dicho en lugar de *pubertad*. Mientras esperaba la hora de encontrarme con

Albertina, tenía fijos mis ojos, como en un dibujo que uno acaba ya por no ver a fuerza de haberlo mirado, en la fotografía que había hecho Saint-Loup, cuando de golpe pensé de nuevo: “Es mi abuela, soy su nieto”, como un amnésico vuelve a encontrar su nombre, como un enfermo cambia su personalidad. Francisca entró para decirme que Albertina estaba esperando, y al ver la fotografía: “—¡Pobre señora! De veras, es ella. Hasta su lunar en la mejilla. El día que la retrató el marqués, había estado muy enferma, se desmayó dos veces. *Sobre todo, Francisca*—me dijo—, *es necesario que no lo sepa mi nieto*”. Y lo ocultaba bien, siempre estaba alegre en sociedad. Sola, por ejemplo, me parecía que tenía por momentos el espíritu decaído. Pero eso pasaba pronto. Y además me dijo así: —Si *alguna vez me sucediera algo, necesitaría un retrato mío. Nunca me bice sacar ninguno*. Entonces me mandó que le dijese al señor marqués —recomendándole que no le contara al señor que ella se lo había pedido— si podría sacarle una fotografía. Pero cuando volví a decirle que sí, ya no quería, porque le parecía tener muy mala cara. —*Es peor todavía*—me dijo— *que ninguna fotografía*. Pero, como no era para tanto, acabó por arreglarse tan bien, tocándose con un gran sombrero volcado, que ya no aparentaba nada a menos de ponerse a plena luz. Estaba muy contenta de su fotografía, porque en ese momento no creía que pudiera volver de Balbec. Por más que le dijese: “*Señora no hay que hablar en esta forma, no me gusta oír hablar así a la señora*”, estaba dentro de sus ideas. Y, vaya, hacía varios días que no podía comer. Por eso es que invitaba al señor a que comiera tan lejos con el señor marqués. Entonces, en lugar de ir a la mesa, hacía como que lela, y en cuanto salía el coche del marqués, subía para acostarse. Algunas veces quería avisar a la señora, para

verla una vez más. Y después le asustaba sorprenderla, ya que no le había dicho nada. —*Mejor es que se quede con su marido, ¿sabe usted, Francisca?*”. Francisca me miró y me preguntó de pronto si no me *sentía indispuerto*. Le dije que no; y entonces ella: “—Y usted me está reteniendo aquí para conversar con usted. A lo mejor ya ha llegado su visita. Tengo que bajar. No es una persona para este lugar. Y una apresurada como ella, a lo mejor ya se ha ido. No le gusta esperar. ¡Ah!, ahora la señorita Albertina es alguien”. “—Usted se equivoca; Albertina está bastante bien, demasiado bien para este lugar. Pero vaya a avisarle que no podré verla hoy.”

¡Qué frases compasivas hubiese despertado en Francisca el verme llorar! Me oculté cuidadosamente. Sin eso hubiera tenido su simpatía. Pero yo le daba la mía. No nos ubicamos lo suficiente en el corazón de esas pobres mucamas que no pueden vernos llorar, como si llorar nos causara daño; o quizás les hiciera daño, ya que Francisca me habla dicho cuando yo era pequeño: ‘No llore, no me gusta verlo llorar así’. No nos gustan las grandes frases y los testimonios, y obramos mal; cerramos así nuestro corazón a lo patético de los campos, a la leyenda que la pobre sirvienta, despechada, quizás injustamente, por robo, muy pálida, súbitamente más humilde, como si fuese una crimen ser acusada, desarrolla, invocando la honradez de su padre, los principios de su madre, los consejos de la abuela. Es verdad que esos mismos sirvientes que no pueden soportar lágrimas nos harán atrapar una pulmonía sin escrúpulos, porque a la mucama de arriba le gustan las corrientes de aire, y no sería conveniente suprimirlas. Porque es necesario que los mismos que tienen razón, como Francisca, también se equivoquen para hacer de la Justicia una

cosa imposible. Aun los humildes placeres de las sirvientas provocan la negativa o la burla de sus amos. Siempre es poca cosa, pero tontamente sentimental, antihigiénica. Por eso pueden decir: “—¡Cómo! ¿Yo no pido más que eso en todo el año y no me lo conceden?” Y sin embargo, los amos concederían mucho más siempre que no fuese estúpido y peligroso para ellas, o para ellos. Es verdad que no se puede resistir la humildad de la pobre mucama, temblorosa, dispuesta a confesar lo que no ha cometido, diciendo “me iré esta noche si es necesario”. Pero hay que saber también no permanecer insensible, a pesar de la trivialidad solemne y amenazadora de las cosas que dice, su herencia materna y la dignidad del *campito*, ante una vieja cocinera envuelta—en una vida y una ascendencia de honor, que levanta la escoba como un cetro, llevando su papel hasta lo trágico, entrecortándolo de sollozos, irguiéndose con majestad. Ese día recordé o imaginé tales escenas, las relacionadas con nuestra vieja sirvienta, y desde entonces, a pesar de todo el daño que pudo hacerle a Albertina, quería a Francisca con un afecto intermitente, es verdad, pero más fuerte por su índole pues se apoya en la compasión.

Cierto que sufrí todo el día al quedarme frente a la fotografía de mi abuela. Me torturaba. Menos, sin embargo, de lo que lo hizo la visita del director, por la noche. Como yo le hablaba de mi abuela y me renovaba sus condolencias, le oí decirme (porque le gustaba emplear las palabras que pronunciaba mal): “—Es como el día en que su señora abuela tuvo ese *simecope*; yo quería hacérselo saber, ¿verdad?, porque a causa de la clientela podía haber perjudicado a la casa. Mejor hubiera sido que partiera esa misma noche. Pero me suplicó que no le dijese nada y me prometió no tener más *simecopes*, y

que al primero se iría. El encargado del piso me contó, sin embargo, que tuvo otro. Pero, vaya, ustedes eran antiguos clientes a los que trataba de complacerse, y ya que nadie se quejó..” De modo que mi abuela había tenido sincopes y me lo había ocultado. Quizás en momentos en que yo era menos amable con ella, en que estaba obligada mientras sufría a cuidar su buen humor para no irritarme y aparentar salud para que no la echaran del hotel. “*Simecpe*” es una palabra que así pronunciada no hubiese imaginado nunca, que me hubiese parecido ridícula al aplicarse a otros, pero que en su extraña novedad sonora, semejante a una original disonancia, permaneció mucho tiempo en mí como algo capaz de despertar las más dolorosas sensaciones.

Al día siguiente, a pedido de mamá, fui a tirarme un poco en la arena, o mejor en las dunas, ahí donde uno se oculta en sus repliegues y donde sabía que ni Albertina ni sus amigas podrían encontrarme. Mis párpados caídos dejaban pasar una luz única, muy rosada, la de las paredes interiores de mis ojos. Luego se cerraron por completo. Entonces se me apareció mi abuela, sentada en un sillón. Tan débil que parecía vivir menos que nadie. Sin embargo, la ola respirar; a veces una seña nos indicaba que había comprendido lo que decíamos mi padre y yo. Pero, por más que la abrazara, no podía llegar á despertar una mirada de afecto en sus ojos, algún color en sus mejillas. Ausente de sí misma, parecía no quererme; no conocerme, quizás ni siquiera verme. No podía adivinar el secreto de su indiferencia, de su abatimiento, de su descontento silencioso. Aparté a mi padre. “—Lo ves, sin embargo —le dije—; no hay que hacerle, ha sorprendido exactamente cada cosa. Es la completa apariencia de

la vida. Si pudiéramos llamar a tu primo, que pretende que los muertos no viven... Hace —más de un año que se murió y en resumen vive siempre. Pero, ¿por qué no querrá abrazarme? —Mira, su pobre cabeza vuelve a caer—. Pero quisiera irse a los Campos Elíseos, lo antes posible: —Es una locura. —Verdaderamente, ¿crees que eso podría perjudicarla, que podría morir aún más? No es posible que ya no me quiera. Por más que la abrace, ¿ya no me sonreirá nunca?” “¡Qué quieres los muertos son los muertos...”.

Algunos días más tarde la fotografía que habla hecho Saint-Loup me resultaba dulce; no despertaba el recuerdo de lo que me dijera Francisca porque no me había dejado y me acostumbraba a él. Pero, ante la ideó de su estado tan grave, tan doloroso de ese día, la fotografía aprovechaba las astucias que desplegara mi abuela y acertaban a engañarme a pesar de haberme sido reveladas; me la mostraba tan elegante, tan despreocupada, bajo el sombrero que escondía un poco su rostro, que la veía menos desgraciada y con mejor salud de lo que me supusiera. Y a pesar de sus mejillas, que tenían una expresión propia, algo plumizo, azorado, como la mirada de un animal que ya se sintiese elegido y designado, mi abuela parecía una condenada a muerte, involuntariamente sombría, inconscientemente trágica, que se me escapaba, pero que siempre le impedía a mamá mirar la fotografía, esa fotografía que no le parecía tanto una fotografía de su madre como de su enfermedad, un insulto que esa enfermedad le infería al rostro brutalmente cacheteado de mi abuela.

Luego, un día, decidí comunicarle a Albertina que próximamente la recibiría. En una mañana de calor prematuro, los mil gritos de los niños que jugaban, los bañistas que bromeaban, los

vendedores de diarios, me habían descrito en rasgos de fuego, en chispas entrelazadas la playa ardiente que refrescaban con su frescura, una a una, las olas pequeñas; entonces empezó el concierto sinfónico mezclado al chapoteo del agua, en la que vibraban los violines como un enjambre —extraviado sobre el mar. Enseguida quise volver a escuchar la risa de Albertina, volver a ver a sus amigas, esas jóvenes que se destacaban en las aguas y que quedaron en mi recuerdo como un encanto inseparable, como la flora característica de Balbec; y resolví enviar por medio de Francisca unas líneas a Albertina, para la semana próxima, mientras el mar, subiendo apenas al batir de cada ola, recubría completamente con sus coladas de cristal la melodía cuyas frases aparecían separadas unas de las otras como esos ángeles laudistas que se levantan en la cima de las catedrales italianas entre las crestas de pórvido azul y de jaspe espumoso. Pero el día en que llegó Albertina, el tiempo se había descompuesto y refrescado de nuevo, y, por otra parte, no tuve oportunidad de oír su risa; estaba de muy mal humor. “—Balbec está insoportable este año —me dijo—. Trataré de no quedarme mucho tiempo. Usted sabe que estoy aquí desde Pascuas, hace más de un mes. No hay nadie. ¡Si le parece divertido!...” A pesar de la lluvia reciente y del cielo tornadizo a cada instante, después de haber acompañado a Albertina hasta Epreville, porque Albertina hacía, según su expresión, de *lanzadera* entre esa pequeña playa donde estaba la casa de veraneo de la señora de Bontemps e Incarville, donde vivía *en pensión* en casa de los padres de Rosemonde, me fui a pasear solo por ese camino grande que recorría el coche de la señora de Villeparisis cuando íbamos a pasear con mi abuela; charcas de agua que afín, no evaporara el sol brillante, hacían del suelo un verdadero

pantano, y pensaba en mi abuela, que antaño no podía dar un paso sin enfangarse. Pero en cuanto llegué al camino fue un deslumbramiento. Ahí, donde no observara en el mes de agosto, con mi abuela, más que las hojas y como el emplazamiento de los manzanos, estaban hasta perderse de vista en plena floración, con un lujo extraordinario, con los pies en el barro y en traje de fiesta, sin tomar precauciones para no estropear el satén rosado más maravilloso que se viera jamás y que hacía brillar el sol; el horizonte lejano del mar proporcionaba a los manzanos algo así como un segundo plano de estampa japonesa; si levantaba la cabeza para mirar al cielo entre flores que serenaban su azul, casi violento, parecían apartarse para enseñar la profundidad de ese paraíso. Bajo ese azul, una brisa ligera pero fría hacía temblar ligeramente los ramos ruborizados. Paros azules venían a posarse sobre las ramas y saltaban entre las flores, indulgentes, como si el que creara esa belleza viva hubiese sido aficionado al exotismo y los colores.

Pero emocionaba hasta las lágrimas, porque, tan lejos como se remontara uno en sus efectos de arte refinado, se advertía que era natural, que esos manzanos estaban en pleno campo como campesinos, sobre un gran camino de Francia. Luego, a los rayos del sol sucedieron de pronto los de la lluvia; marcaron el horizonte con rayas como de cebra y oprimieron la hilera de manzanos en su red gris. Pero éstos seguían irguiendo su belleza, florecida y rosada, en el viento que heló el chaparrón: era un día de primavera.

CAPÍTULO III

Los misterios de Albertina. Las muchachas que ve en el espejo. La dama desconocida. El ascensorista. La señora de Cambremer. Los placeres del señor Nissim Bernard. Primer boceto del extraño carácter de Moral. El señor de Charlus cena en casa de los Verdurin

Temiendo que el placer de ese paseo solitario debilitare el recuerdo de mi abuela, traté de reavivarlo pensando en el sufrimiento moral tan grande que había experimentado; a mi conjuro, este sufrimiento trataba de construirse en mi corazón; iba echando sus inmensos pilares; pero sin duda mi corazón era demasiado chico y no podía soportar tan inmenso dolor; mi intención se esquivaba en el momento en que estaba a punto de darle cima, y sus arcos se desmoronaban sin haberse juntado, como antes de haber perfeccionado su bóveda se deshacen las olas.

Sin embargo, nada más que por mis sueños al quedarme dormido, podía saber que disminuía mi pesar por la muerte de mi abuela, porque parecía menos oprimida por la idea que me hacía yo de su nada. La veis siempre enferma, pero en vías de restablecerse; la encontraba mejor. Y si ella aludía a lo que había sufrido, le cerraba la boca con mis besos y le aseguraba que ahora estaba curada para siempre. Quisiera que los escépticos comprobaran que la muerte es

verdaderamente una enfermedad de la que se vuelve. Sólo que no encontraba en mi abuela la rica espontaneidad de antaño. Sus palabras no eran más que una contestación debilitada, dócil, casi un simple eco de mis palabras; no eran sino el reflejo de mi propio pensamiento.

Incapaz aun de experimentar de nuevo un deseo físico, Albertina empezaba a inspirarme algo así como un ansia de felicidad. Algunos sueños compartidos de ternura, siempre flotantes en nosotros, se unen de buenas ganas por una especie de afinidad del recuerdo (a condición de que éste ya se haya hecho un poco vago) de una mujer con quien ya experimentamos placer. Ese sentimiento me recordaba ciertos aspectos del rostro de Albertina, más dulces, menos alegres, bastante diferentes de los que me hubiese evocado el placer físico; y como era menos urgente que ese último, habría postergado con gusto su realización hasta el próximo invierno sin tratar de volver a ver en Balbec a Albertina antes de su partida. Pero aun en medio de un pesar todavía vivo, renace el deseo físico. Desde mi lecho, en el que me hacían quedar mucho tiempo todos los días para descansar, deseaba yo que Albertina viniese para seguir con nuestros juegos de antaño. ¿Acaso, en el cuarto en que han perdido un hijo, los esposos de nuevo abrazados, no dan un hermano al pequeño muerto? Trataba de distraerme de ese deseo, yendo hasta la ventana, para mirar el mar de ese día. Como en el primer año, los mares de un día a otro eran difícilmente los mismos. Pero, por otra parte, no se parecían a los de ese primer afeó, fuese porque ahora estábamos en primavera con sus tormentas, o porque, aunque llegara en la misma época que la primera vez, tiempos distintos y más cambiantes podían indicar que evitaran esas cosas a ciertos mares indolentes, vaporosos y frágiles que vi

dormir en días ardorosos sobre la playa, levantando imperceptiblemente su seno azulado, con una blanda palpitación, o sobre todo porque mis ojos instruidos por Elstir en retener precisamente los elementos que apartaba antaño a voluntad, contemplaban largamente lo que no sabían ver el primer año. Esa oposición que entonces me chocaba tanto entre los paseos agrestes con la señora de Villeparisis y ese vecindario fluido, inaccesible y mitológico del océano eterno, ya no existían para mí. Y algunos días el mar mismo parecía, por el contrario, casi rural. En los días, bastante escasos, de verdadero tiempo bueno, el calor trazaba sobre las aguas, como a través de los campos, un sendero polvoriento y blanco tras el cual sobresalía la fina punta de un barco de pesca igual que un campanario aldeano. Un remolcador del que no se veis más que la chimenea humeaba a lo lejos como una usina apartada, mientras, solitario en el horizonte, un cuadrado blanco y henchido, pintado sin duda por una vela, pero aparentemente compacto y calcáreo, sugería el ángulo asoleado de algún establecimiento aislado, hospital o escuela. Y las nubes y *el* viento; los días en que se sumaban al sol, perfeccionaban, ya que no el error del juicio, por lo menos la ilusión de la primera mirada, lo que surtiere la imaginación. Porque la alternación de espacios de colores nítidamente separados como los que resultan en el campo por la proximidad de distintos cultivos, las desigualdades ásperas, amarillas y como barrosas de la superficie marina, las cosechas, los taludes que escamoteaban a la vista una barca donde un equipo de ágiles marineros parecía recoger las mieses, todo eso hacia del océano en los días de tormenta algo tan variado, tan consistente, tan accidentado, tan populoso, tan civilizado como la carretera sobre la que andaba antaño

y donde no debía tardar en pasear: Y una vez, sin poder resistir ya mi deseo, en lugar de volver a acostarme, me vestí para buscar a Albertina por Incarville. Le pedida que me acompañara hasta Douvfile, donde visitaría a la señora de Cambremer en Féterne y en la Raspèliere a la señora de Verdurin. Albertina podía esperarme mientras tanto en la playa y volveríamos juntos por la noche. Iba a tomar el pequeño ferrocarril local, cuyos sobrenombres regionales conocía por Albertina y sus amigas, a causa de sus innumerables desvíos; y lo llamaban ya el Tortuoso ya el *Lento*, porque no adelantaba nada; el *Transatlántico*, a causa de una espantosa sisería que poseía para que se guareciesen los transeúntes; el *Decdville* y el *Fun*, aunque no fuese de ninguna manera un funicular, sino por que trepaba por el acantilado, ni siquiera un Becauville, hablando con propiedad, sino porque tenía una vía de 60; el B. A. G., porque iba de Balbec a Grallevast, pasando por Angerville; el Trarn. y el T. S. N., porque formaba parte de la línea de tranvías del sur de Normandía. Me instalé en un coche en el que estaba solo; hacia un sol espléndido y asfixiante; bajé la cortinilla azul, que sólo dejó pasar una raya de sol. Pero enseguida vi a mi abuela tal como estaba sentada en el tren a nuestra partida de París a Balbec, cuando, sufriendo porque me veis beber cerveza, había preferido no mirar, cerrar los ojos y fingir que dormía. Yo, que antes no podía soportar su sufrimiento cuando mi abuelo bebía coñac, no sólo le había causado el de verme beber a invitación de otro una bebida que creía funesta, sino que la obligué a que me dejara libre de beberla a. voluntad; mucho más: con mis cóleras y mis ataques de asfixia, la habla obligado a ayudarme, a aconsejarme, en una resignación suprema cuya imagen muda y desesperada tenía ante la memoria con los ojos cerrados para

no verla. Tal recuerdo, como un golpe de varita mágica, me había devuelto el alma que estaba perdiendo desde hacía un tiempo; ¿qué hubiera podido hacer de Rosamunda cuando todos mis labios sólo estaban recorridos por el deseo desesperado de abrazar a una muerta? ¿Qué hubiera podido decir a los Cambremer y a los Verdurin cuando mi corazón latía tan fuerte porque variaba a cada instante el dolor que soportara mi abuela? No pude quedarme en ese coche. En cuanto se detuvo el tren en Maineville-la-Teinturière, renunciando a mis proyectos, descendí, alcancé el acantilado y seguí sus senderos sinuosos. Mafneville había adquirido desde hacía algún tiempo una considerable importancia y una reputación particular, porque un director de numerosos casinos, mercader de bienestar, había hecho construir no lejos de allí, con un lujo de mal gusto capaz de rivalizar con el de un palote, un establecimiento del que volveremos a ocuparnos y que era, hablando con franqueza, la primera casa pública para gente elegante que se decidió construir en las costas de Francia. Era la única. Cada puerto tiene la suya, pero adecuada únicamente para los marinos y para los aficionados a lo pintoresco, a los que divierte ver, junto a la iglesia inmemorial, la patrona casi tan vieja, venerable y musgosa, que espera ante su puerta mal afamada la vuelta de los barcos pesqueros.

Apartándome de la deslumbradora casa de “placer”, erguida insolentemente a pesar de las protestas que las familias dirigieron inútilmente al alcalde, alcancé de nuevo el acantilado y seguí sus senderos sinuosos en dirección a Balbec. Oí sin contestarlo el llamado de los espinos blancos. Vecinas menos ricas de las flores del manzano, les parecían demasiado pesadas, a pesar de reconocer el cutis

fresco que tienen las hijas de pétalos rosados de esos importantes fabricantes de sidra. Sabían que, aunque dotadas de menos riqueza, las requerían mucho más sin embargo y les bastaba para gustar su arrugada blanca.

Cuando volví, el portero del hotel me entregó una carta de luto en que participaban el marqués y la marquesa de Gonneville, el vizconde y la vizcondesa de Amfreville, el conde y la condesa de Berneville, el marqués y la marquesa de Graincourt, el conde de Amonon, la condesa de Maineville, el conde y la condesa de Franquetot, la condesa de Chaverny, nacida Aigleville, y que pude explicarme cuando reconocí los nombres de la marquesa de Cambremer, nacida du Mesnil la Guichard; del marqués y la marquesa de Cambremer, y cuando vi que la muerta, una prima de los Cambremer, se llamaba Leonorh]ufrasia-Humbertina de Cambremer, condesa de Criquetot. En la nómina de esa familia provinciana, cuyos apellidos llenaban renglones apretados y finos, no figuraba ni un burgués y, por otra parte, ni un título conocido; pero si, en cambio, toca la retahíla de nobles de la región que hacían cantar sus nombres —los de todos los lugares interesantes de la zona— con los alegres finales en *ville*, en *court*, a veces más sordos (*en toi*). Vestidos con las tejas de su castillo o con un revoque de su iglesia, sobresaliendo apenas con la cabeza temblorosa de la bóveda o del cuerpo de edificio y sólo para cubrirse con la farol normanda o los armazones del techo en pimentera, parecían haber convocado a todas las lindas aldeas escalonadas o dispersas en cincuenta leguas a la redonda y dispuesto en formación cerrada, sin una laguna, sin un intruso, en el damero compacto y rectangular de la aristocrática carta orlada de negro.

Mi madre había subido a su cuarto, meditando esta frase de la señora de Sévigné: “No veo a ninguno de los que quieren distraerme de vos; con palabras encubiertas tratan de impedir que os recuerde, y eso me ofende”, porque el presidente primero le había dicho que debía distraerse. A mí me cuchicheó: “—Es la princesa de Parma”. Se desvaneció mi temor al ver que la mujer que me señalaba el magistrado no tenía ninguna relación con Su Alteza Real. Pero, como había reservado un cuarto para pasar la noche al volver de casa de la señora de Luxemburgo, la noticia hizo que muchos confundieran a cualquier recién llegada con la princesa de Parma y que yo subiese a encerrarme en mi buhardilla.

No hubiera querido quedarme solo. Apenas eran las cuatro. Le pedí a Francisca que la llamara a Albertina, para que pasara conmigo el final de la tarde.

Creo que mentiría si dijera que ya comenzó la dolorosa y perpetua desconfianza que debía inspirarme Albertina, con mayor motivo el carácter particular, especialmente *gomórreo*, que revestiría esa desconfianza. En verdad, desde ese día —pero no era el primero— mi espera fue un poco ansiosa. Una vez que se fue Francisca, tardó tanto tiempo en volver que comencé a desesperarme. El viento hacía flamear la bandera del casino. Y más débil aún en el silencio de la grava sobre la que iba trepando el mar, como una voz que tradujese y acreciese la vaga nerviosidad de esa hora inquieta y falsa, un organito tocaba vales vieneses, frente al hotel. Por fin llegó Francisca, pero sola. “—Fui tan pronto pude; pero ella no quería venir porque no estaba bastante peinada. Si no estuvo una hora reloj en mano para ponerse pomada, no tardó cinco minutos. Esto va a ser una verdadera

perfumería. Ya viene; se ha retrasado por arreglarse frente al espejo. Creí encontrarla aquí”. Pasó bastante tiempo todavía hasta que llegara Albertina. Pero la alegría y la gentileza que derrochó en esa oportunidad disiparon mi pena. Me anunció (al contrario de lo que había dicho días pasados) que se quedaría durante toda la estación y me preguntó si no sería posible vernos todos los días como el primer año. Le dije que en esos momentos estaba demasiado triste y que más bien la mandaría llamar de tiempo en tiempo a último momento, como en París. “—Si siente alguna pena o se lo dicta el corazón, no vacile —me dijo—, hágame llamar, que vendré al instante, y si no teme escandalizar al hotel, me quedaré tanto como lo quiera”. Francisca parecía tan feliz al traerla como cada vez que se molestaba por mí y me conseguía un placer. Pero la misma Albertina no intervenía para nada en esa alegría, y a partir del día siguiente Francisca debía decirme estas palabras profundas: “—El señor no debiera ver a esa señorita. Yo sé cuál es su carácter; le causará disgustos”.

Al acompañar a Albertina, vi a la princesa de Parma a través del comedor iluminado. No hice más que mirarla, componiéndomelas para que no me viese. Pero confieso que descubrí cierta grandeza en esa cortesía real que me hiciera sonreír en casa de los Guermantes. Es un principio que los soberanos están en todas partes como en su casa, y el protocolo lo traduce en costumbres muertas y sin valor, como esa que quiere que el dueño de casa tenga su sombrero en la mano, en su propio hogar, para indicar que ya no está en su casa, sino en la del príncipe. Esta idea quizá no se la formulara la princesa de Parma, pero estaba tan imbuida de ella, que la traducían todos sus actos espontáneamente inventados para las circunstancias. Cuando

se levantó de la mesa entregó una generosa propina a Aimé, como si estuviese ahí únicamente para ella y si recompensara a un maître afectado a su servicio, al dejar un castillo. No se contentó, por otra parte, con la propina, sino que, con una graciosa sonrisa, le dirigió algunas palabras amables y halagadoras, de las que la proveyera su madre. Por poco le hubiera dicho que el hotel estaba tan bien llevado, cuánto florecía la Normandía y que prefería Francia a todos los países del mundo. Otra moneda se deslizó desde las manos de la princesa hasta el sumiller, a quien había mandado llamar y a quien quiso expresar su satisfacción como un general que acaba de pasar revista. El ascensorista llegó en ese momento para darle una respuesta; tuvo también una frase, una sonrisa y una propina, todo eso con palabras humildes y de aliento destinadas a probarles que no era más que ninguno de ellos. Como Aimé, el sumiller, el ascensorista y los otros creyeron que sería descortés no sonreír hasta las orejas a una persona que les sonreía, se vio rodeada muy pronto por un grupo de sirvientes, con los que conversó con la mayor benevolencia; como esos modales eran desacostumbrados en los palaces, las personas que pasaban por el lugar e ignoraban su nombre creyeron ver a una cliente habitual de Balbec que a causa de un origen mediocre, o por un interés profesional (sería, quizás, la mujer de un corredor de champaña) se distinguía menos de los domésticos que los clientes verdaderamente elegantes. En cuanto a mí, pensé en el palacio de Parma, en los consejos semirreligiosos, semipolíticos dados a esta princesa, que obraba con el pueblo como si hubiera debido conciliárselo para reinar algún día. Mucho más, como si ya reinase.

Subí a mi cuarto, pero no estaba solo. Oía a alguien tocar a Schumann. En verdad, sucede que la gente, aun la que más queremos, se satura con la tristeza o el fastidio que emana de nosotros. Hay, algo sin embargo que es capaz de irritar o no alcanzará nunca a una persona: y es un piano.

Albertina me había hecho anotar las fechas en que debía ausentarse e ir a casa de sus amigas por algunos días, y me había hecho anotar también su dirección, por si la necesitaba una de esas noches, porque ninguna habitaba demasiado lejos. Por eso, para encontrarla de muchacha en muchacha, se anudaron naturalmente en torno a ella lazos de flores. Me atrevo a confesar que muchas de sus amigas —aún no la quería— me brindaron en una playa u otros momentos de placer. Esas jóvenes compañeras benevolentes no me parecían muy numerosas. Pero últimamente he vuelto a pensar y sus nombres tornaron a mi memoria. Contaba que en esa sola estación, doce me concedieron sus frágiles favores. Un nombre se me apareció luego, lo que hizo trece. Tuve entonces algo como una crueldad infantil al detenerme en ese número. ¡Ay!, pensaba que había olvidado a la primera, Albertina, que ya no estaba y era la decimocuarta.

Había anotado los nombres y las direcciones de las muchachas en cuya casa podía encontrarla tal día que no estuviese en Incarnaville, para volver a tomar el hilo del relato, pero pensé que podía aprovechar más bien esos días para ir a casa de la señora de Verdurin. Por otra parte, nuestros deseos respecto a distintas mujeres no siempre tienen la misma fuerza. Una noche no podemos vivir sin una, y después de eso, durante uno o dos meses no nos turbará en lo mínimo. Además, las causas de alternación que aquí no es el lugar adecuado para estudiar,

después de las grandes fatigas carnales; la mujer cuya imagen obsesiona nuestra momentánea senilidad es una mujer a la que apenas besaríamos en la frente. En cuanto a Albertina, la veía apenas solamente las noches muy espaciadas en que no podía pasarme sin ella. Si tal deseo se apoderaba de mí cuando estaba demasiado lejos de Balbec para que Francisca pudiese llegar hasta allá, enviaba al ascensorista a Egreville, a la Sogne, a Sainti Richoux, pidiéndole que terminara su trabajo un poco antes. Entraba en el cuarto, pero dejaba la puerta abierta, porque, aunque atendiese concienzudamente su trabajo, que era muy duro, pues consistía en fregar y fregar desde las cinco de la mañana, no podía decidirse al esfuerzo de cerrar una puerta, y si uno le hacía notar que estaba abierta, se volvía y, haciendo un máximo esfuerzo, la empujaba levemente. Con el orgullo democrático que lo caracterizaba y al que no llegan en las carreras liberales los miembros de profesiones algo numerosas, abogados, médicos, hombres de letras que llaman solamente a otro abogado, hombre de letras o médico: “Mi cofrade”, él, usando con razón un término reservado a los cuerpos restringidos como las academias, por ejemplo, me decía al hablar de un *botones* que trabajaba, día por medio, de ascensorista: “—Voy a ver si me reemplaza mi *colega*”. Ese orgullo no le impedía aceptar remuneraciones para mejorar lo que llamada *su estipendio*, por sus diligencias, lo que lo había hecho odiar por Francisca: “—Sí; la primera vez que lo ve uno le daría a Dios sin confesión; pero hay días en que es tan educado como una puerta de presidio. Son todos unos aprovechadores”, categoría en la que había clasificado tan a menudo a Eulalia y donde, ¡ay!, por todas las desgracias que debía acarrear algún día, ya clasificaba a Albertina,

porque me veía pedirle a mamá, para mi amiga poco afortunada chucherías y tonterías; lo que Francisca consideraba inexcusable, porque la señora de Bontemps no tenía más que una sirvienta para todo quehacer. Pronto, el ascensorista que se había sacado lo que yo hubiese llamado su librea y él llamaba su túnica, aparecían con sombrero de paja y bastón, cuidando su andar y el cuero erguido, porque su madre le había recomendado que no tomara nunca el estilo *obrero* o *botones*. Por lo mismo que, gracias a los libros, la ciencia es accesible a un obrero que ya no es obrero cuando ha terminado su trabajo, la elegancia, gracias a su sombrero de paja y al par de guantes, se hacía accesible al ascensorista, que ya que no conducía más clientes por la noche, se creía como el joven cirujano que se ha quitado su blusa o el sargento de caballería Saint-Loup sin uniforme, convertido en un perfecto hombre de mundo. No dejaba, por otra parte, de tener ambiciones ni tampoco talento para manejar su jaula y no dejarlo a uno entre dos pisos. Pero su lenguaje era defectuoso. Creía en su ambición, porque al hablar del portero, de quien dependía, decía: “Mi portero”, con el mismo tono que un hombre que poseyera en París lo que el *botones* hubiese llamado “un hotel particular”, hablaría de su portero. En cuanto al lenguaje del ascensorista, es curioso que alguien que oía llamar a los clientes cincuenta veces por día: “Ascensor”, no dijese nunca sino *accensor*. Algunas cosas de ese ascensorista eran sumamente fastidiosas; aunque se lo hubiese dicho, me interrumpía con una locución: “¡No me diga!” o “¿Se da cuenta?”, que parecía significar, o bien que mi observación era tan evidente que cualquiera la hallada, o bien que todo el mérito recala sobre él, como si fuera él quien atrajese mi atención. “¡No me diga!” o “¿Se da

cuenta”, dichos con la mayor energía, volvían cada dos minutos a su boca, por cosas que no hubiera sospechado nunca, lo que me irritaba tanto que inmediatamente me ponía a decir lo contrario para demostrarle que no entendía nada. Pero a mi segundo aserto, aunque inconciliable con el primero, no dejaba de contestar: “¡No me diga!” “¿Se da cuenta?”, como si esas palabras fuesen inevitables. Le perdonaba difícilmente que emplease ciertos términos de su oficio que por eso hubiesen sido muy convenientes al propio, sólo que en sentido figurado, lo que les daba una intención ingeniosa bastante tonta, por ejemplo, el verbo pedalear. Nunca lo usaba cuando había hecho una diligencia en bicicleta. Pero si yendo a pie se había apurado para llegar puntualmente, al significar que había andado ligero, me decía: “—¡Usted se imagina si habrá pedaleado uno!”. El ascensorista era más bien pequeño, mal constituido y bastante feo, lo que no impedía que cada vez que se le hablaba de un joven alto, esbelto y fino, dijese: “—¡Ah, sí, ya sé! Uno que tiene mi altura”. Y un día que esperaba una contestación suya, cuando subieron por la escalera al oír ruido de pasos, había abierto con impaciencia la puerta de mi cuarto y visto un *botones* hermoso como Endimión, con rasgos increíblemente perfectos, que venía en busca de una señora que yo no conocía. Cuando volvió el ascensorista, al decirle con qué impaciencia esperaba su respuesta, le conté que creí que él era quien subía, pero que resultó ser un *botones* del hotel de Normandía. “—¡Ah, sí!, ya sé quién es —me dijo—; no hay más que uno: un muchacho de mi estatura. De cara también se me parece tanto, que podrían confundirnos; parece mi hermano, por completo”. En fin, quería aparentar haber comprendido todo desde el primer segundo, lo que

hacía que apenas le recomendaba uno alguna cosa, dijese: —Sí, sí, sí; sí, sí, comprendo perfectamente”, con una nitidez y un tono inteligente que me ilusionaron algún tiempo; pero las personas, a medida que uno las conoce, son como un metal sumergido en una mezcla corrosiva, y uno les ve perder poco a poco sus cualidades (como así también sus defectos). Antes de hacerle mis recomendaciones, vi que habla dejado abierta la puerta; se lo hice notar temiendo que nos hubieran oído; accedió a mi deseo y volvió una vez que hubo disminuido la abertura. “—Es para complacerlo, pero en el piso no hay nadie más que nosotros”. Enseguida oí pasar, una, luego dos, luego tres personas. Eso me molestaba a causa de la posible indiscreción; pero, sobre todo, porque veía que no lo asombraba en lo mínimo y que lo suponía un vaivén normal. “—Sí, es la mucama de al lado, que viene a buscar sus cosas. ¡Oh, no tiene importancia! Es el sumiller que sube las llaves. No, no, no es nada, puede usted hablar; es mi colega que toma servicio”. Y como los motivos que tenían todos para pasar no disminuían mi fastidio porque me escuchasen, ante una orden formal fue, no a cerrar la puerta lo que hubiese estado más allá de las fuerzas de ese ciclista que deseaba una *moto*, sino a entornarla algo más. “—Así estamos perfectamente tranquilos”. Tanto lo estábamos, que una americana entró y se retiró disculpándose por haberse equivocado de cuarto. “—Usted va a traerme a esa muchacha —le dije después de haber golpeado yo mismo la puerta con todas mis fuerzas (lo que acercó a otro *botones* que se cercioró si no había alguna ventana abierta)—. Recuerde bien: la señorita Albertina Simonet. Por otra parte, está en el sobre. No tiene más que decirle que viene de parte mía. Vendrá con gusto”,

agregué para alentarle y no humillarme demasiado. “—¡No me diga!” “—Pero no, al contrario, no es nada natural que venga de buena gana. Es muy incómodo llegar hasta aquí desde Berneville”. “—Ya entiendo”. “—Usted le dirá que venga con usted”. “—Sí, sí, sí, sí, comprendo perfectamente”, contestó con ese tono fino y preciso que había dejado hace ya tiempo de causarme *buena impresión*, porque yo sabía que era casi mecánico y encubría bajo su aparente nitidez, mucha vaguedad y tontería. “—¿A qué hora volverá?”. “—No tardaré mucho tiempo —decía el ascensorista, que, llevando al extremo la regla promulgada por Bélise de evitar la reiteración de partículas negativas, se contentaba siempre con una sola negativa. Puedo ir sin ninguna dificultad. Precisamente han sido suprimidas las salidas hace un rato porque había un salón de veinte cubiertos para un almuerzo. Y ahora me tocaba sacar a relucir el *hace un rato*. Es justo que salga un poco esta noche. Tomo la bici. Así volveré más pronto”. Y una hora después llegaba diciendo: “—El señor ha esperado bastante, pero esa señorita viene conmigo. Está abajo”. —¡Ah, gracias! El portero no se enfadará conmigo”. “—¿El señor Pablo? Ni siquiera sabe adónde he ido. Ni el jefe de puerta tiene nada que decir”. Pero una vez que le había dicho: “—Es necesario, de todas maneras, que la traiga usted”, me dije sonriendo: “—Usted sabe que no la encontré. No está ahí. Y no pude quedarme más tiempo; temía ser como mi colega, a quien despidieron del hotel (porque el ascensorista que decía *volver a entrar* para una profesión en que se entra por primera vez, *me gustaría volver a entrar en los correos*, por compensación o para suavizar la cosa si se trataba de él o insinuarlo más suave o más pérfidamente si se trataba de otro, suprimía la reiteración y decía: “—Sé que ha sido

despachado”). No sonreía por maldad, sino a causa de su timidez. Creía aminorar la importancia de su falta tomándola en broma. Lo mismo, si me había dicho: “—*Usted sabe* que no la he encontrado”, no es porque creyese que ya lo supiera. Al contrario, no dudaba de que yo lo ignoraba, y eso especialmente lo espantaba. Por eso decía *usted lo sabe*, para evitarse a sí mismo las angustias que sufriría al pronunciar las frases destinadas a hacérmelo saber. Uno no debiera nunca enojarse contra aquellos que, sorprendidos en falta por nosotros se ponen sarcásticos. Lo hacen, no porque se burlen, sino porque los aterra que pudiéramos estar descontentos. Demostremos una gran compasión; atestigüemos una gran dulzura a los que se ríen. Semejante a un verdadero ataque, la turbación del ascensorista le había acarreado, no solamente una rojez apoplética, sino una alteración del lenguaje convertido súbitamente en familiar. Terminó por explicarme que Albertina no estaba en Egreville, que no iba a volver hasta las nueve y que si a veces —lo que quería significar por *casualidad*—, volvía más temprano, le darían la nota y estaría conmigo, en todo caso, antes de la una de la mañana.

Por otra parte, no fue la noche en que comenzó a tomar cuerpo mi cruel desconfianza. No, para decirlo de una vez, y aunque el hecho sólo tuviese lugar algunas semanas más tarde, se originó en una observación de Cottard. Ese día Albertina y sus amigas me querían arrastrar al casino de Incarville, y para suerte mía no me hubiese reunido con ellas (ya que deseaba visitar a la señora de Verdurin, que me había invitado en distintas oportunidades) de no detenerme en el mismo Incarville una avería del tranvía, para cuya reparación se necesitaría cierto tiempo. Caminando de largo a largo mientras

esperaba que se obviase el inconveniente, me encontré de manos a boca con el doctor Cottard, que había venido a Ingarville para una consulta. Como no contestara ninguna de mis cartas, casi vacilé al saludarlo. Pero la amabilidad no se manifiesta del mismo modo en todas las personas. Ya que la educación no lo sujetara a las mismas reglas fijas: de cortesía de la gente de sociedad, Cottard estaba lleno de buenas intenciones que uno ignoraba y negaba hasta el día en que tenía oportunidad de manifestarlas. Se disculpó; había recibido efectivamente mis cartas y señalado mi presencia a los Verdurin, que tenían muchas ganas de verme y a quienes me aconsejaba visitara. Hasta quería acompañarme esa misma noche, porque volvería a tomar el trencito local para cenar con ellos. Como yo vacilaba y él tenía aún para rato con su tren, y ya el desperfecto era bastante largo de arreglar, lo hice entrar en el pequeño casino, uno de los que me habían parecido tan tristes la noche de mi primera llegada, lleno ahora con el bullicio de las muchachas, que, a falta de compañeros, bailaban entre ellas. Andrea se me acercó resbalando, y lo estaba a punto de partir al instante con Cottard, hacia la casa de los Verdurin, cuando de pronto rechacé definitivamente su ofrecimiento debido al muy vivo deseo de quedarme con Albertina. Es que acababa de oír su risa. Y esa risa evocaba las rosadas encarnaciones, los perfumados tabiques contra los cuales parecía que acabara de restregarse y de los que, acre, sensual y revelador como el perfume del geranio, se dijera que llevaba con él algunas partículas casi ponderables, irritantes y secretas.

Una de las muchachas que yo no conocía se sentó al piano, y Andrea le pidió a Albertina que valsara con ella. Feliz al pensar que me quedaría con ellas en el pequeño casino, le hice notar a Cottard lo

bien que bailaban. Pero él, desde el punto de vista específico del médico y con una descortesía que no tomaba en cuenta que conocía yo a esas muchachas, a las que sin embargo, debió verme saludar, me contestó: “—Sí, pero son muy imprudentes esos padres que dejan adquirir a sus hijas semejantes costumbres. En verdad, no permitiría a las mías que vinieran aquí. ¿Son bonitas por lo menos? No veo sus rasgos. En efecto, mire —agregó, indicándome a Albertina y Andrea, que valsaban lentamente apretadas entre sí—, he olvidado mis anteojos y no veo muy bien, pero están seguramente en pleno goce. No se sabe hasta qué punto las mujeres lo experimenta particularmente en los senos. Y vea usted, los de ellas se rozan por completo”. Efectivamente, no había cesado el contacto entre los de Andrea y Albertina. No sé si oyeron o adivinaron la observación de Cottard, pero se desprendieron levemente, aunque siguieron valsando. Andrea le dijo en ese momento unas palabras a Albertina, y ésta se rió con la misma risa profunda y penetrante que acababa de oír. Pero la turbación que me comunicó ahora no fue sino más cruel; Albertina parecía enseñar y hacerle comprobar a Andrea cierto estremecimiento voluptuoso y secreto. Sonaba como los primeros o los últimos acordes de una fiesta desconocida. Volví a partir con Cottard, conversando distraídamente con él y pensando sólo a ratos en la escena que acababa de ver. Y no es que me interesara la conversación de Cottard. Hasta se había agriado en ese instante, porque acabábamos de advertir al doctor du Boulbon, que no nos vio. Había venido a pasar una temporada del otro lado de la bahía de Balbec, donde muy a menudo se lo consultaba. Y, aunque Cottard solía afirmar que no practicaba la medicina durante las vacaciones, pensó procurarse en esa costa una

clientela seleccionada, a lo que ponía obstáculos du Boulbon. Naturalmente, el médico de Balbec no podía molestar a Cottard. Sólo era un médico muy concienzudo que lo sabía todo y a quien no podía hablársele de la menor picazón sin que enseguida le indicase a uno, con una fórmula complicada, la pomada, loción o linimento que convenía. Como decía María Gineste en su lindo lenguaje; sabía encantar las heridas y las llagas. Pero no tenía ninguna cultura. Le había causado un efectivo pequeño disgusto a Cottard. Desde que quiso cambiar su cátedra por la de terapéutica, éste se había especializado en intoxicaciones. Las intoxicaciones, peligrosa innovación de la medicina que sirve para renovar las etiquetas de los farmacéuticos cuyos productos se declaran de ningún modo tóxicos y aun antitóxicos, al contrario de las drogas similares. Es la propaganda de moda; apenas si sobrevive, debajo y en letras ilegibles, como rastro de una moda anterior, la seguridad de que el producto ha sido cuidadosamente esterilizado. Las intoxicaciones también sirven para tranquilizar al enfermo, que se entera con alegría de que su parálisis no es más que un malestar tóxico. Sucedió que un gran duque había ido a pasar algunos días en Baibec, y como se le hinchó extraordinariamente un ojo, llamó a Cottard, quien a cambio de varios billetes de cien francos (el profesor no se molestaba por menos) señaló como causa de la inflamación un estado tóxico e indicó un régimen anti-tóxico. Como el ojo no se desinflamaba el gran duque recurrió al médico habitual de Balbec, que en cinco minutos le extrajo una mota de polvo. Al día siguiente no había ni rastros. Un rival más peligroso, sin embargo, era una eminencia en enfermedades nerviosas. Hombre rubicundo y alegre, tanto porque la frecuentación de la decaden-

cia nerviosa de los demás no le impedía tener una salud a toda prueba, para tranquilizar a sus enfermos con la risa estrepitosa de sus *buenos días y su hasta luego*, aunque más tarde sus brazos de atleta ayudarían a colocarles el chaleco de fuerza. Sin embargo, en cuanto se conversaba con él en sociedad, así fuese de política o de literatura, lo escuchaba a uno con atenta benevolencia, pareciendo decir: “—¿De qué se trata?”, sin definirse enseguida, como si se refiriese a una consulta. Pero, en resumidas cuentas, sea cual fuere su talento, era un especialista. Por lo que toda la ira de Cottard recaía sobre du Boulbon. Por otra parte, pronto me alejé del profesor amigo de los Verdurin para volver a él prometiéndole visitarlos cuanto antes.

El daño que me causaran sus palabras con respecto a Albertina y Andrea era profundo, pero no experimenté los peores sufrimientos al principio, como sucede con esos envenenamientos que no obran sino al tiempo.

A pesar de las seguridades del ascensorista Albertina no había venido esa noche en que él la fuera a buscar. Es verdad que los encantos de una persona son un motivo menos frecuente del amor que una frase por el estilo: “—No, no estaré desocupada esta noche”. Uno, si está con amigos, ni escucha esa frase; sigue alegre durante toda la tarde y no se ocupa de cierta imagen; mientras tanto está sumergida en la mezcla necesaria; encuentra al volver el clisé revelado y perfectamente claro. Se advierte que la vida ya no es esa vida que hubiéramos abandonado la víspera por una insignificancia, porque si bien se sigue sin temor a la muerte; ya no se atreve a pensar uno, en la separación.

Por otra parte, a partir, no de la una de la mañana (hora determinada por el ascensorista), sino de las tres, ya no tuve como antes el sufrimiento de sentir que disminuían mis probabilidades de que llegara. La certeza de que ya no llegaría me trajo frescura y una calma completa; esa noche era sencillamente una noche como tantas en que no la veía; de ahí arrancaba. Y entonces, destacándose sobre ese aniquilamiento aceptado, se me hacía dulce pensar que la vería al día siguiente o en otros días. A veces, en esas noches de espera la angustia se debe a un medicamento que uno ha tomado. Interpretado erróneamente por el que sufre, cree sentir ansiedad por la que no llega. El amor nace en tales ocasiones como algunas enfermedades nerviosas se originan en la explicación inexacta de un penoso malestar. Explicación que no conviene rectificar, por lo menos en lo que concierne al amor, sentimiento que (sea cual fuere su causa) es siempre equivocado.

Al día siguiente, cuando me escribiera Albertina que acababa de volver a Epreville —no había recibido, por consiguiente, mi carta a tiempo y vendría a verme por la noche, si yo lo permitía—, tras las palabras de su carta, como detrás de las que me dijera cierta vez por teléfono, creí advertir la presencia de placeres y seres que me habían suplantado. Una vez más me agitó por entero la dolorosa curiosidad de saber qué habla podido hacer, y por el amor latente que uno lleva siempre en sí, crol por un momento que me ataría a Albertina, pero se conformó con estremecerse ahí mismo y sus últimos rumores se apagaron sin que se hubiera puesto en marcha.

Había comprendido equivocadamente durante mi primera permanencia en Balbec el carácter de Albertina, y quizás Andrea

hiciera como yo. Había creído en la frivolidad, pero no sabía si todas nuestras súplicas bastarían para retenerla y hacerle abandonar un *garden-party*, un paseo en burro, o un picnic. En mi segunda estada en Balbec, sospeché que esa frivolidad no era más que apariencia y el *garden-party* otra cosa que un biombo, ya que no un invento. Bajo distintas formas sucedía lo siguiente (entiendo las cosas vistas por mí, del lado mío del vidrio que no era absolutamente transparente y sin que pudiese saber cuánta verdad había en el otro lado): Albertina me prodigaba las más apasionadas protestas de ternura. Miraba la hora porque debía visitar a una señora que, según parece, recibía diariamente en Infreville a las cinco. Atormentado por una sospecha y sintiéndome, por otra parte, indispuerto, le pedía a Albertina, le suplicaba que se quedara conmigo. Era imposible (y no tenía ya ni cinco minutos libres) porque se disgustarla esa señora poco hospitalaria, susceptible y fastidiosa, según Albertina. “—Pero uno puede dejar de hacer una visita por una vez”. “—No, mi tía me enseñó que ante todo había que ser educada”. “—¡La he visto tantas veces desatenta!...” “—Vaya, no es lo mismo; esa señora me guardada rencor y me causaría disgustos con mi tía. No estoy en tan buenas relaciones con ella como para eso. Insiste en que vaya a verla una vez”. “—Pero si recibe todos los días”. Ahí, Albertina advertía que sé había *cortado* y modificaba el motivo. “—Se entiende que recibe todos los días; pero hoy me he citado en su casa con unas amigas. Así nos aburrirémos menos”. “—Entonces, Albertina, ¿prefiere a la señora y sus amigas en mi lugar, ya que para no arriesgar una visita algo aburrida prefiere dejarme solo, enfermo y desalentado?” “—Me daría lo mismo que la visita fuera aburrida; pero es por ellas. Las traeré en mi

carricoche. Sin eso no tendrían ningún medio de transporte”. Le hacía notar a Albertina que había en Infreville trenes hasta las 10 de la noche. “—Es verdad. Pero, ¿sabe usted?, es probable que nos pidan que nos quedemos a cenar. Es muy hospitalaria”. “Y bueno, rechace usted”. “—Volveré a disgustar a mi tía”. “—Por otra parte, usted puede cenar y tomar el tren de las diez”. “—Es un poco demasiado justo”. “—Entonces nunca podría cenar afuera y volver con el tren. Pero mire, Albertina, vamos a hacer una cosa muy sencilla, siento que el aire me hará bien: ya que usted no puede dejar a la señora, voy a acompañarla hasta Infreville. No tema nada: no llegaré hasta la torre de Isabel (la casa de la señora), no verá a la señora ni a sus amigas”. Albertina parecía haber recibido un golpe tremendo. Se le entrecortaba la voz. Dijo que los baños de mar no la favorecían. “—¿Le molesta que la acompañe?”. “—¿Pero cómo puede decir semejante cosa? Demasiado sabe que mi mayor placer consiste en salir con usted”. Se había producido un brusco viraje. “—Ya que iremos a pasear —me dijo ella—, ¿por qué no vamos del otro lado de Balbec? Cenaríamos juntos. ¡Sería tan lindo! En el fondo, esta costa es mucho más hermosa. Ya empieza a aburrirme Infreville y, por otra parte, todos esos rinconcitos de color espinaca”. “—Pero se le enojará la amiga de su tía, si usted no va a verla”, “—Y bueno, tendrá que desenojarse”. “—No, no conviene disgustar a la gente”. “—Ni se dará cuenta; recibe todos los días; aunque vaya mañana pasado mañana, dentro de ocho días o dentro de quince, siempre estará bien”. “—¿Y sus amigas?” “—¡Oh! bastante me han hecho esperar. Ahora me toca a mí”. “—Pero del lado que me propone usted, ya no hay tren después de las nueve”. “¿Y qué tiene? Las nueve;

perfecto. Además, no hay que dejarse detener nunca por la vuelta. Siempre podré encontrar un coche, una bicicleta, y a falta de todo, para eso tenemos piernas”. “—Siempre se encuentra, Albertina, si le parece. Todavía del lado de Infreville, donde las pequeñas estaciones de madera están pegadas unas a otras. Pero del lado de... ya no es lo mismo”. “—Aun de ese lado. Prometo traerlo a usted sano y salvo”. Advertía que Albertina estaba renunciando por mí “a algo ya planeado que no quería decirme, y alguien sufriría como yo. Al ver que ya no era posible lo que había querido, puesto que deseaba acompañarla, renunciaba francamente. Sabía que no era irremediable. Porque, como todas las mujeres que tienen varias cosas en su existencia, poseía ese punto de apoyo que nunca falla: la duda y los celos. Es verdad que no trataba de excitarlos; al contrario. Pero los enamorados son tan desconfiados que perciben muy pronto la mentira. De manera que Albertina no era mejor que otra y sabía por experiencia (sin adivinar para nada que eso se lo deba a los celos) que podía estar segura de volver a encontrar a aquella gente que hubiera abandonado una noche. La persona desconocida que había dejado por mí, sufriría; la amaría aún más (Albertina no sabía que era por eso), y para no seguir sufriendo volvería por propio impulso hacia ella, como lo hubiera hecho yo. Pero no quería ni apenar, ni cansarme, ni entrar por la vía terrible de las investigaciones, de la vigilancia multiforme e innumerable. “—No, Albertina; no quiero echar a perder sus diversiones; vaya usted a visitar a esa señora de Infreville o a casa de la persona que oculta, me da lo mismo. La verdadera causa por la que no la acompaño es que usted no lo desea, y el paseo que daría conmigo no es el que quisiera hacer. La prueba es que se contradijo usted más de

cinco veces sin advertirlo”. La pobre Albertina temió que sus contradicciones, que no había reparado, fuesen más graves. No sabiendo exactamente cuáles habían sido sus mentiras: “—Es muy posible que me haya contradicho. El aire del mar me quita todo razonamiento. A cada rato digo un nombre por otro. Y (lo que me probó que no hubiera necesitado ahora muchas dulces afirmaciones para que la creyese) experimenté el sufrimiento de una herida al oír esa confesión de lo que apenas había supuesto. “—Y bueno, de acuerdo, me voy —dijo ella con un tono trágico, sin dejar de mirar para saber si estaba atrasada con el otro, ahora que yo le proporcionaba el pretexto de no quedarse conmigo durante esa velada—. Usted es demasiado malo. Lo cambio todo para pasar una buena velada con usted y es usted el que no quiere, y me señala mentiras. Nunca lo había visto tan cruel hasta ahora. El mar será mi tumba. No volveré a verlo nunca. (Al oír estas palabras latió mi corazón aunque estuviese seguro de que volvería al día siguiente, como sucedió). Me ahogaré, me arrojaré al agua”. “—Como Safo”. “—Un insulto más: ya no sólo duda de lo que digo, sino de lo que hago”. “—Pero, hijita, le juro que no ponía ninguna intención; usted sabe que Safo se precipitó al mar”. “—Sí, sí, ya no me tiene usted ninguna confianza”.

Vio que eran menos veinte en el reloj; temió no llegar a tiempo para lo que tenía que hacer, y eligiendo el más breve de los adioses (del que se disculpó, por otra parte, viniendo al día siguiente; tal vez al día siguiente la otra persona no estaba libre), huyó a la carrera gritando: “—Adiós para siempre”, desesperadamente. Y quizás estaba desesperada. Porque como en ese momento sabía lo que estaba haciendo mejor que yo, más severa y más indulgente a la vez para ella

misma de lo que yo lo era, puede que de cualquier manera dudase si no quisiera volver a recibirla después de la manera como me había dejado. Y creo que tenía tal apego por mí al extremo que la otra persona era más celosa que yo mismo.

Algunos días más tarde, en Balbec, cuando estábamos en la sala de baile del casino, entraron la hermana y la prima de Bloch, que se habían puesto muy bonitas ambas, pero a las que ya no saludaba debido a mis amigas, porque la menor, la prima, vivía a sabiendas de todos con la actriz que conociera durante mi primera permanencia. A una alusión que yo hiciera a media voz sobre el asunto, Andrea me dijo: “—¡Oh!, en cuanto a eso yo soy como Albertina: nada nos horroriza tanto”. En cuanto a Albertina, empezando a conversar conmigo en el sofá en que estábamos sentados, había vuelto la espalda a las dos muchachas mal afamadas. Sin embargo, yo había notado que antes de ese movimiento, cuando aparecieron la señorita Bloch y su prima, pasó por los ojos de mi amiga esa atención brusca y profunda que a veces daba un aspecto serio al rostro de la traviesa muchacha; hasta grave, y la dejaba luego entristecida. Pero Albertina había desviado enseguida hasta mí sus miradas, que continuaron, sin embargo, singularmente inmóviles y soñadoras. La señorita Bloch y su prima acabaron por irse después de haber reído fuerte y gritado en forma muy poco conveniente, y le pregunté a Albertina si la rubiecita (la amiga de la actriz) no era la misma que premiaron el día anterior en la carrera para coches de flores. “—¡Ah!, no sé —dijo Albertina—. ¿Hay una rubia? Le diré que no me interesan mucho, no las he mirado nunca. “—¿Acaso hay una rubia?”, preguntó con un tono interrogativo y despejado a sus tres amigas. Refiriéndose a

personas que Albertina encontraba a diario en el dique, esa ignorancia me pareció excesiva para no ser fingida. “—No parecen mirarnos mucho a la verdad”, dije a Albertina, quizás en el supuesto de que no encaraba, sin embargo, de manera consciente que Albertina amase a las mujeres, para sacarle todo remordimiento al demostrarle que no habla despertado la atención de éstas y que, en términos generales, no es lo habitual, aun para las más viciosas, que se preocupen de las muchachas que no conocen”. “—¡No nos han mirado! —contestó aturdidamente Albertina—. No han hecho otra cosa en todo el tiempo”. “—Pero no puede saberlo —le dije—; les daba usted la espalda”. “—¡Ah, sí! ¿y esto?””, me contestó enseñándome un espejo grande embutido en la pared de enfrente que yo no advirtiera y sobre el cual comprendía ahora que mi amiga no había dejado de fijar sus hermosos ojos llenos de preocupaciones, mientras me hablaba.

A partir del día en que Cottard entrara conmigo en el pequeño casino de Incarville, sin compartir la opinión que había emitido, Albertina ya no me pareció la misma; su presencia me encolerizaba. Hasta yo había cambiado al punto de parecerme distinta. Había dejado de quererla; en su presencia y fuera de su presencia cuando se lo pudieran contar, hablaba de ella del modo más sangriento. Había treguas, sin embargo. Un día yo supe que Albertina y Andrea habían aceptado una invitación a casa de Elstir. Seguro de que fuese en consideración a lo que podrían divertirse a la vuelta como colegialas imitando a las muchachas poco recomendables para encontrar en ello un placer inconfesado de vírgenes que me apenaba, sin anunciarme, para molestarlas y privar a Albertina del placer con que contaba, llegué de improviso a lo de Elstir. Pero no encontré más

que a Andrea. Albertina había elegido un día en que fuera su tía. Entonces me decía que Cottard debió equivocarse; se prolongaba la impresión favorable que me produjera la presencia de Andrea sin su amiga y mantenía en mí disposiciones más dulces frente a Albertina. Pero no duraban mucho más que la frágil salud de esas personas delicadas capaces de mejorías transitorias y que por cualquier cosa vuelven a enfermarse. Albertina incitaba a Andrea a juegos que, sin ir muy lejos, no eran quizás del todo inocentes; sufría yo con esa sospecha y acababa por alejarla. Apenas estaba curado, renacía bajo otra forma. Acababa de ver a Andrea en uno de esos graciosos movimientos que le eran propios: poner mimosamente su cabeza en el hombro de Albertina y besarla en el cuello entrecerrando los ojos; o habían cambiado una mirada; se le había escapado una palabra a alguien que las había visto yendo a bañarse solas, pequeñas insignificancias como las que flotan habitualmente en la atmósfera ambiente, donde la mayor parte de la gente las absorbe durante todo el día sin que sufra por ello su salud o se altere su humor, pero que son mórbidas y generadoras de sufrimientos para un ser predispuesto. A veces, aun sin haber vuelto a ver a Albertina, sin que nadie me hubiese hablado de ella, encontraba en mi memoria una actitud de Albertina junto a Gisela, que entonces me pareciera inocente; bastaba ahora para destruir la tranquilidad que había podido encontrar; ya no necesitaba respirar afuera gérmenes peligrosos, como hubiera dicho Cottard: me había intoxicado yo mismo. Pensaba entonces en todo lo que supe del amor de Swann por Odette, y de qué manera Swann había sido engañado toda su vida. En el fondo, si quiero pensar en ello, fue el recuerdo y la idea fija del carácter de la señora de Swann,

tal como me lo habían contado, la hipótesis que poco a poco me hizo reconstruir todo el carácter de Albertina e interpretar dolorosamente cada instante de una vida que no podía controlar por entero. Esos relatos contribuyeron a que en el porvenir mi imaginación hiciese el juego de suponer que Albertina, en lugar de ser una joven buena, pudiese tener la misma inmoralidad y la misma facultad de engaño que una antigua mujer de mala vida y pensaba en todos los sufrimientos que me esperaban en ese caso si hubiera debido amarla.

Un día nos habíamos reunido sobre el dique, ante el Gran Hotel; acababa de dirigirle las palabras más duras y humillantes a Albertina, y Rosamunda decía: “—¡Vaya que ha cambiado usted con ella! Antes todo era para ella, ella era la que tenía las riendas, y ahora no sirve ni para que se la coman los perros”. Yo, para hacer resaltar aún más mi actitud frente a Albertina estaba dirigiendo todas las amabilidades posibles a Andrea, la que, si bien atacada por el mismo vicio, me parecía más disculpable, porque estaba enferma y neurasténica en momento en que vimos desembocar la calesa de la señora de Cambremer al trotecito de sus dos caballos, por la calle perpendicular al dique en cuyo ángulo estábamos situados. El presidente primero, que se adelantaba hacia nosotros en ese momento, se apartó de un salto para que no lo vieran en nuestra compañía; luego, cuando creyó que las miradas de la marquesa podían cruzarse con las suyas, se inclinó con un inmenso sombrero. Pero el coche, en lugar de continuar como parecía probable, desapareció tras la entrada del hotel. Habrían transcurrido unos diez minutos cuando el ascensorista, sofocado, vino a avisarme: “—Es la marquesa de Camembert que viene a verlo al señor. Subí al cuarto, busqué en el

salón de lectura y no podía encontrarlo al señor. Por suerte se me ocurrió mirar en la playa”. Apenas acababa su relato cuando, seguida por su nuera y un señor muy ceremonioso, la marquesa se adelantó hasta mí, volviendo seguramente de una reunión o de un té en la vecindad y menos agobiada por el peso de la vejez que por la cantidad de objetos de lujo con los que creía más amable y más digno de su rango cubrirse para parecerle lo más *vestida* posible a la gente que venía a verla. Era, en resumen, ese *desembarco* de los Cambremer que tanto temía mi abuela antes cuando quería que no le hiciéramos saber a Legrandin que iríamos quizás a Balbec. Entonces mamá se reía de los temores inspirados por un acontecimiento imposible según ella. Y he aquí que se producía, sin embargo, pero por otros caminos y sin que interviniese Legrandin en absoluto. “—¿Puedo quedarme, si no lo molesto? —me preguntó Albertina, en cuyos ojos apuntaban algunas lágrimas debido a las cosas crueles que acababa de decirle, lo que noté no sin regocijo, aunque disimulándolo—. Tendría que decirle algo”. Un sombrero de plumas con un alfiler de zafiros estaba puesto de cualquier modo sobre la peluca de la señora de Cambremer, como una insignia cuya exhibición era necesaria pero suficiente; la elegancia convencional y la inmovilidad inútil. A pesar del calor, la buena señora se había revestido con una mantilla de azabache, semejante a una dalmática, por encima de la que colgaba una estola de armiño cuyo aspecto parecía vincularse, no a la temperatura y la estación, sino al carácter de la ceremonia. Y sobre el pecho de la señora de Cambremer, una corona de baronesa colgada de una cadenita pendía a la manera de una cruz pectoral. El señor era un célebre abogado de París, de familia nobiliaria, que había ido a pasar tres días en casa de los

Cambremer. Era uno de esos hombres a quienes su consumada experiencia profesional hace despreciar un poco su profesión y que dicen, por ejemplo: “—Yo sé que actúo bien, por eso ya no me divierten mis defensas”; o bien: “—Ya no me interesa operar; sé que opero bien”. Inteligentes, *artistas*, ven brillar en torno a su madurez vigorosamente rentada por el éxito, esa *inteligencia*, esa naturaleza de *artista* que les reconocen sus colegas y que les concede una aproximación de gusto y discernimiento. Se apasionan por la pintura, no de un gran artista, sino de un artista sin embargo muy distinguido y en la compra de cuyas obras emplean las grandes ganancias que les procura su carrera. El Sidaner era el artista elegido por el amigo de los Cambremer, quien, por otra parte, resultaba muy agradable. Hablaba bien de los libros, pero no de los que escribieran los verdaderos maestros, de los que se han domado. El único defecto molesto que ofrecía ese aficionado era que empleaba algunas frases hechas de un modo permanente; por ejemplo: “en la mayor parte”, lo que daba a aquello de que quería hablar un tono importante e incompleto. La señora de Cambremer había aprovechado —me dijo— una reunión que algunos amigos ofrecieran cerca de Balbec para venir a verme como me lo prometiera Roberto de Saint-Loup. “—Usted sabe que pronto llegará para pasar unos días. Su tío Charlus está de vacaciones en casa de su cuñada, la duquesa de Luxemburgo y el señor de Saint-Loup para saludar a su tía y a la vez volver a ver su antiguo regimiento donde lo quieren y lo estiman mucho. Recibimos a menudo a oficiales que nos hablan de él con infinitos elogios. ¡Qué amable sería si los dos nos dieran el gusto de venir a Féterne!” Le presenté a Albertina y sus amigas. La señora de Cambremer nos

nombró a su nuera. Ésta, helada con los pequeños nobles que le obligaba a frecuentar la vecindad de Féterne, tan llena de reserva por temor a comprometerse, me extendió, al contrario, la mano con una sonrisa radiante, segura y alegre ante un amigo de Roberto de Saint-Loup, de quien éste —que conservaba más fineza mundana de lo que deseaba trasparentar— le había dicho estaba muy ligado con los Guermantes. Así, al contrario de su suegra la señora de Cambremer, tenía dos cortesías infinitamente distintas. Me hubiese concedido a lo sumo la primera, seca e insoportable, de haberla conocido por intermedio pie su hermano Legrandin. Pero para un amigo de los Guermantes no le alcanzaban las sonrisas. La pieza del hotel más cómoda para recibo era el salón de lectura ese lugar antaño tan terrible en el que entraba ahora diez veces por día, saliendo con desenvoltura, como un amo, como esos locos pacíficos y pensionistas por tanto tiempo de un asilo, que el médico acaba por entregarles la llave. Por eso ofrecí acompañar a la señora de Cambremer. Y como ese salón ya no me inspiraba timidez ni me ofrecía encanto porque, el rostro de las cosas cambia para nosotros como el de las personas, le hice esa propuesta sin ninguna turbación. Pero la rechazó, prefiriendo permanecer afuera, y nos sentamos al aire libre, en la terraza del hotel. Encontré y recogí un volumen de Madame de Sévigné que mamá no había tenido tiempo de llevar en su fuga precipitada, cuando supo que me llegaban visitas. Temía tanto como mi abuela esas invasiones de extraños, y por temor a no saber escaparse si la asediaban, huía con una rapidez que nos inspiraba burlas a mi padre y a mí. La señora de Cambremer tenía en la mano, junto con el mango de su sombrilla, varias bolsas bordadas, un cofrecito, un bolso

de oro del que colgaban hilos de granates y un pañuelo de puntillas. Me parecía que le hubiese resultado más cómodo dejarlos sobre una silla; pero yo advertía que era poco conveniente e inútil pedirle que abandonara los ornamentos de su jira pastoral y su sacerdocio mundano. Mirábamos el mar tranquilo en el que flotaban gaviotas dispersas como blancas corolas. A causa del nivel de simple *medium* a que nos rebaja la conversación mundana y también nuestro deseo de gustar no con nuestras cualidades ignoradas por nosotros mismos, sino con lo que creemos preferirán los que están con nosotros, me puse instintivamente a hablar a la señora de Cambremer, originariamente Legrandin, como pudiera haberlo hecho su hermano. “—Tienen—dije al hablar de las gaviotas— una inmovilidad y una blancura de ninfas”. Y efectivamente, parecían ofrecer un blanco inerte a las pequeñas correntadas que las hamacaban a tal punto que éstas, por contraste, parecían perseguirlas con alguna intención y cobrar vida. La marquesa anciana no se cansaba de alabar la espléndida vista del mar que teníamos en Balbec, y me envidiaba; ella, que desde la Raspelière (que, por otra parte, no habitaba este año) no veía las aguas sino de muy lejos. Tenía dos costumbres singulares que participaban a la vez de su amor exaltado por las artes (especialmente la música) y de su insuficiencia dentaría. Cada vez que hablaba de estética, sus glándulas salivares —como las de algunos animales en el momento del celo— entraban en tal estado de hipersecreción que la desdentada boca de la anciana dejaba pasar por las comisuras de los labios, apenas cubiertos de bozo, algunas gotas que no estaban en su sitio. Enseguida las volvía a absorber con un gran suspiro, como alguien que recobra el ritmo de su respiración. En fin, si se trataba de una muy grande

belleza musical, en su entusiasmo levantaba los brazos y profería algunos juicios sumarios, masticados enérgicamente y en caso necesario, nasales. Yo, efectivamente, no había pensado nunca que la vulgar playa de Balbec pudiese ofrecer una vista del mar, y las sencillas palabras de la señora de Cambremer cambiaban mis ideas a ese respecto. En cambio y se lo dije, siempre oí alabar el golpe de vista único de la Raspelière, situada en la cima de una colina y en la que —en un gran salón con dos estufas— toda una hilera de ventanas mira, al fondo de los jardines, al mar hasta más allá de Balbec y la otra hilera al valle. “—¡Qué amable es usted y qué bien dicho!: el mar entre las hojas. Es encantador, parecería... un abanico”. Y yo oía —por la respiración profunda— destinada a tragar la saliva y secar el bigote, que el cumplido era sincero. Pero la marquesa originariamente Legrandin, se quedó fría para demostrar su desdén no por mis palabras, sino por las de su suegra. Por otra parte, no sólo despreciaba la inteligencia de ésta, sino que lamentaba su amabilidad, temiendo continuamente que la gente no se hiciera una idea cabal de los Cambremer. “—¡Y qué lindo es el nombre!—dije—. A uno le gustaría saber el origen de todos esos nombres”. “—En cuanto a ése, puedo decírselo —me contestó con dulzura, la anciana—. Se trata de una vivienda familiar de mi abuela Arrachepel. No es una familia ilustre, pero es una buena y muy antigua familia provinciana”. “—¡Cómo, poco ilustre! —interrumpió secamente su nuera—. Todo un vitral de la catedral de Bayeux contiene sus armas y la iglesia principal de Avranches encierra sus monumentos funerarios. Si esos nombres viejos lo divierten, llega usted con un año de atraso. Habíamos hecho designar para el curato de Criquetot, a pesar de todas las dificultades

de un cambio de diócesis, al decano de una zona en la que personalmente tengo tierras, en Combray, muy lejos de aquí, donde el buen sacerdote sentía que se estaba poniendo neurasténico. Desgraciadamente el aire del mar no sentó a su mucha edad; aumentó su neurastenia y debió volver a Combray. Pero se entretuvo, mientras era vecino nuestro, consultando todas las antiguas cartas y escribió un folleto bastante curioso acerca de los nombres de la región. Además, eso le hizo tomar la mano, ya que, según parece, está ocupando sus últimos años en la redacción de una gran obra acerca de Combray y sus alrededores. Voy a enviarle su folleto acerca de los alrededores de Féterne. Un verdadero trabajo de benedictino. Leerá usted cosas muy interesantes sobre nuestra vieja Raspelière, de la que mi suegra habla con excesiva modestia”. “—En todo caso —contestó la anciana señora de Cambremer—, este año ya no nos pertenece la Raspelière; y no es nuestra. Pero uno advierte que usted tiene una naturaleza de pintor; debería dibujar y me gustaría sobremanera enseñarle a Féterne, que es mucho mejor que la Raspelière”. Porque desde que los Cambremer hablan alquilado esta última vivienda a los Verdurin, su posición dominante había dejado bruscamente de parecerles lo que había sido para ellos durante tantos años, es decir, con la ventaja única en la región de tener vista a un tiempo sobre el mar y el valle y en cambio les había proporcionado de golpe —y de contragolpe— el inconveniente de subir y bajar siempre para entrar y salir. En resumen, podía creerse que si la señora de Cambremer la alquilara, no era tanto para aumentar sus rentas como para que descansaran sus caballos. Y se declaraba encantada de poder poseer al fin por todo el tiempo el mar tan cerca, en Féterne;

ella, que durante tanto tiempo, olvidando los dos meses que pasaba ahí, no lo veía sino desde lo alto y como en un panorama. “—Lo descubro a mi edad —decía— ¡y cómo gozo! Me hace mucho bien. Alquilaría la Raspelière gratis, con tal de verme obligada a habitar en Féterne”.

—Para volver a temas más interesantes —repuso la hermana de Legrandin, que le decía *mi madre* a la vieja marquesa, aunque con los años tomara modales insolentes con ella—, usted hablaba de nenúfares: supongo que conoce los que ha pintado Claudio Monet. ¡Qué genio! Me interesan tanto más que cerca de Combray, ese lugar donde ya le dije que tengo tierras...”

Pero prefirió no hablar demasiado de Combray. “—¡Ah!, seguramente es la serie de la que nos habló Elstir, el más grande de los pintores contemporáneos”, exclamó Albertina, que no había dicho nada hasta entonces. “—¡Ah!, se ve que la señorita ama el arte” exclamó la señora de Cambremer, que, al lanzar un profundo suspiro, reabsorbió un chorro de saliva. “—Usted me permitirá que prefiera Le Sidaner, señorita —dijo el abogado sonriendo con aire de entendido. Y como había gustado o visto gustar antaño ciertas audacias de Elstir, agregó—: Elstir estaba bien dotado, casi llegó a formar parte de la vanguardia, pero no sé por qué no ha continuado; estropeó su vida”. La señora de Cambremer estuvo a punto de acuerdo con el abogado en lo que concernía a Elstir; pero, con gran pesar de su invitado, comparó Monet a Le Sidaner. No puede decirse que fuera tonta; desbordaba una inteligencia que yo advertía me era completamente inútil. Justamente al bajar el sol, las gaviotas se hablan puesto amarillas ahora, como las ninfeas en otra tela de esa misma

serie de Monet. Dije que la conocía y agregué (imitando aún el lenguaje del hermano cuyo nombre no me había atrevido a citar) que era una desgracia que no se le ocurriese venir la víspera, porque a la misma hora hubiera podido admirar una luz como del Poussin. Ante un hidalgüelo normando, desconocido de los Guermantes que le dijese que debía haber venido, la señora de Cambremer-Legendin se hubiese erguido sin duda ofendida. Pero yo pude haberme comportado con más familiaridad y ella continuaría con su dulzura blanda y floreciente: podía yo cosechar como una abeja al calor de ese hermoso fin de tarde a mi voluntad en esa gran torta de miel que tan rara vez era la señora de Cambremer y que reemplazó los pastelitos que no pensé ofrecerles. Pero el nombre de Poussin, sin alterar la amenidad de la mujer de mundo, levantó las protestas de la *dilettante*. Al oír ese nombre, en seis oportunidades que no separaba casi ningún intervalo, produjo ese pequeño chasquido de la lengua contra los labios que sirve para indicar a un niño que está cometiendo una tontería y es a un tiempo reprimenda por haber empezado y prohibición de continuar. “—¡En nombre del cielo! Después de un pintor como Monet, que no es sino un genio, no vaya a nombrar a un viejo rutinario sin talento como Poussin. Le diré sin empacho que me parece el más aburrido de los aburridos. ¡Qué quiere!, no puedo llamarle pintura a eso. Es muy curioso —agregó fijando una mirada escrutadora y encantada en un punto vago del espacio donde advertía su propio pensamiento—, es muy curioso; antes yo prefería a Manet. Ahora siempre sigo admirando a Manet, se entiende: pero creo que todavía lo prefiero a Monet. ¡Ah, las catedrales!” Ponía tantos escrúpulos como complacencia en informarme acerca de la evolución que recorriera su gusto. Y advertía

uno que las fases por las que había pasado ese gusto no eran para ella menos importantes que las distintas maneras del mismo Monet. No tenía por qué halagarme, por otra parte, que me confesara sus admiraciones, porque ni ante la provinciana más limitada podía estarse cinco minutos sin confesarlas. Cuando una noble señora de Avranches, incapaz de distinguir entre Mozart y Wágner, decía ante la señora de Cambremer: “—No tuvimos ninguna novedad interesante cuando fuimos a París; asistimos una vez a la ópera Cómica y daban *Peléas y Melisnnde*. ¡Es horrible!”, la señora de Cambremer no sólo hervía, sino que necesitaba exclamar: “—¡Pero, al contrario, es una obrita maestra!”—*y discutir*. Era quizás una costumbre de Combray adquirida de las hermanas de mi abuela, que llamaba a eso “combatir por la buena causa”, y a las que les gustaban las comidas semanales en que sabían que tendrían que defender sus dioses contra los filisteos. Así como a la señora de Cambremer le gustaba *sacudirse la sangre, peleándose* por el arte, como otros por la política. Tomaba partido tanto por Debussy como por una amiga cuya conducta fuese criticada. Debla comprender, sin embargo, que al decir: “—¡Pero no, es una pequeña obra maestra!”, no podía improvisar, en la persona que rectificaba, toda esa progresión de cultura artística a cuyo término se hubiesen puesto de acuerdo sin necesidad de discutir. “—Tengo que preguntarle a Le Sidaner lo que opina de Poussin —me dijo el abogado. Es un reconcentrado, un silencioso, pero ya sabré arrancarle las palabras”.

“—Por otra parte —continuó la señora de Cambremer—, me dan náuseas los crepúsculos; eso es romántico, es *ópera*. Por eso odio la casa de mi suegra, con sus plantas del Mediodía. Ya verá, parece un parque de Monte Carlo. Por eso me gusta más su ribera.

Es más triste, más sincera; tiene un caminito desde el cual no se ve el mar. Los días lluviosos no hay más que barro; es todo un mundo. Es como en Venecia; odio el gran canal y no conozco nada más conmovedor que las callejuelas. Por otra parte, es una cuestión de ambiente”. “—Pero —le dije advirtiéndole que la única manera de rehabilitar a Poussin ante la señora de Cambremer era hacerle saber que se había puesto de moda nuevamente— el señor Degas asegura que no conoce nada más hermoso que los Poussin de Chantilly”. “—¿Cómo? No conozco los de Chantilly —me dijo la señora de Cambremer, que no quería opinar en forma distinta que Degas—, pero puedo hablar de los del Louvre, que son un asco”. “—Los admira también mucho”. “—Tendré que volver a verlos. Todo eso está un poco viejo en mi cabeza”, contestó ella tras un instante de silencio y como si el juicio favorable que seguramente emitida pronto acerca de Poussin dependiese, no de la noticia que acababa de comunicarle, sino del examen suplementario y esta vez definitivo a que contaba someter a los Poussin del Louvre, para poder echarse atrás. Contentándome con lo que era un comienzo de retractación, ya que, si aún no admiraba los Poussin, se postergaba para una segunda deliberación, y a fin de no torturarla por más tiempo, le dije a su suegra cuánto me habían hablado de las flores admirables de Féterne. Habló modestamente del jardincillo de cura que tenía en los fondos y donde por la mañana y en bata les daba de comer a sus pavos reales buscaba los huevos frescos y recogía las zinias o las rosas que decorando la mesa, en torno a los huevos, a la crema o a las frituras, le recordaban sus senderos. “—Cierto que tenemos muchas rosas —me dijo ella—; nuestro rosedal está casi demasiado cerca de la casa-habitación; hay

rifas en que me produce dolor de cabeza. Es más agradable desde la terraza de la Raspelière, hasta donde el viento trae el perfume de las rosas, con menos obstinación”. Me volví hacia la nuera: “—Completamente Péleas —le dije para conformar su afición por el modernismo— ese perfume de rosas que sube hasta las terrazas. Es tan fuerte en la partitura, que como tengo el *hay-jever* y la *tose-fever*, me hacía estornudar cada vez que escuchaba esa escena”.

“—¿Qué obra maestra, *Peleas!* —exclamó la señora de Cambremer—. Estoy amartelada”; y acercándoseme con los gestos de una mujer salvaje que hubiese querido hacerme melindres, ayudándose con los dedos para picar las notas imaginarias, se puso a tararear algo que supuse debía ser para ella los adioses de Péleas, y continuó con una insistencia vehemente, como si fuese importante que me recordara la escena en ese momento o mejor, me demostrase que la recordaba. “—Creo que es más hermoso aún que *Parsifal* —agregó—, porque en *Parsifal*, junto a grandes bellezas se encuentra un halo de frases melódicas; por consiguiente, caducas ya que melódicas”. “—Sé que es usted muy música, señora —le dije a la dueña—. Me agradecería mucho poder oíría”. La señora de Cambremer-Legrandin miró el mar para no participar en la conversación. Considerando que lo que le gustaba a su suegra no era música, estimaba su talento, supuesto para ella y de los más notables en realidad, como un virtuosismo sin interés. Es verdad que la sola discípula aún viva de Chopin declaraba con motivos que la manera de tocar y el *sentimiento* del Maestro no se habían transmitido a través de ella más que a la señora de Cambremer, pero tocar como Chopin estaba lejos de ser una referencia para la hermana de Legrandin, que

a nadie despreciaba tanto como al músico polaco. “—¡Oh, se van!”, exclamó Albertina señalándome las gaviotas que se desprendían por un momento de su incógnito de flores y subían juntas hacia el sol. “—Sus alas de gigante les impiden caminar”, dijo la señora de Cambremer, confundiendo a las gaviotas con los albatros.¹⁷ “—Me gustan mucho; las veía en Amsterdam —dijo Albertina—. Huelen a mar; van a olerlo hasta en las piedras de la calle”. “—¡Ah!, ¿usted estuvo en Holanda? ¿Conoce los Ver Meer?”, preguntó imperiosamente la señora de Cambremer y con el tono con que hubiera dicho: “—Usted conoce a los Guermentes”, porque el *snobismo*, al cambiar su objeto, no trueca su acento. Albertina contestó que no, y creyó que era gente viva. Pero no lo pareció. “—Me gustada mucho hacerle música —le dijo la señora de Cambremer—; pero, ¿sabe usted?, no toco sino esas cosas que ya no interesan a su generación. He sido educada en el culto de Chopin”, agregó en voz baja, porque temía a su nuera y sabía que, como ésta consideraba que Chopin no era música, tocarlo bien o tocarlo mal eran expresiones sin sentido. Reconocía que su suegra tenía mecanismo y perlaba las notas. “—Nunca me obligarán a decir que es música”, concluía la señora de Cambremer-Legrandin. Porque se creía *avanzada y (únicamente en arte) nunca demasiado a la izquierda*, decía. Se imaginaba que la música no sólo progresa, sino que lo hace en una sola línea y Debussy era en alguna forma algo más que Wágner y un poco más avanzado que Wágner. No advertía que si Debussy no era tan independiente de Wágner de lo que lo creería ella misma dentro de algunos años, porque uno utiliza, a pesar de todo, las armas conquistadas para concluir de libertarse del que hemos vencido momentáneamente, trataba, sin

embargo, de conformar una necesidad contraria, después de la saturación que empezaba a tenerse de las obras demasiado completas en que todo está expresado. Es verdad que había teorías que apuntalaban momentáneamente esa reacción, semejantes a las que en política acuden en auxilio de las leyes contra las congregaciones, de las guerras de Oriente (enseñanza contra natura, peligro amarillo, etc.). Se decía que en una época apresurada correspondía un arte rápido, absolutamente en la misma forma como pudiera decirse que la guerra futura no duraría más de quince días o que con los ferrocarriles se abandonarían los rinconcitos caros a las diligencias y que sin embargo el automóvil volvería a ponerse de moda. Recomendaban no cansar la atención del oyente, como si no dispusiéramos de distintas atenciones de las que depende precisamente del artista saber despertar las más elevadas. Porque los que bostezan de aburrimiento después de diez líneas de un artículo mediocre, volvían todos los años a viajar hasta Bayreuth, para oír la *Tetralogía*. Por otra parte, ya llegaría el día en que por un tiempo se declarara a Debussy tan endeble como Massenet y los estremecimientos de *Mélicande* rebajados a la categoría de los de *Manon*. Porque las teorías y las escuelas, como los microbios y los glóbulos, se devoran entre sí y aseguran por su lucha la continuidad de la vida. Pero aún no había llegado ese tiempo.

Así como en la Bolsa, al producirse un movimiento de alza, se beneficia toda una categoría de valores, cierta cantidad de autores desdeñados aprovechaban esa reacción, ya sea porque no se merecían tal desdén, ya sea más sencillamente —lo que permitía asegurar una novedad al exaltarlos— porque lo habían arriesgado. Y hasta se llegaba

á buscar, en un pasado aislado, algunos talentos independientes sobre cuya reputación no pareciera deber influir el actual movimiento, pero del cual uno de los nuevos maestros parecía citar su nombre con beneplácito. A menudo porque un maestro, sea cual fuere, por exclusiva que resulte su escuela, juzga de acuerdo con su sentimiento original y hace justicia al talento dondequiera se encuentre y aún menos que al talento, a alguna agradable inspiración que antaño ha gustado, y que se vincula a un momento querido de su adolescencia. Otras veces porque algunos artistas de otra época en un solo trozo han realizado algo similar a lo que el maestro poco a poco se ha dado cuenta que él mismo quería hacer. Entonces ve algo así como a un precursor en ese antiguo; gusta en él, bajo forma completamente distinta, un esfuerzo momentáneamente, parcialmente fraterno. Hay trozos de Turner en la obra de Poussin una frase de Flaubert en Montesquieu. Y a veces también ese rumor de la predilección del Maestro era resultado de un error, nacido no se sabe dónde y transportado a la escuela. Pero el nombre citado se aprovechaba entonces de la firma bajo cuya protección había entrado precisamente a tiempo, porque si hay alguna libertad y un gusto verdadero en la elección del maestro, las escuelas, en cambio, no se manejan sino por la teoría. Así es como el espíritu, siguiendo su curso habitual que adelanta por un atajo a veces en un sentido y a veces en el contrario, había vuelto a traer la luz de arriba sobre cierta cantidad de obras para las cuales la necesidad de justicia, o de renovación, o el gusto de Debussy, o su capricho, o algún pensamiento que quizás no hubiese tenido, había agregado las de Chopin. Exaltados por los jueces en quienes se tenía amplia confianza, aprovechando la admiración que

excitaba *Péleas*, volvieron a encontrar un nuevo brillo, y aun aquellos que no habían vuelto a oírías, tanto deseaban gustar de ellas, que lo hacían a su pesar, aunque con una ilusión de libertad. Pero la señora de Cambremer-Legrandin permanecía parte del año en provincias. Aun en París, ya que estaba enferma, vivía mucho en su cuarto. Es verdad que el inconveniente podía advertirse especialmente en la elección de expresiones que la señora de Cambremer creía de moda y que más convinieran al lenguaje escrito, matiz que no discernía, ya que las había adquirido más por la lectura que en la conversación. Ésta no es tan necesaria para el conocimiento exacto de las opiniones, como las expresiones nuevas. Sin embargo, ese rejuvenecimiento de los *nocturnos* aún no había sido anunciado por la crítica. Sólo se transmitió la noticia a través de las conversaciones de los *jóvenes*. Lo ignoraba la señora de Cambremer-Legrandin. Me complugo hacerle saber, pero dirigiéndome para ello a su suegra, como en el billar se juega por bandas para alcanzar una bola, que Chopin, lejos de ser anticuado, era el músico preferido de Debussy. “—¡Vaya, qué divertido!” —me dijo sonriendo finamente la nuera, como si eso no hubiese sido más que una paradoja lanzada por el autor de *Péleas*. Sin embargo, ahora era seguro que ya no escucharía sino con respeto a Chopin y hasta con placer.

Por eso mis palabras, que acababan de tocar a liberación para la anciana, pusieron en su cara una expresión de gratitud hacia mí y sobre todo de alegría. Sus ojos relucieron como los de Latude en la pieza que se llama *Latude o Treinta y cinco años de cautiverio*, y su pecho aspiró el aire marino con esa dilatación que tan bien señaló Beethoven en *Fidelio* cuando sus prisioneros respiran por fin “ese aire que re-

vive”. En cuanto a la dueña, creí que iba a posar sobre mis mejillas sus labios bigotudos. “—¿Cómo? ¿Le gusta Chopin? ¡Le gusta Chopin, le gusta Chopin!”, exclamó ella gangoseando apasionadamente; tal como si hubiera dicho: “¿Cómo? ¿Conoce usted también a la señora de Franquetot?”, con la diferencia de que mis relaciones con la señora de Franquetot le serían profundamente indiferentes, mientras que mi conocimiento de Chopin la echó en una suerte de delirio artístico. Ya no bastó la hipersecreción salivar. Sin tratar de comprender siquiera el papel de Debussy en la resurrección de Chopin, sólo advirtió que mi juicio era favorable. La sobrecogió el entusiasmo musical. “—¡Elodia, Elodia! Le gusta Chopin—se alzaron sus senos y golpeó el aire con sus brazos—. ¡Ah, ya me había parecido que era músico!—exclamó—. Comprendo, *hbartista* como es, que le guste. ¡Es tan hermoso!...” Y su voz era tan pedregosa como si para expresarme su ardor por Chopin se hubiese llenado la boca con todas las chinitas de la playa, imitando a Demóstenes. Por fin llegó el reflujo, que alcanzó hasta el velo que no tuvo tiempo de proteger y que fue traspasado; por fin la marquesa secó con su pañuelo bordado la baba de espuma con la que el recuerdo de Chopin acababa de empapar sus bigotes.

“—¡Dios mío!—me dijo la señora de Cambremer-Legrandin—, creo que mi suegra se está atrasando un poco; olvida que viene a cenar nuestro tío de Ch’nouvelle. Además, a Cancan no le gusta esperar”.

Cancan me fué incomprensible, y supuse que quizás se tratara de un perro. Pero en cuanto a los primos de Chenouville, sí. Con la edad, a la joven marquesa se le había amortiguado el placer de pronunciar su nombre de esa manera. Y sin embargo para probarlo

decidió antaño su casamiento. En otros grupos sociales, cuando se hablaba de los Chenouville, era costumbre que se sacrificase la *e* muda de la partícula (por lo menos cada vez que antes de la partícula había un nombre que terminaba en vocal, porque en caso contrario uno estaba obligado a apoyar sobre el *de*, ya que la lengua se rehusaba a pronunciar *Madam' d' Ch' nonceaux*). Se decía: “el señor d’Chenouville”. Entre los Cambremer la tradición era igualmente imperiosa, pero a la inversa. La *e* muda de Chenouville era la que se suprimía en todos los casos. Aunque se antepusiese al nombre mi *primo o mi prima*, siempre era de *Ch’nouville* y nunca de *Chenouville*. (En cuanto al padre de esos Chenouville se decía “nuestro tío”, porque en Féterne no eran lo suficientemente elegantes como para pronunciar “nuestro tío”¹⁸ como lo harían los Guermantes, cuya voluntaria jerigonza, al suprimir las consonantes y al nacionalizar los nombres extranjeros, era tan difícil de comprender como el francés antiguo o un dialecto moderno). Todo aquel que ingresaba en la familia recibía inmediatamente una advertencia que no había necesitado la señorita Legrandin-Cambremer. Un día de visita, al oír a una joven que decía “mi tía de Uzai”, “mi tío de Rouan”¹⁹ no había reconocido de inmediato los nombres ilustres que acostumbraba pronunciar: Uzés y Rohan, y sufrió el asombro, la turbación y la vergüenza del que tiene en la mesa frente a sí un instrumento recientemente inventado y con el que no se atreve a empezar a comer. Pero a la noche siguiente y al otro día había repetido encantada: “mi tía Uzai” con esa supresión de la *s* final, supresión que la asombrara la víspera, pero cuyo desconocimiento le parecía ahora tan vulgar que cuando una amiga suya le habló del busto de la duquesa de Uzés, la señorita Legrandin

le contestó con mal humor y un tono altivo: “—Podría usted por lo menos pronunciar como se debe: *Mame d’Uzai*”. Había comprendido desde entonces que, por virtud de la transmutación de las materias consistentes en elementos cada vez más sutiles, la fortuna considerable y tan honestamente adquirida que heredaba de su padre, la educación prolija que había recibido, su asiduidad ala Sorbona, tanto a los cursos de Caro como a los de la Brunetiére y a los conciertos Lamoureux, todo eso debía volatilizarse y hallar su última sublimación en el placer de decir algún día: “Mi tía d’Uzai”. No excluía de su espíritu que seguiría frecuentando, por lo menos en los primeros tiempos después de su casamiento, ya no a ciertas amigas que quería y estaba resignada a sacrificar, sino a algunas otras que no quería y a quienes poder decirles (ya que para eso se casaba): “—Voy a presentarles a mi tía d’Uzai”, y cuando vio que esa alianza era muy difícil: “—Voy a presentarles a mi tía de Ch’nouville” y “—Cenaremos en lo de Uzai”. Su casamiento con el señor de Cambremer le había dado a la señorita Legrandin la oportunidad de decir la primera frase, pero no la segunda, ya que la gente que frecuentaban sus suegros no era la que creía y con la que continuaba soñando. Por eso, después de haberme dicho de Saint-Loup (adoptando para ello una expresión de Roberto porque si para conversar yo empleaba con ella esas expresiones de Legrandin, por una sugestión inversa ella me contestaba con el dialecto de Roberto, que no sabía era prestado de Raquel), acercando el pulgar al índice y cerrando a medias los ojos, como si mirase algo infinitamente delicado que consiguiera captar: “Tiene una hermosa cualidad de espíritu”, hizo su elogio con tanto entusiasmo que pudiera creerse que estaba enamorada de él (por

otra parte, se aseguraba que, antes, cuando estuvo en Doncières, Roberto había sido su amante), pero en realidad sencillamente, para que se lo repitiese y llegar a: “Usted está muy ligado a la duquesa de Guermantes. Estoy indispueta, casi no salgo y sé que está confinada en un círculo de amigos selectos y que me parecen muy bien, por eso la conozco muy poco; pero sé que es una mujer absolutamente superior”. Sabiendo que la señora de Cambremer apenas la conocía y para achicar me tanto como ella, pronto dejé ese tema y le contesté a la marquesa que había conocido especialmente a su hermano, el señor Legrandin. Al oír ese nombre, tomó el mismo aspecto evasivo que había tenido yo para la señora de Guermantes, pero añadiéndole una expresión de descontento, porque pensó que no lo había dicho para humillarme, sino para humillarla. ¿La roía la desesperación por haber nacido Legrandin? Es lo que pretendían al menos las hermanas y cuñadas de su marido, señoras nobles de provincia que no conocían a nadie y nada sabían; celaban la inteligencia de la señora de Cambremer, su instrucción, su fortuna y los encantos físicos que tenía antes de enfermar. “—No piensa en otra cosa, eso la mata”, decían esas malvadas en cuanto hablaban de la señora de Cambremer con cualquiera, pero preferentemente a un rústico, ya si fuese fatuo y estúpido, para valorizar más esa afirmación en lo que de vergonzoso poseen la rusticidad y la amabilidad que le demostraban, ya si fuese tímido y fino y se aplicaba el propósito a sí mismo para tener el placer, aunque lo recibieran bien, de inferirle indirectamente una insolencia. Pero si esas señoras creían decir verdad por su cuñada, se equivocaban. A ésta le importaba tan poco haber nacido Legrandin que hasta había perdido ya su recuerdo. Le molestó que se lo recordase

y se calló como si no comprendiese, no juzgando necesaria una mayor precisión ni siquiera una confirmación a los míos.

“—Nuestros parientes no son la causa principal de la brevedad de nuestra visita—me dijo la señora de Cambremer mayor, que estaba posiblemente más cansada que su nuera del placer que proporciona decir *Ch'nouvelle*—. Pero para no cansarlos con tanta gente, el señor—dijo, señalándome al abogado— no se atrevió a hacer venir a su mujer y su hijo. Se están paseando en la playa mientras tanto y ya deben empezar a aburrirse”. Me los hice señalar con exactitud y corrí a buscarlos. La mujer tenía una cara redonda como ciertas flores de la familia de las ranunculáceas y en un ángulo del ojo, un signo vegetal bastante amplio. Y como las generaciones de los hombres conservan sus caracteres como una familia de plantas, igual que en la cara marchita de la madre se hinchaba el mismo signo bajo el ojo del hijo. Mi cortesía con su mujer y su hijo emocionó al abogado. Se mostró interesado por mi permanencia en Balbec. “—Debe usted sentirse un poco aislado, porque aquí la mayoría es extranjera”. Y me miraba al hablar, porque, como no quería a los extranjeros, aunque muchos fuesen clientes suyos, deseaba estar seguro de que yo no era hostil a su xenofobia, en cuyo caso se hubiera batido en retirada diciendo: “Naturalmente la señora X... puede ser una mujer encantadora. Es una cuestión de principios”. Como no tenía en esa época ninguna opinión acerca de los extranjeros, no demostré desaprobación, y se sintió en terreno firme. Llegó hasta pedirme que fuera algún día a su casa de París para ver su colección de Le Sidaner y llevar conmigo a los Cambremer, con los que evidentemente me creía íntimo. “—Lo invitaré con Le Sidaner me dijo convencido de

que ya no viviría sino a la espera de ese día bendito—. Verá qué hombre exquisito. Y le encantarán sus cuadros. Se entiende que no puedo rivalizar con los grandes coleccionistas, pero creo poseer la mayor cantidad de sus telas favoritas. Le interesarán tanto más a la vuelta de Balbec, porque son marinas por lo menos en la mayor parte”. La mujer y el hijo provisto de carácter vegetal escuchaban con recogimiento. Se adivinaba que en París su casa era algo así como un templo de Le Sidaner. Esta clase de templos no son inútiles. Cuando el dios tiene dudas sobre sí mismo, obtura fácilmente las hendiduras de su opinión sobre sí mismo con las pruebas irrefutables de los seres que han consagrado su vida a su obra.

Ante un signo de su nuera, la señora de Cambremer se levantó y me dijo: “—Ya que no piensa instalarse en Féterne, ¿no quiere por lo menos venir a almorzar un día de la semana, mañana por ejemplo?” Y para decidirme, en su benevolencia, agregó: “—Volverá a *encontrarse* con el Conde de Crisenoy”, que no habla perdido para nada por la sencilla razón de que no lo conocía. Comenzaba a hacer brillar a mis ojos nuevas tentaciones, pero se detuvo. El presidente primero supo al volver, que estaba en el hotel; la había buscado por todos lados solapadamente y esperado luego y fingiendo encontrarla por casualidad, vino a ofrecerle sus respetos. Comprendí que la señora de Cambremer no tenía ningún interés en hacerle extensiva la invitación a almorzar que acababa de formularme. La conocía, sin embargo, desde muchos años más que yo, ya que era de tiempo atrás uno de esos infaltables de las reuniones de Féterne que tanto envidiaba durante mi primera permanencia en Balbec. Pero la antigüedad no lo es todo para la gente de mundo. Y reservan con más gusto los

almuerzos para las nuevas relaciones que todavía despiertan su curiosidad, sobre todo cuando llegan precedidas por una recomendación cálida y prestigiosa como la de Saint-Loup. La señora de Cambremer descontó que el presidente primero no oyese lo que me había dicho; pero, para calmar los remordimientos que experimentaba, le dirigió los términos más amables. Discerníamos, en la iluminación del sol que inundaba en el horizonte la cesta dorada y habitualmente invisible de Rivebelle, y apenas separadas del azul luminoso, emergiendo de las aguas, rosadas, argentinas, imperceptibles, las campanitas del Angelus, que tintineaban en los alrededores de Féterne. “—Esto también es bastante *Péleas*—le hice notar a la señora de Cambremer-Legrandin—. Usted sabe a qué escena me refiero”. “—Creo que sí sé” pero no sé *nada* era lo que proclamaban su voz y su rostro, que no sé adaptaban a ningún recuerdo, y su sonrisa, que estaba en el aire y sin apoyo. La dueña no volvía del asombro porque las campanas llegasen hasta aquí y se levantó pensando en la hora: “En efecto, desde Balbec no se ve esta costa ni se oye tampoco. Tiene que haber cambiado el tiempo y ampliado doblemente el horizonte. A menos que no vengan a buscarlo, ya que, según veo, lo hacen partir; para usted son lo que la campana de la cena”. El presidente primero, poco sensible a las campanas, miraba furtivamente el dique, que le desesperaba ver tan despoblado esa noche. “—Usted es un verdadero poeta —me dijo la señora de Cambremer—. Uno lo advierte tan vibrante, tan artista... Venga, le tocaré Chopin”, agregó levantando los brazos con un aspecto de éxtasis y pronunciando las palabras con una voz ronca que parecía desplazar las piedras. Luego vino la deglución de la saliva y la anciana enjugó instintivamente el ligero

cepillo, llamado a la americana de su bigote con el pañuelo. El presidente primero, sin querer, me hizo un gran favor tomando a la marquesa por el brazo para acompañarla hasta su coche, y a que una cierta dosis de vulgaridad, audacia y afición a lo ostentoso dicta una conducta que otros vacilarían en seguir y que está muy lejos de disgustar a la gente. Tenía, por otra parte, desde hacía tantos años, mucha más costumbre que yo. A pesar de bendecirlo, no me atreví a imitarlo y caminé al lado de la señora de Cambremer-Légrandin, que quiso ver el libro que llevaba en la mano. El nombre de Madame de Sévigné le hizo hacer una mueca; y usando una palabra que había leído en algunos diarios, pero que dicha y puesta en femenino y aplicada a un escritor del siglo XVII hacía un curioso efecto, me preguntó: “—¿La encuentra usted verdaderamente talentosa?” La marquesa dio al lacayo la dirección de un pastelero por donde debían pasar antes de volver al camino, rosado por el polvo nocturno, donde se azulaban como grupas los acantilados graduales. Le preguntó a su viejo cochero si uno de los caballos, que era friolento, estaba bien abrigado, y si no le dolía el vaso al otro”. “—Le escribiré para aquello de que tenemos que ponernos de acuerdo —me dijo a media voz—. He visto que hablaba de literatura con mi nuera, es adorable —agregó, aunque no lo pensara, pero había tomado esa costumbre conservada por bondad— de decirlo para que no pareciese que su hijo había hecho un matrimonio de interés—. “Y además —agregó en un último mascullar de entusiasmo—, es tan *hartthisstta*”. Luego subió al coche, balanceando la cabeza, y levantando el mango de su sombrilla, partió a través de las calles de Balbec, recargada con los ornamentos de su sacerdocio como un viejo obispo en viaje de confirmación.

“—Lo invitó a almorzar—me dijo severamente el presidente primero cuando el coche se alejó y volví con mis amigas—. Estamos un poco fríos. Le parece que la descuido. Vaya, yo soy de buen vivir. En cuanto me necesitan, siempre estoy ahí para contestar: *Presente*. Pero me han querido echar el garfio. ¡Ah!, entonces, eso —agregó finamente y levantando el dedo, como alguien que distingue y argumenta—, eso sí que no lo permito. Eso es atentar a la libertad de mis vacaciones. Me vi obligado a decir: Alto. Usted parece en muy buenas relaciones con ella. Cuando tenga mi edad, verá que el mundo social es muy poca cosa y lamentará haberle atribuido tanta importancia a esas insignificancias. Vamos, voy a dar una vuelta antes de la cena. ¡Adiós, jóvenes!” gritó entre bastidores, como si ya estuviese a unos cincuenta pasos.

Cuando me despedí de Rosamunda y Gisela, éstos vieron con asombro que no las seguía Albertina. “—Y bueno, Albertina, ¿qué haces? ¿Sabes la hora?” “—Vuelvan—les dijo con autoridad—. Tengo que hablar con él”, agregó mirándome con un aspecto sometido. Rosamunda y Gisela me miraban penetradas por un respeto de nuevo cuño. Yo gozaba al sentir que por un momento al menos, a los mismos ojos de Rosamunda y Gisela, era para Albertina algo más importante que la hora de la vuelta, que sus amigas, y podía hasta tener graves secretos a los que resultaba imposible mezclarlas. “—¿Te veremos esta noche?” “—No sé, depende de éste. En todo caso, hasta mañana”. “Subamos a mi cuarto”, le dije una vez que se alejaron sus amigas. Tomamos el ascensor; guardó silencio frente al ascensorista. La costumbre de tener que echar mano a la observación individual y a la deducción para conocer los pequeños asuntos de los

amos, esa gente extraña que conversa entre sí y no les habla, desarrolla en los empleados (como llama el ascensorista a los domésticos) un mayor poder de adivinación que el de los patrones. Los órganos se atrofian, se vigorizan o se hacen sutiles según crezca o disminuya la necesidad que uno tenga de ellos. Desde que existen los trenes, la necesidad de no perder el tren nos ha enseñado a tener en cuenta los minutos, mientras que entre los antiguos romanos, cuya astronomía era no sólo sumaria, sino que su vida era también menos apresurada, la noción, no ya de minutos, sino de horas fijas, apenas existía. Por eso el ascensorista había comprendido y esperaba contar a sus compañeros que Albertina y yo estábamos preocupados. Pero nos hablaba sin cesar porque no tenía tacto. Sin embargo, veía pintarse en su cara una expresión abatida y de extraordinaria inquietud que sustituía a la habitual de amistad y de alegría por hacerme subir en su ascensor. Como ignoraba el motivo, para tratar de distraerlo y aunque más preocupado que Albertina, le dije que la señora que acababa de partir se llamaba la marquesa de Cambremer y no de Camembert. En el piso por el que entonces pasábamos percibí llevando un cojín a una horrorosa mucama que me saludó respetuosamente, esperando una propina a la partida. Hubiera querido saber si era la que tanto sabía deseado la noche de mi primera llegada a Balbec, pero nunca pude llegar a una certeza. El ascensorista me juró con la sinceridad de la mayor parte de los testigos falsos, pero sin abandonar su aspecto desesperado, que efectivamente la marquesa pidió que la anunciara con el nombre de Camembert. Y a decir verdad, era muy natural que hubiese oído un nombre que ya conocía. Además, como tenía acerca de la nobleza y la naturaleza de los nombres con los que se hacen

títulos las nociones muy vagas que son la de mucha gente que no es ascensorista, el apellido Camembert le había parecido tanto más verosímil cuanto que ese queso es universalmente conocido, y no había que extrañarse de que se sacara un marquesado de tan gloriosa fama, a menos que fuese la del marquesado la que prestara su celebridad al queso. Sin embargo, al ver que no quería parecer equivocado y como sabía que los amos gustan de ver obedecidos sus más fútiles caprichos y aceptadas sus más evidentes mentiras, me prometió decir en adelante, Cambremer, como buen sirviente. Es verdad que ningún comerciante de la ciudad ni campesino alguno de los alrededores, donde el nombre y la persona de los Cambremer eran perfectamente conocidos, hubiese podido cometer nunca el error del ascensorista. Pero el personal del “gran hotel de Balbec” no pertenecía en absoluto a la región. Venía en línea recta, con todo el material, de Biárritz, Niza y Monte-Carlo; una parte había sido despachada a Deauville, la otra a Dinard y la tercera reservada a Balbec.

Pero el dolor ansioso del ascensorista no hizo sino aumentar. Para que se olvidase así de demostrarme su abnegación con sus sonrisas habituales, era preciso que hubiese sucedido alguna desgracia. Quizás lo hubieran *despachado*. En ese caso me prometí tratar de conseguir que se quedase, ya que el director me había prometido ratificar todo lo que yo decidiera con respecto a su personal. “—Puede hacer lo que guste, rectifico desde ya”. De pronto, al salir del ascensor, comprendí la desesperación y el aspecto aterrorizado del ascensorista. Debido a la presencia de Albertina, no le había dado los cinco francos que solía darle al subir. Y este imbécil, en lugar de comprender que no deseaba hacer ostentación de propinas ante terceros, había

empezado a temblar suponiendo que mi costumbre terminara de una vez para siempre y que nunca le daría más nada. Se imaginaba que estaba en la mala (como dijera el duque de Guermites), y su suposición no le inspiraba ninguna compasión por mí sino una tremenda desilusión egoísta. Me dije que era menos irrazonable de lo que le parecía a mi madre cuando no me atrevía un solo día a no dar la suma exagerada pero esperada afiebradamente que había dado el día anterior. Pero también la significación dada por mí hasta entonces y sin ninguna duda al aspecto habitual de alegría en que no vacilaba en ver un signo de vinculación, me pareció tener un sentido menos seguro. Al ver al ascensorista, que parecía dispuesto en su desesperación a arrojarse de los cinco pisos, me pregunté si estuvieran cambiadas nuestras condiciones sociales, por el hecho, por ejemplo, de una revolución; si en lugar de manejar amablemente el ascensor para mí, el ascensorista, convertido en burgués, no me hubiese arrojado de él y si en algunas clases populares no hay más doblez que en la sociedad, donde sin duda reservan para nuestra ausencia los términos desatentos, pero cuya actitud a nuestro respecto no sería insultante si fuésemos desgraciados.

No puede decirse, sin embargo, que el ascensorista fuera el más interesado del hotel de Balbec. Desde ese punto de vista, el personal se dividía en dos categorías: por una parte los que establecían diferencias entre los clientes, más sensibles a la moderada propina de un anciano noble (que, por otra parte, podía evitarle los 28 días²⁰ al recomendarlos al general de Beautreillis) que al dispendio desconsiderado de un rastacuero que por eso mismo revelaba una falta de roce que únicamente se llamaba bondad delante de él. Por

otra parte, aquellos para los que no existían nobleza, inteligencia, celebridad, situación y modales, recubierto todo por una cifra. Para éstos no había más que una jerarquía: el dinero que se tiene, o mejor dicho, el que se da. Quizás el mismo Aimé perteneciera a esa categoría, aunque aspirara, debido a la gran cantidad de hoteles donde había trabajado, a una gran sabiduría mundana. A lo sumo, a manera de apreciaciones, le daba un giro social y de conocimiento de las familias, diciendo de la princesa de Luxemburgo, por ejemplo: “—¿Hay mucho dinero ahí?” (El signo de interrogación servía para informarse o controlar definitivamente los informes que había tomado, antes de conseguirle un cocinero a un cliente para París o reservarle una mesa a la izquierda, a la entrada y con vista al mar en Balbec). A pesar de ello, sin dejar de ser interesado, no lo hubiese exhibido con la torpe desesperación del ascensorista. Por otra parte, su candidez simplificaba tal vez las cosas. Es la comodidad de un hotel grande, de una casa como era antiguamente, la de Rachel; y es que sin intermediarios, la sola vista de un billete de cien francos, a mayor razón de uno de mil, aunque sea dado por esta vez a otro, acarrea una sonrisa y ofrecimientos en la cara hasta entonces helada de un empleado o una mujer. Al contrario, en política y en las relaciones de amante a querida, hay demasiadas cosas interpuestas entre el dinero y la docilidad. Tantas cosas que aun para aquellos a quienes el dinero despierta finalmente la sonrisa, les resulta imposible seguir el proceso interno que los liga y se creen y son más delicados. Lo que depura además a la conversación educada de los “Ya sé lo que debo hacer, mañana me encontrarán en la Morgue”. Por eso se encuentran en la

sociedad educada pocos novelistas y poetas y todos aquellos seres sublimes que hablan precisamente de lo que no debe decirse.

Tan pronto solos y ya en el corredor, Albertina me dijo: “—¿Qué tiene conmigo?” ¿Me había resultado a mí mismo cruel mi dureza hacia ella? ¿No sería acaso por mi parte una astucia inconsciente que se proponía traerla a mi amiga hasta esa actitud de súplica y temor que me permitiría interrogarla y saber quizás cuál de las dos hipótesis que me estaba formando sobre ella desde tiempo atrás era la verdadera? Así fue como, al oír su pregunta, me sentí feliz como quien alcanza una meta largo tiempo deseada. Antes de contestarle, la llevé hasta mi puerta. Cuando ésta se abrió, reflujo la luz rosada que llenaba el cuarto y cambiaba la muselina blanca de las cortinas tensas sobre la noche, ese lampatán de color de alba. Fui hasta la ventana; las gaviotas estaban de nuevo sobre las aguas; pero ahora eran rosadas. Se lo hice notar a Albertina. “—No desvíe la conversación —me dijo—; sea sincero como yo”. Mentí. Le declaré que ante todo debía escuchar una confesión previa, la de una gran pasión que experimentaba hacía un tiempo por Andrea, y lo hice con una franqueza y una sencillez dignas del teatro, pero que en vida uno no tiene sino con los amores que no siente. Volviendo a utilizar la mentira que usara con Gilberta antes de mi primera permanencia en Balbec, pero modificándola, para que me creyera mejor al decirle ahora que no la quería, llegué hasta dejar escapar que había estado antes a punto de enamorarme de ella, pero que transcurrió demasiado tiempo; ya no era para mí sino una buena compañera y aunque lo quisiera, ya no me sería posible experimentar de nuevo por ella sentimientos más ardientes. Por otra parte, al insistir así delante de

Albertina en esas protestas de frialdad para con ella, no hacía sino —debido a una circunstancia y en vista de una meta particular— tornar más sensible y marcar más fuertemente ese ritmo binario que adopta el amor en todos aquellos que dudan demasiado de sí mismos, no creen que una mujer pueda quererlos nunca y tampoco que puedan quererla de veras. Se conocen lo bastante para saber que con las más distintas experimentaban las mismas esperanzas, las mismas angustias, inventaban las mismas novelas, pronunciaban las mismas palabras, para advertir que sus sentimientos y sus acciones no están en relación necesaria y estrecha con la mujer amada, sino que pasan junto a ella, la salpican y la rodean como la marejada que se echa sobre las rocas y el sentimiento de su propio desequilibrio aumenta aún más la duda en ellos de si esa mujer, por la que tanto quisieran ser amados, los ama. ¿Por qué había de hacer el azar que fuésemos la meta de los deseos que tiene, si ella no es más que un accidente frente al surgir de los nuestros? Por eso, aunque necesitamos canalizar hacia ella todos esos sentimientos, tan distintos de los sentimientos simplemente humanos esos sentimientos tan especiales como son los de amor, después de haber dado un paso adelante confesando nuestra ternura y nuestras esperanzas a la que amamos, enseguida tememos disgustarla confundidos al sentir que el lenguaje que hemos expresado no se formó especialmente para ella, pues ya nos ha servido y nos servirá para otras; si no nos ama, no puede comprendernos, y entonces habremos hablado con el mal gusto y el escaso pudor del pedante que se dirige a los que ignoran las frases sutiles que no les están destinadas; ese temor y esa vergüenza acarrearán el contrarritmo, el reflujó, la necesidad, aunque fuese retrocediendo de primera intención

—retirando prestamente la simpatía anteriormente confesada—, de volver a tomar la ofensiva y de conquistar de nuevo estima y dominio; el doble ritmo se percibe en los distintos períodos de un mismo amor, en todos los periodos correspondientes de amores similares, en todos aquellos seres que, en lugar de sobreestimarse, se analizan. Sin embargo, si era algo más acentuado que de costumbre en ese discurso que le estaba haciendo a Albertina, era simplemente para permitirme pasar más rápida y enérgicamente al ritmo opuesto, que escanciaría mi ternura.

Como si le costara creer a Albertina lo que le decía acerca de la imposibilidad de amarla de nuevo, debido al intervalo demasiado largo, desplegué lo que llamé una extravagancia de mi carácter, con ejemplos extraídos de personas con quienes, por culpa de ellas o mía, había dejado pasar el momento de amarlas, sin poder volver a encontrarlo, aunque lo deseara. Parecía así y a un tiempo disculparme de esa incapacidad de volver a quererla, como si fuera una descortesía y tratar de hacerle comprender los motivos psicológicos, como si me fuesen particulares. Pero, al explicarme en esa forma, extendiéndome en el caso de Gilberta, frente a la cual, en efecto, había sido rigurosamente cierto lo que casi no lo era aplicado al de Albertina, no hacía sino legitimar mis asertos, de tal manera plausibles que fingía creer que lo fuesen escasamente. Sabiendo que Albertina apreciaba lo que creía mi “franca manera de hablar” y reconocía en mis deducciones la claridad de la evidencia, me disculpé de lo primero diciéndole que ya sabía que siempre causamos disgusto al decir la verdad y que, además, ésta debía parecerle incomprensible. Por el contrario, me agradeció la sinceridad y agregó que, a lo sumo,

comprendía perfectamente un estado de espíritu tan frecuente y tan natural.

Esa confesión de un sentimiento imaginario por Andrea hecho a Albertina y en cuanto a ella de una indiferencia que, para aparentar totalmente sincera y sin exageraciones, le aseguré al pasar, como por escrúpulos de cortesía, no debía tomar al pie de la letra, me permitió, por fin, sin temer que Albertina sospechase amor, hablarle con una dulzura que evitaba hacía tanto tiempo y que me pareció deliciosa. Por poco acaricié a mi confidente; al hablar de la amiga que yo amaba, me brotaban las lágrimas. Pero, yendo al hecho, le dije por fin que sabía qué era el amor, sus susceptibilidades, sus sufrimientos y quizás, como amiga ya antigua, le agradecería evitar las grandes penas que me causaba, no directamente, ya que no la amaba a ella, si me atrevía a repetirlo sin herirla, pero sí en forma indirecta, ya que me alcanzaba en mi amor por Andrea. Me interrumpí para mirar y señalarle a Albertina un pájaro enorme, solitario y presuroso que pasaba lejos de nosotros, golpeando el aire con el latido regular de sus alas, sobre la playa manchada aquí y allá con reflejos que parecían trocitos de papel desgarrado y la atravesaba en toda su longitud, sin disminuir su velocidad, sin desviar su atención y sin apartarse de su camino, como un emisario que lleva muy lejos algún mensaje urgente y capital. “—Ah, por lo menos va derecho a su objeto”, me dijo Albertina con expresión de reproche”. “—Usted me lo dice porque no sabe lo que hubiera querido decirle. Pero es tan difícil, que prefiero renunciar; estoy seguro de que la enojaría; lo que no daría más resultado que perder una buena compañera y no ser ni un poco más feliz con la que quiero”. “—Pero si le juro que no me

voy a enojar”. Parecía tan dulce, tan tristemente dócil y esperando de mí su felicidad, que me costaba contenerme y no besar, casi con un placer de la misma índole con que hubiera besado a mi madre, ese rostro nuevo que ya no ofrecía la carita despierta y ruborosa de una gata revoltosa y perversa, con la naricita rosada y respingada, sino que parecía, en la plenitud de su agobiada tristeza, disuelto en amplias coladas achatadas y caídas por la bondad. Haciendo abstracción de mi amor, como si fuese una crónica locura que no se relacionara con ella y poniéndome en su lugar, me enternecía ante esta buena muchacha acostumbrada a los procedimientos amables y leales y que el buen compañero que me creyera continuaba durante semanas enteras unas persecuciones que habían llegado a su punto culminante. Experimentaba por Albertina una profunda compasión, que fuera menor si no la amara, porque me colocaba en un punto de vista puramente humano, ajeno a los dos y desde donde se esfumaba mi amor celoso. Por otra parte, en esa oscilación rítmica que va desde la declaración a la ruptura (el medio más seguro, el más eficazmente peligroso para formar con movimientos opuestos y sucesivos un nudo que no se desate y nos vincule indisolublemente a alguien, dentro de un movimiento de retraimiento que constituye uno de los dos elementos del ritmo) ¿para qué distinguir todavía los reflujos de la humana compasión que, opuestos al amor aunque tengan inconscientemente una misma causa, producen el mismo efecto en todos los casos? Al recordar más tarde todo lo que se ha hecho por una mujer, uno advierte a menudo que los actos que inspira el deseo de indicar que se ama, y hacerse amar y alcanzar favores, no ocupan mucho más lugar que los que se deben a la humana necesidad de

reparar los daños que se han hecho al ser que ama uno, por simple deber moral y como si uno no lo amara. “—Pero, en definitiva ¿qué he podido hacer?”, me preguntó Albertina. Llamaron; era el ascensorista: la tía de Albertina pasaba casualmente frente al hotel y se había detenido por las dudas para acompañarla. Albertina ordenó que le contestaran que no podía bajar, que no la esperasen para cenar y que no sabía la hora de su regreso. “—¿Pero su tía se enojará?” “—Ni lo piense. Comprenderá perfectamente”. Así es corno en ese momento, por lo menos en una forma que ya no volvería quizás nunca, una entrevista conmigo resultaba para Albertina, a consecuencia de los acontecimientos, algo de tan evidente importancia que debía pasar antes que nada y frente a lo cual mi amiga no dudaba por un momento que a su tía le pareciera muy lógico que sacrificara la hora de cenar, lo que se refería sin duda instintivamente a una jurisprudencia familiar que enumeraba tales posibilidades; como cuando no se había vacilado en un viaje al estar en juego la carrera del señor Bontemps. Esa hora lejana que pasaba sin mí entre los suyos, Albertina me la entregaba y la hacía deslizar hasta mí; podía usarla como quería. Terminé por atreverme a decirle lo que me habían contado de su manera de vivir y que, a pesar de la profunda repugnancia que me inspiraban las mujeres atacadas por el mismo vicio, no me preocupó hasta que me señalaran su cómplice, y podía comprender fácilmente, por lo que amaba yo a Andrea, cuál era mi dolor. Quizás hubiera sido más hábil decir que me habían citado también otras mujeres, que me resultaban indiferentes. Pero la revelación brusca y terrible que me hiciera Cottard había penetrado en mí para desgarrarme tal cual, íntegra, pero sin más. Y en la misma

forma que nunca hubiera tenido por mí mismo la idea de que Albertina amara a Andrea o por lo menos tuviese con ella juegos de caricias, si Cottard no me hubiese hecho notar sus actitudes al bailar, tampoco había sabido pasar de esa idea a aquella otra, tan distinta para mí, de que Albertina pudiese tener con otras mujeres que no fuese Andrea relaciones que ni siquiera disculpara el afecto. Antes de jurarme que no era verdad, Albertina manifestó, como toda persona a la que se le hace saber que se ha hablado en esa forma de ella, ira, pena y frente al desconocido calumniador, la curiosidad rabiosa de saber de quién se trataba y el deseo de un careo para poder confundirlo. Pero me aseguró que por lo menos a mí no me guardaba rencor. “—Si fuese cierto, se lo confesaría. Pero esas cosas nos dan náuseas tanto a Andrea como a mí. No hemos llegado a nuestra edad sin dejar de ver mujeres con el cabello corto que tienen modales de hombres y el estilo que usted dice, y nada nos indigna tanto”. Albertina no me daba más que su palabra, una palabra perentoria y que no se apoyaba en pruebas. Sin embargo, era precisamente lo que más podía calmarla, ya que los celos pertenecen a esa familia de sospechas enfermizas que se lava mucho mejor con la energía de una afirmación que con su verosimilitud. Por otra parte, es una característica del amor hacernos a la vez más desconfiados y más crédulos, hacernos sospechar de la que amamos más pronto de lo que haríamos con otra y hacerle fe más holgadamente a sus negaciones. Hay que amar para preocuparse de que no existan sólo mujeres honestas y hay que amar también para desear, es decir para asegurarse que las hay. Es tan humano buscar el dolor como librarse de él. Las proposiciones que pueden resultar nos parecen fácilmente verdaderas; uno no

chicana mucho acerca de un calmante que obra. Además, por múltiple que sea el ser que amamos, puede presentarnos dos personalidades esenciales, según se nos aparezca como nuestro o retrayendo sus deseos en alguien que no sea nosotros. La primera de esas personalidades posee ese poder particular que nos impide creer en la realidad de la segunda, el secreto específico para mitigar los sufrimientos que ha causado esta última. El ser amado es sucesivamente la enfermedad y el remedio que conjura y agrava la enfermedad. Sin duda, había estado preparado durante mucho tiempo para creer verdadero lo que temía en lugar de lo que había deseado, debido al poder que ejercía sobre mi imaginación y mi facultad de conmoverme el ejemplo de Swann.

Por eso la dulzura que me proporcionaran las afirmaciones de Albertina estuvo a punto de comprometerse un instante cuando recordé la historia de Odette. Pero pensé que si era justo atribuirle su parte a lo peor, no solamente al ponerme en el lugar de Swann para comprender sus sufrimientos, sino ahora cuando se trataba de mí mismo, buscando la verdad como si fuese otro, no debía llegar, sin embargo, por crueldad hacia mí mismo —soldado que elige el lugar más peligroso, en lugar de aquel en que pueda ser más útil—, al error de estimar una suposición más verdadera que otra, por lo mismo que era la más dolorosa. ¿Acaso no había un abismo entre Albertina, muchacha de bastante buena familia, y Odette, cortesana vendida por su madre desde la infancia? No podía compararse la palabra de una con la de la otra. Además, Albertina no tenía el mismo interés que Odette para mentirle a Swann. Y más aún, Odette le había confesado a aquél lo que acababa de negar Albertina. Hubiera

cometido, pues, una falta de razonamiento tan grave —aunque inversa— como la que me inclinara hacia una hipótesis porque ésta me hiciese sufrir menos que las otras, no teniendo en cuenta esas diferencias de hecho en las situaciones y reconstruyendo la vida real de mi amiga únicamente por lo que había sabido de la de Odette. Tenía ante mí a una nueva Albertina, ya entrevista varias veces, es verdad, hacia el final de mi primera permanencia en Balbec; sincera y buena; una Albertina que, por afecto hacia mí, acababa de perdonar mis sospechas y trataba de disiparlas. Me hizo sentar a su lado en la cama. Le agradecí lo que me dijera, le aseguré que nuestra reconciliación estaba lograda y que ya no volvería a ser violento con ella. Le dije a Albertina que, sin embargo, debía volver a cenar. Me preguntó si así no me sentía bien. Y acercando mi cabeza para una caricia que aún no me hiciera y que quizás le debía a nuestro enojo liquidado, pasó ligeramente su lengua por mis labios que trataba de entreabrir. Para empezar, no los abrí. “—¡Vaya un malo!”, me dijo.

Debía haber partido esa misma noche sin volver a verla. Ya presentía desde entonces que en el amor no compartido —tanto da decir amor, porque hay seres para los que no existe el amor compartido— puede uno gustar de la felicidad sólo ese simulacro que se me daba en uno de esos momentos únicos en los que la bondad de una mujer, o su capricho, o la casualidad, aplican a nuestros deseos las mismas palabras, las mismas acciones en una coincidencia perfecta, como si fuéramos verdaderamente amados. La sabiduría debió haber consistido en considerar con curiosidad y poseer con deleite esa pequeña parcela de felicidad sin la cual me habría muerto sin sospechar en qué puede consistir para corazones menos difíciles o más

favorecidos; suponer que formaba parte de una felicidad amplia y duradera, que sólo se me aparecía en ese momento; y para que el día siguiente no desmienta esa ficción: la de no pedir un solo favor más después del que se debía al artificio de un minuto excepcional. Debí haber abandonado Balbec, encerrarme en la soledad y conservarme en armonía con las últimas vibraciones de la voz que por un instante había sabido hacer enamorada y de la que ya no habría exigido nada más, como no fuese dirigirse a mí; de miedo a que con una nueva palabra que, en adelante, no podía ser sino diferente, viniese a herir con una disonancia el silencio sensitivo en el que hubiese podido sobrevivir para mí mucho tiempo el tono de la felicidad, como si se debiera a algún pedal.

Tranquilizado por mi explicación con Albertina, volvía vivir más tiempo junto a mi madre. Le gustaba hablarme suavemente de lo: tiempos en que mi abuela era más joven. Temiendo que yo mismo no me reprochase las tristezas con las que pude ensombrecer el final de esa vida, volvía voluntariamente a los años en que mis primeros estudios le habían causado a mi abuela unas satisfacciones que hasta entonces siempre me ocultaran. Volvimos a hablar de Combray. Mi madre me dijo que allá por lo menos yo leía y que debía hacer lo mismo en Balbec; ya que no trabajaba. Le contesté que para rodearme precisamente de los recuerdos de Combray y de los lindos platos pintados, me gustaría volver a leer *Las Mil y Una Noches*. A escondidas, para sorprenderme, como antaño, en Combray, cuando me regalaba libros para mi cumpleaños, mi madre mandó pedir a un tiempo *Las Mil y Una Noches*, de Galland, y *Las Mil y Una Noches*, de Mardrus. Pero, después de haber ojeado las dos traducciones, mi madre hubiese

querido que me atuviese a la de Galland, al mismo tiempo que temía influirme debido al respeto que tenía por la libertad intelectual, no queriendo intervenir torpemente en la vida de mi pensamiento y con el sentimiento de que siendo mujer, por una parte, le faltaba, según creía, la competencia intelectual necesaria y, por la otra, que no debía juzgar las lecturas de un joven de acuerdo con lo que le chocaba.

Al caer sobre ciertos cuentos, la habían rebelado la inmoralidad del tema y la crudeza de expresión. Pero, sobre todo, conservando precisamente como reliquias,, no sólo el broche, el “*en-tout-cas*”, el manto, el volumen de Madame de Sévigné, sino también las costumbres de pensamiento y lenguaje de su madre, buscando en toda ocasión cuál hubiera sido la opinión de ésta, mi madre no podía dudar de la condenación que hubiese pronunciado mi abuela contra el libro de Mardrus.

Recordaba que cuando leía a Agustín Thierry, en Combray, antes de caminar del lado de Méséglise, mi abuela, contenta con mis lecturas y mis paseos, se indignaba, sin embargo, al ver a aquel cuyo nombre quedaba vinculado a ese hemistiquio: “Luego reina Meroveo”, llamado Merowig, y rehusaba decir carolingios en vez de carlovingios, a los que seguía fiel. Por fin, le había contado lo que pensaba mi abuela de los nombres griegos que Bloch, según Leconte de Lisle, le daba a los dioses de Hornero, yendo hasta para las cosas más simples a hacerse un deber religioso en adoptar una ortografía griega, lo que para él constituía el talento literario. Por ejemplo, si tenía que decir en una carta que el vino que se bebía en su casa era un verdadero néctar, escribía un verdadero *néktar*, con *k*, lo que permitía sarcasmos con Lamartine. Y si una *Odisea* de la que faltaban los

nombres de Ulises y Minerva ya no era para ella la *Odisea*, ¿qué hubiera dicho al ver ya deformado sobre la cubierta del libro el título de *sus Mil y Una Noches*, no encontrando ya transcritos exactamente, como estaba acostumbrada en todo tiempo a decirlos, los nombres inmortalmente familiares de Scheherazada, de Dinarzada, en que hasta desbautizados —si se atreve uno a emplear la palabra para cuentos musulmanes—, el encantador Califa y los poderosos Genios se reconocían apenas, llamados uno el *Khalifat*, los otros los *Gennis*? Sin embargo, mi madre me entregó las dos obras y le dije que las leería los días en que me sintiera demasiado cansado para pasear.

Esos días no eran muy frecuentes, por otra parte íbamos a tomar la merienda como antaño en grupo, Albertina, sus amigas y yo, sobre el acantilado o en la granja de María Antonieta. Pero había veces en que Albertina me daba ese gran placer. Me decía: “—Hoy quiero estar un poco a solas con usted; será mejor vernos los dos”. Entonces afirmaba estar ocupada; por otra parte, no tenía por qué rendir cuentas y para que las demás, si a pesar de todo iban a merendar y a pasear, no pudiesen encontrarnos, nos íbamos como dos amantes, solitos a Bagatelle o a la Cruz de Heulan, mientras el grupo, que nunca hubiera pensado en buscarnos ahí y no iba nunca, se quedaba indefinidamente en María Antonieta con la esperanza de vernos llegar.

Recuerdo los tiempos calurosos de aquel entonces, cuando de la frente de los peones de granja que trabajaban al sol caía vertical, regular e intermitente una gota de sudor como la gota de agua de un depósito y alternaba con la caída del fruto maduro que se desprendía del árbol en los cercados vecinos; han seguido siendo hasta ahora, junto con ese misterio de una mujer oculta, la parte más consistente

de todo amor que se me presenta. En una semana en que se produce ese tiempo para una mujer de la que me hablan y en la que no pensaría ni por un momento, postergo todas las citas sobre todo si debo verla en alguna granja aislada. Por más que sepa que ese tiempo y esa cita no son suyos, sin embargo es el cebo tan conocido por mí el que basta para atraparme y al que me dejo arrastrar. Sé que a esa mujer por un tiempo frío y en una ciudad hubiera podido desearla, pero sin acompañamiento de sentimiento romántico y sin enamorarme; el amor no deja de ser fuerte una vez que gracias a circunstancias me ha encadenado; es solamente más melancólico, como se hacen en la vida nuestros sentimientos hacia ciertas personas a medida que advertimos el lugar cada vez más chico que ocupan y que el amor nuevo que deseábamos tan durable —abreviado al mismo tiempo que nuestra vida misma— sea el último.

Había poca gente aún en Balbec y pocas muchachas. A veces la veía a tal o cual en la playa, sin placer, y sin embargo muchas coincidencias parecían certificar que era la misma a la que me desesperaba no poder acercarme cuando salía con sus amigas del picadero o de la escuela de gimnasia. Si era la misma (y me cuidaba de hablar de ella a Albertina), la muchacha que había creído embriagadora ya no existía. Pero no podía llegar a una certeza porque el rostro de esas muchachas no ocupaba una magnitud en la playa, no ofrecía una forma permanente, contraído, dilatado, transformado como lo estaba por mi propia espera, la inquietud de mi deseo o un bienestar que se basta a sí mismo sus distintos vestidos, la rapidez de su andar o su inmovilidad. De cerca, sin embargo, dos o tres me parecían adorables. Cada vez que veía a una de éstas, tenía ganas de

llevarla a la avenida de los Tamarindos o a las dunas; mejor aún sobre el acantilado. Pero aunque en el deseo, por comparación con la indiferencia, intervenga ya esa audacia que es un comienzo mismo de realización, sin embargo, entre mi deseo y la acción que sería mi pedido de besarla, existía todo el *blanco* indefinido de la timidez. Entonces entraba en casa del pastelero y vendedor de limonada, y bebía uno tras otro siete u ocho vasos de oporto. Enseguida, en lugar del intervalo imposible de llenar entre mi deseo y la acción, el efecto del alcohol trazaba una línea que los unía a ambos. Ya no quedaba lugar entre la vacilación o el temor. Me parecía que la muchacha volaría hasta mí. Iba hasta ella, y las palabras salían por sí solas de mis labios: “—Me gustaría pasear con usted. ¿No quiere que vayamos hasta el acantilado? Nadie puede molestarnos detrás del bosquecito que protege a la casita desmontable del viento y está actualmente deshabitada?” Se eliminaban todas las dificultades de la vida, ya no había obstáculos para el contacto de nuestros dos cuerpos. No más obstáculos por lo menos para mí. Porque no se habían volatilizado para ella, que no habla bebido oporto. Lo hubiese hecho, y el universo perdiera a sus ojos alguna realidad; el sueño largo tiempo acariciado que entonces le pareciera realizable, no hubiese sido en lo mínimo, quizás, caer en mis brazos.

No sólo eran escasas las muchachas, sino que se quedaban poco tiempo en esa *estación*, que no alcanzaba a serlo. Recuerdo una, con tez rojiza de *colaenus*, con los ojos verdes, y ambas mejillas rojizas, y cuya figura doble y ligera se parecía a las semillas aladas de ciertos árboles. No sé qué brisa la trajo a Balbec, ni cuál se la llevó. Sucedió tan bruscamente que por vanos Mas tuve un pesar que me atreví a

confesarle a Albertina cuando comprendí que se había ido para siempre.

Hay que decir que algunas eran muchachas que no conocía en absoluto o que no había visto por muchos años. A menudo, antes de encontrarlas, les escribía. Si su respuesta me dejaba creer en un amor posible, ¡cuánta alegría! Uno no puede al comienzo de una amistad con una mujer y aun si no debe realizarse posteriormente, desprenderse de esas primeras cartas que ha recibido. Uno quiere tenerlas permanentemente junto a sí como hermosas flores regaladas, todavía frescas y á las que no deja de mirar sino para olerlas de cerca. La frase que uno se sabe de memoria es encantadora para releer, y en la que uno ha aprendido menos literalmente, se quiere verificar el grado de ternura de una expresión. ¿Escribió ella acaso: “Su querida carta”? Pequeña desilusión para la ternura que se respira y que debe atribuirse ya a que uno haya leído demasiado ligero, ya a la letra ilegible de la correspondencia; no ha puesto: “Y su querida carta”, sino: “Al ver esta carta”. Pero el resto es tan tierno... ¡Oh, que vengan mañana semejantes flores! Y luego eso ya no basta; habría que comparar las palabras escritas con las miradas y la voz. Se concierta una cita, y —sin que haya siquiera cambiado— ahí donde uno quería encontrar el hada Viviana de acuerdo a la descripción u al recuerdo personal, se encuentra uno al Gato con botas. A pesar de ello, la cita es para el día siguiente porque después de todo es ella, y ella es lo que uno deseaba. Y esos deseos para una mujer que se ha soñado, no hacen absolutamente necesaria la belleza de semejante precisión. Esos deseos son sólo el deseo de semejante ser; vagos como perfumes, así como el estoraje era el deseo de Protirea, el azafrán el deseo etéreo las

especies el deseo de Hera, la mirra el perfume de los magos, el maná el deseo de Nica, el incienso el perfume del mar. Pero esos perfumes que cantan los Himnos Orficos son mucho menos numerosos que las divinidades que adoran. La mirra es el perfume de los magos, y también el de Protogono, de Neptuno, de Nereo, de Leteo; el incienso es el perfume del mar y también el de la hermosa Dica, de Temis, de Circe, de las nueve Musas, de Eos, de Mnemosina, del día, de Dikaiosuné. En cuanto al estoraque, el maná y las especias, no acabaríamos de enumerar las divinidades que los inspiran, a tal punto son numerosas. Anfietes tiene todos los perfumes, con excepción del incienso, y Gea rechaza únicamente las habas y las especias. Así sucedía con esos deseos de las muchachas que tenía. Menos numerosos que ellas, se trocaban en desilusiones y tristezas bastante parecidas unas a otras. Nunca quise mirra. La reservé para Júpiter y para la princesa de Guermantes, porque ella es el deseo de Protogono, “de dos sexos, con el mugido del toro, las orgías innumerables, memorable, inenarrable, descendiendo alegre hacia los sacrificios de las Orgiofantes”.

Pero pronto la estación llegó a su punto culminante; todos los días llegaba alguien más; y en la frecuencia súbitamente acrecida de mis paseos que reemplazaba la encantadora lectura de *Las Mil y Una Noches* había una causa sin placer y que los envenenaba a todos. La playa estaba poblada ahora de muchachas, y la idea que me sugiriera Cottard no me proporcionó nuevas dudas, pero me había sensibilizado y fragilizado por esa parte y precavido para que no se me formasen; en cuanto llegaba una mujer joven a Balbec, yo me sentía incómodo y le proponía las más lejanas excursiones a Albertina para que no

podiera conocerla y aun, si era posible, para que no advirtiese a la recién llegada. Temía, naturalmente, más a aquellas cuya mala conducta era notable o notoria su mala reputación; trataba de convencer a mi amiga de que esa mala reputación no se apoyaba en nada y era una calumnia, quizás sin confesármelo, por un temor aún inconsciente de que tratase de vincularse a la depravada o que lamentara no poder buscarla por mi causa o que creyese, debido a la gran cantidad de ejemplos, que un vicio tan difundido no es condenable. Negándose a cada culpable, no tendía a nada menos que a pretender que el safismo no existe, Albertina adoptaba mi incredulidad por el vicio de tal o cual: “—No creo que sólo quiera adoptar un estilo: es para darse tono”. Pero entonces lamentaba casi haber defendido la inocencia, porque me disgustaba que Albertina, antes tan severa, pudiese creer que ese *estilo* fuese algo tan halagüeño y lo bastante favorecedor como para que una mujer exenta de esas aficiones tratara de aparentarlo. Yo hubiese querido que ninguna mujer llegara a Balbec; temblaba al pensar que era aproximadamente el momento en que debía llegar la señora Putbus a casa de los Verdurin y su mucama, de la que Saint-Loup no me había ocultado las preferencias, pudiese excursionar hasta la playa y si era un día en que yo no estaba con Albertina, tratar de corromperla. Llegaba a preguntarme —como Cottard no me había ocultado que los Verdurin tenían mucho afecto por mí y aunque aparentaba que no quería correr, como decía, tras de mí, hubiesen dado cualquier cosa para que yo fuese a su casa no podría conseguir, asegurándoles que les llevaría a París a todos los Guermantes del mundo, que la señora de Verdurin, bajo un pretexto cualquiera, avisara a la señora de Putbus que le era

imposible guardarla en su casa y la despachara cuanto antes. A pesar de esos pensamientos y como era especialmente la presencia de Andrea la que me inquietaba, el apaciguamiento que me habían procurado las palabras de Albertina aún persistía un poco. Yo sabía, además, que pronto lo necesitaría mucho menos, ya que Andrea iba a partir con Rosamunda y Gisela, casi en momentos en que todos llegaban y no tenía que pasar junto a Albertina más que algunas semanas. Durante éstas, por otra parte, Albertina pareció combinar todo lo que hacía y todo lo que decía con vistas a destruir mis sospechas si me quedaba alguna o impedir que renacieran. Se las arreglaba para no quedarse sola con Andrea e insistía cuando volvíamos para que fuese a buscarla si debíamos salir. Andrea, sin embargo, por su parte, se tomaba buscarla trabajo análogo y parecía evitarla a Albertina. Y ese aparente acuerdo no era el único indicio que pareciera indicarme que Albertina debió poner a su amiga al corriente de nuestra entrevista y solicitarle que tuviera la gentileza de calmar mis absurdas sospechas.

Hacia esa época se produjo en el gran hotel de Balbec un escándalo que contribuyó a cambiar la pendiente de mis tormentos. La hermana de Bloch tenía desde tiempo atrás relaciones secretas con una antigua actriz y pronto no les bastaron. El hecho de que las vieran parecía agregar perversidad a sus placeres y querían sumergir sus peligrosas expansiones en las miradas de todos. Eso empezó con caricias, que en resumen podían atribuirse a una amistosa intimidad, en el salón de juego, alrededor de la mesa de baccará. Luego se hicieron más audaces. Y por fin una noche, sobre un diván, en un rincón ni siquiera oscuro de la gran sala de baile, apenas se molestaron más

que si estuviesen en su cama. Dos oficiales que estaban con sus mujeres no lejos de ahí se quejaron al director. Pudo creerse por un momento que su protesta habría tenido alguna eficacia. Pero tenían en su contra haber venido por una noche desde Tettegolme, donde habitaban, hasta Balbec y no podían ser útiles en lo mínimo al director. Mientras que aún a espaldas suyas y por más observaciones que el director le hiciese planeaba sobre la señorita Bloch la protección del señor Nissim Bernard. Hay que explicar el porqué. El señor Nissim Bernard practicaba en el más alto grado las virtudes de familia. Todos los años alquilaba en Balbec una casa magnífica para su sobrino, y ninguna invitación podía apartarlo de la cena en casa de él, que en realidad era la casa de ellos. Pero nunca almorzaba en su casa. Todos los días, a mediodía estaba en el Grand-Hotel. Es que él mantenía, como tantos otros, a un estudiante de ópera, un *empleado* bastante parecido a esos *botones* de los que hemos hablado y que nos hacían pensar en los jóvenes israelitas de *Esther* y de *Athalie*. A decir verdad, los cuarenta años que separaban al señor Nissim Bernard del joven empleado, debían haberlo preservado de un contacto poco amable. Pero, como lo dice Racine con tanta sabiduría en los mismos coros:

*¡Dios mío! ¡Cómo una naciente virtud,
entre tantos peligros, anda con pasos inseguros!
¡Qué obstáculos halla para sus designios
un alma que te busca y quiere ser inocente!*

Por más que el joven empleado “educado lejos del mundo” estuviese en el Templo-Palace de Balbec, no había seguido el consejo de Joad:

No te apoyes en la riqueza ni en el oro.

Se había dado quizás a sí mismo un motivo diciéndose: “La tierra está cubierta de pecadores”. Por más que así fuese y aunque el señor Nissin Bernard no esperase un *plazo* tan corto, desde el primer día,

*Y aunque fuese aún terror o para acariciarlo
se sintió apresado entre sus brazos inocentes.*

Se había dado quizás a sí mismo un motivo diciéndose: “La tierra está cubierta de pecadores”. Por más que así fuera y aunque el señor Nissim Bernard no esperase un plazo tan corto, desde el primer día,

*De flores en flores, de placeres en placeres,
paseemos nuestros deseos.
El número de nuestros años pasajeros es inseguro.
Apresurémonos a gozar la vida.
El honor y los empleos,
son el precio de una ciega y dulce obediencia.
Para la triste inocencia,
quién elevaría la voz;*

Desde ese día el señor Nissim Bernard no había dejado de ocupar su lugar en el almuerzo (como lo hubiese hecho en la platea alguien que mantiene a una corista, corista esta de un estilo fuertemente característico y que aún espera su Degas). Era un placer para el señor Nissim Bernard seguir en el comedor y hasta las lejanas perspectivas en que dominaba la cajera bajo su palmera, las evoluciones del adolescente presuroso en el servicio, al servicio de todos y menos del señor Nissim Bernard desde que éste lo mantenía, sea que el joven monaguillo no creyese necesario probar la misma amabilidad a alguien de quien se creía suficientemente amado, sea que ese amor lo irritase o temiese que al ser descubierto le hiciera perder otras oportunidades. Pero esa misma frialdad gustaba al señor Nissim Bernard, por todo lo que disimulaba y ya fuese por atavismo hebraico o por profanación del sentimiento cristiano, se complacía singularmente en la ceremonia raciniana, judía o católica. De ser una verdadera representación de *Esther* o de *Athalie*, el señor Bernard habría lamentado que la diferencia de siglos no le permitiese conocer a Juan Racine, su autor, y conseguir para su protegido un papel más importante. Pero la ceremonia del almuerzo no emanaba de ningún escritor y se contentaba, por ende, manteniéndose en buenas relaciones con el director y con Aimé, por quien el “joven israelita” fuera promovido a las deseadas funciones de jefe segundo o de jefe de fila. Le habían ofrecido las de sumiller. Pero el señor Bernard lo obligó a rechazarlas porque ya no hubiese podido venir cada día a verlo corretear por el comedor verde, a que lo sirviera como un extraño. Y ese placer era tan fuerte que todos los años volvía el señor Bernard de Balbec y tomaba su almuerzo fuera de casa; costumbres en las

que el señor Bloch veía, en la primera una afición poética por la hermosa luz y los crepúsculos de esa costa preferida a cualquier otra; en la segunda, una manía inveterada de viejo solterón.

A decir verdad, ese error de los padres del señor Nissim Bernard, que no sospechaban la verdadera razón de su regreso anual a Balbec y lo que la pedante señora Bloch llamaba sus calaveradas de cocina, ese error era una verdad más profunda y de segundo grado. Porque el mismo señor Nissim Bernard ignoraba lo que su gusto de mantener a uno de sus sirvientes al que aún le faltaba su Degas podía contener de amor por la playa de Balbec, por la vista del mar que se tenía desde el restaurante y de costumbres maniáticas. Por eso el señor Nissim Bernard mantenía con el director de ese teatro que era el hotel de Balbec y con el director escénico y *régisseur* Aimé —cuyos papeles en todo este asunto no eran precisamente muy limpios— excelentes relaciones. Algún día se hartan intrigas para obtener un gran papel, quizás un puesto de *maître*.²¹ Mientras tanto, el placer del señor Nissim Bernard, por poético y tranquilamente contemplativo que fuera, tenía algo de la característica de esos mujeriegos que siempre saben —el Swann de antaño por ejemplo que yendo por el mundo van a encontrar su amante. Apenas se sentara, el señor Nissim Bernard vería que el objeto de sus anhelos avanzaba por el escenario llevando frutas en la mano o cigarros en una bandeja. Por eso todas las mañanas, después de besar a su sobrina, haberse preocupado por los trabajos de mi amigo Bloch y ofrecido a sus caballos terrones de azúcar en la palma de la mano, tenía una prisa febril por llegar al almuerzo del Gran Hotel. Aunque estallase un incendio en su casa o su sobrina sufriera un ataque, sin duda partiera lo mismo. Por eso

temía tanto como a la peste a un resfrío que le hiciese guardar cama —porque era hipocondríaco—, y eso lo hubiese obligado a pedirle a Aimé que le mandara a su casa a su joven amigo antes de la hora de la merienda.

Le gustaba, por otra parte, todo ese laberinto de pasillos, piezas secretas, salones, vestuarios, alacenas y galerías que era el hotel de Balbec. Por atavismo oriental, amaba los serrallos y cuando salía de noche se le veía explorar furtivamente los alrededores.

Mientras, arriesgándose hasta los subsuelos y buscando, a pesar de todo, que no lo vieran para evitar así el escándalo, el señor Nissim Bernard, en su búsqueda de los jóvenes levitas, hacía pensar en estos versos de la *Juive*:

*¡Oh, Dios de nuestros padres,
desciende entre nosotros
y oculta nuestros misterios
a los ojos de los malvados!*

Yo subía, por el contrario, al cuarto de dos hermanas que hablan acompañado hasta Balbec como mucamas a una anciana extranjera.

Era lo que en el lenguaje de los hoteles se llamaban dos mensajeras y en el de Francisca, que suponía que un mensajero o una mensajera están ahí para hacer mandados, dos *mandaderas*. Los hoteles, en cambio, se estacionaron con más nobleza en los tiempos en que se cantaba: “Es un mensajero de gabinete”.

A pesar de las dificultades que tenía un cliente para ir a los cuartos de las mensajeras y viceversa, me había vinculado rápida jóvenes, la señorita María Gineste y la señora Celeste Albaret. Nacidas al pie de las altas montañas del centro de Francia, al borde de los arroyos y los torrentes (el agua llegaba a pasar debajo de sus casas natales, donde giraba un molino y lo destrozara varias veces una inundación), parecían haber conservado su naturaleza. María Gineste era más regularmente rápida y jadeante, Celeste Albaret, más blanda y más lánguida, desparramada como un lago, pero con unos terribles retornos de barboteo en que su furor recordaba el peligro de las crecidas y de los líquidos torbellinos que todo lo arrastran y todo lo saquean. Venían a menudo a verme por la mañana cuando estaba aún acostado. Nunca he conocido a personas más voluntariosamente ignorantes que no habían aprendido nada en absoluto en la escuela y cuyo lenguaje tuviese, sin embargo, algo tan literario que sin la naturalidad casi salvaje de su tono pudiera suponerse que sus palabras eran afectadas. Con una familiaridad que no retoco, a pesar de los elogios (que no están aquí para alabarme a mí, sino al extraño genio de Celeste) y las críticas igualmente falsas pero muy sinceras que esos conceptos parecían merecerme, mientras mojaba medialunas en la leche, Celeste me decía: “—¡Oh diablito negro de cabellos de arrendajo, oh profunda malicia! No sé en qué pensaba su madre cuando lo hacía, porque lo tiene todo de un pájaro. Mira, María: ¿no parece que se está alisando las plumas y gira su cuello con elasticidad? Parece liviano y uno diría que está por aprender a volar. ¡Ah!, usted tiene suerte que los que lo han criado lo hayan hecho nacer entre los ricos; qué hubiera sido de usted, derrochador como lo es. Ahí tira su

medialuna porque ha tocado la cama. Vamos, ahora derrama la leche y espera que le ponga una servilleta, porque no sabrá arreglárselas; nunca vi a nadie tan tonto y tan torpe como usted.” Se oía entonces el ruido más regular de torrente de María Gineste, que furiosa reprimía a su hermana: “—Vamos, Celeste, ¿vas a callarte? ¿No estás loca de hablarle así al señor?” Celeste no hacía sino sonreír; y como detesto que me pongan servilleta: “—Pero no, María; míralo, ¡bing!, ahora se ha erguido, recto como una serpiente. Una verdadera serpiente, te digo”. Prodigaba, por otra parte, las comparaciones zoológicas, porque según ella no se sabía cuándo dormía, revoloteaba toda la noche como una mariposa y durante el día era tan veloz como una ardilla. “—¿Sabes, María? Como las que se ven por casa, tan ágiles que ni con los ojos puede uno seguir las”. “—Pero, Celeste, ya sabes que no le gusta tener una servilleta cuando come.” “—No es que no le guste; es para asegurar que no se le tuerce la voluntad. Es un señor, y quiere demostrar que es un señor. Le cambiarán diez veces las sábanas si es necesario, pero no cederá. Las de ayer ya hablan hecho lo suyo, pero hoy acaban de ponerlas y ya habrá que cambiarlas. ¡Ah, yo tenía razón al decir que no ha sido hecho para nacer entre los pobres! Mira, se le erizan los cabellos y se le hinchan de indignación como plumas de ave. Pobre ploumissou.²² Aquí ya no era María quien protestaba, sino yo, porque no me sentía señor en absoluto. Pero Celeste nunca creía en la sinceridad de mi modestia y cortándome la palabra: “—¡Ah pícaro, ah dulzura, ah perfidia, astuto entre los astutos, canalla entre los canallas! ¡Ah, Molière!” (Era el único nombre de escritor que conocía, pero me lo aplicaba entendiendo por él a alguien capaz de componer piezas y representarlas a un tiempo) “—¡Celeste!,

gritaba imperiosamente María, que ignoraba el nombre de Molière y temía que fuese una nueva injuria. Celeste volvía a sonreír: “—No has visto en su cajón su fotografía cuando chico. Había querido hacernos creer que lo vestían siempre muy sencillamente. Y ahí, con su bastoncito, no es más que pieles y puntillas, como nunca las tuvo príncipe alguno. Pero no es nada al lado de su inmensa majestad y su bondad aún más profunda”. “—Entonces —gruñía el torrente— María, ahora le hurgas los cajones.” Para apaciguar los temores de María, le preguntaba su opinión acerca de lo que hacía el señor Nissim Bernard... “—¡Ah, señor!, son cosas que no podía creer que existieran: hemos tenido que venir aquí —y birlándole el peón por una vez a Celeste con una palabra más honda—: ¡Ah!, vea usted, señor, nunca podrá saberse lo que puede haber en una vida.” Para cambiar de tema, le hablaba de la de mi padre, que trabajaba noche y día. “—¡Ah, señor!, son vidas que no guardan nada para sí, ni un minuto, ni un placer; todo enteramente todo, es un sacrificio para los demás; son vidas *donadas*.” “—Mira, Celeste; sólo para poner la mano sobre su frazada y tomar su medialuna, ¡qué distinción! Puede hacer las cosas más insignificantes: parece que toda la nobleza de Francia hasta los Pirineos, se desplaza en cada uno de sus movimientos.”

Aniquilado por ese retrato tan poco verídico, yo me callaba; Celeste veía en ello una nueva astucia: “—¡Ah!, frente que pareces tan pura y ocultas tantas cosas, mejillas amigas y frescas como el interior de una almendra, pequeñas manos de satén peludo, uñas como garras, etc. Mira, María, cómo bebe su leche con un recogimiento que me dan ganas de rezar. ¡Qué seriedad! Deberían retratarlo en este momento. Tiene todo de los niños. ¿Será por beber

leche como ellos que ha conservado su tez clara? ¡Ah, juventud! ¡Ah, bella piel! Nunca envejecerá. Tiene suerte usted: nunca tendrá que alzarle la mano a nadie porque tiene ojos que saben imponer su voluntad. Y ahora se ha enojado. Está de pie, erguido como una evidencia.”

A Francisca no le gustaba para nada que aquellas a quienes llamaba las dos zalameras viniesen a conversar en esa forma conmigo. El director, que hacía vigilar todo lo que sucedía por sus empleados, hasta llenó a observarme gravemente que no era digno de un cliente conversar con mensajeras. Yo, a quien las *zalameras* parecían superiores a todas las clientas del hotel, me contenté con réirle en las barbas, convencido de que no comprendería mis explicaciones. Y las dos hermanas volvían. “—Mira, María, ¡qué rasgos tan finos! ¡Oh, perfecta miniatura, más hermosa que la más preciosa conservada bajo vidrio, porque tiene los movimientos y palabras para oírlo los días y las noches!”

Es un milagro que una dama extranjera hubiese podido llevarlas, porque sin saber historia ni geografía, odiaban en confianza a los ingleses, los alemanes, los rusos, los italianos y la gentuza de los extranjeros y no querían, con excepciones, sino a los franceses. Sus rostros hablan conservado a tal punto la humedad de la maleable arcilla de sus arroyos que en cuanto se hablaba de un extranjero que estaba en el hotel, para repetir lo que había dicho, Celeste y María aplicaban su cara a las suyas, su boca se convertía en su boca, sus ojos en sus ojos. Uno hubiera querido conservar tan admirables máscaras teatrales. La misma Celeste, al fingir que sólo repetía lo que había dicho el director o alguno de mis amigos, insertaba en su

pequeño relato conceptos fingidos en los que se encontraban maliciosamente pintados todos los defectos de Bloch o los del presidente primero etc., sin aparentarlo. Bajo la apariencia del resumen de un sencillo menester de que se había hecho cargo amablemente, era un retrato inimitable. Nunca leían nada ni siquiera un diario. Un día, sin embargo, me encontraron un volumen sobre la cama. Eran poemas admirables, pero oscuros, de Saint-Léger Léger. Celeste leyó algunas páginas, y me dijo: “—¿Está seguro de que son versos? ¿No serán más bien adivinanzas?”

Evidentemente, para una persona que en su infancia había aprendido una sola poesía: Aquí *abajo se mueren todas las lilas*, faltaba cierta transición. Creo que su obstinación en no aprender nada dependía de su terruño insalubre. Estaban, sin embargo, tan dotadas como un poeta, con más modestia de la que tienen en general. Porque si dijera Celeste algo notable y al no recordarlo bien, le pedía yo que lo repitiera, aseguraba que lo había olvidado. Nunca leerán libros, pero tampoco los escribirán.

Francisca se impresionó bastante al saber que los dos hermanos de esas mujeres tan sencillas se habían casado, uno con la sobrina del arzobispo de Tours, el otro con una parienta del obispo de Rodez. Al director eso no le hubiese llamado la atención. Celeste le reprochaba a veces a su marido que no la comprendiera y a mí me asombraba que pudiese soportarla. Porque en ciertos momentos, estremecida, furiosa y destruyéndolo todo, era odiosa. Se asegura que el líquido salado que constituye nuestra sangre no es más que la supervivencia interior del elemento marino primitivo. Creo en la misma forma que Celeste conservaba no solamente el ritmo de los

arroyos del terruño en sus furores, sino en sus horas de depresión. Cuando se agotaba, era a su modo: quedaba verdaderamente en seco. Nada hubiera podido entonces revivirla. Y de pronto la circulación volvía a su alto cuerpo magnífico y liviano. El agua corría por la transparencia opalina de su piel azulada. En esos momentos se ponía verdaderamente celeste.

Por más que la familia de Bloch nunca hubiese sospechado el motivo por el cual su tío no almorzaba nunca en casa y lo aceptara desde un principio como una manía de viejo solterón que se debía quizás a las exigencias de sus relaciones con alguna actriz, todo lo que concernía al señor Nissim Bernard era tabú para el director del hotel de Balbec. Y he aquí por qué, sin siquiera haberlo comentado con el tío, no se había atrevido finalmente a echarle la culpa ala sobrina, recomendándole, sin embargo, alguna circunspección. Y cuando la muchacha y su amiga—que durante algunos rifas se habían imaginado excluidas del casino y del Grand-Hotel—vieron que todo se arreglaba, se sintieron felices al poder mostrarles a aquellos padres de familia que las hacían a un lado, que podían permitirse impunemente cualquier cosa. Sin duda, no negaron hasta repetir la escena pública que había sublevado a todos; pero poco a poco sus modales volvieron insensiblemente. Y una noche que yo salía del casino semiapagado con Albertina y Bloch, a quien habíamos encontrado, pasaron abrazadas, sin dejar de besarse, y llegando hasta donde estábamos, lanzaron cloqueos, risas y gritos indecentes. Bloch bajó la mirada para no aparentar que reconocía a su hermana y yo me torturé pensando que ese lenguaje atroz y particular se dirigía quizás a Albertina.

Otro incidente fijó aún más mis preocupaciones del lado de Gomorra. Había visto en la playa a una hermosa joven esbelta y pálida cuyos ojos, alrededor de su centro, disponían de rayos tan geoméricamente luminosos que ante su mirada uno pensaba en una constelación. Pensaba que esa muchacha era más hermosa que Albertina y que sería mucho más sensato renunciar a la obra. A lo sumo, el rostro de esa hermosa muchacha había sido pulido por la garlopa invisible de una vida sumamente baja, por la permanente aceptación de recursos vulgares a tal punto que sus ojos más nobles sin embargo que el resto del semblante, no debían irradiar sino apetitos y deseos. Y al día siguiente, puesto que esa muchacha estaba ubicada en el casino muy lejos de nosotros, vi que no dejaba de posar sobre Albertina los fuegos alternados y giratorios de sus miradas. Parecía que le hacía señales, como quien utiliza un faro. Sufría al pensar que mi amiga pudiese advertir que le hacían tanto caso y temía que esas miradas incesantemente encendidas no tuviesen el significado convencional de una cita de amor para el día siguiente. ¿Quién sabe? A lo mejor, esa cita era la primera. La joven de los ojos radiantes pudo haber venido otro año a Balbec. Era quizás porque Albertina ya cediera a sus deseos o a los de una amiga que ésta se permitía dirigirle tan brillantes señales. Hacían entonces algo más que reclamar algo para el presente; se autorizaban para ello por los buenos momentos del pasado.

En tal caso esa cita no debía ser la primera, sino la continuación de reuniones realizadas juntas en años anteriores. Y efectivamente, las miradas no decían: “¿Quieres?” En cuanto la joven advirtió a Albertina, había girado del todo su cabeza y hecho relucir

ante ella miradas cargadas de recuerdo, como si temiese y le asombrase que su amiga no recordara. Albertina, que la veía muy bien, permaneció flemáticamente inmóvil, de manera que la otra con la misma clase de discreción de un hombre que ve a su antigua querida con otro amante, deja de mirarla y después ya no se ocupa de ella, como si no hubiese existido.

Pero algunos días después tuve la prueba de las aficiones de esta joven y también de la probabilidad de que antes hubiera conocido a Albertina. A menudo, cuando dos muchachas se deseaban, en la sala del casino se producía algo así como un fenómeno luminoso, una especie de rastro fosforescente que iba de una a otra. Digamos de paso que es por medio de semejantes materializaciones, aunque imponderables; por esos signos astrales que inflamaban toda una porción de la atmósfera, que Gomorra, dispersa, tiende en cada ciudad y en cada aldea a reunir sus miembros separados y reformar la ciudad bíblica, mientras que en todas partes persiguen los mismos esfuerzos, aunque sea en vista de una reconstrucción intermitente, los nostálgicos, los hipócritas y a veces los valientes exilados de Sodoma.

Una vez vi a la desconocida que Albertina había aparentado desconocer en el preciso momento en que pasaba la prima de Bloch. Los ojos de la joven se estrellaron, pero ya se veía que no conocía a la señorita judía. La veía por primera vez; experimentaba un deseo, ninguna duda, de ninguna manera la misma certidumbre que con respecto a Albertina; Albertina, acerca de cuya camaradería había debido contar a tal punto que ante su frialdad experimentara la sorpresa de un extranjero habituado a París pero que no lo habita y que al volver a pasar algunas semanas, en lugar del teatrillo donde

tenía costumbre de pasar buenas veladas, comprueba que han construido un banco.

La prima de Bloch fue a sentarse a una mesa, donde hojeó un magazine. Pronto la joven se sentó distraídamente junto a ella. Pero podían haberse visto, bajo la mesa, sus pies que se atormentaban, luego las piernas y las manos que se confundían. Siguieron las palabras, se trabó la conversación, y el cándido marido de la joven, que la estaba buscando por todos lados, se extrañó al encontrarla haciendo proyectos para esa misma noche con una muchacha que él no conocía. Su mujer le presentó a la prima de Bloch, como una amiga de infancia, bajo un nombre ininteligible, porque se habla olvidado de preguntarle cómo se llamaba. Pero la presencia del marido le hizo avanzar un paso a su intimidad, porque se tutearon, ya que se habían conocido en el convento, incidente del que más tarde se rieron mucho, así como del marido tonto, con una alegría que fue motivo de nuevas ternuras.

En cuanto a Albertina, no puedo decir que sus modales fueran demasiado libres con alguna muchacha, en ninguna parte, en la playa o el casino. Hasta eran tan excesivamente fríos e insignificantes que antes que buena educación parecían una astucia destinada a disipar sospechas. Tenía una manera de contestarle a una determinada muchacha en voz muy alta, rápida, helada y decentemente: “—Sí, iré al tenis a eso de las cinco. Me bañaré mañana por la mañana a eso de las ocho”, abandonando inmediatamente la persona a la que acababa de decirle eso, a quien parecía querer despistar terriblemente y ya sea concertar una cita, ya sea más bien después de haberla concertado en voz baja, decir en voz alta esta frase, efectivamente insignificante

para no *hacerse notar*. Y cuando la veía tomar luego su bicicleta y correr a toda velocidad, no podía dejar de pensar que iba a reunirse con aquella a quien apenas hablara.

A lo sumo, cuando alguna hermosa joven bajaba del automóvil en un rincón de la playa, Albertina no podía dejar de darse vuelta. Y explicaba enseguida: “—Estaba mirando la nueva bandera que han puesto delante de los baños. Podían haber hecho algo mejor. La otra estaba bastante apolillada. Pero me parece que en verdad esa está bastante mal”.

Cierta vez no le bastó a Albertina la frialdad, y eso no me hizo sino más desgraciado. Me sabía fastidiado porque encontraba a veces a una amiga de su tía que tenía *mala apariencia y solfa* pasar dos o tres días en casa de la señora de Bontemps. Amablemente, Albertina me había dicho que no volvería a saludarla. Y cuando esa mujer iba a Incarville, Albertina decía: “—A propósito, usted debe saber que está aquí. ¿Se lo han dicho?”, como para probarme que no la veía a hurtadillas. Un día, al decírmelo, agregó: “—Sí, la he encontrado en la playa y ex profeso, por pura grosería, casi la rocé empujándola al pasar.” Cuando Albertina me dijo eso, volvió a mi memoria una frase de la señora de Bontemps, en la que nunca había vuelto a pensar, cuando dijera delante de mí a la señora Swann, hasta qué punto era desvergonzada Albertina, como si fuese una cualidad y como le había dicho a no recuerdo ya qué esposa de funcionario, que el padre de ésta había sido marmitón. Pero una palabra de la que amamos no se conserva mucho tiempo en su pureza; se gasta y se pudre. Una o dos noches después, volví a pensar en la frase de Albertina, y ya no fue más esa mala educación que la enorgullecía y que no podía sino

hacerme sonreír. Lo que pareció significarme, era otra cosa, y es que Albertina, tal vez sin objeto fijo, para exacerbar los sentidos de esa dama, o recordarle con inquina antiguas propuestas, posiblemente aceptadas otrora, la rozó rápidamente y pensaba que lo había quizás sabido, ya que era en público y quiso prevenir de antemano una interpretación desfavorable.

Por otra parte, iban a cesar bruscamente mis celos causados por las mujeres que quizá amaba Albertina.

Estábamos Albertina y yo ante la estación del pequeño tren local. Debido al mal tiempo, habíamos tomado el ómnibus del hotel. No lejos de nosotros se hallaba el señor Nissim Bernard, con un ojo en compota. Engañaba desde hacía poco al niño de los coros de *Athalie* con el peoncito de una granja bastante acreditada de la vecindad: “Los Cerezos”. Ese mozo rojizo, con rasgos abruptos, parecía tener precisamente un tomate en lugar de cabeza. Un tomate exactamente igual le servía de cabeza a su hermano gemelo. Para el contemplador desinteresado tiene cierta belleza el perfecto parecido de dos mellizos, como si la naturaleza se industrializara por un momento para despachar productos parecidos. Desgraciadamente, el punto de vista del señor Nassim Bernard era distinto, y ese parecido no era sino superficial. El tomate N° 2 se complacía con frenesí en hacer exclusivamente las delicias de las señoras y el tomate N° 1 no llegaba hasta odiar la aceptación de las aficiones de ciertos señoree. Y cada vez que el señor Bernardo se presentaba en “Los Cerezos”

sacudido como por un reflejo debido al recuerdo de los buenos momentos pasados con el tomate N° 1, miope (y por otra parte no era necesaria la miopía para confundirlos), el viejo israelita que representaba sin saberlo a Anfitrión, se dirigía al hermano mellizo y le decía: “—¿Quieres que nos veamos esta noche?” Recibía enseguida una enérgica corrección. Hasta llegó a renovarse en el transcurso de una misma comida en que continuaba con el otro los propósitos empezados con el primero. A la larga, se asqueó de tal manera, por asociación de ideas de los tomates, aun de los comestibles, que cada vez que se los oía encargara un pasajero próximo a él en el Gran Hotel, le susurraba: “—Discúlpeme, señor, si me dirijo a usted, sin conocerlo. Pero he oído que encargaba tomates. Hoy están podridos. Se lo digo en interés suyo, porque a mí tanto me da; yo no los como nunca”. El extraño agradecía efusivamente a ese vecino filantrópico y desinteresado, volvía a llamar al mozo y fingía arrepentirse: “—No, decididamente, tomates no”. Aimée, que conocía la escena, se reía solo y pensaba: “Este señor Bernard es un viejo vivo; ha sabido encontrar de nuevo la manera de cambiar el encargo”. Mientras esperaba el tranvía, el señor Bernard *no* tenía interés en saludarnos a Albertina y a mí debido a su ojo en compota. Y nosotros aún menos en hablarle. Hubiese sido casi inevitable, sin embargo, si en ese momento no se precipitara sobre nosotros una bicicleta a toda velocidad y saltara de ella el ascensorista, sin aliento. La señora de Verdurin había telefoneado poco después de nuestra partida para que yo fuese a cenar dos días después; se verá pronto el porqué. Después de haberme dado los detalles de la telefoneada, el ascensorista nos abandonó, y como esos *empleados* democráticos que hacen

ostentación de independencia frente a los burgueses y restablecen el principio de autoridad entre ellos, en lugar de decir que el portero y el carretero podían disgustarse si llegara tarde, agregó: “—Me escapo por mis jefes.”

Las amigas de Albertina se habían ido por un tiempo. Quise distraerla. Suponiendo que hubiese sentido alguna felicidad pasando las tardes sólo conmigo, en Balbec, sabía que ésta no se entregaba nunca por completo y que Albertina, hasta en la edad (que algunos no sobrepasan) en que aún no se ha descubierto que esa imperfección depende del que experimenta la felicidad y no de quien la da, pudo sentirse tentada de hacer remontar hasta mí el motivo de su desilusión. Preferí que se lo imputase a las circunstancias que, com. binadas por mí, no nos dejarían la facilidad de estar a solas, a tiempo que le impedía quedarse sin mí en el casino y el muelle. Por eso le había pedido que me acompañara ese día a Doncières, para ver a Saint-Loup. Con esa misma intención de ocuparla, le aconsejé la pintura que había aprendido antaño. Mientras trabajara ya no se preguntada si era feliz o desgraciada. La hubiese llevado de buena gana a cenar de tiempo en tiempo a casa de los Verdurin y los Cambremer, que seguramente recibirían unos y otros a una amiga mía, pero ante todo necesitaba estar seguro de que la señora Putbus no se hallaba aún en la Raspelière. No era sino en el mismo sitio que podía cerciorarme, y como sabía de antemano que dos días después Albertina debía llegarse hasta los alrededores con su tía, aproveché para enviar un telegrama ala señora de Verdurin preguntándole si podía recibirme el miércoles. Si la señora Putbus estaba ahí, ya me las arreglada para ver a su mucama, comprobar si resultaba arriesgado hacerla ir a Balbec, y en ese caso

saber en qué momento, para alejar a Albertina ese día. El trencito local, haciendo un rodeo que no existía cuando lo tomara con mi abuela, pasaba ahora por Doncières-la-Goupil, gran estación de donde partían trenes importantes y especialmente el expreso con el que había venido a visitar a Saint-Loup desde París y había vuelto. Y con mal tiempo, el ómnibus del Grand Hotel nos llevó a Albertina y a mí a la estación del pequeño tranvía: Playa Balbec.

No estaba aún el trencito, pero se veía, ocioso y lento, el penacho de humo que dejara por el camino y que reducido ahora a sus únicos recursos de nube casi inmóvil, trepaba lentamente las verdes pendientes del acantilado de Criquetot. Por fin, el pequeño tranvía, al que se había anticipado para tomar una dirección vertical, llegó lentamente, a su vez. Los viajeros que iban a tomarlo, se apartaron para dejarle lugar, pero sin apresurarse, sabiendo que trataban con un andarín tolerante, casi humano y que, guiado como la bicicleta de un debutante por las señales complacientes del jefe de estación y bajo la tutela poderosa del maquinista, no se arriesgaba a voltear a nadie y podía detenerse donde uno quisiera.

Mi telegrama explicaba el llamado telefónico de los Verdurin y era tanto más oportuno cuanto que el miércoles (dos días después era miércoles precisamente) era día de cena de gala para la señora Verdurin, tanto en la Raspelière como en París, cosa que yo ignoraba. La señora de Verdurin no ofrecía cenas, pero tenía miércoles. Los miércoles eran unas obras de arte. Aun a sabiendas de que no tenían similares en ninguna parte la señora de Verdurin les introducía ciertos matices. “—Ese último miércoles no valía lo que el anterior—decía ella—. Pero creo que el próximo será uno de los mejores que haya

dado nunca”. Llegaba a veces hasta a confesar: “—Este miércoles no es digno de los demás. En cambio, les reservo una gran sorpresa para el siguiente”. En las últimas semanas de la estación de París, antes de partir para el campo, la patrona anunciaba el fin de los miércoles. Era una oportunidad de estimular a los fieles: “—Ya no quedan más que tres miércoles; ya no quedan más que dos —decía ella, con el mismo tono que si el mundo estuviese a punto de concluir—. No irá usted a faltar el próximo miércoles, para la clausura”. Pero esa clausura era ficticia, porque advertía: “—Ahora oficialmente ya no hay miércoles. Es el último de este año; pero, de cualquier manera, me quedaré en casa el miércoles Haremos un miércoles entre nosotros. ¿Quién sabe? A lo mejor esos pequeños miércoles íntimos serán los más agradables”. En la Raspelière los miércoles eran forzosamente restringidos, y como, según hubiera uno encontrado a un amigo de paso, lo invitara tal o cual noche, casi todos los días eran miércoles. “—No recuerdo bien el nombre de los invitados, pero sé que esta la señora marquesa de Camembert”, me había dicho el ascensorista; el recuerdo de nuestras explicaciones relativas a los Cambremer no había llegado a suplantarse definitivamente el antiguo nombre, cuyas sílabas familiares y llenas de sentido venían en auxilio del joven empleado cuando lo perturbaba ese nombre difícil, prefiriéndolas y readaptándolas inmediatamente, no por pereza y como un antiguo uso intransferible, sino a causa de la necesidad de lógica y de claridad que ellas satisfacían.

Nos apresuramos para alcanzar un vagón vacío en el que pudiera besarla a Albertina durante todo el trayecto. Al no encontrarlo, subimos a un compartimiento en el que ya estaba instalada una señora

de cara enorme, fea y vieja, con expresión masculina, muy endomingada y que leía la *Revista de Ambos Mundos*²³ A pesar de su vulgaridad, tenía gustos presuntuosos y me divertía adivinar a qué categoría social podía pertenecer. Llegué a la conclusión inmediata de que debía ser la regente de una gran casa pública; una tratante de viaje. Su cara y sus modales lo proclamaban a gritos. Sólo que hasta entonces ignoraba yo que esas señoras leyesen la *Revista de Ambos Mundos*. Albertina me la señaló no sin dejar de guiñarme el ojo, con una sonrisa. La señora parecía extremadamente digna; y como, por mi parte, llevaba en mí la conciencia de estar invitado para el día siguiente en el punto terminal de la línea del ferrocarril, en casa de la célebre señora de Verdurin; que en una estación intermedia me esperaba Roberto de Saint-Loup y que, algo más lejos, hubiera complacido mucho a la señora de Cambremer yendo a habitar Féterne, mis ojos chispeaban irónicos al considerar a esa señora importante que parecía creer que por su apariencia atildada, las plumas de su sombrero y su *Revista de Ambos Mundos* era un personaje más considerable que yo. Esperaba que la señora no se quedase más tiempo que el señor Nissim Bernard y que se bajase, por lo menos, en Toutainville; pero no fue así. El tren se detuvo en Evreville y se quedó sentada. Lo mismo en Montmartin-sur-Mer, en Parville-la-Bingard, en Incarville, de manera que, ya desesperado, en cuanto el tren abandonó Saint-Frichoux, que era la última estación antes de Doncières, comencé a abrazar a Albertina, sin ocuparme de la señora. En Doncières había ido a esperarme Saint-Loup a la estación, con las mayores dificultades, me dijo, porque, como habitaba en casa de su tía, mi telegrama no le había llegado sino poco antes y no podía consagrarme más que una hora, ya que

no había podido distribuir su tiempo con anticipación. Esa hora, ¡ay de mí! me pareció demasiado larga, porque apenas bajamos del vagón Albertina ya no hizo caso sino a Saint-Loup. No hablaba conmigo: contestaba apenas si le dirigía la palabra y me rechazó cuándo me acerqué. En cambio, con Roberto se reía con su risa tentadora, le hablaba volublemente, jugaba con su perro y, mientras fastidiaba al animal, rozaba intencionalmente a su amo. Recordaba que el día que Albertina se dejó besar por mí, tuve una sonrisa de gratitud para el desconocido seductor que le había ocasionado una modificación tan profunda y me simplificara en tal forma la tarea. Yo pensaba ahora en él con horror. Roberto había debido darse cuenta que Albertina no me era indiferente, porque no contestó a sus truecas, lo que la puso de mal humor en mi contra; luego me habló como si yo estuviera solo, lo que al advertirlo ella volvió a aumentar su estima. Roberto me preguntó si no quería tratar de encontrarme con los amigos que aún estaban, con los cuales cenábamos cada noche en Doncières durante mi permanencia allí. Y como él mismo iba a parar a ese estilo de pretensión fastidiosa que reprobaba: “—¿Para qué te sirve *tener encanto* con ellos, con tanta perseverancia, si no quieres volver a verlos?”. Decliné su propuesta, porque no quería correr el riesgo de alejarme de Albertina y también porque ahora me sentía alejado de ellos. De ellos, es decir, de mí. Deseamos apasionadamente que haya otra existencia en la que seríamos iguales a lo que somos aquí. Pero no pensamos que aún sin alcanzar esa otra vida, en esta misma y al cabo de algunos años somos infieles a lo que hemos sido y a lo que queríamos ser eternamente. Aun sin suponer que la muerte nos modificase más que esos cambios que se producen en curso de la

vida, si en esa otra vida encontráramos el yo que hemos sido, nos apartaríamos de él como de esas personas con las que se ha estado ligado, pero que uno no ha visto por mucho tiempo —por ejemplo, los amigos de Saint-Loup, que tanto me gustaba encontrar cada noche en el *Faisán Dorado*— y cuya conversación ya no sería ahora para mí sino molestia e inoportunidad. A ese respecto y porque prefería no ir al encuentro de lo que me había gustado, un paseo por Doncières podía haberme parecido algo así como la prefiguración de la llegada al Paraíso. Uno sueña mucho con el Paraíso o mejor dicho con numerosos paraísos sucesivos, pero todos son, mucho antes que uno se muera, paraísos perdidos y donde uno estaría perdido.

Nos dejó en la estación. “—Pero tienes casi una hora disponible —me dijo—. Si la pasas aquí, verás, sin duda, a mi tío Charlus, que dentro de un rato tomará el tren rumbo a París. Yo me he despedido de él, porque tengo que volver antes de la hora de su tren. No he podido hablarle de ti porque aún no había recibido tu telegrama.” Cuando le reproché a Albertina, una vez que nos dejara Saint-Loup, me contestó que con su frialdad conmigo había querido borrar a todo azar la idea que pudo haberse hecho si en el momento en que el tren se detuvo me había visto reclinado contra ella y con mi brazo alrededor de su cintura. Había advertido, en efecto, esa actitud (yo no me había dado cuenta, pues, de lo contrario me hubiese sentado más correctamente al lado de Albertina) y había tenido tiempo de decirme al oído: “—¿Son ésas las muchachas tan timoratas de las que me hablaste y que no querían tratar a la señorita de Stermaria porque le encontraban feos modales?” Le había dicho, en efecto, a Roberto y muy sinceramente cuando fuera para verlo desde París

hasta Doncières y al hablar de Balbec, que no había nada que hacer con Albertina, porque era la virtud personificada. Y ahora que desde hacía mucho tiempo sabía por mí mismo que eso era falso, deseaba aún más que Roberto lo creyese verosímil. Me hubiese bastado decirle a Roberto que yo amaba a Albertina. Era uno de esos seres que saben evitar un placer con tal de ahorrarle a un amigo los sufrimientos que seguirían experimentando si fueran suyos. “—Sí, es muy niña. Pero, ¿no sabes nada de ella”, agregué con inquietud. “—Nada, sino que los he visto como dos enamorados.”

“—Su actitud no borraba nada”, le dije a Albertina en cuanto nos dejó Saint-Loup. “—Es verdad —convino ella—, he sido muy torpe; lo he apenado y me siento más desgraciada que usted mismo. Ya verá que nunca volveré a proceder así; perdóneme”, me dijo dándome la mano con expresión triste. En ese momento, desde el fondo de la sala de espera en que estábamos sentados; vi pasar lentamente al señor de Charlus, seguido a cierta distancia por un mozo de cordel que le llevaba las valijas.

No me daba cuenta hasta qué punto había envejecido en París, donde no lo encontraba sino en fiestas, inmóvil, ceñido en su frac, conservado en el sentido de la vertical por su orgullosa tiesura, su impulso de gustar y el chisporroteo de su conversación. Ahora, con un ambo claro de viaje que lo hacía más grueso, caminando y balanceándose, moviendo un vientre abultado y un trasero casi simbólico, la crueldad de la luz cruda descomponía sobre los labios en colorete, en polvo de arroz fijado por el *cold-cream* sobre la punta de la nariz, en negro sobre los bigotes teñidos, cuyo color ébano

contrastaba con los cabellos cenicientos, todo aquello que a la luz artificial hubiese parecido la animación del cutis en un ser aún joven.

Conversando con él, pero brevemente debido al tren, miraba el vagón de Albertina, para hacerle señas de que ya iba. Cuando desvié la cabeza hacia el señor de Charlus, me pidió que por favor llamara a un militar pariente suyo que estaba del otro lado de la vía, exactamente como si fuera a subir a nuestro tren, pero en sentido inverso, en la dirección que se alejaba de Balbec. “—Está en la sección musical del regimiento —me dijo el señor Charlus—. ¡Qué suerte ser tan joven como usted, así me evita el fastidio de atravesar e ir hasta ella.” Me hice un deber en ir hasta el militar designado, y vi, en efecto, por las liras bordadas de su cuello, que pertenecía a la música. Pero, en momentos en que iba a liquidar mi encargo, cuál no fue mi sorpresa y, puedo decir, mi placer al reconocer a Moret, el hijo del mucamo de mi tío, que me recordaba tantas cosas. Por ello olvidé el encargo del señor de Charlus. “—¿Cómo, está en Doncières?” “—Sí, y me incorporaron a la banda, al servicio de las baterías”. Pero me contestó con un tono seco y altivo. Se había puesto muy afectado y, evidentemente, mi presencia, al recordarle la profesión de su padre, no le resultaba muy agradable. De golpe vi que caía sobre nosotros el señor de Charlus. Mi atraso lo había impacientado a ojos vistas. “—Desearía oír un poco de música esta noche— le dije a Moret, sin entrar previamente en materia—. Ofrezco quinientos francos por la noche. Eso quizás podría tener algún interés para un amigo suyo, si los tiene en la sección musical.” Por más que conociera yo la insolencia del señor de Charlus, me asombró ver que ni siquiera saludase a su joven amigo. El barón, por otra parte, no me dio tiempo a meditar.

Tendiéndome afectuosamente la mano: “—Hasta luego, querido”, me dijo, para indicarme que no tenía más que irme. Por otra parte, la había dejado a Albertina demasiado tiempo sola.

“—¿Ve usted? —le dijo volviendo a subir al vagón—. La vida de los baños de mar y la vida de viaje me hacen comprender que el teatro del mundo dispone de menos decorados que actores y menos actores que *situaciones*”. “—Por qué me dice usted eso?” “—Porque el señor de Charlus acaba de pedirme que vaya en busca de un amigo suyo que en ese mismo instante y en el andén de esta estación reconozco como a uno de los míos”. Pero, mientras decía eso, reflexionaba acerca de cómo podía conocer el barón la desproporción social en que yo no había pensado. Primero se me ocurrió que fuese por Jupien, cuya hija, se recuerda, pareció enamorarse del violinista. Lo que me asombraba, sin embargo, es que cinco minutos antes de partir hacia París el barón quisiese oír música. Pero, al volver a ver en mi recuerdo a la hija de Jupien, empecé a creer que los *reconocimientos* expresarían por el contrario, una parte importante de la vida, si se supiese llegar hasta lo verdaderamente romántico, cuando de golpe tuve un destello y comprendí que había sido muy ingenuo. El señor de Charlus no conocía en lo mínimo a Morel ni Morel al señor de Charlus, quien, deslumbrado y a la vez intimidado por un militar que no llevaba, sin embargo, más que liras, me había requerido en su emoción para que le consiguiera a quien ignoraba que yo conocía. En todo caso, el ofrecimiento de los 500 francos había debido reemplazar para Morel relaciones anteriores, porque vi que seguían conversando, sin pensar que estaban al lado de nuestro tranvía. Y recordando cómo había venido el señor de Charlus hasta Morel y yo,

identifiqué su parecido con algunos parientes suyos cuando levantaban a una mujer de la calle. Sólo que el objeto apuntado cambiaba su sexo. A partir de cierta edad, y aunque se cumplan en nosotros distintas evoluciones, los rasgos familiares se acentúan y uno se convierte más en sí mismo. Porque la naturaleza, contribuyendo armoniosamente al dibujo de su tapicería, interrumpe la monotonía de su composición gracias a la variedad de las figuras interceptadas. Por otra parte, la altivez con que el señor de Charlus interpelara al violinista es relativa de acuerdo con el punto de vista en que uno se coloque. La hubiesen reconocido las tres cuartas partes de la gente de mundo que se inclinaba ante él y no el prefecto de policía que algunos años más tarde lo hacía vigilar.

“—Señalan el tren de París, señor”, dijo el que llevaba las valijas”. “—Pero ya no lo tomo. Consigne todo eso; ¡qué demonios!”, repuso el señor de Charlus dándole veinte francos al mozo, encantado de la propina y estupefacto por el cambio. Esa generosidad atrajo enseguida a una vendedora de flores. “—Tenga usted estos claveles, tenga esta hermosa rosa, señor; le traerán suerte”. Impaciente, el señor de Charlus le alcanzó dos francos a cambio de los cuales la mujer ofreció sus bendiciones y de nuevo sus flores. “—¡Dios mío!, si pudiera dejarnos en paz, exclamó el señor de Charlus, dirigiéndose con tono irónico y quejumbroso y como un hombre fastidiado a Morel, en cuyo apoyo encontraba cierta dulzura. “—Lo que tenemos que decir es bastante complicado de por sí.” Quizás el señor de Charlus no tenía interés en un numeroso auditorio, ya que el peón del ferrocarril no estaba muy lejos y quizás esas frases incidentales le permitirían a su altiva timidez no encarar demasiado directamente la

solicitud de una cita. El músico, volviéndose con aspecto franco, imperativo y decidido hacia la florista, levantó hacia ella una mano que rechazaba y le indicaba que no se tenía interés en sus flores y que se fuese lo antes posible. El señor de Charlus vio, encantado, ese gesto autoritario y viril, manejado por la mano graciosa para quien debía ser aún más pesado, más macizamente brutal, con una firmeza y una elasticidad precoces, que le daba a ese adolescente imberbe el aspecto de un joven David capaz de afrontar un combate contra Goliat. A la admiración del barón se incorporaba involuntariamente esa sonrisa que experimentamos cuando vemos en un niño una expresión grave que no corresponde a su edad. “He aquí alguien que me gustaría para compañía de mis viajes y ayuda de mis asuntos. ¡Cómo simplificaría mi vida!”, se dijo el señor de Charlus.

El tren de París (que no tomó el barón) partió. Luego subimos al nuestro Albertina y yo, sin saber qué había sido del señor de Charlus y de Morel. “—No debemos volver a enojarnos, le pido perdón una vez más —volvió a decirme Albertina aludiendo al incidente Saint-Loup—. Tenemos que ser amables siempre —me dijo con ternura—. En cuanto a su amigo Saint-Loup, si usted cree que me interesa así sea un poquito, se equivoca de medio a medio.

Lo único que me gusta en él es que parece quererlo mucho.” “—Es un excelente muchacho —dije, cuidando de atribuirle a Roberto cualidades superiores imaginarias, como no hubiera dejado de hacerlo por amistad hacia él si estuviese con cualquiera menos con Albertina—. Es un ser excelente, franco, abnegado, leal, con quien puede Montar uno para todo.” Al decir eso, me limitaba, frenado por los celos, a decir la verdad; pero en cambio, era la verdad lo que

decía. Y me expresaba exactamente en los mismos términos que había utilizado la señora de Villeparisis para hablarme de él cuando aún no lo conocía y lo suponía tan distinto y tan altivo y me decía: “—Les parece bueno porque es un gran señor”. Lo mismo cuando me había dicho ella: “—¡Sería tan feliz!...”, me figuraba, después de haberlo visto frente al hotel, listo para conducir, que las palabras de su tía eran pura insignificancia mundana destinada a halagarme. Y me había dado cuenta posteriormente de que lo había dicho con sinceridad, pensando en lo que me interesaba, en mis lecturas y porque sabía que eso era lo que le gustaba a Saint-Loup, como debía sucederme decir sinceramente a alguien que contaba una historia de su antepasado La Rochefoucauld, el autor de las Máximas, y que hubiese querido pedir consejos a Roberto: “—¡Sería tan feliz!” Es que había aprendido a conocerlo. Pero al verlo por primera vez no había podido creer que una inteligencia atingente a la mía pudiese involucrarse en tanta elegancia exterior de ropa y actitudes. De acuerdo con su plumaje, lo había juzgado de manera distinta. Ahora era Albertina quien me dijo lo que yo había pensado antaño, quizás un poco debido a que Saint-Loup, por bondad hacia mí, había sido tan frío con ella: “—¡Ah, es tan abnegado!... Advierto que se le adjudican a la gente todas las virtudes, cuando pertenecen al barrio de Saint-Germain”. Y el hecho de que Saint-Loup perteneciese al barrio de Saint-Germain es algo en lo que no había pensado una sola vez en el transcurso de esos años en que, despojándose de su prestigio, me había manifestado sus virtudes. Cambio de perspectiva para mirar los seres, ya más notable en la amistad que en las simples relaciones sociales, pero mucho más en el amor, en que el deseo en tan vasta escala aumenta tanto los

menores síntomas de frialdad, que había necesitado mucho menos que la que tenía de entrada Saint-Loup para que me creyese en un principio desdeñado por Albertina; que imaginase a sus amigas como seres maravillosamente inhumanos y que no vinculase el juicio de Elstir más que a la indulgencia que se tiene por la belleza y por cierta elegancia, cuando me decía acerca de la pequeña banda, con el mismo sentimiento que la señora de Villeparisis de Saint-Loup: “—Son unas buenas muchachas”. Y ese juicio no es el que hubiese manifestado voluntariamente cuando le oía decir a Albertina: “—En todo caso, abnegado o no, espero no volver a verlo, ya que nos acarreó un disgusto. No tenemos que volver a enojarnos. No está bien”. Ya que había aparentado desear a Saint-Loup, me sentía más o menos curado por algún tiempo de la idea de que le gustaban las mujeres, lo que suponía inconciliable. Y ante el impermeable de Albertina, con el que parecía haberse convertido en otra persona, la infatigable errante de los días lluviosos, y que, moldeado, gris y maleable, parecía en ese momento no tanto proteger su traje del agua, como estar empapado por ella y adherido al cuerpo de mi amiga, como para tomar las impresiones de sus formas para un escultor, arranqué esa túnica que ceñía celosamente su pecho deseado y atrayendo hacia mí a Albertina: “—Pero, ¿acaso no quieres, viajera indolente, soñar sobre mi hombro, apoyando tu frente?”, dije tomando su cabeza entre mis manos y señalándole las grandes praderas inundadas y mudas que se extendían por la noche, cayendo hasta el horizonte cerrado por las cadenas paralelas de los valles lejanos y azulencos.

Dos días después, el miércoles famoso, en ese mismo trencito que acababa de tomar en Balbec para ir a cenar a la Raspelière, tenía

especial interés en no perderlo a Cottard en Graincourt-Saint-Vast, donde un nuevo llamado telefónico de la señora de Verdurin me había indicado que lo encontraría. Debía subir a mi tren e indicarme dónde hallar los coches que se mandaban a la estación, desde la Raspelière. Por eso, como el trencito no se detenía más que un instante en Graincourt, primera estación después de Doncières, me ubiqué de antemano en la portezuela, a tal punto temía no verlo a Cottard o que no me viera. ¡Vanos temores! No había advertido hasta dónde el pequeño clan moldeaba a sus miembros conforme a un mismo tipo; éstos además, esperaban en el andén en gran traje de gala y se reconocían enseguida por cierta expresión de seguridad, elegancia y familiaridad, con miradas que franqueaban las filas apretadas del público vulgar, como un espacio libre y sin obstáculos a la vista, acechaban la llegada de algún cofrade que había tomado el tren en la estación anterior y chispeaban ya por la próxima conversación. Ese signo de selección que ya había marcado a los miembros del pequeño grupo, por la costumbre de comer juntos, no sólo los distinguía cuando eran numerosos y constituían una fuerza, agrupados y formando una mancha más brillante en medio del tropel de los pasajeros —lo que Brichot llamaba el *Pecus*—, sobre cuyos rostros opacos no podía leerse ninguna noción relativa a los Verdurin, ninguna esperanza de cenar jamás en la Raspelière. Por otra parte, esos pasajeros vulgares se hubiesen interesado menos que yo si delante de ellos se pronunciaran —y a pesar de la notoriedad adquirida por algunos— los nombres de esos fieles que me asombraba ver seguían cenando fuera de su casa; siendo así que varios ya lo hacían desde antes de mi nacimiento, según los relatos que había oído, en una

época a la vez lo suficientemente vaga y distante para que me tentara exagerar su alejamiento. El contraste entre la continuación no sólo de su existencia, sino de la plenitud de sus fuerzas y el aniquilamiento de tantos amigos que ya había visto desaparecer aquí o allá, me daba esa misma sensación que experimentamos cuando en la última hora de los diarios leemos precisamente la noticia que menos esperábamos, por ejemplo la de un fallecimiento prematuro y que nos parece fortuito porque los motivos resultantes nos son desconocidos. Ese sentimiento es que la muerte no alcanza uniformemente a todos los hombres, pero que una ola más avanzada de su trágica creciente arrastra una existencia situada al nivel de otras que por mucho más tiempo perdonarán las olas sucesivas. Veremos, por otra parte, más tarde, la diversidad de los muertos que circulan invisiblemente y son la causa de lo inesperado especial que presentan las necrologías de los diarios. Además, veía que con el tiempo no sólo se revelan y se imponen dones reales que puedan coexistir con la peor vulgaridad de conversación, sino que hasta individuos mediocres llegan a esos altos lugares, vinculados en la imaginación de nuestra infancia a algunos ancianos célebres sin pensar que lo serían, cierto número de años más tarde, sus discípulos convertidos en maestros y que ahora inspiran el respeto y el temor que experimentaban antes. Pero si los nombres de los fieles no eran conocidos del peto, su aspecto, sin embargo, se los hacía muy visibles. Aun en el tren (cuando el azar de lo que unos y otros hablan podido hacer en el día los reunía a todos), no teniendo que recoger en la estación siguiente más que un solitario, el vagón en el que se encontraban juntos, designado por el codo del escultor Ski, adornado por el *Tiempo* de Cottard, florecía de lejos como un coche

de lujo y recogía en la estación requerida al compañero atrasado. El único al que se le hubiesen podido escapar esos signos de promisión, debido a su semiceguera, era Brichot. Pero también uno de los cofrades aseguraba voluntariamente a favor del ciego las funciones de vigilante, y en cuanto uno había advertido su sombrero de paja, su paraguas verde y sus anteojos verdes, lo encaminaba con prisa y dulzura hacia el compartimiento elegido. De tal suerte que no había ejemplo de que uno de los fieles extraviara a los otros en el curso del camino, a menos de provocar las más graves sospechas de jarana o aun de no haber viajado con *el tren*.. A veces se producía lo inverso: un fiel había debido alejarse bastante, en la tarde y, por consiguiente, hacer solo parte del recorrido, antes de que lo alcanzara el grupo; pero aun aislado en esa forma, y único en su especie, no dejaba de producir, lo más a menudo, algún efecto. El futuro hacía el cual se dirigía lo designaba a la persona sentada en el banco de enfrente, la que se decía: “—Debe ser alguien”, distinguía una vaga aureola ya en torno al sombrero flexible de Cottard o del escultor Ski, y no se asombraba sino a medias cuando, en la estación siguiente, una muchedumbre elegante, si era su punto terminal, recibía al fiel en la portezuela y lo acompañaba hacia uno de los coches que esperaban, saludados todos hasta el suelo por el empleado de Doville, o invadía el compartimiento si era una estación intermedia. Es lo que hizo y precipitadamente, porque algunos habían llegado con atraso justo en el momento en que el tren, ya en la estación, se disponía a salir de nuevo, el tropel que Cottard condujo a paso redoblado hasta el vagón en cuyas ventanas había visto mis señales. Brichot, que se encontraba entre esos fieles, lo era mucho más en el curso de esos años, en que

otros habían disminuido su asiduidad. Su vista se debilitaba progresivamente, y lo había obligado, aun en París, a disminuir cada vez más los trabajos nocturnos. Por otra parte, poca simpatía tenía por la Nueva Sorbona, en que las ideas de exactitud científica a la alemana empezaban a triunfar sobre el humanismo. Se limitaba ahora exclusivamente a su curso y a las mesas de examen; por eso tenía mucho más tiempo disponible para la vida mundana. Es decir, a las veladas de los Verdurin o a las que ofrecía a veces a los Verdurin tal o cual de los fieles, tembloroso de emoción. Es verdad que en dos oportunidades el amor había estado a punto de hacer lo que ya no podían hacer los trabajos, es decir, deslizar a Brichot del pequeño clan. Pero la señora de Verdurin, que *cuidaba la semilla* y, por otra parte, en interés de su salón, había llegado a cobrar una afición desinteresada a ese género de dramas y ejecuciones, lo disgustó sin remedio con la persona peligrosa, sabiendo, como decía ella misma, “poner orden en todo” y “llevar el hierro candente a la llaga”. Eso le había resultado particularmente fácil con respecto a una de las personas peligrosas, que era simplemente la lavandera de Brichot, y la señora de Verdurin, que tenía entrada libre en el quinto piso del profesor, enrojecida de orgullo cuando se dignaba subir sus pisos, no había tenido más que poner de patitas en la calle a esa mujer que no valía nada. “¿Cómo? —le había dicho la patrona a Brichot—. ¿Una mujer como yo le hace el honor de visitarlo y usted recibe a semejante criatura?” Brichot no había olvidado nunca el favor que le prestara la señora de Verdurin al impedir que su vejez naufragara en el fango y cada vez le era más adicto, mientras que, en contraste con ese aumento del afecto y quizás por él mismo, la Patrona empezaba a sentir náuseas

de un fiel tan dócil y por esa obediencia que descontaba. Pero Brichtot extraía de su intimidad con los Verdurin un brillo que lo señalaba entre todos sus colegas de la Sorbona. Los deslumbraba con sus relatos de cenas a las que nunca los invitarían, con la mención en las revistas o con el retrato —expuesto en el Salón que habían hecho de él tal o cual escritor o pintor reputados, de aquellos cuyo talento estimaban los titulares de las otras cátedras de la Facultad de Letras, pero de cuya atención no tenía ninguna probabilidad; en fin, por la elegancia de la misma ropa del filósofo mundano, elegancia que habían confundido primeramente con descuido hasta que su colega les explicara con benevolencia que el sombrero de copa puede dejarse en el suelo, durante una visita, y no se lleva para una cena campestre por elegantes que sean, debiendo reemplazarse por el fieltro, que acompaña muy bien al *smoking*. Durante los primeros segundos en que el pequeño grupo se hubo embutido en el vagón ni siquiera pude hablarle a Cottard, porque estaba sofocado, no tanto por haber corrido para no perder el tren, como por lo que le encantaba haberlo alcanzado tan a tiempo. Experimentaba algo más que la alegría de un éxito, casi la hilaridad de una alegre broma. “—¡Ah!, está bueno—dijo cuando se repuso—. Un poco más, ¡rediez!, eso es lo que se llama llegar a punto”, agregó guiñando el ojo, no para preguntar si la expresión era justa, porque ahora desbordaba seguridad, sino por satisfacción. Por fin pudo enumerarme a los otros miembros del pequeño clan. Me fastidió comprobar que casi todos estaban vestidos con lo que se llama *smoking*. Había olvidado que los Verdurin empezaban una tímida evolución hacia la sociedad frenada por el asunto Dreyfus y acelerada por la música *nueva*, evolución desmentida,

por otra parte, por ellos y que continuarían desmintiendo hasta llegar a un resultado, como esos objetivos militares que sólo anuncia un general cuando se han alcanzado, para no aparentar una derrota si fracasan. El mundo, por lo demás, estaba de su lado, preparado para ir hacia ellos. Estaban todavía en ese grado de consideración en que pasaban como gente cuya casa no frecuentaba nadie de la sociedad, pero que no experimentan por ello ningún remordimiento. El salón Verdurin era reputado ser el templo de la Música. Ahí, según se aseguraba, había encontrado Vinteuil inspiración y aliento. Y si la sonata de Vinteuil seguía siendo íntegramente incomprendida y su nombre más o menos desconocido, aunque se pronunciara como el del más grande contemporáneo, ejercía un prestigio extraordinario. En fin, algunos jóvenes del barrio habían pensado que debían ser tan instruidos como los burgueses y tres de ellos habían aprendido música, por lo que la Sonata de Vinteuil gozaba en su círculo de una reputación enorme. Hablaban de ello de regreso a sus casas a la madre inteligente que los impulsara al estudio. Interesándose por los estudios de sus hijos, en los conciertos, las madres miraban con cierto respeto a la señora de Verdurin, que seguía la partitura en su primer palco. Hasta ahora esa latente sociabilidad de los Verdurin sólo se traducía en dos hechos. Por una parte, la señora de Verdurin decía de la princesa de Caprarola: “—¡Ah, ésa es inteligente! Es una mujer agradable. A quienes no puedo soportar es a los imbéciles, la gente que me aburre y me vuelve loca”. Lo que hubiese hecho pensar a una persona sutil que la princesa de Caprarola, mujer de la más alta sociedad, había visitado a la señora de Verdurin.

Llegó hasta pronunciar su nombre en el transcurso de una visita de pésame que le hiciera a la señora de Swann, después de la muerte de su marido y le había preguntado si los conocía. “—¿Cómo dice?”, había contestado Odette repentinamente triste. “Verdurin”. “—¡Ah, ya sé! —repuso con desesperación—; pero no los conozco, o mejor dicho, los conozco sin conocerlos: personas que vi hace tiempo en casa de amigos; son agradables”. Una vez que partió la princesa de Caprarola, Odette quisiera haber dicho sencillamente la verdad; la mentira inmediata no era el producto de sus cálculos, sino la revelación de sus temores y deseos. No negaba lo que fuera hábil negar, sino lo que querría no existiese, aunque el interlocutor se enterase una hora más tarde de que se trataba de eso en efecto.

Poco después recobró su seguridad y hasta se adelantó a las preguntas diciendo, para no aparentar que las temía: “—La señora de Verdurin; claro, la he conocido muchísimo”, con la afectación de humildad propia de una gran señora que cuenta que ha viajado en tranvía. “—Se habla mucho de los Verdurin desde hace algún tiempo”, decía la señora de Souvré. Odette contestaba con un sonriente desdén de duquesa: “—Sí, efectivamente, me parece que hablan mucho de ellos. De vez en cuando sucede que llega gente nueva a la sociedad en esa forma”, sin pensar que ella misma era una de las más nuevas. “—La princesa de Caprarola cenó con ellos”, repuso la señora de Souvré. “—¡Ah! —repuso Odette, acentuando su sonrisa—, no me asombra. Esas cosas comienzan siempre por la princesa de Caprarola y luego llega otra, por ejemplo la condesa de Molé”. Al decir eso Odette aparentaba un profundo desdén por las dos grandes señoras que tenían la costumbre de inaugurar los salones recién abiertos. Uno

advertía por su tono, que a ella, Odette, como a la señora de Souvré no las embarcarían en esas galeras.

Después de lo que confesara la señora de Verdurin acerca de la inteligencia de la princesa de Caprarola, el segundo síntoma de que los Verdurin tenían conciencia de su futuro destino era que ahora deseaban que uno fuera a cenar a su casa, de frac (sin solicitarlo formalmente, se entiende); al señor Verdurin podía saludarlo ahora sin vergüenza su sobrino, el que frecuentaba las altas esferas.

Entre los que subieron en Graincourt a mi vagón se encontraba Saniette, que antaño fuera echado de casa de los Verdurin por su primo Forcheville, pero había vuelto. Sus defectos eran antes —desde el punto de vista de la vida social, a pesar de sus cualidades superiores— algo por el estilo de los de Cottard: timidez, deseo de gustar y esfuerzos infructuosos para conseguirlo. Pero si la vida le hacía revestir a Cottard apariencias de frialdad, desdén y gravedad que se acentuaban mientras despachaba sus chistes entre alumnos complacientes —cosa que no hacía en casa de los Verdurin, donde seguía siendo el mismo por la sugestión que los antiguos minutos ejercen sobre nosotros cuando nos volvemos a encontrar en un ambiente familiar, aunque si por lo menos con su clientela, en su servicio hospitalario o en la Academia de Medicina, lo que había producido una verdadera separación entre el Cottard antiguo y el actual—, en cambio, los mismos defectos se exageraban, por el contrario, en Saniette a medida que trataba de corregírselos. Advirtiéndole que a menudo aburría y no lo escuchaban, en lugar de andar más despacio, como hubiese hecho Cottard, y forzar la atención por su expresión de autoridad, no sólo trataba de hacerse perdonar

el giro demasiado serio de su conversación, por su tono baladí, sino que apresuraba su despacho, eliminaba, usaba abreviaturas para ser menos largo y más familiar con las cosas de que hablaba y sólo conseguía resultar interminable, haciéndolas ininteligibles. Su seguridad no era como la de Cottard, que congelaba a sus enfermos, quienes contestaban a la gente que alababa su amenidad en tertulia: “—No es el mismo cuando lo recibe a uno en el consultorio; usted en plena luz y él a contraluz con sus ojos profundos”. No imponía: uno sentía que ocultaba una timidez excesiva y que bastara una insignificancia para ponerlo en fuga. Saniette, a quien sus amigos habían dicho siempre que desconfiaba demasiado de sí mismo y, efectivamente, veta gente a la que estimaba con razón muy inferior conseguir fácilmente los éxitos que le eran negados, ya no empezaba un relato sin sonreír por su gracia, temiendo que un aspecto serio no valorizase lo suficiente su mercadería. A veces, dándole crédito a lo cómico que él mismo parecía suponer en lo que iba a decir, le hacían el favor de un silencio general. Pero el relato caía por su propio peso. Un invitado de buen corazón le deslizaba a veces el aliento a Saniette, haciéndoselo llegar furtivamente, sin despertar la atención, como quien desliza una carta. Pero nadie llegaba hasta asumir la responsabilidad ni arriesgar la adhesión pública como para lanzar una carcajada. Mucho después de terminar la historia y caída ésta, Saniette, desesperado se quedaba solo para sonreírse a sí mismo, como gustando en ella y para sí el deleite que fingía estimar suficiente y que los demás no habían experimentado. En cuanto al escultor Ski, llamado así debido a la dificultad que causaba la pronunciación de su nombre polaco y porque él mismo desde que vivía entre cierta gente

afectaba no querer que lo confundiesen con parientes muy encumbrados pero algo fastidiosos e innumerables, tenía a los cuarenta y cinco años —y era muy feo— una especie de chiquillería, de fantasía soñadora que había conservado por ser hasta los diez años el niño prodigio más encantador del mundo, verdadera chochera de todas las señoras. La señora de Verdurin pretendía que era más artista que Elstir. No tenía, por otra parte, sino parecidos puramente exteriores con éste. Bastaban para que Elstir, que había encontrado una vez a Ski, tuviese por él esa repulsión profunda que nos inspiran, mucho más que los seres completamente opuestos a nosotros, aquellos que se nos parecen en una versión menos ajustada, en los que se despliega lo peor de nosotros, los defectos que hemos curado y que nos recuerdan fastidiosamente lo que debimos parecer antes de ser lo que somos. Pero la señora de Verdurin creía que Ski tenía más temperamento que Elstir porque no había arte para el que no tuviese facilidad y estaba convencida de que esa facilidad lo hubiera llevado hasta el talento, de haber sido menos perezoso. Esta misma parecía un don a la Patrona y además, como era lo contrario del trabajo que creía propio de los seres sin genio, Ski pintaba todo lo que se quería sobre gemelos para puño o en los paneles de las puertas. Cantaba con voz de compositor; tocaba de memoria dando con el piano la sensación de la orquesta, menos por su virtuosismo que por sus bajos falsos, que significaban la impotencia de los dedos para indicar el lugar de un pistón que, por otra parte, imitaba con la boca. Buscando sus palabras al hablar para hacer creer en una curiosa impresión, del mismo modo que atrasaba un acorde producido luego diciendo: “Ping”, para que se oyeran los cobres, pasaba por maravillosamente

inteligente; pero, en realidad, sus ideas se limitaban a dos o tres sumamente reducidas. Fastidiado por su reputación de fantasista, se le había metido en la cabeza demostrar que era un ser práctico y positivo, de lo que extraía una afectación triunfante de falsa precisión y falso buen sentido, agravados por su ninguna memoria y sus informaciones siempre inexactas. Sus movimientos de cabeza, cuello y piernas hubiesen sido graciosos de haber tenido todavía nueve años, rizos rubios, un gran cuello de encajes y botitas de cuero rojo. Llegados antes con Cottard y Brichot a la estación de Graincourt, habían dejado a Brichot en la sala de espera, para dar una vuelta. Cuando Cottard quiso volver, Ski respondió: “—No hay ninguna prisa. El de hoy no es el tren local, sino el departamental”. Encantado de ver el efecto que producía sobre Cottard ese matiz de precisión, agregó hablando de sí mismo: “—Sí, porque a Ski le gusta el arte y porque modela la arcilla creen que no es práctico. Nadie conoce la línea mejor que yo”. Sin embargo, volvían a la estación cuando, al advertir de pronto el humo del trencito que llegaba, Cottard había gritado lanzando un alarido: “—Corramos todo lo que podamos”. Habían llegado, en efecto, con el tiempo justo, ya que la distinción entre tren local y departamental nunca había existido sino en la imaginación de Ski. “—Pero, ¿acaso no está la princesa en el tren?”, preguntó con voz vibrante Brichot, cuyos enormes anteojos, relucientes como esos reflectores que los laringólogos se sujetan a la frente para iluminar la garganta de sus pacientes, parecieron haber pedido prestada su vitalidad a los ojos del profesor y quizás, por el esfuerzo que hacía para acomodar su visión con ellos, parecían, aun en los momentos más insignificantes, mirar por sí mismos con una atención sostenida

y una extraordinaria fijeza. Por otra parte, a tiempo que la enfermedad le retiraba poco a poco la vista a Brichot, le había revelado las bellezas de ese sentido, así como a menudo debemos decidimos a separarnos de un objeto y regalarlo, por ejemplo, para mirarlo, lamentarlo y admirarlo. “—No, no; la princesa acompañó hasta Maineville a unos invitados de la señora de Verdurin que tomaban el tren de París. No sería improbable que la señora de Verdurin, que tenía algo que hacer en Saint-Mars, estuviese con ella. Así, viajaría con nosotros y haríamos el camino juntos; sería encantador. Se trata de abrir el ojo, y el bueno, en Maineville. ¡Ah, no importa! Pero puede decirse que por poco perdemos el tren. Cuando vi el tren, me quedé galvanizado. Es lo que se llama llegar en el momento psicológico. ¡Mire usted si perdíamos el tren, y la señora de Verdurin viera que los coches volvían sin nosotros! *¡Tableau*²⁴ —agregó el doctor, no repuesto aún de su emoción. Ésta no es una partida corriente. Dígame, Brichot: ¿qué opina de nuestra escapadita?”, preguntó con cierto orgullo. “—A fe mía —contestó Brichot—, si no hubiese usted alcanzado el tren efectivamente, como dijera el difunto Villemain, ¡qué mala jugada para la charanga!”. Pero yo, distraído desde los primeros momentos por esa gente que no conocía, recordé de pronto lo que me dijera Cottard en la sala de baile del pequeño casino y como si un eslabón invisible pudiese ligar un órgano con las imágenes del recuerdo, la de Albertina apoyando sus senos contra los de Andrea me provocaba un daño terrible en el corazón. Ese dolor no duró: la idea de posibles relaciones entre Albertina y otras mujeres ya no me parecía posible desde la antevíspera, en que las fintas de mi amiga a Saint-Loup me excitaran unos nuevos celos que me hicieran olvidar los anteriores.

Tenía el candor de la gente que cree que una afición excluye obligadamente a otra. En Harabonville, como que estaba repleto el tranvía, un granjero de blusa azul que tenía boleto de tercera subió a nuestro compartimiento. El doctor, creyendo que no podía permitirse que la princesa viajara con él, llamó a un guarda, mostró su credencial de médico de una gran compañía de ferrocarriles y obligó al jefe de estación a que hiciera bajar al granjero. Esa escena apenó y alarmó a tal grado la timidez de Saniette que al punto fingió un dolor de vientre, temiendo que, debido a la cantidad de campesinos que había en el andén, eso tomase las características de una sublevación popular y para que no pudiesen achacarle una participación en la responsabilidad de la violencia del doctor, enfiló por el corredor buscando lo que Cottard llamaba los *water*. Al no encontrarlos, miró el paisaje desde el otro extremo del pasadizo. “—Si esos son sus comienzos con la señora de Verdurin, señor —me dijo Brichot, que tenía especial interés en demostrar sus talentos a un novicio—, usted verá que no existe un medio donde mejor se experimente la *dulzura de vivir*, como decía uno de los inventores del *dilettantismo* del *manfichismo* y de muchas palabras en *ismo* de moda entre nuestras *snobs*; quiero decir el señor príncipe de Talleyrand”. Porque, cuando hablaba de esos grandes señores del pasado, le parecía ingenioso y “con color de época” mencionar su título ante poniéndole el señor, y decía así el señor duque de La Rochefoucauld, el señor cardenal de Retz, que llamaba también de cuando en cuando: “Ese *strugler for lifer* de Gondi”;²⁵ ese *boulangista* de Marsillac. Y no dejaba nunca de llamar a Montesquieu, cuando hablaba de él: “El señor presidente Secondat de Montesquieu”. A un hombre de mundo ingenioso le hubiera aburrido

esa pedantería que huele a colegio; pero en los modales correctísimos de un hombre de mundo que habla de un príncipe también hay una pedantería que revela otra casta, aquella en la que se antepone al *Emperador* el nombre de Guillermo y dónde se habla a una Alteza en tercera persona.

“—¡Ah!, a éste —repuso Brichot al hablar del señor príncipe de Talleyrand— hay que saludarlo hasta el suelo. Es un antepasado”. “—Es un ambiente encantador —me dijo Cottard—; algo mezclado, porque la señora de Verdurin no es exclusiva. Sabios ilustres como Brichot; alta nobleza como, por ejemplo, la princesa Sherbatoff; una gran dama rusa, amiga de la gran duquesa Eudoxia, que hasta la ve a solas en las horas en que no admite a nadie”. En efecto, la princesa Eudoxia, a la que no le interesaba que viniese a su casa la princesa Sherbatoff cuando había alguien, la recibía muy temprano, cuando la Alteza no tenía a su lado a ninguno de aquellos amigos a los que les resultara tan desagradable encontrar a la princesa como molesto para ésta. Como desde hacía tres años —tan pronto hizo a un lado, como a una manicura, a la gran duquesa— la señora Sherbatoff se iba a lo de la señora de Verdurin, que acababa de despertar y ya no la dejaba, puede decirse que la fidelidad de la princesa sobrepasaba infinitamente aún a la de Brichot, tan asiduo, sin embargo, en esos *miércoles*, donde tenía el gusto de creerse en París una especie de Châteaubriand en l'Abbayeaux-Bois, y en el campo, donde creía convertirse en el equivalente de lo que podía ser en casa de la señora de Châtelet aquel que nombraba siempre (con malicia y satisfacción de letrado), “el señor de Voltaire”.

Su ausencia de relaciones le había permitido a la princesa Sherbatoff demostrar desde algunos años atrás a los Verdurin una fidelidad que hacía de ella, más que una *fiel* ordinaria, la fiel-tipo el ideal que durante mucho tiempo creyera la señora de Verdurin inaccesible y que en la edad crítica había hallado por fin encarnado en esa nueva recluta femenina. No había ejemplo, por más que los celos torturaran a la Patrona, en que los más fieles no hubiesen fallado por lo menos una vez. Los más caseros se dejaban seducir por un viaje; los más abstemios tenían una aventura; los más robustos podían enfermarse de gripe; los más ociosos, estar ocupados por sus veintiocho días²⁶ los más indiferentes, ir a cerrarles los ojos a su madre moribunda. Y era en vano que la señora de Verdurin les dijese entonces, como la emperatriz romana, que ella era el único general a quien debía obedecer su legión, como el Cristo o el Káiser y que aquel que amaba a su padre y a su madre tanto como a ella y no estaba dispuesto a dejarlos para seguirla, no era digno de ella.

Que en lugar de debilitarse en la cama o dejarse engañar por una pérdida, harían mejor en quedarse junto a ella, único remedio y única voluptuosidad. Pero el destino, que se complace a veces embelleciendo el final de las existencias que se prolongan, había hecho que la princesa Sherbatoff se encontrara con la señora de Verdurin. Disgustada con su familia, exilada de su país, sin conocer a nadie más que a la baronesa Putbus y a la gran duquesa Eudoxia, cuyas casas frecuentaba únicamente por la mañana, porque no tenía ganas de encontrarse con las amigas de la primera y porque la segunda no deseaba que sus amigas se encontrasen con la princesa, horas en que aún dormía la señora de Verdurin; no recordando haber guardado

cama una sola vez desde la edad de doce años, en que había tenido el sarampión y que había contestado el 31 de diciembre a la señora de Verdurin, que, intranquila ante la perspectiva de quedarse sola, le pidiera si no podía quedarse a dormir de improviso a pesar del Año Nuevo: “—Pero, qué podía impedírmelo cualquier día? Por otra parte, ese día se queda uno con la familia, y ustedes son mi familia”; viviendo en una pensión, cambiando la pensión cuando se mudaban los Verdurin y siguiéndolos en sus veraneos, la princesa había cumplido tan bien para la señora de Verdurin el verso de Vigny:

Tú sola me pareciste lo que siempre se busca,

que la presidenta del círculo, deseosa de asegurarse una *fiel* hasta la muerte, le había pedido que la que muriese última se hiciese enterrar al lado de la otra. Frente a los extraños —entre los que hay que contar al que más mentimos, porque es aquel cuyo desprecio nos resultaría más penoso: nosotros mismos—, la princesa Sherbatoff tenía mucho cuidado de representar sus tres únicas amistades —con la gran duquesa, con los Verdurin y con la baronesa Putbus— como las únicas, no porque cataclismos independientes de su voluntad les hubiesen permitido subsistir en medio de la destrucción de todo lo restante, sino como fruto de su libre elección, personas cuyo cierto gusto por la soledad y la sencillez prefiriera. “No veo a *nadie más* —decía insistiendo acerca del carácter inflexible de lo que más parecía una regla que uno mismo se impone que una necesidad que se soporta. Y agregaba—: “Sólo frecuento tres casas”, como esos autores que, temiendo no llegar a la cuarta representación, anuncian que

su obra sólo se representará tres veces. Aunque el señor y la señora de Verdurin no creyesen en esa ficción, habían ayudado a la princesa a inculcarla en el espíritu de los fieles. Y éstos a la vez estaban convencidos de que la princesa, entre los miles de relaciones que se les ofrecían, había elegido únicamente a los Verdurin, y que los Verdurin, solicitados inútilmente por toda la alta aristocracia, no habían aceptado sino una sola excepción en favor de la princesa.

Para ellos, la princesa, demasiado superior a su medio original para no aburrirse en él, entre tanta gente que podía haber frecuentado, no hallaba agradables sino a los Verdurin, y recíprocamente, éstos, sordos a las tentativas de toda la aristocracia que se les ofrecía, no habían aceptado sino una única excepción en favor de una gran señora más inteligente que sus iguales: la princesa Sherbatoff.

La princesa era muy rica; tenía en todos los estrenos un gran palco al que, con la autorización de la señora de Verdurin, llevaba a todos los fieles y nunca a otro. Señalaban a esa persona enigmática y pálida que había envejecido sin encanecer, o más bien enrojeciendo como ciertos frutos perennes y achicharrados de los setos. Se admiraba a la vez su poder y su humildad, porqué, teniendo siempre a su lado a un académico como Brichot, a un sabio como Cottard, al mejor pianista de la época, más tarde al señor de Charlus, se esforzaba expresamente en reservar el palco más oscuro, se quedaba en el fondo, se despreocupaba de la sala y vivía exclusivamente para el pequeño grupo, que poco antes de finalizar la representación se retiraba siguiendo a esta extraña soberana, no desprovista de una belleza tímida, fascinante y gastada. Y si la señora de Sherbatoff no miraba a la sala y se quedaba en sombras, era para tratar de olvidar que

existía un mundo vivo al que deseaba apasionadamente y no podía conocer: el corrillo en el palco era para ella lo que para ciertos animales conocidos la inmovilidad casi cadavérica frente al peligro. Sin embargo, la afición por la novedad y la curiosidad que inquieta a la gente de mundo hacían que prestaran quizás más atención a esa misteriosa desconocida que a las celebridades de los primeros palcos a las que visitaba cada cual. Se la imaginaban distinta a las personas conocidas y suponían que una arcana inteligencia, unida a una bondad adivinadora, conservaba a su alrededor ese reducido grupo de personas eminentes. La princesa se veía obligada a fingir una gran frialdad si le hablaban de alguien o si se lo presentaban, para conservar la ficción de su horror por el mundo. Sin embargo, con el apoyo de Cottard o de la señora de Verdurin, algunos nuevos llegaban a conocerla, y su embriaguez por tratar a uno más era tal que olvidaba la fábula del aislamiento voluntario y se prodigaba descabelladamente con el recién llegado. Si se trataba de alguien muy mediocre, todos se asombraban. “—¡Qué cosa extraña que la princesa, que no quiere conocer a nadie, haga una excepción con ese ser tan poco caracterizado!” Pero estas relaciones fecundantes eran raras, y la princesa vivía estrechamente confinada en medio de los fieles.

Cottard decía mucho más a menudo: “Lo veré el miércoles en lo de Verdurin” que: “Lo veré el martes en la Academia”. Hablaba también de los *miércoles* como de una ocupación importante e impostergable. Por otra parte, Cottard era uno de esos individuos poco buscados a quienes les parece un deber tan imperioso responder a una invitación como si constituyese una orden, como una convocatoria militar o judicial. Tenía que verse detenido por una visita

muy importante para que les *fallara* un *miércoles* a los Verdurin, y la importancia se refería más bien a la calidad del enfermo que a la gravedad de la dolencia. Porque Cottard, aunque buen hombre, renunciaba a las dulzuras del *miércoles*, no por el ataque de un obrero, sino por la coriza de un ministro. Y aun en ese caso le decía a su mujer: “—Discúlpame ante la señora de Verdurin. Avisa que llegaré atrasado. Esta Excelencia pudo haber elegido otro día para resfriarse”. Un miércoles que su anciana cocinera se había cortado la vena de un brazo, Cottard, ya de smoking para ir a casa de los Verdurin, había alzado los hombros cuando su mujer tímidamente le preguntó si no podía curar la herida: “—¡Pero no puedo, Leontina! —había exclamado con un gemido—. Ya ves que ya me he puesto el chaleco blanco”. Para no impacientar a su marido, la señora Cottard mandó llamar urgentemente al jefe de la clínica. Éste, para llegar más pronto tomó un coche, de manera que al entrar el suyo en el patio en momentos en que salía el de Cottard para llevarlo a lo de los Verdurin, se habían perdido cinco minutos en avanzar y en retroceder. A la señora de Cottard le molestó que el jefe de la clínica viera a su jefe en traje de fiesta. Cottard maldecía por el atraso, quizás con remordimientos, y se fue con un humor detestable, que para disiparse necesitó todos los placeres del miércoles.

Si un cliente de Cottard le preguntaba: “—¿Se encuentra a veces con los Guermantes?”, el profesor contestaba con la mayor buena fe del mundo: “—Quizás no sé si precisamente los Guermantes; pero veo a toda esa gente en casa de amigos míos. Usted habrá oído hablar, seguramente, de los Verdurin. Conocen a todo el mundo. Además, ellos, por lo menos, no son esa gente elegante

deslustrada. Hay solvencia. Se estima en general que la señora de Verdurin tiene unos treinta y cinco millones. Y treinta y cinco millones son una cifra. Usted me hablaba de la duquesa de Guermantes. Voy a decirle la diferencia: la señora de Verdurin es una gran señora, la duquesa de Guermantes es probablemente una pobretona. Advierte bien el matiz, ¿verdad? En todo caso, que los Guermantes vayan o no a lo de la señora de Verdurin, ella recibe, lo que es mucho mejor, a los Sherbatoff, los de Forcheville y *tutti quanti*, gente de lo más alto, toda la nobleza de Francia y de Navarra, a quienes me veda usted hablar de igual a igual. Por otra parte, esa clase de gente busca habitualmente a los príncipes de la ciencia”, agregaba con una sonrisa de beato amor propio que traía hasta sus labios la satisfacción orgullosa, y no precisamente porque la expresión antaño reservada a los Potain y los Charcot se le aplicase ahora, sino porque sabía usar como conviene todas las que el uso autoriza y que, después de haberlas practicado largo rato, poseía a fondo. Por eso, tras de citarme a la princesa Sherbatoff entre las personas que recibía la señora de Verdurin, Cottard agregó guiñando el ojo: “—Usted ve el estilo de la casa. ¿Se da cuenta lo que quiero decirle?” Quería significar lo más elegante que existe. Y recibir a una señora rusa que no conocía a nadie más que a la gran duquesa Eudoxia era poco. Pero, aunque la princesa Sherbatoff no la conociese, no hubiese disminuido la opinión que Cottard tenía respecto a la suprema elegancia del salón Verdurin y su alegría porque en él lo recibieran. El esplendor que vemos en las personas que frecuentamos no es más intrínseco que el de esos personajes teatrales para cuyo vestuario es inútil que un director gaste centenares de miles de francos en la adquisición de trajes auténticos

y verdaderas joyas que no harán ningún efecto, ya que un gran decorador producirá una impresión de lujo mil veces más suntuosa proyectando un rayo ficticio sobre una casaca de tela burda constelada de tapones de vidrio y sobre un manto de papel. Un hombre habrá pasado su vida entre los grandes de la tierra que no eran para él sino fastidiosos parientes o aburridos conocidos, porque un hábito contraído desde la cuna los había despojado a sus ojos de todo prestigio. Pero, en cambio, bastó que ése se agregase, por cualquier contingencia, a las personas más oscuras, para que innumerables Cottard se hayan sentido deslumbrados por mujeres con título cuyo salón suponían el centro de las elegancias aristocráticas y que no alcanzaban a ser lo que eran la señora de Villeparisis y sus amigas (grandes damas caducas que ya no frecuentaba la aristocracia que fuera educada con ellas); no, nadie podría identificar, ni la señora de Cambremer ni la señora de Guermantes, a aquellos cuya amistad fué el orgullo de tanta gente, si éstos publicaran sus memorias y propalasen el nombre de esas mujeres y de los que recibían. Pero, ¡qué importa! Un Cottard tiene su marquesa en esa forma, que para él es la *baronesa* como en Marivaux, la baronesa cuyo nombre no se dice en ningún momento y de la que ni siquiera se tiene idea que pueda tenerlo. Cottard cree encontrar tanto más resumida la aristocracia—que ignora esa dama— cuanto los títulos son dudosos y las coronas ocupan su lugar en vidrios, platería, papel de cartas y baúles. Numerosos Cottard, que creyeron pasar su vida en el corazón del barrio de Saint-Germain han encantado quizás más su imaginación de sueños feudales, que aquellos que efectivamente habían vivido entre príncipes, lo mismo que para el comerciante minorista que visita a veces en día domingo

los edificios del “tiempo de antaño”, aquellos cuyas piedras pertenecen a nuestra época y cuyas bóvedas fueron pintadas de azul y consteladas de estrellas de oro por discípulos de Viollet-le-buc, son los que más les producen la sensación de la Edad Media. “—La princesa estará en Maineville. Viajará con nosotros. Pero no lo presentaré enseguida. Es mejor que la señora de Verdurin sea quien lo haga. A menos que encuentre un recurso. Cuente usted entonces con que sabré aprovecharlo”. “—¿De qué hablaba usted?”, dijo Saniette, que hizo como que había ido a tomar aire. “—Le citaba al señor —dijo Brichot— una frase que usted conoce perfectamente de aquel que según creo es el primero de los finales del siglo (del siglo XVIII se entiende), el llamado Carlos Mauricio, abate de Périgord. Había empezado prometiendo ser un muy buen periodista. Pero terminó mal, quiero decir que se hizo ministro. La vida tiene esas desgracias. Político poco escrupuloso, en resumen, que con desdenes de gran señor de raza no se molestaba en trabajar a sus horas por el rey de Prusia, cabe decirlo, y murió como centro-derecha”.

Al llegar a Saint-Pierre-des-Ifs, subió una espléndida joven que por desgracia no formaba parte del pequeño grupo. No podía despegar mis ojos de su carne de magnolia, sus ojos negros y la construcción alta y admirable de sus formas. Al cabo de un segundo quiso levantar una ventanilla, porque hacía algo de calor en el compartimiento, y como no quería pedir permiso a todos y yo era el único que no tenía abrigo, me dijo con una voz rápida, fresca y reidora: “—¿El aire le desagrada, señor?” Hubiera querido decirle: “—Véngase con nosotros a casa de los Verdurin”, o “—Dígame su nombre y sus señas”. Le contesté: “—No, no me molesta el aire, señorita”. Y luego,

sin moverse de su asiento: “—¿El humo no molestará a sus amigos?” y encendió un cigarrillo. A la tercera estación se bajó de un salto. Al día siguiente le pregunté a Albertina quién podía ser. Porque estúpidamente y creyendo que no puede amarse más que una cosa, celoso por la actitud de Albertina con Roberto, estaba tranquilizado en cuanto a las mujeres. “—¡Me gustaría tanto encontrarla!...”, exclamé. “—Tranquilícese; siempre se encuentra uno”, contestó Albertina. Se equivocaba en este caso particular, pues nunca encontré ni pude identificar a la hermosa muchacha del cigarrillo. Se verá, por otra parte, por qué durante mucho tiempo debí dejar de buscarla. Pero no la olvidé. Me sucede a menudo al pensar en ella que se apodera de mí un deseo descabellado. Pero esos vaivenes del deseo nos obligan a pensar que si uno quisiera encontrarse con esas muchachas y el mismo placer, habría que volver también a ese año al que le siguieron otros diez durante los cuales se marchitó la muchacha. A veces uno puede volver a encontrara un ser, pero no abolir el tiempo. Todo esto hasta el día triste e imprevisto como noche de invierno en que ya no se busca a esa muchacha ni a ninguna, y encontrarla, casi lo espantaría a uno porque ya no nos sentimos con atractivos bastantes como para gustar ni fuerzas para amar. Y no es que uno sea impotente, en el sentido preciso del término. Y en cuanto a amar, amarla más que nunca. Pero se sabe que es una empresa demasiado grande para las escasas fuerzas que se conservan. El reposo eterno ha colocado ya intervalos, en los que uno no puede salir ni hablar. Poner un pie en el escalón adecuado es una suerte como la de acertar el salto mortal. Que nos vea una muchacha que amamos aunque hayamos conservado la cara y los cabellos rubios de un hombre joven. No puede acometerse

la fatiga de seguir el paso de la juventud. Tanto peor si el deseo carnal se duplica en lugar de amortiguarse. Llamamos para él a una mujer a quien no habría por qué gustar, que compartirá nuestra cama una sola noche y a la que no volveremos a ver.

“—Todavía no debe haber noticias del violinista”, dijo Cottard. En efecto, el acontecimiento del día en el pequeño clan era la desaparición del violinista favorito de la señora de Verdurin. Aquél, que hacía su servicio militar en Doncières, iba tres veces por semana a cenar en la Raspelière, porque tenía permisos nocturnos. Y la antevíspera, por primera vez, los fieles no habían podido descubrirlo en el tranvía. Pensaron que lo había perdido. Pero, aunque la señora de Verdurin mandara su coche al tranvía siguiente y al último siempre había vuelto vacío. “—Seguramente lo habrán castigado. No se explica de otra manera su fuga. ¡Ah, vaya!; en ese oficio militar basta un sargento malhumorado..”. “—Le será tanto más mortificante a la señora de Verdurin —dijo Brichot— si falla también esta noche porque nuestra amable dueña de casa recibe precisamente por primera vez a cenar a los vecinos que le alquilaron la Raspelière: el marqués y la marquesa de Cambremer”. “—¿Esta noche?, ¿el marqués y la marquesa de Cambremer? —exclamó Cottard—. No sabía una palabra. Naturalmente, sabía como todos que debían venir algún día, pero no que fuera tan pronto. ¡Demonios! —expresó volviéndose hacia mí—, ¿qué le dije?: la princesa Sherbatoff, el marqués y la marquesa de Cambremer. —Y después de haber repetido esos nombres,

arrullándose con su melodía: “—Ya ve usted que empezamos bien. No importa, por ser sus comienzos apunta usted al mil. Va a ser una hornada excepcionalmente brillante”. —Y dirigiéndose a Brichot, agregó: La Patrona debe estar furiosa.

Llegamos a tiempo para darle una mano. Desde que la señora de Verdurin estaba en la Raspelière afectaba frente a sus fieles la obligación y la desesperación de invitar una vez a sus propietarios. Obtendría así mejores condiciones para el año siguiente, decía ella y no lo hacía más que por interés. Pero pretendía tener tal terror, se hacía tal pesadilla con la cena para esa gente que no pertenecía al grupo, que siempre la postergaba. La asustaba algo, por una parte, por razones que proclamaba aún exagerándolas, aunque le encantaba, por otra; por motivos de *snobismo* que prefería callar. Era, pues, sincera a medias y creía que el pequeño clan era algo tan único en el mundo, un conjunto de esos para los que se necesitan siglos antes de constituir uno parecido, que temblaba ante la idea de introducir a esas gentes de provincia que ignoraban la *Tetralogía y los Maestros*, que no sabrían tocar su partitura en el concierto de la conversación general y que eran capaces, al ir a casa de la señora de Verdurin, de destruir uno de los famosos *miércoles*, obra maestra incomparable y frágil, semejante a esas cristalerías venecianas a las que para quebrarlas basta una nota en falso. “—Además, deben ser de lo más *anti* y militaristas”, había dicho el señor Verdurin. “—¡Ah!, eso sí que me da lo mismo; hace demasiado tiempo que se habla de ese asunto” contestó la señora de Verdurin, que, dreyfusista sincera, hubiese querido, sin embargo, hallar en la preponderancia de un salón dreyfusista una recompensa social. Y el dreyfusismo triunfaba en política, pero no socialmente. Laborj,

Reinach, Picquart y Zola seguían siendo para la gente de sociedad algo así como traidores que no podían acercarse al núcleo. Por eso, después de esa incursión por la política, la señora de Verdurin quería volver al arte. Por otra parte, ¿acaso D’Indy y Debussy no estaban *mal* en el asunto? “—En lo que concierne al *asunto*, no tenemos más que colocarlos junto a Brichot —dijo ella (ya que el universitario era el único de los fieles que se había inclinado por el Estado Mayor, cosa que lo rebajara bastante en la estima de la señora de Verdurin)—. No está obligado uno a hablar siempre del asunto Dreyfus. No; la verdad es que los Cambremer me aburren”. En cuanto a los fieles, tan excitados por su deseo inconfesado de conocer a los Cambremer como víctimas crédulas del aburrimiento afectado que la señora de Verdurin parecía experimentar al recibirlos, cada día, al conversar con ella, volvían a los viles argumentos que ella misma daba a favor de esa invitación, tratando de hacerlos irresistibles. “—Decídase de una buena vez —decía Cottard— y tendrá las concesiones que quiera para el alquiler; ellos pagarán el jardinero y además podrá usar el prado. Todo eso bien vale aburrirse una noche. No pienso, además, sino en usted”, agregó, aunque le latiera el corazón una vez que hubo cruzado por el camino el coche de la señora de Verdurin con el de la anciana señora de Cambremer y sobre todo se sentía humillado debido a los empleados del ferrocarril, cuando se encontraba con el marqués en la estación. Por su lado, los Cambremer, que vivían muy alejados de todo movimiento social para sospechar siquiera que algunas mujeres elegantes hablaban con consideración de la señora de Verdurin, suponían que ésta era una persona que no conocería sino a bohemios, no estaría quizás legítimamente casada y en cuanto a gente

nacida nunca los vería sino a ellos. No se habían resignado a cenar más que para seguir en buenas relaciones con una inquilina cuyo regreso esperaban para numerosas estaciones, sobre todo desde que sabían, desde el mes anterior, que acababa de heredar tantos millones. Se preparaban para el día fatal silenciosamente y sin bromas de mal gusto. Los fieles ya no esperaban que viniesen; tantas eran las veces que delante de ellos la señora de Verdurin había fijado una fecha siempre aplazada. Esas falsas resoluciones tenían por objeto no sólo ostentar el fastidio que le causaba esa comida, sino mantener interesados a los miembros del pequeño grupo que habitaban en las cercanías y a veces eran propensos a fallar. Y no porque la Patrona no adivinase que el *gran día* les era tan agradable como a ella misma, sino porque al haberlos convencido de que esa comida era para ella la carga más terrible, podía hacer un llamado a su abnegación. “—No me irán a dejar sola con esos chinos. Al contrario, tenemos que ser numerosos para soportar el aburrimiento. Naturalmente, no podremos hablar de nada que nos interese. Será un *miércoles* fracasado, qué quieren ustedes”.

“En efecto —contestó Brichot dirigiéndose a mí—, creo que la señora de Verdurin, que es muy inteligente y despliega gran coquetería en la elaboración de sus *miércoles*, no tenía ningún interés en recibir a esos hidalgüelos de gran alcance, pero sin espíritu. No pudo resolverse a invitar a la vieja marquesa, pero se ha resignado al hijo y a la nuera”.

“—¡Ah!, ¿veremos a la marquesa de Cambremer?” dijo Cottard con una sonrisa en la que creyó necesario poner picardea y discreteo, aunque ignorase si la señora de Cambremer era bonita o

no. Pero el título de marquesa le despertaba imágenes prestigiosas y galantes. “—¡Ah, la conozco!”, dijo Ski, que la había encontrado una vez que se paseaba con la señora de Verdurin. “—No la conoce en el sentido bíblico”, repuso el doctor deslizando una mirada turbia bajo sus anteojos, en una broma que le era habitual. “—Es inteligente —me dijo Ski—. Naturalmente —agregó al ver que yo no decía nada y apoyando con una sonrisa cada palabra—, es inteligente y no lo es: le falta instrucción. Y es frívola, pero tiene el instinto de las cosas hermosas. Se callará, pero nunca dirá una tontería. Además, tiene un lindo color. Sería un retrato divertido”, concluyó, entrecerrando los ojos, como si la mirase *posando* para él. Como yo pensaba todo lo contrario de lo que Ski expresaba con tantos matices, me conformé diciendo que era la hermana de un ingeniero muy distinguido, el señor Legrandin. “—Y bueno, ya lo ve, le presentarán a una mujer bonita —me dijo Brichot—, y nunca se sabe lo que puede resultar. Cleopatra no era siquiera una gran señora: era la mujercita, la mujercita inconsecuente y terrible, de nuestro Meilhac, y vea las consecuencias, no sólo para ese tonto de Antonio, sino para el mundo antiguo. ¡Ah!, pero entonces va a estar usted en territorio conocido”. “—Me alegrará tanto más verla contesté porque me había prometido una obra del antiguo cura de Combray, acerca de los nombres lugareños de esta región, y voy a poder recordarle su promesa. Me interesa ese sacerdote y también esas etimologías”. “No confíe mucho en las que él indica contestó Brichot—. La obra que está en la Raspelière y me entretuve en hojear no me ha enseñado nada que valga la pena; está llena de errores. Le voy a dar un ejemplo. La palabra *Briq* entra en la formación de una cantidad de toponímicos de los alrededores. El buen sacerdote

ha tenido la idea pasablemente singular de que proviene de *Briga*, *altura*, lugar fortificado. Ya lo ve en las poblaciones célticas: Latobriges, Nemetobriges, etc., y lo sigue hasta en nombres como Briand, Brion, etc. Para volver al lugar que tenemos el gusto de atravesar en este momento con usted, *Bricquebose* significaría el bosque de la altura; *Bricqueville* la habitación de la altura; *Bricquebec*, donde nos detendremos dentro de un instante, antes de llegar a *Maineville*, la altura junto al arroyo. Y no es eso en absoluto, por la razón de que *bricq* es una palabra del antiguo escandinavo, que significa sencillamente puente. Lo mismo que *flor*—que el protegido de la señora de Cambremer se toma un trabajo infinito en relacionar tan pronto con las palabras escandinavas *floi*, *flo*, tan pronto con las irlandesas *ae* y *aer* es, por el contrario y sin duda, el *fiordo* de los daneses, y significa *puerto*. Asimismo el excelente sacerdote cree que la estación de Saint-Martin-le-Vetu, que se avecina a la Raspelière, significa Saint-Martin-le-Vieux²⁷ (*Vetus*). Es verdad que la palabra *viejo* ha desempeñado un gran papel en la toponimia de esta región.

Viejo viene generalmente de *vadum* y *significa* un vado, como en el lugar llamado los Viejos. Es lo que los ingleses llamaban un *ford* (Oxford Hereford). Pero, en este caso particular, viejo no proviene de *vetus*, sino de *vastatus*, lugar desnudo y desprovisto. Por aquí cerca tiene usted a Sottevast, el *vast* de Setold; Brillevast, el *vast* de Berold. Estoy tanto más seguro del error del cura cuanto que San-Martín-el-Viejo se ha llamado antes San-Martín-del-Gast y aún San Martín de Terregate. Y la *v* y la *g* en esas palabras son una misma letra. Se dice *dévaster* (asolar), pero también *gácher* (estropear). *Jachères* y *gatinés* (del alto alemán *wastinna*) tienen ese mismo sentido: Terregate es, pues,

terra vasta. En cuanto a Saint-Mars, antiguamente (*honni soit qui mal y pense*)²⁸ Saint-Merd, es San Me Meardus, que tan pronto es San Medardo Saint-Mard, Cinq-Mars y hasta Dammas. No hay que olvidar, por otra parte, que muy cerca de aquí, lugares que llevan ese mismo nombre de Mars, demuestran simplemente un origen pagano (el dios Marte) que ha quedado vivo en esa región, pero que el santo varón se niega a reconocer. Las alturas dedicadas a los dioses son particularmente muy numerosas, como la montaña de Júpiter (Jeumont). Su cura no quiere saber nada y en cambio, donde el cristianismo ha dejado rastros, se le escapan todos. Ha llevado su viaje hasta Loctudy, nombre bárbaro según él, siendo así que es *Locus sancti Tudenii*, y tampoco adivinó en Sammarcoles, *Sanctus Martialis*. Su cura —continuó Brichot, viendo que me interesaba— deriva las palabras en *bon, honre, holm*, de la palabra *boll* (hullus), colina, aunque provienen del antiguo escandinavo *holm*, isla, que bien se evidencia en Stockholm y que está tan divulgado en este lugar: la Houlme, Engohomme, Tahoume, Robehomme, Néhomme, Quettehon, etc.”. Esos nombres me hicieron recordar el día en que Albertina quiso ir a Amfreville-laBigot (del nombre de sus dos señores sucesivos, me dijo Brichot) y donde luego me había propuesto cenar juntos en Robehomme. En cuanto a Montmartin, íbamos a pasar dentro de un instante. “—¿Nehomme—le pregunté—no está cerca de Carquethuit y Clitourps?” “—Perfectamente; Néhomme es el *holm*, la isla o península del famoso vizconde Nigel, cuyo nombre se prolonga también en Néville. Carquethuit y Clitourps, de que me habla usted, son otros tantos motivos de errores para el protegido de la señora de Cambremer. Sin duda bien ve que *carque* es iglesia, *la Kirshe* de los alemanes. Usted conoce Querqueville, sin hablar

de Dunkerque. Porque más nos convendría entonces detenernos en esa famosa palabra de *Dun*, que para los celtas significa una elevación. Y eso lo volverá a encontrar usted en toda Francia. Su abad se hipnotizaba ante Duneville, de vuelta por Dun-le-Roi, en el Cher; Duneau en el Sarthe; Dun en el Ariège; Dune-les-Places en la Nièvre; etc. Ese Dun le hace cometer un error curioso en lo que se refiere a Douville, adonde bajaremos y donde nos esperan los cómodos coches de la señora de Verdurin. Douville, en latín *donvilla*, dice él. En efecto, Douville está al pie de grandes alturas. Su cura, que todo lo sabe, siente, sin embargo, que se ha equivocado. En efecto, ha leído en un antiguo Pouillé, *Domvilla*. Entonces se retracta; Douville, según él, es un feudo del Abad, *Domino Abbati*, del monte Saint-Michel. Se alegra de ello, lo que es bastante extraño cuando se piensa en la vida escandalosa que desde el *Capitular* de Santa Clara sobre el Epte se llevaba en el monte Saint-Michel, lo que no sería más extraordinario que ver al rey de Dinamarca soberano de toda esa costa, donde hacía celebrar mucho más el culto de Odín que el de Cristo. Por otra parte, la suposición de que se cambió la *n* por *m* no me choca y exige menos alteración que el muy correcto *Lyon*, que también proviene de Dun (Lugdunum). Pero a la postre se equivoca el abate. Douville nunca ha sido Douville, sino Doville, *Eudonis* Villa, la aldea de Eudes. Douville se llamaba antaño Escalecliff, la escalera de la pendiente. Hacia 1233, Eudes le Bouteiller, señor de Escalecliff, partió para Tierra Santa; en el momento de partir entregó la iglesia a la abadía de Blanchelande.

Intercambio de buenos procedimientos, la aldea tomó su nombre, de donde actualmente Douville. Pero agregó que la

topografía, en la que, por otra parte, soy muy ignorante, no es una ciencia exacta; si nouviésemos ese testimonio histórico, Douville podría muy bien originarse en d'Ouille, es decir las Aguas. Las formas en *ai* (Aigues-Mortes) de a *qua* se cambian muy a menudo en *eu* o en *ou*. Había termas muy acreditadas cerca de Douville: las de Carquebut. Usted se imagina que el cura estaba muy contento de encontrar ahí algún rastro cristiano, aunque esa región haya sido, por lo visto, bastante difícil de evangelizar, ya que debieron insistir sucesivamente San Ursal, San Gofroi, San Barsanore, San Lorenzo de Brévedent, quien pasó por fin la mano a los monjes de Beaubec. Pero en *tuit* se equivoca el autor; él ve una forma de *toft*, casucha, como en Cricquetot, Ectot, Yvetot, mientras que es el *thveit*, desmonte, roturar; como en Bracquetuit, le Thuit, Regnetuit, etc. Lo mismo que si reconoce en Clitourps el *thorp* normando, que significa aldea, quiere que la primera parte del nombre derive de *clivus*, pendiente, siendo así que deriva de *cliff*, roca. Pero sus mayores errores más se originan en sus prejuicios que en sus ignorancias. Por buen francés que uno sea, ¿debe negarse la evidencia y confundir a San Lorenzo en Bray con el sacerdote romano tan conocido, siendo que se trata de Saint-Lawrence Toot, arzobispo de Dublín? Pero, más que el sentimiento patriótico, el prejuicio religioso de su amigo le hace cometer errores groseros. Así es como tiene usted, no muy lejos de nuestros dueños de casa de la Raspelière, dos Montmartin: Montmartin-sur-Mer y Monmartin-en-Graignes. En cuanto a Graignes, el buen cura no ha cometido errores. Ha visto claramente que Graignes, en latín *Grania*, en griego *créné*, significa estanque, pantano. ¡Cuántos Cresmays, Croen, Gremeville, Lengronne no podrían citarse! Pero respecto a Montmartin, su

pretendido lingüista quiere absolutamente que se trate de parroquias dedicadas a San Martín.

Arguye que el santo es su patrono, pero no advierte que ha sido tomado como tal posteriormente; o más bien, esté cegado por su odio al paganismo; no quiere ver que se habría dicho Monte Saint-Martín, como se dice el Monte Saint-Michel, si se hubiese tratado de Saint-Martín, mientras que el nombre de Montmartin se aplica mucho más paganamente a templos consagrados al, dios Marte, templos de los que no tenemos, en verdad, otros vestigios, pero que la presencia innegable de vastos campamentos romanos haría mucho más verosímiles aun sin el nombre de Montmartin, que elimina toda duda. Usted ve que el librito que va a encontrar en la Raspelière no es de los mejores”. Objeté que en Combray el cura nos había enseñado a menudo interesantes etimologías. “—Estaba probablemente mejor en su terreno; el viaje a la Normandía lo habrá descentrado”. “—Y no lo habrá curado —agregué yo—, porque se fue neurasténico y volvió reumático”. “—¡Ah!, eso es culpa de la neurastenia. Cayó de la neurastenia a la filología, como hubiese dicho mi buen maestro Pocquelin.²⁹ Dígame, Cottard: ¿le parece que la neurastenia puede tener alguna influencia enojosa sobre la filología, la filología una influencia calmante sobre la neurastenia y la cura de la neurastenia conducir al reumatismo?”. “—Perfectamente, la neurastenia y el reumatismo son dos variedades del neuroartrismo. Puede pasarse de una a otra por metástasis”. “—El eminente profesor —dijo Brichot— se expresa, Dios me perdone, en un francés tan mezclado de latín y griego como pudiese hacerlo el mismo señor Purgon, de molieresco recuerdo. A mi tío, quiero decir nuestro Sarcey nacional...

“. Pero no pudo concluir la frase. El profesor acababa de estremecerse y lanzar un alarido: “—Nombre de... —exclamó pasando por fin al lenguaje articulado—, hemos dejado atrás Maineville (¡eh!, ¡eh!) y aun Renneville”. Acababa de ver que el tren se detenía en Saint-Mars-le-Vieux, donde bajaban casi todos los pasajeros. “—No deben haber apurado la espera, sin embargo. No habremos hecho caso, mientras hablábamos de los Cambremer”. “—Escúcheme, Ski, espere; voy a decirle una cosa *buena* —dijo Cottard, que le había tomado cariño a esa expresión utilizada en algunos ambientes médicos—. La princesa debe estar en el tren; no nos habrá visto y habrá subido a otro compartimiento. Tamos a buscarla. Con tal de que todo eso no traiga complicaciones...” Y nos llevó a todos a buscar a la princesa Sheratoff. La encontró en un ángulo de un vagón desocupado leyendo la Revista de Ambos Mundos. Había tomado desde hacía muchos años, por temor a una mala acogida, la costumbre de mantenerse en su lugar, permaneciendo en un rincón, en la vida y en el tren y esperando, para dar la mano, que la saludasen. Continuó leyendo cuando los fieles entraron en el vagón. La reconocí enseguida; esa señora que pudo haber perdido su situación, pero no por eso dejaba de tener un gran origen, que en todo caso era la perla de un salón como el de los Verdurin, era la señora que en el mismo tren había confundido dos días antes con una regente de casa pública. Su personalidad social tan insegura se me aclaró tan pronto supe su nombre, igual que cuando uno ha cavilado ante una adivinanza, descubre por fin la palabra que aclara todo lo que seguía oscuro, y que para las personas es el nombre. Saber dos días después cómo se llama quien ha viajado junto a uno en el tren sin llegar a descubrir su

rango social es una sorpresa mucho más divertida que leer en la última entrega de una revista la palabra del jeroglífico propuesto en la entrega anterior. Los grandes restaurantes, los casinos, los corredores son el museo de las familias de esos enigmas sociales.

“—Princesa, no la hemos encontrado en Maineville. ¿Permite usted que nos sentemos en su compartimiento?” “—¡Pero cómo no!”, dijo la princesa, que, al oír que le hablaba Cottard, sólo entonces levantó la mirada de su revista, con ojos que, como los del señor de Charlus, aunque más dulces, veían muy bien a aquellas personas cuya presencia aparentaba no advertir. Cottard, pensando que el hecho de ser yo un invitado de los Cambremer era para mí una recomendación suficiente, se decidió al cabo de un instante a presentarme a la princesa, quien se inclinó con gran cortesía, pero pareció oír mi nombre por primera vez. “—¡Rediez! —exclamó el doctor—, mi mujer se olvidó de hacerme cambiar los botones del chaleco blanco. ¡Ah!, las mujeres no piensan en nada. No vaya a casarse nunca, vea usted”, me dijo. Y como era una de las bromas que estimaba convenientes cuando no había nada que decir, miró con el rabillo del ojo a la princesa y a los otros fieles, que, como era profesor y académico, sonrieron admirando su buen humor y su falta de empaque. La princesa nos hizo saber que habían encontrado al joven violinista. Había guardado cama el día anterior debido a una jaqueca, pero iría esa noche y llevaría a un viejo amigo de su padre que encontrara en Doncières. Lo supo por la señora de Verdurin, con quien había almorzado esa mañana, nos dijo con una voz rápida en la que el rodar de las r, de timbre ruso, murmuraba suavemente en el fondo de la garganta, corno si fuesen L en lugar de r. “—¡Ah!, almorzó usted con ella esta mañana dijo

Cottard a la princesa, pero mirándome, porque esas palabras estaban destinadas a indicarme hasta qué punto la princesa era íntima de la patrona—. Usted es una fiel, vaya.” “—Sí, me gusta ese pequeño círculo inteligente, agradable, nada malvado, sencillo, sin *snobismo* y donde sobra ingenio.” “—¡Rediez!, he debido perder mi boleto; no lo encuentro —dijo Cottard, no sin inquietarse, por otra parte, más allá de toda medida. Sabía que en Douville, donde nos esperarían dos landós, el empleado lo dejaría pasar sin boleto y lo mismo le haría una reverencia hasta el suelo con el objeto de dar con ese saludo la explicación de su indulgencia, es decir que había reconocido en Cottard a un asiduo de los Verdurin. “—No me pondrán preso por eso”, concluyó el doctor.” “—¿Usted decía, señor —le pregunté a Brichot—, que por aquí cerca había termas afamadas? ¿Cómo se sabe? “—El nombre de la estación siguiente lo comprueba entre muchos otros testimonios. Se llama Fervaches.” “—No comprendo qué quiere decir”, murmuró la princesa con el tono en que me hubiese dicho, por gentileza: “¿Nos fastidia, verdad?” “—¡Pero princesa! Fervaches quiere decir aguas calientes: *Fervidae aquae*.” “—Con respecto al joven violinista —continuó Brichot—, me olvidaba, Cottard, de hablarle de la gran noticia. ¿Sabía usted que nuestro pobre amigo Dechambre, el antiguo pianista preferido de la señora de Verdurin, acaba de morir? Es horrible.” “—Era joven todavía —contestó Cottard—, pero debió hacer algo por el hígado, debía tener alguna porquería por ese lado; su semblante no me gustaba nada desde hacía un tiempo.” “Pero no era tan joven —repuso Brichot—.

Cuando Elstir y Swann ya iban a lo de la señora de Verdurin, Dechambre era una notabilidad parisiense, y, cosa admirable, sin haber

recibido el bautismo del éxito en el extranjero. ¡Ah!, ése no era un adepto del Evangelio según San Barnum.” “—Usted se confunde: no podía ir a lo de la señora de Verdurin, pues en ese entonces estaba todavía en pañales”: “—Pero, a menos que mi vieja memoria me sea infiel, creo que Dechambre tocaba la sonata de Vinteuil para Swann cuando ese *clubman* en ruptura de aristocracia no adivinaba aún que llegaría a ser el príncipe consorte aburguesado de nuestra Odette nacional.” “—Es imposible. La sonata de Vinteuil fue tocada en casa de la señora de Verdurin mucho después que Swann dejara de ir—objetó el doctor, tal como la gente que trabaja mucho y cree recordar muchas cosas que supone útiles, se olvida de otras tantas, lo que le permite extasiarse ante la memoria de la gente que no tiene nada que hacer—. Usted perjudica a sus relaciones; sin embargo, no está reblandecido”, agregó, sonriendo, el doctor.

Brichot reconoció su error. El tren se detuvo. Era la Sogne. Ese nombre me intrigaba. “—¡Cómo me gustaría saber el significado de todos esos nombres!”, le dije a Cottard. “—Pero pregúntele a Brichot, quizás lo sepa.” “—Pero la Sogne es la Cigüeña, Siconia”, repuso Brichot, a quien yo ardía en deseos de interrogar sobre muchos otros nombres. Olvidando que le gustaba su *rincón*, la señora Sherbatoff me ofreció amablemente cambiar su lugar conmigo para que pudiese conversar mejor con Brichot, pues yo quería pedirle otras etimologías que me interesaban y aseguró que le era indiferente viajar hacia adelante, hacia atrás, de pie, etc. Se quedaba a la defensiva mientras ignoraba las intenciones de los recién llegados; pero, en cuanto reconocía que éstas eran amables, trataba de todos modos de complacer a cada uno. Por fin el tren se detuvo en la estación de

Doville-Féterne, la que, a causa de estar a igual distancia de la aldea de Féterne y de la de Doville, llevaba sus dos nombres. “—¡Demonios! —exclamó el doctor Cottard cuando estuvimos frente a la barrera donde recogían los boletos y fingiendo que acababa de advertirlo—, no puedo encontrar mi boleto; debo haberlo perdido.” Pero el empleado, quitándose la gorra, aseguró que no tenía importancia y sonrió respetuosamente. La princesa (que daba explicaciones al cochero, como lo hubiese hecho una especie de dama de honor de la señora de Verdurin, quien no había podido ir a la estación, por causa de los Cambremer, cosa que, por otra parte, hacía rara vez), me llevó, así como a Brichot, en uno de los coches. En el otro subieron el doctor, Saniette y Ski.

El cochero, aunque muy joven, era el primer cochero de los Verdurin, el único que fuese verdaderamente cochero por título; los llevaba de paseo durante el día, porque conocía todos los caminos, y por la noche iba a buscar y a traer a los fieles. Lo acompañaban suplentes (que escogía en caso necesario). Era un excelente muchacho, sobrio y diestro; pero con una de esas caras melancólicas cuya mirada demasiado fija significa que por cualquier motivo uno tiene ideas negras y se hace bilis. En ese momento era muy feliz, porque había logrado colocar a su hermano, otro hombre de excelente pasta, en casa de los Verdurin. Atravesamos primeramente Doville. Pequeñas colinas herbosas bajaban hasta el mar, como enormes pasteles a los que la saturación de humedad y sal da un espesor, una blandura y una extrema vivacidad de tonos. Los islotes y los recortes de Rivebelle, mucho más cerca de aquí que de Balbec, le daban a esta parte del mar el aspecto, nuevo para mí, de un plano en relieve. Pasamos ante

pequeños *chalets*, casi todos alquilados por pintores; tomamos un sendero por el que unas vacas sueltas, tan asustadas como nuestros caballos nos obstruyeron diez minutos el paso y nos metimos por el camino de cornisa. “—Pero, por los dioses inmortales —dijo de golpe Brichot—, volviendo a ese pobre Dechambre, ¿cree usted que la señora de Verdurin lo *sabe*? ¿Se lo han *dicho*?” La señora de Verdurin, como casi toda la gente de sociedad, justamente porque necesitaba la compañía de los demás, no pensaba un solo día más en ellos; después de muertos, ya no asistirían a *los miércoles*, ni a los *sábados*, ni a cenar en bata. Y no podía decirse del pequeño clan, reflejo en eso de todos los salones, que se componía de más muertos que vivos, ya que desde que se moría uno era como si nunca hubiese existido. Pero, para evitar el aburrimiento de tener que hablar de difuntos y hasta suspender las comidas, cosa imposible para la patrona a causa de un duelo, el señor Verdurin fingía que la muerte de los fieles afectaba a tal punto a su mujer que, en interés de su salud, no debía hablársele de ello. Por otra parte, y precisamente porque la muerte de los demás le parecía un accidente tan definitivo y tan vulgar, el pensamiento de la suya le causaba horror y rehuía todo pensamiento que pudiera vincularsele. En cuanto a Brichot, como era muy buena persona y creía perfectamente lo que decía el señor Verdurin de su mujer, temía las emociones de semejante disgusto para su amiga. “—Sí, *sabe todo*, desde esta mañana —dijo la princesa—; no ha podido *ocultársele nada*.” “—¡Ah, mil rayos de Zeus! —exclamó Brichot—. Debe haber sido un golpe terrible: un amigo de veinticinco años. Ese sí que era uno de los nuestros.” “—Evidentemente, evidentemente, ¿qué quiere usted? —dijo Cottard—. Son circunstancias siempre penosas, pero

la señora de Verdurin es una mujer fuerte; es más cerebral aún que emotiva.” “—No opino exactamente lo mismo que el doctor—refutó la princesa, a quien, decididamente, su hablar rápido y su acento murmurante daban a la vez una apariencia de enojada y rebelde—. La señora de Verdurin oculta bajo su aspecto frío tesoros de sensibilidad. El señor Verdurin me dijo que le había costado mucho impedirle que fuera a París para la ceremonia; se vio obligado a hacerle creer que todo se realizaría en el campo.” “—¡Ah, diablos!, quería ir a París. Pero ya sé que es una mujer de corazón, demasiado corazón quizás. ¡Pobre Dechambre! Como decía la señora de Verdurin, no hace aún dos meses: *A su lado, ni Planté, ni Padereerski, ni Risler mismo se sostienen*. ¡Ah!, él ha podido decir con más precisión que ese poca cosa de Nerón, que encontró la manera de despistar hasta a la misma ciencia alemana: *Qualis artifex pereo*. Pero, por lo menos, Dechambre ha debido morir en el cumplimiento del sacerdocio, en olor de devoción beethoveniana; y de buena manera, no lo dudo; en justicia, ese oficiante de música alemana mereció morir celebrando la misa en Re. Por otra parte, era hombre de acoger la muerte con un trino, porque ese genial ejecutante encontraba a veces en su ascendencia parisianizada de la Champagne audacias y elegancias de guardia francés.”

Desde la altura en que estábamos, el mar no era más como en Balbec, semejante a las ondulaciones de las montañas, sino, al contrario, como se aparece, desde un pico o desde un camino que bordea la montaña, un glaciar azulado o una llanura deslumbrante situados a menor altura. El desgarramiento de los remolinos parecía inmovilizado y haber dibujado para siempre sus círculos concéntricos;

el mismo esmalte del mar, que mudaba insensiblemente el color, adoptaba hacia el fondo de la bahía, allí donde se cavaba un estuario, el blanco azulado de la leche, donde unos estanquecitos negros que no avanzaban, parecían arapados como moscas. No creía que desde ningún sitio pudiese descubrirse más amplio panorama. Pero a cada vuelta se agregaba una parte nueva; así, cuando llegamos a la administración aduanera de Doville, el espolón del acantilado que hasta entonces nos había ocultado la mitad de la bahía volvió a entrar y vi de pronto, a mi izquierda, un golfo tan profundo como el que había tenido hasta entonces ante mí, pero que cambiaba las proporciones y duplicaba su belleza. El aire en ese punto tan alto adquiría una vivacidad y una pureza que me embriagaban. En ese momento los quería a los Verdurin; y el hecho de que nos mandasen el coche me parecía propio de una enternecedora bondad. Hubiera deseado besar a la princesa. Le dije que nunca había visto nada tan hermoso. Declaró que también le gustaba esa región como ninguna otra. Pero yo comprendía perfectamente que, para ella como para los Verdurin, lo más importante no era contemplarla como turistas, sino realizar buenas comidas, recibir a una sociedad que les gustaba, escribir cartas, vivir, en una palabra, dejando que su belleza los inundara pasivamente, antes que hacer de ella el objeto de sus preocupaciones.

Desde la administración, el coche se había detenido por un instante a tal altura por encima del mar que la vista del precipicio azulado, como desde una cima, casi producía el vértigo; abrí la ventanilla; el ruido nítidamente percibido de cada onda que se quebraba tenía algo sublime en su dulzura y su nitidez. No era, acaso, como un índice de medida que, derribando nuestras impresiones

habituales, nos demuestra que las distancias verticales pueden asimilarse a las distancias horizontales, al contrario de la representación que se ha hecho nuestro espíritu; y que acercando en esa forma al cielo, no son grandes; que hasta son menores, por un ruido que las atraviesa, como lo hacía el de las pequeñas ondas, porque el medio que debe recorrer es más puro. En efecto, si sólo se retrocedía dos metros más allá de la administración, ya no se percibía ese ruido de olas, al que doscientos metros de acantilado no le habían quitado su delicada, minuciosa y dulce precisión. Me decía yo que mi abuela hubiera tenido por él esa admiración que le inspiraban todas las manifestaciones de la naturaleza o el arte, en cuya simplicidad se puede advertir grandeza. Mi exaltación llegaba al máximo y soliviaba todo lo que me rodeaba. Me enternecía que los Verdurin nos hubiesen mandado buscar a la estación. Se lo dije a la princesa, a quien le pareció que yo exageraba tan simple cortesía. Sé que le confesó más tarde a Cottard que le parecía muy entusiasta; él le contestó que yo era demasiado emotivo y que hubiera necesitado unos calmantes y tejer calceta. Le hacía notar a la princesa cada árbol, cada casita aplastada bajo sus rosas; le hacía admirar todo; hubiera querido abrazarla a ella misma contra mi corazón. Me dijo que veía que yo estaba dotado para la pintura, que debía dibujar y que le sorprendía que aún no me lo hubieran dicho. Y confesó que efectivamente esa región era pintoresca. Atravesamos inclinados sobre la altura la pequeña aldea de Englesque-Ville (Engleberti Villa), nos dijo Brichot. “—Pero, ¿están ustedes seguros de que tendrá lugar la comida de esta noche a pesar de la muerte de Dechambre, princesa? —agregó

sin reflexionar que ya era una respuesta la llegada a la estación de los coches en que estábamos.

“—Sí—dijo la princesa—. El señor Veldulin ha insistido para que no se postergase justamente para impedir que se preocupase su mujer. Después de tantos años que no ha dejado de recibir los miércoles, ese cambio en sus costumbres pudiera impresionarla. Está muy nerviosa en estos tiempos. El señor Veldulin se alegraba particularmente de que viniese usted a la cena de esta noche, porque sabía que sería una gran distracción para la señora de Veldulin—dijo la princesa, olvidando que fingiera no haber oído hablar de mí—. Creo que usted hará bien si no habla *de nada delante* de la señora de Veldulin”, agregó la princesa. “—¡Ah!, hizo usted bien en decírmelo—contestó cándidamente Brichot—. Transmitiré la recomendación a Cottard.”

El coche se detuvo por un instante. Volvió a andar, pero ya había cesado el ruido que producían sus ruedas en la aldea. Habíamos entrado en el camino de honor de la Raspelière, donde nos esperaba el señor Verdurin en la escalinata. “—He tenido razón de ponerme el *smoking*—dijo al comprobar, complacido, que los fieles tenían el suyo—, ya que recibo a hombres tan elegantes.” Y como yo me disculpaba por mi saco: “—Pero vamos, si está perfectamente. Estas son cenas de compañeros. Le propondría prestarle uno de mis *smokings*, pero no le sentaría.” El *shakehand* lleno de emoción .que dio Brichot al patrón, al entrar en el vestíbulo de la Raspelière y a manera de pésame por la muerte del pianista, no provocó por parte de aquél ningún comentario. Le dije mi admiración por ese lugar. “—¡Ah!, tanto mejor, y eso que no ha visto usted nada; ya se lo enseñaremos.

¿No vendría usted por unas semanas? El aire es excelente.” Brichot temió que no fuese comprendido su apretón de manos. “—Y bueno, ese pobre Dechambre”, dijo pero a media voz temiendo que la señora de Verdurin no estuviese muy lejos. “—Es atroz”, contestó alegremente el señor Verdurin. “—Tan joven”, repuso Brichot.

Fastidiado por atrasarse en semejantes futesas, el señor Verdurin replicó con tono urgido y con un gemido sobreagudo, no de pesar, sino de impaciencia irritada: “—Y bueno, sí; pero, qué quiere usted, nada podemos, y no serán nuestras palabras las que lo resucitarán, ¿verdad? —Y como le volvía la dulzura junto con el buen humor—: Vamos, mi buen Brichot: deposite pronto sus cosas. Tenemos una *bouillabaisse*³⁰ que no espera. Sobre todo, ¡en nombre del cielo!, no vaya a hablarle de Dechambre a la señora de Verdurin. Usted sabe que oculta muchísimo lo que siente, pero tiene una verdadera enfermedad de la sensibilidad. No, pero se lo juro, cuando supo que Dechambre se había muerto, casi se puso a llorar”, dijo el señor Verdurin con una entonación profundamente irónica. Al oírlo se hubiera dicho que se necesitara una suerte de demencia para lamentar a un amigo de treinta años y, además, se adivinaba que *la* unión perpetua del señor Verdurin con su mujer no impedía que, por su parte, éste la juzgase siempre y que lo fastidiara muy a menudo. “—Si le habla usted, se va a enfermar. Es lamentable, tres semanas después de su bronquitis. En esos casos, yo soy el enfermero. Aflíjase por la suerte de Dechambre tanto como quiera en su corazón. Piense, pero no hable. Quería mucho a Dechambre, pero no puede usted guardarme rencor si quiero más a mi mujer. Vea, ahí está Cottard; usted se lo puede preguntar.” Y en efecto, sabía que un médico de la.

familia sabe proporcionar muchos pequeños servicios, como por ejemplo recetar que no debe tenerse pena.

Dócilmente Cottard le había dicho a la Patrona: “—Sacúdase usted en esa forma y mañana me proporcionará 89 de fiebre”, como si le dijese a la cocinera: “—Mañana me hará usted molleja de ternera.” La medicina, a falta de curar, se ocupa en cambiar el sentido de los verbos y los pronombres.

El señor Verdurin se alegró al comprobar que Saniette, a pesar de los desaires que había soportado dos días antes, no había desertado del pequeño núcleo. En efecto, la señora de Verdurin y su marido habían contraído en la ociosidad unos instintos crueles a los que las grandes circunstancias, demasiado escasas, ya no bastaban. Por más que hubiesen disgustado a Odette con Swann y a Brichot con su querida. Se volvería a empezar con otros, quedaba entendido. Pero no se presentaba una oportunidad a diario. Mientras, gracias a su sensibilidad estremecida y a su temerosa timidez, pronto enloquecida, Saniette les servía como súfrelotodo cotidiano. De ahí que, por temor a que los dejase tenían cuidado de invitarlo con palabras amables y persuasivas como las que tienen en los liceos los antiguos y en el regimiento los veteranos para con un novicio que se desea cebar para poderlo atrapar luego con el único objeto de hacerle cosquillas y por último bromas pesadas cuando ya no pueda huir. “—Sobre todo —recordó Brichot a Cottard, que no había oído al señor Verdurin—, silencio ante la señora de Verdurin.” “—No temáis, oh Cottard! Tenéis que habérosla con un sabio, como dice Teócrito. Por otra parte, le sobra razón al señor Verdurin: de nada sirven nuestras quejas”, agregó, porque, capaz de admirar formas verbales y las ideas

que le despertaban, pero carente de fineza, había admirado en las palabras del señor Verdurin el estoicismo más, valiente. No importa es un gran talento el que desaparece. “—¡Cómo! ¿Todavía siguen hablando de Dechambre? —dijo el señor Verdurin, que nos había antecedido y que, al ver que no lo seguíamos, volvió sobre sus pasos. “—Escuche —le objetó a Brichot: no hay que exagerar en nada. Que haya muerto no es un motivo para erigirlo en un genio que no era. Tocaba bien, de acuerdo; estaba sobre todo bien encuadrado aquí; trasplantado, ya no existía. A mi mujer le había encantado, y ella le fabricó su reputación. Ya saben ustedes cómo es. Diré más aún: en el mismo interés de su reputación se ha muerto en el momento propicio, como van a serlo las señoritas de Caen, tostadas de acuerdo con las incomparables recetas de Pampille, me imagino (a menos que os eternicéis con vuestras lamentaciones en esta *kasbah* abierta a todos los vientos). No querrá usted, sin embargo, que reventemos todos porque se ha muerto Dechambre y cuando desde hace un año estaba obligado a hacer escalas antes de dar un concierto, para volver a encontrar momentáneamente, muy momentáneamente, su elasticidad. Por otra parte, oirán ustedes, o por lo menos encontrarán, porque ese pícaro abandona demasiado a menudo, después de cenar, el arte por los naipes, a alguien mucho más artista que Dechambre, un muchacho a quien descubrió mi mujer (como lo había descubierto a Dechambre, a Paderewsky y demás)

Morel. No ha llegado todavía ese canalla. Voy a tener que mandarle un coche al último tren. Viene con un viejo amigo de familia que ha encontrado y que lo aburre a muerte, pero sin el cual lo hubieran obligado, para no oír los lamentos de su padre, a quedarse

en Doncières a hacerle compañía: el barón de Charlus.” Los fieles entraron. El señor Verdurin, que se había quedado atrás conmigo, mientras yo sacaba mis cosas, me tomó el brazo bromeando, como lo hace en una cena un dueño de casa que no puede, proporcionarnos una invitada como acompañante. “—¿Tuvo usted buen viaje?” “—Sí, el señor Brichot me hizo conocer cosas que me han interesado mucho”, respondí pensando en las etimologías y porque había oído que los Verdurin lo admiraban mucho. “—Me hubiera asombrado que no le enseñara algo —me dijo el señor Verdurin—. Es un hombre tan apagado, que habla tan poco de las cosas que sabe.” Ese cumplido no me pareció muy preciso. “—Me parece encantador”, le dije. “—Exquisito, delicioso, nada dómine, fantasista, ligero; mi mujer lo adora y yo también”, continuó el señor Verdurin en un tono exagerado y como quien recita una lección. Sólo entonces comprendí que lo que me había dicho de Brichot era irónico. Y me pregunté si el señor Verdurin desde el tiempo lejano en que había oído hablar no habría sacudido ya el yugo de su mujer.

El escultor se asombró mucho al saber que los Verdurin admitían al señor de Charlus. Siendo así que en el barrio de Saint-Germain, donde era tan conocido el señor de Charlus, no se hablaba nunca de sus costumbres (ignoradas por la mayor parte, tema de dudas para otros, que creían más bien en exaltadas amistades, aunque platónicas; en imprudencias y, en fin, eran cuidadosamente disimuladas por los únicos informados, que alzaban los hombros cuando alguna malevolente Gallardon arriesgaba insinuar algo); esas costumbres, conocidas apenas por algunos íntimos, eran, por el contrario, diariamente voceadas lejos del medio en que vivía, como

ciertos cañonazos que no se oyen sino después de la interferencia de una zona de silencio. Por otra parte, en esos medios burgueses y artistas, donde pasaba por la misma encarnación de la pederastia, su gran situación social, su alto origen eran ignorados por completo debido a un fenómeno análogo al que en el pueblo romano hace que el nombre de Ronsard sea conocido como el de un gran señor, mientras que su obra poética le es desconocida. Aún más, la nobleza de Ronsard descansa sobre un error en Rumania. Por lo mismo, si en el mundo de los pintores y los cómicos tenía el señor de Charlus tan mala reputación, eso dependía de que lo confundían con un conde Leblois de Charlus, que no tenía el menor parentesco con él o sumamente lejano y que había sido detenido, quizás por error, en un allanamiento que se hizo célebre. En resumen, todas las historias que se contaban del señor de Charlus se referían al apócrifo. Muchos profesionales juraban haber tenido relaciones con el señor de Charlus y eran de buena fe, creyendo que el supuesto Charlus era el verdadero y el falso, que quizás favorecía, mitad por ostentación de nobleza, mitad por disimulación de vicio, una confusión que para el verdadero (el barón que conocemos) fue durante mucho tiempo perjudicial, y luego, cuando se hubo deslizado por la pendiente, se le hizo cómoda, porque a él también le permitió decir: “No soy yo”. Actualmente, en efecto, no hablaban de él. En fin, lo que acrecía la falsedad de los comentarios de un hecho verdadero (las aficiones del barón) era que había sido íntimo amigo y perfectamente puro de un autor que en el mundo teatral tenía esa reputación no se sabe cómo y no la merecía en lo más mínimo. Cuando los veían juntos en un estreno, decían: “—Ustedes saben”, por lo mismo que se creía que la duquesa de

Guermantes tenía relaciones inmorales con la princesa de Parma; leyenda indestructible, porque no se desvanecería más que con la proximidad de esas dos grandes señoras a la que no alcanzaría la gente que la repetían verosímilmente más que mirándolas en el teatro y calumniándolas junto con el titular de la platea vecina. De las costumbres del señor de Charlus el escultor deducía con tanta menor vacilación que la situación social del barón debía ser tan mala que no poseía acerca de la familia a la que pertenecía el señor de Charlus, su título o su nombre ninguna suerte de información. Por lo mismo que Cottard creía que todos saben que el título de doctor en medicina no es nada, y el de interno de hospitales, algo, la gente de mundo se equivoca al imaginarse que todos posen respecto a la importancia social de sus nombres las mismas nociones que ellos y las personas de su medio

El príncipe de Agrigento pasaba por ser un *rastacuero* frente a un *botones* del círculo a quien le debía quinientos francos, y no readquiría su importancia más que en el barrio de Saint-Germain, donde tenía tres hermanas duquesas, porque el gran señor produce algún efecto, no sobre la gente modesta, frente a la cual cuenta poco, sino sobre la gente brillante, al corriente de lo que sucede. El señor de Charlus iba, por otra parte, a darse cuenta desde esa misma noche de que el patrón tenía acerca de las más ilustres familias ducales nociones poco profundas. Convencido de que los Verdurin darían un paso en falso al dejar introducir en su salón tan *selecto* a un individuo señalado, el escultor creyó tener que llamar aparte a la Patrona. “—Usted se equivoca de medio a medio. Además, no creo nunca en esas cosas, y aunque fuera cierto, yo le diría que no sería muy

comprometedor”, le contestó, furiosa, la señora de Verdurin, airada porque ya que Morel era el principal elemento de los *miércoles*, le interesaba ante que nada no disgustarlo. En cuanto a Cottard, no pudo notificarla, porque había solicitado permiso para subir un instante “para hacer una diligencia” en el “buen retiro”³¹ y escribir luego en el cuarto del señor Verdurin una carta muy urgente para un enfermo.

Un gran editor de París que había llegado de visita y que supuso lo retendrían, se fue bruscamente y con brutalidad, al comprender que no era lo bastante elegante para el pequeño clan. Era un hombre alto y corpulento, muy morocho, estudioso y con algo tajante. Parecía un cortapapel de ébano.

La señora de Verdurin, que para recibirnos en su inmenso salón —donde alternaban, trofeos de gramíneas, amapolas y flores de los campos recogidas el mismo día, con el mismo motivo pintado en pintura monocroma, dos siglos antes, por un artista de exquisito gusto había abandonado por un instante un partido que jugaba con un viejo amigo, nos pidió autorización para terminarlo en dos minutos, mientras charlaba con nosotros.

Primero me escandalizó ver que ella y su marido regresaban cada día mucho antes de la hora del crepúsculo, que se decía tan hermoso visto desde ese acantilado y para el que yo hubiese andado leguas. “—Sí, es incomparable —dijo ligeramente la señora de Verdurin, echando un vistazo por las inmensas ventanas que formaban una puerta de cristales—. Por más que lo veamos todo el día no nos cansa”, y volvió las miradas a sus naipes. Y mi entusiasmo mismo me hacía exigente. Me quejé por no ver desde el salón las rocas de

Darnetal que Elstir me había dicho eran adorables en ese momento en que reflejaban tantos colores. “—¡Ah!, no puede verlas desde aquí. Habría que ir al extremo del parque, en la “Vista de la bahía”. Desde el banco que allá ve, usted abarcará todo el panorama. Pero no podrá ir solo, porque se perdería. Lo acompañaré, si usted quiere, me dijo desganadamente. “—Pero no, ¡vamos! ¿No te bastan los dolores que atrapaste días pasados? ¿Quieres otros más? Volverá y verá otra vez la vista de la bahía”. No insistí y comprendí que a los Verdurin les bastaba saber que ese sol poniente era hasta en su salón o en su comedor algo como una pintura magnífica, como un precioso esmalte japonés que justificaba el elevado precio por el que alquilaban la Raspelière completamente amueblada, pero hacia el cual levantaban rara vez sus ojos: su gran preocupación era vivir agradablemente, pasearse, comer bien, charlar, recibir a amigos agradables con los que jugaban divertidos partidos de billar, buenas comidas y alegres meriendas. Vi, sin embargo, más tarde, con qué inteligencia habían aprendido a conocer esa región, haciéndoles dar a sus invitados paseos tan inéditos como la música que les hacían escuchar. El papel que las flores de la Raspelière, los senderos a lo largo del mar, las casas viejas y las iglesias desconocidas desempeñaban en la vida del señor Verdurin era tan importante que los que no lo veían sino en París y reemplazaban la vida al borde del mar y en el campo por lujos ciudadanos apenas podían comprender la idea que se hacía él mismo de su propia vida y la importancia que esas alegrías le daban a sus propios ojos. Esa importancia se acrecentaba aún por el hecho de que los Verdurin estaban convencidos de que la Raspelière, que contaban comprar, era una propiedad única en el mundo. La

superioridad que su amor propio les hacía atribuir a la Raspelière justificó a sus ojos mi entusiasmo, que sin ello los hubiera fastidiado un poco, a causa de las desilusiones que encerraba (como las que antaño me había causado la audición de la Berma) y de las que les hacía la sincera confesión.

“—Oigo el coche”, murmuró de pronto la Patrona. Digamos, en una palabra, que la señora de Verdurin, aun fuera de los cambios inevitables de la edad, ya no se parecía a lo que era en tiempos en que Swann y Odette escuchaban alguna frasecita en su casa. Aun cuando la ejecutaban, ya no se veía obligada a esa expresión cansada de admiración que tomaba antaño, porque ésa se había convertido en su rostro. Bajo el influjo de las innumerables neuralgias que le había proporcionado la música de Bach, Wágner, Vinteuil y Debussy, la frente de la señora de Verdurin adquirió enormes proporciones, como esos miembros que acaba por deformar el reumatismo. Sus sienes, como dos hermosas esferas ardientes, dolientes y lechosas en que gira inmortalmente la Armonía echaban a cada lado mechas plateadas y proclamaban por cuenta de la Patrona y sin necesidad de que ésta hablara: “—Ya sé lo que me espera esta noche.” Sus rasgos no se tomaban ya el trabajo de expresar sucesivamente impresiones estéticas demasiado fuertes, porque ellos, mismos eran como su expresión permanente en un rostro soberbio y arruinado. Esa actitud de resignación frente a los sufrimientos siempre próximos que infligía lo Bello y del valor que se necesitaba para ponerse un vestido cuando apenas se levantaba uno de la última sonata hacía que, hasta para oír la música más cruel, la señora de Verdurin conservase un rostro

desdeñosamente impasible y se ocultara aun para tragar las dos cucharadas de aspirina.

“—¡Ah, helos aquí!” exclamó con alivio el señor Verdurin al ver que la puerta se abría sobre Morel, al que seguía el señor de Charlus. Éste, para quien comer con los Verdurin no era en absoluto ir en sociedad, sino frecuentar un lugar de mala fama, estaba intimidado como un colegial que entra por primera vez en una casa pública y demuestra mil respetos por la Patrona. Por eso el deseo habitual que tenía el señor de Charlus de parecer viril y frío se vio dominado (cuando apareció en la puerta abierta) por esas ideas de cortesía tradicionales que se despiertan en cuanto la timidez destruye una actitud ficticia y hace un llamado a los recursos del inconsciente. Cuando semejante sentimiento de cortesía instintivo y atávico para los desconocidos obra en un Charlus, sea noble o burgués, siempre es el alma de un pariente del sexo femenino, auxiliadora como una diosa o encarnada como un doble, la que se encarga de introducirlos en un nuevo salón y moldear su actitud hasta que haya llegado ante la dueña de casa. Determinado pintor joven, educado por una santa prima protestante, entrará con la cabeza oblicua y vacilante los ojos al cielo, las manos engarabitadas en un manguito invisible cuya forma evocada y cuya presencia real y tutelar ayudarán al artista intimidado para franquear sin agorafobia el espacio sembrado de abismos que va desde la antecámara hasta el saloncito. Así, la piadosa parienta cuyo recuerdo lo guía hoy, entraba hacía muchos años y con expresión tan compungida que se preguntaba uno qué desgracia iría a anunciar cuando a las primeras palabras comprendía uno, como ahora con el pintor, que venía para una visita digestiva. En virtud de esta misma

ley que quiere que la vida, en interés del acto aún incumplido, haga servir, utilice y desnaturalice los más respetables legados y a veces los más santos, cuando no los más inocentes, en una perpetua prostitución y aunque ahora engendrarse un aspecto distinto, ese sobrino de la señora Cottard que afligía a la familia con sus modales afeminados y sus vinculaciones, hacía siempre una alegre entrada, como si llegara para darle una sorpresa a uno o anunciar una herencia, iluminado con una felicidad cuya causa hubiera sido inútil preguntarle, ya que se relacionaba con su herencia inconsciente y su sexo desviado. Andaba de puntillas, se asombraba quizás él mismo por no llevar tarjetas de visita en la mano, extendía la diestra poniendo la boca como un corazón, como viera hacerlo a su tía y su única mirada inquieta era para el espejo, en que parecía querer comprobar, aunque llegase en cabeza, si su sombrero no estaba torcido, como se lo había preguntado un día a Swann la señora de Cottard. En cuanto al señor de Charlus —a quien en este minuto crítico la sociedad en que había vivido proporcionaba distintos ejemplos, otros arabescos de amabilidad y por fin la máxima que en determinados casos debe uno sacar a la luz y utilizar sus gracias más extrañas habitualmente conservadas en reserva, zarandeándose amaneradamente y con la misma amplitud con que un revuelo de polleras hubiese ampliado y trabado sus contoneos—, se dirigió hacia la señora de Verdurin con una expresión tan halagada y tan honrada que pudo haberse supuesto que serle presentado a ella era un favor supremo para él. Su rostro, semiinclinado, en el que la satisfacción se disputaba a lo decente, se plegaba con arruguitas de afabilidad. Pareciera que se adelantaba la señora de Marsantes, a tal punto se revelaba en ese momento la mujer

que un error de la naturaleza había puesto en el cuerpo del señor de Charlus. Es verdad que, para disimular ese error y tomar una apariencia masculina, el barón se había esforzado penosamente. Pero apenas lo había conseguido cuando, como conservara al mismo tiempo idénticas aficiones, esa costumbre de sentir como mujer le proporcionaba una nueva apariencia femenina que provenía ya no de la herencia, sino de la vida individual. Y como poco a poco llegaba a pensar aun las cosas sociales en femenino, y eso sin advertirlo, porque uno no deja de advertir que miente, no a fuerza de mentir a los demás, sino también de mentirse a sí mismo, aunque le hubiese pedido a su cuerpo que manifestase (en momentos en que entraba en casa de los Verdurin) toda la cortesía de un gran señor, ese cuerpo, que comprendiera muy bien lo que el señor de Charlus había dejado oír, desplegó todas las seducciones de una gran señora, al punto que el barón merecería el epíteto de *lady-like*.³² Por otra parte, puede separarse íntegramente el aspecto del señor de Charlus del hecho de que los hijos, que no siempre conservan el parecido paterno, aun sin ser invertidos y prefiriendo a las mujeres, consumen en su rostro la Profanación de su madre. Pero dejemos aquí lo que merecería un capítulo aparte: las madres profanadas.

Aunque otras razones presidiesen esa transformación del señor de Charlus y fermentos puramente físicos hiciesen *trabajar en sí* la materia y trasponer poco a poco su cuerpo a la categoría de los cuerpos de mujer. el cambio que aquí señalamos tenía, sin embargo, un origen espiritual. A fuerza de creerse enfermo, uno se enferma, enflaquece, pierde las fuerzas para levantarse y tiene enteritis nerviosa. A fuerza de pensar tiernamente en los hombres, uno se transforma

en mujer y un vestido postizo traba sus pasos. La idea fija puede modificar (tanto como en otros casos la salud) el sexo de éstos. Morel, que lo seguía, vino a saludarme. Desde ese momento, debido a un doble cambio que se produjo en él, me dio una mala impresión. (¡Ay!, no supe tenerla en cuenta lo bastante pronto). He aquí por qué. He dicho que Morel, escapado a la servidumbre de su padre, se complacía, por lo común, en una familiaridad muy desdeñosa. Me había hablado el día en que me trajera las fotografías, sin decirme una sola vez “señor”, tratándome de arriba abajo. Cuál no fue mi sorpresa en casa de la señora de Verdurin al verlo inclinarse tan profundamente delante de mí y delante de mí solamente, y oír, aun antes de que pronunciara otra palabra, las palabras de respeto, esas palabras que me parecía imposible que en su pluma o en sus labios fuesen dirigidas a mí. Tuve enseguida la impresión de que quería pedirme algo. Llevándome aparte al cabo de un minuto: “—El señor me haría un señalado favor —dijo llegando esta vez a hablarme en tercera persona— si ocultara por completo a la señora de Verdurin y sus invitados qué clase de profesión ejerció mi padre en casa de su tío. Mejor sería decir que era, para su familia, el intendente de dominios tan vastos, que eso casi lo equiparaba a sus parientes”. La solicitud de Morel me contrariaba infinitamente, no en lo que me obligaba a aumentar la posición de su padre, cosa que me daba lo mismo, sino la fortuna por lo menos aparente del mío, lo que me parecía ridículo. Pero su aspecto era tan desgraciado y tan insistente que no pude rehusar. “—No, antes de cenar —dijo con tono suplicante—, el señor tiene mil pretextos para apartarse un poco con la señora de Verdurin.” Es lo que hice, en efecto, al tratar de realzar lo mejor que pude el

brillo del padre de Morel, sin exagerar demasiado el *tren* ni los bienes de mis padres. Eso pasó tan fácilmente como una carta por el buzón, a pesar del asombro de la señora de Verdurin, que había conocido vagamente a mi abuelo. Y como no tenía tacto y odiaba a las familias (ese disolvente del pequeño núcleo), después de haberme dicho que antaño había conocido a mi tatarabuelo y hablado de él como de alguien más o menos idiota que nada hubiera comprendido del pequeño grupo y que, según su expresión, no *estaba en eso* me dijo: “—Por otra parte, las familias son tan aburridas... Unç no desea sino salir de ellas”; y enseguida aludió a un rasgo del padre de mi abuelo, que yo ignoraba, aunque en mi casa había sospechado (no lo conocí, pero me habían hablado mucho de él) su rara avaricia (opuesta a la generosidad algo demasiado fastuosa de mi tío abuelo, el amigo de la dama de rosa y patrón del padre de Morel) y me lo contó: “—Desde el momento que sus abuelos tenían un intendente tan elegante, eso prueba que hay gente de todas clases en las familias. El padre de su abuelo era tan avaro, que casi chocho al final de su vida —entre nosotros, nunca fue muy talentoso, usted los sobrepasa a todos—, no se resignaba a gastar quince céntimos en un ómnibus. De suerte que se veían obligados a hacerlo seguir, pagar por separado al conductor y hacerle creer al viejo miserable que su amigo, el señor de Persigny, ministro de Estado, había conseguido que viajase gratuitamente en los ómnibus. Por otra parte, me alegra mucho que el padre de *nuestro* Morel haya sido tan bien. Me había parecido que era profesor del Liceo; no es nada, habré comprendido mal. Pero tiene poca importancia, porque le diré que aquí sólo apreciamos el propio valor, la contribución personal, lo que llamamos la participación.

Basta que uno pertenezca al arte; basta, en una palabra, que pertenezca a la cofradía; el resto poco importa”. La manera como Morel pertenecía a ella —tanto como pude saberlo— era que le gustaban a tal punto las mujeres y los hombres como para sacar placer de cada sexo con la ayuda de lo que había experimentado con el otro, según se verá más tarde. Pero lo esencial para decirse aquí es que en cuanto le hube dado mi palabra de intervenir frente a la señora de Verdurin, desde lo que hice sobre todo y sin posibilidad de retorno a lo anterior, el *respeto* de Morel a mi respecto se disipó como por encanto, desaparecieron las fórmulas corteses y aun, durante algún tiempo, me evitó, componiéndoselas para aparentar desdeñarme, de tal suerte que si la señora de Verdurin quería que yo le dijese algo o le pidiese tal trozo musical, continuaba hablando con un fiel, luego pasaba a otro, y cambiaba de lugar si me acercaba a él. Debían decirle tres y hasta cuatro veces que le había dirigido la palabra, después de lo cual me contestaba brevemente con expresión forzada, a menos que estuviéramos solos. En ese caso era expansivo y amistoso, porque tenía encantadores aspectos de carácter. No por eso dejé de deducir de esa primera velada que su naturaleza debía ser vil, que no retrocedía cuando era necesario ante ninguna bajeza e ignoraba la gratitud. En lo que se parecía al común de los hombres. Pero yo tenía algo de mi abuela y me gustaba la diversidad de los hombres sin esperar nada de ellos o guardarles rencor, así que pasé por alto su bajeza, me gustó su alegría cuando se presentó aun lo que creo haber sido una sincera amistad de su parte cuando, al dar toda la vuelta de sus falsos conocimientos de la naturaleza humana, advirtió (por serpenteo, porque tenía extraños retornos a su salvajismo primitivo y ciego) que

mi dulzura por él era desinteresada, que mi indulgencia no provenía de falta de perspicacia, sino de lo que llamaba bondad y sobre todo me encantaba su arte, que no era más que un virtuosismo admirable, pero me hacía (aunque no fuese un gran músico en el sentido intelectual de la palabra) volver a oír o conocer tanta hermosa música. Por otra parte, un manager: el señor de Charlus (en quien ignoraba esos talentos, aunque la señora de Guermantes, que lo conociera joven, pretendía que le había compuesto una sonata pintado un abanico, etc.), modesto en cuanto a lo que concernía a sus verdaderas superioridades y talentos, pero de primer orden, supo colocar ese virtuosismo al servicio de un sentido artístico múltiple y lo decuplicó. Imagínese uno a algún artista puramente diestro de los *ballets rusos* con estilo e instruido y desarrollado en todo sentido por el señor de Diaghilew.

Acababa de transmitir a la señora de Verdurin el mensaje que me había encargado Morel, y hablaba yo de Saint-Loup, con el señor de Charlus, cuando Cottard entró en el salón anunciando, como si fuera un incendio, que llegaban los Cambremer, La señora de Verdurin para no aparentar darles tanta importancia frente a unos nuevos como el señor de Charlus (que Cottard no había visto) y yo, no se movió, no contestó el anuncio de esa noticia y se conformó con decir al doctor, abanicándose graciosamente y con el mismo tono ficticio de una marquesa en el Teatro Francés: “—El barón precisamente nos decía...” Eso era demasiado para Cottard. Con menos viveza de lo que lo hubiera hecho antaño, porque el estudio y las altas posiciones habían amenguado su velocidad, pero con esa emoción, sin embargo, que encontraba de nuevo en los Verdurin: “—¿Un barón? ¿Dónde

un barón? ¿Dónde un barón?”, exclamó buscándolo con los ojos y con un asombro que rayaba en la incredulidad. La señora de Verdurin, con la afectada indiferencia de una dueña de casa a la que un sirviente acaba de romper un vaso costoso delante de los invitados y con la entonación artificial y sobreaguda de un primer premio del Conservatorio representando a Dumas, hijo, contestó señalando con su abanico al protector de Morel: “—Pero el barón de Charlus, a quien voy a presentarle; el señor profesor Cottard”. Por otra parte, no le disgustaba a la señora de Verdurin tener motivo de representar a las señoras. El señor Charlus alargó dos dedos que el profesor oprimió con la benévola sonrisa de un *príncipe de la ciencia*. Pero se detuvo en seco al ver entrar a los Cambremer, mientras el señor de Charlus me arrastraba a un rincón para decirme una palabra, no sin palparme los músculos, lo que constituye una modalidad alemana. El señor de Cambremer no se parecía en lo mínimo a la anciana marquesa. Era, como ella decía con ternura, “por completo del lado de su papá”. Su físico asombraría a quien sólo hubiese oído hablar de él o aun de sus cartas, vivas y convenientemente redactadas. Sin duda, debía uno acostumbrarse. Pero su nariz había ido a escoger, para ubicarse torcidamente sobre su boca, quizás la única línea oblicua entre tantas otras, que nadie hubiese pensado trazar en su rostro y que significaba una tontería vulgar, agravada aún más por la proximidad de una tez normanda con rubores de manzana. Es probable que los ojos del señor de Chambremer conservasen algo de ese cielo del Cotentin, tan dulce durante los días de sol en que el paseante se entretiene al ver detenidos junto al camino y contándolas por centenares las sombras de los álamos; pero esos párpados pesados y

legañosos y mal plegados hasta le hubiesen impedido el paso a la misma inteligencia. Por eso, desconcertado por la delgadez de esa mirada azul, se refería uno a la enorme y atravesada nariz. Por una transposición de los sentidos, el señor de Cambremer lo miraba a uno con las narices. Esa nariz del señor de Cambremer no era fea; quizás excesivamente hermosa, demasiado grande, por demás orgullosa de su importancia. Repulgada, lustrosa, luciente, nueva, flamante, estaba dispuesta por completo para compensar la insuficiencia espiritual de su mirada; desgraciadamente, si los ojos a veces son el órgano por el que se revela la inteligencia, la nariz (sea cual fuese, por otra parte, la íntima solidaridad y la insospechada repercusión de los rasgos entre sí) suele ser el órgano en que más fácilmente se manifiesta la tontería.

La pulcritud de los trajes oscuros que llevaba siempre, aun por la mañana, el señor de Cambremer, por más que tranquilizase a los mismos a quienes deslumbraba e indignaba el brillo fascinante de los trajes de playa de la gente que no conocían, justificaba que la mujer del presidente primero declarase con aparente olfato y autoridad, como persona que tiene mucho más que uno la experiencia de la ala sociedad de Alegon, que ante el señor de Cambremer uno se sentía enseguida, aun antes de saber quién era, en presencia de un hombre de gran distinción, un hombre perfectamente educado, que resultaba muy distinto a los de Balbec; un hombre, por fin, junto al cual podía respirarse. Para ella, asfixiada por tantos turistas de Balbec, que no conocían su sociedad, era algo así como un frasco de *sales*. Me pareció, por el contrario, que había gentes a las que mi abuela calificara enseguida como muy *mal*, y como no comprendía el *snobismo*, la

hubiese asombrado, sin duda, que llegara a casarse con la señora Legrandin, que debía ser exigente en punto a distinción, dado que su hermano era *tan bien*. A lo sumo, podía decirse, de la fealdad vulgar del señor de Cambremer, que era un poco propia de la zona y poseía algo muy remotamente local; uno pensaba ante sus rasgos defectuosos y que daban ganas de rectificarlos, en esos nombres de pequeñas ciudades normandas acerca de cuya etimología se equivocaba mi cura, porque como los campesinos articulan mal o han comprendido torcidamente la palabra normanda o latina que las designa, han acabado por fijarse en un barbarismo que ya se encuentra en los cartularios, como dijera Brichot; un contrasentido y un vicio de pronunciación. La vida en esas antiguas pequeñas ciudades puede, por otra parte, transcurrir agradablemente, y el señor de Cambremer debía tener cualidades, porque si era propio de una madre que la anciana marquesa prefiriese a su hijo en vez de su nuera, en cambio ella, que tenía hijos de los que dos por lo menos no dejaban de tener méritos, declaraba a menudo que el marqués era, según su opinión, el mejor de la familia. Durante el escaso tiempo que había pasado en el ejército sus compañeros, que estimaban demasiado largo su nombre de Cambremer, le habían dado el sobre nombre de Cancan, que, por otra parte, no mereciera para nada. Sabía adornar una cena a la que estaba invitado diciendo en el momento del pescado (aunque estuviese podrido) o en la entrada: “—Pero, oiga usted: me parece que éste es un lindo animal” Y su mujer, que había adoptado, al entrar en la familia, todo lo que estimaba formar parte del estilo de esa gente, se colocaba a la altura de los amigos de su marido y trataba quizás de gustarles como una querida y como si estuviese mezclada en su vida

de soltero desde antes, diciendo con aire desenvuelto, cuando hablaba de él a los oficiales: “—Van a ver ustedes a Cancan. Cancan se ha ido a Balbec, pero volverá esta noche.” Estaba furiosa por comprometerse esa noche en casa de los Verdurin y no lo hacía sino a ruego de su suegra y su marido, y en interés de la locación. Pero menos educada que ellos, no ocultaba el motivo y desde hacía quince días esa cena era la comidilla con sus amigas. “—Ya saben ustedes que cenamos con nuestros inquilinos. Merecemos un aumento. En el fondo tengo bastante curiosidad de saber qué habrán hecho de nuestra pobre vieja Raspelière (como si ahí hubiese nacido y conservase en ella todos los recuerdos de los suyos). Nuestro antiguo guarda aun ayer me dijo que ya no se reconocía nada. No me atrevo a pensar en lo que pueda suceder ahí. Creo que será conveniente desinfectarlo todo antes de volver a instalarnos.” Llegó, altiva y melancólica, con el aspecto de una gran señora cuyo castillo está ocupado, a raíz de una guerra, por los enemigos, pero que, a pesar de todo, se siente como en su casa y desea mostrar a los vencedores que son intrusos. La señora de Cambremer no pudo verme en un principio, porque yo estaba en una ventana lateral con el señor de Charlus, quien me decía que había sabido por Morel que su padre fue *intendente* de mi familia y que contaba lo suficiente con mi inteligencia y mi magnanimidad (término común de él y Swann) como para rehusarme el innoble y mezquino placer que algunos vulgares minúsculos imbéciles (ya estaba avisado, no dejarían de gozar en lugar mío, revelando a nuestros dueños de casa detalles que pudieran parecerles humillantes. “—Por el solo hecho de interesarme yo por él y extender sobre él mi protección, cobra algo superior y termina con el pasado”, concluyó el barón. Mientras

le escuchaba y le prometía el silencio que hubiera conservado aún sin esperanza de pasar, en cambio, por magnánimo e inteligente, la miré a la señora de Cambremer. Y me costó reconocer esa cosa sabrosa y dulce que había tenido cerca días pasados a la hora de la merienda, sobre la terraza de Balbec, en la galleta normanda que advertía dura como una piedra y en que los fieles hubiesen hincado en vano el diente. Irritada de antemano por el lado buenazo que su marido heredaba de la madre y que le haría tomar un aire honrado cuando le presentaran a los fieles, y deseosa, sin embargo, de llenar sus funciones de mujer de mundo, cuando le hubieron nombrado a Brichot, quiso hacérselo conocer al marido, porque así había visto que lo hacían sus amigas más elegantes; pero como la rabia o el orgullo triunfaban sobre la ostentación de los buenos modales, dijo, no como debiera haberlo dicho: “—Permítame que le presente a mi marido”, sino: “—Le presento a mi marido”, manteniendo así en alto la bandera de los Cambremer, a despecho de ellos mismos, porque el marqués se inclinó tan bajo ante Brichot como ella lo previera. Pero todo ese malhumor de la señora de Cambremer cambió de pronto cuando advirtió al señor de Charlus, que conocía de vista. Nunca había conseguido que se lo presentaran, ni siquiera en tiempos de su unión con Swann. Porque, como la señora de Charlus tomaba siempre el partido de las mujeres y de su cuñada contra las amantes del señor de Guermantes, de Odette aún no casada, pero viejo amor de Swann; contra las nuevas, como severo defensor de la moral y fiel protector de los hogares, había dado a Odette —y cumplido— la promesa de no dejarse nombrar a la señora de Cambremer. Ésta no había sospechado, seguramente, que sería en casa de los Verdurin que iba a

conocer por fin a ese hombre inabordable. El señor de Cambremer sabía que eso constituía para ella tanta alegría que a él mismo lo enternecía, y miró a su mujer, como significándole: “¿Se alegra de haberse decidido a venir, verdad?” Hablaba muy poco, por otra parte, sabiendo que se había casado con una mujer superior. “Yo, indigno”, decía a cada rato y citaba, de buena gana una fábula de La Fontaine y una de Florian que le parecían aplicarles a su ignorancia, lo que, por lo demás, le permitía, bajo la apariencia de una desdeñosa alabanza, demostrar a los hombres de ciencia que no eran socios del *Jockey* que uno podía saber cazar y haber leído fábulas. La desgracia es que sólo conocía dos. Por eso volvían a menudo. La señora de Cambremer no era tonta; pero tenía varias costumbres muy fastidiosas. Para ella la deformación de los hombres nada tenía de desdén aristocrático. No sería como la duquesa de Guermites (quien por su nacimiento debía verse preservada de ese ridículo con mayores motivos que la señora de Cambremer), que, para no aparentar que sabía el nombre escasamente elegante (que ahora es el de una de las mujeres demás difícil acceso) de Julián de Monchâteau dijera: “una pequeño .señora... Pico de la Mirándola”. No; cuando la señora de Cambremer citaba en falso un nombre, era por benevolencia, para no aparentar saber algo, y cuando, sin embargo, por sinceridad, lo confesaba, creía ocultarlo plagiándolo. Si defendía a una mujer, por ejemplo, trataba de disimular al mismo tiempo que no quería mentirle a quien le suplicaba toda la verdad, que la señora Fulana de Tal era en la actualidad la amante del señor Silvano Levy y decía: “No... no sé nada absolutamente acerca de ella; creo que le reprochan haber despertado una pasión en un señor cuyo nombre ignoro, algo así

como Cahn, Kohn, Kuhn; por otra parte, me parece que ese señor ha muerto hace mucho y nunca hubo nada entre ellos”. Es un procedimiento análogo al de los mentirosos —e inverso—, que creen que al alterar lo que han hecho cuando se lo cuentan a una querida o sencillamente a un amigo, se imaginan que ni una ni otro descubrirán inmediatamente que la frase dicha (lo mismo que Cahn, Kohn Kuhn) es interpolada y de otra especie que las que componen la conversación y resulta así de doble fondo.

La señora de Verdurin le habló a su marido al oído: “—¿Debo darle el brazo al barón de Charlus? Como tendrás a tu derecha a la señora de Cambremer, podíamos haber cruzado las cortesías”. “—No —dijo el señor Verdurin—; puesto que el otro es más elevado en grado (queriendo decir con ello que el señor de Cambremer era marqués), el señor de Charlus, en resumidas cuentas, es su inferior.”

“—Y bueno, lo colocaré al lado de la princesa.” Y la señora de Verdurin presentó al señor de Charlus a la señora de Sherbatoff; se inclinaron ambos en silencio, aparentando saberlo todo el uno del otro y prometerse un mutuo secreto. El señor Verdurin me presentó al señor de Cambremer. Antes de hablarme con su voz fuerte y ligeramente tartamuda, su alta estatura y su cara coloreada manifestaban, en su oscilación, la inseguridad de un jefe que trata de tranquilizarnos y le dice a uno: “—Me han hablado, lo arreglaremos; le haré levantar el castigo; no somos bebedores de sangre; todo saldrá bien”. Luego, dándome la mano: “—Creo que usted conoce a mi madre”, me dijo. El verbo *creer* le parecía convenir, por otra parte, a la discreción de una primera presentación, sin que expresara de ninguna manera duda alguna, porque agregó: “—Tengo precisamente

una carta suya para usted”. El señor de Cambremer se sentía cándidamente feliz al volver a ver lugares donde tanto tiempo había vivido. “—Vuelvo a encontrarme” le dijo a la señora de Verdurin, mientras su mirada se encantaba reconociendo las pinturas de flores en los entrepaños y los bustos de mármol sobre sus altos zócalos. Podía, sin embargo, sentirse desorientado, porque la señora de Verdurin había traído una cantidad de cosas antiguas que poseía. Desde ese punto de vista, la señora de Verdurin, que pasaba a los ojos de los Cambremer por derribarlo todo, no era revolucionaria, sino inteligentemente conservadora, en un sentido que ellos no interpretaban. La acusaban tan equivocadamente de odiar la antigua vivienda y deshonrarla con simples telas, en lugar de su rica felpa, como un cura ignorante que le reprocha a un arquitecto diocesano que haya vuelto a colocar en su lugar antiguas tallas en madera dejadas a un lado y a las que el eclesiástico había creído conveniente sustituir con ornamentos comprados en la plaza de San Sulpicio. En fin, un jardín de cura empezaba a reemplazar los arriates que delante del castillo constituían no sólo el orgullo de los Cambremer, sino el de su jardinero. Este, que consideraba a los Cambremer como sus amos únicos y gemía bajo el yugo de los Verdurin, como si la tierra estuviese momentáneamente ocupada por un invasor y una tropa de veteranos, iba secretamente a presentarle sus condolencias a la propietaria desposeída, se indignaba por el desprecio que manifestaban por sus araucarias, sus begonias, sus jubardas, sus dalias dobles y que se atrevieran a hacer crecer en una vivienda tan rica flores tan vulgares como la manzanilla o los cabellos de Venus. La señora de Verdurin advertía esa oposición sorda y estaba decidida, si renovaba a largo

plazo y aún si compraba la Raspelière, a poner como condición el despido del jardinero, al que la anciana propietaria, en cambio, tenía tanto afecto. La había servido gratuitamente en épocas difíciles y la adoraba; pero, con ese extraño fraccionamiento de la opinión de la gente de pueblo, en que el más profundo desprecio moral se inserta en la estima más apasionada, la que cabalga a su vez viejos rencores no perimidos, decía a menudo de la señora de Cambremer que en el 70, en un castillo que tenía en el Este, sorprendida por la invasión, había debido soportar durante un mes el contacto con los alemanes: “—Lo que le han reprochado mucho a la señora marquesa es haber tomado durante la guerra el partido de los prusianos y hasta haberlos alojados en su casa. En otro momento lo comprendería, pero en tiempo de guerra no debía haberlo hecho. No está bien.” De manera que le era fiel hasta la muerte, la veneraba por su bondad y acreditaba al mismo tiempo que fuera culpable de traición. A la señora de Verdurin le molestó que el señor de Cambremer pretendiese reconocer tan bien la Raspelière. “—Usted debe encontrar, sin embargo, algunos cambios —contestó ella—. Primeramente, hay unos demonios de bronce de Barbedienne y algunos asientitos tremendos de felpa que me apresuré a remitir al granero, qué aun me parece demasiado bueno para ellos”. Después de esa agria respuesta dirigida al señor de Cambremerr, le ofreció su brazo para ir a la mesa. Vaciló un instante, diciéndose: “No puedo, evidentemente, pasar delante del señor de Charlus”. Pero, al pensar que si éste no tenía sitio de honor sería un viejo amigo de la casa, decidió tomar el brazo ofrecido y le dijo a la señora de Verdurin hasta qué punto lo enorgullecía ser admitido en el cenáculo (así llamó al pequeño núcleo, no sin réirse un poco por la

satisfacción de conocer ese término). Cottard, que estaba sentado al lado del señor de Charlus, lo miraba para trabar relación y romper el hielo, bajo sus anteojos, con guiños mucho más insistentes de lo que hubiesen sido antes y que no cortaba ninguna timidez. Y sus miradas de invitación aumentadas por su sonrisa, ya no cabían en el vidrio de los lentes y desbordaban por todos lados. El barón, que por todas partes veía semejantes, no dudó que Cottard fuese uno de los suyos y le hiciese guiños. Enseguida le demostró al profesor la dureza de los invertidos, tan desdeñosos para los que gustan de ellos como ardientemente amables junto a quienes les gustan. Sin duda, aunque cada cual hable mentirosamente de lb. dulzura de ser amado, siempre rehusada por el destino, es una ley general, cuyo imperio está lejos de extenderse sólo sobre los Charlus, que nos parezca insoportable el ser que no amamos y que nos ama.

A ese ser, a esa mujer a la que no diremos que nos ama, pero que nos fastidia, preferimos la compañía de cualquiera otra sin su encanto, ni su atractivo ni su ingenio. No los recobraré para nosotros más que cuando haya dejado de amarnos. En ese sentido, no podría verse sino la transposición bajo una forma absurda de esa regla universal en la irritación que le causa a un invertido un hombre que lo busca y le disgusta. Aunque en él es mucho más fuerte. Así es como mientras el resto de los hombres trata de disimularla, aunque la experimente, el invertido se la hace sentir implacablemente a quien se la provoca como no se lo haría sentir efectivamente a una mujer; el señor de Charlus, por ejemplo, a la princesa de Guermantes, cuya pasión, aunque fastidiosa, lo halagaba. Pero cuando se enfrentan a otro hombre que les demuestra una afición particular, entonces, ya

porque no comprendan que sea similar a la suya, ya porque les recuerda desagradablemente que esa afición, embellecida por ellos en cuanto la experimentan, se considera como un vicio, ya deseando rehabilitarse por algo evidente en una circunstancia en que nada les cuesta, ya por un temor de ser adivinados que encuentran de pronto cuando no los guía el deseo con los ojos vendados de imprudencia en imprudencia, ya por el furor de soportar por la actitud equívoca de otro el perjuicio que no temerían causarle a otro si les gustara, aquellos a quienes no les molesta seguir a un joven durante leguas, no abandonarlo con los ojos en el teatro, aun si está con amigos, arriesgando disgustarlo por eso con ellos, uno puede oírlos decir a poco que los mire alguien que no les gusta: “—Señor, ¿por quién me toma usted? (simplemente porque los toman por lo que son). No lo comprendo; es inútil que insista; usted se equivoca”, llegar en caso necesario hasta las bofetadas e indignarse ante quien conoce al imprudente: “—¡Cómo! ¿Usted conoce a ese horror? Tiene una manera de mirar... Vayan modales”. El señor de Charlus no llegó tan lejos, pero se revistió con ese aspecto ofendido y helado que toman, cuando uno aparenta creerlas ligeras, las mujeres que no lo son y mucho más las que resultan serlo. Por otra parte, el invertido colocado frente a un invertido no sólo es una imagen desagradable puramente inanimada que no podría sino hacer sufrir su amor propio, sino otro sí mismo, viviendo, obrando en el mismo sentido y capaz, por lo tanto, de hacerlo sufrir en sus amores. Por eso, con un sentido de instinto de conservación hablará mal del posible competidor, sea con la gente que pueda perjudicarlo a éste (y sin que el invertido N° 1 se preocupe de pasar por mentiroso cuando abruma en esa forma al

invertido N° 2 frente a personas que pueden estar informadas de su propio caso), sea con el joven que ha *levantado*, que quizás le arrebaten y al que se trata de convencer de que las mismas cosas que resulta conveniente hacer con él causarían la desgracia de su vida si se dejara llevar a hacerlas con el otro. Para el señor de Charlus, que pensaba, quizás, en los peligros (muy imaginarios) que la presencia de ese Cottard, cuya sonrisa interpretaba torcidamente, podía hacer correr a Morel, un invertido que no le gustaba no era sólo una caricatura de sí mismo, sino también un rival designado. Un comerciante que tenga un extraño negocio, si al llegar a la ciudad de provincia donde viene a instalarse para toda su vida, en la misma plaza y justo enfrente, ve que existe un comercio análogo de propiedad de un competidor, no se siente más desilusionado que un Charlus que va a ocultar sus amores en una región tranquila y el mismo día de la llegada advierte al gentilhombre del lugar o al peluquero, cuyo aspecto y modales no le dejan ninguna duda.

A menudo el comerciante le cobra odio al competidor; ese odio degenera a veces en melancolía y a poco que haya una herencia bastante cargada, se ha visto en pequeñas ciudades que el comerciante demostrara unos comienzos de locura que no se disipan sino cuando lo convencen de que debe vender su comercio y cambiar de lugar. La rabia del invertido es mucho más lacerante aún. Comprende que desde el primer momento el gentilhombre o el peluquero ha deseado a su joven compañero. Por más que le repita a éste cien veces por día que el peluquero o el gentilhombre son unos bandidos cuya proximidad lo deshonoraría, se ve obligado a vigilar como Harpagón su tesoro y se levanta durante la noche para ver si no se lo roban. Y es lo que

hace, sin duda más que el deseo o la comodidad de hábitos comunes y casi tanto como esa experiencia de sí mismo, que es la única verdadera, que el invertido despiste al invertido con una rapidez y una seguridad casi infalibles. Puede equivocarse por un momento, pero una adivinación rápida lo vuelve a ubicar en la verdad. Por eso fue fugaz el error del señor Charlus. El discernimiento divino le demostró al cabo de un instante que Cottard no era de su estirpe y que no tenía por qué temer sus iniciativas, ni para él, a quien eso no haría sino indignar, ni para Morel, lo que le hubiese parecido más grave. Volvió a su calma y como estaba aún bajo la influencia del paso de Venus andrógina, por momentos sonreía débilmente a los Verdurin, sin tomarse el trabajo de abrir la boca, plegando solamente la comisura de los labios y durante un segundo iluminaba mimosamente sus ojos, el tan preocupado de virilidad, igual que lo hubiese hecho su cuñada la duquesa de Guermantes. “—¿Usted caza mucho, señor?”, dijo la señora de Verdurin con desprecio al señor de Cambremer. “—¿Acaso Ski le ha contado que nos ha sucedido algo excelente?”, preguntó Cottard a la Patrona. “—Cazo especialmente en el bosque de Chantepie”³³ contestó el señor Cambremer. “—No, no he contado nada”, dijo Ski. “—¿Merece su nombre?”, interrogó Brichot al señor de Cambremer después de haberme mirado de reojo, porque me había prometido hablarme de etimologías, mientras me pedía que les disimulara a los Cambremer el desprecio que sin duda le inspiraban las del cura de Combray.

“—Sin duda es porque no soy capaz de comprenderlo, pero no alcanzo su pregunta”. dijo el señor de Cambremer. “—Quiero decir: ¿cantan muchas urracas?”, contestó Brichot. A Cottard, sin

embargo, le ,dolía que la señora de Verdurin ignorase que habían estado a punto de perder el tren. “—Vamos, vamos —dijo la señora de Cottard a su marido, para alentarlo—, cuenta tu odisea”. “—Efectivamente, sale de lo común —dijo el doctor, que volvió a empezar su relato—. Cuando vi que el tren estaba en la estación, me quedé fascinado. Todo por culpa de Ski. Es usted más bien singularoide en sus datos, querido mío. Y Brichot, que nos esperaba en la estación.” “—Creía —dijo el universitario echando a su alrededor todo el resto de su mirada y sonriendo con sus delgados labios— que si usted se había atrasado en Graincourt era por haberse encontrado con alguna peripatética.” “—¿Quiere callarse? ¡Si lo oyese mi mujer!... —repuso el profesor. Mi mujer es celosa.” “¡Ah, ese Brichot! —exclamó Ski, para quien la traviesa broma de Brichot despertaba la alegría tradicional— siempre es el mismo”, aunque no supiese, a decir verdad, si el universitario había sido calavera alguna vez. Y para agregar el gesto de ritual a esas palabras consagradas, hizo como que no podía resistir a la tentación de pellizcarle la pierna. “—Ese pícaro no cambia —continuó Ski y sin pensar cómo la cuasi ceguera del universitario entristecía y hacía cómicas sus palabras, agregó: “—Siempre un ojo para las mujeres” “—Vea usted —dijo el señor de Cambremer— lo que significa encontrarse con un sabio. Hace quince años que vengo cazando en el bosque de Chantepie y nunca medité en lo que significaba su nombre.” La señora de Cambremer echó un severo vistazo a su marido; no quería que se humillase así delante de Brichot. Se disgustó aún más cuando a cada expresión *ya hecha* que empleaba Cancan, Cottard, que conocía su lado fuerte y su lado débil, porque las había aprendido laboriosamente,

le demostraba al marqués, quien confesaba su tontería, que nada significaban:

“—¿Por qué tonto como un repollo?³⁴ ¿Cree usted que los repollos son más tontos que otras cosas? Usted dice: repetir treinta y seis veces lo mismo. ¿Por qué precisamente treinta y seis? ¿Por qué dormir como un poste? ¿Por qué rayos de Brest? ¿Por qué hacer mucha bulla?³⁵ Pero entonces Brichot tomaba la defensa del señor Cambremer y explicaba el origen de cada locución. La señora de Cambremer se ocupaba sobre todo de examinar los cambios que habían introducido los Verdurin en la Raspelière, para poder criticar algunos, importar otros a Féterne o quizás los mismos. “—Me pregunto qué puede hacer esa araña toda torcida. Me cuesta reconocer a mi vieja Raspelière”, comentó con un aire familiarmente aristócrata, como si hablara de un servidor del que hubiese pretendido no tanto decir la edad como que lo habla visto nacer. Y como era un poco libresca en su vocabulario: “—Sin embargo —agregó a media voz—, me parece que si habitara en casa ajena me daría alguna vergüenza cambiarlo todo en esa forma”.³⁶ —Es una lástima que no haya venido usted con ellos”, dijo la señora de Verdurin al señor de Charlus y a Morel, suponiendo que el señor de Charlus estuviese de revista y se doblgara a la regla de llegar con todos en el mismo tren. “—¿Está usted seguro de que Chantepie quiere decir la urraca que canta, Chochotte?”, agregó para indicar que como gran ama de casa tomaba parte a la vez en todas las conversaciones. “—Hábleme un poco de ese violinista —me dijo la señora de Cambremer—; me interesa; me gusta con locura la música y me parece haber oído hablar de él; instrúyame.” Había sabido que Morel llegara con el señor de Charlus

y quería vincularse con el segundo invitando al primero. Agregó, sin embargo, para que yo no pudiese adivinar ese motivo: “—También me interesa ese señor Brichot”. Porque si era muy cultivada —en la misma forma que algunas personas predispuestas a la obesidad comen apenas y caminan todo el día sin dejar de engordar a ojos vistas—, la señora de Cambremer profundizaba inútilmente, sobre todo, en Féterne una filosofía cada vez más esotérica, una música cada vez más sabia y no salía de esos estudios sino para maquinando intrigas que le permitiesen cortar las amistades burguesas de su juventud y trabar relaciones que había creído formaban parte primeramente de la sociedad de su hermosa familia y que luego advirtiera estaban situadas mucho más alto y mucho más lejos. Un filósofo que para ella no era suficientemente moderno, Leibnitz, dijo que el trayecto de la inteligencia al corazón es muy largo. Ni la señora de Cambremer ni su hermano habían tenido fuerzas para recorrer ese trayecto. Sin dejar la lectura de Stuart Mil más que por la de Lachelier, a medida que creía menos en la realidad del mundo exterior, más se encarnizaba en labrarse una buena posición en éste antes de morir. Enamorada del arte realista, ningún objeto le parecía lo bastante humilde para servirle de modelo al pintor o al escritor. Un cuadro o una novela mundana me hubiesen dado náuseas; un Mujick de Tolstoi o un campesino de Millet eran el límite extremo que no permitía sobrepasar al artista. Pero franquear las que limitaban sus propias relaciones, elevarse hasta el trato con las duquesas, era la meta de todos sus esfuerzos, a tal punto resultaba ineficaz el tratamiento espiritual al que se sometía frente *al snobismo* congénito y mórbido que se desarrollaba en ella. Éste había llegado a curar aun ciertas inclinaciones a la avaricia y al

adulterio, a los que tendía siendo joven, semejante en ello a esos estados patológicos singulares y permanentes que parecen inmunizar contra las otras enfermedades a quienes los sufren. No podía, por otra parte, dejar de pensar al oírle hablar de hacer justicia, sin el menor placer, en el refinamiento de sus expresiones. Eran las que tienen, en un momento dado, todas las personas de similar envergadura intelectual; de manera que la expresión refinada proporcionaba enseguida, como el arco de círculo los medios de describir y limitar toda la circunferencia. Debido a ello esas expresiones hacen que las personas que las emplean me aburran inmediatamente como si fueran ya conocidas, pero también se reputen superiores y se me ofrecieran a menudo como vecinas inapreciables y deliciosas. “—Usted no ignora, señora, que muchas regiones forestales sacan su nombre de los animales que las habitan. Al lado del bosque de Chantepie tiene usted el bosque de Chantereine.” “—No sé de qué reina se trata —contestó el señor de Cambremer—; pero usted no es galante con ella.” “—Tómese esa, Chochotte —dijo la señora de Verdurin—. ¿Y aparte de eso, el viaje transcurrió bien?” “—No hemos encontrado más que algunas vagas humanidades que llenaban el tren. Pero contesto a la pregunta del señor de Cambremer: reina no es aquí la mujer del rey, sino la rana. Es el nombre que ha conservado mucho tiempo en la zona, como lo demuestra la estación de Renneville, que debería escribirse Reineville”. “—Me parece que ahí tiene usted un hermoso animal”, dijo el señor de Cambremer, señalándole un pescado a la señora de Verdurin. Era uno de los cumplidos *con los* que creía pagar su cuota en una comida y devolver ya la cortesía. “—Invitarlos es inútil —le decía a menudo a su mujer al hablar de

tales o cuales amigos—. Han quedado encantados con nosotros. Eran ellos los agradecidos.” “—Por otra parte, debo decirle que voy casi diariamente a Renneville, desde hace muchos años, y no he visto que haya allí más ranas que en otra parte. La señora de Cambremer había hecho venir al cura de una parroquia donde tiene grandes dominios y que posee el mismo giro espiritual que usted, por lo que veo. Ha escrito una obra.” “—Ya lo creo, la he leído con un interés infinito”, contestó hipócritamente Brichot. La satisfacción que su orgullo recibía indirectamente de esa respuesta hizo reír largo rato al señor de Cambremer. “—¡Ah, y bueno, el autor, cómo diré, de esa geografía, de ese glosario, ocupa un largo epilogo acerca del nombre de una pequeña localidad de lo que éramos antaño, si puedo decirlo, los señores y que se denomina Pont-á-Couleuvre (Puente de la Culebra). Y no soy, evidentemente, más que un vulgar ignorante al lado de ese pozo de ciencia; pero he ido por lo menos mil veces a Pont-á-Couleuvre por cada una de las que haya ido él y que me lleve el diablo si he visto una sola de esas feas serpientes, y digo feas a pesar del elogio que les hace el bueno de La Fontaine.” (El *hombre y la culebra* era una de sus dos fábulas). “—Usted no las ha visto y usted ha visto bien —contestó Brichot—. Es verdad que el escritor de quien habla usted conoce a fondo su tema y ha escrito un libro notable.” “—¡También! —exclamó la señora de Cambremer—, ese libro, corresponde decirlo, es un verdadero trabajo de benedictino”. “—Sin duda ha consultado algunos registros³⁷ (por ello se entienden las listas de los beneficios y de los curatos de cada diócesis), lo que ha podido proporcionarle el nombre de patronos laicos y de los coladores eclesiásticos. Pero hay otras fuentes. Uno de mis más sabios amigos

las ha probado. Ha descubierto que ese mismo lugar se llamaba Pont-à-Quileuvre. Ese nombre extraño lo incitó a remontarse aún más alto, hasta un texto latino en que el puente que su amigo cree infestado de culebras se llama *Pons cuius aperi*. Puente cerrado que no se abría más que mediante una honrada retribución.” “—Usted habla de ranas. Yo, al encontrarme en medio de personas tan sabias, me siento como la rana ante el Areópago” (era la segunda fábula), dijo Cancan, que repetía a menudo, riéndose mucho, esa broma, gracias a la cual creía por humildad y con oportunidad hacer a la vez profesión de ignorancia y demostrar su saber. En cuanto a Cottard, bloqueado por el silencio del señor de Charlus y tratando de tomar aire por otros lados, se volvió hacia mí y me planteó una de esas preguntas que llamaban la atención de sus enfermos si había acertado y señalaba con ello que, por así decirlo, estaba en el propio cuerpo de sus pacientes; si, por el contrario, erraba, le permitía rectificar algunas teorías y ampliar los antiguos puntos de vista. “—Cuando usted llega a lugares relativamente elevados, como este en que nos encontramos ahora, ¿no advierte que eso aumenta su tendencia alas sofocaciones”, me preguntó, seguro de hacer admirar o por lo menos completar su instrucción. El señor de Cambremer oyó la pregunta y sonrió.

“—No puedo decirle cómo me divierte saber que tiene usted sofocaciones”, me dijo a través de la mesa. Y no es que quisiera decir que eso le alegraba, aunque también fuera cierto. Porque ese hombre excelente no podía, sin embargo, oír hablar de la desgracia ajena sin un sentimiento de bienestar y un espasmo de alegría que pronto dejaban lugar a la compasión de sus buenos sentimientos. Pero su frase tenía otro significado, que precisó la siguiente: “—Me divierte

—me dijo—, porque justamente mi hermana también tiene lo mismo”. En resumen, que eso lo divertía como si me los oyese citar como a uno de sus amigos que los frecuentara mucho. “¡Qué chico es el mundo!”, fue el pensamiento que formuló mentalmente y que vi escrito en su rostro sonriente cuando Cottard me habló de mis sofocaciones. Y éstos se hicieron a partir de esa cena algo así como una relación común y de la cual el señor de Cambremer nunca dejaba de pedirme noticias aunque no fuese más que para dárselas a su hermana. Mientras contestaba las preguntas que me formulaba su esposa acerca de Morel, iba pensando en una conversación que había tenido esa tarde con mi madre. A la vez que no me disuadía de ir a casa de los Verdurin si con ello podía distraerme, me recordaba que ése era un medio que no le hubiere gustado a mi abuelo y le hubiera hecho gritar: “—¡En guardia!”, y mi madre agregó: “—Escucha: el presidente Toureuil y su mujer me dijeron que habían almorzado con la señora de Bontemps. Nada me preguntaron. Pero he creído comprender que el sueño de tu tía sería un casamiento entre Albertina y tú. Creo que el verdadero motivo es que a todos ellos les resultas sumamente simpático. Sin embargo,

lujo que suponen podrías proporcionarle, las relaciones que más o menos se sabe tenemos, creo que todo eso no es ajeno a la idea, aunque secundario. No te hubiera hablado, porque no me interesa; pero, como supongo que te hablarán, he preferido adelantarme.” “—¿Pero á ti qué te parece?”, le pregunté a mi madre. “—Yo no soy quien se casará con ella. Puedes casarte mil veces mejor. Pero creo que a tu abuela no le hubiera gustado que influyan sobre ti. En la actualidad no puedo decirte cómo hallo a Albertina; no la hallo.

Te diré como Madame de Sévigné: tiene buenas cualidades. Por lo menos, lo supongo. Pero en este comienzo no puedo alabarla sino por negaciones: no es tal cosa, no tiene la pronunciación de Rennes. Con el tiempo quizás llegue a decir: es tal cosa. Y me parecerá siempre bien si debe hacerte feliz.” Pero con esas mismas palabras que dejaban en mis manos la decisión de mi felicidad, mi madre me había abismado en la duda, como cuando mi padre me permitió ir a ver *Fedra* y sobre todo ser escritor y sentí de golpe una excesiva responsabilidad, el temor de apenarlo y esa melancolía que sobreviene cuando uno deja de obedecer órdenes que día tras día ocultan el porvenir y uno advierte que ha empezado, por fin; a vivir de verdad la vida como un adulto, esa única vida que está a nuestra disposición.

Quizás lo mejor sería esperar un poco, comenzar a ver a Albertina como antes, para tratar de darme cuenta de si la quería de veras. Podía llevarla a casa de los Verdurin para distraerla y eso me recordó que yo mismo no había ido sino para saber si allí estaba la señora de Putbus o si llegaría de un momento a otro. En todo caso, no estaba comiendo. “—A propósito de su amigo Saint-Loup —me dijo la señora de Cambremer, usando así una expresión que señalaba más continuidad en sus ideas de lo que dejaban traslucir sus frases, porque si hablaba de música, pensaba en los Guermantes—, ¿usted sabe que todos comentan su casamiento con la sobrina de la princesa de Guermantes? Le diré, por mi parte, que todos esos chismes mundanos me tienen sin cuidado.” Me sobrecogió el temor de haber hablado delante de Roberto sin ninguna simpatía de esa muchacha seudo original y cuyo espíritu era tan mediocre como violento su carácter. No existe casi ninguna noticia que no nos haga lamentar

alguna palabra. Le contesté a la señora de Cambremer, lo que, por otra parte, era verdad, que nada sabía y que, además, la novia me parecía muy joven aún. “—Quizás sea por eso que todavía no se ha hecho oficial. De cualquier manera, se habla mucho al respecto.” “—Prefiero avisarle —le dijo secamente la señora de Verdurin a la señora de Cambremer, al oír que ésta había hablado de Morel y cuando bajara la voz para referirse al noviazgo de Saint-Loup, creyendo que me seguía hablando de lo mismo—. Aquí no se hace musiquita. En arte, sabe usted, los fieles de mis miércoles, mis hijos, como los llamo —agregó con un aspecto de terror orgulloso—, son temiblemente avanzados. Les digo a veces: mis buenos muchachos, ustedes andan más ligero que su Patrona, a quien, sin embargo, no se supone que hayan asustado las audacias. Todos los arios eso va un poco más lejos: ya veo acercarse el día en que no les gustará ni Wágner ni d’Indy”. “—Pero está muy bien ser avanzado, nunca lo somos demasiado”, dijo la señora de Cambremer mientras inspeccionaba cada rincón del comedor tratando de reconocer las cosas que había llevado la señora de Verdurin y atraparla a ésta en flagrante delito de mal gusto. Sin embargo, quería hablarme del tema que más la interesaba: el señor de Charlus. Le parecía conmovedor que protegiese a un violinista. “—Parece inteligente”. “—Hasta extremadamente animado para ser un hombre de cierta edad”, dije yo. “¿De edad? Pero no parece viejo, mire usted: el cabello sigue siendo joven.” (Porque desde hacía tres o cuatro años la palabra *cabello* había sido empleada en singular por uno de esos desconocidos que son los que lanzan las modas literarias y todas las personas que tenían la longitud de radio de la señora de Cambremer decían el *cabello*; no sin una sonrisa afectada. Actualmente

se sigue diciendo *el cabello*, pero del abuso del singular renacerá el plural.) “Lo que me interesa sobre todo en el señor de Charlus —agregó—, es que en él uno advierte el don. Le diré que me importa menos la sabiduría Lo que se aprende no me interesa”. Esas palabras no se contradecían con el valor particular de la señora de Cambremer, que era precisamente adquirido e imitado. Pero justamente una de las cosas que debían saberse en ese momento es que el saber no es nada y no pesa lo que una brizna, al lado de la originalidad. La señora de Cambremer había aprendido, como todos, que no hay que aprender nada. “—Por eso es —me dijo— que Brichot, que tiene *su* aspecto interesante, porque no desdeño cierta sabrosa erudición, me interesa, sin embargo mucho menos”. Pero Brichot no estaba ocupado en este momento sino por una cosa: al oír que se hablaba de música, temblaba ante la idea de que el tema no le recordará a la señora de Verdurin la muerte de Dechambre. Quería decir algo para desviar ese funesto recuerdo. El señor de Cambremer le proporcionó la oportunidad con esta pregunta: “—¿Entonces los lugares boscosos siempre llevan nombres de animales?” “—No, de ninguna manera —contestó Brichot, feliz de desplegar su saber ante tantos novicios, entre los cuales le había dicho que estaba seguro de interesar por lo menos a uno—. Basta con ver cómo en los nombres de las mismas personas está conservado un árbol, como una retama en la hulla. Uno de nuestros padres conscriptos se llama el señor de Saulces de Freycinet, lo que significa, salvo error, lugar plantado de sauces y fresnos *salix et fruxcitnetum*; su sobrino el señor de Selves reunió más árboles todavía, ya que se llama de Selves, *sylva*”. Saniette veía con alegría que la conversación tomaba un giro más animado. Podía, ya

que Brichot hablaba constantemente guardar un silencio que le evitaría ser blanco de las pullas del señor Verdurin y la señora. Y más sensible aún en su alegría de verse libre, lo había enternecido oír al señor Verdurin, a pesar de la solemnidad de semejante cena, decirle al *maître* que pusiera una garrafa de agua junto al señor Saniette, que no bebía otra cosa. (Los generales que matan más soldados son los que más se interesan por su alimentación.) Por fin, la señora de Verdurin le había sonreído una vez a Saniette. Decididamente, era buena gente. Ya no lo torturarían. En ese momento, un invitado que he olvidado mencionar, interrumpió la comida; era un ilustre filósofo noruego que hablaba muy bien el francés, aunque lentamente, por un doble motivo: primero, porque lo había aprendido hacía muy poco y no quería cometer errores (incurría, sin embargo, en algunos) y se refería para cada palabra a una especie de diccionario interior; luego, porque, como metafísico, pensaba siempre lo que quería decir, mientras lo decía, lo que aun para un francés es motivo de lentitud. Por lo demás, resultaba una persona excelente, aunque semejante en apariencia a muchos otros, salvo en un punto. Este hombre de hablar tan lento (había una pausa entre cada palabra) se hacía vertiginoso para huir en cuanto se despedía. Su precipitación hacía creer, al principio, que tendría cólicos o una necesidad afín más urgente.

“—Mi querido colega —le dijo a Brichot después de haber deliberado en su espíritu si colega era el término que correspondía—, tengo una especie de deseo de saber si hay otros árboles en la nomenclatura de su hermosa lengua-francesa-latina-normada. La señora (quería decir la señora de Verdurin, aunque no se atreviese a mirarla) me ha dicho que usted sabía toda clase de cosas. ¿No es

precisamente el momento?” “—No, es el momento de comer”, interrumpió la señora de Verdurin, que veía que la comida no llevaba miras de acabar. “—¡Ah, bien! —contestó el escandinavo inclinando la cabeza sobre su plato, con una sonrisa triste y resignada—. Pero debo hacerle observar a la señora que si me he permitido este cuestionario —perdón, esta cuestación— es porque debo regresar mañana a París para cenar en la “Torre de Plata” o en el Hotel Meurice. Mi colega francés —el señor Boutroux— debe hablarnos de las sesiones de espiritismo —perdón, de las evocaciones espiritosas— que ha controlado”. “—No es tan bueno como dicen la “Torre de Plata” —dijo, fastidiada, la señora de Verdurin—. He comido algunas veces deplorablemente”. “—Pero, si no me equivoco, ¿acaso la comida que comemos en casa de la señora no pertenece a la más fina cocina francesa?” “—¡Dios mío! No es positivamente mala —contestó, suavizada, la señora de Verdurin—. Y si usted vuelve el próximo miércoles, será mejor”. “—Pero parto el lunes para Argel y de ahí me voy al Cabo. Y cuando esté en el Cabo de Buena Esperanza no podré encontrarme más con mi ilustre colega— perdón, no podré volver a encontrar a mi cofrade”.

Y por obediencia, después de haber formulado disculpas retrospectivas, se puso a comer con una rapidez vertiginosa. Pero Brichot se sentía demasiado feliz al poder brindar más etimologías vegetales y contestó, interesando a tal punto al noruego que éste dejó de nuevo de comer, pero haciendo señas de que podían quitar su plato lleno y continuar con el siguiente: “—Uno de los cuarenta —dijo Brichot— llama *Houssaye*, o lugar plantado de acebos; en el de un fino diplomático *d’Ormesson*, encuentra usted el olmo, el ulmus,

caro a Virgilio, que le ha dado su nombre a la ciudad de Ulm; en el de sus colegas, el señor *de la Boulaye*, el abedul; el señor *de Aunay*, el aliso el señor *de Bussiére*, el boj; el señor *Albaret*, la albura (me prometí decírselo a Celeste); el señor *de Cholet*, el repollo (el “choux”) y el manzano (pommier) en el nombre del señor *de la Pommeraye*, a quien oímos conferenciar, Saniette, ¿lo recuerda usted?, en tiempos en que el bueno de Porel había sido enviado a los confines del mundo coma procónsul en Odeonia”. “—Usted decía que Cholet proviene de repollo —le dije a Brichot—. ¿Acaso una estación por la que he pasado antes de llegar a Doncières proviene también de repollo: SaintFrichoux?” “No: Saint-Frichoux es *Sanctus* Fructuosus, como *Sanctus Ferreolus* dió Saint-Fargeau, pero eso no es normando para nada”. “—Sabe demasiadas cosas, nos aburre”, gorgoteó dulcemente la princesa”. “—Hay tantos otros nombres que me interesan, pero no puedo pedirle todo de una vez”. Y volviéndome hacia Cottard: “—¿Acaso está aquí la señora de Putbus?”, le pregunté. Cuando Brichot pronunció el nombre de Saniette, el señor Verdurin lanzó a su mujer y a Cottard una mirada irónica que reveló al tímido. “—No, a Dios gracias —contestó la señora de Verdurin, que había oído mi pregunta—. He tratado de desviar sus veraneos hacia Venecia; estamos libres de ella por este año”. “—Yo mismo tendré derecho a dos árboles —manifestó el señor de Charlus—, porque he alquilado o poco más o menos una pequeña casa entre Sain-Martin-du-Chêne y Saint-Pierre-des-Ifs”.³⁸ “—Pero es muy cerca; espero que venga a menudo en compañía de Charlie Morel. No tendrá más que ponerse de acuerdo con nuestro pequeño grupo, para los trenes; está usted a dos pasos de Doncières”, dijo la señora de Verdurin, que odiaba no se llegase

con el mismo tren y a las horas en que mandaba los coches. Sabía hasta qué punto era empinada la cuesta a la Raspelière, aun dando el rodeo por las vueltas, detrás de Féterne, lo que hacía perder media hora, y temía que los que hacían rancho aparte no encontrasen coches para conducirlos o, estando en realidad en su casa, pudiesen tener el pretexto de no haberlos encontrado en Douville-Féterne y no haberse sentido con fuerzas para semejante ascensión a pie. A esa invitación, el señor de Charlus se conformó contestando con una inclinación silenciosa. “—No debe ser fácilmente soportable todos los días, pues tiene una expresión afectada —murmuró el doctor a Ski, que, aunque seguía siendo muy sencillo a pesar de su capa superficial de orgullo, no trataba de ocultar que Charlus se hacía el *snob* ante él—. Ignora, sin duda, que en todas las termas, y aun en las clínicas de París, los médicos para quienes naturalmente soy el *gran jefe* considero un honor presentarme a todos los nobles que están ahí y no van a tirar por mucho tiempo. Es incluso lo que llega a hacerme bastante agradable la permanencia en los balnearios —agregó con un tono ligero—. Aun en Doncières, el mayor del regimiento, que es el médico que atiende al coronel, me ha invitado a almorzar diciendo que estaba en condiciones de cenar con el general. Y ese general es un señor con partícula y todo. No sé si sus pergaminos son más o menos antiguos que los de ese barón”. “—No se sugestione usted; es una corona muy pobrecita”, contestó Ski a media voz y agregó algo confuso junto con un verbo del que sólo distinguí las últimas sílabas, ocupado como estaba oyendo lo que Brichot le decía al señor de Charlus”. “—No, créame que lamento decírselo: usted no tiene más que un solo árbol, porque si Maint-Martín-du-Chêne es evidentemente *Sanctus*

Martinus juxte quercum, en cambio la palabra if puede ser sencillamente la raíz, *ave, eve*, que quiere decir húmedo, como en Aveyron, Lodéve, Yvette y que usted ve subsistir en nuestros vertederos³⁹ de cocina. Es el agua, que en bretón se dice Ster, Stermaria, Sterlaer, Sterbouest, Ster-en-Dreuchen”. No oí el final porque, por más placer que me causara oír de nuevo la palabra Stermaria, a mi pesar oí que Cottard le decía muy de cerca y en voz queda a Ski: “—¡Ah, pero yo no sabía! Entonces es un señor que sabe darse vueltas en la vida. ¡Cómol, ¿pertenece a la cofradía? Sin embargo, no tiene los ojos saltones. Tendré que hacerle caso a sus pies bajo la mesa; lo único que faltaría es que yo le saliera gustando. Veo varios nobles, en el baño, en traje de Adán; son más o menos degenerados. No les hablo porque en resumidas cuentas, soy funcionario y eso podría perjudicarme. Pero ellos saben perfectamente quién soy yo”. Saniette, a quien había espantado la interpelación de Brichot, comenzaba a respirar como el que teme una tormenta y ve que al relámpago no le sigue ningún ruido dé trueno, cuando oyó al señor de Verdurin preguntarle, a tiempo que fijaba sobre él una mirada que no soltaba al desgraciado, mientras hablaba de manera que podía desarmarlo enseguida y no le permitía reponerse: “—¿Pero usted nos había ocultado siempre que frecuentaba las tardes del Odeón, Saniette?” Tembloroso como un recluta ante un sargento torturador, Saniette contestó; dándole a su frase las más pequeñas dimensiones que pudo, para que tuviese más oportunidades de huirle a los golpes: “—Una vez, en la *Cherchense*”. “—¿Qué dice? —aulló el señor Verdurin, asqueado y furioso, frunciendo el ceño, como si no le bastara toda su atención para comprender algo tan ininteligible—. Primeramente, no se entiende

lo que dice. *¿Qué* tiene en la boca? —preguntó cada vez más violento el señor Verdurin y aludiendo al defecto de pronunciación de Saniette. “—Pobre Saniette, no quiero que lo atormenten”, dijo la señora de Verdurin con un tono de falsa compasión y para no dejar una sola duda a nadie acerca de la insolente intención del marido. “—Estaba en la *Ch... che, che, che*; “trate de hablar con claridad —dijo el señor Verdurin—, ni siquiera lo oigo”. Casi ninguno de los fieles se contenía para reírse y parecían una banda de antropófagos en quienes la herida hecha a un blanco despierta el gusto de la sangre. Porque el instinto de imitación y la falta de valor gobiernan tanto a las muchedumbres como a las sociedades. Y todos se ríen de quien ven burlado, aunque diez años más tarde lo venerarán en un círculo donde lo admiren. Del mismo modo que el pueblo aclama o expulsa a los reyes. “—Vamos, no es culpa suya”, dijo la señora de Verdurin. “—Tampoco es la mía, no se come fuera de casa cuando ya no se puede articular”. “—Estaba en la *Cherchouse d'Esprit*, de Favart”. “—¿Cómo? ¿Es a la *Cherchouse d'Esprit* que llama usted la *Cherchouse*? Magnífico, podía haber buscado cien años sin encontrarlo”, exclamó el señor Verdurin, que sin embargo, hubiera juzgado de primera intención que alguien no era culto o artista si le hubiese oído decir el título completo de algunas obras. Por ejemplo: había que decir el *Enfermo*, el *Burgués*; y los que hubiesen agregado *imaginario o gentilhombre* demostrarían con ello no pertenecer al cenáculo; lo mismo que en un salón alguien revela no pertenecer a la sociedad si dice el señor de Montesquiou-Fezensac, en lugar del señor de Montesquiou. “—Pero no es tan extraordinario”, dijo Saniette, jadeando de emoción, pero sonriente, aunque no tuviese ganas. La señora de Verdurin estalló: “—¡Oh, sí! —exclamó

sardónicamente—. Convénzase de que nadie en el mundo pudo haber adivinado que se trataba de la *Chercheuse d'Esprit*". El señor Verdurin repuso con voz dulce y dirigiéndose a un tiempo a Saniette y a Brichot: "—Por otra parte, la *Chercheuse d'Esprit* es una linda pieza". Pronunciada seriamente, esta simple frase, donde no podía hallarse un rastro de malevolencia, excitó tanta gratitud en Saniette y le produjo tanto bienestar como si se tratara de una amabilidad. No pudo ya decir una sola palabra y guardó un feliz silencio. Brichot fue más locuaz. "—Es verdad —le contestó al señor Verdurin— y si la hiciesen pasar como original de algún autor sármata o escandinavo, podría proponerse la candidatura de la *Chercheuse d'Esprit* para la situación vacante de obra maestra. Pero, dicho sea sin faltarle al respeto a los manes del amable Favart, no tenía temperamento ibseniano. (Enseguida se ruborizó hasta las orejas pensando en el filósofo noruego que tenía un aspecto desgraciado, porque estaba tratando inútilmente de identificar qué vegetal podía ser el boj que había citado hacía un rato Brichot con respecto a Bussiére.) Por otra parte, como la satrapía de Por el la ocupa ahora un funcionario de rigurosa observancia tolstoiana, podría suceder que viésemos *Anna Karenina* o *Resurrección* bajo el arquitrabe del Odeón". "—Sé a qué retrato de Favart quiere referirse usted —dijo el señor de Charlus—. He visto una prueba muy linda en casa de la condesa de Molé". El nombre de la condesa de Molé impresionó muchísimo a la señora de Verdurin. "—¡Ah, frecuenta usted a la señora de Molé!", exclamó. Suponía que se decía la condesa de Molé; la señora de Molé sencillamente por abreviación, como oír decir los Rohan, o por desdén, cuando ella misma decía: la señora de La Trémoille. No dudaba en absoluto que

la condesa de Molé, que conocía a la reina de Grecia y a la princesa de Caprarola, tuviese tanto derecho como nadie a la partícula y por una vez estaba decidida a dársela a alguien tan brillante y que con ella se había mostrado tan amable. Por eso y para indicar que había hablado en esa forma exprofeso y no le regateaba ese “de” a la condesa repuso: “—Pero yo no sabía que conociera usted a la señora de Molé”, como si fuera doblemente extraordinario que el señor de Charlus conociese a esa señora y que la señora de Verdurin no lo supiese. Y el mundo, o por lo menos lo que el señor de Charlus llamaba así, formaba un todo relativamente homogéneo y cerrado. Es tanto más comprensible que, en la inmensidad variada de la burguesía, un abogado le diga a alguien que conoce a uno de sus compañeros de colegio: “—Pero, —¿cómo demonios conoce usted a Fulano?” y en cambio, se asombre porque un francés conozca el sentido de la palabra templo o bosque, y no sería mucho más extraordinario que admirar los azares que llegaron a reunir al señor de Charlus y a la condesa Molé. Además, aunque semejante relación no se desprendiese con toda naturalidad de las leyes sociales, si hubiese sido fortuita, como sería extraño que la ignorase la señora de Verdurin, ya que veía por primera vez al señor de Charlus y sus relaciones con la señora de Molé estaban muy lejos de ser las únicas cosas que supiese a su respecto, de la que, a decir verdad, nada sabía. “—¿Quién representaba esa *Chercheuse d'Esprit*, mi pequeño Saniette?”, preguntó el señor Verdurin. Aunque sentía que había pasado la tormenta, el antiguo archivista vacilaba en contestar. “—Pero, claro —dijo la señora de Verdurin—, lo atemorizas, te burlas de todo lo que dice y luego quieres que conteste. Vamos: díganos quién la representaba y le daremos galantina para

llevar a su casa”, dijo la señora de Verdurin haciendo una malvada referencia a la ruina en que se había precipitado Saniette queriendo salvar a un matrimonio amigo. “—Sólo recuerdo que era la señora de Samary que hacía la Zerbina”, dijo Saniette. “—¿La Zerbina? ¿Y qué es eso?”, gritó el señor Verdurin como si hubiese incendio. “—Es un papel del viejo repertorio, como también el capitán Fracasse, como quien diría Corta-Montañas, el Pedante”. “—¡Ah, el pedante es usted! ¡La Zerbina! No, si está loco—”, exclamó el señor Verdurin. La señora de Verdurin miró a sus invitados riendo, como para disculpar a Saniette. “—¡La Zerbina! Supone que todos saben enseguida lo que eso significa. Usted es como el señor de Longepierre, el hombre más tonto que conozco, que nos decía familiarmente días pasados: e/ Bdnat. Nadie sabía de qué quería hablar. Finalmente se supo que se trataba de una provincia de Servia”. Para concluir con el suplicio de Saniette, que a mi me dolía más que a él, le pregunté a Brichot si sabía lo que significaba Balbec. “—Balbec es probablemente una corrupción de Dalbec —me dijo—. Habría que consultar las cartas de los reyes de Inglaterra, soberanos de Normandía, porque Balbec dependía de la baronía de Douvres, a causa de lo cual se decía a menudo: Balbec de Ultramar, Balbec en tierra. Pero la misma baronía de Douvres dependía del obispado de Bayeux y a pesar de los derechos que momentáneamente tuvieron los Templarios sobre la Abadía, a partir de Luis de Harcourt, patriarca de Jerusalén y obispo de Bayeux, fueron los obispos de esa diócesis quienes colacionaron los bienes de Balbec. Es lo que me explicó el deán de Doville, hombre calvo, elocuente, quimérico y goloso, que vive obedeciendo a Brillant-Savarin, y me expuso en términos un tanto sibilinos pedagogías

dudosas a tiempo que me hacía comer admirables papas fritas”. Mientras Brichot sonreía para indicar lo espiritual que resulta la unión de cosas tan disímiles y el empleo para cosas comunes de un lenguaje irónicamente elevado, Saniette trataba de intercalar algún rasgo de ingenio que pudiese levantarlo de su derrumbe reciente. El rasgo de ingenio era lo que se llamaba un *parecido*, pero que había cambiado su forma porque hay una evolución para los chistes como para los géneros literarios, las epidemias que desaparecen sustituidas por otras, etc. Antaño la forma del *parecido* era el colmo. Pero era anticuada y únicamente Cottard era capaz de decirnos aún en medio de un partido de *piquet*: “—¿Saben ustedes cuál es el colmo de la distracción? Es confundir el edicto de Nantes con una inglesa”. Los colmos habían sido reemplazados por los sobrenombres. En el fondo, era siempre el antiguo *parecido*; pero, como el sobrenombre estaba de moda, nadie lo advertía. Desgraciadamente para Saniette cuando esos *parecidos* no eran suyos y de costumbre desconocidos para el pequeño núcleo, los despachaba con tanta timidez que, a pesar de la risa con que los subrayaba para indicar su carácter humorístico, nadie los comprendía. Y si, por el contrario, la palabra era suya, como la había encontrado generalmente al conversar con alguno de los fieles y éste se lo había apropiado, el giro era entonces conocido, pero no como de Saniette. De ahí que, cuando deslizaba uno de esos, lo reconocían, pero lo acusaban de plagio por ser su autor. “—Y —continuó Brichot— *Bec*, en normando, es arroyo; existe la abadía du Bec, Mobec, el arroyo del estanque (Mor o Mer quería decir estanque, como en Morville, o en Bricquemar, Alvimare, Cambremer); *Bricquebec*, el arroyo de la altura, venía de *Briga*, lugar fortificado, como en *Bricqueville*, *Bricquebose*;

el *Bric*, *Briand* o bien *brice*, puente, que es lo mismo que *bruck* en alemán (Innsbruck) y que en inglés *bridge*, terminación de tantos nombres de lugares (Cambridge, etc.). Tenemos también en Normandía muchos otros con *bec*: Caudebec, Bolbec, le Robec, le Bec-Hellouin, Bach, Offenbach, Anspach, Varaguebec, de la antigua palabra *varaigne*, equivalente de veda, bosques, estanques reservados. En cuanto a Dal —agregó Brichot— es una forma de *thal*, valle: Darnetal, Rosendal y aun Becdal, cerca de Louviers. El arroyo que ha dado su nombre a Dalbec es, por otra parte, encantador. Vista desde un acantilado (*fels*, en alemán, tienen muy cerca de aquí, sobre una altura, la linda ciudad de Falaise), está junto a las agujas de la iglesia, situada a gran distancia, en realidad y parece reflejarla”. “—Ya lo creo —dije—, es un efecto que le gusta mucho a Elstir. He visto en su casa varios bocetos”. “—Elstir. ¡Usted conoce a Tiche! —exclamó la señora de Verdurin—. Pero, ¿usted sabe que lo he conocido en la mayor intimidad? Gracias a Dios que ya no lo veo. No, pero pregúntele a Cottard, a Brichot; tenía su cubierto en mi casa, venía todos los días. Y a ése si que puede decirse que no le ha resultado abandonar nuestro pequeño núcleo. Le enseñaré dentro de un rato unas flores que pintó para mi; ya verá qué diferencia con lo que hace ahora y que no me gusta nada, pero nada. ¡Pero cómo! Yo le había encargado un retrato de Cottard, sin contar todo lo que hizo según mi modelo”. “—Y le había hecho cabellos malva al profesor —dijo la señora de Cottard, olvidando que entonces su marido ni siquiera era agregado—. No sé, señor, si a usted le parece que mi marido tiene cabellos malva”. “—Eso no importa —dijo la señora de Verdurin, levantando el mentón con desdén para la señora de Cottard y admiración para aquel de quien

hablaba—; era un tremendo colorista, un gran pintor. Mientras que —agregó dirigiéndoseme nuevamente— no sé si a eso le llama usted pintura; todas esas enormes composiciones, esas cosas grandes que expone desde que no viene a mi casa. A mí me parece que eso es borroneo, propio de un pintor sin originalidad; además, le falta relieve y personalidad. Ahí hay de todo”. “—Restituye la gracia del siglo XVIII, pero es moderno”, dijo Saniette precipitadamente, tonificado y vuelto a su lugar por mi amabilidad. “—Pero me gusta más Helleu”. “—Ninguna relación con Helleu”, opinó la señora de Verdurin. “—Si, es un febril siglo XVIII. Es un Watteau a vapor”,⁴⁰ y se puso a reír. “—¡Oh!, conocido, archiconocido; hace años que me lo vuelven a servir”, dijo, en efecto, el señor Verdurin, a quien, efectivamente, se lo había contado Ski, como algo propio. “—No es una suerte que por una vez que pronuncia usted algo inteligible no sea suyo”. “—Me apena —repuso la señora de Verdurin—, porque era alguien dotado; estropeó un hermoso temperamento de pintor. ¡Ah, si se hubiese quedado aquí!... Ahora sería el primer paisajista de su época. Y es una mujer la que lo llevó tan bajo. No me asombra, por otra parte, porque el hombre era agradable, pero vulgar. En el fondo, era un mediocre. Le diré que lo advertí enseguida. En el fondo, nunca me interesó. Lo quería, nada más. Ante todo, era sucio. ¿Le gusta a usted la gente que no se lava *nunca*?”

“—¿Qué es esto de tan bello color que estamos comiendo?”, preguntó Ski. “—Esto se llama espuma de frutilla”, dijo la señora de Verdurin. “—Pero es una ma-ra-villa. Habría que destapar botellas de Château-Margaux, de Château-Lafitte, de Oporto”. “—No puedo decirle cómo me divierte: no bebe más que agua”, dijo la señora de

Verdurin para disimular, bajo el placer que le causaba esa fantasía, su espanto por semejante prodigalidad.

“—Pero no es para beber —repuso Ski—; llenarán todos nuestros vasos, traerán unos duraznos maravillosos, unos griñones enormes, ahí frente al sol poniente; será lujurioso como un hermoso Veronés”. “—Costará casi tanto —murmuró el señor Verdurin—. Pero quiten esos quesos de tan feo color” indicó tratando de retirar el plato del patrón que defendió su gruyère con todas sus fuerzas. “—Usted comprende que no lo lamento a Elstir —me dijo la señora de Verdurin—; éste está mucho mejor dotado. Elstir es el trabajo, el hombre que no sabe dejar su pintura cuando le entran ganas. Es el buen alumno, la bestia de los concursos. Ski no conoce más que su fantasía. Ya lo verá encender un cigarrillo en plena comida”. “—En suma, no sé por qué no quiso recibir usted a su mujer —dijo Cottard—; estaría aquí como antes”. “—Dígame ¿quiere ser educado usted? No recibo a busconas, señor profesor”, le advirtió la señora de Verdurin, que, por el contrario, había hecho todo lo posible para que volviera Elstir, aun con su mujer. Pero antes de que se casaran había tratado de disgustarlos, le había dicho a Elstir que la mujer que amaba era tonta sucia, liviana de cascos y había robado. Por una vez no le salió bien la ruptura. Elstir había roto, pero con el salón de Verdurin; y se felicitaba de ello, como los conversos bendicen la enfermedad o el derrumbe que los ha llevado al retiro o les hizo conocer el camino de la salvación. “—¡Es magnífico el profesor! —dijo ella—. Declare más bien que mi salón es una casa de citas. Parecería que no supiera usted quién es la señora de Elstir. Preferiría recibir a la última de las mujerzuelas. ¡Ah, no! No como esa clase de

pan. Por otra parte, le diré que habré sido tanto más tonta al aceptar esa mujer cuanto que ya no me interesa el marido, está pasado de moda, ni siquiera dibuja”. “—Es extraordinario para un hombre de semejante inteligencia”, dijo Cottard. “—¡Oh, no! —contestó la señora de Verdurin—; aun en la época en que tenía talento, porque lo ha tenido el muy canalla, y hasta para regalar; pero lo que fastidiaba era su absoluta falta de inteligencia”. Para exteriorizar ese juicio sobre Elstir, la señora de Verdurin no había esperado su distanciamiento y que ya no le gustase su pintura. Y es que aun en el tiempo en que formaba parte del pequeño grupo sucedía que Elstir pasaba días enteros con tal o cual mujer que, equivocadamente o no, la señora de Verdurin suponía ignorante, lo que a su juicio no era propio de un hombre inteligente. “—No —dijo ella con aparente equidad— creo que él y su mujer han nacido para llevarse muy bien. Dios sabe que no conozco a nadie más aburrido sobre la tierra y que me pondría hidrófoba si tuviera que estar dos horas con ella. Pero dicen que a él le parece muy inteligente. Es que hay que confesarlo: nuestro *Tiche* era sobre todo *excesivamente tonto*. Lo he visto deslumbrado por personas que usted ni se imagina, por buenos idiotas que nunca hubiéramos aceptado en nuestro pequeño clan. Y bueno, les escribía y discutía con ellas, él, ¡Elstir! Eso no le impide tener aspectos encantadores; ¡ah!, encantadores, encantadores y naturalmente y deliciosamente aburridos”. Porque la señora de Verdurin estaba convencida de que los hombres verdaderamente notables cometen mil locuras. Idea falsa en la que hay, sin embargo, alguna verdad. Es cierto que las *locuras* de la gente son insoportables. Pero un desequilibrio que no se descubre más que a la larga es consecuencia de la entrada en un cerebro humano

de esas delicadezas para las que uno está hecho habitualmente. De tal suerte que irritan las singularidades de la gente encantadora, pero no hay gente encantadora que no sea, por otra parte, singular. “—Mire: voy a poder enseñarle sus flores enseguida”, me dijo al ver que su marido le hacía señas de que podían levantarse de la mesa. Y volvió a tomar el brazo del señor de Cambremer. El señor Verdurin quiso disculparse ante el señor de Charlus en cuanto dejó a la señora de Cambremer y darle sus motivos, sobre todo por el placer de conversar de esos matices sociales con un hombre señalado momentáneamente como inferior a aquellos que le asignaban el lugar a que tenía derecho según juzgaba. Pero ante todo trató de demostrarle al señor de Charlus que lo estimaba intelectualmente demasiado para pensar que pudiera hacerle caso a esas fruslerías: “—Discúlpeme que le hable de esas insignificancias —empezó—, porque me imagino el poco caso que les hará. Los espíritus burgueses le prestan atención, pero los otros, los artistas, la gente entendida, verdaderamente a esa le importa muy poco. Y, desde las primeras palabras que hemos cambiado, comprendí que usted era de los nuestros”. El señor de Charlus, que le daba a esa locución un sentido muy diferente, tuvo un respingo. Después de los guiños del doctor, la franqueza injuriosa del Patrón lo sofocaba. “—No proteste, querido señor: usted es de los nuestros. Está tan claro como la luz del día —agregó el señor Verdurin—. Advierta que no sé si usted ejercita un arte cualquiera, pero no es necesario. No siempre basta. Dégrange, que acaba de morir, tocaba perfectamente con el más vigoroso mecanismo, pero no lo era. Brichtot no lo es. Mi mujer, sí; Morel, también; siento que usted lo es...” “—¿Qué iba a decirme?”, interrumpió el señor de Charlus, que

comenzaba a tranquilizarse acerca de lo que quería significar el señor Verdurin, aunque prefería que no gritara tanto esas palabras de doble sentido. —“Lo hemos puesto solamente a la izquierda” —contestó el señor Verdurin. El señor de Charlus, con una sonrisa comprensiva, bonachona e insolente, respondió: “—¡Pero vamos! Eso no tiene ninguna importancia *aquí*”, y prorrumpió en una risita que le era particular, una risa originaria, posiblemente, de alguna abuela bávara o lorenesa, que ella misma heredara de una antepasada, de suerte que sonaba así, sin cambios desde hacía bastantes siglos en antiguas pequeñas cortes de Europa y se gustaba su preciosa cualidad, tal como la de algunos instrumentos arcaicos que se han hecho muy escasos. Hay momentos en que, para describir completamente a alguien, haría falta que la imitación fonética se uniera a la descripción, y la del personaje que hacía el señor de Charlus corre peligro de ser incompleta por la ausencia de esa risita tan fina y ligera como ciertas obras de Bach, que no son nunca vertidas exactamente, porque las orquestas carecen de esas *pequeñas* trompetas de sonido tan particular para las que el autor escribió tal o cual partitura. “—Pero —explicó resentido el señor Verdurin—, es a propósito. No le atribuyo ninguna importancia a los títulos de nobleza —agregó con esa sonrisa desdeñosa que le he visto a tantas personas conocidas, al encuentro de mi abuela y mi madre, para todo aquello que no poseen y delante de los que, según suponen, no podrán hacerse con ellas una superioridad—. Pero, en fin, como estaba precisamente el señor de Cambremer, que es marqués, y usted no es más que barón...”. “—Permítame —contestó el señor de Charlus con altanería al señor Verdurin, asombrado—. Soy también duque de Brabante, doncel de

Montargis, príncipe de Olerón, de Carency, de Viareggio y des Dunes. Por otra parte, eso no le hace. No se atormente —agregó volviendo a su fina sonrisa, que floreció con estas últimas palabras—: he visto en seguida que no estaba usted acostumbrado”.

La señora de Verdurin se me acercó para enseñarme las flores de Elstir. Si ese acto de cenar fuera de casa, ya indiferente hacía mucho para mí, no me hubiese procurado una especie de embriaguez, bajo una forma que la renovaba por completo, de un viaje a lo largo de la costa seguido por una trepada en coche hasta doscientos metros sobre el nivel del mar, ésta no se había disipado en la Raspelière. “—Mire, mire usted eso —me dijo la Patrona, enseñándome unas rosas grandes y magníficas de Elstir, pero cuyo untuoso escarlata y cuya blancura batida se realizaban con un relieve excesivamente cremoso sobre la jardinera en que estaban—. ¿Cree usted que ahora podría Hacer algo semejante? Es muy fuerte. Y además es lindo como materia; sería divertido manipularla. No quiero decirle qué divertido era vérselas pintar. Uno advertía que le interesaba conseguir este efecto”. Y la mirada de la Patrona se detuvo, soñadora, en ese regalo del artista en que estaba resumido, no sólo su gran talento, sino su gran amistad, que no sobrevivía más que por esos recuerdos que le dejara; tras las flores que ella misma recogiera antaño, creía volver a ver la hermosa mano que les había pintado, en una mañana, durante el fresco, a tal punto que, unas sobre la mesa y la otra apoyada contra un sillón del comedor, habían podido imaginar, frente a frente para el almuerzo de la Patrona, las rosas aún vivas y su retrato semiparecido. Sólo a medias, porque Elstir no podía mirar una flor sin trasplantarla primero a ese jardín interior en que nos vemos obligados a permane-

cer siempre. Había enseñado en esta acuarela la aparición de las rosas que viera y que sin él nunca hubieran podido conocerse; de manera que puede decirse que era una variedad nueva, con la que ese pintor, como un horticultor ingenioso enriqueciera la familia de las rosas. “—Desde el día en que abandonó el pequeño núcleo, fue hombre liquidado. Según parece, mis comidas le hacían perder tiempo y yo perjudicaba el desarrollo de su *génie*—dijo ella irónicamente. Como si frecuentar a una mujer como yo no fuese sino saludable para un artista”, exclamó en un arranque de orgullo. Muy cerca de nosotros, el señor de Cambremer, que estaba ya sentado, esbozó, al ver de pie al señor de Charlus, el movimiento de levantarse y cederle la silla. Ese ofrecimiento no correspondía en el pensamiento del marqués sino quizás a una intención de vaga cortesía. El señor de Charlus prefirió darle el significado de un deber que el sencillo gentilhomme sabía corresponderle a un príncipe y no creyó que podía marcar mejor su derecho a esa preferencia sino por un rechazo. Por eso exclamó: “¡Pero cómo no! Se lo ruego, vaya”. El tono astutamente vehemente de esa protesta tenía ya algo muy *Guermantes* que se acentuó aún más en el gesto imperativo, inútil y familiar con el cual el señor de Charlus se apoyó con las dos manos y como para obligarlo a que se volviera a sentar sobre los hombros del señor de Cambremer, que no se había levantado: “—¡Vamos, querido amigo —insistió el barón—, es lo único que faltaba! ¡No hay motivos! En nuestros tiempos, lo reserva uno para los príncipes de la sangre”. No conmoví ni a los Cambremer ni a la señora de Verdurin por mi entusiasmo hacia su casa. Porque permanecía frío ante bellezas que me indicaban y me exaltaba con confusas reminiscencias; algunas veces hasta les confesaba mi des-

ilusión, al advertir que algo no estaba de acuerdo con lo que me había hecho suponer su nombre. Indigné a la señora de Cambremer al decirle que había creído que todo eso era mucho más campestre. En cambio me detuve extasiado para aspirar una corriente de aire que pasaba por la puerta. “—Veo que le gustan las corrientes”, me dijeron. Mi elogio de un trozo de lustrina verde que obturaba un vidrio roto no tuvo más éxito: “—¡Qué horror! —dijo la marquesa. El colmo fue cuando dije: “—Mi mayor alegría fué al llegar. Cuando oí mis pasos en la galería creí que entraba en no sé qué alcaldía de aldea, donde está el mapa del cantón”. Esta vez la señora de Cambremer me volvió resueltamente la espalda. “—¿No le pareció mal arreglado todo eso? —le preguntó su marido con la misma compasiva solicitud que si se hubiese informado hasta qué punto soportara su mujer una triste ceremonia—. Hay cosas lindas”. Pero, como la malevolencia, cuando las reglas fijas de un gusto firme no le imponen límites inflexibles, encuentra todo criticable, ya de su persona o de la casa, en lo de quienes lo han suplantado a uno: “—Sí, pero no están en su lugar. Además, ¡son tan hermosas!...” “—Usted habrá notado —dijo con cierta firmeza el señor de Cambremer que hay unas telas de Jouy que llegan a la trama, cosas completamente gastadas en este salón”. “—Y esa pieza de género, con sus rosas enormes, como un cubrepíe de campesina”, dijo la señora de Cambremer cuya cultura completamente postiza se aplicaba exclusivamente a la filosofía idealista, a la pintura impresionista y a la música de Debussy. Y para no señalar únicamente en nombre del lujo, sino del buen gusto: “—Y han puesto cortinillas. ¡Qué falta de estilo! ¿Qué quiere usted? ¿Dónde podía haber aprendido esa gente? Deben ser comerciantes

ricos retirados de los negocios. No está todo mal para ellos” y los candelabros me parecieron hermosos”, dijo el marqués, sin que se supiera por qué los exceptuaba, en la misma forma en que, inevitablemente, cada vez que se hablaba de un templo, así fuera la catedral de Chartres, de Reims, de Amiens o la iglesia de Balbec, lo que se apresuraba siempre a citar como admirables eran: “la caja de órganos, el púlpito y las obras de misericordia”. “—En cuanto al jardín, no hablemos de ello —dijo la señora de Cambremer—. Es un asesinato. Esos senderos al sesgo...” Aproveché que la señora de Verdurin servía el café para ir a echar un vistazo a la carta que me entregara el señor de Cambremer y por la que su madre me invitaba a cenar. Con esa tinta escasa, la letra traducía una individualidad reconocible para mí en adelante entre todas, sin que se necesitara recurrir a la hipótesis de plumas especiales, como los colores raros y fabricados misteriosamente no le son necesarios al pintor para expresar su visión original. Hasta un parálítico atacado de agrafia, hubiera comprendido después de un ataque, que la señora de Cambremer pertenecía a una antigua familia en que la entusiasta cultura de artes y letras había dado un poco de aire a las tradiciones aristocráticas. Hubiera adivinado también en qué años más o menos había aprendido simultáneamente la marquesa a escribir y a interpretar a Chopin. Era la época en que la gente bien educada observaba la regla de ser amable y la llamada de los tres adjetivos. Un adjetivo halagador no le bastaba; lo hacía seguir (después de un guioncito) con un segundo y luego (después de un segundo guión) con un tercero. Pero lo que le era particular es que, contrariamente al objeto social y literario que se proponía, la sucesión de los tres epítetos adquiría en las cartas de la señora de

Cambremer, no ya el aspecto de una progresión, sino el de un disminuyendo. La señora de Cambremer me dijo en esa primera carta que lo había visto a Saint-Loup y había apreciado aún más que de costumbres sus cualidades, “únicas, raras, verdaderas”, y que volvería con uno de sus amigos (precisamente el que quería a la nuera) y que si yo quería ir con o sin ellos para cenar en Féterne, estaría “encantada-feliz-contenta”. Quizás era porque, como el deseo de amabilidad no igualaba en ella ni a la fertilidad de la imaginación ni a la riqueza del vocabulario, esa dama insistía en lanzar tres exclamaciones y no tenía fuerzas para dar en la segunda y la tercera más que un eco debilitado de la primera. Si sólo hubiese un cuarto adjetivo de la amabilidad inicial, no quedaría nada. En fin, por cierta sencillez refinada que no dejaría de producir una considerable impresión en la familia y aun en el círculo de las relaciones, la señora de Cambremer se había acostumbrado a sustituir la palabra que podía llegar a parecer mentirosa y sincera, por la palabra verdadera. Y para recalcar que se trataba efectivamente de algo sincero, rompía la alianza convencional que colocara *verdadero* antes del sustantivo y lo plantaba valerosamente después. Sus cartas terminaban por: *Crea en mi amistad verdadera. Crea en mi simpatía verdadera*. Desgraciadamente, se había convertido hasta tal punto en una fórmula, que esa afectación de franqueza daba más la impresión de una cortesía mentirosa que las antiguas fórmulas en cuyo sentido ya no piensa uno. Para leer, me molestaba, además, el ruido confuso de las conversaciones que dominaba, la voz más alta del señor de Charlus, que no había dejado su tema y le decía al señor de Cambremer: “—Me hacía usted pensar, al querer que ocupara su lugar, en un señor que me envió una carta esta

mañana como si se dirigiera a Su Alteza el barón de Charlus y la empezaba así: *Monseñor*". "—En efecto, su corresponsal exageraba un poco", contestó el señor de Cambremer entregándose a una discreta alegría. El señor de Charlus la había provocado y no la compartió. "—Pero en el fondo, querido —dijo—, advierta que heráldicamente hablando él está en lo cierto. Yo no hago una cuestión personal, como puede imaginarse. Hablo como si se tratara de otro. Pero, ¿qué quiere usted? La historia es la historia; no podemos nada y no depende de nosotros modificarla. No le citaré al emperador Guillermo, que no dejó de llamarme *monseñor* en Kiel. He oído decir que llamaba así a todos los duques franceses, lo que es abusivo y sencillamente, quizás, una delicada atención que, por encima de nuestra cabeza, apunta a Francia". "—Delicada y más o menos sincera", dijo el señor de Cambremer. "—¡Ah!, no pienso como usted. Advierta que un señor de último orden, como ese Hohenzollern, protestante, además, y que ha despojado a mi primo el rey de Hannover, no está indicado para gustarme —agregó el señor de Charlus, para quien Hannover parecía estar más cerca del corazón que Alsacia-Lorena—. Pero creo que la inclinación que acerca a nosotros al emperador es profundamente sincera. Los imbéciles le dirán que es un emperador teatral. Es, por el contrario, maravillosamente inteligente: aunque no entiende de pintura; obligó al señor Tschudi a que retirara los Elstir de los museos nacionales. Pero a Luis XIV no le gustaban los maestros holandeses; tenía también afición por el despliegue y fue, en resumen, un gran soberano. Además, Guillermo II armó su país desde el punto de vista militar y naval, como no lo había hecho Luis XIV, y espero que su reinado no cono-

cerá nunca los reveses que oscurecieron al final el reino de aquel que vulgarmente se llama el Rey Sol. La República cometió un gran error, en mi opinión, al rechazar las amabilidades del Hohenzollern o al devolvérselas con cuentagotas. Él mismo lo advierte muy bien, y dice con ese su don de expresión: *Lo que quiero es un apretón de manos y no un sombrerazo*. Como hombre, es vil; ha abandonado, entregado y renegado de sus mejores amigos en circunstancias en que su silencio resultó tan miserable como grande el de ellos ³/₄continuó el señor de Charlus, que, llevado siempre por la pendiente, se deslizaba hacia el asunto Eulembourg y recordaba la frase que le dijera uno de los acusados más altos: *Es necesario que el emperador confíe en nuestra delicadeza para haberse atrevido a permitir semejante proceso. Pero, por otra parte, no se equivocó al tener fe en nuestra discreción. Hubiéramos cerrado la boca hasta en el cadalso*³/₄. Por otra parte, nada de eso tiene que ver con lo que quería decir y es que en Alemania, como príncipes mediatizados, somos Durchlaucht y en Francia estaba públicamente reconocido nuestro rango de Alteza. Saint-Simon pretende que lo habíamos tomado abusivamente en lo que se equivoca de medio a medio. El motivo que da, que Luis XIV nos prohibió que lo llamáramos el rey muy cristiano y nos ordenó que lo llamásemos el Rey a secas, prueba sencillamente que descendíamos de él y no que careciéramos de la cualidad de príncipe. Sin lo cual hubiesen tenido que negarlo al duque de Lorena y tantos otros. Por otra parte, varios de nuestros títulos provienen de la casa de Lorena, por Teresa d'Espinoy, mi bisabuela, que era la hija del doncel de Commercy. —Al advertir que Morel lo escuchaba, el señor de Charlus desarrolló más ampliamente los motivos de su pretensión—. Le indiqué a mi hermano que la nota sobre

nuestra familia no debiera encontrarse en la tercera parte del *Gotha*, sino en la segunda, por no decir en la primera —dijo sin notar que Morel no sabía lo que era el *Gotha*—. Pero a él le concierne, es mi jefe de armas y desde que así le parece bien y lo deja pasar, no tengo más que cerrar los ojos”. “—El señor Brichot me ha interesado mucho”, le dije a la señora de Verdurin, que se me acercaba a tiempo que me guardaba la carta de la señora de Cambremer en el bolsillo. “—Es un espíritu cultivado y un buen hombre —me contestó fríamente. Carece, sin lugar a dudas, de originalidad y buen gusto, y tiene una memoria terrible. Decían de los *abuelos*, de la gente que tenemos esta noche, los emigrados, que no habían olvidado nada. Mientras que Brichot todo lo sabe, y nos sacude con pilas de diccionarios durante la comida. Creo que ya no ignora usted nada acerca del significado de tal o cual ciudad o aldea”. Mientras hablaba la señora de Verdurin, pensaba que me había prometido preguntarle algo, pero no podía recordarlo. “—Estoy seguro de que hablan ustedes de Brichot. Eh, Chantepie y Freycinet. No le ha perdonado nada. La he mirado, mi pequeña Patrona”. “—Lo he visto perfectamente y estuve por estallar”. No sabría decir hoy cómo se había vestido esa noche la señora de Verdurin. Quizás en ese momento tampoco, porque no tengo espíritu observador. Pero, al advertir que su atuendo no dejaba de tener pretensiones, le dije algo amable y hasta admirativo. Era como casi todas las mujeres, que se imaginan que cuando uno les hace un cumplido es la estricta expresión de la verdad y un juicio imparcial, irresistiblemente, como si se tratara de un objeto de arte que no se vinculase a una persona. Por eso, con una seriedad que me hizo ruborizar por mi hipocresía, me planteó esta cándida y orgullo-

sa pregunta, habitual en semejantes circunstancias: “—¿Le gusta?”. “—Están hablando de Chantepie, estoy seguro”, dijo el señor Verdurin acercándose a nosotros. Había sido el único, pensando en mi lustrina verde y en el olor de bosques, que no había advertido que, al enumerar esas etimologías, Brichot se había puesto en ridículo. Y como las impresiones que para mí valorizaban las cosas pertenecían a la categoría de aquellas que los demás no experimentan o rechazan sin pensarlo como insignificantes y, por consiguiente, si hubiera podido comunicarlas, no las hubiesen comprendido o las desdeñaran, eran integralmente inutilizables para mí y tenían, además, el inconveniente de hacerme pasar por estúpido ante la señora de Verdurin, que ya había visto que me gustaba Brichot, como ya se lo había parecido a la señora de Guermites por estar a gusto en casa de la señora de Arpajon. En cuanto a Brichot, sin embargo, había otro motivo. No pertenecía yo al pequeño clan. Y en todo clan, social, político o literario, se adquiere una perversa facilidad para descubrir en una conversación, un discurso oficial, una noticia o un soneto, aquello que el lector honrado no pensara ver jamás. ¡Cuántas veces me sucedió, al leer con cierta emoción un cuento hábilmente construido por un académico disertado y algo envejecido, estar a punto de decirles a Bloch o a la señora de Guermites: “—¡Qué lindo!”, y antes de que hubiese abierto la boca, exclamara cada cual en un lenguaje diferente: “—Si quiere usted pasar un buen rato, lea un cuento de Fulano. La estupidez humana nunca ha llegado tan lejos”. El desprecio de Bloch se originaba especialmente en que algunos efectos de estilo, por otra parte agradables, eran un poco marchitos; el de la señora de Guermites, en que el cuento parecía probar precisamente lo con-

trario de lo que quería decir el autor, por motivos de hecho que deducía ingeniosamente, pero en los que nunca hubiera pensado. Me sorprendió tanto la ironía que ocultaba la amabilidad aparente de los Verdurin para Brichot como oír algunos días más tarde en Féterne a los Cambremer, ante mi entusiasta elogio de la Raspelière: “—No es posible que sea usted sincero, después de lo que han hecho de ella.” Verdad es que confesaron que la vajilla era hermosa. No la había visto, como no había visto las cortinillas chocantes. “—En fin, ahora, cuando regrese usted a Balbec, ya sabrá lo que significa Balbec”, dijo irónicamente el señor Verdurin. Y eran precisamente las cosas que me enseñaba Brichot las que me interesaban. En cuanto a lo que se llamaba su ingenio, era exactamente el mismo que tanto había gustado antaño en el pequeño clan. Hablaba con la misma facilidad irritante, pero sus palabras ya no tenían alcance: debían vencer un silencio hostil o ecos desagradables; lo que había cambiado no era lo que decía, sino la acústica del salón y la disposición del público. “—¡Cuidado!”, dijo a media voz la señora de Verdurin, señalando a Brichot. Este, que había conservado más penetrante el oído que la vista, arrojó sobre la Patrona una mirada pronto desviada de miope y de filósofo. Si sus ojos ya no eran tan fuertes, los de su espíritu, en cambio, echaban sobre las cosas una mirada mucho más amplia. Vela qué poco se puede esperar de los afectos humanos y se había resignado. Claro que lo hacía sufrir. Sucede que, aun en una sola noche aquel que está acostumbrado a gustar en un medio y adivina que lo encontraron demasiado frívolo o demasiado pedante o demasiado torpe o demasiado desenfadado, etc., vuelve afligida a su casa. Generalmente se debe a opiniones o sistemas que les parecieron absurdos

o anticuados a otros. A menudo sabe demasiado que esos otros no valen lo que él. Podría disecar con la mayor facilidad los sofismas con cuya ayuda lo condenaron tácitamente, y desearía realizar una visita o escribir una carta; aconsejado por la prudencia, no hace nada y espera la invitación de la semana siguiente. A veces también esas desgracias duran meses, en lugar de terminar en una noche. Debido a la inestabilidad de los juicios sociales, llegan a aumentarla. Porque aquel que sabe que lo desprecia la señora X, al advertir que lo estiman en casa de la señora de Y, la declara muy superior y emigra a su salón. Por otra parte, no es éste el lugar de describir a esos hombres superiores a la vida social, pero que no han sabido realizarse fuera de ella, felices de ser recibidos, agriados cuando los desconocen, descubriendo cada año las taras de la dueña de casa que alababan y el genio de la que no habían estimado en su valor, aunque vuelvan a sus primeros amores cuando hayan sufrido los inconvenientes que tenían también las segundas y los de las primeras estén ya un poco olvidados. Puede uno juzgar por esas cortas desgracias la pena que le causaría a Brichot esa que sabía definitiva. No ignoraba que a veces la señora de Verdurin se reía públicamente de él, y hasta de sus dolencias y sabiendo qué poco hay que esperar del afecto humano, y habiéndose sometido, no por eso dejaba de considerar a la Patrona como su mejor amiga. Pero, ante el rubor que cubrió el rostro del universitario, la señora de Verdurin comprendió que la había oído y se prometió ser amable con él durante la velada. No pude dejar de decirle que lo era muy poco para Saniette. “—¡Cómo, poco amable! Pero nos adora, usted no sabe lo que somos para él. A mi marido a veces le fastidia un poco su estupidez, y hay que confesar que con

motivos; pero, en esos momentos, ¿por qué no se rebela un poco más, en lugar de tomar ese aire de perro apaleado? No es sincero. Eso no me gusta. Lo que no impide que trate siempre de calmar a mi marido, porque, si se le fuera la mano, Saniette ya no podría volver; y eso no lo querría yo, porque le diré que ya no tiene un centavo y necesita sus comidas. Después de todo, si se disgusta, que no vuelva; eso no es cosa mía. Cuando uno necesita de los demás, no hay que ser tan idiota.” “—El ducado de Aumale ha permanecido mucho tiempo en nuestra familia antes de pasar a la casa de Francia —explicaba el señor de Charlus al señor de Cambremer, ante Morel estupefacto y a quien, a decir verdad, toda esa disertación, ya que no dirigida, era por lo menos destinada. Teníamos preeminencia sobre todos los príncipes extranjeros: le podría dar cien ejemplos. Una vez que la princesa de Croy quiso arrodillarse junto a mi tatarabuela, en el entierro de *Monsieur*, ésta le hizo notar crudamente que no tenía derecho al mosaico, lo mandó retirar por el oficial de servicio y llevó el asunto al rey, quien ordenó a la señora de Croy que le presentara disculpas a la señora de Guermantes en su casa. Una vez que el duque de Borgoña vino a nuestra casa con los ujieres y la vara en alto, obtuvimos del rey que la bajara. Sé que no tiene mérito hablar de las virtudes de los propios. Pero es bien conocido que los nuestros siempre estuvieron antes que ninguno en el momento del peligro. Nuestro grito de guerra, cuando dejamos el de los duques de Brabante, fue *Passavant*.⁴¹ De manera que, en resumen, es bastante legítimo que ese derecho de ser en todas partes los primeros, reivindicado durante tantos siglos en la guerra, lo hayamos conseguido luego en la corte. Y vaya, siempre nos fue reconocido. Le citaré, como otra prueba, a

la princesa de Baden. Como se había atrevido a disputarle su rango a esa misma duquesa de Guermantes de la que le acabo de hablar y quiso entrar antes en el palacio del rey, aprovechando un movimiento de vacilación que tuvo quizás mi parienta (aunque no había motivos), el rey gritó con vivacidad: —*Entre, entre, prima. La señora de Baden sabe demasiado lo que le debe.* Y es como duquesa de Guermantes que tenía ese rango, aunque por ella misma tuvo un origen bastante elevado, ya que por su madre era sobrina de la reina de Polonia de la reina de Hungría, del Elector Palatino, del príncipe de Saboya-Carignan y del príncipe de Hannover; luego, rey de Inglaterra.” —*Maecenas atavis edite regibus*”, dijo Brichot dirigiéndose al señor de Charlus, que contestó esa cortesía con una ligera inclinación de cabeza: “—¿Qué dice usted?”, preguntó la señora de Verdurin a Brichot, con lo cual quería reparar sus palabras de un rato antes. “—Hablabas, Dios me perdone, de un *dandi* que era la flor de la sociedad (la señora de Verdurin frunció el ceño) más o menos por el siglo de Augusto (la señora de Verdurin, tranquilizada por la lejanía de esa sociedad, adoptó una expresión más serena), de un amigo de Virgilio y Horacio que extremaba la zalamería hasta echarle en cara sus ascendencias más que aristocráticas, reales; en una palabra, hablaba de Mecenas, una rata de biblioteca que era amigo de Horacio, Virgilio y Augusto. Estoy seguro de que el señor de Charlus sabe perfectamente por todos conceptos quién era Mecenas.” Mirando graciosamente a la señora de Verdurin de reojo, porque la había oído citarlo a Morel para dos días después y temía que no lo invitaran. “—Creo —dijo el señor de Charlus— que Mecenas era algo así como el Verdurin de la antigüedad.” La señora de Verdurin sólo a medias reprimió una sonrisa sa-

tisfecha. Fue hacia Morel. “—Es agradable el amigo de sus padres —le dijo—. Se ve que es un hombre instruido y bien educado. Se hallará en nuestro pequeño núcleo. ¿Dónde vive en París?” Morel guardó un altivo silencio y propuso solamente una partida de naipes. La señora de Verdurin exigió ante todo un poco de violín. Ante el asombro general, el señor de Charlus, que nunca mencionaba sus grandes dones, acompañó con el más puro estilo el último trozo (inquieto, atormentado, pero en fin anterior a la sonata de Franck) de la Sonata para piano y violín de Fauré. Sentí que le daría a Morel, maravillosamente dotado para el sonido y el virtuosismo, precisamente aquello que le faltaba: la cultura y el estilo. Pero pensé con curiosidad en lo que une en un mismo hombre una tara física y un don espiritual. El señor de Charlus no era muy distinto a su hermano, el duque de Guermantes. Hasta hacía un instante (y eso era curioso) había hablado un francés tan malo como el suyo. Reprochándome (sin duda para que le hablase a la señora de Verdurin en términos elogiosos de Morel) que nunca lo fueron a ver y mientras yo invocaba la discreción, me había contestado: “—Pero, ya que soy yo quien se lo pide, únicamente yo podría resentirme. Eso pudo haber sido dicho por el duque de Guermantes. El señor de Charlus no era, en resumen más que un Guermantes. Pero había bastado que la naturaleza le desequilibrase lo suficiente el sistema nervioso para que, en lugar de una mujer, como lo hubiese hecho su hermano el duque, prefiriese un pastor de Virgilio o un discípulo de Platón, y enseguida, unas cualidades desconocidas al duque de Guermantes y a menudo relacionadas con ese desequilibrio habían hecho del señor de Charlus un pianista delicioso, un pintor aficionado que no carecía de buen

gusto y un elocuente orador. Ante el estilo rápido, ansioso, encantador con el que el señor de Charlus tocaba el trozo schumanesco de la Sonata de Fauré, ¿quién hubiera podido discernir que ese estilo tenía su homólogo —uno no se atreve a decir su causa— en partes completamente físicas, en los defectos nerviosos del ejecutante? Más tarde explicaremos las palabras *defectos nerviosos* y por qué motivo un griego de la época de Sócrates, un romano del tiempo de Augusto, podían ser lo que se sabe y continuar como hombres absolutamente normales y no afeminados como los que vemos hoy. En la misma forma que con sus disposiciones artísticas reales no desarrolladas el señor de Charlus había querido a su madre mucho más que el duque y querido a su mujer, y aun años después, cuando le hablaban de ella le brotaban lágrimas, aunque superficiales, como la traspiración de un hombre demasiado gordo cuya frente se humedece por cualquier motivo. Con la diferencia de que no le dice a éstos: “—¡Qué calor tiene usted!”, mientras que a los otros simula no ver su llanto. Uno, es decir la gente; porque al pueblo le inquieta ver llorar, como si un llanto fuera más grave que una hemorragia. La tristeza que siguió a la muerte de su mujer, gracias al hábito de la mentira, no excluía una vida que no estaba de acuerdo con ella. Más tarde tuvo la ignominia de dejar suponer que durante la ceremonia fúnebre había encontrado la manera de pedirle al monaguillo su nombre y su dirección. Y era quizás verdad.

Terminado el trozo, me permití reclamar algo de Franck, lo que pareció hacer sufrir hasta tal punto a la señora de Cambremer, que no insistí. “—A usted no le puede gustar eso”, me dijo. Pidió, en su lugar, *Fiestas* de Debussy, lo que hizo gritar: “—¡Ah, es sublime!”,

desde la primera nota. Pero Morel advirtió que no sabía más que los primeros compases y por chiquillería, sin ninguna intención de superchería, comenzó una marcha de Meyerbeer. Desgraciadamente, como hizo poca transición y no anunció nada, todos creyeron que seguía siendo Debussy y continuaron gritando que era sublime. Morel, al revelar que el autor no era el de *Péleas*, sino el de *Roberto el Diablo*, produjo cierta frialdad. La señora de Cambremer no tuvo siquiera tiempo de experimentarlo por sí misma, porque acababa de descubrir un cuaderno de Scarlatti y se había echado encima con una impulsión histérica. “—¡Oh, toque eso, mire; eso es divino!”; gritaba. Sin embargo, de ese autor de tanto tiempo desdeñado y promovido hacía poco a los mayores honores, lo que elegía en su febril impaciencia era uno de esos trozos malditos que tan a menudo le impiden dormir a uno porque un alumno despiadado lo reanuda interminablemente en el piso de arriba. Pero a Morel le parecía suficiente música y como quería jugar a los naipes, para participar de la partida el señor de Charlus hubiera querido un *whist*. “—Hace un momento le dijo al Patrón que era príncipe —le sopló Ski a la señora de Verdurin—; pero no es verdad: pertenece a una sencilla burguesía de pequeños arquitectos.” “—Quiero saber lo que decían de Mecenas. A mí me divierte”, volvió a decir la señora de Verdurin a Brichot, con una amabilidad que lo embriagó a éste. Por eso, para deslumbrar a los ojos de la Patrona y quizás también a los míos: “—Pero, a decir verdad, señora, Mecenas me interesa sobre todo porque es el primer apóstol señalado de ese dios chino que cuenta hoy en Francia con más sectarios que Brahma, que el mismo Cristo, el muy poderoso dios Jemenfou”.⁴² La señora de Verdurin ya no se contentaba en esos

casos con hundir la cabeza en sus manos. Se tiraba con la brusquedad de los insectos llamados efímeros sobre la princesa Sherbatoff; si ésta estaba a poca distancia, la Patrona se enganchaba en la axila de la princesa, hundía sus uñas y ocultaba por algunos instantes la cabeza como un niño que juega a las escondidas. Disimulada por esa pantalla protectora, podía suponerse que reía hasta las lágrimas y podía también no pensar en nada más, como la gente que durante una rogativa un poco larga tiene la sabia precaución de sepultar la cara entre las manos. La señora de Verdurin los imitaba al escuchar los cuartetos de Beethoven para demostrar a la vez que los consideraba como un rezo y para no dejar ver que dormía. “—Hablo muy seriamente, señora —dijo Brichot—. Creo que hoy es demasiado grande la cantidad de gente que se pasa el tiempo considerando a su ombligo —como el centro del mundo. En buena doctrina, nada tengo que objetar a no sé qué nirvana que tiende a disolvernarnos en el gran Todo (el que, como Munich y Oxford, está mucho más cerca de París que Asnières o Bois-Colombes); pero no es ni de buen francés, ni siquiera de buen europeo, cuando los japoneses están, quizás, a las puertas de nuestra Bizancio, que unos antimilitaristas socializados discutan gravemente acerca de las virtudes cardinales del verso libre” La señora de Verdurin creyó que ya podía soltar el hombro aprisionado de la princesa y dejó reaparecer su cara, no sin fingir que se secaba los ojos y sin recobrar aliento dos o tres veces. Pero Brichot quería que yo participase en el festín y habiendo recordado, de las defensas de las tesis que presidía como nadie, que nunca se alaba tanto a la juventud como morigerándola y dándole importancia o haciéndose tratar de reaccionario por ella: “—No quisiera blasfemar contra los dioses de

la Juventud—dijo echando sobre mí esa mirada furtiva que un orador le concede a hurtadillas a alguna persona de su auditorio y cuyo nombre menciona—. No quisiera ser condenado como hereje y relapso en la capilla mallarmeana en cuya misa esotérica ha debido ayudar nuestro nuevo amigo como todos por lo menos como monaguillo y mostrarse delicuescente o rosa-cruz. Pero, verdaderamente, hemos visto demasiados intelectuales de esos que adoran el arte con A mayúscula y que, cuando no les basta emborracharse con Zola, se dan inyecciones de Verlaine. Eterómanos por devoción baudelairiana, ya no serían capaces del esfuerzo viril que podría un día u otro pedirles la patria, anestesiados como lo están por la gran neurosis literaria en la atósfera cálida, enervante, pesada de malsanos relentes, de un simbolismo de fumadero de opio.” Incapaz de fingir ni remotamente admiración por la copla inepta y abigarrada de Brichtot, me volví hacia Ski y le aseguré que se equivocaba completamente acerca de la familia del señor de Charlus; me contestó que estaba seguro de lo que manifestaba, y agregó que yo mismo le había afirmado que su verdadero nombre era Gandin, Le Gandin. “—Le dije —respondí— que la señora de Cambremer era hermana de un ingeniero, el señor Legrandin. Nunca le he hablado del señor de Charlus. Hay tanta relación de nacimiento entre él y la señora de Cambremer como entre el gran Condé y Racine.” “—¡Ah, yo creía!” —exclamó Ski ligeramente, sin más disculpas que unas horas antes, cuando por un error suyo casi nos hizo perder el tren. “—¿Piensa usted quedarse mucho tiempo en la costa?”, le preguntó la señora de Verdurin al señor de Charlus, en quien preveía a un fiel y temía volviera demasiado pronto a París. “—¡Dios mío!, nunca se

sabe —contestó con un tono arrastrado y gangoso el señor de Charlus—. Me gustaría quedarme hasta fines de septiembre.” “—Tiene usted razón —asintió la señora de Verdurin—; es el momento de las hermosas tempestades.” “—A decir la verdad, no es eso lo que me decidiría. He descuidado desde hace algún tiempo al Arcángel San Miguel, mi patrono, y quisiera indemnizarlo quedándome hasta su fiesta, el 29 de septiembre, en la Abadía del monte.” “—¿Le interesan mucho esos asuntos?”, preguntó la señora de Verdurin, que quizás podía haber conseguido acallar su anticlericalismo herido si no temiese que una excursión tan prolongada no hiciese largar durante 48 horas al violinista y al barón. “—Usted parece atacada de sordera intermitente —contestó con insolencia, el señor de Charlus—. Le he dicho que San Miguel era uno de mis gloriosos patronos.” Luego, sonriendo con un éxtasis benevolente, los ojos fijos a lo lejos, la voz aumentada por una exaltación que me pareció más que estética, aunque religiosa: “—¡Es tan hermoso el ofertorio, cuando Miguel está de pie junto al altar, vestido de blanco, agitando un incensario de oro y con tal acumulación de perfumes, que su olor sube hasta Dios!...” “—Podríamos ir en tropel”, sugirió la señora de Verdurin a pesar de su horror por la sotana. “—En ese momento, desde el ofertorio —agregó el señor de Charlus, que, por otros motivos, pero del mismo modo que los buenos oradores de la Cámara, no contestaba nunca una interrupción y fingía no haberla oído—, sería encantador ver a nuestro joven amigo palestrinizando y hasta ejecutando un Aria de Bach. Hasta el buen abate enloquecería de alegría y es el mayor homenaje, por lo menos el mayor homenaje público; que pueda yo ofrecerle a mi Santo Patrono. ¡Qué edificante para los fieles! Le

hablaremos dentro de un rato al joven angélico musical, militar como San Miguel.”

Saniette, llamado para hacer el muerto, declaró que no sabía jugar al *whist*. Y Cottard, al ver que ya no faltaba mucho para la hora del tren, se puso enseguida a jugar un partido de *écarté* con Morel. El señor Verdurin, furioso, avanzó sobre Saniette: “Usted no sabe jugar a nada —gritó furioso, por haber perdido la oportunidad de jugar al *whist* y encantado de haber encontrado una oportunidad de injuriar al antiguo archivista. Éste, aterrorizado, asumió un aire espiritual: “—Sí, sé tocar el piano”, contestó Cottard y Morel se habían sentado frente a frente. “—A usted el honor”, dijo Cottard. “—Si nos acercáramos un poco a la mesa de juego... —manifestó el señor de Charlus al señor de Cambremer, inquieto al ver al violinista con Cottard—. Es tan interesante como esas cuestiones de etiqueta que en nuestra época ya no significan mucho. Los únicos reyes que nos quedan, en Francia, por lo menos, son los reyes de los naipes y me parece que van a pasar en abundancia a las manos del joven virtuoso”, se apresuró a agregar con una admiración por Morel que se extendía hasta su manera de jugar, para halagarlo también y por fin para justificar el movimiento que hacía al inclinarse sobre el hombro del violinista. “—Yo corto”, dijo Cottard imitando la pronunciación de un rastacuero y sus hijos se echaron a reír, como lo hacían sus alumnos y el jefe de la clínica cuando el maestro, así fuera junto al lecho de un enfermo grave, lanzaba, con una impasible máscara de epiléptico, uno de sus chistes habituales. “—No sé exactamente qué jugar”, dijo Morel consultando al señor de Cambremer. “—Como quiera; de todas maneras, lo derrotarán. Esto o aquello da lo mismo.”

“—Igual... ¿Ingalli? —dijo el doctor deslizando hacia el señor de Cambremer una mirada insinuante y benévola—. Es lo que llamamos la verdadera diva; era el sueño, una Carmen como ya no volverá a verse. Era la mujer para el papel. Me gustaba también oír Ingalli casado.” El marqués se levantó con esa vulgaridad desdeñosa de la gente bien nacida que no comprende que insulta al dueño de casa aparentando no estar seguro de que pueda frecuentarse a sus invitados y que se disculpan con la costumbre inglesa para emplear una expresión despreciativa: “—¿Quién es ese señor que juega a las cartas? ¿Qué hace en la vida? ¿Qué *vende*? Me gusta bastante saber con quién estoy para no ligarme con cualquiera. Y no he oído su nombre cuando usted me hizo el honor de presentármelo.” Si el señor Verdurin, autorizándose con esas últimas palabras, había presentado efectivamente el señor de Cambremer a sus invitados, a éste le hubiera parecido muy mal. Pero, sabiendo que era lo contrario lo que tenía lugar, creía gracioso parecer buen muchacho y modesto sin riesgos. La vanidad que tenía el señor Verdurin por su intimidad con Cottard no había hecho más que crecer desde que el doctor se había convertido en un profesor ilustre. Pero ya no se manifestaba bajo la forma ingenua de otrora. Entonces, cuando se conocía apenas a Cottard, si le hablaban al señor Verdurin de las neuralgias faciales de su mujer: “—No hay nada que hacer —decía con el cándido amor propio de los que creen que cuanto se relaciona con ellos es ilustre y que todos conocen el nombre del profesor de canto de su familia—. Si tuviera un médico de segundo orden, podría buscarse otro tratamiento; pero cuando ese médico se llama Cottard (nombre que pronunciaba como si fuese Bouchard o Charcot), no hay más que sacar la escalera.”

Usando un procedimiento inverso al saber que el señor de Cambremer había oído hablar con seguridad del famoso profesor Cottard, el señor Verdurin tomó una expresión simplota. “—Es nuestro médico de familia; un excelente corazón que adoramos y que se haría cortar en cuatro pedazos por nosotros; no es un médico, es un amigo. No supongo que lo conozca usted ni que su nombre le represente algo, aunque para nosotros sea el nombre de una excelente persona, de un muy querido amigo: Cottard.” Ese nombre, murmurado con aparente modestia, engañó al señor de Cambremer, que creyó se trataba de otro. “—¿Cottard? ¿No hablará usted del profesor Cottard?” Se oía precisamente la voz del mencionado profesor, que, preocupado por un golpe, decía teniendo sus naipes: “—Aquí es donde se alcanzaron los atenienses.” “—¡Ah, sí!, justamente, es profesor”, dijo el señor Verdurin. “—¡Cómo! El profesor Cottard, ¿no se equivoca usted? ¿Está usted seguro de que es el mismo, el que vive en la calle du Bac?” “Si, vive en la calle du Bac, N° 43, ¿Lo conoce?” “—Pero todos conocen al profesor Cottard. Es una eminencia. Es como si me preguntara usted si conozco a Bouffe de Saint-Blaise o a Courtois-Suffit. Ya me había parecido al oírlo hablar que no era un hombre común; por eso me he permitido preguntárselo.” “—Veamos, ¿qué hay que jugar? ¿Triunfo?”, preguntaba Cottard. Luego, bruscamente, con una vulgaridad que hubiera resultado fastidiosa aun en una circunstancia heroica, cuando un soldado quiere prestarle una expresión familiar al desprecio por la muerte, pero que se hacía doblemente estúpida en el pasatiempo sin peligro de los naipes, Cottard, decidiéndose a jugar triunfo, tomó un aspecto sombrío, de persona extravagante y, aludiendo a los que arriesgan la vida, jugó un

naípe como si fuera su vida, exclamando: “—Después de todo, ¡qué importa!” No era lo que debía jugar, pero tuvo un consuelo. En medio del salón, en un amplio sillón, la señora Cottard, sucumbiendo al efecto irresistible para ella de la sobremesa, se había entregado, tras vanos esfuerzos, al sueño amplio y liviano que se apoderaba de ella. Por más que se irguiese por instantes, para sonreír, ya por burlarse de sí misma, ya por temor a no dejar sin respuesta alguna palabra amable que le dirigieran, volvía a caer, a su pesar, presa del mal implacable y delicioso. Más que el ruido, lo que la despertaba así por un instante era la mirada (que por ternura veía aún con los ojos cerrados y preveía porque la misma escena se producía todas las noches y obsesionaba su sueño como la hora en que uno tendría que levantarse) conque el profesor señalaba el sueño de su esposa a los presentes. Para empezar, se contentaba con mirarla y sonreír, porque si como médico censuraba ese sueño después de la comida (por lo menos daba ese motivo científico para enojarse al final, pero no era seguro que fuera determinante, ya que tenía sobre ello tantos puntos de vista distintos), como marido todopoderoso y travieso le encantaba burlarse de su mujer, no despertarla primero sino a medias, para que volviese a dormir y tener el placer de despertarla de nuevo.

Ahora la señora de Cottard dormía profundamente. “—¡Vamos, Leontina, duermes!”, le gritó el profesor. “—Oigo lo que dice la señora de Swann, mi amigo”, repuso débilmente la señora de Cottard, que volvió a caer en su letargo. “—¡Es insensato! —exclamó Cottard—. Dentro de un rato nos asegurará que no se ha dormido. Es como los enfermos que van a una consulta y pretenden que nunca duermen.” “—Se lo figuran, quizás”, dijo riendo el señor

de Cambremer. Pero al doctor le gustaba tanto contradecir como molestar y sobre todo no admitía que un profano se atreviese a hablarle de medicina. “—No se figura uno que no duerme”, promulgó en tono dogmático. “—¡Ah!”, contestó el marqués inclinándose respetuosamente, como lo hubiese hecho Cottard antaño. “—Bien se ve —repuso Cottard que usted no ha administrado como yo hasta dos gramos de trional sin llegar a provocar el sueño.” “—En efecto, en efecto —repuso el marqués riendo, con cierta ironía—; nunca he tomado trional, ni ninguna de esas drogas que al tiempo ya no hacen efecto, pero le estropean a uno el estómago. Le aseguro que cuando se ha cazado la noche entera en el bosque de Chantepie no se necesita trional para dormir.” “—Son los ignorantes quienes dicen eso —contestó el profesor—. El trional levanta a veces notablemente el tono nervioso. Usted habla de trional, ¿pero sabe siquiera de qué se trata?” “—Pero... he oído decir que se trata de un medicamento para dormir.” “—No contesta usted mi pregunta, repuso doctoralmente el profesor, que estaba de exámenes tres veces por semana en la Facultad—. No le pregunto si hace dormir o no, sino lo que es. ¿Puede decirme cuántas partes de amilo o de etilo contiene?” “—No —repuso, turbado, el señor de Cambremer—. Prefiero un buen vaso de coñac o aun de oporto 345.” “—Que son diez veces más tóxicos”, interrumpió el profesor. “—En cuanto al trional —se atrevió el señor de Cambremer—, mi mujer está abonada a todo eso. Lo mejor sería que hablase usted con ella.” “—Que debe saber más o menos lo mismo que usted. En todo caso, si su mujer toma trional para dormir, ya ve usted que la mía no lo necesita. ¡Vamos, Leontina, muévete, que te anquilosas! ¿Acaso duermo yo después de cenar? ¿Que harás

a los sesenta años si duermes ahora como una vieja? Vas a engordar, paralizas tu circulación. Ya ni me oye.” “—Son malos para la salud esos sueñitos después de la comida, ¿verdad, doctor? —dijo el señor de Cambremer para rehabilitarse ante Cottard—. Después de haber comido bien habría que hacer ejercicio.” “—¡Historias! —repuso el profesor—. Se ha estudiado la misma cantidad de alimento en el estómago de un perro quieto y en el estómago de un perro que había corrido, y en el primero la digestión estaba más adelantada.” “—Entonces no es el sueño el que corta la digestión.” “—Eso depende, según se trate de la digestión esofágica, estomacal o intestinal; es inútil darle explicaciones que no comprendería, ya que no ha hecho estudios médicos. Vamos Leontina, en marcha; es tiempo de irse.” No era cierto, porque el doctor sólo iba a continuar su partida de naipes, pero esperaba contrariar así más bruscamente el sueño de la muda a la que dirigía las más sabias exhortaciones sin recibir respuesta. Sea que persistiese en la señora de Cottard una voluntad de resistencia al sueño, aun en estado somnífero; sea que el sillón no prestase apoyo a su cabeza, esta última fué proyectada mecánicamente de izquierda a derecha y de arriba abajo, en el vacío, como un objeto inerte y la señora de Cottard, cuya cabeza se balanceaba, parecía tan pronto oír música, tan pronto haber entrado en la última fase de la agonía. Ahí donde fracasaban las amonestaciones cada vez más vehementes de su marido, tuvo éxito el sentimiento de su propia tontería: “—Mi baño está bien en cuanto a temperatura —murmuró—, pero las plumas del diccionario... —exclamó irguiéndose—. ¡Oh, Dios mío, qué tonta soy! ¿Qué digo? Estaba pensando en mi sombrero; he

debido decir una tontería; por poco me duermo; es ese maldito fuego.” Y todos se pusieron a reír porque no había fuego alguno.

“—Se burlan ustedes de mí —dijo, riendo, la señora de Cottard, que disipó con la mano sobre su frente, con ligereza de hipnotizador y destreza de mujer que vuelve a peinarse, los últimos rastros de sueño—; quiero presentar mis humildes excusas a la querida señora de Verdurin y conocer la verdad por su boca. Pero su sonrisa se entristeció porque el Profesor, que sabía que su mujer trataba de complacerlo y temía no lograrlo acababa de gritarle: “—Mírate al espejo; estás roja como si tuvieses una erupción de acné; pareces una campesina vieja” “—¿Saben ustedes? Es encantador —dijo la señora de Verdurin—, tiene una agradable faceta de bonhomía irónica. Además, lo arrancó a mi marido de la misma tumba cuando toda la Facultad lo había desahuciado. Pasó tres noches en vela a su lado. Por eso, Cottard, para mí, ¿saben ustedes? —agregó con un timbre grave y casi amenazador, levantando la mano hacia las dos esferas con mechaz blancas de sus sienas musicales y como si pretendiéramos tocar al doctor—, es sagrado. Podría pedir lo que se le ocurriese. Por otra parte, no lo llamo doctor Cottard; lo llamo doctor Dios. Y todavía al decir eso lo calumnio, porque ese Dios repara en la medida de lo posible una parte de las desgracias de las que el otro es responsable.” “—Juegue triunfo”, dijo, con aire feliz, el señor de Charlus a Morel. “—Triunfo, para ver”, repuso el violinista. “—Antes debía anunciar su rey —objetó el señor de Charlus—, usted es distraído; pero, ¡qué bien juega! “—Tengo el rey”, anunció Morel. “—Es un hombre hermoso”, contestó el profesor. “¿Qué sucede con esas estacas? —preguntó la señora de Verdurin señalando al señor de Cambremer

un soberbio escudo esculpido encima de la estufa—. ¿Son sus blasones?”, agregó con irónico desdén. “—No, no son los nuestros contestó el señor de Cambremer—. Llevamos oro en tres fajas, almenadas y contraalmenadas de gules, cada una de cinco piezas y recargadas con un trébol de oro. No, esas son las de Arrachepel, que no pertenecían á nuestro linaje, pero de quienes heredamos la casa y nunca los de nuestra estirpe quisieron cambiarles nada. Los Arrachepel (antaño Pelvilain, según decires) llevaban oro con cinco estacas despuntadas de gules. Cuando se aliaron a los Féterne, su escudo cambió, pero permaneció acantonado por veinte crucecitas con el estoque perdido clavado de oro y a su derecha un vuelo de armiño” “—¡Toma!”, dijo en voz baja la señora de Cambremer.

“—Mi tatarabuela era una d'Arrachepel o de Rachepel, como quieran ustedes, porque se encuentran los dos nombres en las viejas cartas —continuó el señor de Cambremer, que se ruborizó con vivacidad porque sólo entonces se le ocurrió la idea con que lo honrara su mujer y temió que la señora de Verdurin no fuera a aplicarse palabras que no le concernían en absoluto—. Según la historia, en el siglo onceno, el primer Arrachepel, Macé, llamado Pelvilain, demostró en los sitios una particular destreza para arrancar estacas. De donde el sobrenombre de Arrachepel con que fue ennoblecido y las estacas que a través de los siglos ven persistir ustedes en sus escudos. Se trata de esas estacas que para hacer inaccesibles las fortificaciones enterraban y clavaban en el suelo en torno de ellas y que se unían entre sí. Son lo que ustedes llamaban muy bien piquetes y que nada tenían de los palos sueltos del, bueno de La Fontaine. Porque, según parecía; hacían inexpugnable la plaza. Evidentemente, provocan la

sonrisa ante la artillería moderna. Pero hay que recordar que se trata del siglo oncenno.” “—Carece de actualidad —dijo la señora de Verdurin—, pero el pequeño campanario tiene carácter” “—Usted tiene una suerte de... turlututu —palabra que repetía con frecuencia para esquivar la de Molière—. ¿Sabe usted por qué han exceptuado del servicio al rey de *carreau*?” “—Quisiera estar en su lugar”, dijo Morel, a quien fastidiaba su servicio militar. “—¡Ah, mal patriota!”, exclamó el señor de Charlus, que no pudo contenerse y le pellizcó una oreja al violinista. “—No, no saben ustedes por qué han exceptuado al rey de *carreau* —volvió Cottard, que insistía con sus bromas—. Es porque tiene un solo ojo”. “—Usted tiene que enfrentar a alguien fuerte, doctor”, dijo el señor de Cambremer para demostrarle a Cottard que sabía quién era. “—Ese joven es asombroso —interrumpió cándidamente el señor de Charlus, señalando a Morel—. Juega como un dios. Esta reflexión no le gustó mucho al doctor, que contestó: “El que ríe último ríe mejor. ¡Ah, pícaro, pícaro y medio!” “—Dama y as”, anunció triunfalmente Morel, a quien favorecía la suerte. El doctor agachó la cabeza como si no pudiera negar esa fortuna, y confesó, fascinado: “—Es hermoso.”

“—Nos ha complacido mucho comer con el señor de Charlus”, dijo la señora de Cambremer a la señora de Verdurin. “—¿No lo conocían ustedes? Es bastante agradable, es característico, de una época (la hubiese turbado mucho decir de cuál)”, contestó la señora de Verdurin con la sonrisa satisfecha de una *dilettante*, de un juez y de un ama de casa.

La señora de Cambremer me preguntó si yo iría a Féterne con Saint-Loup. No pude contener un grito admirativo al ver la luna

colgada como un farolillo anaranjado en la bóveda de encinas que arrancaba del castillo. “—Todavía no es nada; dentro de un rato, cuando esté más alta y se ilumine el valle, será mucho más hermoso. Eso es lo que no tienen ustedes en Féterne”, dijo con tono desdeñoso a la señora de Cambremer, quien no supo qué contestar al no querer desprestigiar su propiedad, sobre todo delante de los locatarios. “—¿Se quedan ustedes un tiempo más, señora?” le preguntó el señor de Cambremer a la señora de Cottard, lo que podía pasar como una vaga intención de invitarla y evitaba por el momento una cita más precisa. “—¡Oh, ciertamente, señor! Me interesa mucho ese éxodo anual, por los niños. Por más que se diga, necesitan el aire libre. La Facultad quería mandarme a Vichy; pero es demasiado asfixiante y me ocuparé de mi estómago cuando esos muchachotes hayan crecido un poco. Además, el profesor tiene que hacer un gran esfuerzo con los exámenes, y los calores lo cansan excesivamente. Entiendo que se necesita un completo descanso cuando se ha estado en la brecha todo el año, como él. De todos modos nos quedaremos todavía un mes largo. —¡Ah! entonces volveremos a vernos. Por otra parte, me veo tanto más obligada a quedarme cuanto que mi marido debe dar una vuelta por la Saboya y no estará aquí en forma estable sino dentro de quince días. —Me gusta aún más el lado del valle que el del mar, repuso la señora de Verdurin. —Van a tener ustedes un tiempo espléndido para el regreso—. Habría que ver si están atados los coches, en caso que deseen en toda forma volver esta misma noche a Balbec, me dijo el señor de Verdurin, porque yo no creo que sea necesario. Mañana los llevarían en coche. Con toda seguridad será un día hermoso. Los caminos son espléndidos”. Dije que era imposible.

“Pero de cualquier modo, no es hora, objetó la Patrona. Déjalos en paz, tienen tiempo. ¿Para qué quieren llegar a la estación una hora antes? Están mejor aquí. Y usted, mi pequeño Mozart, le dijo a Morel, no atreviéndose a dirigirse directamente al señor de Charlus, ¿no quiere quedarse? Tenemos unos lindos cuartos que dan al mar. —Pero no puede, contestó el señor de Charlus, en lugar del jugador atento que ni siquiera había oído. Sólo tiene licencia hasta medianoche. Debe volver a acostarse como un niño obediente, y juicioso, añadió con una voz complaciente, amanerada e insistente, como si hallara alguna voluptuosidad sádica en emplear esta casta comparación y también en marcar al paso su voz sobre lo que concernía a Morel y tocarlo, a falta de la mano, con unas palabras que parecían palparlo.

Por el sermón que me había dirigido Bichot, el señor de Cambremer había llegado a la conclusión de que yo era dreyfusista. Como era tan antidreyfusista como posible, por cortesía hacia un enemigo se puso a elogiarme a un coronel judío que había sido muy justo con un primo de los Chevrigny y le había hecho conseguir el ascenso que se merecía. “Y mi primo tenía ideas completamente opuestas”, dijo el señor de Cambremer, pasando como sobre ascuas respecto a cuáles eran esas ideas, pero que advertí tan antiguas y mal formadas como su rostro, ideas que algunas familias de ciertas pequeñas ciudades debían tener desde hacía tiempo. “Y bueno, ¿sabe usted?, eso me parece muy hermoso”, concluyó el señor de Cambremer. Es verdad que no empleaba para nada la palabra hermoso en el sentido estético con que hubiese designado distintas obras, pero obras de arte para su madre o su mujer. El señor de Cambremer utilizaba más bien ese calificativo al felicitar a una persona delicada que había

engordado levemente. “¿Cómo recobró tres kilos en dos meses? ¿Sabe usted que es muy hermoso?” Sobre una mesa había refrescos. La señora de Verdurin invitó a los caballeros a que eligiesen por sí mismos la bebida que más les agradara. El señor de Charlus fue a beber su vaso y volvió prontamente a sentarse junto a la mesa de juego para no moverse ya. La señora de Verdurin le preguntó: “¿Probó mi naranjada?” Entonces el señor de Charlus, con una graciosa sonrisa, mil muecas de su boca y movimientos de sus caderas, contestó: “No, preferí la de al lado; es frutilla, me parece; algo delicioso”. Es extraño que cierto orden de actos secretos tenga como consecuencia exterior una manera de hablar o gesticular que los revela. Si un caballero cree o no cree en la Inmaculada Concepción o en la inocencia de Dreyfus o en la pluralidad de los mundos y quiere callarlo, no habrá nada en su voz ni en su andar, que trasluzca su pensamiento. Pero al oír que el señor de Charlus decía con esa voz aguda y esa sonrisa y esos gestos de los brazos: “No, he preferido, la de al lado; la frutilla” podía decirse: “Vaya, le gusta el sexo feo”, con la misma certeza que le permite a un juez condenar a un criminal que no ha confesado o a un médico un parálítico general que ignora su enfermedad quizás pero que ha cometido un defecto de pronunciación del que puede deducirse que se habrá muerto antes de tres años. Quizás las gentes que por la manera de decir: “No, he preferido la de al lado; la frutilla” deducen un amor llamado antifísico, no necesitan tanta ciencia. Pero es que aquí hay más directa relación entre el signo revelador y el secreto. Sin decírselo precisamente uno advierte que quien nos contesta es una dulce señora sonriente, que parece amanerada porque aparenta ser hombre y uno no está acostumbrado a que los hombres

hagan tantos remilgos. Y quizás es más gracioso pensar que desde hace tiempo, cierta cantidad de mujeres angélicas se han visto comprendidas por error en el sexo masculino donde, exiladas, aunque aletearan en vano hacia los hombres a quienes inspiran una repulsión física, saben arreglar un salón y componen “interiores”. Al señor de Charlus no le importaba que la señora de Verdurin permaneciese de pie y se quedaba en su sillón, para estar más cerca de Morel. “¿No le parece un crimen, dijo la señora de Verdurin al barón, que quien podría encantarnos con su violín, esté ahí en una mesa de ecarté? ¡Cuando uno toca el violín como él!”. “Juega bien a los naipes y lo hace todo muy bien; es tan inteligente...”, dijo el señor de Charlus, mientras miraba los juegos, con el objeto de aconsejar a Morel. No era, por otra parte, el único motivo que tenía para no levantarse del sillón ante la señora de Verdurin. Con la mezcla singular que había hecho de sus concepciones sociales, de gran señor y a un tiempo aficionado al arte, en lugar de ser cortés del mismo modo que un hombre de su ambiente, Componía de acuerdo con Saint-Simon, una suerte de cuadros vivos; y en este momento se divertía en fingir el Mariscal de Uxelles, que lo interesaba por más motivos aún y del que se dice que era glorioso hasta el punto de no levantarse del asiento —por una expresión de pereza— ante lo más distinguido que había en la Corte. “Dígame, Charlus, dijo la señora de Verdurin, que empezaba a familiarizarse, ¿no tendría usted en el barrio, algún noble anciano y arruinado que pudiera servirme de portero?—“Pues claro, claro..., contestó el señor de Charlus sonriendo con aspecto bonachón, pero no se lo aconsejo.” “Temería, por usted, que las visitas elegantes no fuesen más allá de la portería.” Esa fue la primera escaramuza

entre ellos. La señora de Verdurin apenas reparó en ello. Por desgracia debían ocurrir otras en París. El señor de Charlus continuó sentado. Por otra parte, no podía dejar de sonreír imperceptiblemente al ver hasta qué punto la sumisión tan fácilmente conseguida de la señora de Verdurin confirmaba sus máximas favoritas sobre el prestigio de la aristocracia y la cobardía de los burgueses. La Patrona no parecía asombrada en lo más mínimo por la actitud del barón y si lo dejó fue sólo porque la inquietaba ver que me seguía el señor de Cambremer. Pero ante todo quería aclarar el asunto de las relaciones del señor de Charlus con la condesa Molé. “Me había dicho usted que conocía a la señora de Molé. ¿La frecuenta?”, preguntó dándole a las palabras: “¿La frecuenta?”, el sentido que ella lo recibiera, y haber recibido la autorización de visitarla. El señor de Charlus contestó con una inflexión desdeñosa, una afectada precisión y un tono de salmodiar: “Pero cómo no, algunas veces.” Ese algunas veces le dio ciertas dudas a la señora de Verdurin, que preguntó: “¿Se encontró ahí con el duque de Guermantes? —¡Ah, no lo recuerdo!— ¡Ah!, dijo la señora de Verdurin, ¿usted no conoce al duque de Guermantes? —Pero ¡cómo no iba a conocerlo!” contestó el señor de Charlus con una sonrisa que le hizo ondular la boca. Era sonrisa era irónica; pero como el barón temía que le viesen un diente de oro, la quebró con un repliegue de sus labios, de manera que la sinuosidad que resultó de ello fue una sonrisa benevolente: “¿Por qué dice: ¿Usted no lo conoce? Si es mi hermano” dijo negligentemente el señor de Charlus, que dejó a la señora de Verdurin sumergida en el estupor y la incertidumbre de saber si su invitado se burlaba de ella, era un hijo natural o provenía de otro lecho. No se le había ocurrido que el hermano del duque de

Guermantes pudiese llamarse barón de Charlus. Se dirigió a mí: “Oí que hace un rato lo invitaba a cenar el señor de Cambremer. A mí, como usted comprenderá, no me importa. Pero supongo, en interés suyo, que no irá. Ante todo, está lleno de aburridos. ¡Ah, si le gusta cenar con condes y marqueses de provincia que nadie conoce, estará a gusto. —Creo que me verá obligado a ir una o dos veces. Por otra parte, no estoy muy libre, porque no puedo dejar sola a una joven prima (me pareció que ese parentesco supuesto simplificaba las cosas para salir con Albertina). Pero en cuanto a los Cambremer, como ya se los he presentado... —Haga usted lo que le parezca. Pero puedo decirle que es sumamente malsano; cuando haya atrapado una pulmonía o esos buenos pequeños reumatismos de familia, ¿habrá adelantado mucho?— ¿Pero acaso el lugar no es hermoso?...— Si se quiere. Yo confieso francamente que prefiero cien veces esta vista a la del valle. Por otra parte, aunque nos hubieran pagado no habitaría la otra casa porque el aire del mar es fatal para el señor Verdurin. Por poco que su prima sea nerviosa... Además, usted es nervioso, creo; sufre de sofocaciones. Y bueno, ya verá. Vaya una vez y, no podrá dormir durante ocho días: pero éste no es asunto nuestro.” Y sin pensar en lo contradictorio de su nueva frase con respecto a las anteriores: “—Si le divierte ver la casa que no está mal, hermosa es decir demasiado, pero en fin, divertida, con el antiguo foso, el viejo puente levadizo, como yo tendré que ir alguna vez a cenar, y bien, vaya ese día, trataré de llevar a toda mi gente; entonces lo pasaremos mejor. Pasado mañana iremos a Harambouville en coche. El camino es magnífico, hay una sidra deliciosa. Venga. Y usted, Brichtot. Usted también, Ski. Será una partida que por otra parte ya debe haber

concertado de antemano mi marido. No sé a ciencia cierta a quién habrá invitado. Señor de Charlus, ¿usted es de los nuestros?” El barón, que no oyó esa frase y no sabía que se estaba hablando de una excursión a Harambouville, se sobresaltó: “Pregunta curiosa”, murmuró con un tono burlón que afectó a la señora de Verdurin. “Por otra parte, me dijo, mientras esperamos la cena Cambremer, ¿por qué no traería a su prima? ¿Le gusta la conversación y la gente inteligente? ¿Es agradable? Sí y bueno, entonces muy bien. Véngase con ella. No sólo existen los Cambremer en el mundo. Comprendo que les alegre invitarla; no consiguen a nadie. Aquí siempre tendrá aire saludable y hombres inteligentes. En todo caso cuento con que no falte usted el miércoles que viene. He oído que tenía un té en Rivebelle, con su prima, el señor de Charlus y ya no sé quién más. Debería tratar de traerlos a todos aquí; sería linda una pequeña llegada en masa. Las comunicaciones no pueden ser más fáciles y los caminos encantadores; en caso necesario los mandaré a buscar. No sé, por otra parte, qué puede atraerlo en Rivebelle: está infestado de mosquitos. Usted cree quizás en la fama de las tortas. Mi cocinero las hace mucho mejor. Ya le haré comer tortas normandas, las verdaderas y los sabeis; no le digo nada. ¡Ah! si le interesa esa porquería que sirven en Rivebelle, eso sí que no lo quiero; no asesino a mis invitados, señor, y aunque lo quisiera, mi cocinero se negaría a hacer esa cosa sin nombre y nos dejaría. No se sabe con qué están hechas esas tortas. Conozco una pobre muchacha a la que le provocaron una peritonitis que la mató en tres días. Tenía sólo diecisiete años. Es triste para su pobre madre, agregó con melancolía la señora de Verdurin, bajo las esferas de sus sienes cargadas de dolor y experiencia. Pero en fin,

vaya a tomar el té a Rivebelle si le divierte que lo desuellen y le gusta tirar dinero a la calle. Sólo que, se lo ruego, es una misión de confianza la que le encomiendo; a eso de las seis, tráigame a toda su gente aquí, no deje que cada cual vuelva a su casa, en un desbande. Puede usted traerme a quien quiera. No se lo diría a cualquiera. Pero estoy convencida de que sus amigos son amables, y veo en seguida que nos entendemos. Fuera del pequeño núcleo, el miércoles habrá precisamente gente muy agradable. Usted no conoce a la pequeña señora de Longpont. Es encantadora y llena de ingenio; nada *snob*; ya verá que le gustará muchísimo. Ella también tiene que traer a toda una banda de amigos, agregó la señora de Verdurin para señalarme que eso se usaba y animarme con el ejemplo. Ya veremos quién tiene más influencia y me trae más gente; si usted o Barbe de Longpont. Y también creo que tienen que traerlo a Bergotte, agregó con un aire vago, ya que la concurrencia de esa celebridad se había hecho casi imposible debido a una nota aparecida en los diarios de la mañana que anunciaba que la salud del gran escritor inspiraba las mayores inquietudes. En fin, ya verá que ese será uno de mis miércoles más acertados; no quiero que haya mujeres aburridas. Por otra parte, no juzgue por el de esta noche, es un fracaso completo. No proteste, no puede haberse aburrido más que yo; a mí me parecía insoportable. No siempre será como esta noche, ¿sabe usted? Por otra parte, no hablo de los Cambremer, que son imposibles; pero he conocido gente de la sociedad que tenían fama de ser muy agradables y bueno, no eran nada en comparación con mi pequeño núcleo. Le oí decir que Swann le parecía inteligente. Ante todo, mi opinión es que era muy exagerado, pero sin hablar siquiera del carácter del hombre que me

pareció siempre fundamentalmente antipático, socarrón y solapado; vino a cenar a menudo los miércoles. Y bueno, puede usted preguntárselo a los demás, aun al lado de Brichot, que está lejos de ser un águila, que sólo es un buen profesor de segunda que yo misma hice ingresar al Instituto, sin embargo, Swann ya no era nada. Muy opaco.” Y como yo emitía una opinión contraria: “Así es. No quiero decirle nada en su contra, ya que era amigo suyo; por otra parte, lo quería mucho, me habló de usted de una manera deliciosa, pero pregúnteles a éstos si alguna vez dijo algo interesante durante nuestras comidas. Sin embargo, es la piedra de toque. Y bueno, no sé por qué, pero Swann en casa no daba, no rendía nada. Y más aún, lo poco que valía lo adquirió aquí.” Aseguré que era muy inteligente. “No, usted creía eso sólo porque lo conoció menos tiempo que yo. En el fondo uno lo agota muy pronto. A mi me aburría soberanamente. (Traducción: visitaba a los La Trémoille y los Guermantes y sabía que yo no lo hacía). Y yo soporto cualquier cosa, menos el aburrimiento. ¡Ah, eso no!” El horror al aburrimiento era ahora para la señora de Verdurin el motivo que debía explicar la composición del pequeño ambiente. No recibía todavía a duquesas, porque se sentía incapaz de aburrirse como de efectuar un crucero debido al mareo. Yo me decía que lo que aseguraba la señora de Verdurin no era totalmente falso y mientras que los Guermantes hubiesen declarado que Brichot era el hombre más tonto que conocían no estaba seguro si en el fondo no era superior ya que no a Swann, por lo menos a gente con el espíritu de Guermantes, que tuviesen el buen gusto de evitar y el pudor de ruborizarse por sus humoradas pedantes y me lo preguntaba yo, como si la naturaleza de la inteligencia pudiese verse

iluminada en alguna medida por su respuesta y con la seriedad de un cristiano influido por Port-Royal que se plantea el problema de la Gracia. `Ya lo verá, continuó la señora de Verdurin, cuando uno mezcla a gente de la sociedad con gente verdaderamente inteligente, gente de nuestro medio, ahí hay que verlos, el hombre de mundo más ingenioso en el reino de los ciegos, aquí no es más que un tuerto. Y además los otros ya no se sienten cómodos. A punto que llegó a preguntarme si en lugar de ensayar fusiones que todo lo estropean, no haría mejor en iniciar unas series sólo para fastidiosos con el objeto de gozar plenamente de mi pequeño núcleo. Conclusión: vendrá usted con su prima. Convenido. Bien. Por lo menos, aquí tendrán ambos algo que comer. En Féterne reinan el hambre y la sed. ¡Ah! eso sí, si le gustan las ratas vaya enseguida, estará servido a gusto. Y lo conservarán tanto tiempo como quiera. Claro que se morirá de hambre. Por otra parte, el día que vaya cenaré antes. Y para que sea más divertido debería venir a buscarme. Tomaríamos una buena merienda y cenaríamos a la vuelta. ¿Le gustan las tortas de manzana? ¿Sí? Bueno, nuestro cocinero las hace como nadie. Ya ve que tenía razón al decirle que usted es el indicado para vivir aquí. Venga con nosotros. Ya sabe que en mi casa hay mucho más lugar de lo que parece. No lo digo para que no vengan los fastidiosos. Podría traerse a su prima. Tendría mucho mejor aire que en Balbec. Con este aire pretendo curar a los incurables. Palabra, que los he curado y no de hoy. Porque antes he vivido cerca de aquí; había descubierto algo que pagaba una miseria y que tenía mucho más carácter que la famosa Raspelière. Se lo enseñaré si llegamos a pasear juntos. Pero reconozco que aun aquí, el aire es verdaderamente vivificante. Y no quiero hablar

mucho de ello no sea que los parisienses empiecen a gustar de mi rincón. Siempre fue esa mi suerte. En fin, dígaselo a su prima. Les daremos dos lindos cuartos con vista al valle; ya verá usted por la mañana el sol en la niebla. ¿Y quién es ese Roberto de Saint-Loup de quien hablaba usted? —dijo con inquietud, porque había oído que debía ir a verlo a Doncières y temió que me retuviese—. Usted podría traerlo mejor hasta aquí. Siempre que no sea fastidioso. Se lo oí mencionar a Morel; me parece que es uno de sus grandes amigos —dijo la señora de Verdurin, mintiendo completamente porque Saint-Loup y Morel ni siquiera conocían su existencia recíproca. Pero al enterarse de que Saint-Loup conocía al señor de Charlus, supuso que sería por medio del violinista y quería aparentar que estaba al corriente—. ¿No es médico, por casualidad, o literato? Usted sabe que si necesita recomendaciones para exámenes, Cottard lo puede todo y hago con él lo que quiero. En cuanto a la Academia, para más tarde, porque supongo que no tiene edad, dispongo ya de varios votos. Su amigo estaría aquí en una zona conocida y quizás le gustara ver la casa. Doncières no es muy divertido. En fin, usted hará lo que le parezca y como mejor le convenga —concluyó sin insistir, para no aparentar que trataba de conocer a la nobleza y porque pretendía que el régimen bajo el cual hacía vivir a sus fieles, esa tiranía se llamaba libertad—. ¡Vamos!, ¿qué te pasa? —dijo al ver que el señor Verdurin con gestos impacientes, alcanzaba la terraza de tablas que se extendía a un lado del salón, por encima del valle, como un hombre que se asfixia de rabia y necesita tomar aire—. ¿Otra vez te fastidió Saniette? Pero si sabes que se trata de un idiota confórmate a esa idea, no te pongas en semejante estado. Eso no me gusta, dijo ella, porque le

hace mal y lo congestiona. Pero también debo reconocer que a veces se necesita una paciencia angelical para soportarlo a Saniette y sobre todo recordar que recogerlo es una caridad. Por mi parte debo confesar que su estupenda tontería me alegra. Supongo que habrá oído lo que dijo después de la comida: “—No sé jugar al *whist*, pero sé tocar el piano”. ¿Si será lindo? Es grande como el mundo y una mentira por otra parte, porque no sabe ni una ni otra cosa. Pero mi marido, bajo esas apariencias rudas, es muy sensible y muy bueno y esa suerte de egoísmo de Saniette, siempre preocupado por el efecto que pueda causar, lo saca de sus casillas. Vamos, hijito, cálmate, ya sabes que Cottard te ha dicho que eso era muy malo para el hígado. Y además las consecuencias las sufriré yo —dijo la señora de Verdurin—. Mañana Saniette vendrá con su ataquecito de nervios y de lágrimas. ¡Pobre hombre! Está muy enfermo. Pero tampoco ese es un motivo para matar a los demás. Y hasta en los momentos en que sufre demasiado y uno quisiera compadecerse de él, su tontería corta en seco la compasión. Es demasiado estúpido. No tienes más que decirle muy amablemente que semejantes escenas los enferman a ambos, que no vuelva, y como es lo que más teme, eso tendrá un efecto calmante sobre sus nervios”, sugirió a su marido la señora de Verdurin.

Apenas se veía el mar desde las ventanas de la derecha. Pero las del otro lado dejaban ver el valle sobre el que ahora cala la nieve del claro de luna. De vez en cuando se oía la voz de Morel y la de Cottard: “—¿Tiene triunfo?”. “—Yes”. “—¡Ah!, usted tiene buenas ocurrencias”, dijo el señor de Cambremer en contestación a su pregunta, porque había visto que el juego del médico estaba lleno de

triumfos. “—Aquí está la muchacha de carreau —dijo el médico—. Eso es triunfo. ¿Sabe usted? Corto y tomo. —Pero ya no hay Sorbona —dijo el médico al señor de Cambremer—; sólo existe la Universidad de París”. El señor de Cambremer confesó que ignoraba por qué el médico le hacía esa observación. “—Creía que hablaba usted de la Sorbona —repuso el médico—. Había oído que decía usted: “la sacas buena”⁴³ —agregó guiñando un ojo para indicar que era una ocurrencia—. Espere —dijo señalando a su adversario—, le preparo una jugada de Trafalgar”. Y la jugada debía ser excelente para el médico, porque en su alegría se puso a mover voluptuosamente los dos hombros, lo que constituía en la familia, dentro del “estilo” Cottard, un rasgo casi zoológico de satisfacción. En la generación anterior, el movimiento de frotarse las manos como para enjabonarlas, acompañaba al movimiento. El mismo Cottard utilizaba primera y simultáneamente la doble mímica, pero un buen día, sin que se supiera a qué intervención, conyugal, magistral, quizás, se debiera ello, había desaparecido la frotación de las manos. El médico, aun jugando al dominó, cuando obligaba a su contrincante a “pedir” y tomar el doble seis, lo que constituía para él el más vivo placer, se conformaba con el movimiento de los hombros. Y cuando —lo menos posible— iba a su terruño por algunos días, al encontrarse con su primo hermano, que continuaba frotándose las manos, le decía a la señora de Cottard a su regreso: “—Ese pobre Renato me pareció muy vulgar—. ¿Tiene esa pequeñez?, dijo volviéndose hacia Morel. ¿No? Entonces juego el viejo David. —Pero entonces, usted tiene cinco y ha ganado. Esa es una hermosa victoria, doctor, dijo el marqués. —Una victoria a lo Pirro —dijo Cottard volviéndose hacia el marqués y mirando por

encima de sus anteojos para estimar el efecto de su frase—. Si tenemos tiempo —le dijo a Morel— le doy una revancha. Me toca a mí. ¡Ah, no! Aquí están los coches; será el viernes, y le enseñaré una prueba que no cabe en un bolsillo”. El señor Verdurin y la señora nos acompañaron hasta afuera. La Patrona estuvo particularmente mimosa con Saniette, con el objeto de asegurarse de que volvería al día siguiente. “—Pero no me parece usted abrigado, hijo mío —me dijo el señor Verdurin, cuya gran edad autorizaba esa apelación paternal—. Parece que ha cambiado el tiempo”. Palabras que me llenaron de alegría, como si la vida profunda y el surgimiento de combinaciones diferentes que implicaba en la naturaleza, anunciase otros cambios, produciéndose en mi vida y creando nuevas posibilidades. Sólo al abrir la puerta del parque antes de partir, sentía uno que otro “tiempo” ocupaba el escenario desde hacía un instante; soplos frescos, voluptuosidad estival, se elevaban del bosquecillo de pinos (donde antaño la señora de Cambremer soñaba con Chopin) y casi imperceptiblemente, en repliegues acariciadores, en remolinos caprichosos, comenzaban sus nocturnos ligeros. Rechacé el abrigo que aceptaría noches más tarde cuando estuviese allí Albertina, más por el secreto del placer que contra el peligro del frío. Buscaron inútilmente al filósofo noruego. ¿Lo había sorprendido un cólico? ¿Habría temido perder el tren? ¿Lo habría venido a buscar un aeroplano? ¿Lo habría llevado una Asunción? De cualquier modo había desaparecido sin que nadie tuviese tiempo de advertirlo, como si fuese un dios. “—Usted hace mal —me dijo el señor de Cambremer—; hace un frío para patos”. “—¿Por qué para patos?”, preguntó el médico. “—¡Cuidado con las sofocaciones! —repuso el

marqués—. Mi hermana nunca sale de noche. Por otra parte, está bastante hipotecada en estos momentos. En todo caso, no se quede descubierto; póngase pronto el sombrero”. “—No son ahogos a *frigore*”, dijo sentenciosamente Cottard. “—¡Ah, ah! —dijo inclinándose el señor de Cambremer—, ya que esa es su opinión...”. “—Opinión de lector”, dijo el médico deslizando sus miradas fuera de los anteojos para sonreír. El señor de Cambremer se rió, pero, convencido de que tenía razón, insistió: “—Sin embargo —dijo—, cada vez que sale, mi hermana tiene un ataque...” “—Es inútil deducir —contestó el médico sin darse cuenta de su descortesía—. Por otra parte, no practico medicina al borde del mar a menos que me llamen para una consulta. Aquí estoy de vacaciones”. Lo estaba, por otra parte, mucho más de lo que hubiera querido. Y como el señor de Cambremer le dijese al subir al coche: “—Tenemos la suerte de tener cerca de nosotros (no de su lado de la bahía, del otro; ¡pero es tan cerrada en ese sitio!) otra celebridad médica, el doctor du Boulbon”, Cottard, que de costumbre evitaba deontológicamente criticar a sus colegas, no pudo dejar de exclamar, como lo había hecho delante de mí el día funesto en que habíamos ido al pequeño Casino: “—No es un médico. Hace medicina literaria, terapéutica fantasista, charlatanería. Por otra parte, estamos en muy buenas relaciones. Me embarcaría para ir a verlo una vez si no tuviera que ausentarme”. Pero al ver el aspecto que adoptó Cottard para hablarle de du Boulbon al señor de Cambremer, advertí que el barco con el que voluntariamente hubiese ido a verlo, se parecía mucho al que habían fletado los médicos de Salerno para arruinar las aguas descubiertas por Virgilio, otro médico literario (quien también les quitaba toda la

clientela), pero que naufragó con ellos durante la travesía. “—Adiós, mi pequeño Saniette; no deje de venir mañana; ya sabe que mi marido lo quiere mucho. Le gusta su ingenio y su inteligencia, pero sí, ya lo sabe usted demasiado, le gustan esos aires bruscos, pero no puede estar sin verlo. Siempre me pregunta antes que nada: “—¿No viene Saniette? ¡Me gusta tanto verlo!”. “—Nunca he dicho tal cosa”, dijo el señor Verdurin a Saniette con una franqueza simulada que parecía poner perfectamente de acuerdo lo que decía la Patrona con su modo de tratar a Saniette. Luego, mirando su reloj, sin duda para no prolongar la despedida bajo la humedad nocturna, recomendó a los cocheros que no perdieran tiempo, pero que fueran prudentes en la bajada, y aseguró que llegaríamos antes que el tren. Que debía dejar a los fieles en una estación y en otra, terminando conmigo, ya que ninguno iba más lejos de Balbec y empezaba por los Cambremer. Éstos, para que sus caballos no subieran en la noche hasta la Raspelière, tomaron el tren con nosotros en Donville-Féterne. Efectivamente, la estación más cercana de ellos no era ésta, que ya un poco distante de la aldea lo era aún más del castillo, sino la Sogne. A/llegar a la estación de Donville-Féterne, el señor de Cambremer insistió en darle al cochero de los Verdurin la “moneda”, como decía Francisca (precisamente al amable cochero sensible, de las ideas melancólicas), porque el señor de Cambremer era generoso y en eso era más bien “del lado de su mamá”. Pero sea que en eso interviniese el “lado de su papá” a tiempo de darla, experimentaba los escrúpulos de un error cometido, sea por él que como veía mal, daría por ejemplo cinco céntimos en lugar de un franco, sea por el destinatario que no advertiría la importancia de su donación. Por eso le hizo notar a éste:

“—¿Es un franco el que le doy, verdad? —dijo al cochero haciendo brillar la moneda a la luz y para que los fieles pudieran repetírselo a la señora de Verdurin—. ¿Verdad? Es un franco, como es un viaje corto”. Él y la señora de Cambremer nos dejaron en la Sogne. “—Le diré a mi hermana —me repitió— que usted tiene sofocaciones; estoy seguro de que le interesará saberlo”. Comprendí que él comprendía: “le causaré placer”.

En cuanto a su mujer, al despedirse de mí, empleó dos de esas abreviaciones que hasta escritas me chocaban en una carta aunque fuesen luego habituales, pero que habladas, aun hoy me siguen pareciendo, en su voluntaria negligencia, en su aprendida familiaridad, algo insoportablemente pedante: “—Contenta de haber pasado la velada con usted —me dijo ella—; recuerdos a Saint-Loup, si llega a verlo”. Al decirme esta frase la señora de Cambremer, pronunció “Saint-Loupe”. Nunca supe quién lo había pronunciado así delante de ella, o lo que la había llevado a suponer que así debía pronunciarse. Lo cierto es que durante varias semanas, pronunció “Saint-Loupe”, y un hombre que tenía gran admiración por ella y la imitaba, hizo lo mismo. Si otras personas decían Saint-Lou, insistían y decían con fuerza “Saint-Loupe”, ya sea para dar indirectamente una lección a los demás, ya sea para distinguirse ellos mismos. Pero sin duda, algunas mujeres más brillantes que la señora de Cambremer le dijeron o le hicieron entender indirectamente que no debía pronunciarse de ese modo y que lo que le parecía una originalidad era un error que haría suponer que no estaba al corriente de las cosas sociales, porque poco después la señora de Cambremer volvía a decir “SaintLou” y su admirador dejaba igualmente toda resistencia, o porque lo hubiese

retado, o porque advirtiera que ya no hacía sonar el final y se dijese que para que una mujer de ese valor cediera esa energía y esa ambición, tenía que ser por algún motivo bueno. El peor de esos admiradores era su marido. A la señora de Cambremer le gustaba a menudo hacerles a los demás bromas muy impertinentes. En cuanto me atacaba en esa forma a mí o a otro, el señor de Cambremer empezaba a mirar risueñamente a la víctima. Como el marqués era bizco —lo que proporciona una intención ingeniosa hasta a la alegría de los imbéciles—, el efecto de esa risa consistía en devolver algo de pupila al blanco sin ello completo del ojo. En la misma forma cuando aclara aparece un poco de azul en el cielo algodonoso de nubes. Por otra parte, el monóculo protegía esa operación delicada como un cristal a un cuadro de valor. En cuanto a la misma intención de la risa, no se sabía en verdad si era amable. “¡Ah, pícaro! Puede usted decir que es envidiable. Goza de las preferencias de una mujer tremendamente ir ingeniosa o traviesa: “Y bien, señor, supongo que lo están arreglando vayan sapos y culebras los que se está tragando”, o servicial: “¿Sabe usted, lo tomo a risa porque es pura broma, pero estoy aquí y no dejaré que lo maltraten” o cruelmente cómplice: “No tengo por qué agregar mi granito de sal, pero ya lo ve, me muero de risa por todas las canalladas que le prodiga. Me río como un jorobado, yo, el marido. Por lo tanto, si se le ocurriera hacerse el levantisco, mi querido señor, ya encontraría a quién hablarle. Ante todo le administraría cuidadosamente un par de cachetadas, y luego iríamos a cruzar los aceros en el bosque de Chantepie”.

Sea cual fuera el resultado de esas diversas interpretaciones de la alegría del marido, las calaveradas de la mujer concluían pronto.

Entonces el señor de Cambremer dejaba de reír, desaparecía su momentánea pupila y como desde hacía algunos minutos se había perdido la costumbre del ojo completamente blanco, eso le daba a ese rojo Normando algo exangüe a la vez y estático, como si el marqués acabara de ser operado o como si implorase del cielo, detrás de su monóculo, las palmas del martirio.

CAPÍTULO IV

Tristezas del señor de Charlus. Su duelo ficticio. Las estaciones del "Transatlántico". Cansado de Albertina, quiero romper con ella

Me caía de sueño. Me subió por el ascensor hasta mi piso, no el ascensorista, sino aquel turbio *botones* que empezó una conversación para contarme que su hermana estaba siempre con aquel señor tan rico y como una vez quiso volver a su casa en lugar de seguir siendo seria, su señor había ido a ver a la madre del turbio *botones* y de los otros hijos más afortunados, que le habían devuelto cuanto antes la insensata a su amigo. “Usted sabe, señor, que mi hermana es una gran dama. Toca el piano y conversa en español. Y usted no lo creería por ser la hermana del sencillo empleado que lo hace subir por el ascensor; no se priva de nada; la señora tiene su mucama y no me sorprendería que un día llegase a tener coche. Es muy bonita, si viera usted, un poco altiva pero vaya, se comprende. Tiene mucho ingenio. Nunca deja un hotel sin aliviarse en un ropero o una cómoda, para dejar un pequeño recuerdo a la mucama que tendrá que limpiarlo. Algunas veces lo hace en un coche y después de haber pagado el viaje, se oculta en un rincón para reírse del cochero cuando lo ve protestar porque tendrá que volver a lavar el coche. Mi padre había acertado también cuando le encontró a mi hermano menor ese

príncipe indio que había conocido antes. Claro que es otro estilo. Pero la posición es soberbia. Si no fuera por los viajes sería el sueño. Únicamente yo, hasta el momento me he quedado en la calle. Pero nunca se sabe. La suerte está en mi familia; quién sabe si algún día no seré presidente de la República. Pero lo hago charlar (no había dicho una palabra y empezaba a dormirme al oír las suyas). Buenas noches, señor. ¡Oh, gracias, señor! Si todos tuvieran su buen corazón, ya no habría desgraciados. Pero, como dice mi hermana, siempre tendrá que haberlos, ahora que soy rica para poder fastidiarlos. Disculpe la expresión. Buenas noches, señor”.

Quizás aceptamos cada noche el riesgo de vivir mientras dormimos unos sufrimientos que consideramos nulos y no acaecidos porque se habrán soportado durante un sueño que creemos inconsciente. En efecto, esas noches en que volvía tarde de la Raspelière, tenía mucho sueño. Pero en cuanto llegaron los fríos, ya no podía dormirme enseguida porque el fuego iluminaba como si hubiesen encendido una lámpara. Sólo que no era más que una llamarada y también como una lámpara, como el día cuando cae la noche, no tardaba en disminuir su luz demasiado viva; y entraba yo en el sueño que es como un segundo departamento que tuviésemos y donde fuéramos a dormir abandonando el nuestro. Tiene sus propias campanillas y a veces nos despierta violentamente un campanillazo, perfectamente percibido por nuestros oídos, cuando no ha tocado nadie, sin embargo. Tiene sus sirvientes y sus visitantes particulares que vienen a buscarnos para salir, de tal suerte que estamos dispuestos a levantarnos cuando nos vemos obligados a comprobar, por nuestra casi inmediata trasmigración al otro departamento, el de la víspera,

que el cuarto está vacío y no ha venido nadie. La raza que lo habita es andrógina, como la de los primeros seres humanos. Aparece, al cabo de un instante, un hombre con el aspecto de una mujer. Las cosas tienen predisposición a convertirse en hombres, los hombres en amigos o enemigos. El tiempo que transcurre para el que duerme, durante esos sueños, es absolutamente distinto del tiempo en el que se cumple la vida del hombre despierto. Ya su curso es mucho más rápido, un cuarto de hora parece un día, a veces mucho más largo, uno cree haber dormido un poco y ha dormido durante todo el día. Entonces, en el carro del sueño, baja uno a profundidades en que no puede alcanzarlo el recuerdo y fuera de los cuales el espíritu se ha visto obligado a desandar el camino. La caballada del sueño parecida a la del sol trota con paso tan parejo en una atmósfera en que no puede detenerla ninguna resistencia, que se necesita alguna piedrita aerolítica que nos sea extraña (disparada por algún desconocido desde lo azul) para alcanzar el sueño regular (que sin eso no tendría motivo alguno para detenerse y continuaría con un movimiento igual por los siglos de los siglos) y con una curva brusca, hacerlo volver a lo real, quemar etapas, atravesar las regiones próximas de la vida donde pronto el dormido oirá los rumores aún casi vagos, pero ya perceptibles aunque deformados, y aterrizar bruscamente al despertar. Entonces desde esos sueños profundos, uno se despierta en una aurora sin saber quién es, sin ser nadie, nuevo, listo para todo, con el cerebro vacío de ese pasado que constituía hasta entonces la vida. Y quizás aún sea más bello cuando el aterrizaje del despertar se produce brutalmente y nuestros pensamientos del sueño, sustraídos por una copa de olvido, no tienen tiempo de volver progresivamente antes

de que se detenga el sueño. Entonces, desde la sombría tormenta que nos parece haber atravesado (pero no decimos siquiera nosotros) salimos yacentes, sin pensamientos, un nosotros que no tuviera contenido. ¿Qué martillazo habrá recibido el ser o lo que está ahí, para ignorarlo todo, estupefacto hasta el momento en que la memoria acude y le devuelve la conciencia o la personalidad? Y para esas dos maneras de despertar, no hay que quedarse dormido, aún profundamente, bajo el imperio de la costumbre. Porque todo lo que la costumbre encierra en sus redes, lo vigila, hay que escaparle, tomar el sueño en momentos en que se creía hacer cualquier cosa menos dormir, tomar en una palabra un sueño que no permanece bajo la tutela de la previsión, con la compañía aún oculta de la reflexión. Por lo menos en esos despertares como los que acabo de describir y que la mayor parte del tiempo eran los míos cuando había cenado la víspera en la Raspelière, todo sucedía como si así fuera y puedo atestiguarlo, yo, el extraño ser humano que mientras espera que la muerte lo libere, vive con las ventanas cerradas, nada sabe del mundo, permanece inmóvil como un búho y como éste sólo ve con alguna claridad en las tinieblas. Todo transcurre como si así fuera, pero quizás sólo una capa de estopa ha impedido que el durmiente percibiese el diálogo interior de los recuerdos y la charla incesante del sueño. Porque (lo que por otra parte puede explicarse tan bien en el primer sistema, mes vasto, más misterioso, más astral) en el momento en que se produce el despertar, el durmiente oye una voz interior que le dice: “¿Vendrá usted a comer esta noche, querido amigo? ¡Qué agradable sería!” y piensa: “Sí, qué agradable será, iré”; luego al acentuarse el despertar, recuerda de pronto: “Según asegura el médico, a mi abuela

sólo le quedan algunas semanas de vida”. Llama y llora pensando que ya no será, como, antes su abuela, su abuela moribunda la que le contestará, sino un mucamo indiferente. Por otra parte, cuando el sueño lo llevaba tan lejos del mundo poblado por el recuerdo y el pensamiento, a través de un éter en que estaba solo, más que solo: sin tener ese compañero siquiera en que se advierte uno mismo, estaba fuera del tiempo y sus medidas. Ya entra el mucamo y no se atreve a preguntarle la hora, porque ignora si ha dormido, cuántas horas ha dormido (se pregunta si no serán cuántos días, hasta tal punto regresa con el cuerpo cansado y el espíritu reposado y el corazón nostálgico, como desde un viaje demasiado lejano para no haber durado mucho tiempo). En verdad puede pretenderse que no hay más que un tiempo por el insignificante motivo de que sólo al mirar el reloj uno ha comprobado que lo que creíamos un día no era más que un cuarto de hora. Pero en el momento en que uno lo comprueba es justamente un hombre despierto, sumergido en el tiempo de los hombres despiertos, y ha desertado el otro tiempo. Quizás más aún que otro tiempo: otra vida. Los placeres que uno tiene en sueños, no los hace figurar en la cuenta de los placeres gozados en el transcurso de la existencia. Para no aludir sino al más vulgarmente sensual de todos, ¿quién de nosotros al despertar no ha experimentado algún fastidio por haber gozado mientras dormía un placer que a menos de querer cansarse en exceso, ya no puede una vez despierto, renovar indefinidamente ese día? Es como un bien perdido. Uno ha sentido placer en otra vida que no era la nuestra. Sufrimientos y placeres del sueño (que en general se desvanecen muy pronto al despertar), si los hacemos figurar en un presupuesto, no ha de ser en el de la vida corriente.

He dicho dos tiempos; quizás haya uno solo, no que el del hombre despierto sea válido para el durmiente, pero quizás porque la otra vida, aquella en la que se duerme no está —en su parte profunda— sometida a la categoría del tiempo. Ya me lo imaginaba al quedarme dormido tan profundamente al día siguiente de las comidas de la Raspelière. He aquí por qué. Empezaba a desesperarme al despertar cuando veía que después de haber llamado diez veces,, no venía el mucamo. Al undécimo llamado entraba. Pero no era nada más que el primero. Los otros diez no eran sino esbozos del campanillazo que yo quería en el sueño que aún me duraba. Mis manos torpes ni siquiera se habían movido. Y esas mañanas (y es lo que me hace decir que el sueño quizás ignore las leyes del tiempo), mi esfuerzo para despertarme consistía especialmente en un esfuerzo de constituir el bloque oscuro y no definido del sueño que acababa de vivir en los cuadros del tiempo. No es tarea fácil; el sueño, que ignora si hemos dormido dos horas o dos días, no puede proporcionarnos ninguna referencia. Y si no la encontramos en el exterior, sin conseguir volver al tiempo, volvemos a dormirnos por cinco minutos que nos parecen tres horas.

Siempre he dicho —y experimentado— que el sueño es el hipnótico más poderoso. Después de haber dormido profundamente dos horas, haber combatido con tantos gigantes y haber trabado para siempre tantas amistades, es mucho más difícil despertarse que después de haber tomado varios gramos de veronal. Razonando así de uno al otro, me sorprendió saber por boca del filósofo noruego, que lo sabía por el señor Boutroux, “su eminente colega —perdón, su cofrade— “ lo que pensaba el señor Bergson de las alteraciones

particulares de la memoria debidas a los hipnóticos. “Se entiende, le habría dicho el señor Bergson al señor Boutroux, si creemos al filósofo noruego, que los hipnóticos tomados de vez en cuando en dosis moderadas, no tienen influencia sobre esa sólida memoria de nuestra vida diaria tan bien instalada entre nosotros. Pero existen otras memorias, más altas y también más inestables. Uno de mis colegas dicta un curso de historia antigua. Me dijo que si tomaba un comprimido para dormirse la noche anterior, luego durante el curso le costaba encontrar las citas griegas que necesitaba. El médico que le había recomendado esos comprimidos le aseguró que no tenían ninguna influencia sobre la memoria. “Quizás sea porque usted no necesita hacer citas en griego” le había contestado, no sin un orgullo burlón, el historiador.”

No sé si es exacta esa conversación entre el señor Bergson y el señor Boutroux. El filósofo noruego, sin embargo tan profundo y tan claro, tan apasionadamente atento, pudo haber comprendido mal. Personalmente mi experiencia me ha proporcionado resultados opuestos. Los momentos de olvido que siguen al día siguiente de la ingestión de ciertos narcóticos, tienen un parecido sólo parcial, pero inquietante con el olvido que reina en el curso de una noche de sueño natural y profundo. Y lo que olvido en uno y otro caso no es tal o cual verso de Baudelaire que me cansa más bien, “tal como un xilófono”, no es uno u otro concepto de uno de los filósofos citados, es la misma realidad de las cosas vulgares que me rodean —si duermo— y cuya no percepción me convierte en un loco; si estoy despierto y salgo de un sueño artificial, no es el sistema de Porfirio o de Plotino del que puedo discutir tan bien como otros días, sino la

respuesta que prometí a una invitación, a cuyo recuerdo se ha sustituido un blanco completo. La elevada ha seguido en su lugar; lo que ha puesto fuera de uso el hipnótico es el poder de obrar dentro de las pequeñas cosas, en todo aquello que exige actividad para reponerse justo a tiempo, para apoderarse de tal o cual recuerdo de la vida diaria. A pesar de todo cuanto pueda decirse de la supervivencia después de la destrucción del cerebro, advierto que a cada alteración del cerebro corresponde un fragmento de muerte. Poseemos todos nuestros recuerdos, ya que no la facultad de recordarlos, dice de acuerdo al señor Bergson el gran filósofo noruego cuyo lenguaje no he tratado de imitar, para no perder más tiempo. Sino la facultad de recordarlos. Pero ¿qué es un recuerdo que uno no recuerda? O mejor, vayamos más lejos. No recordamos nuestros recuerdos de los últimos treinta años; pero nos bañan por completo; ¿por qué detenerse entonces en treinta años?, ¿por qué no prolongar esta vida anterior más allá del nacimiento? Dado que no conozco toda una parte de los recuerdos que están detrás de mí, dado que me son invisibles, que no tengo el poder de llamarlos hacia mí, ¿quién me dice que en esa masa desconocida de mí mismo no hay algunos que se remonten mucho más allá de mi vida humana? Si puedo tener en mí y alrededor de mí tantos recuerdos que no recuerdo, ese olvido (por lo menos olvido de hecho ya que no poseo la facultad de ver nada) puede ir a parar a una vida que he vivido en el cuerpo de otro hombre, aun en otro planeta. Un mismo olvido lo borra todo. Pero entonces ¿qué significa esta inmortalidad del alma cuya realidad afirmaba el filósofo noruego? El ser que seré después de muerto ya no, tiene motivos de recordar al

hombre que soy desde mi nacimiento, de lo que ese último recuerda lo que he sido antes que ella.

El mucamo entraba. No le decía que había llamado varias veces, porque me daba cuenta que hasta ese momento no había hecho más que soñar que llamaba. Me espantaba sin embargo pensar que ese sueño había tenido la nitidez del conocimiento. ¿Tendría recíprocamente, el conocimiento la irrealidad del sueño?

En cambio le preguntaba quién era el que había llamado tanto esa noche. Me decía: nadie y podía afirmarlo porque el tablero de llamadas las hubiera señalado. Sin embargo yo oía los llamados repetidos, casi furiosos, que seguían vibrando en mis oídos y debían serme perceptible durante varios días. Es raro, no obstante, que el sueño arroje en esa forma recuerdos que no mueren sino con él. Uno puede contar aerolitos. Si es una idea que ha forjado el sueño, se disgrega muy rápidamente en fragmentos tenues, inalcanzables. Pero ahí el sueño había fabricado sonidos. Más materiales y más sencillos, duraban todavía. Me asombraba la hora relativamente temprana que me anunciaba el mucamo. No por eso estaba menos descansado. Son los sueños livianos los que tienen una larga duración porque ya que son intermediarios entre la vigilia y el sueño, conservan una noción algo borrosa pero permanente de la primera y necesitan infinitamente mucho más tiempo para descansar que un sueño profundo, que puede ser corto. Me sentía muy cómodo por otro motivo. Si basta recordar que uno está cansado para sentir penosamente el cansancio, decirse: “Estoy descansado” basta para crear el reposo. Y yo había soñado que el señor de Charlus tenía ciento diez años y acababa de darle un par de cachetadas a su propia madre. Que la señora de

Verdurin había comprado un ramo de violetas por cinco mil millones; estaba pues seguro de haberme dormido profundamente, soñado a contramano de mis nociones del día anterior y de todas las posibilidades de la vida corriente; lo que bastaba para sentirme completamente descansado.

Hubiera asombrado mucho a mi madre que no podía comprender la asiduidad del señor de Charlus con los Verdurin, si le contara (precisamente el día en que había encargado la toca de Albertina, sin decirle nada y para sorprenderla) con quién había ido a cenar el señor de Charlus a un salón del gran hotel de Balbec. El invitado no era otro que el mucamo de una prima de los Cambremer. Ese mucamo estaba vestido con mucha elegancia y cuando atravesó el hall con el barón, pasó por hombre de mundo a los ojos de los turistas, como hubiera dicho Saint-Loup. Ni siquiera los jóvenes *botones*, *los* “levitas” que bajaban en tropel los escalones del templo en ese momento del relevo, prestaron atención a los dos recién llegados, de los cuales, a uno, el señor de Charlus mientras bajaba los ojos le interesaba indicarles que les concedía muy poca. Parecía que se estuviese abriendo una picada entre ellos. “Prosperad, cara esperanza de una nación santa”, dijo recordando unos versos de Racine, citados en un sentido muy distinto. “¿Cómo?”, preguntó el mucamo muy poco al corriente de los clásicos. El señor de Charlus no le contestó porque ponía cierto orgullo en no tener en cuenta las preguntas y seguía marchando derecho como si no hubiese otros clientes en el hotel y como si en el mundo no existiese nadie más que él, el barón de Charlus. Pero al continuar los versos de Josabeth: “Venid, venid, hijas mías”, sintió repugnancia y no agregó como ella, hay que

llamarlos, porque esos niños no habían alcanzado aún la edad en que se ha formado el sexo por completo y que tanto gustaba al señor de Charlus. Por otra parte, si le había escrito al mucamo de la señora de Chevreigny, por no dudar de su conformidad, lo había imaginado más viril. Lo encontraba al verlo más afeminado de lo que quisiera. Le hubiese dicho que creía habérselas con cualquier otro porque conocía de vista a otro mucamo de la señora de Chevreigny, que efectivamente había advertido en el coche. Era algo así como un campesino, muy rústico, completamente opuesto a este que por el contrario suponía que todos sus remilgos eran otras tantas superioridades y no dudaba que fuesen sus cualidades de hombre de mundo las que sedujeran al señor de Charlus y no comprendió siquiera de qué quería hablar el barón. “Pero no tengo ningún compañero, más que uno que no, puede haber tenido usted en cuenta; es horrible, parece un campesino gordo”. Y ante la suposición de que era quizás ese rústico el que había visto el barón experimentó una herida en su amor propio. El barón la adivinó y ampliando su encuesta: “Pero no hice un voto especial de conocer únicamente a la gente de la señora de Chevreigny, dijo. ¿Acaso aquí o en París, ya que parte usted pronto, no podría presentarme muchos compañeros de una u otra casa? —¡Oh, no! contestó el mucamo—; no frecuento a nadie de mi clase. No les hablo más que por razones de servicio. Pero podría hacerle conocer a una persona muy bien. —¿Quién?, preguntó el barón. —El príncipe de Guermantes”. Al señor de Charlus le causó despecho que no le ofrecieran sino un hombre de esa edad, y para el cual por otra parte no necesitaba la recomendación de un mucamo. Por lo que rechazó el ofrecimiento con un tono seco y sin dejarse

desalentar por las pretensiones sociales del sirviente empezó de nuevo a explicarle lo que quería, el género, el tipo, aunque fuese un jockey, etc... Por temor a que lo hubiese oído el escribano que pasaba en esos momentos, creyó ingenioso indicar que hablaba de otra cosa y dijo con insistencia y como entre bambalinas, pero como si sólo continuara su conversación: “Si, a pesar de mi edad, he conservado el gusto por las chucherías, las chucherías bonitas. Haría locuras por un bronce antiguo, una araña antigua. Me encanta lo Bello”. Pero para que el mucamo comprendiese el cambio de tema que había ejecutado con tanta rapidez, el señor de Charlus apoyaba tanto sobre cada palabra y además para que lo oyese el notario, las gritaba tanto, que todo ese juego escénico hubiese bastado para revelar lo que ocultaba a oídos menos avisados que los del fiel oficial ministerial. Este nada sospechó al igual que todos los clientes de hotel que tomaron por un extranjero elegante al mucamo tan bien vestido. En cambio, si los hombres de mundo se equivocaron y lo tomaron por un americano muy elegante, apenas apareció ante los sirvientes éstos lo identificaron como un forzado reconoce a otro forzado, como un animal reconoce a otros. Los jefes de fila levantaron la vista. Aimé echó un vistazo suspicaz. El sumiller, alzando los hombros y ocultándose con la mano dijo, porque creyó que eso era cortés, una frase desagradable que todos oyeron. Y hasta nuestra vieja Francisca, cuya vista aflojaba y que pasaba en esos momentos al pie de la escalera para ir a comer con “los correos”, levantó la cabeza, reconoció un sirviente ahí donde no lo sospechaban los huéspedes del hotel—como la vieja nodriza Euricles reconoció a Ulises mucho antes que los Pretendientes sentados en el festín—y viendo que el señor de Charlus

caminaba familiarmente con él, tuvo una expresión agobiada, como si de pronto todas las maldades que había oído y no pudiera creer adquiriesen a sus ojos una triste verosimilitud. Nunca me habló a mí ni a nadie de ese incidente, pero debió provocarle un trabajo considerable a su cerebro, porque más tarde, cada vez que tenía oportunidad de ver a “Julián”, que tanto había amado, en París, se portó siempre cortésmente con él, pero enfriada y con una fuerte dosis de reserva. Ese mismo incidente llevó por el contrario a otro a una confidencia: y fue Aimé. Cuando me crucé con el señor de Charlus, él, que no había creído encontrarme, me gritó “buenas noches” a tiempo que levantaba la mano con la indiferencia por lo menos aparente de un gran señor que se lo cree todo permitido y a quien le parece más hábil aparentar que no se oculta. Y Aimé, que en ese momento lo observaba con ojos desconfiados y que vio que yo saludaba al compañero de aquel en quien estaba seguro de reconocer un sirviente, me preguntó esa misma noche quién era porque desde hacía algún tiempo, a Aimé le gustaba conversar o más bien, como le gustaba decir, sin duda para señalar el carácter filosófico de esas charlas, “discutir” conmigo. Y como a menudo le decía que me molestaba que él permaneciera de pie mientras yo comía en lugar de sentarse y compartir mi comida, declaraba que nunca había visto un cliente que tuviese “un razonamiento tan preciso”. En ese momento conversaba con dos mozos. Me habían saludado y no sé por qué sus rostros seguían siendo desconocidos para mí aunque había en su conversación un rumor que no me parecía nuevo. Aimé los reprendía a los dos debido a sus noviazgos que no aprobaba. Me tomó como testigo, y yo dije que no podía emitir una opinión ya que no los conocía. Me

recordaron su nombre y haberme servido a menudo en Rivebelle. Pero uno se había dejado crecer el bigote y el otro se lo había afeitado y hecho rapar la cabeza; y debido a ello, aunque fuese la misma cabeza de antaño la que estuviera colocada sobre sus hombros (y no otra como en las restauraciones defectuosas de Notre-Dame) continuó tan invisible para mí como esos objetos que escapan a las minuciosas investigaciones y que están sobre una chimenea simplemente a la vista de todos los que no los advierten. En cuanto supe sus nombres, reconocí exactamente la música indeterminada de sus voces porque volví a ver sus antiguos rostros que las determinaban. “Quieren casarse y ni siquiera saben inglés”, me dijo Aimé, que ignoraba que yo no estaba al corriente de la profesión hotelera y no comprendía cómo si se desconocen los idiomas extranjeros, se puede contar con una situación. Yo, que creía que sabría fácilmente que el recién llegado era el señor de Charlus y me figuraba que hasta debía recordarlo, ya que lo había servido en el comedor cuando vino el barón durante mi primera estada en Balbec para ver a la señora de Villeparisis, le dije su nombre. Y no sólo Aimé no recordaba al barón de Charlus, sino que ese nombre pareció provocarle una impresión profunda. Me dijo que al día siguiente buscaría entre sus cosas, una carta que quizás yo podría explicarle. Me extrañó tanto más porque cuando el señor de Charlus había querido regalarme un libro de Bergotte, en Balbec durante el primer año, lo había hecho llamar especialmente a Aimé, que luego debió volver a encontrar en ese restaurante de París donde almorzara ya con Saint-Loup y su querida y donde fuera a espiarnos el señor de Charlus. Es verdad que Aimé no había podido cumplir personalmente esas misiones, ya que la primera vez estaba acostado

y la segunda vez estaba sirviendo. Tenía sin embargo grandes dudas acerca de su sinceridad, cuando pretendía no conocer al señor de Charlus. Por una parte debió convenirle al barón. Como todos los jefes de piso del Hotel de Balbec y como varios mucamos del príncipe de Guermantes, Aimé pertenecía a una raza más antigua que la del príncipe, por consiguiente más noble. Cuando uno pedía una sala se creía primeramente solo. Pero pronto, en el *office* advertía un *maître d'hotel* escultural, en ese estilo etrusco pelirrojo del que Aimé era el prototipo, algo envejecido por los excesos de champaña y que veía acercarse el momento necesario del agua de Contrexéville.

No todos los clientes se limitaban a pedirles que los sirvieran. Los mozos que eran jóvenes, escrupulosos, presurosos y a quienes esperaba una querida en la ciudad, se sustraían. Por eso Aimé les reprochaba su falta de seriedad. Tenía derecho a ello. Él era serio. Tenía una mujer e hijos y ambición debido a ellos. Por eso no rechazaba las insinuaciones de una extranjera o un extranjero aunque tuviese que quedarse toda la noche. Porque el trabajo debe anteponerse a todo. Tenía a tal punto el estilo que le debía gustar al señor de Charlus que sospeché que me mentía cuando me dijo que no lo conocía. Me equivocaba. Era completamente cierto que el *groom* le había dicho al barón que Aimé (que al día siguiente le había propinado un reto) se había acostado (o salido) y la otra vez estaba sirviendo. Pero la imaginación va más allá de la realidad. Y la turbación del *botones* había excitado posiblemente algunas dudas en el señor de Charlus, con respecto a la sinceridad de sus excusas, dudas que le habían herido sentimientos que no sospechara Aimé. También se ha visto que Saint-Loup le había impedido a Aimé llegarse hasta el coche

en que el señor de Charlus —que no se sabe cómo se procurará la nueva dirección del *maître d'hôtel* sufriera una nueva desilusión. Aimé, que no lo había advertido, experimentó un asombro que no puede concebirse cuando la noche misma del día en que almorzara yo con Saint-Loup y su querida, recibió una carta lacrada con el escudo de los Guermantes y de la que extractaré aquí algunos párrafos, como ejemplo de la locura unilateral de un hombre inteligente que se dirige a un imbécil inequívoco. “Señor, no he podido conseguir, a pesar de algunos esfuerzos que asombrarían a mucha gente que intentaría inútilmente que yo los recibiera o los saludara, que atendiese las pocas explicaciones que usted no me pedía pero que creí deber ofrecerle por mi dignidad y la suya. Voy a escribirle pues aquí lo que hubiera sido más cómodo decirle de viva voz. No le ocultaré que la primera vez que lo vi en Balbec, su rostro me fue francamente antipático”. Seguían luego algunas reflexiones acerca del parecido —sólo advertido al segundo día— con un amigo difunto por quien el señor de Charlus había tenido mucho afecto. “Había tenido entonces por un momento la idea de que usted, sin molestar su profesión en lo más mínimo, podía venir, a jugar conmigo esos partidos de naipes con los que su alegría sabía disipar mi tristeza y darme la ilusión de que no se había muerto. Sea cual sea la naturaleza de las suposiciones más o menos tontas que usted habrá hecho posiblemente y más al alcance de un sirviente (que ni siquiera merece ese nombre ya que no ha querido servir) usted habrá creído probablemente darse importancia, ignorando quién era yo y lo que era, al mandarme contestar que estaba acostado cuando le hacía pedir un libro; y es un error suponer que un mal procedimiento añade algo a la gracia de la que por otra parte

está usted desprovisto por completo. Concluiría allí mismo si por casualidad no hubiese podido hablarle al día siguiente. Su parecido con mi desventurado amigo se acentuó a tal punto, haciendo desaparecer hasta la forma insoportable de su barbilla saliente, que comprendí que era el difunto que en ese momento le prestaba algo de su expresión tan bondadosa con el objeto de permitirle volver a mí y que no perdiera la suerte única que se le estaba ofreciendo. En efecto, aunque yo no quiera —ya que todo eso no tiene más objeto y ya no tendré motivos de volver a encontrarlo en esta vida mezclar en todo eso brutales cuestiones de intereses, me hubiera considerado demasiado feliz al obedecer la súplica del muerto (porque creo en la comunión de los santos y en su voluntad de intervención en el destino de los vivos) y obrar con usted como con él, que tenía su coche, sus sirvientes y al que era muy natural que le consagrara la mayor parte de mis rentas ya que lo quería como a un hijo. Usted decidió lo contrario. Ante mi solicitud de traerme un libro usted me hizo contestar que debía salir. Y esta mañana cuando le pedí que se acercara a mi coche, usted, si puedo hablar así sin sacrilegio, me renegó por tercera vez. Me disculparé que no incluya en este sobre las abultadas propinas que esperaba darle en Balbec y con las que me sería penoso llegar a una persona con quien por un momento creí que lo compartiría todo. A lo sumo podrá usted evitarme en su restaurante el intento dé una cuarta tentativa inútil y a la que no alcanzará mi paciencia. (Y aquí el señor de Charlus daba su dirección, especificaba a qué hora se le encontraba, etc.). Adiós, señor. Como supongo que si se parece tanto al amigo perdido no puede ser usted totalmente estúpido, sin lo cual la fisonomía sería una ciencia errónea, estoy

convencido de que si algún día vuelve a pensar en este incidente, no será sin experimentar algún remordimiento y cierta lástima. Por mi parte crea muy sinceramente que no conservo ninguna amargura. Hubiera preferido que nos separásemos con un recuerdo menos malo que esta tercera tentativa inútil. Pronto quedará olvidada. Somos como esos barcos que debe haber visto a veces en Balbec y que se cruzan por un momento; pudo ser ventajoso para ellos haberse detenido; pero uno pensó en forma diferente; pronto ni se verán en el horizonte y el encuentro se esfuma; pero antes de esa separación definitiva, cada cual saluda al otro y es lo que yo hago en este lugar, señor, deseándole buena suerte; el Barón de Charlus”.

Aimé ni siquiera había leído esta carta hasta el final, no comprendió una palabra y temía una superchería. Cuando le expliqué quién era el barón, pareció soñar un poco y experimentó ese remordimiento que le había anticipado el señor de Charlus. Ni siquiera juraría que no le escribiese entonces para disculparse con un hombre que le regalaba coches a sus amigos. Pero mientras tanto, el señor de Charlus había trabado relaciones con Morel. Y como a lo sumo sus relaciones con éste eran platónicas, el señor de Charlus quizás buscara por una noche una compañía como aquella con la que acababa de sorprenderlo en el hall. Pero ya no podía apartar de Morel el sentimiento violento que, libre años antes, no pedía otra cosa que fijarse en Aimé y había dictado la carta que me causaba molestias por el mismo señor de Charlus y que me enseñara el maître. Era, a causa del amor antisocial como el del señor de Charlus, un ejemplo más señalado de la fuerza insensible y potente que tienen esas corrientes de la pasión y por los que el enamorado, como un nadador arrastrado

por descuido pronto pierde de vista la costa. Sin duda, también el amor de un hombre normal puede permitir la medida de una separación bastante notable de los dos brazos de un compás, cuando el enamorado por la invención sucesiva de sus deseos, de sus arrepentimientos, de sus desilusiones y de sus proyectos construye toda una novela acerca de una mujer que no conoce. Sin embargo, tal separación estaba singularmente ensanchada por el carácter de una pasión en general no compartida y por las diferentes condiciones del señor de Charlus y de Aimé.

Yo salía todos los días con Albertina. Había decidido volver a pintar y eligió primeramente para su trabajo la iglesia de San Juan de la Haise, que ya no frecuenta nadie y es muy poco conocida, difícil de hacerse señalar, imposible de descubrir sin guía, distante de alcanzar en su aislamiento a más de media hora de la estación de Epreville, pasando las últimas casas de la aldea de Quetteholme. En cuanto al nombre de Epreville no me pareció estar de acuerdo el libro del cura con los informes de Brichot. Según uno, Epreville era la antigua Sprevilla; el otro indicaba como etimología Aprivilla. La primera vez tomamos un pequeño tren en la dirección opuesta a Féterne, es decir hacia Grattevast. Pero era la canícula y ya había resultado terrible partir tan pronto almorzáramos. Hubiese preferido no salir tan temprano; el aire luminoso y ardiente despertaba ideas de indolencia y de refresco. Llenaba nuestros cuartos, los de mi madre y míos, según su exposición, con temperaturas desiguales, como cámaras de baño turco. El baño de mamá, festoneado por el sol, de una blancura deslumbrante y morisca, parecía sumergido en el fondo de un pozo, debido a las cuatro paredes de yeso sobre las que daba, mientras que

allá arriba, en el cuadrado libre, el cielo cuyas corrientes se veía resbalar unas sobre otras blandas y superpuestas, parecía (debido al deseo que uno tenía) ya situado sobre una terraza (o visto al revés por algún espejo colgado en la ventana) una piscina llena de un agua azul reservada para las abluciones. A pesar de esa temperatura ardiente habíamos ido a tomar el tren de la una. Pero Albertina tuvo mucho calor en el vagón, más aún en el largo trayecto a pie y temí que fuera a enfriarse al quedarse luego inmóvil en ese hueco húmedo que no alcanza el sol. Además, y como ya desde nuestras primeras visitas a Elstir advirtiera que apreciaba no sólo el lujo sino cierto confort del que la privaba la falta de dinero, había llegado a un arreglo con un alquilador de Balbec, para que un coche fuese a buscarnos todos los días. Para sentir menos calor atravesábamos el bosque de Chantepie. La invisibilidad de los innumerables pájaros, algunos semimarinos, que se daban la réplica a nuestro lado en los árboles, daba la misma sensación de descanso que se consigue al cerrar los ojos. Yo escuchaba esas oceánidas al lado de Albertina y encadenado por sus brazos al fondo del coche. Y cuando por casualidad advertía uno de esos músicos que pasaba de una hoja a la otra, había tan poco vínculo aparente entre él y sus cantos que no me parecía su causa ese cuerpecillo saltarín, humilde, asombrado y sin miradas. El coche no podía llevarnos hasta la iglesia. Lo mandaba detener a la salida de Quettelholme y me despedía de Albertina. Porque me había espantado al decirme de esa iglesia, como de otros monumentos y de algunos cuadros: “qué placer verla con usted”. Placer que yo no me sentía capaz de brindar. No lo experimentaba ante las cosas bellas más que si estaba solo o fingía serlo y me callaba. Pero ya que había creído

experimentar por obra mía sensaciones de arte que no se comunican en esa forma, me pareció más prudente decirle que la abandonaba y volvería a buscarla al terminar el día, pero que hasta entonces tenía que volver con su coche para visitar a la señora de Verdurin o los Cambremer, o pasar una hora con mamá en Balbec, pero nunca más lejos. Por lo menos, en los primeros tiempos. Porque ya que Albertina me había dicho una vez y por capricho: “—Es fastidioso que la naturaleza haya hecho tan mal las cosas y que colocara de un lado a Saint-Jean de la Haise y del otro a la Raspelière y que una esté aprisionada todo el día en el lugar que ha elegido”, en cuanto recibí la toca y el velo, encargué para mi desgracia un automóvil en Saint-Fargeau (Sanctus Ferreolus, de acuerdo al libro del cura). Albertina, que yo había dejado en la ignorancia y que había venido a buscarme, se sorprendió al oír el ronquido del motor delante del hotel y le encantó saber que el coche era para nosotros. La hice subir un instante a mi cuarto. Saltaba de alegría. “Vamos a visitar a los Verdurin. Sí, pero es mejor que no vaya vestida así, ya que va a viajar en auto. Tenga, así estará mejor”. Y saqué la toca y el velo que había escondido. “—¿Es para mí? ¡Oh, qué bueno es usted!” Al encontrarnos Aimé en la escalera, orgulloso de la elegancia de Albertina y de nuestro medio de transporte, porque esos coches eran bastante raros en Balbec, se dio el placer de bajar detrás de nosotros. Como Albertina deseaba que la vieran un poco con su nueva ropa, me pidió que mandara bajar la capota que luego subiríamos de nuevo, para estar juntos con más libertad. “Vamos, dijo Aimé, al mecánico que por otra parte no conocía y que no se había movido, ¿no oyes que te están diciendo que bajes la capota?” Porque Aimé, educado por la

vida de hotel en que había conquistado por otra parte un rango distinguido, no era tan tímido como el cochero del fiacre, para quien Francisca era una señora; a pesar de la falta de presentación previa a los plebeyos que no había visto nunca, los tuteaba sin que se supiese exactamente si era por su parte desdén aristocrático o fraternidad popular. “No estoy libre, contestó el conductor que no me conocía. Me han llamado para la señorita Simonet. No puedo llevarlo al señor”. Aimé se puso a reír: “—Vamos, tonto, contestó al mecánico que convenció enseguida, es precisamente la señorita Simonet y el señor, que te ordena bajar la capota, es precisamente tu patrón”. Y como Aimé, aunque no tuviese personalmente simpatía por Albertina, estaba orgulloso de su atuendo por mí, le deslizó al conductor: “—Te gustaría llevar todos los días princesas como ésta, si pudieras, ¿eh?”.

Esta primera vez no fui yo solo el que pudo ir a la Raspelière, como lo hice otras veces, mientras Albertina pintaba; ella quiso venir conmigo. Pensaba que podríamos detenernos aquí y allá por el camino, pero le parecía imposible empezar yendo a Saint-Jean de la Haise. Es decir en otra dirección y dar un paseo que parecía destinado a un día distinto. Supo, al contrario, por el mecánico, que nada era más fácil que ir a Saint-Jean, donde estaría en veinte minutos y que podríamos quedarnos si lo queríamos varias horas o llegar mucho más lejos, porque de Quetteholme a la Raspelière no emplearía más de 35 minutos. Lo comprendimos en cuanto arrancó el coche. Las distancias no son más que la relación del espacio con el tiempo y, varían con él. Expresamos la dificultad que hay en dirigirnos a un lugar, en un sistema de leguas, y kilómetros que se hace falso en cuanto disminuye esa dificultad. El arte también se modifica, ya que una aldea que

parecía estar en otro mundo, se hace vecina suya en un paisaje cuyas dimensiones cambian. De cualquier manera saber que existe un universo en donde 2 y 2 son 5 y donde la línea recta no es el camino más corto de uno a otro punto, hubiese asombrado menos a Albertina que oírle decir al mecánico que era fácil ir en una misma tarde a Saint-Jean y a la Raspelière, Douville y Quetteholme, Saint-Mars le Vieux y Saint-Mars le Vétu, Gourville y Balbec le Vieux, Tourville y Féterne, prisioneros tan herméticamente cerrados hasta entonces en la celda de días distintos, como antes lo eran Méséglise y Guermantes y en los cuales no podían demorarse los mismos ojos en una misma tarde; librados ahora por el gigante de las botas de siete leguas, vinieron para reunir junto a la hora de nuestra merienda, sus campanarios y sus torres, y sus viejos jardines que el bosque vecino descubría con premura.

Al iniciar por lo bajo el camino de la Cornisa el auto subió de un solo impulso, con un ruido continuo como de un cuchillo que se está afilando, mientras el mar se ensanchaba debajo de nosotros. Las casas antiguas y rústicas de Montsurvent acudieron con sus viñas y sus rosales apretados entre sí; los pinos de la Raspelière, más agitados que al levantarse el viento nocturno, corrieron en todos sentidos para evitarnos y un sirviente nuevo que no había visto hasta entonces vino a abrirnos a la entrada, mientras que el hijo del jardinero, demostrando aptitudes precoces, devoraba con los ojos el lugar del motor. Como no era lunes no sabíamos si encontraríamos a la señora de Verdurin, porque con excepción de ese día de recibo, era imprudente visitarla de improviso. Sin duda se quedaba en su casa “en principio”, pero esa expresión que utilizaba la señora de Swann

en tiempos en que trataba ella también de formar su pequeño clan y atraer a los clientes sin moverse, aunque muchas veces no sacara ni los gastos y que traducía por un contrasentido con ese “por principio”, sólo significaba por “regla general”; es decir, con numerosas excepciones. Porque no solamente le gustaba salir a la señora de Verdurin, sino que llevaba muy lejos sus deberes de dueña de casa y cuando habla tenido invitados para el almuerzo, enseguida después del café, los licores y los cigarrillos (a pesar del primer sopor del calor y de la digestión en que se preferiría ver pasar a través de las hojas el pailebote de Jersey sobre un mar de esmalte) el programa comprendía una serie de paseos, en cuyo transcurso los invitados instalados a la fuerza en coche, eran llevados, a su pesar, a uno u otro de los puntos de vista que abundan alrededor de Douville. Este segundo aspecto de la fiesta no era, en verdad (una vez cumplido el esfuerzo de levantarse y subir el coche) el que menos gustaba a los invitados, ya preparados por la comida suculenta, los vinos finos o la sidra espumante, para dejarse embriagar fácilmente con la pureza de la brisa y la magnificencia de los lugares. La señora de Verdurin se los hacía visitar a los extranjeros, algo así como si fueran unos anexos (más o menos lejanos) de su propiedad, que no podía dejar de verse ya que almorzaron en su casa y recíprocamente que no hubiesen conocido si no los recibiese la Patrona. Esta pretensión de arrogarse un derecho único sobre los paseos, como sobre el juego de Morel y antaño de Dechambre y obligar a los paisajes a que integraran el pequeño clan, no era por otra parte tan absurda como parece a primera vista. La señora de Verdurin se burlaba del mal gusto que, según ella, mostraban los Cambremer para amueblar la Raspelière y arreglar el

jardín y hasta de su falta de iniciativa en los paseos que realizaban o hacía dar por los alrededores. Por lo mismo que según ella, no empezaba la Raspelière a ser lo que debía sino desde que era el asilo del pequeño clan, en la misma forma afirmaban que los Cambremer, recorriendo perpetuamente en su calesa, a lo largo del ferrocarril y al borde del mar el único y feo camino que había en los alrededores, habitaban la zona desde siempre pero no la conocían. Había alguna verdad en este aserto. Por rutina, falté de imaginación y poca curiosidad de una región que parece demasiado conocida por ser tan próxima, los Cambremer no salían de su casa más que para ir siempre a los mismos lugares y por los mismos caminos. En verdad se reían mucho de la pretensión de los Verdurin de enseñarles su propia región. Pero acorralados, ellos y aun su cochero, no hubiesen sido capaces de llevarnos a los lugares espléndidos, algo secretos adonde nos conducía el señor Verdurin, levantando aquí la tranquera de una propiedad privada pero abandonada, donde otros no creyeron posible aventurarse, bajando del coche más allá para seguir un camino intransitable, pero todo ello con la segura recompensa de un paisaje maravilloso. Digamos también que el jardín de la Raspelière era en cierto modo una síntesis de todos los paseos que podían realizarse a muchos kilómetros de distancia. Ante todo por su posición dominante, que miraba al valle desde un solo lado y del otro al mar y además porque aun de un solo lado, el del mar por ejemplo, se habían dejado unos claros en medio de los árboles de tal modo que desde aquí se abarcaba un horizonte y desde ahí otro. Había un banco en cada uno de esos miradores; y uno iba a sentarse por turno en aquel desde donde se descubría a Balbec, Parville o Doville. Hasta en una

sola dirección se había colocado un banco más o menos a pique sobre el acantilado y más o menos retirado. Con estos últimos se había conseguido un primer plano de vegetación y un horizonte que ya parecía muy vasto pero que se ampliaba infinitamente si al seguir un pequeño sendero llegaba uno hasta el banco siguiente, desde donde se abarcaba todo el anfiteatro del mar. Desde ahí se percibía exactamente el ruido de las olas que no llegaba por el contrario a las zonas más alejadas del jardín donde todavía se dejaban ver las aguas pero ya no podían oírse. Esos lugares de descanso llevaban en la Raspelière según los dueños de casa el nombre de “vistas”. Y en efecto, reunían en torno al castillo las más hermosas “vistas” de las regiones vecinas de las playas o de los bosques, percibidas y muy reducidas por el alejamiento; así como Adrián había reunido en su residencia reducciones de los más célebres monumentos de distintas regiones. El nombre que venía después de la palabra “vista” no era forzosamente el de un lugar de la costa, sino a menudo el de la ribera opuesta de la bahía, que se descubría conservando cierto relieve a pesar, de la extensión del panorama. En la misma forma que se sacaba un libro de la biblioteca del señor Verdurin para leer una hora en la “vista de Balbec”, asimismo si el tiempo era propicio se iban a beber licores en la “vista de Rivebelle”, siempre que no hubiese mucho viento, porque a pesar de los árboles plantados a cada lado, el aire era vivo. Volviendo a los paseos en coche que la señora de Verdurin organizaba para la tarde, si a la vuelta la Patrona encontraba las tarjetas de algún mundano de “paso por la costa”, fingía sentirse encantada pero la desesperaba haber fallado su visita (y aunque por ahora no fueran sino a ver “la casa” o conocer por un día a una mujer cuyo

salón artístico era célebre pero de imposible frecuentación en París) y hacía que rápidamente lo invitara a comer el señor Verdurin para el próximo miércoles. Dado que a menudo el turista se veía obligado a volver antes o temía los regresos tardíos, la señora de Verdurin había establecido que la encontrarían siempre el sábado a la hora del té. Esos tes no eran muy numerosos y yo había conocido en París algunos mucho más brillantes, en casa de la princesa de Guermantes, la señora de Galliffet o la señora de Arpajon. Pero precisamente aquí ya no estábamos en París y el encanto del cuadro no obraba sobre mí sólo por el gusto de la reunión sino por la calidad de las visitas. El encuentro con tal o cual mundano que no me causaba ningún placer en París, pero que cambiaba su carácter o su importancia en la Raspelière, adonde viniera desde lejos por Féterne o el bosque de Chantepie, se convertía en un incidente agradable. A veces se trataba de alguien que yo conocía perfectamente y no hubiera dado un paso para encontrármelo en casa de los Swann Pero su nombre tenía otra resonancia en esos acantilados; como el de un actor que a menudo se oye en un teatro, o se ve impreso en los cartelones multicolores de una representación extraordinaria o de gala en que su notoriedad se multiplica por lo imprevisto del contexto. Como en el campo, uno no se molesta, a menudo el mundano tomaba la iniciativa de traer consigo aquellos amigos en cuya casa habitaba; se disculpaba en voz baja con la señora de Verdurin por no poder dejarlos ya que vivía con ellos; en cambio, a sus huéspedes, fingía ofrecerles como una especie de cortesía el conocimiento de esa diversión en una vida monótona de playa; como es ir a un centro espiritual, visitar una vivienda magnífica y tomar un té excelente. Lo que conformaba

enseguida una reunión de varias personas de mediano valor; y si un trocito de jardín con algunos árboles que parecía mezquino en el campo, adquiere un encanto extraordinario en la avenida Gabriel o en la calle Monceau, dónde sólo se lo pueden permitir los multimillonarios, a la inversa, algunos señores que pertenecen a un segundo plano de una velada parisiense, adquirirían todo su valor en la tarde del lunes en la Raspelière. Apenas estaban sentados alrededor de la mesa recubierta con un mantel bordado de rojo y bajo los entrepaños de pintura monocroma se les servían tortas, hojaldre normando, tartas en forma de barquitos, llenas de cerezas como perlas de coral, “diplomáticos”, y enseguida esos invitados soportaban, debido a la cercanía de la profunda copa azul bajo la cual se abrían las ventanas y que no podía dejar de verse al mismo tiempo que ellos, una alteración, una transmutación profunda que los convertía en algo mucho más precioso. Más aún, antes de haberlos visto, cuando iban los lunes a casa de la señora de Verdurin, esa misma gente que en París sólo tenía una mirada desvaída por la costumbre para las yuntas elegantes que se estacionaban frente a un edificio suntuoso, sentía que le latía el corazón al ver dos o tres malos coches detenidos frente a la Raspelière, debajo de los altos pinos. Sin duda porque el cuadro agreste era distinto y las impresiones sociales volvían a adquirir frescura, gracias a esa trasposición. También se debía a que el pobre coche alquilado para ir a visitar a la señora de Verdurin evocaba un paseo hermoso y un costoso contrato “a destajo” concluido con un cochero que había pedido “tanto” por todo el día. Pero la curiosidad levemente conmovida frente a los que llegaban, aun imposibles de distinguir, dependía también de que se preguntaba cada cual: “¿Quién

será ése?”, pregunta difícil de contestar, sin saber previamente quién había venido a pasar ocho días con los Cambremer o a otra parte y que siempre le gusta a uno plantearse en las vidas agrestes y solitarias, cuando el encuentro de un ser humano que no se ha visto mucho tiempo o la presentación de alguien a quien no se conoce deja de ser esa cosa fastidiosa que es en París e interrumpe deliciosamente el espacio vacío de esas vidas demasiado aisladas en que resulta agradable hasta la hora del correo. Y el día en que fuimos en automóvil a la Raspelière, como no era lunes, el señor Verdurin y la señora debían sentir esa necesidad de ver gente que turba a hombres y mujeres y le dan ganas de arrojar por la ventana al enfermo encerrado lejos de los suyos, para una cura de aislamiento. Porque el nuevo sirviente de los pies veloces, ya familiarizado con esas expresiones, nos había contestado que si la “señora no había salido debía estar en la “vista de Doville”;^o que iría a ver” y volvió enseguida para decirnos que nos recibiría. La encontramos algo despeinada, porque llegaba del jardín, el gallinero y el vergel adonde fuera a darles de comer a sus pavos reales y a sus gallinas, a buscar huevos, recoger fruta y flores para su “centro de mesa”, centro que recordaba el camino del parque en pequeño pero en la mesa le hacía soportar cosas que no fueran solamente buenas y útiles para comer; porque alrededor de esos otros regalos del jardín como las peras, los huevos batidos a nieve, subían los altos tallos de las lenguas de víbora, los claveles, las rosas y las coreopsis, entre las cuales como entre postes indicadores, se veía a través de los cristales de la ventana, moverse los barcos en alta mar. Por el asombro que demostraron el señor Verdurin y la señora, al interrumpir la disposición de las flores para recibir las visitas

anunciadas y ver que esas visitas no eran más que Albertina y yo, vi que el nuevo sirviente lleno de celo pero al que mi nombre no resultaba todavía familiar, lo había transmitido equivocadamente y la señora de Verdurin al oír el nombre de gente desconocida, había dicho, pese a todo, que nos hicieran pasar por necesidad de ver a cualquiera. Y el nuevo sirviente contemplaba ese espectáculo desde la puerta para comprender el papel que representábamos en la casa. Luego se alejó corriendo a grandes trancos, porque sólo estaba empleado desde el día anterior. En cuanto Albertina hubo enseñado su toca y su velo a los Verdurin me miró recordándome que no teníamos mucho tiempo disponible para lo que deseábamos hacer. La señora de Verdurin quería que esperásemos el té, pero rehusamos cuando, se reveló de golpe un proyecto que hubiese anulado todos los placeres que me prometía de mi paseo con Albertina: ya que la Patrona, que no podía decidirse a abandonarnos o quizás a dejar huir una nueva distracción, quería volver con nosotros. Acostumbrada desde hacía mucho tiempo a que semejantes ofrecimientos de su parte no provocasen placer y como no estaba segura posiblemente de que éste nos lo causara, disimuló con un exceso de seguridad la timidez que experimentaba al proponérselo y sin aparentar siquiera que pudiese haber duda acerca de nuestra contestación no nos preguntó, sino que dijo a su marido, hablando de Albertina y de mí, como si nos hiciese un favor: “Yo los llevaré de vuelta”. Al mismo tiempo se aplicaba sobre la boca una sonrisa que no le pertenecía, una sonrisa que ya le había visto a cierta gente cuando le decían a Bergotte con aire entendido: “He comprado su libro; así es”, unas de esas sonrisas colectivas, universales que los individuos piden prestada cuando la necesitan

—así como utiliza uno el ferrocarril y los coches de mudanzasalvo algunos muy refinados como Swann o como el señor de Charlus, en cuyos labios nunca vi aparecer esa sonrisa. Desde entonces estaba envenenada mi visita. Hice como que no comprendía. Al cabo de un instante se hizo evidente que el señor Verdurin sería de la partida. “—Será muy largo para el señor Verdurin, dije—. Pero no, me contestó la señora de Verdurin, alegre y condescendiente; dice que le divertirá mucho volver a recorrer con esa juventud un camino que hizo tantas veces antes; en caso necesario, viajará al lado del conductor, eso no le asusta y volveremos los dos, con el tren, muy juiciosamente, como dos buenos esposos. Miren: está encantado”. Parecía que hablaba de un anciano pintor, lleno de bonhomía y que más joven que los jóvenes se alegra borroneando figuras para que se rían sus nietitos. Lo que aumentaba mi tristeza era que Albertina no parecía compartirla y le resultaba divertido circular así por toda la región con los Verdurin. En cuanto a mí, el placer que me había prometido con ella era tan imperioso, que no le quise permitir a la Patrona me lo estropear e inventé unas mentiras que hacían disculpables las irritantes amenazas de la señora de Verdurin pero que, desgraciadamente, contrariaban a Albertina. “—Pero tenemos que hacer una visita”, dije. “—¿Qué visita?”, preguntó Albertina. “—Ya se lo explicaré, es indispensable”. “—Y bueno, los esperamos”, dijo la señora de Verdurin, resignada a cualquier cosa. A último momento, la angustia de sentir que me robaban una felicidad tan deseada, me dio el valor de ser descortés. Rechacé claramente, alegando en el oído de la señora de Verdurin que debido a un disgusto que había tenido Albertina y acerca del cual deseaba consultarme,

era absolutamente necesario que yo estuviera a solas con ella. La Patrona tomó un aspecto irritado: “Está bien, nos iremos”, me dijo con una voz que temblaba de ira. La sentí tan enojada que aparenté ceder un poco: “Pero quizás hubiéramos podido...” “—No —repuso ella aún más furiosa—; cuando he dicho no, es no”. Ya me creía disgustado con ella, pero nos volvió a llamar en la puerta para recomendarnos que no fuéramos a fallarle el próximo miércoles y que no viniéramos con ese aparato que era peligroso de noche, sino por tren con todo el grupito e hizo detener el coche ya en marcha en la pendiente del parque porque el sirviente se había olvidado de poner en la capota el trozo de torta y los pasteles que nos había mandado envolver. Volvimos escoltados un momento por las casitas que habían acudido con sus flores. El aspecto de la región nos parecía cambiado, a tal punto en la imagen topográfica que nos hacemos de cada uno de ellos, la noción de espacio está lejos de ser la que desempeña el papel más importante. Hemos dicho que la de tiempo las separa aún más. Tampoco es la única. No nos parece que algunos lugares que vemos siempre aislados, tengan una medida común con el resto, casi fuera del mundo, como esa gente que hemos conocido en períodos aparte de nuestra vida, en la conscripción o en la infancia y que no vinculamos con nada. Durante el primer año de nuestra permanencia en Balbec, había una altura a la que la señora de Villeparisis gustaba llevarnos porque desde ahí no se veía más que agua y bosques y que se llamaba Beaumont. Como el camino que elegía y que le parecía más hermoso por sus árboles añejos, trepaba siempre, su coche debía andar al paso y tardaba mucho. Una vez arriba, bajábamos, nos paseábamos un poco y volvíamos a subir al coche, regresando por el

mismo camino, sin encontrar ni una aldea ni un castillo. Yo sabía que Beaumont era algo muy curioso, muy lejano, muy alto, pero no tenía ninguna idea de su orientación ya que nunca había tomado el camino de Beaumont para ir a ninguna parte; se tardaba, por otra parte, mucho yendo en coche. Integraba evidentemente el mismo departamento (o la misma provincia) que Balbec, pero estaba situado para mí en otro plano y gozaba de un privilegio especial de extraterritorialidad. Pero el automóvil no respeta ningún misterio, y después de Incarville, cuyas casas siguen todavía en mis ojos, al descender la cuesta de atajo que llega a Parville (Paterni-villa) y al ver el mar desde un terraplén, pregunté cómo se llamaba ese lugar y antes que el conductor me contestara reconocí a Beaumont, a cuyo lado pasaba así sin saberlo cada vez que tomaba el trencito, ya que estaba a dos minutos de Parville. Como un oficial de mi regimiento que me pareciese un ser especial, demasiado benévolo y sencillo para ser de buena familia, demasiado lejano ya y misterioso para ser sencillamente de gran familia, y del que hubiera sabido que era cuñado o primo de tales o cuales personas con las que acostumbraba a cenar, así Beaumont, vinculada de pronto a lugares que me parecían tan lejanos, perdió su misterio y se ubicó en la región, haciéndome pensar con terror que la señora de Bovary y la Sanseverina me hubiesen parecido quizás seres iguales a los demás, si los encontrara fuera de la atmósfera cerrada de una novela. Puede suponerse que mi amor por los viajes mágicos en ferrocarril debiera haberme impedido compartir el deslumbramiento de Albertina frente al automóvil que conduce hasta a un enfermo adonde quiere e impide—como lo había hecho yo hasta entonces—considerar el emplazamiento como la señal individual y la esencia sin

sucedáneos de las bellezas inamovibles. Y ese emplazamiento no era sin duda para el auto, como el ferrocarril cuando yo había venido otrora desde París hasta Balbec una meta sustraída a las contingencias de la vida ordinaria, casi ideal a la partida y que como sigue siéndolo al llegar, al llegar a esa gran vivienda donde no vive nadie y que sólo lleva el nombre de la ciudad, la estación parece prometer el acceso como si fuera su materialización. No, el automóvil no nos llevaba así mágicamente a una ciudad que veíamos primero en el conjunto que resume su nombre y con las ilusiones del espectador en la sala. Nos hacía entrar por los entretelones de las calles, se paraba para pedirle un informe a un habitante. Pero, como compensación de una progresión tan familiar uno tiene los mismos tanteos del conductor inseguro de su camino y que vuelve sobre sus pasos, los pasos cruzados de la perspectiva que hacían jugar un castillo a las esquinitas con una colina, una iglesia y el mar, mientras uno se le acerca, aunque se acurruque en vano bajo su follaje secular; esos círculos cada vez más próximos que recorre el automóvil en torno a una ciudad fascinada que huía en todos sentidos para escaparle y sobre la cual finalmente se precipitaba en línea recta, a pique, hasta el fondo del valle donde queda yacente; de manera que ese emplazamiento, punto único, que parece despojar al automóvil del misterio de los trenes rápidos, da por el contrario la sensación de descubrirlo, de determinarlo nosotros mismos como con un compás, y ayudarnos a sentir con una mano más cariñosamente exploradora, una más fina precisión, la verdadera geometría, la hermosa medida de la tierra.

Lo que desgraciadamente ignoraba en ese momento y no supe sino dos años después es que uno de los clientes del conductor

era el señor de Charlus y que Morel, encargado de pagarlo y que se guardaba parte del dinero (haciendo triplicar y quintuplicar por el conductor la cantidad de kilómetros) se había relacionado mucho con él (aunque aparentaba no conocerlo delante de la gente) y usaba su coche para trayectos distantes. Si entonces hubiera sabido eso y que la confianza que pronto tuvieron los Verdurin en ese conductor, proviniese de ahí, sin saberlo ellos, quizás pudieran haberse evitado muchos de los pesares de mi vida de París relativa a Albertina, y al año siguiente; pero entonces no tenía yo ni la menor sospecha. Por sí mismos, los paseos del señor de Charlus en auto con Morel, no tenían para mi un interés directo. Se limitaban por otra parte lo más a menudo a una cena o un almuerzo, en un restaurante de la costa donde el señor de Charlus se hacía pasar por un viejo sirviente arruinado y Morel, que tenía la misión de pagar las adiciones, por un gentilhombre excesivamente bueno. Cuento una de esas comidas que puede dar idea de las otras. Era en un restaurante de Saint-Mars-le-Vétu, de forma alargada: “¿No podría quitarse eso?”, preguntó el señor de Charlus a Morel como a un intermediario y para no dirigirse directamente a los mozos. Designaba así a tres rosas marchitas con las que un bien intencionado maître había querido adornar la mesa. “Sí..., dijo Morel turbado, a usted no le gustan las rosas”. “Probaría por el contrario por el petitorio en cuestión que me gustan, ya que aquí no hay rosas Morel pareció sorprendido), pero en realidad no me gustan mucho. Soy bastante sensible a los nombres; y en cuanto una rosa es un poco hermosa, uno sabe que se llama la baronesa de Rothschild o la Mariscalá Niel, lo que enfría un poco. ¿Le gustan los nombres? ¿Ha encontrado lindos títulos para sus pequeños trozos

de concierto?” “Hay uno que se llama Poema triste”. “Es horrible, contestó el señor de Charlus con una voz aguda y restallante como una cachetada. Pero ¿había pedido champaña?”, le dijo al maître, que creyó traerlo y colocaba junto a sus dos clientes dos copas llenas de vino espumante. “Pero, señor”. “Quite ese horror que no tiene ninguna relación con el peor de las champañas. Es ese vomitivo llamado cup en donde se olvidan generalmente tres frutillas podridas en una mezcla de vinagre y soda. Sí, continuó volviéndose hacia Morel, usted parece ignorar lo que es un título. Y aun cuando interpreta lo que mejor toca, no parece advertir el aspecto mediúmnico del asunto”. “¿Cómo?”, preguntó Morel, que como no había entendido nada de lo que dijera el barón, temía verse privado de una información útil, como es por ejemplo una invitación a almorzar. Como el señor de Charlus no consideró ese “¿Cómo?” a manera de pregunta, y Morel, por consiguiente, no tuvo respuesta, creyó tener que cambiar la conversación y darle un giro sensual: “Ahí tiene esa rubiecita que vende las flores que no le gustan; otra que debe tener una amiguita. Y la vieja que come en la mesa del fondo, también”. “¿Pero como sabes todo eso?”, preguntó el señor de Charlus maravillado de la presencia de Morel. “¡Oh! las adivino en un segundo. Si nos paseáramos juntos en medio de la gente ya vería que no me equivoco dos veces”. Y el que hubiese mirado en ese momento a Morel con aspecto de muchacha, en medio de su belleza viril, hubiese comprendido la oscura adivinación que no lo señalaba menos a ciertas mujeres de lo que él a ellas. Tenía ganas de suplantar a Jupien, deseando vagamente agregar a sus entradas permanentes las rentas que, según creía, le sacaba el chalequero al barón. “Y en cuanto a los gigolós los

conozco mucho más aún; le evitaría todas las equivocaciones. Pronto habrá feria en Balbec, ya encontraremos muchas cosas. Y en París entonces, ya vería cómo iba a divertirse”. Pero una prudencia hereditaria de sirviente le hizo dar otro giro a la frase que ya empezaba. De manera que el señor de Charlus siguió creyendo que trataba siempre de muchachas. “Vea usted, dijo Morel deseando exaltar de un modo que suponía menos comprometedor para sí (aunque fuese en realidad más inmoral) los sentidos del barón; mi sueño sería encontrar una muchacha muy pura, hacerme querer por ella y quitarle su virginidad”. El señor de Charlus no pudo dejar de pellizcarle con ternura la oreja a Morel, pero agregó cándidamente: “¿Para qué te serviría? Si le quitaras la doncellez tendrías que casarte con ella. —¿Casarme con ella?, exclamó Morel, que sentía que el barón estaba embriagado o que no pensaba en el hombre, en resumen, más escrupuloso de lo que creía, con quien hablaba. ¿Casarme? Rábanos. Se lo prometería, pero una vez llevada a cabo la pequeña operación, la dejaría plantada esa misma noche.” El señor de Charlus cuando una ficción podía causarle un momentáneo placer sensual, tenía la costumbre de prestarle su adhesión, aunque se la retirase por completo instantes después al agotarse todo el placer. “—¿Verdaderamente, harías eso?”, le dijo riendo a Morel y apretujándolo más aún. “¡Y cómo!”, dijo Morel al ver que no disgustaba al barón si seguía explicándole con sinceridad aquello que efectivamente era uno de sus deseos. “—Es peligroso” —dijo el señor de Charlus. “—Prepararía las valijas de antemano y me iría sin dejar la dirección”. “—¿Y yo?”, preguntó el señor de Charlus. “—Lo llevaría conmigo, se entiende”, se apresuró a decir Morel, que no había pensado qué

sería del barón, que constituía la menor de sus preocupaciones. “—Mire, hay una muchacha que me gustaría mucho para eso: es una costurera que tiene su negocio en el edificio del señor duque”. “—La hija de Jupien —exclamó el barón mientras entraba el tonelero—. ¡Oh, nunca! —agregó, ya sea que la presencia de un tercero lo hubiese enfriado, o bien que hasta en esas especies de misas negras en las que se complacía mancillando las cosas más santas, no pudiera resolverse á complicar personas por las que sentía amistad—. Jupien es un buen hombre, la muchacha es encantadora; sería horrible causarles pena”. Morel advertía que había ido muy lejos y se calló, pero su mirada seguía en el vacío, fijándose en la muchacha ante la cual había querido un día que lo llamase querido y grande artista y a la que le había encargado un chaleco. Muy trabajadora, la chica no se había tomado vacaciones, pero supo posteriormente que mientras el violinista Morel estaba en los alrededores de Balbec, no dejaba de pensar en su hermoso rostro, ennoblecido por cuanto al verlo a Morel conmigo lo había supuesto un “señor”.

“—Nunca lo oí tocar a Chopin, dijo el barón y sin embargo hubiera podido hacerlo; Stamati me daba lecciones, pero me prohibió que fuera a casa de mi tía Chimay para oír al maestro de los Nocturnos”. “¡Qué tontería cometió con ello!”, exclamó Morel. “Al contrario”, contestó con vivacidad y voz aguda el señor de Charlus. “Demostraba su inteligencia. Había comprendido que yo tenía una “naturaleza” y que sufriría la influencia de Chopin. No importa porque abandoné la música muy joven, como todo por otra parte. Y además uno imagina algo —agregó con una voz gangosa, lenta y arrastrada—, siempre hay gente que ha oído y que le dan a uno una idea. Pero en

fin, Chopin no era más que un pretexto para volver al aspecto mediúmnico que usted descuida”.

Se advertirá que después de una interpolación del lenguaje vulgar, el del señor de Charlus había regresado bruscamente al estilo preciosista y altanero de costumbre. Es que la idea de que Morel dejaría “plantada” sin remordimientos a una muchacha violada, le había hecho experimentar de pronto un placer completo. Desde entonces sus sentidos se habían aplacado por algún tiempo y el sádico (él, verdaderamente mediúmnico) que se había sustituido por algunos momentos al señor de Charlus, había huido y devuelto la palabra al verdadero señor de Charlus, lleno de refinamiento artístico, sensible y bueno. “—Usted tocó el otro día la transcripción para piano del cuarteto número XV, lo que ya es absurdo porque nada hay menos pianístico. Está hecha para aquellos a quienes las cuerdas demasiado tensas del sordo glorioso hacen doler los oídos. Y justamente ese misticismo casi agrio es lo divino. De cualquier manera lo tocó usted muy anal al cambiar todos los movimientos. Hay que tocar eso como si se lo estuviera componiendo: el joven Morel afligido por una momentánea sordera y un genio inexistente se queda inmóvil un instante. Luego, presa del sagrado delirio toca y compone los primeros compases. Entonces, agotado por semejante esfuerzo de trance, se desploma dejando caer un hermoso mechón para complacer a la señora de Verdurin y además se toma así el tiempo de reconstruir la prodigiosa cantidad de sustancia gris empleada para la objetivación pítica. Luego, con las fuerzas recobradas, presa de una inspiración nueva y sobreeminente, se precipita sobre la inagotable frase sublime que el virtuoso berlinés (creemos que así designaba el señor eje

Charlus a Mendelssohn) debía imitar incansablemente. De ese modo, único, verdaderamente trascendente, lo haría tocar yo en París”.

Cuando el señor de Charlus le daba opiniones por el estilo, Morel se espantaba mucho más que cuando el *maître* volvía a llevar sus rosas y su “cup” desdeñados, porque se preguntaba ansiosamente qué efecto le produciría eso a la “clase”. Pero no podía detenerse en esas reflexiones, porque el señor de Charlus le decía imperiosamente: “—Pregúntele al *maître* si tiene buen cristiano”. “—¿Buen cristiano? No entiendo”. “—Ya ve que estamos en las frutas: es una pera. Puede estar seguro de que la señora de Cambremer las tiene en su casa, porque la condesa de Escarbagnas las tenía. El señor Thibaudier se las envía y ella dice: “He aquí un buen cristiano muy hermoso”. “No, no sabía”. “—Ya veo, por otra parte que no sabe usted nada. Si ni siquiera leyó a Molière... Y bien, ya que no debe saber elegir, como lo demás, pida sencillamente una pera que se cosecha precisamente cerca de aquí, la ‘*Luisa-Bonne d’Avranches*’. “¿La qué?”. “Espere; ya que es tan torpe, yo mismo voy a encargár otras que prefiero: ¿*Maître*, tiene usted la *Doyennée des Comices*? Charlie, debía usted leer la página encantadora que escribió sobre esta pera la duquesa Emilia de *Clermont-Tonnerre*”. “No, señor, no tenemos”, “¿Tiene usted *Triunfo de Jodoigne*?” “No, señor”. ¿*Virginia-Dailet, Passe-Colmar*? No y bueno, ya que no tiene usted nada, vamos a irnos. La *Duquesa de Angulema* todavía no está madura, vamos Charlie, vámonos”. Desgraciadamente para el señor de Charlus su falta de sentido común y quizás la castidad de sus relaciones con el violinista Morel, lo hicieron ingeniarse desde esa época para colmar al violinista de bondades extrañas que éste no podía comprender y a la que la naturaleza, descabellada en su género,

pero ingrata y mezquina, no podía contestar sino con una ceguera o una violencia siempre creciente y que hundían al señor de Charlus —antaño tan altivo, ahora tan tímido— en unos accesos de verdadera desesperación. Se verá cómo en las cosas más pequeñas, Morel, que se creía convertido en un señor de Charlus, mil veces más importante, había comprendido equivocadamente tomándolas al pie de la letra las orgullosas enseñanzas del barón, en cuanto se refería a la aristocracia. Digamos sencillamente por el instante, mientras me espera Albertina en Saint-Jean de la Haise, que si algo colocaba a Morel por encima de la nobleza (y ese era su principio bastante noble, sobre todo para alguien cuyo placer consistía en buscar niñas —ni visto ni conocido— con el conductor) era su reputación artística y lo que podían pensar en la clase de violín. Sin duda era feo porque sentía que el señor de Charlus le era adicto, que pareciese renegarlo y burlarse de él, del mismo modo que en cuanto yo le prometí guardar secreto acerca de las funciones de su padre en casa de mi tío abuelo, me trató con desprecio. Pero, por otra parte, a Morel le parecía superior su nombre de artista diplomado a un “nombre”. Y cuando el señor de Charlus en sus ensueños de ternura patológica quería hacerle adoptar un título de su familia, Morel rechazaba enérgicamente.

Cuando a Albertina le parecía más prudente quedar en Saint-Jean de la Haise para pintar, yo tomaba el auto y no sólo podía ir a Gourville y a Féterne, sino a Saint-Mars le Vieux y hasta Criquetot antes de volver a buscarla. Mientras fingía estar ocupado por algo además de ella y tener que dejarla por otros placeres, no pensaba sino en ella. Muy a menudo no llegaba más allá de la gran llanura que domina a Gourville y como se parece un poco a la que empieza por

encima de Combray en la dirección de Méséglise aun a bastante distancia de Albertina, tenía la alegría de pensar que si no la alcanzaban mis ojos, esta poderosa y dulce brisa marina que pasaba a mi lado debía descender más lejos que ellos sin que nada la detuviera hasta Quettelholme, agitar las ramas de los árboles que sepultan a Saint-Jean de la Haise bajo su follaje, acariciando la cara de mi amiga, y echar así un doble lazo entre ella y yo, en ese retiro indefinidamente ampliado, pero sin riesgos como esos juegos en que dos niños se encuentran por momentos fuera del alcance de la voz y la vista, uno de otro, y en que a pesar de estar lejos siguen unidos. Volví por esos caminos desde donde se ve el mar y donde antaño antes que apareciese ella entre las ramas yo cerraba los ojos para pensar perfectamente en lo que iba a ver; era en verdad la primitiva abuela de la tierra, prosiguiendo su descabellada e inmemorial agitación como en los tiempos en que aun no existían seres vivos. Ahora ya no eran para mí más que el medio de ir a reunirme con Albertina, cuando los reconocía todos iguales, sabiendo por dónde seguirían derecho, por dónde darían vuelta recordaba yo que los había recorrido, pensando en la señorita de Stermaría y también que la misma prisa de volver a encontrarme con Albertina la había tenido en París al bajar las calles por donde pasaba la señora de Guermantes y adquirían para mí la monotonía profunda, la significación moral de una especie de línea de mi carácter. Era natural y sin embargo no era indiferente; me recordaban que era mi destino perseguir fantasmas; seres cuya realidad en gran parte estaba en mi imaginación; hay seres, en efecto —y desde la juventud ese había sido mi caso— para quienes todo lo que tiene un valor fijo y comprobable para otros; fortuna, éxito, altas situaciones, no cuentan;

lo que necesitan son fantasmas. Les sacrifican todo lo demás, todo lo ponen en movimiento, todo lo utilizan en la búsqueda de tal o cual fantasma. Pero éste no tarda en desvanecerse; entonces corre uno tras de otro, a riesgo de volver al primero. No era la primera vez que buscaba a Albertina, la muchacha que había visto el primer año frente al mar. Otras mujeres, es cierto, se habían intercalado entre Albertina, amada por primera vez y la que yo no dejaba en estos momentos; otras mujeres, especialmente la duquesa de Guermantes. Pero, se dirá, ¿por qué afligirse tanto con respecto a Gilberta? ¿tomarse tanto trabajo por la señora de Guermantes? Si me convertía en su amigo, con el solo objeto de no pensar más en ella, sino en Albertina. Antes de su muerte Swann pudo haberme contestado; él, que había sido aficionado a los fantasmas. De fantasmas perseguidos, olvidados, buscados de nuevo, a veces para una sola entrevista y para tocar una vida irreal que huía enseguida, esos caminos de Balbec estaban llenos de ellos. Al pensar que sus árboles, perales, manzanos, tamariscos, de sobrevivirían, me parecía recibir de ellos el consejo de ponerme a trabajar mientras no sonara la hora del eterno descanso.

Yo bajaba del coche en Quettelholme, corría por la abrupta hondonada, atravesaba el arroyo sobre una tabla y la encontraba a Albertina pintando delante de la iglesia llena de torrecillas, espinosa y roja, florida como un rosal. Sólo el tímpano estaba unido; y sobre la superficie riente de la piedra afloraban unos ángeles que delante de nuestra pareja del siglo XX seguían celebrando, con cirios en las manos, las ceremonias del siglo XIII.

Su retrato era el que trataba de hacer Albertina sobre la tela preparada, e imitando a Elstir, daba grandes pinceladas, tratando de

obedecer al ritmo noble que, según el gran maestro, hacía que esos ángeles fuesen tan distintos a todos los que conocía. Luego volvía a tomar sus útiles. Apoyados uno en el otro, retrepábamos la hondonada, dejando la iglesita tan tranquila como si no nos hubiese visto, para que escuchara el ruido perenne del arroyo. Pronto corría el auto y tomaba al regreso otro camino que a la ida. Pasábamos delante de Marcouville, la orgullosa. Sobre su iglesia, a medias nueva, a medias restaurada, el sol declinante extendía su pátina tan hermosa como la de los siglos. A su través los grandes bajorrelieves parecían verse bajo una capa fluida, semilíquida, semiluminosa, la Santa Virgen, Santa Isabel o San Joaquín nadaban todavía en el remolino impalpable, casi en seco, a flor de agua o a flor de sol. Surgiendo de un polvo cálido, las numerosas estatuas modernas se erguían sobre sus columnas hasta media altura de los tules dorados del poniente. Delante de la iglesia un ciprés enorme parecía estar en una suerte de cerco consagrado. Bajábamos un instante para mirarlo y dábamos algunos pasos. Albertina tenía tanta conciencia directa de sus miembros como de su toquilla de paja de Italia y de la echarpe de seda (que no eran para ella el asiento de menores sensaciones de bienestar) y recibía mientras daba la vuelta a la iglesia, otro tipo de impulso, traducido en un contento inerte, pero al que yo le encontraba cierta gracia; echarpe y toquilla que no eran sino una parte reciente y adventicia de mi amiga, pero que ya me era querida y cuyo rastro seguía con los ojos, a lo largo del ciprés, por el aire nocturno. Ni ella podía verlo, pero sospechaba que esas elegancias le sentaban, porque me sonreía armonizando el porte de su cabeza con el peinado que lo completaba: “No me gusta, está restaurada” me dijo enseñándome la iglesia y

recordando lo que le había dicho Elstir acerca de la preciosa e inimitable belleza de las piedras viejas. Albertina reconocía al instante una restauración. Uno no podía sino asombrarse de la seguridad que ya tenía su gusto en arquitectura, a cambio del deplorable que seguía teniendo para la música. No me gustaba esa iglesia más que a Elstir y no me causaba placer que su fachada llena de sol viniera a colocarse ante mis ojos y había bajado a verla sólo para complacer a Albertina. Y sin embargo, me parecía que el gran impresionista estaba en contradicción consigo mismo; ¿por qué ese fetichismo adherido al valor arquitectónico objetivo, sin tener en cuenta la transfiguración de la iglesia en el poniente? “—No, decididamente, me dijo Albertina, no me gusta; me gusta su nombre de orgullosa. Pero lo que habrá que pensar en preguntarle a Brichot, es por qué Saint Mars se llama le Vétu. Iremos la próxima vez, ¿verdad?—” me decía mirándome con esos ojos negros sobre los que su toca estaba echada como antes su pequeño polo. Flotaba su velo. Volví a subir al auto con ella, feliz porque teníamos que ir al día siguiente a Saint-Mars, cuyos antiguos campanarios de un rosa asalmonado, y tejas romboidales, eran como viejos peces agudos, imbricados de escamas, musgosos y rojizos, que sin parecer moverse se levantaban en un agua transparente y azul por esos tiempos ardorosos en que no se pensaba más que en el barío. Al dejar Marcouville, para ahorrar camino bifurcábamos en un cruce de camino donde había una granja. A veces Albertina mandaba detener el coche y me pedía que fuera solo a buscar, para poderlos beber en el coche, vino calvados o sidra, que aseguraban no era espumante y que nos salpicaba por completo. Estábamos el uno contra el otro. La gente de la granja casi no veía a Albertina en el coche cerrado y yo les

devolvía las botellas volvíamos a partir como para continuar esa vida nuestra, esa vida de amantes que podían suponer era la que teníamos y para la cual ese alto para beber no había sido un momento insignificante; suposición que hubiese parecido tanto menos inverosímil si nos vieran después que Albertina había bebido su botella de sidra; parecía entonces no soportar ya entre ambos una separación que de costumbre no la molestaba; bajo la falda de tela, sus piernas se apretaban contra las mías, aproximaba a mis mejillas sus mejillas que se habían puesto descoloridas, calientes y rojas en los pómulos con algo ardiente y mustio como las mujeres de los suburbios. En esos momentos y casi con tanta rapidez como su personalidad, cambiaba la voz, perdía la suya para adquirir otra, ronca, audaz, casi canallesca. Caía la noche. ¡Qué placer sentirla junto a mí con su echarpe y su toca!, recordándome que así juntos es como se encuentran siempre los que se aman. Tenía quizás amor por Albertina, pero al no atreverme a dejárselo percibir, aunque si existía en mí no podía ser sino como una verdad sin valor hasta que pudiese comprobarla la experiencia; y me parecía irrealizable y fuera del plano de mi vida. En cuanto a mis celos, me obligaban a dejar lo menos posible a Albertina aunque supiese que no se curaría del todo más que separándome de ella para siempre. Hasta podía experimentarlo junto a ella, pero entonces me las arreglaba para no dejar que se renovara la circunstancia que lo había despertado en mí. Así es como un hermoso día fuimos a almorzar a Rivebelle. Las grandes puertas vidriadas del comedor, de ese hall en forma de corredor que servía para los tes, estaban abiertas de par en par frente a los céspedes dorados por el sol, de los que parecía formar parte el amplio restaurante

luminoso. El mozo de cara rosada y cabellos negros retorcidos como una llama, se zambullía por esa amplia extensión no tan ligero como antes, porque ya no era simple mozo, sino jefe de mesa; sin embargo, a causa de su actividad natural, a veces a lo lejos, en el comedor, a veces más cerca, pero afuera, sirviendo clientes que habían preferido almorzar en el jardín, se le percibía aquí o allá, como las sucesivas estatuas de un dios joven y corredor, unas en el interior, por otra parte bien iluminado de una vivienda que se prolongaba en verdes céspedes, ya bajo los follajes en la claridad de la vida al aire libre. Estuvo un momento a nuestro lado. Albertina contestó distraídamente a lo que yo le decía. Lo miraba con ojos agrandados. Durante algunos minutos sentí que uno puede estar cerca de la persona que ama y sin embargo no tenerla consigo. Parecían estar en un misterioso coloquio, mudo por mi presencia y prolongación quizás de antiguas citas que no conocía o sólo de una mirada que le había arrojado él —y para lo que yo era el tercero molesto y de quien se oculta uno. Cuando se alejó llamado violentamente por su patrón, Albertina continuó almorzando pero ya no parecía considerar el restaurante y los jardines como una pista iluminada en donde aparecía aquí y allá, en variados escenarios, el dios corredor de los negros cabellos. Por un instante me pregunté si no iría a dejarme solo en la mesa para seguirlo. Pero desde los días siguientes empecé a olvidar para siempre esa impresión penosa porque había decidido no volver a Rivebelle y le había hecho prometer a Albertina —quien me aseguraba que era la primera vez que venía— que ya no volvería. Y negué que el mozo de los pies ágiles sólo tuviese ojos para ella para que no creyese que mi compañía la había privado de un placer. A veces me sucedió volver a Rivebelle

pero solo y para beber mucho, como ya lo había hecho. Y a tiempo que vaciaba una última copa miraba un rosetón pintado sobre la pared blanca y le relacionaba el placer que experimentaba en ese momento. Sólo eso existía en el mundo para mí; lo perseguía, lo tocaba y lo perdía por momentos con la mirada huidiza y me era indiferente el porvenir, conformándome con el rosetón como una mariposa que da vueltas en torno a una mariposa posada con la que va a terminar su vida, en un acto supremo de voluntad. El momento estaba quizás particularmente bien elegido para renunciar a una mujer a quien ningún sufrimiento muy reciente y muy vivo me obligaba a pedirle ese bálsamo que poseen las que lo han causado. Me calmaban esos mismos paseos que aunque momentáneamente no los considerase sino como la espera de un mañana que a pesar del deseo que me inspiraba, no debía ser distinto del día anterior, tenían el encanto de haberse arrancado a los lugares donde había estado Albertina hasta entonces y dónde no estaba yo con ella, en casa de su tía o sus amigas. Encanto, no de una alegría positiva, sino solamente del apaciguamiento de una inquietud y muy fuerte sin embargo. Porque algunos días después, cuando volvía a pensar en la granja frente a la cual habíamos bebido sidra o sencillamente en los pocos pasos que habíamos dado frente a Saint-Mars le Vétu, al recordar que Albertina caminaba a mi lado con su toquilla, la sensación de su presencia agregaba de pronto tal virtud a la imagen indiferente de la iglesia nueva que el momento en que la fachada llena de sol se posaba por sí misma en mi recuerdo, era algo así como una amplia compresa calmante que me aplicaran sobre el corazón.

Yo la dejaba a Albertina en Parville, pero para volver a encontrarme con ella a la noche y acostarme a su lado sobre la grava y en la oscuridad. Sin duda no la veía todos los días, pero sin embargo podía decirme: “Si ella contase el empleo de su tiempo, de su vida, sería yo todavía quien ocupara el mayor lugar” y pasábamos juntos largas horas seguidas que ponían en mis días una embriaguez tan dulce que aun al saltar del coche que le mandaría una hora más tarde en Parville no me sentía ya solo, como si antes de dejarlo, lo hubiese llenado de flores. Podía haber dejado de verla todos los días; iba a dejarla feliz, sintiendo que el efecto calmante de esa felicidad podía prolongarse varios días. Pero entonces oía que al dejarme Albertina le decía a su tía o a una amiga: “Entonces, mañana a las ocho y media. No hay que llegar tarde, estarán listos desde las ocho y cuarto”. La conversación de una mujer que se ama se parece al suelo que cubre un agua subterránea y peligrosa; uno advierte a cada momento tras sus palabras, la presencia y el frío penetrante de una napa invisible; se ve, aquí y allá, su perdida trasudación, pero ella misma permanece oculta. En cuanto oía la frase de Albertina mi calma quedaba destruida. Quería pedirle que nos viéramos para impedirle asistir a esa cita misteriosa de las ocho y media de la que hablara a medias palabras en mi presencia. Me hubiese obedecido sin duda las primeras veces, lamentando sin embargo renunciar a sus proyectos; luego habría descubierto mi permanente necesidad de alterarlos; y yo me convertiría en aquel para quien se oculta todo. Y hasta era probable que esas fiestas de las que yo quedaba excluido consistiesen en muy poca cosa y quizás no me invitaban por temor a que tal o cual invitada me pareciese vulgar o aburrida. Desgraciadamente

esta vida tan incorporada a la de Albertina, no sólo ejercía acción sobre mí; me traía tranquilidad pero le causaba más inquietudes a mi madre, que destruyó la confesión. Una vez que yo volvía contento, decidido a terminar de un momento a otro una existencia cuyo fin suponía yo que dependía únicamente de mi voluntad, mi madre me dijo al oírme ordenar al conductor que fuese a buscar a Albertina: “¡Cómo gastas dinero!” “—(Francisca en su lenguaje sencillo y expresivo decía con más vigor: “El dinero corre”)— “Trata, continuó mamá, de no hacer como Carlos de Sévigné, de quien decía su madre: “Su mano es un crisol en el que se funde la plata”. Y además, creo que has salido bastante con Albertina. Te aseguro que resulta exagerado, y aún a ella puede parecerle ridículo. Me encantó ver que eso te distrae; no te pido que dejes de verla, pero en resumidas cuentas que no resulte imposible encontrarlo al uno sin el otro.” Mi vida con Albertina, vida desprovista de grandes placeres —por lo menos de grandes placeres advertidos—, esa vida que yo esperaba cambiar de un momento a otro, escogiendo una hora de calina, se me hizo de golpe y por un tiempo necesaria, cuando se sintió amenazada con esas palabras de mamá. Le dije a mamá que sus palabras acababan de postergar por lo menos dos meses la decisión que exigían y que sin ellas hubiese tomado antes del fin de la semana. Mamá se puso a reír (para no entristecerme) del efecto que habían producido instantáneamente sus consejos y me prometió no volver a hablarme de ello para impedir que renaciese mi buena intención. Pero desde la muerte de mi abuela, cada vez que mamá empezaba a reír, la risa comenzada se cortaba de pronto y concluía en una expresión casi sollozante de sufrimiento, sea por el remordimiento de haber podido

olvidar un instante, sea por el recrudecimiento del dolor, cuya cruel preocupación había sido avivada por ese olvido tan breve. Pero a la que le causaba el recuerdo de mi abuela, instalado en mi madre como una idea fija, sentía yo que esta vez se agregaba otra, que se relacionaba conmigo, con lo que temía mi madre como consecuencias de mi intimidad con Albertina; intimidad que sin embargo no se atrevió a obstaculizar debido a lo que acaba de decirle. Pero no pareció convencerse de que no me equivocaba. Recordaba durante cuántos años no me hablar hablado más ni ella ni mi abuela de mi trabajo y de una regla de vida más higiénica que sólo me impedían empezar, decía yo, la agitación en que me ponían sus exhortaciones y que a pesar de su obediente silencio, no había proseguido. Después de la cena, el auto la traía de vuelta a Albertina; todavía había alguna luz; el aire estaba menos caldeado, pero después de un día caluroso, ambos soñábamos con frescores desconocidos; entonces ante nuestros ojos afiebrados apareció primeramente la luna muy estrecha (como esa noche en que había ido a casa de la princesa de Guermantes y me telefonara Albertina), como la cáscara ligera y delgada y luego como el casco fresco de un fruto que un cuchillo invisible empezara a mondar en el cielo. A veces también era yo quien iba a buscar a mi amiga, algo más tarde entonces y ella debía esperarme frente a los arcos del mercado en Maineville. En los primeros momentos no la distinguía; ya me inquietaba que no viniese o que hubiese entendido mal. Entonces la veía trepar a mi lado en el coche, con su blusa blanca de lunares azules, y el ligero impulso más propio de un animal joven que de una muchacha. Y como una perra empezaba entonces a acariciarme sin cesar. Cuando había caído por completo la noche y

que, como decía el director del hotel, el cielo estaba ya sembrado de estrellas⁴⁴ cuando no íbamos a pasear al bosque con una botella de champaña, sin preocuparnos de los paseantes que seguían vagando por el dique débilmente iluminado pero que nada hubieran distinguido a dos pasos sobre la arena negra, nos recostábamos en la parte inferior de los médanos; ese mismo cuerpo en cuya elasticidad vivía toda la gracia femenina, marina y deportiva, de las muchachas que viera pasar por primera vez delante del horizonte de las aguas, yo lo mantenía apretado contra mí mismo, bajo un mismo cobertor, muy al borde del mar inmóvil que se vela debido a un rayo tembloroso; y lo escuchábamos sin cansarnos y con el mismo placer, ya cuando contenía su respiración, suspendida lo bastante como para que se creyese que se había detenido el reflujo, ya cuando exhalaba a nuestros pies el murmullo demorado y esperado. Yo concluía por llevar de vuelta a Albertina a Parville. Llegados delante de ella, teníamos que interrumpir nuestros besos por temor a que nos vieran; y como ella no tenía ganas de acostarse, volvía a Balbec conmigo, de donde la llevaba por última vez a Parville; los conductores de esos primeros tiempos del automóvil se acostaban a cualquier hora. Y de hecho yo solo regresaba a Balbec con la primera humedad matutina, solo esta vez, pero todavía rodeado íntegramente por la presencia de mi amiga, repleto de una provisión de besos difícil de agotar. Sobre la mesa encontraba todavía una tarjeta postal o un telegrama. ¡Era también de Albertina! Lo había escrito en Quettelholme, mientras yo me iba solo en el auto y para decirme que pensaba en mí. Me acostaba releyéndolos. Entonces advertía por encima de las cortinas la línea del pleno día y me decía que debíamos querernos sin embargo ya

que habíamos pasado toda la noche besándonos. Cuando al día siguiente veía a Albertina en el dique a tal punto temía que me contestara que ese día no estaba libre y no podía acceder a mi solicitud de pasearnos juntos, que postergaba ese pedido lo más posible antes de dirigírselo. Estaba tanto más inquieto cuanto que ella parecía fría y preocupada; pasaban conocidos suyos; sin duda había formado para esa tarde unos proyectos de los que yo estaba excluido. La miraba y miraba ese cuerpo encantador, esa cabeza rosada de Albertina que erguía frente a mí el enigma de sus intenciones, la decisión desconocida que debía causar la felicidad o la desgracia de mi tarde. Era todo un estado de alma, todo un porvenir de existencia que había revestido delante de mí la forma alegórica y fatal de una muchacha. Y cuando me decidía por fin y con la expresión más indiferente le preguntaba: “—¿Paseamos juntos luego, esta noche?” y me contestaba: “—Con mucho gusto”, entonces todo el reemplazo brusco, en la rosada figura, de mi larga inquietud por una quietud deliciosa, me hacía aún más preciosas esas formas a las que debía el bienestar permanente, y el apaciguamiento que se siente después que ha estallado la tormenta. Me repetía: “—¡Qué amable es, qué ser adorable!” en una exaltación menos fecunda que la que se debe a la embriaguez, apenas más honda que la de la amistad, pero muy superior a la de la vida mundana. No anulábamos el pedido del automóvil sino cuando había una comida en casa de los Verdurin o cuando Albertina no estaba libre para salir conmigo y entonces aprovechaba yo para avisar a la gente que quería verme que me quedaría en Balbec. En esos días autorizaba a venir a Saint-Loup, pero sólo esos días. Porque una vez que llegó de improviso, preferí privarme de verla a Albertina antes que arriesgar

su encuentro con ella y que se comprometiese el estado de calma feliz en que me encontraba desde hacía algún tiempo y se renovasen mis celos. Y no me sentí tranquilo hasta que Saint-Loup estuvo de vuelta: Por ello se limitaba él, lamentándolo pero con escrúpulos, a no venir nunca a Balbec sin que yo lo llamase. Pensando antaño en las horas que pasaba con él la señora de Guermites, valorizaba mucho su presencia. Los seres no dejan de cambiar de lugar con relación a nosotros. En la marcha insensible pero eterna del mundo, los consideramos inmóviles en un instante de visión, demasiado breve para que se perciba el movimiento que los arrastra. Pero no tenemos más que elegir en nuestra memoria dos imágenes de ellos en momentos distintos, lo bastante cercanos sin embargo para que por lo menos no hayan cambiado sensiblemente en sí mismos y la diferencia de las dos imágenes mide el desplazamiento que operaron con relación a nosotros. Me inquietó terriblemente al hablarme de los Verdurin; temí me pidiera que lo recibieran, lo que hubiese bastado, debido a los celos que no dejaría de experimentar, para arruinarme todo el placer que encontraba con Albertina. Pero felizmente Roberto me confesó todo lo contrario: sobre todas las cosas deseaba no conocerlos. “—No, me dijo, esos ambientes clericales me parecen insufribles”. No comprendí primeramente el adjetivo clerical aplicado a los Verdurin, pero el final de la frase de Saint-Loup me aclaró su pensamiento y sus concesiones a modas de lenguaje que a menudo asombran en hombres inteligentes. “—Son ambientes, me dijo, donde se hace una tribu, una congregación, una capilla. No me irás a decir que no es una pequeña secta; miel sobre hojuelas para los que pertenecen a ella y no tienen suficiente desdén para la gente que no

están con ellos. El asunto no es como para Hamlet, ser o no ser, sino pertenecer a ellos o no. Tú perteneces; mi tío Charlus también. ¡Qué quieres! A mí nunca me ha gustado eso, no es culpa mía”.

Se entiende que la regla que le había impuesto a Saint-Loup, de venir a verme sólo ante un llamado mío, la cumplía tan estrictamente para cualquier persona con las que me había vinculado poco a poco en la Raspelière, en Féterne, en Montsurvent y otras partes; y cuando desde el hotel advertía el humo del tren de las tres que dejaba mucho tiempo colgado su penacho estable en las rugosidades de los acantilados de Parville, en las cuevas verdes, no tenía ninguna vacilación acerca del visitante que vendría a tomar el té conmigo y estaba aún oculto, a la manera de un dios, tras esa pequeña nube. Me veo obligado a confesar que ese visitante previamente autorizado por mí a venir, casi nunca fue Saniette y me lo he reprochado muy a menudo. Pero la conciencia de aburrir que tenía Saniette (naturalmente mucho más al hacer una visita que al narrar una historia) hacía que a pesar de ser más instruido, más inteligente y mejor que muchos otros, parecía imposible experimentar a su lado, no solamente ningún placer, sino otra cosa que no fuese un spleen casi intolerable y que le echaba a perder a uno la tarde. Posiblemente si Saniette hubiese confesado francamente ese aburrimiento que temía causar, no se hubiesen temido sus visitas. El aburrimiento es uno de los males menos graves que deban soportarse; el suyo no existía quizás sino en la imaginación de los demás o le había sido inoculado por ellos gracias a una especie de sugestión, la que había hallado una base en su agradable modestia. Pero insistía tanto en no traslucir que no lo buscaban, que no se atrevía a ofrecerse. En verdad tenía razón

de no proceder como esa gente que se alegra tanto de prodigar sombrerazos en un lugar público, que no os han visto desde hace mucho tiempo y que al advertiros en un palco con personas brillantes que no conocen, os echan un saludo furtivo y sonoro, disculpándose del placer o la emoción que han sentido al veros y al comprobar que volvéis a los placeres, tenéis buen aspecto, etc. Pero a Saniette, por el contrario, le faltaba mucha audacia. Podía haberme dicho, en casa de la señora de Verdurin o en el pequeño tranvía, que le causaría mucho placer verme en Balbec si no temiera molestarte. Semejante propuesta no me hubiese espantado. Al contrario, no ofrecía nada, pero con un rostro torturado y una mirada tan indestructible como un esmalte cocido, pero en cuya composición entraba además de un deseo estremecido de verlo a uno —a menos que encontrase alguien más divertido— la voluntad de no transparentar ese deseo, y me decía con un aire suelto: “—¿Usted no sabe qué hará en estos días? Porque iré sin duda hasta Balbec. Pero no, no es nada, se lo pedía por casualidad”. Esa expresión no podía engaitar y los signos inversos con los que expresamos nuestros sentimientos por su contrario son de tan clara lectura que uno se pregunta cómo es posible que todavía haya gente que diga por ejemplo: “Tengo tantas invitaciones que no sé cómo darles abasto”, para disimular que no los han invitado. Pero además, esa expresión suelta, debido probablemente a lo que integraba su composición turbia, le causaba a uno lo que nunca pudiera conseguir el temor al aburrimiento o la franca confesión del deseo de verlo a uno; es decir esta especie de malestar, de repulsión, que en el orden de las relaciones de simple cortesía social es el equivalente de lo que en el amor, el ofrecimiento disfrazado que hace a una dama

el enamorado que ella no quiere, de verla al día siguiente, a tiempo que asegura que no tiene ningún interés; o ni siquiera ese ofrecimiento sino una actitud de falsa frialdad. Enseguida se desprendía de la persona de Saniette, no sé qué cosa que le obligaba a uno a contestarle con la mayor ternura del mundo: “No; desgraciadamente esta semana, le explicaré...” Y dejaba venir en su lugar gente que estaba lejos de valer lo que el pero que no tenía su mirada cargada de melancolía y su boca plegada por la amargura de todas las visitas que deseaba —callándola— hacer a unos y a otros. Desgraciadamente era muy raro que Saniette no encontrase en el trencito al invitado que venía a verme, si el mismo no me había dicho en casa de los Verdurin: “No olvide que el jueves iré a verlo”, día en que precisamente le dijera a Saniette que no estaba libre. De manera que acababa por imaginar la vida como si estuviera llena de diversiones organizadas a sus espaldas, ya que no en su contra. Por otra parte, como uno nunca es íntegramente uno, ese exagerado discreto, era enfermizamente indiscreto. La única vez que vino a verme por casualidad y a pesar mío, una carta de no sé quién estaba tirada sobre la mesa. Al cabo de un instante vi que escuchaba sólo distraídamente lo que le decía. Lo fascinaba la carta, cuyo origen ignoraba por completo, y yo creía que en cualquier momento sus pupilas esmaltadas iban a desprenderse de la órbita para alcanzar esa carta cualquiera pero que imantaba su curiosidad. Parecía un pájaro que va a arrojarse fatalmente a una serpiente. Finalmente no pudo contenerse y la cambió primeramente de lugar como para ordenar el cuarto. Cuando eso no le bastó, la tomó, la volvió, la revolvió, maquinalmente. Otra forma de su indiscreción es que una vez remachado, ya no podía partir. Como ese

día yo estaba indispuerto, le pedí que tomara el tren siguiente y se fuera al cabo cíe media hora. No dudaba que yo sufriese, pero me contestó: “Me quedará una hora y cuarto y me irá después”. Posteriormente he sufrido por no haberle dicho que viniese cada vez que me era posible. ¿Quién sabe? Quizás hubiera conjurado su mala suerte y otros lo hubiesen invitado para que me dejara inmediatamente, de manera que mis Invitaciones hubiesen tenido la doble ventaja de devolverle la alegría y aliviarme de él.

Los días siguientes a los que había recibido no esperaba visitas; naturalmente, y el automóvil volvía a buscarnos a Albertina y a mí. Y cuando volvíamos, Aimé en el primer escalón del hotel, no podía impedir, con ojos apasionados, curiosos y golosos, el ver qué propina le daría al conductor. Por más que ocultara la moneda o el billete en mi mano cerrada, las miradas de Aimé separaban mis dedos. Desviaba la cabeza al cabo de un segundo porque era discreto, bien educado y hasta se conformaba con beneficios relativamente pequeños. Pero el dinero que recibía otro le excitaba una curiosidad incomprensible y le hacía venir el agua a la boca. Durante esos cortos instantes parecía atento y afiebrado, como un niño que lee una novela de Julio Verne o el que come cerca de uno en un restaurante y al ver que nos cortan un faisán que él no puede o no quiere pedir, abandona un instante sus pensamientos serios para fijar en el ave una mirada que hacen sonreír el amor y la envidia.

Así se sucedían diariamente esos paseos en automóvil. Pero una vez cuando entraba al ascensor, el ascensorista me dijo: “Ha venido ese señor y me ha dejado un encargo para usted”. El ascensorista me dijo esas palabras con una voz absolutamente

quebrada, tosiendo y escupiéndome en la cara. = `¡Qué resfrío tengo!”, agregó como si yo no fuera capaz de darme cuenta solo, “El médico dice que es tos convulsa” —y volvió a toser y a escupirme encima. “No se canse hablando” —le dije con una expresión de bondad fingida. Temía me contagiara la tos convulsa, que con mi predisposición a las sofocaciones me hubiera sido muy penosa. Pero puso su gloria, como un virtuoso que no quiere dejarse llevar enfermo, en hablar y escupir permanentemente. “—No, no es nada” —dijo (para usted quizás, pensaba yo, pero no para mí). —Por otra parte, pronto volverá a París (tanto mejor, basta que no me la contagie antes). Según parece, repuso, París es muy soberbio. Debe ser todavía más soberbio que aquí y que Monte Carlo, aunque algunos *botones*, algunos clientes y hasta *maîtres* que iban por la estación a Monte Carlo me hayan dicho a menudo que París era menos soberbio que Monte Carlo. Quizás se ensañaban, y sin embargo, para ser *maître* no hay que ser imbécil; para tomar nota de todos los pedidos, reservar las mesas, hace falta una cabeza... Me han dicho que era peor todavía que escribir piezas o libros”. Casi habíamos llegado a mi piso cuando el ascensorista me hizo bajar de nuevo porque le parecía que el botón andaba mal y lo arregló en un abrir y cerrar de ojos. Le dije que prefería subir a pie, lo que quería decir y ocultar que prefería no contagiarme su tos convulsa. Pero con un ataque de tos cordial y contagioso, el ascensorista me volvió a meter en el ascensor. “—Ya no hay ningún peligro, ahora he arreglado el botón”. Al ver que no dejaba de hablar y prefiriendo conocer el nombre de quién me había visitado al paralelo entre las bellezas de París, Balbec y Monte Carlo, le dije (como a un tenor que lo aburre a uno con Benjamín Godard,

cánteme mejor algo de Debussy). “—¿Pero quién vino a verme?” “El señor que salió anoche con usted. Voy a buscar su tarjeta, que está en la portería”. Como el día anterior yo había acompañado a Roberto de Saint-Loup hasta la estación de Doncières, creí que el ascensorista querría hablar de Saint-Loup; pero se trataba del conductor. Y al designarlo con estas palabras: “El señor que salió anoche con usted”, me hacía saber al mismo tiempo que un obrero es tan señor como un hombre de mundo. Lección de palabras únicamente. Porque para el asunto nunca había hecho yo distinciones de clases. Y si al oír que llamaban señor a un conductor tenía el mismo asombro que el conde de X, que lo era solamente desde hacía ocho días y al que cuando dije: “—La condesa parece cansada”, hice volver la cabeza para ver de quién hablaba yo, era sencillamente por falta de costumbre del vocabulario; nunca había establecido diferencia entre obreros, burgueses y grandes señores y me hubiera hecho amigo de cualquiera de ellos indistintamente. Con cierta preferencia por los obreros y después de ellos por los grandes señores, no por gusto, sino por saber que puede exigírseles a ellos más cortesía para los obreros de la que se consigue de los burgueses, ya sea que los grandes, señores no desprecian a los obreros como hacen los burgueses o bien porque son habitualmente corteses con todos, como las mujeres bonitas felices de brindar una sonrisa que saben recibida con tanta alegría. No puedo decir, por otra parte, que esa manera que tenía yo de colocar a la gente del pueblo en un plano de igualdad con la gente de mundo, si era muy bien recibida por éstos, satisficiese en cambio siempre y plenamente a mi madre. Y no que hiciese humanamente una diferencia cualquiera entre los seres, y si alguna vez Francisca tenía pesares o se

sentía enferma, mamá la cuidaba o la consolaba siempre con la misma amistad y la misma abnegación que a su mejor amiga. Pero mi madre era demasiado la hija de mi abuelo para no tener socialmente un sentido de castas. Por más que la gente de Combray tuviese buen corazón, sensibilidad y hubiese adoptado las más hermosas teorías acerca de la igualdad humana, mi madre, cuando un mucamo se emancipaba, decía una vez “usted” y se deslizaba insensiblemente a no hablarme más en tercera persona, tenía por esas usurpaciones el mismo descontento que estalla en las “memorias” de Saint-Simon, cada vez que un señor sin derecho a ello, toma el pretexto de adquirir la calidad de “Alteza” en un acta auténtica o de no rendirle a los duques lo que les debía y de lo que poco a poco se dispensa. Había un “espíritu de Combray” tan refractario que se necesitarán siglos de bondad (la de mi madre era infinita) y de teorías igualitarias para llegar a resolverlo. No puedo decir que en mi madre- ciertas partículas de su espíritu no continuaron insolubles. Le habría dado tan fácilmente la mano como una moneda de diez francos a un mucamo (y estos últimos le causaban mucho más placer por otra parte). Para ella, lo confesase o no, los amos eran los amos y los sirvientes eran la gente que comía en la cocina. Cuando veía que un conductor de automóvil cenaba en el comedor, no estaba del todo contenta y me decía: “Me parece que podrías tener un amigo algo mejor que un mecánico”, como hubiera dicho al tratarse de casamiento: “Podrías encontrar mejor partido”. El conductor (felizmente nunca pensé invitarlo) había venido a decirme que la compañía de automóviles que lo había mandado a Balbec por la estación lo hacía volver a París al día siguiente. Este motivo, tanto más que el conductor era encantador y

se expresaba tan sencillamente que siempre sus palabras parecían palabras de evangelio, nos pareció estar de acuerdo con la verdad. No lo era sino a medias. No había más nada que hacer efectivamente, en Balbec. Y en cualquier caso la compañía, que no tenía confianza sino a medias en la veracidad del joven evangelista apoyado en su rueda consagradoria, deseaba que volviese cuanto antes a París. Y en efecto, si el joven apóstol cumplía milagrosamente la multiplicación de los kilómetros cuando se los contaba al señor de Charlus, en cambio en cuanto se trataba de rendirle cuentas a la compañía, dividía por seis lo que había ganado. En cuya conclusión, la compañía pensaba que nadie paseaba ya en Balbec, lo que resultaba inverosímil por la estación, o que la robaban, y en una y otra hipótesis pensaba que lo mejor era llamarlo a París, donde, la verdad, no se trabajaba mucho. El deseo del conductor era evitar la estación ociosa. He dicho —lo que entonces ignoraba y cuyo conocimiento me hubiese evitado muchos disgustos— que estaba muy vinculado (sin que aparentasen conocerse jamás delante de los demás) con Morel. A partir del día en que lo llamara sin que supiese todavía que tenía un recurso para no irse, debimos contentarnos para nuestros paseos, con alquilar un coche o algunas veces caballos de silla para distraer a Albertina ya que le gustaba la equitación. Los coches eran malos. “¡Qué carro!”, decía Albertina. Me hubiera gustado estar solo a menudo, por cierto. Sin querer fijarme una fecha, deseaba que terminase esta vida a la que le reprochaba hacerme renunciar no tanto al trabajo como al placer. Sin embargo, sucedía también que las costumbres que me contenían se viesan abolidas de pronto, lo más a menudo cuando algún antiguo yo, lleno del deseo de vivir con alegría, reemplazaba por un instante

a mi yo actual. Experimenté especialmente ese deseo de evasión un día que al dejar a Albertina en casa de su tía, había irlo a caballo a ver a los Verdurin y había tomado por el bosque un sendero salvaje cuya belleza me habían alabado. Ciñendo las formas del acantilado, subía vuelta a vuelta y oprimido entre ramilletes de árboles tupidos, se hundía en gargantas silvestres. Por un instante las rocas desnudas que me rodeaban y el mar que se percibía por sus desgarraduras, flotaron frente a mis ojos como fragmentos de otro universo: había reconocido el paisaje montañoso y —marino que Elstir eligió como tema de esas dos admirables acuarelas: “Poeta encontrando una musa”— “Joven encontrando un centauro”. Su recuerdo volvía a colocar los lugares en que estaba actualmente a tal punto fuera del mundo actual que no me hubiera asombrado si al igual del joven de la edad prehistórica que pinta Elstir, en el curso de mi paseo, me topara con un personaje mitológico. De pronto mi caballo se encabritó; había oído un ruido extraño, me costó dominarlo para que no me arrojara al suelo; luego levanté los ojos al lugar de donde parecía salir ese ruido, con los ojos llenos de lágrimas y vi a unos cincuenta metros por encima de mí, entre dos grandes alas de acero reluciente que lo llevaban, y en el sol, a un ser cuya figura borrosa me pareció similar a la de un hombre. Me conmoví tanto como podía estarlo un griego que viera por primera vez a su semidiós. También lloré porque estaba dispuesto a llorar en el momento de reconocer que el ruido se originaba encima de mi cabeza —los aeroplanos aun eran escasos en esa época— al solo pensamiento de que lo que iba a ver por primera vez era un aeroplano. Entonces como cuando se advierte la proximidad de una palabra conmovedora en un diario, no

esperaba sino haber visto el avión para echarme a llorar. Sin embargo, el aviador pareció vacilar acerca de su camino; yo sentía abiertos para él—delante de mí el hábito no me hubiese aprisionado— todos los caminos del espacio y de la vida; llegó más lejos, planeó algunos instantes, por encima del mar y decidiéndose de pronto, pareció ceder a alguna atracción inversa a la del peso y como si volviera a su patria, con un ligero movimiento de sus alas de oro, picó en línea recta hacia el cielo.

Volviendo al tema del mecánico; no solamente le pidió a Morel que los Verdurin reemplazasen *su break* por un auto (lo que dada la generosidad de los Verdurin con respecto a los fieles era relativamente fácil), sino, lo que era más difícil, a su cochero principal, el joven sensible y de ideas pesimistas, por él, el conductor. Lo que se ejecutó en algunos días de la manera siguiente: Morel había comenzado por mandarle robar al cochero todo lo que necesitaba para enganchar. Un día le faltaba el freno, otro día la cadeneta de barbada. Otras veces era el cojín del asiento lo que había desaparecido; hasta su látigo, la frazada, el martinete, la esponja, la gamuza. Pero siempre se las arregló, con los vecinos; sólo que llegaba con atraso, lo que fastidiaba en contra suya al señor Verdurin y lo hundía en un estado de tristeza y de ideas negras. El conductor, apurado por entrar, le declaró a Morel que iba a volver a París. Había que dar un gran golpe. Morel convenció a los sirvientes del señor Verdurin que el joven cochero había dicho que los haría caer en una celada y se jactaba de poder derrotar a seis de ellos y les dijo que no podían dejarlo pasar por alto. Por su parte, no podía intervenir, pero los avisaba para que tomaran la iniciativa. Quedó convenido que cuando el señor Verdurin

estuviera de paseo con sus amigos caerían todos en la cuadra sobre el joven. Consignaré, aunque no sea la ocasión, sino porque los personajes me interesaron más tarde, que ese día en casa de los Verdurin había un amigo de vacaciones al que querían hacerle dar un paseo a pie antes de su partida fijada para esa misma noche.

Lo que me sorprendió mucho cuando partimos, es que ese día Morel, que venía con nosotros para dar un paseo a pie, pues debía tocar el violín entre los árboles, me dijo: “—Oiga, me duele un brazo; no quiero decírselo a la señora de Verdurin, pero ruéguele que mande a uno de sus mucamos, por ejemplo Howsler, para llevarme los Instrumentos.” —“Creo que mejor sería otro —contesté—. Lo necesitarán para la comida”. Una expresión de ira pasó por el rostro de Morel. “—Pero no, no quiero confiarle mi violín a cualquiera”. Más tarde comprendí el motivo de esa preferencia. Howsler era el hermano muy querido del joven cochero y de haberse quedado en la casa, pudo haberlo ayudado. Durante el paseo, lo bastante quedo para que Howsler el mayor no pudiera oírnos: “Es un buen muchacho, dijo Morel. Por otra parte, también lo es su hermano. Si no tuviese esa maldita costumbre de beber...” —¿Cómo, beber?... dijo la señora de Verdurin palideciendo al pensar que tenía un cochero que bebía. —Usted no se da cuenta. Siempre pienso que es un milagro que no le haya sucedido un accidente mientras los lleva. —¿Pero acaso lleva a otros?—. No tiene más que ver cuántas veces ha volcado, hoy tiene la cara llena de equimosis. No sé cómo no se ha matado y rompió sus varas. —No lo he visto hoy, dijo la señora de Verdurin temblando a la sola idea de lo que podía haberle sucedido a ella; usted me desespera.” Quiso acortar el paseo para volver; Morel eligió una

melodía de Bach, con infinitas variaciones para hacerla durar. En cuanto volvió fue a la cuadra, vio las varas nuevas y a Howsler ensangrentado. Le iba a decir, sin hacerle ninguna observación, que ya no necesitaba cochero y entregarle dinero, pero por propia iniciativa y ya que no quería acusar a sus compañeros a cuya animosidad atribuía retrospectivamente el robo diario de todas las sillas, etc., y viendo que su paciencia sólo conduciría a que lo dejaran muerto sobre las baldosas, quiso irse él mismo lo que solucionó todo. El conductor entró al día siguiente y más tarde la señora de Verdurin (que había tenido que tomar otro) quedó tan satisfecha de él, que me lo recomendó calurosamente como hombre de absoluta confianza. Yo, que lo ignoraba todo, lo tomé en París por día, pero he anticipado demasiado y todo eso figurará en la historia de Albertina. En este momento estamos en la Raspelière, donde voy a cenar por primera vez con mi amiga y el señor de Charlus con Morel, hijo supuesto de un “intendente” que ganaba treinta mil francos anuales fijos, tenía coche y cantidad de mayordomos, subalternos, jardineros, directores y granjeros a sus órdenes. Pero ya que me he anticipado en tal forma, no quiero dejar al lector bajo la impresión de una maldad absoluta que hubiera cometido Morel. Estaba más bien lleno de contradicciones, capas algunos días de una verdadera gentileza.

Naturalmente me asombró mucho saber que había sido despedido el cochero y mucho más al reconocer en su reemplazante al conductor que nos paseara a Albertina y a mí. Pero se despachó una historia complicada según la cual, se suponía que había vuelto a París, de donde lo habían solicitado para los Verdurin, y no dudé ni un segundo. El despido del cochero motivó que Morel me conversara

un poco para expresarme su tristeza con relación a la partida de ese buen muchacho. Por otra parte, aun fuera de los momentos en que estaba solo y en que brincaba literalmente hacia mí con una expansión de alegría, Morel, que veía que todo el mundo me agasajaba en la Raspelière y sentía que se excluía voluntariamente de la familiaridad de alguien que no era un peligro para él, ya que me había hecho quemar las naves y quitado toda posibilidad de adoptar frente a él aires de protección (que por supuesto no había pensado tomar de ninguna manera) dejó de alejarse de mí. Atribuí su cambio de actitud a la influencia del señor de Charlus, quien, en efecto, en algunos puntos lo hacía menos obtuso y más artista, pero en otros en que se aplicaba al pie de la letra las fórmulas elocuentes, mentirosas y por otra parte momentáneas del amo, lo estupidizaba aún más. Lo que había podido decirle el señor de Charlus, era en efecto lo único que yo suponía. ¿Cómo podía adivinar entonces lo que luego me dijeron (y de lo que nunca estuve seguro, ya que las afirmaciones de Andrea acerca de todo lo concerniente a Albertina, especialmente más tarde me parecieron siempre sujetas a caución, porque, como ya lo vimos antes, no quería sinceramente a mi amiga y tenía celos de ella), lo que en todo caso si era cierto, me fue ocultado notablemente por ambos: que Albertina conocía mucho a Morel. La nueva actitud que en ese momento del despido del cochero adoptó Morel a mi respecto, me permitió cambiar de opinión sobre él. Conservé de su carácter la fea impresión que me hiciera concebir la bajeza demostrada por ese joven cuando me había necesitado, y luego, tan pronto realizado el favor, evidenciado un desdén que llegaba hasta simular que no me veía. A eso le hacía falta la evidencia de sus relaciones venales con el señor

de Charlus y también instintos bestiales sin continuidad cuya insatisfacción (cuando sucedía eso) o las complicaciones que acarreaban, causaban sus tristezas; pero ese carácter no eran tan uniformemente feo y lleno de contradicciones. Se parecía a un libro antiguo de la edad media, lleno de errores, tradiciones, absurdos y obscenidades; era extraordinariamente complejo. Primero creí que su arte, en que era verdaderamente un consumado maestro, le había dado unas superioridades que iban más allá del virtuosismo del ejecutante. Una vez que yo le expresaba mi deseo de trabajar: “—Trabaje, hágase ilustre”, me dijo. “¿De quién es eso?”, le pregunté. “—De Fontanes a Chateaubriand”. También conocía una correspondencia amorosa de Napoleón. Bien, pensé yo, es culto. Pero esa frase que había leído no sé dónde, era sin duda la única que conociese de toda la literatura antigua y moderna, porque me la repetía cada noche. Otra que me repetía mucho más para impedirme que dijera algo suyo a nadie, era ésta que creía igualmente literaria, que apenas es francesa y por lo menos no ofrece ningún sentido, salvo quizás para un sirviente fisgón: “Desconfiemos de los desconfiados”. En el fondo, yendo desde esa estúpida máxima hasta la frase de Fontanes a Chateaubriand, se hubiese recorrido toda una parte, variada, pero menos contradictoria de lo que parece, del carácter de Morel. Ese mozo que por poco dinero que encontrase en ello, hubiese hecho cualquier cosa y sin remordimientos —quizás sin una extraña contradicción, yendo hasta la sobreexcitación nerviosa, pero a la que le sentaría mal el nombre de remordimiento—; que hubiese, si ello le produjese interés, hundido en el pesar, hasta en el luto, a familias enteras; ese mozo que colocaba al dinero sobre todas las cosas; y sin

hablar de bondad por encima de los sentimientos más naturales de humanidad, ese mismo mozo colocaba sin embargo más allá del dinero, su diploma de primer premio del Conservatorio y que no se hiciera ningún comentario desfavorable acerca de él, en la clase de flauta o de contrapunto. Por eso sus más grandes cóleras, sus más sombríos y más injustificables ataques de mal humor provenían de lo que llamaba (generalizando sin duda algunos casos particulares en que había encontrado malevolentes) la astucia universal. Se alababa de escapar a ella, no hablando nunca de nadie, ocultando su juego, desconfiando de todos. (Para mi desgracia, debido a lo que resultaría de ello, luego de mi regreso a París, su desconfianza no había “funcionado” con respecto al conductor de Balbec, en quien sin duda había reconocido a un semejante, es decir, contrariamente a su máxima, un desconfiado en la buena significación de la palabra, un desconfiado que calla obstinadamente delante de la gente honrada y enseguida entabla relaciones con un crápula). Le parecía —y no era del todo falso— que esa desconfianza le permitiría sacar siempre los naipes del juego y resbalar, inasible, a través de las más peligrosas aventuras y sin que se pudiese, no ya probar sino adelantar nada en su contra, en el establecimiento de la calle Bergère. Trabajaría, se haría ilustre, sería quizás algún día, con una respetabilidad intacta, maestro del jurado de violín, en los concursos de ese prestigioso Conservatorio.

Pero es quizás una lógica excesiva para el cerebro de Morel hacer que las contradicciones se originen unas en otras. En realidad, su naturaleza era como un papel en el cual se han hecho tantos dobleces en todos sentidos que resulta imposible orientarse. Parecía

tener principios bastante elevados y con una letra magnífica deslucida por los más groseros errores de ortografía, se pasaba horas escribiéndole a su hermano que había obrado mal con sus hermanas, que era el mayor y su sostén y a sus hermanas que habían cometido una inconveniencia con él.

Muy pronto, al terminar el estío, cuando uno descendía del tren de Doville, el sol mitigado por la bruma, en el cielo uniformemente malva, no era ya sino una masa roja. A la paz enorme que desciende de noche sobre esos prados tupidos y salinos y que había aconsejado a muchos pintores, la mayoría parisienses, ir a veranear a Doville, se agregaba una humedad que los hacía volver temprano a los pequeños chalets. En muchos de éstos ya estaba encendida la lámpara. Únicamente algunas vacas quedaban afuera mirando al mar y mugiendo, mientras que otras que se interesaban más por la humanidad, volvían su atención hacia nuestros coches. Únicamente un pintor que había armado su caballete sobre un delgado promontorio, trabajaba, tratando de traducir esa calma enorme, esa luz apaciguada. Quizás las vacas le servirían inconsciente y benévola de modelos, porque su aspecto contemplativo y su presencia solitaria cuando han regresado los seres humanos, contribuían a su modo a la poderosa sensación de descanso que se desprende de la noche. Y algunas semanas más tarde no fue menos agradable la trasposición cuando al avanzar el otoño, los días se acortaron del todo y hubo que hacer ese viaje de noche. Si se daba una vuelta por la tarde, había que volver a lo sumo a las cinco para vestirse, ya que ahora el sol redondo y rojo, había descendido en medio del espejo oblicuo, antes odiado y como un fuego griego

incendiaba el mar en los cristales de todas mis bibliotecas. Algún gesto encantador había despertado el yo, despierto y frívolo que era el mío cuando iba a cenar en Rivebelle con Saint-Loup y la noche en que creí llevar a la señorita de Stermaría a cenar a la isla del bosque, tarareaba inconscientemente la misma tonada de entonces; y sólo al advertir que en la canción reconocía al cantor intermitente, que en efecto no sabía otra cosa. La primera vez que la había cantado, empezaba a quererla a Albertina pero creí no conocerla nunca. Más tarde en París, fue cuando había dejado de quererla y algunos días después de haberla poseído por primera vez. Ahora era al amarla de nuevo y en momentos de ir a cenar con ella, con gran desesperación del director, que creía que yo acabaría por habitar la Raspelière y dejaría su hotel, y que aseguraba haber oído decir que por ahí reinaban unas fiebres que se debían a los pantanos del Bac y sus aguas dormidas. Me hacía feliz esa multiplicidad que le veía a mi vida desplegada así en tres planos; y luego cuando uno se hace, por un instante, un hombre antiguo, es decir, distinto al que se es desde hace tiempo, la sensibilidad que ya no está amortiguada por la costumbre recibe impresiones tan agudas de los menores choques, que palidece todo lo que ha existido antes y a lo que nos adherimos con la transitoria exaltación del ebrio debido a su intensidad. Ya era de noche cuando subimos al ómnibus o al coche que iba a llevarnos a la estación para tomar el trencito. Y en el *hall* nos decía el presidente primero: “—¡Ah!, van ustedes a la Raspelière. Rediez, tiene bastante frescura la señora de Verdurin, ¡hacerlos viajar en ferrocarril una hora y de noche, solamente para comer! Y después vuelta a empezar el trayecto a las diez de la noche con un viento de todos los diablos. Bien se ve que no tienen ustedes

nada que hacer” —agregó, frotándose las manos. Sin duda hablaba así por el descontento de no haber sido invitado y también debido a la satisfacción que los hombres “ocupados” —aunque sea en el trabajo más tonto— tienen de “no tener tiempo” para hacer lo mismo que uno.

En verdad es legítimo que el hombre que redacta informes, alinea cifras, contesta cartas de negocios y sigue los cursos de la bolsa, experimente cuando le dice a uno jactanciosamente: “—Está bueno para usted que no tiene nada que hacer”—, un agradable sentimiento de superioridad. Pero ésta se afirmaría con tanto desdén y más quizás (porque también el hombre ocupado come fuera de su casa) si la diversión de uno fuera escribir *Hamlet* o sólo leerlo. En lo que los hombres ocupados carecen de reflexión. Porque debían pensar que la cultura desinteresada, que les parece un cómico pasatiempo de ociosos, cuando la sorprenden en momentos en que se la practica, es la misma que en su propio oficio coloca fuera de línea a hombres que quizás no sean mejores magistrados o administradores que ellos, pero ante cuyo rápido progreso se inclinan diciendo: —“Parece que es un hombre muy culto, un individuo sumamente distinguido”.

Pero de lo que no se daba cuenta el presidente primero era que lo que me gustaba en esas comidas de la Raspelière es que, como lo decía con razón aunque por crítica, “representaban un verdadero viaje”, un viaje cuyo encanto me parecía tanto más acentuado que su meta no era él por sí mismo, que en él no se buscaba ningún placer ya que éste estaba en la reunión a la que nos dirigíamos y que no dejaba de modificarse mucho por toda la atmósfera que lo rodeaba. Ya era de noche, ahora cuando cambiaba el calor del hotel —del

hotel convertido en mi hogar— por el vagón al que subíamos con Albertina y en el que el reflejo de la linterna sobre el cristal, indicaba en ciertas paradas del pequeño tren impulsivo, que habíamos llegado a una estación. Para no arriesgarnos a que Cottard no nos viera y cuando no oía gritar el nombre de la estación, yo abría la portezuela, pero lo que se precipitaba en el vagón no eran los fieles, sino el viento, la lluvia y el frío. En la oscuridad distinguía yo el campo, oía el mar, estábamos en pleno campo. Antes de reunirnos con el pequeño núcleo, Albertina se miraba en un espejito, extraído de un *necesar* de oro que llevaba consigo. En efecto, las primeras veces, la señora de Verdurin la hizo subir a su cuarto de baño para que se arreglase antes de la comida, y yo, en medio de la profunda calma en que vivía desde tiempo atrás, había experimentado un pequeño movimiento de inquietud y de celos al verme obligado a dejarla a Albertina al pie de la escalera y me había sentido tan ansioso mientras estaba solo en el salón, en medio del pequeño clan, preguntándome lo que haría arriba mi amiga, que al día siguiente, encargué por telegrama a Cartier, después de haberle pedido opiniones al señor de Charlus acerca de lo más elegante que se llevaba, un *necesar* que era la alegría de Albertina y también la mía. Para mí era una prenda de calma y también de la solicitud de mi amiga. Porque había adivinado seguramente que no me gustaba que se quedara sola en casa de la señora de Verdurin y se las arreglaba para efectuar en el vagón todo el tocado previo a la comida.

En el número de los asiduos de la señora de Verdurin y el más fiel de todos, contaba ahora desde hacía varios meses, el señor de Charlus. Regularmente, tres veces por semana, los pasajeros que

esperaban en las salas de espera o en el andén de Doncières-Oeste, veían pasar a ese hombre grueso, de cabellos grises, bigotes negros y labios enrojecidos por un colorete que se distingue menos al terminar la estación que en el verano, en que la plena luz lo hacía más crudo y el calor lo licuaba a medias. Mientras se dirigía hacia el trencito no podía dejar (sólo por costumbre de entendido, ya que ahora tenía un sentimiento que lo hacía casto o por lo menos, fiel la mayor parte del tiempo) de echar una mirada furtiva y a la vez inquisitiva y timorata sobre los mozos de cordel, los militares, los jóvenes en traje de tenis, después de lo cual bajaba los párpados sobre sus ojos casi cerrados con la unción de un eclesiástico que rezara el rosario o con la reserva de una esposa consagrada a su único amor o de una muchacha bien educada. Los fieles estaban tanto más convencidos de que no los había visto, cuanto que subía a un compartimiento que no era el de ellos (como lo hacía a menudo la princesa Sherbatoff) como hombre que no sabe si la gente se alegrará o no de que los vean con él y que lo deja a uno en libertad de ir a buscarlo si se le da la gana. El doctor no había sentido esas ganas las primeras veces y quiso que lo dejáramos solo en su compartimiento. Disimulando con elegancia su carácter vacilante desde que ocupaba una posición médica importante, dijo sonriendo, echándose para atrás y mirando a Ski, por encima de los anteojos, con malicia o para sorprender oblicuamente las opiniones de los compañeros. “—Ustedes comprenden, si fuera soltero, pero por mi mujer, no sé si puedo permitir que viaje con nosotros, después de lo que me han dicho”, susurró el doctor. “¿Qué dices?”, preguntó la señora de Cottard. “—Nada, eso no te concierne; no es para mujeres”, contestó guiñando el ojo el médico, con una satisfacción

majestuosa de sí mismo, que participaba de la expresión de matarlas callando que conservaba frente a sus alumnos y enfermos y la inquietud que acompañaba sus rasgos de ingenio, antaño en casa de los Verdurin, y siguió hablando en voz baja. La señora de Cottard no distinguió otras palabras que “la cofradía” y “charlita” y como en el vocabulario del médico la primera designaba a la raza judía y la segunda a una persona charlatana la señora de Cottard llegó a la conclusión de que el señor de Charlus debía ser un israelita charlatán. No comprendió que se mantuviese apartado al barón por eso; le pareció que formaba parte de su deber de clan exigir que no lo dejaran solo y nos dirigimos todos hacia el compartimiento del señor de Charlus, guiados por Cottard siempre perplejo. Desde el rincón en que leía un volumen de Balzac el señor de Charlus advirtió esa vacilación; no había levantado los ojos sin embargo. Pero así como los sordomudos reconocen una corriente de aire imperceptible para los demás, si alguien se coloca detrás de ellos, tenía, para sentirse avisado de la frialdad a su respecto una verdadera hiperacucia sensorial. Esta, como acostumbra hacerlo en todos los dominios, le había engendrado al señor de Charlus algunas dolencias imaginarias. Como esos neurópatas que al sentir un ligero frescor deducen que debe haber una ventana abierta en el piso de arriba, se ponen furiosos y empiezan a estornudar, lo mismo el señor de Charlus, si una persona demostraba preocupación delante de él, suponía que a esa persona le habrían llevado algún chisme. Pero ni siquiera hacía falta parecer distraído, o sombrío o riante; él lo inventaba todo. En cambio la cordialidad le ocultaba fácilmente las malevolencias que no conocía. Al adivinar por primera vez la vacilación de Cottard con gran asombro de los

fieles que no creían que ya los había visto el lector de los párpados caídos, les extendió la mano cuando estuvieron a una conveniente distancia, pero se contentó con una inclinación de su cuerpo enderezado de nuevo y vivamente para Cottard, sin tomar con su mano enguantada de gamuza la mano que le ofrecía el médico. “—Hemos tenido mucho interés en hacer el camino con usted, señor, y no dejarlo así, solo en su rincón. Es un gran placer para nosotros” —dijo bondadosamente la señora de Cottard al barón. “—Muy honrado, —declamó el barón inclinándose fríamente—. Me alegró mucho saber que había elegido usted esta región para fijar sus taber...” Iba a decir tabernáculos, pero esa palabra le pareció hebrea y descortés para un judío que podría suponerle una intención. Por eso se contuvo para elegir otra de sus expresiones familiares, es decir, una expresión solemne, “que quería decir para fijar sus penates” (es verdad que esas divinidades no pertenecen tampoco a la religión cristiana pero son propias de una religión que ha muerto desde hace tanto tiempo que no tiene adeptos, que uno pueda temer que se resientan). “Nosotros, desgraciadamente, con la vuelta a las clases y el servicio hospitalario del doctor, no podemos constituir nunca domicilio por mucho tiempo en un mismo lugar”. Y señalándole una caja: “—Vea usted, como nosotras las mujeres somos menos felices que el sexo fuerte, para ir tan cerca como a la casa de nuestros amigos Verdurin, nos vemos obligadas a llevar toda una gama de impedimentos”. Yo, mientras tanto, miraba el volumen de Balzac del barón. No era un ejemplar en rústica, comprado al azar como el volumen de Bergotte que me había prestado el primer año.

Era un libro de su biblioteca y como tal llevaba la divisa: “Pertenezco al barón de Charlus”, a la que dejaban lugar a veces para indicar la afición estudiosa de los Guermites: “*In proeliis non semper*” y otra más: “*Non sine labore*”. Pero pronto las veremos reemplazadas por otras, para tratar de complacer a Morel. La señora de Cottard, al cabo de un instante eligió un tema que le pareció más personal al barón. “—No sé si usted opina como yo, señor —le dijo al cabo de un instante—, pero tengo una gran amplitud de ideas y para mí, con tal que se practiquen sinceramente, todas las religiones son buenas. No soy como esa gente para quienes la vista de un... protestante pone rabiosos”. “—Me enseñaron que la mía era la verdadera”, contestó el señor de Charlus. “Es un fanático, pensó la señora de Cottard; Swann, salvo al final, era más tolerante; verdad que era convertido”. Y al contrario, el barón no solamente era cristiano como se sabe, sino hasta piadoso a la manera de la edad media. Para él, como para los escultores del siglo XIII, la Iglesia cristiana estaba, en el sentido vivo de la palabra, poblada por una multitud de seres que se creían perfectamente reales; profetas, apóstoles, ángeles, personajes santos de toda índole, que rodeaban al Verbo encarnado, su madre y su esposo, el Padre Eterno, todos los mártires y doctores, como su pueblo en alto relieve, cada cual se apresura en el pórtico o llena la nave de las catedrales. Entre todos ellos el señor de Charlus había elegido como patronos intermediarios a los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, con quienes tenía frecuentes coloquios para que comunicasen sus plegarias al Padre Eterno frente a cuyo trono están. Por eso me divertí mucho el error de la señora de Cottard.

Para dejar el terreno religioso, digamos que el doctor, llegado a París con el magro equipaje de los consejos de una madre campesina y absorbido luego por los estudios casi exclusivamente materiales, de los que quieren llevar más lejos su carrera médica y se ven obligados a consagrarse durante muchos años, nunca se había cultivado, había adquirido más autoridad pero no más experiencia y tomó al pie de la letra esa palabra “honrado” que a la vez lo satisfizo porque era vanidoso y lo afligió porque era buen muchacho. —“Ese pobre Charlus —le dijo por la noche a su mujer— me causó lástima cuando me dijo que se sentía honrado de viajar con nosotros. Pobre diablo, se advierte que no tiene relaciones y que se humilla”.

Pero muy pronto, sin necesidad de ser conducidos por la caritativa señora de Cottard los fieles consiguieron dominar la molestia que habían experimentado todos, quien más quien menos al principio al lado del señor de Charlus. Sin duda en su presencia conservaban todos en la memoria el recuerdo de las revelaciones de Ski y la idea de la singularidad sexual que estaba incluida en su compañero de viaje. Pero esta misma singularidad ejercía sobre ellos una suerte de atractivo. Le confería para ellos, a la conversación del barón, por otra parte notable pero en aspectos que no podían apreciar, un sabor que convertía a la conversación más interesante, incluso a la de Brichot, en algo insípido. Desde un principio, por otra parte, se habían complacido en reconocer que era inteligente. “—El genio quizás vecino de la locura”, dictaminaba el médico y si la princesa ávida de instruirse insistía, no decía nada más, ya que ese axioma era lo único que sabía acerca del genio y no le parecía, además, tan comprobado como lo que se refería a la tifoidea o al artritisismo. Y como se había

hecho soberbio y seguía mal educado: “—Nada de preguntas, princesa, no me interrogue, he venido al mar para mi descanso. Y luego, que usted no me comprendería; no sabe medicina”. Y la princesa se callaba disculpándose, pareciéndole que Cottard era un hombre encantador y comprendiendo que las celebridades no siempre son abordables. En ese período primero habían terminado por suponer inteligente al señor de Charlus, a pesar de su vicio (lo que generalmente así se llama). Ahora, sin darse cuenta, era por ese vicio que lo suponían más inteligente que los demás. Las más sencillas máximas que, diestramente provocado por el universitario o el escultor, enunciaba el señor de Charlus acerca del amor, los celos, la belleza, a causa de la experiencia singular, secreta, refinada y monstruosa en que las había hallado, tomaban para los fieles ese encanto de lo desarraigado, que una psicología análoga a lo que nos ofreció siempre nuestra literatura dramática, reviste en una pieza rusa o japonesa interpretada por artistas de esos países. Se arriesgaba aún, cuando él no lo oía, un mal retruécano: “—Oh—susurraba el escultor al ver a un empleado joven con largas pestañas de bayadera—, si el barón se pone a guiñarlo al inspector, no llegaremos nunca, el tren marchará retrocediendo. Miren cómo lo está mirando, ya no estamos en un trencito sino en un funicular”. Pero en el fondo, si no venía el señor de Charlus, los desilusionaba casi viajar entre gente como todos y no tener al lado a ese personaje pintarrajeado, panzón y cerrado, parecido a alguna caja de origen exótico y sospechoso que deja escapar el curioso perfume de unas frutas para los que os causaría náuseas la sola idea de probarlas. Desde ese punto de vista, los fieles del sexo masculino tenían satisfacciones más vivas, en el corto tramo del

trayecto entre Saint-Martin-du-Chéne, en donde subía el señor de Charlus, y Doncières, estación en que se nos reunía Morel. Porque mientras no estaba el violinista (y si las damas y Albertina formaban corro aparte para no interrumpir la conversación y se mantenían alejadas) el señor de Charlus no se molestaba para no aparentar rehuir algunos temas y hablar de lo que se ha “convenido en llamar las malas costumbres”. Albertina no podía molestarlo por prerrogativa de muchacha que estaba siempre con las señoras para que su presencia no restringiera la libertad de la conversación. Y yo soportaba fácilmente no tenerla a mi lado, a condición sin embargo de que se quedara en el mismo vagón. Porque yo, que ya no experimentaba celos, ni amor por ella, no pensaba en lo que hacía mientras no la veía; en cambio, cuando estaba ahí, un simple tabique que en rigor pudiera disimular una traición me resultaba insoportable y si se iba con las señoras al compartimiento próximo, al cabo de un instante sin poder continuar en el sitio, a riesgo de molestar al que hablaba, Brichot, Cottard o Charlus, a quien no podía explicar el motivo de mi fuga, me levantaba, los dejaba plantados y pasaba al lado para ver si no sucedía nada anormal. Y hasta Doncières, sin temor de chocar, el señor de Charlus hablaba a veces con mucha crudeza de unas costumbres que por su cuenta no le parecían ni buenas ni malas. Lo hacía por habilidad, para indicar su amplitud de espíritu, convencido como lo estaba de que las suyas no despertaban ninguna sospecha en el espíritu de los fieles. Suponía que había en el universo algunas personas que según una expresión que más tarde se le hizo familiar, “sabían que era él”. Pero suponía que esas personas no eran más de tres o cuatro y que en la costa normanda no había ninguna. Puede asombrar esa ilusión

por parte de alguien tan fino y tan inquieto. Aun para los que creía más o menos informados, se jactaba de que no lo fueran sino vagamente y pretendía, según les dijese tal o cual cosa, colocar a tal o cual persona fuera de las suposiciones de un interlocutor que por cortesía aparentaba aceptar sus palabras. Aunque sospechara lo que podía saber o sospechar de él, suponía que esa opinión, que creía por mi parte mucho más antigua de lo que era en realidad, era generalizada y que para que lo creyeran le bastaba negar tal o cual detalle, siendo así que por el contrario, si el conocimiento del conjunto es anterior siempre al de los detalles, facilita infinitamente su investigación y una vez destruido el poder de invisibilidad, ya no le permite ocultar lo que quiera al simulador. En verdad, cuando el señor de Charlus, invitado a comer por tal o cual fiel o amigo de los fieles, daba los más complicados rodeos para traer en medio del nombre de diez personas que citaba, el de Morel, no sospechaba en lo más mínimo que a los motivos siempre distintos que daba del placer o la comodidad que le podría ocasionar ser invitado con él esa noche, sus huéspedes pareciendo creerlo perfectamente sustitúan uno solo, siempre el mismo, que él creía ignorado por ellos, es decir que lo amaba. En la misma forma, la señora de Verdurin, que parecía aceptar siempre los motivos semiartísticos, semihumanitarios que le daba el señor de Charlus acerca de su interés por Morel, no dejaba de agradecer con emoción al barón, por la bondad conmovedora, según ella, que había tenido para con el violinista. Y cuál hubiera sido el asombro del señor de Charlus si un día que él y Morel estaban atrasados y no llegaban por tren, hubiera oído que la Patrona decía: “—Sólo nos faltan las señoritas”. El barón estaría tanto más sorprendido cuanto que al no

moverse casi de la Raspelière, hacía de capellán, abate del repertorio y a veces (cuando Morel tenía 48 horas de licencia) dormía dos noches seguidas. La señora de Verdurin les daba entonces dos cuartos comunicantes y para ponerlos cómodos decía: “—Si desean hacer música, no se molesten, las paredes son como las de una fortaleza, no hay nadie en el piso de ustedes y mi marido duerme con un sueño de plomo”. Esos días, el señor de Charlus relevaba a la princesa yendo a buscar a los recién llegados a la estación, disculpaba a la señora de Verdurin por no haber ido, a causa de un estado de salud que describía tan bien, que los invitados entraban con cara de circunstancias y lanzaban un grito de asombro al encontrar a la Patrona, dispuesta y de pie, con vestido semiescotado.

Porque momentáneamente el señor de Charlus se había hecho uno de los fieles más fieles para la señora de Verdurin, una segunda princesa de Sherbatoff. Ella estaba mucho menos segura de su situación social que la de la princesa, creyendo que si ésta no quería ver a nadie más que al pequeño núcleo, era por desprecio de los demás y predilección por él. Como esa ficción era precisamente lo propio de los Verdurin, que calificaban como aburridos a todos los que no podían frecuentar, es increíble que la Patrona pudiese creer que la princesa era un alma de acero que odiaba lo elegante. Pero no cedía y estaba convencida de que también la gran señora no frecuentaba a los aburridos sinceramente y por afición de intelectualidad. Por otra parte, su número disminuía para los Verdurin. La vida de playa le quitaba a una presentación las consecuencias de porvenir que se pudiese temer en París. Hombres brillantes que habían ido sin su mujer a Balbec, lo que facilitaba todo en la Raspelière,

tomaban iniciativas y de aburridos se convertían en exquisitos. Este fue el caso del príncipe de Guermantes, que la ausencia de la princesa no hubiera decidido a ir, sin embargo como “soltero” a casa de los Verdurin, si el imán del dreyfusismo no hubiese sido tan poderoso que le hiciera subir de un solo impulso las cuevas que conducen a la Raspelière, desgraciadamente un día que había salido la Patrona. Por otra parte la señora de Verdurin no estaba convencida de que él y el señor de Charlus perteneciesen al mismo mundo. El barón había dicho, sí, que el duque de Guermantes era su hermano, pero esa era quizás la mentira de un aventurero. Tan elegante se mostrara, tan amable, tan “fiel” hacia los Verdurin, que la Patrona vacilaba casi en invitarlo con el príncipe de Guermantes. Consultó con Ski y Brichot. “—¿El barón y el príncipe de Guermantes van bien? —Dios mío, señora, creo poder decirle que sí en cuanto a uno de los dos. —¿Pero qué me importa uno de los dos? ¿Le pregunto si marchan juntos? —Ah, señora, esas son cosas difíciles de saber”. La señora de Verdurin no ponía en ello ninguna picardía. Estaba convencida de las costumbres del barón pero no pensaba en ello para nada cuando se expresaba en esa forma; sólo quería saber si se podían invitar juntos al príncipe y al señor de Charlus y si eso andaría bien. No ponía ninguna intención malevolente en el empleo de esas expresiones hechas y que favorecen “los pequeños clanes” artísticos. Para adornarse con el señor de Guermantes quería llevarlo la tarde que seguiría al almuerzo, a una fiesta de caridad, en la que unos marinos de la costa figurarían una partida. Pero como no tenía tiempo de ocuparse de todo delegó sus funciones en el fiel de los fieles: en el barón. “—Usted comprende, no tienen que quedarse inmóviles como

urcas ostras; tienen que ir y venir, que se vea el zafarrancho, ignoro el nombre de todo eso. Pero usted, que va tan a menudo al puerto del *Balbec-Plage*, podría hacer un ensayo sin cansarse. Señor de Charlus, usted debe ser más entendido que yo en hacer andar a unos marineritos. Pero después de todo, nos tomamos bastante trabajo por el señor de Guermantes. Quizás sea un imbécil del *Jockey*. ¡Oh, Dios mío! Estoy hablando mal del *Jockey* y creo recordar que usted es socio. ¿Eh?, barón, ¿no me contesta usted? ¿Es socio? ¿No quiere salir con nosotros? Mire, aquí hay un libro que he recibido, supongo que le interesará. Es de Roujon. El título es lindo: “Entre los hombres”.

Por mi parte, me hacía tanto más feliz que el señor de Charlus sustituyese bastante a menudo a la princesa Sherbatoff cuanto que estaba en malas relaciones con ésta, por un motivo a un tiempo insignificante y profundo. Un día que estaba en el trencito, colmando de atenciones como siempre a la princesa Sherbatoff, vi subir a la señora de Villeparisis. En efecto, había ido a pasar algunas semanas a casa de la princesa de Luxembourg, pero encadenado a esa diaria necesidad de verla a Albertina, nunca había contestado las multiplicadas invitaciones de la marquesa y su real huésped. Tuve remordimientos al ver la amiga de mi abuela y por puro deber (sin abandonar a la princesa Sherbatoff) conversé bastante tiempo con ella. Ignoraba por otra parte absolutamente que la señora de Villeparisis supiese quién era mi vecina y no quería conocerla. En la estación siguiente, la señora de Villeparisis dejó el vagón y llegué a reprocharme no haberla ayudado a bajar; fuí a sentarme al lado de la princesa. Pero hubiese parecido —cataclismo frecuente en las perso-

nas cuya situación es poco estable y que temen que uno haya oído hablar mal de ellas y las menosprecie— que se efectuara un cambio visible. Sumergida en su *Revista de Ambos Mundos*, la señora de Sherbatoff contestó apenas sin despegar los labios mis preguntas y acabó por decirme que le provocaba jaqueca. No comprendía cuál era mi crimen. Cuando saludé a la princesa, no iluminó su rostro la sonrisa habitual y un saludo seco bajó su barbilla; ni me alargó la mano y no volvió a hablarme nunca desde entonces. Pero debió hablar —para decir no sé qué— a los Verdurin; porque en cuanto les preguntaba a éstos si no procedería bien al hacerle una cortesía a la princesa Sherbatoff todos se precipitaban en coro: “—No, no, no. Sobre todo, no le gustan las amabilidades”. No lo hacían para disgustarme con ella pero había conseguido hacer creer que era insensible a los halagos: un alma inaccesible a las vanidades de este mundo. Hay que haber visto al hombre político reputado más Integro, más intransigente, más inabordable desde que está en el poder, hay que haberlo visto mendigar tímidamente en tiempos de su desgracia, con una brillante sonrisa de enamorado, el altivo saludo de un periodista cualquiera; hay que haber visto el súbito erguirse de Cottard (que sus nuevos pacientes tomaban por una barra de hierro) y saber con qué despechos amorosos, con qué fracasos de *snobismo*, estaban hechas la aparente altivez, el antiesnobismo universalmente aceptado de la princesa Sherbatoff, para comprender que en la humanidad la regla —que acarrea excepciones, es natural— es que los duros son débiles rechazados y que los fuertes, sin preocuparse que los quieran o no, son los únicos que tienen esa dulzura que el vulgo supone debilidad.

Por otra parte, no debo juzgar severamente a la princesa Sherbatoff. ¡Es tan frecuente su caso! Un día en el entierro de Guermantes, un hombre notable colocado a mi lado me señaló un caballero esbelto y provisto de una hermosa cara. “—Entre todos los Guermantes —me dijo mi vecino—, es el más inaudito, el más singular. Es el hermano del duque”. Le contesté imprudentemente que se equivocaba, que ese señor, sin ningún parentesco con los Guermantes, se llamaba Journier-Sarlovéze. El hombre notable me volvió la espalda y no me saludó desde entonces.

Un gran músico, miembro del Instituto, alto dignatario oficial y que conocía Ski, pasó por Haremboville, donde tenía una sobrina, y asistió a un miércoles de los Verdurin. El señor de Charlus fue particularmente amable con él (a pedido de Morel) y sobre todo para que al regreso a París le permitiese el académico asistir a diferentes sesiones privadas, ensayos, etc., donde tocaba el violinista. El académico, halagado y por otra parte, hombre encantador, prometió y cumplió su promesa. El barón quedó muy conmovido por todas las amabilidades que ese personaje (por otra parte en lo que se refería a él, le gustaban única y profundamente las mujeres) tuviera para con él, de todas las facilidades que le procuró para ver a Morel en lugares oficiales donde no entraban los profanos; de todas las oportunidades dadas por el célebre artista al joven virtuoso para lucirse, hacerse conocer, nombrándolo, de preferencia a otros, a igualdad de talentos, para audiciones que debían tener un eco particular. Pero el señor de Charlus no sospechaba que le debía tanta más gratitud al maestro porque éste, doblemente meritorio o si se quiere dos veces culpable, no ignoraba nada de las relaciones entre el violinista y su noble pro-

tector. Las favoreció, en verdad, sin ninguna simpatía por ellas, sin poder comprender otro amor que el de la mujer que había inspirado toda su música, pero por indiferencia moral, complacencia y servicialidad profesionales, amabilidad mundana y snobismo. En cuanto a dudas sobre el carácter de esas relaciones, tenía tan pocas, que desde la primera comida en la Raspelière, le había preguntado a Ski, al hablar del señor de Charlus y de Morel, como lo hubiese hecho de un hombre y su querida: “¿Hace tiempo que andan juntos?” Pero demasiado hombre de mundo para dejarles traslucir nada a los interesados, dispuesto a reprimir cualquier chisme entre los compañeros de Morel y a decirle paternalmente a Morel para tranquilizarlo: “Hoy dicen eso de cualquiera”, no cesó de colmar de gentilezas al barón, que a éste le parecieron encantadoras pero naturales, incapaz de suponer que el ilustre maestro tuviese tanto vicio o tanta virtud. Porque nadie tenía el alma tan baja para repetirle las palabras que se decían en ausencia del señor de Charlus, ni los “parecidos” sobre Morel. Y sin embargo, esta sencilla situación basta para demostrar que aun algo tan universalmente desacreditado, que no hallaría defensor en ninguna parte: el “rumor”, también tiene su valor psicológico, ya sea que nos tenga a nosotros mismos por objeto y se nos haga así particularmente desagradable, ya sea que nos enseñe algo que ignorábamos de un tercero. Impide al espíritu adormecerse sobre el aspecto ficticio que tiene de lo que cree las cosas y que no es más que su apariencia. Las da vueltas con la mágica destreza de un filósofo idealista, y nos presenta rápidamente un ángulo insospechado al reverso del paño. El señor de Charlus pudo haber imaginado estas palabras dichas por una tierna parienta: “¿Cómo quieres que Memé

esté enamorado de mí, te olvidas que soy mujer?” Y sin embargo, tenía un verdadero afecto profundo por el señor de Charlus. ¿Cómo extrañarse entonces de que entre los Verdurin, acerca de cuyo afecto y cuya bondad no tenía ningún derecho a contar lo que decían de él (y no fueron solamente palabras, ya lo veremos) fuesen tan distintos de lo que se los imaginaba, es decir del simple reflejo de las que oía cuando estaba presente. Sólo ésas adornaban con inscripciones afectuosas el pequeño pabellón ideal adonde a veces iba el señor de Charlus a soñar, solo, cuando introducía por un instante su imaginación en la idea que tenían de él los Verdurin. La atmósfera era tan simpática tan cordial, tan reconfortante el descanso, que cuando el señor de Charlus había ido, antes de dormir, a descansar un poco de sus preocupaciones, nunca salía sin una sonrisa. Pero ese pabellón es doble para cada uno de nosotros: frente al que creemos único, está el otro que nos es habitualmente invisible, el verdadero, simétrico con el que conocemos, pero muy distinto y cuya decoración, en la que nada reconoceríamos de lo que esperábamos ver, nos espantaría como si fuera hecha con los odiosos símbolos de una insospechada hostilidad. ¡Qué estupor para el señor de Charlus, si hubiese entrado a uno de esos pabellones adversos, gracias a algún chisme, como por una de esas escaleras de servicio en que a la puerta de los departamentos hay graffitti obscenos abocetados por proveedores descontentos o sirvientes despedidos! Pero en tanto carecemos de ese sentido de la orientación de que están dotados algunos pájaros, no tenemos el sentido de la visibilidad ni el de las distancias, imaginándonos muy cercana la atención interesada de gente que por el contrario nunca piensa en nosotros y no sospechan que

durante ese tiempo somos la única preocupación de otros. Así vivía engañado el señor de Charlus, como el pescado que cree que el agua donde nada está más allá del vidrio de su acuario que le presenta el reflejo, mientras que no ve a su lado, en la sombra, al paseante entretenido que sigue sus movimientos o al piscicultor todopoderoso que en el momento imprevisto y fatal, diferido en ese momento con respecto al barón (para quien el París, el piscicultor será la señora de Verdurin) lo sacará sin compasión del medio en que le gustaba vivir para arrojarlo en otro. A lo sumo, los pueblos, mientras no son otra cosa que colecciones de individuos, pueden ofrecer ejemplos más vastos pero idénticos en cada una de sus partes, de esa ceguera profunda, obstinada y desconcertante. Hasta entonces, si era causa de que el señor de Charlus profiriese en el pequeño clan palabras de una inútil habilidad o una audacia que hacía sonreír a hurtadillas, no debía haber tenido para él ni debía tener graves inconvenientes en Balbec. Un poco de albúmina, azúcar o arritmia cardíaca no impide que la vida siga normalmente, para quien no lo advierte, ya que sólo el médico ve en ello la profecía de catástrofes. Actualmente la afición —platónica o nodel señor de Charlus por Morel sólo impelía al barón a decir de buenas ganas, en ausencia de Morel, que le parecía muy hermoso, pensando que se comprendería eso muy inocentemente y obrando en ello como un hombre agudo que llamado a deponer ante un tribunal no temerá entrar en detalles aparentemente desfavorables pero que por eso mismo tienen más naturalidad y menos vulgaridad que las protestas convencionales de un acusado teatral. Con la misma libertad, siempre entre Doncières-Oeste y Sain-Martin-du-Chêne—o lo contrario al regreso— el señor de Charlus hablaba a menudo de

gente que según parece tienen muy extrañas costumbres y hasta agregaba: “—Después de todo, digo extrañas y no sé por qué, porque eso no tiene nada de extraordinario”, para señalarse a sí mismo qué cómodo estaba con su público. Y lo estaban efectivamente a condición de que él tuviese la iniciativa de las operaciones y que supiese que la tertulia estaba muda y sonriente, desarmada por la credulidad o la buena educación.

Cuando el señor de Charlus no hablaba de su admiración por la belleza de Morel, como si no tuviese ninguna relación con una afición —llamado vicio— se ocupaba de ese vicio como si no fuese de ningún modo el suyo. A veces ni siquiera vacilaba en llamarlo por su nombre. Y como después de haber mirado la hermosa encuadernación de su Balzac, le preguntaba qué prefería de la *Comedia humana*, me contestó dirigiendo su pensamiento a una idea fija: “—Todo lo uno o todo lo otro las pequeñas miniaturas como *El Cura de Tours* o *La Mujer Abandonada* o los grandes frescos como la serie de las *Ilusiones Perdidas*. ¿Cómo? ¿No conoce las *Ilusiones Perdidas*? Es tan hermoso. El momento en que Carlos Herrera pregunta el nombre del castillo frente al cual pasa su calesa; es Rastignac, la vivienda del joven que antes amó. Y el abate cae en un ensueño que Swann llamaba, lo cual era muy ingenioso, la *Tristeza de Olimpio* de la pederastia. ¡Y la muerte de Luciano! No recuerdo ya qué hombre de buen gusto a quien le preguntaba qué acontecimiento lo había afligido más en su vida había tenido esta respuesta: “La muerte de Luciano de Rubempré en *Esplendores y Miserias*”. “—Sé que Balzac se lleva mucho este año, como el pesimismo el año pasado —interrumpió Brichot—. Pero a riesgo de entristecer las almas en mal de deferencia

balzaciana, sin pretender, Dios me condene, el papel de vigilante de la literatura y levantar sumario por faltas de gramática, le confieso que el copioso improvisador cuyas temibles lucubraciones me parece que está usted encareciendo singularmente siempre fue para mí un escriba insuficientemente minucioso. He leído esas *Ilusiones Perdidas* de que nos habla barón, torturándome para alcanzar un fervor de iniciado y le confieso con toda sencillez de alma, que esas novelas-folletines redactadas en *pathos*, en galimatías doble o triple: (*Esther feliz*, *Adónde llevan los malos caminos*, *Cuánto les cuesta el amor a los ancianos*) siempre me hicieron el efecto de los misterios de Rocambole promovidos por favor inexplicable a la situación precaria de obras maestras”. “—Usted dice eso porque no conoce la vida”, dijo el barón doblemente fastidiado porque advertía que Brichot no comprendía ni sus motivos de artista ni los otros. “—Ya entiendo —contestó Brichot—; usted quiere decir, como Maese Francisco Rabelais, que soy abundantemente sorbonagre, sorbonícola y sorboniforme.⁴⁵ Sin embargo, tanto como a los compañeros me gusta que un libro me produzca sensación de sinceridad y de vida; no soy uno de esos intelectuales...” “—El cuarto de hora de Rabelais, interrumpió el doctor Cottard, con una expresión ya no de duda, sino de ingeniosa seguridad. —Quienes hacen voto de literatura siguiendo la regla de l’Abbaye-aux-Bois, en la obediencia del señor vizconde de Châteaubriand, gran maestro de lo ficticio, según la regla estricta de los humanistas. El señor vizconde de Châteaubriand...”. “—¿Châteaubriand con papas?”, interrumpió el doctor Cottard. “—Él es el patrón de la cofradía” continuó Brichot sin señalar la broma del doctor, quien, en cambio, alarmado por la frase del

universitario, miró con inquietud al señor de Charlus. Brichot le había parecido carecer de tacto a Cottard, cuyo retruécano trajera una fina sonrisa a los labios de la princesa Sherbatoff. “—Con el profesor, la ironía mordaz del perfecto escéptico nunca pierde sus derechos”, dijo por amabilidad y para indicar, que la “frase” del médico no le había pasado inadvertida. “—El sabio es forzosamente escéptico”, contestó el doctor. “—¿Qué sé yo? ãðùèé óááððïð decía Sócrates. Es muy exacto; el exceso es un defecto para todo. Pero me pongo verde cuando pienso que eso bastó para que perdurara el nombre de Sócrates hasta nuestros días. ¿Qué hay en esa filosofía? En resumen, poca cosa. Cuando uno piensa que Charcot y otros han hecho trabajos mil veces más notables y que se apoyan por lo menos en algo, sobre la supresión del reflejo pupilar, como síndrome de la parálisis general, y que están casi olvidados. En suma, Sócrates no es nada extraordinario. Era gente que no tenía nada que hacer, y se pasaba todo el día paseando y discutiendo. Es como Jesús: “Amaos los unos a los otros”; muy bonito”. “—¡Amigo mío!”, rogó la señora de Cottard. “—Naturalmente, mi mujer protesta: son todas unas neuróticas”. “—Pero mi doctorcito: no soy neurótica”, murmuró la señora de Cottard. “—¿Cómo? ¿No es neurótica, y cuando su hijo está enfermo, presenta fenómenos de insomnio? Pero en fin, reconozco que Sócrates y lo demás son necesarios para una cultura superior y para tener talentos de exposición. Siempre les cito el ãðùèé óááððïð a mis discípulos para el primer curso. El padre Bouchard, que lo supo, me felicitó”. “—No es que exija la forma por la forma del mismo modo que no atesoraría en poesía la rima millonaria —repuso Brichot—. Pero sin embargo, la *Comedia Humana* —muy

poco humana— es, por el contrario, una de esas obras en que el arte sobrepasa al fondo, como dice ese divertido canalla de Ovidio. Y puede permitirse preferir un sendero a media costa que conduce al curato de Meudon o a la Ermita de Ferney, a igual distancia del valle de los Lobos, donde René cumplía soberbiamente los deberes de un pontificado sin mansedumbre, y las Jardie, donde Honorato de Balzac, azuzado por los oficiales de justicia no dejaba de cacografiar para una polaca, como abnegado apóstol de la jerigonza”. “—Châteaubriand está mucho más vivo de lo que usted dice, y Balzac, a pesar de todo, es un gran escritor—contestó el señor de Charlus, todavía demasiado impregnado por el gusto de Swann, para no sentirse irritado por Brichot—, y Balzac conoció hasta esas pasiones que todos ignoran o no estudian más que para escarnecerlas. Sin volver a hablar de las inmortales *Ilusiones Perdidas*, *Sarrazine*, *La muchacha de los ojos de oro*, *Una pasión en el desierto* y hasta la bastante enigmática *Querida amarilla*, vienen en apoyo de lo que digo. Cuando le hablaba a Swann de ese aspecto “fuera de la naturaleza” de Balzac, me decía: “—Usted opina como Taine”. No tenía el honor de conocer al señor Taine—agregó el señor de Charlus con esa costumbre irritante del “señor” inútil que tiene la gente de mundo, como si creyeran cuando llaman “señor” a un gran escritor, que le están haciendo un honor, suponen que conservan las distancias y hacen saber que no lo conocen—. No lo conocía al señor Taine; pero me sentía muy honrado de tener su misma opinión”. Por otra parte, a pesar de esas ridículas costumbres sociales, el señor de Charlus era muy inteligente, y es probable que si algún antiguo casamiento produjera cierto parentesco entre su familia y la de Balzac, hubiese experimentado (no menos que Balsac,

por otra parte) una satisfacción de la que no hubiera dejado de engreírse, sin embargo, como de una prueba de admirable condescendencia.

A veces, en la estación subsiguiente a Saint-Martin-du-Chêne, subían al tren algunos jóvenes. El señor de Charlus no podía dejar de mirarlos, pero como abreviaba y disimulaba la atención que les prestaba, parecía ocultar un secreto, más particular que el verdadero; parecía conocerlos lo dejaba aparentar a pesar de sí mismo después de haber aceptado su sacrificio, antes de volver con nosotros, como lo hacen esos niños a quienes como consecuencia de un disgusto entre sus padres les han prohibido saludar a sus compañeros, pero que al encontrarse no pueden privarse de levantar la cabeza, antes de caer bajo la férula de su preceptor.

Cuando al hablar de Balzac el señor de Charlus pronunciara una frase sacada del griego, luego de aludir a la *Tristeza de Olimpio*, en *Esplendores y Miserias*, Ski. Brichot y Cottard se habían mirado con una sonrisa quizás menos irónica que señalada por la satisfacción que experimentarían unos invitados que consiguieran hacer hablar a Dreyfus de su propio asunto o a la Emperatriz de su reinado. Calculaban llevarlo un poco a ese tema, pero ya estábamos en Doncières, donde se nos reunía Morel. Delante de él, el señor de Charlus vigilaba cuidadosamente su conversación, y cuando Ski quiso retrotraerlo al amor de Carlos Herrera por Luciano de Rubempré, el barón se puso misterioso y como contrariado, y finalmente, severo y justiciero (al ver que no le hacían caso), como un padre que oye decir indecencias delante de su hija. Como Ski había puesto cierto encarnizamiento en proseguir, el señor de Charlus, con los ojos fuera

de las órbitas y levantando la voz dijo con un tono significativo y señalando a Albertina, que sin embargo, no podía oírnos, ocupada en conversar con la señora de Cottard y la princesa de Sherbatoff, y con el tono de doble sentido que toma alguien que quiere darle una lección a gente mal educada: “—Creo que ya sería tiempo de hablar de cosas que puedan interesar a esa joven”. Pero yo comprendí perfectamente que para él, la joven no era Albertina, sino Morel; demostró, por otra parte, más tarde, la exactitud de mi interpretación con las expresiones que utilizó al pedir que no se mantuviesen más esas conversaciones delante de Morel. “—Usted sabe —me dijo— al hablar del violinista, que no es en lo más mínimo lo que podrían ustedes creer; es un muchacho muy honrado, que siempre ha seguido siendo juicioso y muy serio”. Y uno advertía con esas palabras, que el señor de Charlus consideraba la inversión sexual, como un peligro tan amenazador para los jóvenes como la prostitución para las mujeres, y que si utilizaba el epíteto “serio” para Morel, era en el sentido que toma al serle aplicado a una obrerita. Entonces Brichot, para cambiar la conversación, me preguntó si pensaba quedarme mucho tiempo en Incarville. Por más que le hubiera hecho observar varias veces que habitaba Balbec y no Incarville, volvía a incurrir en su error, porque es con el nombre de Incarville o de Balbec-Incarville que designaba a esa parte del litoral. Cuando cierta señora del barrio de Saint-Germain quería hablar de la duquesa de Guermantes, me preguntaba siempre si hacía mucho que no había visto a Zenaida o a Oriana-Zenaida, por lo que yo no entendía en el primer momento. Posiblemente debió existir una parienta de la señora de Guermantes que como se llamaba Oriana conocieran por Oriana-Zenaida para

evitar las confusiones. Quizás hubiese existido antes sólo una estación en Incarville y de ahí pudiera irse en coche a Balbec. “—¿De qué hablaban, pues?”, dijo Albertina, asombrada del tono solemne de padre de familia que acababa de usurpar el señor de Charlus. “—De Balzac —se apresuró a contestar el barón—, y tiene usted esta noche precisamente el atuendo de la princesa de Cadignan, no el primero, el de la comida, sino el segundo”. Este hallazgo provenía de que para elegirle los vestidos a Albertina me inspiraba yo en el gusto que se había formado ella gracias a Elstir, quien apreciaba mucho una sobriedad que podía haberse llamado británica, si no se le agregara más dulzura y flexibilidad francesas. Muy a menudo los vestidos que prefería ofrecían a las miradas una armoniosa combinación de tonos grises como los de Diana de Cadignan. Nadie como el señor de Charlus para apreciar en su verdadero valor los vestidos de Albertina; enseguida sus ojos descubrían lo que constituía su rareza y su precio; nunca hubiera confundido el nombre de un tejido y reconocía a los modistas. Sólo que le gustaba —en cuanto a las mujeres— un poco más de brillo y de color de lo que toleraba Elstir. Por eso me lanzó esa noche una mirada mitad sonrisa, mitad inquieta, inclinando su pequeña nariz rosada de gata. En efecto, cruzada sobre su falda de *crépe de chive gris*, su chaqueta de *cheviot gris* permitía creer que Albertina estaba totalmente vestida de gris. Pero al hacerme señas de que la ayudara debido a sus mangas abullonadas, para ponerse o quitarse la chaqueta, se la quitó, y como sus mangas eran escocesas y con un tono muy suave, rosa, celeste, verdoso y tornasolado, pareció que se había formado un arco iris en el cielo gris. Y se preguntaba si eso iría a gustarle al señor de Charlus. “—¡Ah! —exclamó éste encantado—,

he aquí un rayo de luz, un prisma de color. La felicito”. “—Sólo el señor tiene algún mérito”, contestó gentilmente Albertina, señalándome porque le gustaba indicar lo que provenía de mí. “—Sólo las mujeres que no saben vestirse temen el color —repuso el señor de Charlus—. Puede uno ser brillante sin vulgaridad y dulce sin ser desabrida. Por otra parte, no tiene usted los mismos motivos que la señora de Cadignan, para aparentar desprenderse de la vida, porque esa era la idea que quería inspirarle a d’Arthez con su vestido gris”. Albertina, a la que interesaba ese lenguaje mudo de los vestidos, le formuló preguntas al señor de Charlus acerca de la princesa de Cadignan. “—¡Oh!, es una novela exquisita —dijo el barón ensoñadoramente—. Conozco el jardincillo donde se paseó Diana de Cadignan con el señor d’Espard. Es el de una de mis primas”. “—Todas esas cosas del jardín de su prima —murmuró Brichot a Cottard— podrán tener valor, lo mismo que su genealogía para ese excelente barón. Pero, ¿qué interés tienen para nosotros, que no tenemos el privilegio de pasearnos en él, no conocemos a esa dama y no poseemos títulos de nobleza?”. Porque Brichot no sospechaba que uno pudiese interesarse en un vestido o en un jardín, como en una obra de arte, y que como en Balzac, el señor de Charlus volvía a ver los pequeños senderos de la señora de Cadignan. El barón prosiguió: “—Pero usted la conoce —me dijo, al hablar de esa prima y para halagarme como alguien que, para el señor de Charlus, aunque exilado en el pequeño clan, si no pertenecía a su mundo, por lo menos lo frecuentaba. De cualquier modo debe haberla visto en lo de la señora de Villeparisis”. “—¿La marquesa de Villeparisis, a la que pertenece el castillo de Baucreux”, preguntó Brichot con aspecto

cautivado. “—Sí; ¿la conoce usted?”, preguntó secamente el señor de Charlus. “—De ningún modo —contestó Brichot—, pero nuestro colega Norpois pasa todos los años parte de sus vacaciones en Baucieux. He tenido oportunidad de escribirle ahí”. Le dije a Morel, pensando interesarle, que el señor de Norpois era amigo de mi padre. Pero ni un solo movimiento de su rostro demostró que hubiese oído; a tal punto suponía que mis padres eran gente de poca monta y que no andaban muy lejos de lo que había sido mi tío abuelo, en cuya casa su padre fuera mucamo, y que, por otra parte, contrariamente al resto de la familia, como le gustaba hacer muchos aspavientos, había dejado un recuerdo deslumbrador a sus sirvientes.

“—Según parece, la señora de Villeparisis es una mujer superior, pero nunca he sido admitido, a juzgar por mí mismo, yo, por otra parte, lo mismo que mis colegas. Porque Norpois, que además está lleno de cortesía y afecto en el Instituto, no presentó ninguno de nosotros a la marquesa. El único que fue recibido por ella es nuestro amigo Thureau-Dangin, que tenía con ella una antigua vinculación de familia y también Gastón Boissier, que ella deseó conocer a raíz de un estudio que le interesaba particularmente. Cenó una vez en su casa y se quedó bajo su embrujo. Todavía no la invitaron a la señora de Boissier”. Al oír esos nombres, Morel sonrió enternecido: “—¡Ah! Thureau-Dangin —me dijo con una expresión casi tan interesada como indiferente se había mostrado al oír hablar del marqués de Norpois y de mi padre—. Thureau-Dangin y su tío eran un buen par de amigos. Cuando una señora deseaba una localidad bien ubicada para una recepción en la Academia, su tío decía: “—Le escribiré a Thureau-Dagin”. Y naturalmente, la localidad llegaba, porque usted

comprende que el señor Thureau-Dangin no se hubiese atrevido a rehusarle nada a su tío, que podía esperarlo en un recodo. También me divierte oír el nombre de Boissier, porque en esa casa su tío abuelo encargaba todas las compras para las señoras a fin de año. Lo sé porque conozco a la persona que se encargaba del asunto”. Algo más que conocerla porque era su padre. Algunas de las afectuosas alusiones de Morel en recuerdo de mi tío se vinculaban al hecho de que no pensábamos quedarnos siempre en la casa de Guermantes a la que no habíamos ido a alojarnos más que por mi abuela. Se hablaba a veces de una posible mudanza. Y para comprender los consejos que a ese respecto me daba Carlos Morel, hay que saber que antes mi tío abuelo vivía en el bulevar Malesherbes, número 40 bis. De lo que había resultado que en la familia —ya que frecuentábamos mucho la casa de mi tío Adolfo hasta el día fatal en que disgusté a mis padres al contar la historia de la señora de rosa—, en lugar de decir en “casa de su tío”, decían “en el 40 bis”. Las primas de mamá le decían con la mayor naturalidad: “—¡Ah!, el domingo no podremos vernos, porque comen ustedes en el 40 bis”.

Si yo iba a visitar a una parienta, me recomendaban ir primero al “40 bis” para que no se ofendiera mi tío si no empezaba con él. Era dueño de la casa y se mostraba muy exigente, a decir verdad, con la elección de los inquilinos que eran todos amigos o se iban haciendo. El coronel barón de Vatry iba a fumar todos los días con él un cigarro, para conseguir más fácilmente las reparaciones. La puerta cochera estaba siempre cerrada. Si mi tío advertía ropa en alguna ventana o una alfombra, se enfurecía y las hacía quitar más rápidamente que un policía en la actualidad. Pero en fin, no por eso dejaba de alquilar

parte de la casa, ya que sólo conservaba para sí dos pisos y la cuadra. A pesar de eso, sabiendo que le causaba placer la buena conservación de la casa, como si mi tío hubiera sido su único ocupante, celebraban el confort del *petit hotel* y él callaba sin oponer el desmentido formal que hubiera debido. El *petit hotel* era confortable con toda seguridad (mi tío le introducía todos los inventos de la época). Pero no tenía nada extraordinario únicamente mi tío, a pesar de decir con falsa modestia mi pequeño cuchitril, estaba convencido o de cualquier manera le había inculcado a su mucamo, a la mujer de éste, al cochero y a la cocinera, la idea de que en París no existía nada que se pudiera comparar al *petit hotel* en materia de confort, lujo y agrado. Carlos Morel había crecido con esa fe. Y la había conservado. Por eso, aun en los días en que no me conversaba, si en el tren yo hablaba con alguien de la posibilidad de una mudanza, enseguida me sonreía y guiñándome el ojo con expresión de entendido, me decía: “—¡Ah!, lo que usted necesitaría es algo así como el 40 bis. Ahí sí que estaría bien. Hay que decir que su tío sabía de estas cosas. Estoy seguro de que en todo París no hay nada que pueda compararse al 40 bis”.

Debido a la expresión melancólica que tomó el señor de Charlus al hablar de la princesa de Cadignan, yo me imaginé que esa novela no lo hacía pensar solamente en el jardincillo de una prima bastante indiferente. Cayó en un profundo ensueño y como si se hablara a sí mismo: “—Los secretos de la princesa de Cadignan —exclamó—, ¡qué obra maestra, qué profundo es y qué dolorosa esa mala fama de Diana que teme tanto que llegue a saberlo el hombre que ama! ¡Qué verdad eterna y más general de lo que parece, qué lejos llega eso!”. El señor de Charlus pronunció esas palabras con

una tristeza que, sin embargo, se advertía no dejaba de tener su encanto para él. Es verdad que el señor de Charlus, que no sabía exactamente hasta qué punto eran conocidas sus costumbres, temía desde hacía algún tiempo, que una vez que volviese a París y lo vieran con Morel, que interviniese la familia de éste y quedara de ese modo comprometida su felicidad. Hasta el momento esta eventualidad no se le había aparecido quizás más que como algo profundamente desagradable y penoso. Pero el barón era muy artista. Y ahora que desde hacía un instante confundía su situación con la que describía Balzac, se refugiaba en cierto modo dentro de la novela y ante el infortunio que tal vez lo amenazaba y en todo caso no dejaba de espantarlo, tenía este consuelo, el de encontrar en su propia ansiedad lo que Swann y también Saint-Loup hubiesen designado como algo muy “balzaciano”. Esta identificación con la princesa de Cadignan le había resultado fácil al señor de Charlus, gracias a la transposición mental que le era corriente y de la que ya había dado varios ejemplos. Bastaba, por otra parte, para que el solo reemplazo de la mujer, como objeto amado, por un joven, desencadenase enseguida a su alrededor todo el proceso de complicaciones sociales que se desenvuelven habitualmente en torno a un amorío. Cuando, por cualquier motivo, se introduce de una vez por todas, mi Cambio en el calendario o en los horarios, si se hace iniciar el año algunas semanas más tarde o se hacen dar las doce de la noche un cuarto de hora antes, como los días seguirán teniendo veinticuatro horas y los meses treinta días, todo lo que provenga de la medida del tiempo seguirá igual. Todo puede haberse cambiado sin traer ninguna perturbación, ya que las relaciones entre las cifras son siempre las mismas. Así sucede con las

vidas que adoptan la “hora de Europa Central” o los calendarios orientales. Hasta me parece que el amor propio que uno pone en mantener a una actriz desempeñaba un papel en estos amoríos. Cuando el señor de Charlus se había enterado de lo que era Morel desde el primer día, supo ciertamente que su origen era humilde, pero la mujer liviana que queremos no pierde su prestigio para nosotros cuando es hija de gente pobre. En cambio, los músicos conocidos a los que había hecho escribir —ni siquiera por interés como aquellos amigos que al presentarle Swann a Odette, se la habían descrito como más exigente y más requerida de lo que era por simple banalidad de hombre conocido que encarece a un debutante, le habían contestado al barón: “—¡Ah!, gran talento, excelente situación, y ya que, naturalmente, se trata de un joven, muy apreciado por los entendidos, hará su camino”. Y por la manía de la gente que habla de la belleza masculina e ignora la inversión: “—Y además da gusto verlo tocar; luce como nadie en un concierto; tiene hermosos cabellos y actitudes distinguidas; su cabeza es encantadora y parece un violinista de retrato”. Por eso, el señor de Charlus, sobreexcitado, además, por Morel, que no le ocultaba cuantas proposiciones se le hacían, estaba orgulloso de traerlo consigo y edificarle un palomar al que volviese a menudo. Porque el resto del tiempo quería que fuera libre, lo que era necesario debido a su carrera que el señor de Charlus deseaba que Morel continuara, por más dinero que tuviese que darle, ya fuera por esa idea muy propia de los Guermantes, de que un hombre debe hacer algo que uno no vale sino por su talento y que la nobleza y el dinero sólo son el cero que multiplica un valor, ya porque temiese que el violinista se aburriera al estar ocioso y siempre con él. En fin,

no quería privarse del placer que tenía al decirse en ciertos grandes conciertos: “—El que aclaman en este momento estará conmigo esta noche”. Cuando la gente elegante está enamorada de cualquier manera, pone su vanidad en aquello que puede destruir las ventajas anteriores en que su vanidad pudo haber hallado satisfacción.

Como Morel me advertía carente de maldad hacia él, sinceramente afecto al señor de Charlus y por otra parte de una absoluta indiferencia física frente a ambos, acabó por manifestarme los mismos sentimientos de calurosa simpatía de una cocotte que sabe que uno no la desea, es amigo sincero de su amante y no tratará de disgustarlos. No sólo me hablaba como lo hacía otrora Raquel, la querida de Saint-Loup, sino que de acuerdo a lo que me repetía el señor de Charlus, le decía en mi ausencia las mismas cosas que las que de mí le decía Raquel a Roberto. En fin, el señor de Charlus me decía: “—Lo quiere mucho”, como Roberto: “—Te quiere mucho”. Y como el sobrino de parte de su querida, el tío me pedía a menudo, de parte de Morel, que fuera a cenar con ellos. Por otra parte, no había menos tormentas entre ellos que entre Roberto y Raquel. Es cierto que cuando Charlie (Morel) se había ido, el señor de Charlus no agotaba sus elogios repitiendo, lo que lo halagaba, que el violinista era muy bueno con él. Pero era visible, sin embargo, que Charlie parecía irritado a menudo, aun delante de los fieles, en lugar de parecer siempre feliz y sometido como lo deseara el barón. Esta irritación llegó incluso más tarde, debido a la debilidad que le hacía perdonar al señor de Charlus las actitudes inconvenientes de Morel, hasta el punto de que el violinista no trataba de ocultarlas y aun lo afectaba. He visto al señor de Charlus entrar a un vagón en el que estaba Charlie

con algunos amigos militares y ser recibido por el músico alzando los hombres y guiñando los ojos a sus compañeros. O si no hacía como que dormía, como alguien a quien esta llegada aburre sobremanera. O se ponía a toser; los otros se reían y simulaban, para burlarse, el vocabulario amanerado de los hombres similares al señor de Charlus; y se llevaban a un rincón a Charlie, que finalmente volvía, como si lo obligaran, hacia el señor de Charlus, cuyo corazón se veía dolido por todas esas ocurrencias. Es inconcebible que las soportara; y estas formas cada vez diferentes de sufrimiento, planteaban de nuevo el problema de la felicidad para el señor de Charlus y lo obligaban no sólo a pedir más, sino a desear otra cosa, ya que la combinación anterior se hallaba viciada por un recuerdo horrible. Y sin embargo, por penosas que luego fueran esas escenas, hay que reconocer que en los primeros tiempos, el genio del hombre del pueblo francés dibujaba para Morel; le hacía revestir encantadoras formas de sencillez, de aparente franqueza y hasta de una altivez independiente, que parecía inspirada por el desinterés. Eso era falso, pero la ventaja de la actitud estaba tanto más a favor de Morel cuanto que mientras quien ama se ve obligado a volver siempre a la carga e insistir sobrepujando, le es por el contrario, fácil al que no ama, seguir una línea recta, inflexible y graciosa. Existía por el privilegio de la raza en el rostro tan abierto de ese Morel de tan cerrado corazón, ese rostro adornado por la gracia neohelénica que florece en las basílicas de la Champagne. A pesar de su altivez ficticia al percibir a menudo al señor de Charlus en un momento inesperado, se sentía molesto frente al pequeño clan, se ruborizaba y bajaba los ojos con gran deleite del barón, que veía en ello toda una novela. Era sencillamente una prueba

de irritación y vergüenza. La primera se expresaba a veces; porque por tranquila y enérgicamente decente que fuese de costumbre la actitud de Morel, no por eso dejaba de desmentirse a menudo. A veces hasta llegaba a estallar por parte de Morel y ante alguna palabra del barón, en una réplica insolente, cuyo tono cortante chocaba a todos. El señor de Charlus bajaba la cabeza, tristemente, nada contestaba, y con la facultad de creer que no se ha advertido la frialdad y la dureza de sus hijos propia de los padres idólatras, no por ello dejaba de entonar las alabanzas del violinista. El señor de Charlus no siempre era, por otra parte, tan sumiso, pero sus rebeldías no alcanzaban generalmente su objeto, sobre todo porque había vivido con gente de mundo y en el cálculo de las reacciones que podía despertar, tenía en cuenta la bajeza, ya que no original, por lo menos adquirida por la educación. Y en cambio, en ese lugar encontraba en Morel alguna veleidad plebeya de momentánea indiferencia. Desgraciadamente para el señor de Charlus no entendía que en Morel todo cedía ante las cuestiones en que el Conservatorio (y la buena reputación en el Conservatorio, pero esto que era más grave no se planteaba por el momento) entraba en juego. Así, por ejemplo, los burgueses cambian fácilmente su nombre por vanidad y los grandes señores por ventaja. Para el joven violinista, al contrario, el nombre de Morel estaba indisolublemente vinculado a su primer premio de violín, por lo tanto imposible de modificar. El señor de Charlus hubiese querido que Morel lo tuviese todo suyo, hasta su nombre. Como advirtiera que el nombre de Morel era Carlos que se parecía a Charlus y que la propiedad en donde se reunían se llamaba los Encantos,⁴⁶ quiso convencer a Morel de que como un nombre

hermoso y grato de pronunciar es la mitad de una reputación artística, el virtuoso sin vacilar debía adoptar el nombre de Charmel, alusión discreta al lugar de sus entrevistas. Morel alzó los hombros. Como último argumento, el señor de Charlus tuvo la malhadada idea de agregar que un mucamo suyo se había llamado así. No hizo sino excitar la furiosa indignación del joven. “—Hubo un tiempo en que mis antepasados se enorgullecían de su título de mucamos y maestresalas del rey. Hubo otro —contestó altivamente Morel— en que mis antepasados le cortaron el cuello a los suyos”.

El señor de Charlus se hubiese asombrado de haber podido suponer que a falta de “Charmel”, resignado a adoptarlo a Morel y a brindarle unos de los títulos de la familia de Guermantes de que disponía, pero que como se verá las circunstancias no le permitieron ofrecer al violinista éste rehusara pensando en la fama artística vinculada a su nombre de Morel y los comentarios que pudiesen tener lugar en la “clase”. A tal punto colocaba a la calle Bergère por encima del barrio de Saint-Germain. El señor de Charlus no tuvo otro remedio que conformarse momentáneamente mandando hacer a Morel unos anillos simbólicos con la antigua inscripción: Plvs Vltra Carol S. Ciertamente, ante un adversario de una calidad desconocida, el señor de Charlus debió cambiar su táctica. Pero, ¿quién es capaz de ello? Por otra parte, si el señor de Charlus cometía torpezas, Morel no dejaba también de cometerlas. Aún más que la circunstancia que provocó la ruptura, lo que debía provisionalmente perderlo (pero ese provisorio resultó ser definitivo) con el señor de Charlus, es que en él no sólo había esa bajeza que lo aplanaba ante la severidad y le hacía contestar con insolencia a la dulzura. Paralela con esa baja

naturaleza tenía una neurastenia complicada de mala educación que se despertaba en todas las oportunidades en que estaba en falta o estaba a cargo; y en el mismo momento en que necesitara toda su gentileza, toda su dulzura y toda su alegría para desarmarlo al barón, se ponía sombrío, agresivo, trataba de iniciar discusiones cuando sabía que no estaban de acuerdo con él y defendía su punto de vista hostil con una debilidad de argumentos y una violencia cortante que aumentaba esa misma debilidad. Porque carente muy pronto de argumentos, los inventaba a pesar de todo, con lo que desplegaba en toda su amplitud su ignorancia y su torpeza. Eran apenas visibles cuando era amable y sólo trataba de complacer. Al contrario, era lo único que se le veía, en esos ataques de humor sombrío en que de inofensivas se hacían odiosas. Entonces el señor de Charlus se sentía harto y no ponía su esperanza sino en un mañana mejor mientras que Morel se olvidaba de que el barón lo hacía vivir fastuosamente, tenía una sonrisa de compasión superior y decía: “—Nunca le acepté nada a nadie. Por eso no existe nadie a quien le deba un solo agradecimiento”.

Mientras tanto y como si tuviera que habérselas con un hombre de mundo, el señor de Charlus continuaba ejerciendo sus cóleras, verdaderas o fingidas, pero ya inútiles. Sin embargo, no siempre lo eran. Así un día (que por otra parte se ubica después de este primer período), en que volvía el barón con Charlie y conmigo de un almuerzo en casa de los Verdurin, creyendo que pasaba el fin de la tarde y la noche con el violinista en Doncières, la despedida de éste al salir del tren y contestarle: “—No; tengo que hacer”, le causó al señor de Charlus una desilusión tan fuerte, que aunque quisiera

hacer de tripas corazón, vi que las lágrimas disolvían el cosmético de sus pestañas, mientras se quedaba estupefacto frente al tren. Tal fue ese dolor, que como habíamos proyectado ella y yo terminar el día en Doncières, le dije a Albertina al oído, que me gustaría no dejarlo solo al señor de Charlus, que me parecía, no sabía por qué, muy apesadumbrado. La querida pequeña aceptó de buen grado. Le pregunté entonces al señor de Charlus si no quería que lo acompañase un poco. Él también aceptó, pero se negó a molestar para ello a mi prima. Me pareció que tenía cierta dulzura (y sin duda, por última vez ya que estaba resuelto a romper con ella) ordenarle suavemente como si hubiera sido mi mujer: “—Vuelve sola; te encontraré esta noche”, y oírla como lo hubiera hecho una esposa, autorizándome para hacer lo que quisiera y aprobarme, si me necesitaba el señor de Charlus, al que quería mucho, que me pusiera a su disposición. Nos fuimos el barón y yo; él contoneando su cuerpo voluminoso, con sus ojos entornados de jesuita, y yo siguiéndolo hasta un café donde nos sirvieron cerveza. Yo sentí que los ojos del señor de Charlus estaban fijos por la inquietud en algún proyecto. De pronto pidió papel y tinta y se puso a escribir con una rapidez singular. Mientras cubría hoja tras hoja, sus ojos relucían con un rabioso ensueño. Cuando hubo escrito ocho páginas: “—¿Puedo pedirle un gran favor?, me dijo. Discúlpeme si cierro esta carta. Pero es necesario. Va a tomar usted un coche, un auto si puede, para ir más ligero. Lo encontrará seguramente a Morel en el cuarto donde fue a mudarse. ¡Pobre muchacho!, se ha querido hacer el fanfarrón en el momento de dejarnos, pero puedo asegurarle que está más conmovido que yo. Usted le entregará estas líneas y si le pregunta dónde me ha visto, le

dirá que se había detenido en Doncières (lo que, por otra parte, es verdad), para verlo a Roberto, lo que quizás no lo sea, pero que me encontró con un desconocido; que parecía muy encolerizado; que creyó sorprender las palabras mandar los testigos (en efecto, mariana tengo un duelo). Sobre todo no le diga que yo lo solicito, no trate de traerlo con usted, pero si quiere acompañarlo, no se lo impida. Vaya, hijo; es por su bien: usted puede evitar un drama. Mientras esté afuera, le escribiré a mis testigos. Le impedí pasearse con su prima. Supongo que ella no me guardará rencor y hasta lo creo. Porque es un alma noble y sé que es una de esas mujeres que saben no rechazar la grandeza de las circunstancias. Tendrá que agradecerle en mi nombre. Le soy acreedor personalmente y me complace que así sea”. Tenía mucha piedad del señor de Charlus; me parecía que Charlie pudo haber impedido ese duelo del que quizás era la causa y me rebelaba, si así era, que hubiese partido con tanta indiferencia en lugar de asistir a su protector. Mi indignación fue más grande cuando al llegar a la casa donde vivía Morel, reconocí la voz del violinista, quien por necesidad de difundir su alegría, cantaba a voz en cuello: “—El sábado por la noche después del trabajo”. Si lo hubiese oído el pobre señor de Charlus, él que quería que creyesen y que creía sin duda que en este momento Morel estaba apenado. Al verme Charlie se puso a bailar de contento. “—¡Oh, viejo! (perdóneme que lo llame en esta forma; ¡esta bendita vida militar le hace adquirir unas costumbres a uno!), ¡qué suerte verlo! No tengo nada que hacer esta noche. Se lo ruego, pasémosla juntos. Nos quedaremos aquí si le gusta; pasaremos en bote, si lo prefiere”. Le dije que debía ir a Balbec; tenía bastantes ganas que lo invitara, pero yo no quería.

“—Pero si está tan apurado, ¿para qué vino?” “—Le traigo una carta del señor de Charlus”. En ese momento desapareció toda su alegría; su rostro se contrajo. “—¡Cómo! Tiene que venir a perseguirme hasta aquí. Entonces soy un esclavo. Viejo, sea amable. No abro la carta. Usted le dirá que no me ha encontrado”. “—¿No haría mejor si la abriese?; me imagino que pasa algo grave”. “—Cien veces no; usted no conoce las mentiras y las astucias infernales de ese viejo pícaro. Es un truco para que vaya a verlo. Y bueno, no iré; quiero tranquilidad esta noche”. “—¿Pero no hay un duelo mañana?”, le pregunté a Morel, que suponía enterado también. “—¿Un duelo? —me dijo estupefacto—. No sé ni una palabra. Después de todo, me importa un comino; ese viejo asqueroso puede hacerse matar si le gusta. Pero mire, usted me intriga; veré su carta de cualquier manera. Usted le dirá que la dejó por si acaso volviera”. Mientras me hablaba Morel yo miraba con estupor los libros admirables que le había regalado el señor de Charlus y que llenaban su cuarto. Como el violinista había rechazado los que decían “Pertenezco al barón, etc...”, divisa que le parecía insultante por sí misma, como una señal de posesión, el barón, con la ingeniosidad sentimental en que se volcaba el amor desgraciado había variado otras, provenientes de sus antepasados, pero encargadas al encuadernador de acuerdo a las circunstancias de una amistad melancólica. A veces eran breves y confiadas como *Spes mea* o como *Expectata non eludet*. Sólo a veces resignada como “Esperaré”. Algunas galantes: *Mesmes plaisir du mestré*^{A7} o que aconsejaba la castidad como aquella de los Simiane, sembrada con torres de azul y flores de lis y apartada de todo sentido: *Sustendant lilia turres*. Otras, en fin, desesperadas y que daban cita en el cielo al

que no lo había querido en la tierra: *Manet ultima caelo* y (pareciéndole que estaban verdes las uvas que no pudo alcanzar), fingiendo que no había buscado lo que no había conseguido, el señor de Charlus decía en una: *Non mortale quod opto*. Pero no tuve tiempo de verlas todas. Si el señor de Charlus al echar esta carta sobre el papel había parecido presa del demonio de la inspiración que le hacía correr la pluma, en cuanto Morel abrió el sello: *Atavis et armis*, cargado con un leopardo acompañado por dos rosas sobre gules, se puso a leer con una fiebre tan grande como la que había tenido el señor de Charlus al escribir, y por esas páginas ennegrecidas a la buena de Dios, sus miradas corrían menos ligero que la pluma del barón. —¡Ah, Dios mío! —exclamó—, eso faltaba. ¿Pero dónde encontrarlo? Sabe Dios dónde está ahora”. Insinué que apresurándose quizás se le encontrara en una cervecería en la que había pedido cerveza para reponerse. “—No sé si volveré —le dijo a su casera, y agregó in *petto*—: eso dependerá del giro de los acontecimientos”. Algunos minutos después llegábamos al café. Noté el aspecto del señor de Charlus en el momento en que me advirtió. Al ver que no regresaba solo, sentí que le volvían la respiración y la vida. Como esa noche no estaba en humor de pasarla sin Morel, había inventado que según sus informes, dos oficiales del regimiento lo difamaran con respecto al violinista y que les iba a mandar los testigos. Morel previó el escándalo, su vida imposible en el cuartel, y había acudido. En lo que no procedió del todo mal. Porque para que su mentira fuese más verosímil, el señor de Charlus ya había escrito a dos amigos (uno era Cottard), pidiéndoles que fueran sus testigos. Y si no hubiera llegado el violinista es seguro que loco como estaba el señor de Charlus (y para cambiar en furor su

tristeza) se los hubiese mandado al azar a cualquier oficial con el que batirse le resultaría un alivio. Mientras tanto, el señor de Charlus, que recordaba que su raza era más pura que la casa de Francia, se decía que era demasiado bueno al hacerse tanta mala sangre por el hijo de un *maître*, cuyo amo no hubiese desdeñado frecuentar. Por otra parte, si sólo estaba a gusto en la frecuentación de la crápula, la profunda costumbre que ésta tiene de no contestar una carta, no asistir a una cita sin aviso y no disculparse luego, le daba, como si se tratase de amores, a menudo tantas emociones y el tiempo restante le causaba tanto fastidio, molestias y rabia, que llegaba hasta lamentar la multiplicidad de cartas por una insignificancia, la exactitud escrupulosa de príncipes y embajadores, los que si desgraciadamente le eran indiferentes, representaban a pesar de todo algo así como un descanso. Acostumbrado a los modales de Morel y sabiendo hasta qué punto ejercía sobre él una influencia escasa, era incapaz de insinuarse en una vida en la que ocupaban demasiado lugar y tiempo unas camaraderías vulgares pero consagradas por la costumbre, para que se reservase una hora al gran señor suplantado, orgulloso e inútilmente implorante. El señor de Charlus estaba tan convencido de que no llegaría el músico, temía tanto haberse disgustado para siempre con él, yendo demasiado lejos, que apenas reprimió un grito al verlo. Pero al sentirse vencedor, quiso dictar las condiciones de paz y sacar él mismo las ventajas que podía. “—¿Qué viene a hacer aquí?”, le dijo. “—¿Y usted? —agregó mirándome—; le había recomendado especialmente que no lo trajese”. “—No quería traerme —dijo Morel, echando hacia el señor de Charlus, en el candor de su coquetería, unas miradas convencionalmente tristes y lánguidamente pasadas de

moda, con un aspecto que sin duda estimaba irresistible de querer abrazarse al barón y de ganas de llorar—. Yo he venido a pesar de él. Vengo en nombre de nuestra amistad para suplicarle de rodillas que no cometa esa locura. El señor de Charlus deliraba de alegría. La reacción era fuerte para sus nervios; a pesar de ello los dominó. “—La amistad que invoca con bastante inoportunidad —contestó secamente— debía, por el contrario, hallar aprobación en usted, cuando no creo de mi deber dejar pasar las impertinencias de un tonto. Por otra parte, si quisiera obedecer las súplicas de un afecto que conocí mejor inspirado, ya no podría hacerlo las cartas para mis testigos ya han sido despachadas y no dudo de su aceptación. Usted siempre ha obrado conmigo como un pequeño imbécil, y si en lugar de enorgullecerse como tenía derecho por la preferencia que yo le había señalado, en lugar de hacerle comprender a la turba de ayudantes y sirvientes con que lo obliga a vivir la ley militar, qué motivo de incomparable orgullo era para usted una amistad como la mía, usted trató de disculparse, hasta transformar casi en un mérito estúpido el no ser lo suficientemente agradecido. Yo sé que en eso —agregó para no dejar traslucir hasta qué punto lo habían humillado ciertas escenas— usted no tiene otra culpa que haberse dejado conducir por los celos de los demás. Pero, ¿cómo a su edad es usted tan niño (y niño bastante mal educado) para no haber adivinado en seguida que el haberlo elegido yo y todas las ventajas que debían resultarle de ello, iban a despertar celos y que todos sus compañeros mientras lo excitaban para que se disgustase conmigo, tratarían de ocupar su lugar? No creí oportuno mostrarle las cartas que he recibido a ese respecto de todos aquellos en quien más confía. Desdeño tanto las iniciativas

de esos sirvientes como sus burlas inoperantes. La única persona de quien me preocupo, es usted, porque le tengo mucho afecto, pero el afecto tiene límites y debiera haberlo sospechado”. Por dura que pareciese la palabra “sirviente” a oídos de Morel, cuyo padre lo había sido, la explicación de todas las desventuras sociales por los “celos”, explicación simplista y absurda pero inusable y que en cierta clase “prende” siempre de un modo tan infalible como los trucos gastados para el público de los teatros o la amenaza del peligro clerical en las asambleas, encontraba en él un crédito casi tan fuerte como en Francisca o los sirvientes de la señora de Guermantes, para quienes eran la única causa de las desgracias de la humanidad. No dudó que sus compañeros hubiesen tratado de robarle su lugar y ese duelo calamitoso y por otra parte imaginario no tuvo por efecto sino hacerlo más desgraciado. “—¡Oh!, ¡qué desesperación!—exclamó Charlie—. No podré sobrevivir. ¿Pero no tendrán que verlo antes de encontrarse con ese oficial?”. “—No sé; supongo que sí. Le avisé a uno de ellos que me quedará aquí esta noche y le daré mis instrucciones”. “—Espero poder hacerlo entrar en razón hasta que llegue; permítame únicamente que me quede con usted”, le pidió tiernamente Morel. Era todo lo que quería el señor de Charlus. No cedió de primera intención. “—Se equivocaría usted si aplicara aquí el “porque te quiero te aporreo” del refrán, porque a usted es a quien quería y entiendo castigar, aun después de nuestro disgusto, a los que trataron cobardemente de perjudicarlo. Hasta entonces sólo he contestado sus insinuaciones inquisitivas, que se atrevían a preguntarme cómo un hombre de mi calidad podía vincularse con un gigoló de la suya, y salido de la nada, con la divisa de mis primos de La Rochefoucauld:

“Es mi placer”. Le he señalado incluso algunas veces que ese placer era susceptible de convertirse en mi mayor placer, sin que de su arbitraria elevación resultase que yo me humillara”. Y en un movimiento casi enloquecido de orgullo, exclamó levantando los brazos: “*Tantus ab uno splendor!* Condescender, no es descender —agregó con más tranquilidad, después de ese delirio de altivez y alegría—. Supongo por lo menos que mis dos adversarios, a pesar de su distinto rango, tendrán una sangre como para poder hacerla correr sin vergüenza. He tomado a ese respecto algunos informes que me han tranquilizado. Si usted conservara alguna gratitud por mí, debía enorgullecerlo por el contrario que por causa suya retorne al espíritu belicoso de mis antepasados, diciendo como ellos en caso de un desenlace fatal, ahora que he comprendido qué pequeño ganapán es usted: “La muerte me es vida”. Y el señor de Charlus lo decía sinceramente, no sólo por amor de Morel, sino porque una afición batalladora que creía heredada candorosamente de sus antepasados, le proporcionaba tanta alegría ante la idea de batirse, que hubiese lamentado ahora renunciar a ese duelo imaginado primero, sólo para que acudiese Morel. Nunca había tenido un asunto sin creerse enseguida valiente e identificado con el ilustre condestable de Guermantes, mientras que para cualquier otro ese mismo acto de ir al campo le parecía de la más reducida insignificancia. “—Creo que será muy hermoso —nos dijo sinceramente salmodiando cada término—. Ver a Sarah Bernhardt en el Aiglon, ¿qué es? Caca. ¿Mounet-Sully en *Edipo*? Caca. A lo sumo adquiere cierta palidez de transfiguración cuando la acción transcurre en las arenas de Nimes. Pero, ¿qué es al lado de esa cosa inaudita, ver pelear al mismísimo

descendiente del condestable?” Y ante ese solo pensamiento, no pudiendo contener su alegría, el señor de Charlus. se puso a parar unos contras en cuarta que recordaban a Molière, nos hicieron acercar prudentemente nuestros chops, temiendo que los primeros cruces de acero hiriesen a los adversarios, al médico y los testigos. “—¡Qué espectáculo tentador para un pintor! Usted que conoce al señor Elstir debiera traerlo”, me dijo. Le contesté que no estaba en la costa. El señor de Charlus me insinuó que se le podría telegrafiar. “—¡Oh!, lo digo en su beneficio —agregó ante mi silencio—. Siempre es interesante para un maestro —según mi opinión lo es— eternizar semejante ejemplo de resurrección étnica. Quizás no haya uno por siglo”.

Pero si el señor de Charlus se encantaba pensando en un combate que había creído ficticio al principio, Morel pensaba con terror en los chismes que podrían surgir de la “música” del cuartel, gracias al rumor de ese duelo que llegaría hasta el templo de la calle Bergère. Al imaginarse ya a la “clase” informada de todo, se hacía cada vez más apremiante con el señor de Charlus, quien seguía gesticulando ante la embriagadora idea de batirse. Suplicó al barón que le permitiera acompañarlo hasta el día siguiente, día supuesto del duelo, para vigilarlo y tratar de hacerle escuchar la voz de la razón.

Una propuesta tan tierna triunfó sobre las últimas vacilaciones del señor de Charlus. Dijo que trataría de encontrar una escapatoria y que haría postergar un día más su resolución definitiva. De esta manera, al no arreglar de golpe el asunto, el señor de Charlus sabía retenerlo a Charlie, dos días por lo menos, y aprovechaba para conseguir de él unos compromisos para el porvenir a cambio de su

renuncia al duelo, ejercicio decía él, que le encantaba por sí mismo, y del que no se privaría sin lamentarlo. Y en eso, por otra parte, era sincero, porque siempre le había gustado ir al terreno cuando se trataba de cruzar el acero o cambiar unas balas con un adversario. Cottard llegó por fin, aunque con mucho atraso, porque encantado de servir como testigo pero aún más conmovido, se había visto obligado a detenerse en todos los cafés y granjas del camino, pidiendo que le quisieran indicar por favor el “número 100” o el “excusado”. Tan pronto llegó, el barón lo llevó a un cuarto aislado, porque le parecía más reglamentario que ni Charlie ni yo asistiéramos a la entrevista, y era muy hábil, para darle a un cuarto cualquiera el uso provisorio de sala del trono o de los debates. Una vez a solas con Cottard se lo agradeció calurosamente, pero le declaró que parecía probable que los términos repetidos no habían sido dichos en realidad y que en esas condiciones, el médico tuviese a bien advertir al otro testigo que salvo posibles complicaciones, el incidente debía considerarse liquidado. Al alejarse el peligro, Cottard se desilusionó. Hasta por un instante quiso expresar su indignación, pero recordó que uno de sus maestros que había realizado la más hermosa carrera médica de su tiempo, al fracasar por sólo dos votos en la Academia, había hecho de tripas corazón y fue a darle la mano al competidor elegido. Por eso el médico evitó una expresión de despecho que ya no hubiera alterado nada, y después de haber murmurado, él, el más miedoso de los hombres, que no pueden dejarse pasar ciertas cosas, agregó que así era mejor y que esa solución lo alegraba. El señor de Charlus, deseando demostrar su agradecimiento al médico del mismo modo que su hermano el duque le hubiese arreglado el cuello de su

sobretudo a mi padre y sobre todo en la misma forma en que una duquesa hubiese tocado la cintura de una plebeya, acercó su silla muy junto a la del doctor, a pesar del asco que éste le inspiraba. Y no sólo sin placer, sino dominando una repulsión física, como Guermantes y no como invertido, para despedirse del doctor, le tomó la mano y se la acarició un momento con la bondad del amo que acaricia el hocico de su caballo y le da azúcar. Pero Cottard, que nunca le había dejado suponer al barón que ni siquiera hubiese oído vagas maledicencias acerca de sus costumbres y no por eso dejaba de considerarlo en su fuero interno corno integrante de la clase de los “anormales” (y hasta con su habitual falta de propiedad decía de un mucamo del señor Verdurin: “¿No es la querida del barón?”), personajes a los que estaba poco acostumbrado, se imaginó que esta caricia de la mano era el prelude inmediato de una violación para cuyo cumplimiento —ya que el duelo no había sido sino un pretexto— lo había atraído a una celada y llevado el barón hasta ese salón solitario en que iba a ser tomado a la fuerza. Sin atreverse a dejar la silla en donde lo clavaba el miedo, giraba ojos espantados, como si hubiese caído en manos de un salvaje y no estuviera muy seguro de que se alimentara de carne humana. Por fin el señor de Charlus le soltó la mano, y como quería ser amable hasta el final: “—Va a tomar usted algo con nosotros, como se suele decir, lo que antes se llamaba un mazagrán o un gloria, bebidas que sólo se encuentran como curiosidades arqueológicas en las piezas de Labiche y en los cafés de Doncières. Un “gloria” sería bastante adecuado al lugar, ¿verdad?, y a las circunstancias. ¿Qué le parece?”. “—Soy presidente de la liga antialcohólica —contestó Cottard—. Bastaría

que pasara algún medicastro de campo para que dijese que no predico con el ejemplo. *Os homini sublime. dedit coelumque tueri*, agregó aunque eso no tuviera ninguna relación, y porque su stock de citas latinas era bastante pobre; suficiente sin embargo para deslumbrar a sus alumnos. El señor de Charlus se encogió de hombros y lo trajo a Cottard hasta donde estábamos nosotros, después de pedirle que guardara un secreto que le importaba más cuanto que el motivo del duelo abortado había sido puramente imaginario. Había que impedir que llegase a los oídos del oficial arbitrariamente mezclado. Mientras bebíamos los cuatro, la señora de Cottard, que esperaba a su marido en la puerta y que el señor de Charlus viera perfectamente pero no le había interesado llamar, entró y saludó al barón, que le alargó la mano como a una sirvienta, sin moverse de la silla, en parte como un rey que recibe homenajes, en parte como un *snob* que no quiere que una mujer escasamente elegante se siente a su mesa, en parte como un egoísta que sólo se complace con sus amigos y no quiere que lo molesten. La señora de Cottard se quedó pues de pie conversando con el señor de Charlus y su marido. Pero quizás porque la cortesía y lo que debe “hacerse” no es el privilegio exclusivo de los Guermantes y de pronto puede iluminar los cerebros más inseguros o porque como engañaba mucho a su mujer, Cottard tenía por momentos necesidad de protegerla contra quien le faltara, por una suerte de desquite, el médico frunció de pronto el ceño, lo que nunca le había visto, y sin consultar al señor de Charlus, como amo: “—Vamos, Leontina, no te quedes de pie, siéntate. —Pero ¿no lo molesto?”, preguntó tímidamente la señora de Cottard al señor de Charlus, quien, sorprendido por el tono del médico, no había contestado. Y sin darle tiempo, esta segunda

vez, Cottard repuso con autoridad: “—Te he dicho que te sientes”. Al cabo de un instante nos dispersamos y entonces el señor de Charlus le dijo a Morel: “—Llego a la conclusión, en este asunto, liquidado mejor de lo que usted se merece, de que no sabe conducirse y que al terminar su servicio militar, yo mismo se lo entregaré a su padre, como hizo el arcángel Rafael enviado por Dios, con el joven Tobías”. Y el barón se puso a sonreír, con un aire de grandeza y una alegría que Morel, a quien la perspectiva de volver así no gustaba para nada, no parecía compartir. En la embriaguez de compararse al arcángel y Morel al hijo de Tobías, el señor de Charlus ya no pensaba en el objeto de su frase, que consistía en tantear el terreno para saber si Morel aceptaría volver con él a París, como lo deseaba. Embriagado por su amor o su amor propio, el barón no vio o fingió no ver la mueca que hizo el violinista, porque habiéndolo dejado solo en el café me dijo con una sonrisa orgullosa: “—¿Notó usted cómo deliraba de alegría cuando lo comparé al hijo de Tobías? Porque, como es muy inteligente, comprendió en seguida que el padre junto al cual viviría en adelante, no era su padre por la carne, que debe ser un mucamo horroroso y bigotudo, sino su padre espiritual, es decir Yo. ¡Qué orgullo para él! ¡Cómo erguía altivamente la cabeza! ¡Qué alegría experimentaba al haber comprendido! Estoy seguro que dirá todos los días: “¡Oh, Dios, que habéis dado el bienaventurado Arcángel Rafael por guía a vuestro servidor Tobías, en un largo viaje, concedednos a nosotros, vuestros servidores, el ser protegidos siempre por él y provistos de su auxilio!” “—Ni siquiera necesité —agregó el barón muy convencido de que algún día tendría un lugar frente al trono de Dios decir le que era yo el enviado celeste; lo comprendió solo y

enmudeció de felicidad”. Y el señor de Charlus (a quien por el contrario la felicidad no le quitaba la palabra) sin preocuparse de algunos transeúntes que se volvieron creyendo que se las habían con un loco, exclamó solo y con todas sus fuerzas, levantando las manos: “¡Aleluya!”

Esta reconciliación puso fin sólo por un tiempo a los tormentos del señor de Charlus; a menudo Morel que se había ido muy lejos de maniobras, para que el señor de Charlus pudiese verlo o me enviara para hablarle, le escribía al barón cartas desesperadas y enternecidas, en que le aseguraba que tenía que terminar con su vida, porque necesitaba para algo horrible, veinticinco mil francos. No decía cuál era la cosa horrible y lo hubiese dicho que sin duda sería un invento. En cuanto al dinero, el señor de Charlus lo hubiese mandado de buenas ganas si no presintiera que eso le daba a Charlie los medios de arreglarse sin él y también de conseguir los favores de otro. Por lo que rechazaba y sus telegramas tenían el tono seco y cortante de su voz. Cuando estaba seguro de su efecto, deseaba que Morel se disgustase para siempre con él, porque convencido que se realizaría lo contrario, advertía todos los inconvenientes que renacerían de estos amorfos inevitables. Pero si no llegaba ninguna respuesta de Morel, ya no dormía y no tenía un solo momento de tranquilidad, tantas son las cosas, en efecto que vivimos sin conocer y las realidades interiores y profundas que se nos ocultan. Formaba entonces todas las suposiciones acerca de esa enormidad que le hacía necesitar a Morel veinticinco mil francos, le daba todas las formas y les ponía por turno nombres propios. Creo que en esos momentos, el señor de Charlus (y aunque disminuyera su *snobismo* en esa época lo alcanzó,

ya que no lo sobrepasó, la creciente curiosidad que tenía el barón por el pueblo) debía recordar con cierta nostalgia, los graciosos torbellinos multicolores de las reuniones mundanas en que las mujeres y los hombres no lo requerían más que por el desinteresado placer que les proporcionaba, donde nadie hubiese pensado engañarlo, o inventar una “cosa horrible” por la que se está dispuesto a morir, si no recibe enseguida veinticinco mil francos. Creo que entonces y quizás porque tenía más rastros de Combray que yo y había injertado la altivez feudal en el orgullo alemán, debía parecerle que no se es impunemente el amante preferido de un sirviente, el pueblo no es exactamente el mundo y en resumen “no le hacía confianza” al pueblo como se la he hecho siempre.

La estación siguiente del trencito, Maineville, me recuerda precisamente un incidente relativo a Morel y al señor de Charlus. Antes de referirme a él, debo decir que la parada en Maineville (cuando uno acompañaba a un recién llegado elegante hasta Balbec que prefería no vivir en la Raspelière para no molestar) era motivo de escenas menos penosas que la que voy a contar dentro de un instante. El recién llegado, que tenía su equipaje en el tren, hallaba generalmente el *Gran Hotel* algo alejado, pero como en Balbec sólo había pequeñas playas con villas incómodas se resignaba, por afición al lujo y al bienestar, al largo trayecto cuando, en momentos en que el tren se detenía en Maineville, veía erguirse de pronto el *Palace*, que no podía sospechar fuese una casa de prostitución. “—Pero no vayamos más lejos” —le decía infaliblemente a la señora de Cottard, mujer conocida como de buen consejo y sentido práctico. “—Eso es todo lo que necesito. ¿Para qué seguir hasta Balbec, donde seguramente no será

mejor? Sólo por el aspecto, supongo que tiene todo el confort; podré perfectamente invitarla a la señora de Verdurin, porque a cambio de sus cortesías, pienso dar algunas pequeñas reuniones en su honor. No tendrá que recorrer tanto camino si habito Balbec. Me parece muy adecuado para ella y para su mujer, mi querido profesor. Debe haber salones; invitaremos a las señoras. Entre nosotros, no comprendo cómo en lugar de alquilar la Raspelière la señora de Verdurin no vino a vivir aquí. Es mucho más sano que una casa vieja como la Raspelière, forzosamente húmeda; sin ser higiénica por otra parte, no tiene agua caliente, uno no puede lavarse como quiere. Maineville me parece mucho más agradable. La señora de Verdurin hubiera desempeñado ahí perfectamente su papel de Patrona. En todo caso, cada cual según sus gustos, yo voy a radicarme aquí. Señora de Cottard, ¿no quiere bajar conmigo y nos apresuramos porque el tren no tardará en volver a salir? Usted me guiaría en esa casa que será la suya y que debe haber frecuentado a menudo. Es un cuadro adecuado precisamente para usted”. Costaba muchísimo hacer callar y sobre todo impedir que bajara, al infortunado recién llegado, quien con la obstinación que proviene a menudo de las necesidades, insistía, tomaba las valijas y nada quería entender hasta que se le asegurase que nunca irían a verlo, ni la señora de Verdurin ni la señora de Cottard. “—En todo caso, tengo que elegir domicilio. La señora de Verdurin no tendrá más que escribirme.”

El recuerdo relativo a Morel se refiere a un incidente de orden más particular. Hubo otros pero aquí me conformo, a medida que se detiene el trencito y el empleado grita Doncières, Gralevast, Maineville, etc., con anotar lo que me evocan la pequeña playa o el

cuartel. He hablado ya de Maineville (media villa) y de la importancia que adquiriría debido a esa suntuosa casa de mujeres que se había construido recientemente, no sin despertar las inútiles protestas de las madres de familia. Pero antes de decir en qué tiene alguna relación Maineville en mi memoria, con el señor de Charlus y con Morel, debo notar la poca proporción (que más tarde tendré que profundizar) entre la importancia que Morel le daba a ciertas horas libres y la insignificancia de las ocupaciones en que pretendía emplearlas, ya que esa misma falta de proporción se volvía a encontrar en medio de las explicaciones de otro estilo que él le daba al señor de Charlus. Él, que se hacía el desinteresado con el barón (y podía hacerlo sin riesgos, dada la generosidad de su protector) cuando deseaba pasar la noche por su lado, para dar una lección, etc., no dejaba de agregar a su pretexto estas palabras dichas con una sonrisa de avidez: “—Y además esto me permite ganar cuarenta francos. No es poca cosa. Permítame que vaya, porque ya ve que me interesa. Vaya, no tengo rentas como usted, tengo que ir haciendo mi situación, es el momento de ganar centavitos”. Morel no era completamente falso al querer dictar su lección. Por una parte no es verdad que el dinero no tenga color. Una manera nueva de ganarlo, les devuelve el brillo a las monedas que puso opacas el uso. Si verdaderamente había ido a dar una lección es posible que dos luises entregados al partir por una alumna le produjesen un efecto muy distinto que dos luises caídos de la mano del señor de Charlus. Y además el hombre más rico andaría por dos luises unos kilómetros que se hacen leguas cuando uno es hijo de mucamo. Pero el señor de Charlus tenía a menudo dudas acerca de la existencia de la lección de violín; tanto más grandes cuanto que el

músico solía invocar pretextos de otro género, de un orden enteramente desinteresado desde el punto de vista material y por otra parte absurdos. Morel no podía dejar de presentar una imagen de su vida, pero voluntariamente y también involuntariamente, tan entenebrecida, que sólo podían distinguirse algunas partes. Durante un mes se puso a disposición del señor de Charlus, a condición de tener libres las tardes porque deseaba seguir asiduamente unos cursos de álgebra. ¿Verlo después al señor de Charlus? ¡Ah! era imposible, los cursos duraban a veces hasta muy tarde. “—¿Hasta las dos de la mañana?, preguntaba el barón. —A veces—. Pero el álgebra se aprende con tanta o más facilidad en un libro. Aún más fácilmente porque no entiendo mucho en un curso. —¿Entonces? Por otra parte el álgebra no puede servirte para nada. —Me gusta. Disipa mi neurastenia. —No puede ser el álgebra la que le hace solicitar permisos nocturnos, se decía el señor de Charlus. ¿Estará agregado a la policía?” De cualquier modo, por objeciones que se le presentaran, reservaba algunas horas tardías ya para el álgebra ya para el violín. Una vez no fue ni una ni otra, sino el príncipe de Guermantes, que había venido a pasar unos días en esa costa y visitar a la duquesa de Luxembourg y que encontró al músico y sin saber quién era le ofreció cincuenta francos para pasar la noche juntos en la casa de mujeres de Maineville; doble placer para Morel por la ganancia recibida del señor de Guermantes y la voluptuosidad de que lo rodearan mujeres cuyos senos morenos se mostraban al desnudo. No sé cómo supo el señor de Charlus el lugar y lo que había sucedido, aunque no el seductor. Loco de celos y para conocerlo le telegrafió a Jupien, quien llegó dos días después y cuando a comienzos de la semana siguiente Morel

anunció que se ausentaría de nuevo, el barón le preguntó a Jupien si se encargaría de comprar a la patrona del establecimiento y conseguir que los ocultara a él y a Jupien para asistir a la escena. “—Entendido. Voy a ocuparme de ello querido mío” contestó Jupien al barón. No puede comprenderse hasta qué punto esa inquietud agotaba al señor de Charlus y por lo mismo había enriquecido momentáneamente su espíritu. El amor provoca así verdaderos levantamientos geológicos en el pensamiento. En el del señor de Charlus, que hace unos días se parecía a una llanura tan uniforme que ni desde muy lejos podía haberse advertido una idea al nivel del suelo, se habían erguido bruscamente, duras como piedras, un macizo de montañas, pero montañas tan esculpidas como si algún escultor en lugar de llevarse el mármol lo hubiera trabajado en el sitio donde se retorcían en grupos, gigantes y titánicos el Furor, los Celos, la Curiosidad, la Envidia, el Odio, el Sufrimiento, el Orgullo, el Espanto y el Amor.

Mientras tanto había llegado la noche en que Morel debía estar ausente. La misión de Jupien había tenido éxito. Él y el barón debían llegar a eso de las once y los ocultarían. Tres cuabras antes de llegar a esa magnífica casa de prostitución (a la que se llegaba desde todos los alrededores elegantes) el señor de Charlus ya andaba en puntas de pies, disimulaba su voz y suplicaba a Jupien que no hablara tan alto por temor a que Morel los oyese desde el interior. Y en cuanto hubo entrado a paso de lobo al vestíbulo, el señor de Charlus, que tenía poca costumbre de esos lugares, con terror y estupefacción se encontró en un sitio más ruidoso que la Bolsa o el Hotel de Ventas. En vano les recomendaba que hablaran quedo a unas mucamitas que revoloteaban en torno a él; por otra parte, su misma voz estaba

cubierta por el ruido de las subastas y las adjudicaciones que hacía una subpatrona anciana, de peluca muy morena y en cuyo rostro se resquebrajaba la gravedad de un escribano o de un sacerdote español y que lanzaba a cada minuto con un ruido de trueno a tiempo que dejaba abrir o cerrar alternativamente las puertas y como quien dirige la circulación de los coches: “—Pongan al señor en el veintiocho, en el cuarto español”. “—Ya no se puede pasar”. “—Abran la puerta; esos señores preguntan por la señorita Noemí. Los espera en el saloncito persa”. El señor de Charlus estaba espantado como un provinciano que tiene que cruzar avenidas y para elegir una comparación infinitamente menos sacrílega que el tema representado en los capiteles del pórtico de la antigua iglesia de Corlesville, las voces de las jóvenes sirvientas repetían más bajo, sin cansarse, la orden de la subdirectora, como esos catecismos que se oye salmodiar a los alumnos en la sonoridad de una iglesia de campaña. Por miedo que tuviese el señor de Charlus, que se imaginaba que lo oían desde la calle, convencido de que Morel estaba en la ventana, no se espantó sin embargo tanto con el rugido de esas inmensas escaleras en donde se comprendía que desde los cuartos no podía advertirse nada. Por fin, al término de su calvario, encontró a la señorita Noemí, que debía ocultarlo con Jupien, pero empezó encerrándolos en un salón persa muy suntuoso, desde donde nada veían. Le dijo que Morel había pedido una naranjada y que en cuanto la hubiese tomado llevarían a los dos pasajeros a un salón trasparente. Mientras tanto, y como la reclamaban, les prometió, como en un cuento, que les iba a mandar, para pasar el rato, “una pequeña señora muy inteligente”. Porque a ella la llamaban. La pequeña señora inteligente tenía una

bata persa que quería quitarse. El señor de Charlus le pidió que no lo hiciera y ella encargó champaña que costaba cuarenta francos la botella. Morel, en realidad, estaba mientras tanto con el príncipe de Guermantes y por salvar las apariencias había hecho como que se equivocaba de cuarto y había entrado en uno donde estaban dos mujeres que se apresuraron a dejar solos a los dos señores. El señor de Charlus ignoraba todo eso pero maldecía, quería abrir las puertas e hizo llamar nuevamente a la señorita Noemí, quien al oír que la pequeña señora inteligente le daba al señor de Charlus unos datos acerca de Morel que no coincidían con los que ella misma le había proporcionado a Jupien, la despachó y mandó enseguida para reemplazar a la pequeña señora inteligente, “una pequeña señora muy amable”, que no les enseñó nada pero les dijo cómo era de sería la casa y también pidió champaña. El barón, echando espuma de rabia, mandó llamar a Noemí, que le dijo: “—Sí, es un poco largo; esas señoras están haciendo posturas, no parece que tuviera ganas de hacer nada”. En fin, ante las promesas y las amenazas del barón, la señorita Noemí se fue con aspecto de contrariedad, asegurándoles que no esperarían ni cinco minutos. Esos cinco minutos duraron una hora, después de lo cual Noemí acompañó en puntillas al señor de Charlus ebrio de furor y a Jupien desesperado hasta una puerta entreabierta, diciéndoles: “—Van a ver ustedes muy bien. Por otra parte, en este momento no es muy interesante, está con tres señoras y les cuenta su vida de cuartel”. Por fin el barón pudo ver por la abertura de la puerta y también por los espejos. Pero un terror mortal lo obligó a apoyarse contra la pared. Era ciertamente Morel el que tenía delante, pero como si aún existieran los misterios paganos y los embrujos, era mejor

dicho la sombra de Morel, una aparición de Morel, un fantasma de Morel; Morel aparecido o evocado en ese cuarto (donde por todas partes en las paredes y los divanes aparecían los mismos emblemas de brujería), el que estaba a algunos metros, de perfil. Morel había perdido todo color, como la muerte, entre esas mujeres con las cuales parecería que debiera moverse alegremente lívido seguía congelado en una inmovilidad artificial; para beber la copa de champaña que estaba delante de su brazo debilitado, trataba lentamente de estirarse y volvía a caer. Se tenía la sensación de ese equívoco que hace que una religión hable de inmortalidad, pero entiende con ello, algo que no excluye a la nada. Las mujeres le hacían preguntas: “—Ya ve, dijo en voz baja al barón la señorita Noemí, le hablan de su vida de cuartel, ¿divertido no? —y se rió— ¿está contento? Está tranquilo ¿no?” agregó, como lo hubiera dicho de un agonizante.

Las preguntas de las mujeres se hacían más inquisitivas, pero Morel, inanimado no tenía fuerza para contestarles. Ni siquiera se producía el milagro de una palabra murmurada. El señor de Charlus tuvo un solo instante de vacilación y comprendió la verdad y que ya por torpeza de Jupien cuando fuera a concertarlo todo, ya fuera por el poder de expansión de los secretos confiados que hace que nunca se los conserve sea por el carácter indiscreto de esas mujeres, sea por temor de la policía, le habían avisado a Morel que dos señores habían pagado muy caro para verlo, lo habían hecho salir al príncipe de Guermantes, trocado en tres mujeres y colocado al pobre Morel, tembloroso y paralizado de tal modo por el estupor que si el señor de Charlus lo veía mal, él aterrado y sin palabras, no se atrevía a tomar su vaso por temor a dejarlo caer, viendo de lleno al barón.

La historia por otra parte no termina mejor para el príncipe de Guermantes. Cuando lo habían hecho salir para que no lo viera el señor de Charlus, furioso por su desilusión sin sospechar quién era el autor, había suplicado a Morel, siempre sin dejarle saber su identidad, que se entrevistaran a la noche siguiente en la pequeña casa que había alquilado y que a pesar del escaso tiempo que debía ocupar, habla adornado, de acuerdo a la misma costumbre maniática que ya hemos observado en casa de la señora de Villeparisis, con gran cantidad de recuerdos de familia, para sentirse más aclimatado. Por lo que al día siguiente, Morel, que volvía a cada rato la cabeza, temblando que lo siguiera y lo espiera el señor de Charlus, había terminado por entrar a su casa. Un mucamo lo hizo entrar al salón, diciéndole que iba a avisarle al señor (su amo le había recomendado que no pronunciara su título de príncipe temiendo despertar sospechas). Pero cuando Morel estuvo solo y quiso mirar en el espejo para ver si su mecha estaba despeinada, fue como una alucinación. Sobre la estufa, las fotografías identificables para el violinista, por haberlas visto en casa del señor de Charlus, de la princesa de Guermantes, de la duquesa de Luxembourg y de la señora de Villeparisis, lo petrificaron primeramente de asombro. En el mismo momento advirtió la del señor de Charlus, que estaba un poco apartada. El barón parecía inmovilizarlo a Morel con su mirada extraña y fija. Loco de miedo, Morel, que volvía de su primitivo estupor y no dudaba que esa no fuese una celada en que lo había hecho caer el señor de Charlus, para comprobar si le seguía siendo fiel, bajó de a cuatro los pocos escalones de la casa y se puso a correr todo lo que daba hacia el camino y cuando el príncipe de Guermantes (después de haber hecho esperar

lo que creyó necesario a una relación de paso, no sin haberse preguntado si era muy prudente y si el individuo no sería peligroso), entró al salón, no encontró a nadie. Por más que explorara toda la casa, que no era grande, con su mucamo y con el revólver en la mano, las vueltas del jardincillo, y el sótano, el compañero cuya presencia creyera segura, había desaparecido. Lo encontró varias veces en el transcurso de la semana siguiente. Pero cada vez era Morel, el individuo peligroso el que se escapaba como si el príncipe lo fuera aún más. Encastillado en sus sospechas, Morel nunca las dispó y aún en París, la presencia del príncipe de Guermantes bastaba para ponerlo en fuga. Por lo que el señor de Charlus se vio protegido de una infidelidad que lo desesperaba y vengado, sin haberlo imaginado nunca ni sobre todo en qué forma.

Pero ya los recuerdos de lo que me habían contado a ese respecto se ven reemplazados por otros, porque el B. C. N., volviendo a su andar de carreta seguía depositando o recogiendo los pasajeros en las estaciones siguientes.

En Grattevast, donde vivía su hermana con la que pasara la tarde, subía a veces el señor Pedro de Verjus, conde de Crécy (que llamaban sólo el Conde de Crécy), gentilhombre pobre pero de una infinita distinción que había conocido yo por medio de los Cábmerer, con quien estaba por otra parte escasamente relacionado. Reducido a una vida extremadamente modesta, casi miserable, sentía que un cigarro, una “consumición”, le eran tan agradables que me acostumbré a invitarlo a Balbec, los días en que no podía verla a Albertina. Muy fino, sabía expresarse a las mil maravillas, completamente canoso, con unos ojos azules encantadores y hablaba

sobre todo como si fuera con el borde de los labios, muy delicadamente, del confort de la vida señorial que evidentemente había conocido y también de genealogías. Al preguntarle yo qué llevaba grabado en su anillo, me dijo con una sonrisa modesta: “Es una rama en agraz” —simbólica, ya que me llamo Verjus— con tallos y hojas en sínople.”²⁴⁸ Pero creo que se hubiera desilusionado si en Balbec sólo le hubiese ofrecido para beber vino en agraz. Le gustaban los vinos más costosos, sin duda por privación, por conocimiento profundizado de aquello de que estaba privado, por afición y quizás por una exagerada inclinación. Por eso cuando lo invitaba a comer en Balbec, encargaba la cena con una ciencia refinada, pero comía con algún exceso y sobre todo bebía haciendo entibiar aquellos vinos que debían serlo y helar los que deben estar en el hielo. Antes de la comida y después indicaba la fecha o el número que deseaba para un oporto o un coñac como lo hubiese hecho para la erección generalmente ignorada de un marquesado, que también conocía a la perfección.

Como yo era un cliente preferido de Aimé, le encantaba que ofreciera esas cenas extras y le gritaba a los mozos: “—¡Pronto, preparen la mesa 25!” ni siquiera decía preparen, sino prepárenme, como si fuera para él. Y como el lenguaje de los *Zaitres* no es totalmente igual al de los jefes de mesa, semijefes, mozos, etc., en el momento en que pedía yo la adición, le decía al mozo que nos había servido, con un gesto reiterado y tranquilizador del reverso de la mano, como si quisiera calmar un caballo dispuesto a desbocarse: “—No cargue mucho (para la adición), despacio, muy despacio”. Y como el mozo se iba provisto de esa ayuda para la memoria, Aimé,

que temía que sus recomendaciones no se siguieran exactamente, le recordaba. “—Espere, voy a poner las cifras yo mismo”. Y al decirle yo que eso no tenía importancia: “—Tengo por principio que, como se dice vulgarmente, no debe estafarse al cliente”. En cuanto al director, debido a los trajes sencillos, siempre iguales y bastante usados de mi invitado (sin embargo nadie como él hubiese practicado mejor el arte de vestirse fastuosamente, como un elegante de Balzac, si contara con los medios) se conformaba, por mí inspeccionando desde lejos si todo andaba bien y con una mirada ordenaba colocar una calza bajo la pata de una mesa que no tenía estabilidad. Y no es que no supiese prestar una mano como cualquiera, aunque ocultase sus comienzos como lavaplatos. Se necesitó sin embargo una circunstancia excepcional para que recortara personalmente un día las pavitas. Yo me había ido pero supe que lo hizo con una majestad sacerdotal, rodeado, a respetuosa distancia del trinchante, por un círculo de mozos que buscaban con ello no tanto aprender como ponerse en evidencia y ofrecían un aspecto beatífico de admiración. Vistos por otra parte por el director (hundiéndose con un gesto lento en los flancos de las víctimas y sin despegar los ojos, penetrado por su alta función como si debiese leer algún augurio) no lo fueron en absoluto. El sacrificador ni siquiera advirtió mi ausencia. Cuando lo supo, se desesperó. “—¿Cómo, no me vio trincar personalmente las pavitas?” Le contesté que no habiendo podido ver hasta entonces ni Roma, ni Venecia ni Siena, el Prado, el museo de Dresde, las Indias ni Sarah en *Fedra*, conocía la resignación y agregaría su trinchada de las pavitas a mi lista. La comparación con el arte dramático (Sarah en *Fedra*) fue la única que pareció comprender, porque por mí sabía que

los días de grandes representaciones, Coquelin, el mayor, había aceptado papeles de debutante, hasta el de un personaje que dice una palabra o no dice nada. “—De cualquier manera, lo siento por usted. ¿Cuándo trincharé de nuevo? Se necesitaría un acontecimiento, se necesitaría una guerra. (Se necesitó efectivamente el armisticio). Desde ese día cambió el calendario, y se contó en esta forma: “Al día siguiente del día en que trinché las pavitas”. “Justamente ocho días después que el director trinchó personalmente las pavitas”. Así esa disección fue, como el nacimiento de Cristo o la Égira, el punto de partida de un calendario distinto al de los demás, pero que no tomó su extensión y no igualó su duración.

La tristeza de la vida del señor de Crécy se originaba tanto por no tener más caballos y una mesa suculenta, como por estar en la proximidad de gente que creía que Cambremer y Guermantes eran uno solo. Cuando vio que yo sabía que Legrandin, que se hacía llamar ahora Legrand de Méséglise, no tenía ningún derecho para ello, encendido además por el vino que bebía, tuvo algo como un transporte de alegría. Su hermana me decía con expresión de entendido: “—Nunca mi hermano se siente más feliz que cuando puede conversar con usted”. Se sentía existir efectivamente, desde que había descubierto a alguien que conocía la mediocridad de los Cambremer y la grandeza de los Guermantes; alguien para quien existía el universo social. Tal como después del incendio de todas las bibliotecas del globo y la ascensión de una raza enteramente ignorante, un viejo latinista volviera a tomar pie y confianza en la vida al oírle citar a alguien un verso de Horacio. Por eso, si no abandonaba nunca el vagón sin decirme: “—¿Para cuándo nuestra pequeña reunión?”

no era tanto por avidez de parásito sino por gula de erudito y porque consideraba los ágapes de Balbec como una oportunidad de conversar, a un tiempo, de temas que le eran caros y de los que no podía hablar con nadie y análogos en eso a esas comidas en que reúnen a fecha fija, ante la mesa particularmente suculenta del Círculo de la Unión, la Sociedad de los bibliófilos. Muy modesto en lo concerniente a su propia familia, no me enteré por medio del señor de Crécý de cuál era su grandeza y cómo resultaba una rama auténtica —desprendida en Francia— de la familia inglesa que lleva el nombre de Crécý. Cuando supe que era un verdadero Crécý, le conté que una sobrina de la señora de Guermantes se había casado con un americano que se llamaba Carlos Crécý y le dije que suponía que no tendría ninguna relación con él. “—Ninguna, me dijo. No más —aunque por otra parte mi familia no tenga tanta ilustración como tantos americanos que se llaman Montgommery, Berry, Chaudos o Capel tampoco tienen ninguna vinculación con las familias de Pembroke, Buckingham, Essex o el duque de Berry”. Pensé decirle varias veces, para divertirlo, que la conocía a la señora de Swann, quien como cocotte era conocida antiguamente con el nombre de Odette de Crécý;⁴⁹ pero aunque el duque de Alecon no se pudiera disgustar porque se hablara con él de Emiliana d’Alencon, no me sentí lo suficientemente vinculado con el señor de Crécý para llevar la broma hasta allí. “—Su familia es muy grande” me dijo un día el señor de Montsurvent. “Su patronímico es Saylor”. Y agregó que sobre su viejo castillo, por encima de Incarville, —por otra parte ahora casi inhabitable y aunque había nacido muy rico hoy estaba demasiado arruinado para repararlo— se leía aún la antigua divisa de la familia. Esa divisa me pareció muy

hermosa, ya fuera que la aplicasen a la impaciencia de una raza de presa metida en ese nido de aves de rapiña de donde antes debió tomar vuelo, ya fuera hoy, que al contemplar su declinar, esperaba la muerte cercana, en ese retiro dominante y salvaje. Es en ese doble sentido que esta divisa juega con el nombre de Saylor:⁵⁰ “Ignoro la hora”.

Hasta Hermenonville subía a veces el señor de Chevigny, cuyo nombre, nos dijo Brichot, significaba como el de monseñor Cabrières, lugar donde se reúnen las cabras. Era pariente de los Cambremer y debido a eso y por un falso sentido de la elegancia, éstos lo invitaban a menudo a Féterne, pero sólo cuando no tenían que deslumbrar a algún invitado. Como vivía todo el año en Beausoleil, el señor de Chevigny se había conservado más provinciano que ellos. Por eso cuando iba a pasar algunas semanas en París, no perdía un solo día de todo aquello que “debía verse”; hasta el punto que a veces, algo aturdido por la cantidad de espectáculos demasiado rápidamente digeridos, cuando se le preguntaba si había visto determinada pieza, le sucedía no estar seguro. Pero esa vaguedad era muy rara, porque conocía las cosas de París con esa minucia particular de aquellos que lo visitan de tarde en tarde. Me aconsejaba las “novedades” que debían verse (Eso vale la pena”) considerándolas únicamente desde el punto de vista de la noche agradable que provocan e ignorante del punto de vista estético, hasta no sospechar siquiera que podían constituir en efecto una “novedad” en la historia del arte. Así es como hablando de todo en un mismo plano, nos decía: “—Hemos ido una vez a la Ópera-Cómica, pero el espectáculo no valía gran cosa. Se llama *Pélleas y Melisande*. Es insignificante. Perier

sigue siendo bueno, pero es mejor verlo en otra pieza. En cambio, en el *Gymnase* dan *La castellana*. La hemos visto dos veces, no dejen de verla, vale la pena; y además la representan de una manera encantadora; tienen ustedes a Frévalles, María Magnier y Baron, hijo”; hasta me citaba nombres de actores que nunca había oído yo y sin llamarlos previamente, señor, señora o señorita, como lo hubiese hecho el duque de Guermantes, que hablaba con el mismo tono ceremoniosamente desdeñoso de las “canciones de la señorita Yvette Guilbert” y los “experimentos del señor Charcot”. El señor de Chevrigny no hacía lo mismo; él decía Cornaglia y Dehelly, como si dijera Voltaire y Montesquieu. Porque en él, con respecto a los actores como con todo lo que venía de París, el deseo de mostrarse desdeñoso del aristócrata se veía vencido por el de parecer familiar que tenía el provinciano.

Desde la primera comida que tuve en la Raspelière, con lo que en Féterne se seguía llamando el “joven matrimonio”, aunque el señor de Cambremer y la señora ya no fuesen de primera juventud la anciana marquesa me había escrito una de esas cartas cuya letra reconoce uno entre miles. Me decía: “Traiga a su prima deliciosa-encantadora-agradable. Será un encanto, un placer”, errando siempre con tanta infalibilidad la progresión esperada por quien recibía su carta, que acabé por cambiar de opinión acerca de la naturaleza de esos *diminuendos*, por suponerlos voluntarios y encontrar en ellos la misma depravación del gusto —traspuesta al orden mundano— que llevaba Sainte-Beuve a quebrar todas las alianzas de las palabras y alterar toda expresión algo corriente. Dos métodos sin duda enseñados por maestros distintos, se oponían en ese estilo epistolar,

compensando el segundo en la señora de Cambremer la vulgaridad de los adjetivos múltiples, empleándolos en gama descendente, evitando concluir con el acorde perfecto mayor. En cambio me inclinaba a ver en esas graduaciones inversas, no ya un refinamiento como cuando eran la obra de la marquesa anciana, sino una torpeza como cada vez que la empleaban el marqués, su hijo o sus primas. Porque en toda la familia, hasta un grado bastante lejano y por una imitación admirativa de la tía Zelia, la regla de los tres adjetivos estaba a la orden del día, asimismo como una determinada manera entusiasta de aspirar reiteradamente al hablar. Imitación incorporada a la sangre por otra parte; y cuando una chiquilla de la familia, en su infancia, se detenía al hablar para tragar saliva, se decía: “—Se parece a la tía Zelia”; advertían que más tarde sus labios tendrían una tendencia bastante rápida a oscurecerse con un ligero bozo y se prometían cultivarle sus disposiciones para la música. Las relaciones de los Cambremer con la señora de Verdurin no tardaron en ser menos perfectas que conmigo, por diferentes motivos. La querían invitar a ésta. La “joven” marquesa me decía desdeñosamente: “—No veo por qué no invitaríamos a esa mujer; en el campo una se trata con cualquiera, no tiene consecuencias”. Pero bastante impresionados, en el fondo, no dejaban de consultarme acerca de la forma en que realizarían su deseo de cortesía. Como nos habían invitado a comer a Albertina y a mí, con amigos de Saint-Loup, gente elegante de la región, dueños del castillo de Gourville y que representaban algo más que lo mejorcito normando, que le gustaba tanto a la señora de Verdurin aunque no quisiera aparentarlo, les aconsejé a los Cambremer que invitaran conjuntamente con ellos a la Patrona. Pero los

castellanos de Féterne, por temor (a tal punto eran tímidos) de descontentar a los nobles amigos o (a tal punto eran cándidos) a que el señor Verdurin y señora se aburriesen con gente que no era intelectual o aún (como estaban impregnados de un espíritu de rutina todavía no fecundado) por no mezclar los estilos y cometer un yerro, declararon que no harían buenas migas y que sería mejor reservarla a la señora de Verdurin (a la que se invitaría con su pequeño grupo) para otra comida. Para la próxima —la elegante— con los amigos de Saint-Loup no invitaron de todo el pequeño núcleo sino a Morel para que el señor de Charlus se informara indirectamente de la gente brillante que recibían y también para que el músico les resultase un elemento de distracción a los invitados; porque le pedirían que llevara el violín. Le agregaron a Cottard porque el señor de Cambremer declaró que tenía ímpetu y “lucía bien” en una comida; y además podía resultar cómodo estar en buenos términos con un médico para el caso en que se tuviera algún enfermo. Pero lo invitaron solo para “no empezar nada con la mujer”. La señora de Verdurin se sintió ultrajada cuando supo que dos miembros del pequeño grupo habían sido invitados a comer íntimamente en Féterne sin ella. Le dictó al médico, cuyo primer movimiento había sido el de aceptar, una altiva respuesta en que decía: “—Cenamos esa noche en casa de la señora de Verdurin”, plural que debía constituir una lección para los Cambremer y señalarles que no era separable de la señora de Cottard. En cuanto a Morel, la señora de Verdurin no necesitó trazarle una conducta descortés, que siguió espontáneamente y he aquí el porqué. Si tenía frente al señor de Charlus, en lo que se refería a sus placeres, una independencia, que afligía al barón, ya hemos visto que la

influencia de este último se hacía sentir más en otros dominios y que había ensanchado, por ejemplo, los conocimientos musicales y depurado el estilo del virtuoso. Pero no era aún, por lo menos a esta altura de nuestro relato, más que una influencia. En cambio había un terreno, sobre el cual lo que decía el señor de Charlus era ciegamente creído y ejecutado por Morel. Ciega y descabelladamente porque no sólo las enseñanzas del señor de Charlus eran erróneas, sino que aunque hubiesen resultado válidas para un gran señor, aplicadas al pie de la letra por Morel se hacían burlescas. El terreno en que Morel se ponía tan crédulo y era tan dócil a su amo, era el terreno social. El violinista, que antes de conocer al señor de Charlus, no tenía ninguna noción del mundo, había tomado al pie de la letra el boceto altivo y sumario que le había trazado el barón: “Hay cierto número de familias preponderantes, le había dicho el señor de Charlus, ante todo los Guermantes, que cuentan catorce alianzas con la casa de Francia, lo que es por otra parte especialmente halagador para la casa de Francia, porque a Aldonzo de Guermantes y no a Luis el Gordo, su hermano consanguíneo pero segundogénito, debía haberle correspondido el trono de Francia. Bajo Luis XIV, nos enlutamos cuando murió *Monsieur*, como que teníamos la misma abuela que el rey; muy por debajo de los Guermantes, se puede sin embargo citar a los La Tréinoille, descendientes de los reyes de Nápoles y de los condes de Poitiers; los de Uzés, de familia escasamente antigua pero que son los pares más antiguos; los Luynes, muy recientes pero con el brillo de grandes alianzas; los Choiseul, los Harcourt, los La Rochefoucauld. Agregue todavía los Noailles, a pesar del conde de Toulouse los Montesquiou, los Castellane y salvo olvido, eso es todo. En cuanto a todos esos

caballeretes que se llaman marqueses de Cambremerde o de Quetezurzan, no hay ninguna diferencia entre ellos y el Último conscripto del regimiento. Que usted vaya a hacer pis a casa de la condesa Caca o caca a casa de la baronesa Pis, es lo mismo, habrá comprometido su reputación y confundido un trapo sucio con un papel higiénico. Lo que es antihigiénico”. Morel había recogido piadosamente esa lección de historia, quizás algo sumaria y juzgaba las cosas como si él mismo fuera un Guermantes y deseaba una ocasión de encontrarse con los falsos La Tour d’Auvergne, para hacerles sentir con un desdeñoso apretón de manos, que no los tomaba en serio. En cuanto a los Cambremer, he aquí que justamente podía demostrarles que no eran mucho más que “el último conscripto de su regimiento”. No contestó su invitación y la noche de la comida se disculpó a última hora con un telegrama, encantado, como si acabara de proceder como un príncipe de la sangre. Se debe agregar por otra parte que no puede imaginarse uno, de modo más general, cómo el señor de Charlus podía ser insoportable, quisquilloso y hasta tonto, él tan fino, en todas las oportunidades en que entraban en juego todos los defectos de su carácter. Puede decirse, efectivamente, que éstos constituyen algo parecido a una enfermedad intermitente del espíritu. ¿Quién no ha notado el hecho en mujeres y aun en hombres que dotados de notable inteligencia, pero afligidos de nerviosidad, cuando son felices, tranquilos y satisfechos de lo que los rodean, hacen admirar sus preciosos dones y es exactamente la verdad la que habla por su boca? Una jaqueca, una insignificancia de amor propio basta para cambiarlo todo. La inteligencia luminosa,

brusca, convulsiva y encogida, ya no refleja sino un yo irritado, suspicaz, coqueto, que hace todo lo necesario para disgustarnos.

La cólera de los Cambremer fue viva; y en el intervalo, otros incidentes aportaron cierta tensión a sus relaciones con el pequeño clan. Al volver los Cottard, Charlus, Brichot, Morel y yo, de una comida en la Raspelière y como los Cambremer, que habían almorzado en casa de unos amigos en Harambouville, realizaran a la ida parte del trayecto con nosotros: “—A usted, a quien tanto le gusta Balzac y lo sabe reconocer en la sociedad contemporánea—, le había dicho yo al señor de Charlus esos Cambremer deben parecerle escapados de las *Escenas de la Vida de Provincia*”. Pero el señor de Charlus, como si hubiese sido totalmente su amigo y le disgustara mi observación, me cortó bruscamente la palabra: “—Usted dice eso porque la mujer es superior al marido, me dijo secamente. —¡Oh!, no quería decir que fuese la musa del departamento, ni la señora de Bargeton aunque...” El señor de Charlus volvió a interrumpirme: “—Diga más bien la señora de Mortsauf”. Se detuvo el tren y bajó Brichot. “Por más que le hiciéramos señas, usted es terrible. —¿Cómo es eso?— Vamos, ¿no ha advertido usted que Brichot está locamente enamorado de la señora de Cambremer?”. Vi por la actitud de los Cottard y de los Charlie, que eso no le ofrecía la menor duda al pequeño núcleo. Creí que habría de su parte cierta malevolencia. “—Vamos, ¿no observó usted cómo su turbó al hablar de ella?”, repuso el señor de Charlus, que gustaba demostrar experiencia de las mujeres y hablaba del sentimiento que inspiran con naturalidad y como si ese sentimiento fuera el que él experimentara habitualmente. Pero cierto tono de paternidad equívoca con todos los jóvenes —a pesar de su amor

exclusivo por Morel—desmentía con el tono, las vistas de mujeriego que exponía: “—¡Oh! a esos muchachos —dijo con una voz aguda, amanerada y cadenciosa— hay que enseñarles todo, son inocentes como un recién nacido; no saben reconocer cuándo está enamorado un hombre de una mujer. A su edad yo era más experimentado”, agregó porque le gustaba emplear las expresiones del mundo *apache*⁵¹ quizás por afición, quizás para no aparentar, evitándolas, que frecuentaba aquellos para los que constituía el vocabulario corriente. Algunos días más tarde, debí entregarme a la evidencia y reconocer que Brichot estaba enamorado de la Marquesa. Desgraciadamente aceptó varios almuerzos en casa de ella. La señora de Verdurin estimó que ya era tiempo de manifestar oposición. Fuera de la utilidad que le suponía a una intervención, para la política del pequeño núcleo, esas especies de explicaciones y los dramas que desencadenaban le gustaban cada vez más, como los que hacen nacer la ociosidad tanto en el mundo aristocrático como en la burguesía. Fue un día de gran emoción en la Raspelière cuando se vio a la señora de Verdurin desaparecer durante una hora con Brichot, a quien se supo le había dicho que la señora de Cambremer se burlaba de él, que era el hazmerreír de su salón, que iba a deshorrar su vejez y comprometer su posición en la enseñanza. Llegó hasta hablarle en términos conmovedores de la lavandera con quien vivía en París y de su pequeña hija. Ganó Brichot dejó de ir a Féterne, pero fue tal su pesar que durante dos días pudo creerse que iba a perder por completo la vista y de cualquier modo su enfermedad había dado un salto para adelante que ya no pudo evitarse. Sin embargo, los Cambremer, cuya cólera contra Morel era grande, invitaron una vez y a propósito, al señor de

Charlus, pero sin él. Al no recibir respuesta del barón, creyeron haber cometido una torpeza y suponiendo que el rencor es mal consejero, escribieron un poco tardíamente a Morel, humillación que provocó la sonrisa del señor de Charlus, demostrándole su poder. —Usted responderá por ambos, que acepto”, dijo el barón á Morel. Llegado el día de la comida, esperaban en el salón grande de Féterne. Los Cambremer daban esa comida en realidad para lo más elegante, que eran el señor Féré y la señora. Pero temían a tal punto disgustar al señor de Charlus que aunque habían conocido a los Féré por intermedio del señor de Chevregny, la señora de Cambremer sintió fiebre cuando el día de la comida vio que éste los visitaba en Féterne. Se intentaron todos los pretextos para despacharlo a Beausoleil lo antes posible, no lo suficiente sin embargo para que dejara de cruzarse en el patio con los Féré, que se sintieron tan chocados de ver que lo echaban como avergonzado se sentía él. Pero a toda costa los Cambremer querían ahorrarle al señor de Charlus la presencia del señor de Chevregny, estimando que éste era provinciano debido a los matices que se descuida en familia, pero que sólo se tienen en cuenta frente a los extraños, que son precisamente los únicos que no los advertirían. Pero a uno no le gusta enseñar esos parientes que se han quedado en lo que ya nos esforzamos por no ser. En cuanto a los Féré, eran en el más alto grado lo que se llama gente “muy bien”. A los ojos de quienes los calificaban en esa forma sin duda los Guermantes, los Rohan y muchos otros también eran gente muy bien pero su nombre evitaba tener que decirlo. Como no todos conocían el elevado nacimiento de la madre del señor Féré y el círculo extraordinariamente restringido que frecuentaban ella y su marido,

cuando acababan de nombrarlos, se agregaba siempre, a título explicativo, que eran gente de lo mejor”. ¿Su nombre oscuro les indicaba una especie de altiva reserva? De cualquier modo los Féré no veían a cierta gente que hubieran frecuentado los de La Trémoille. Se había necesitado la situación de reina al borde del mar que tenía en la Mancha la vieja marquesa de Cambremer, para que los Féré asistiesen cada año a una de sus recepciones. Los habían invitado a cenar y se especulaba mucho con el efecto que sobre ellos iba a producir el señor de Charlus. Anunciaron discretamente que estaba entre los convidados. Por casualidad la señora de Féré no lo conocía. La señora de Cambremer experimentó con ello una viva satisfacción y la sonrisa del químico que por primera vez va a poner en contacto dos cuerpos particularmente importantes le recorrió el rostro. Se abrió la puerta y la señora de Cambremer estuvo a punto de desmayarse al ver que Morel entraba solo. Como un secretario de los comandos, encargado de disculpar a su ministro; como una esposa morganática que expresa cuánto lamenta estar indispuerto el príncipe (así se portaba la señora de Clinchamp con el duque de Aumale), Morel dijo con el más ligero de los tonos: “—El barón no podrá asistir. Está un poco indispuerto; por lo menos supongo que será por eso; no lo he encontrado esta semana” agregó, desesperando hasta con estas últimas palabras a la señora de Cambremer, que le había dicho al señor Féré y la señora, que Morel veía a toda hora al señor de Charlus. Los Cambremer fingieron que la ausencia del barón era un nuevo atractivo para la reunión y sin dejar que Moret los oyese decían a sus invitados: “—Lo haremos sin él, ¿verdad?, será más agradable”. Pero estaban furiosos, sospecharon una cábala organizada por la

señora de Verdurin y cuando ésta volvió a invitarlos a la Raspelière, el señor de Cambremer, que no podía resistir el placer de ver su casa de nuevo y encontrarse con el pequeño grupo, asistió pero solo, diciendo que la Marquesa lo sentía muchísimo, pero que su médico le había ordenado no salir del cuarto. Los Cambremer creyeron que esa presencia a medias daba a la vez una lección al señor de Charlus y les enseñaba a los Verdurin que no les debían sino una cortesía limitada, como cuando antaño las princesas de la sangre acompañaban a las duquesas, pero sólo hasta la mitad del segundo cuarto. A/cabo de algunas semanas estaban casi disgustados. El señor de Cambremer me lo explicaba así: “—Le diré que con el señor de Charlus era sumamente difícil. Es extremadamente dreyfusista... —¡Pero no! —Sí... de cualquier manera, lo es su primo, el príncipe de Guermantes; bastante les arrojan la piedra por ello. Tengo unos parientes que se fijan mucho en estas cosas. No puedo frecuentar a esa gente; me disgustaría con toda mi familia—. Ya que el príncipe de Guermantes es dreyfusista, tanto mejor, dado que Saint-Loup, que según parece se casa con la sobrina, también lo es. Quizás sea ese el motivo del casamiento. Vamos, querida, no diga usted que Saint-Loup, a quien tanto queremos, es dreyfusista. No se deben difundir esos rumores a la ligera, dijo el señor de Cambremer. Usted lo dejaría mal parado en el ejército—. Lo ha sido, pero ya no lo es, le dije al señor de Cambremer. En cuanto a su casamiento con la señorita de Guermantes-Brassac, ¿es verdad? —No se habla de otra cosa, pero usted está en buenas condiciones para saberlo—. Pero si les repito que a mí misma me dijo que era dreyfusista, agregó la señora de Cambremer. Es por otra parte muy disculpable. Los Guermantes son alemanes a medias. —En

cuanto a los Guermantes de la calle Varenne, usted puede decir del todo, dijo Cancan. Pero con Saint-Loup, es harina de otro costal; por más que tenga toda una parentela alemana, su padre reivindicaba ante todo su título de gran señor francés; volvió al servicio en 1871 y lo mataron de la manera más honrosa durante la guerra. Por más puntilloso que yo sea sobre ese asunto, no hay que exagerar ni en uno ni en otro sentido. In medio... virtud ¡ah! no puedo recordarlo. Es algo que dice el doctor Cottard. Ese sí que tiene siempre la palabra oportuna. Usted debía tener aquí un pequeño Larousse”. Para no verse obligado a pronunciarse sobre la cita latina y abandonar el tema de Saint-Loup, en el que su marido parecía advertirle falta de tacto, la señora de Cambremer se refirió a la Patrona, cuyo disgusto con ellos debía explicarse aún más. “—Le hemos alquilado sin inconvenientes la Raspelière a la señora de Verdurin, dijo la marquesa. Sólo que parecía que conjuntamente con la casa y todo lo que consiguió, el goce del prado, los cortinados antiguos, cosas todas que no estaban en el contrato, tendría más derecho a sentirse vinculada con nosotros. Son cosas completamente distintas. Nuestro error consiste en no haberlas delegado sencillamente en un gerente o una agencia. En Féterne no tiene importancia, pero ya veo desde aquí el gesto de mi tía de Ch’nouvelle si viera llegar en mi día de recibo a la vieja de Verdurin con sus cabellos sueltos. En cuanto al señor de Charlus, naturalmente conoce a gente muy bien, pero también conoce otra muy mal”. Yo preguntaba. Urgida, la señora de Cambremer acabó por decir: “—Se dice que mantenía a un señor Moreau, Morille, Morue, ya no sé quién. Ninguna relación, se entiende, con el violinista Morel, agregó ruborizándose. Cuando supe que la señora de Verdurin se imaginaba

que por ser nuestra inquilina en la Mancha, tendría derecho a visitarme en París, comprendí que había que cortar el cable”.

A pesar de ese disgusto con la Patrona, los Cambremer no estaban en malas relaciones con los fieles y subían de buen grado a nuestro vagón cuando estaban en la línea. A punto de llegar a Doville, Albertina sacaba por última vez su espejo, creía a veces útil cambiarse los guantes o quitarse por un rato el sombrero y con la peineta de carey que le había regalado yo y que tenía en los cabellos, se alisaba las ondas, lo esponjaba y si era necesario, por encima de la ondulación que bajaba en valles regulares hasta la nuca, enderezaba su rodete. Una vez ubicados en los coches que nos esperaban, ya no se sabía dónde estábamos; los caminos no tenían luz; por el ruido más sonoro de las ruedas se sabía que atravesábamos una aldea; creíamos haber llegado y nos encontrábamos en pleno campo; oíamos campanas lejanas, olvidando que estábamos de smoking y nos habíamos dormido casi; cuando al cabo de ese amplio margen de oscuridad que debido a la distancia recorrida y los incidentes característicos en todo trayecto en ferrocarril, parecía que habíamos llegado a una hora avanzada de la noche; y casi a mitad de camino de un regreso hacia París, de pronto, en cuanto el deslizar del coche sobre una arena más fina revelaba que acabábamos de entrar al parque, estallaban y nos reintegraban a la vida mundana las luces brillantes del salón, luego del comedor, donde experimentábamos un vivo movimiento de retroceso al oír dar las ocho que creíamos pasadas hacía rato mientras los numerosos servicios y los vinos finos iban a sucederse alrededor de los hombres de frac y de las mujeres semiescotadas, en una cena rutilante de luces, como una verdadera comida en la ciudad y que

sólo rodeaban, cambiando por ello su carácter, la doble bufanda singular y sombría que tejieran —desviadas por esa utilización social, de su solemnidad primitiva— las horas nocturnas, campestres y marinas de la ida y la vuelta. Ésta nos obligaba, en efecto, a dejar el esplendor radiante y pronto olvidado del salón luminoso, por los coches en que me las arreglaba para estar con Albertina, para que mi amiga no pudiese estar con otros, sin mí y a menudo por otro motivo más, y es que ambos podíamos hacer muchas cosas en un coche a oscuras en el que los sacudones de la bajada nos justificaban para el caso en que se filtrara bruscamente un rayo de luz, por estar abrazados juntos. Cuando el señor de Cambremer no estaba disgustado aún con los Verdurin, me preguntaba: “¿No le parece que con esa niebla va a tener sofocaciones? Mi hermana las ha tenido y terribles esta mañana. ¡Ah! usted también las tiene, decía con satisfacción. Se lo diré esta noche. Ya sé que al volver se informará enseguida si hace tiempo que no las ha tenido usted”. No me hablaba de las mías por otra parte más que para llegar a las de su hermana y sólo me hacía describir las particularidades de las primeras para señalar mejor las diferencias que había entre ambos. Pero a pesar de éstas, como le parecía que las sofocaciones de su hermana debían tener autoridad, no podía creer que lo que le conviniera a las suyas no conviniera a las mías y se irritaba porque yo no lo ensayaba, y es que hay algo aún más difícil que limitarse a un régimen y consiste en no imponérselo a los demás. “—Por otra parte, qué digo yo, profano, cuando está usted aquí, en el arcópagó, en la misma fuente. ¿Qué piensa de ello el profesor Cottard?” Volví a ver por otra parte nuevamente a su mujer porque había dicho que mi prima tenía un aspecto curioso y quería

saber qué entendía por ello. Negó haberlo dicho pero acabó por confesar que había hablado de una persona que creyó encontrar con mi prima. No sabía su nombre y dijo finalmente que si no se equivocaba era la mujer de un banquero, que se llamaba Lina, Linette, Lisette, Lía; en fin algo por el estilo. Yo supuse que “mujer de un banquero” sólo había sido colocado para mayor demarcación. Quise preguntarle si era cierto a Albertina. Pero prefería parecer el que sabe al que pregunta. Por otra parte Albertina no me hubiera contestado nada o un “no” cuya “n” vacilara demasiado y la “o” fuese demasiado llamativa. Albertina nunca contaba hechos que pudieran perjudicarla, sino otros que sólo podían explicarse por los primeros, ya que la verdad era más bien una corriente que parte de lo que nos dicen y que uno capta, por invisible que sea, la misma cosa que nos han dicho. Por eso cuando le aseguré que una mujer que había conocido ella en Vichy tenía mal aspecto, me juró que esa mujer no era en absoluto lo que yo creía y nunca había tratado de hacerle mal. Pero otro día agregó, al hablarle yo de mi curiosidad por esa clase de personas, que la señora de Vichy era también una amiga, que ella, Albertina, no la conocía, pero que la señora le había “prometido hacérsela conocer”. Para que se lo hubiese prometido era pues necesario que Albertina lo deseara o que la señora supiera al ofrecérselo que le causaba placer. Pero si se lo objetara a Albertina, parecería que tenía sólo revelaciones de ella y las hubiese detenido enseguida; ya no podría saber más nada y ya no me temerían. Por otra parte estábamos en Balbec, y la dama de Vichy habitaba Menton con su amiga; el alejamiento y la imposibilidad del peligro hubiesen destruido prontamente mis sospechas. A menudo cuando el señor

de Cambremer interpelaba desde la estación yo acababa de aprovechar las tinieblas con Albertina y con tanto más trabajo cuanto que ésta había luchado un poco creyendo que no fueran lo bastante cerradas. “—Usted sabe que estoy segura de que nos ha visto Cottard; por otra parte, aun sin vernos, ha oído su voz sofocada justo en el momento en que hablaban de las sofocaciones de otro tipo”, me decía Albertina al llegar a la estación de Douville, donde volvíamos a tomar el trencito para el regreso. Pero ese regreso, lo mismo que el viaje de ida, al darme cierta sensación de poesía, me despertaba el deseo de viajar y llevar una nueva vida y por eso mismo me hacía encarar el abandono de todo proyecto de casamiento con Albertina y hasta el de romper nuestras relaciones definitivamente; también por lo mismo y debido a su naturaleza contradictoria, me facilitaba esa ruptura. Porque tanto a la ida como a la vuelta, a cada estación subían con nosotros o nos saludaban desde el andén personas conocidas; predominaban sobre los placeres furtivos de la imaginación, los continuados de la sociabilidad que son tan apaciguadores y tan arrulladores. Ya antes de las estaciones mismas, sus nombres (que me habían hecho soñar tanto desde el día en que las oyera durante esa primera noche en que viajara con mi abuela) se humanizaron y perdieron su singularidad desde esa noche en que Brichot ante la súplica de Albertina nos había explicado completamente sus etimologías. Me había parecido encantadora esa flor que terminaba algunos nombres como Fiquefleur, Honfleur, Flers Barfleur, Harfleur, etc., y divertido el buey que está al final de Bricqueboeuf. Pero desapareció la flor y también el buey cuando Brichot (y eso me lo había dicho el primer día en el tren) nos hizo

saber que la flor quiere decir puerto (como fiordo) y que buey en normando *budb*, significa cabaña.⁵² Al citar el varios ejemplos se generalizaba lo que me había parecido particular ir y Bricqueboeuf se iba a juntar con Elbeuf y aun en un nombre tan individual de primera intención como el lugar, como el nombre c e Pennedepie, en que las singularidades más imposibles de dilucidar con la razón me parecían mezcladas desde tiempo inmemorial en un vocablo feo, sabroso y endurecido como cierto queso normando, me desencantó encontrar el *pen* galo, que significa montaña y se encuentra tanto en Pennemarck, como en los Apeninos. Como a cada parada del tren advertía que tendría que repartir apretones de manos amigas, ya que no recibir visitas, le decía a Albertina: “Apúrese y pídale a Brichot los nombres que desea saber. Me había hablado usted de Marcouville l’Orgueilleuse. —Sí, me gusta mucho ese orgullo, es una aldea altiva, dijo Albertina. —Le parecería, contestó Brichot más altiva aún si en lugar de hacerse francesa o aún de baja latinidad, tal como se la encuentra en el cartulario del obispo de Bayeux, *arcouvilla superba*, tomara la forma más antigua, más cercana al normando *Marcuplinvilla superba*, la aldea, el dominio de Merculph. En casi todos esos nombres terminados en ville, puede usted aún ver erguirse en estas costas, al fantasma de los ásperos invasores normandos. En Harembouville, usted no tuvo, de pie en la portezuela, más que a nuestro excelente doctor, que evidentemente nada tiene de un jefe normando. Pero cerrando los ojos, podría ver al ilustre Herimund (*Herimundivilla*). Aunque no sé por qué se recorren estos caminos comprendidos entre Ligny y Balbec-Plage, de preferencia a los muy pintorescos que llevan desde Ligny hasta el antiguo Balbec... La señora de Verdurin

ha paseado quizás por ahí en coche. Entonces habrán visto a Incarville o aldea de Wiscar y Tourville, antes de llegar a casa de la señora de Verdurin, que es la aldea de Turoid. Además no sólo hubo normandos. Parece que llegaron alemanes hasta aquí (Aumenancourt, Alemanicurtis) no se lo digamos a ese joven oficial que observo; sería muy capaz de no querer volver a casa de sus primos. También hubo sajones, como lo comprueba la fuente de Sissonne (una de las metas favoritas en los paseos de la señora de Verdurin y a justo título), así como en Inglaterra el Middlesex, el Wessex. Cosa inexplicable, pareciera que hasta aquí hubieran llegado godos y moros, porque Mortagne proviene de Mauretania. El vestigio quedó en Gourville *Goth.orunvilla*. Algún rastro de los latinos subsiste, por otra parte, también: Lagny (*Laliniacum*). —Me pregunto la explicación de Thorpehomme, dijo el señor de Charlus. Comprendo hombre (*homme*) agregó mientras el escultor y Cottard cambiaban una mirada de inteligencia. ¿Pero Thorph?— *Homme*, no significa de ninguna manera lo que usted supone, barón, repuso Brichot, mirando maliciosamente a Cottard y al escultor. *Homme*, no tiene nada que ver aquí con el sexo al que no debo mi madre. *Home* es holm, que significa islote, etc... En cuanto a *Thorph*, o aldea, lo volvemos a encontrar en cien palabras con las que aburrí a nuestro joven amigo. Así en Thorpehomme, no hay tal nombre de jefe normando, sino palabras de la lengua normanda. Ya ven ustedes cómo toda esa región ha sido germanizada. —Creo que exagera, dijo el señor de Charlus. Ayer fui a Orgeville—. Esta vez sí que le devuelvo el hombre que le había quitado en Thorpehomme, barón. Dicho sea sin pedantería, una carta de Roberto I, nos da para Orgeville, *Otgervilla*, el dominio de Otger. Todos esos

nombres son los de los antiguos señores. Octeville la Venelle es para el Avenel. Los Avenel eran una conocida familia de la edad media. Bourguenolles, adonde nos llevó días pasados la señora de Verdurin, se escribía *Bourg de môles*, porque esa aldea perteneció en el siglo XI a Baudoin de Môles, así como la ChaiseBaudoin; pero henos aquí en Doncières. —¡Dios mío! cuántos tenientes tratarán de subir, dijo el señor de Charlus con un espanto simulado. Lo digo por usted, porque a mí no me molesta, ya que bajo ahora mismo. —¿Oye, doctor?, dijo Brichot. El barón teme que los oficiales le pasen por encima. Y sin embargo están dentro de su papel al encontrarse amontonados aquí, porque Doncières es exactamente SaintCyr, *Dominus Cyriacus*. Hay muchos nombres de ciudades en que Sanctus y Sancta se ven reemplazados por *dominus* y *domina*. Por otra parte, esta ciudad tranquila y militar tiene a veces la apariencia de Saint-Cyr, de Versailles y hasta de Fontainebleau”.

Durante esos regresos (así como en las idas) le decía a Albertina que se vistiera, porque demasiado sabía que tendríamos que recibir cortas visitas en Doncières, en Epreville, en Saint-Vast. Por otra parte no me eran desagradables, ya fuese en Hermenonville (el dominio de Herimund) la del señor de Chevregny, que aprovechaba que había ido a buscar unos invitados para pedirme que fuera a almorzar al día siguiente en Montsurvent o en Doncières; la invasión repentina de uno de los encantadores amigos de Saint-Loup enviado por él (si no estaba desocupado) para trasmitirme una invitación del capitán de Borodino de la mesa de oficiales al *Cocq-Hardi* o de los suboficiales para el Faisán *de Oro*. Saint-Loup venía a menudo por sí mismo y mientras se quedaba, sin que se pudiera advertirlo, yo

mantenía prisionera a Albertina bajo mis miradas, por otra parte inútilmente vigilantes. Una vez sin embargo interrumpí mi guardia. Como había una larga parada, al saludarnos Bloch se escapó casi enseguida para reunirse con su padre, que acababa de heredar al tío y había alquilado un castillo que se llamaba la Encomienda y le parecía propio de un gran señor circular sólo en silla de posta, con postillones de librea. Bloch me rogó que lo acompañara hasta el coche. “Pero apúrate porque esos cuadrúpedos son impacientes; ven, hombre caro a los dioses, le causarás placer a mi padre”. Pero yo sufría demasiado al dejar a Albertina en el tren con Saint-Loup; hubieran podido mientras me volvía, ir a otro vagón hablarse, sonreirse, tocarse, ya que mi mirada que se adhería a Albertina no podía desprenderse de ella mientras estuviera Saint-Loup. Y yo vi muy bien que Bloch, que me había pedido como un favor que fuera a saludar al padre ante todo creyó poco amable que se lo rehusase cuando nada me lo impedía, ya que los guardas habían avisado que el tren se quedaría por lo menos un cuarto de hora en la estación y casi todos los pasajeros sin los cuales no volvería a salir, habían bajado; y luego no dudó que eso ocurría porque decididamente era *snob*, ya que mi conducta en esa ocasión le pareció decisiva. Porque no ignoraba el nombre de las personas con quienes me encontraba. En efecto, el señor de Charlus me había dicho algún tiempo antes y sin recordarme o sin preocuparse que eso ya se hubiese hecho para acercarse a él: “Pero presénteme pues a su amigo; lo que usted hace es una falta de respeto para mí y había conversado con Bloch, que pareciera gustarle enormemente al extremo de que lo gratificó con un “espero volver a verlo”. “—Entonces es irrevocable, no quieres andar cien metros para saludar

a mi padre, a quien le causarías tanto placer”, me dijo Bloch. Me apenaba fallarle aparentemente a la camaradería, y más aún por el motivo por el cual Bloch creía que yo fallaba y percibir que suponía que yo no era el mismo con mis amigos burgueses cuando había gente de rango. Desde ese día dejó de demostrarme la misma amistad y lo que me resultaba más penoso, ya no tuvo la misma estima por mi carácter. Pero para desengañarlo acerca del motivo que me retuviera en el vagón, tendría que haberle dicho algo —a saber, que sentía celos de Albertina—, lo que me hubiera resultado aún más doloroso que dejarle creer que era estúpidamente mundano. Así es como teóricamente uno cree que debiera siempre explicarse francamente y evitar los malentendidos. Pero muy a menudo los combina la vida de tal modo que para disiparlos, en las pocas circunstancias en que fuera posible, habría que revelar —lo que no es el caso aquí— algo que ofendería más a nuestro amigo que el cargo imaginario que nos atribuye o un secreto cuya divulgación —y era lo que me acababa de suceder— nos parece aún peor que el malentendido. Y además, aún sin explicarle a Bloch, ya que no podía hacerlo, el motivo por el cual no lo había acompañado, si le hubiese rogado que no se sintiera ofendido, sólo conseguiría duplicar esa ofensa al indicar que la había advertido. No había nada que hacer sino inclinarse ante ese fatum que había querido que la presencia de Albertina me impidiese acompañarlo y que creyera por el contrario que era la de esa gente brillante la que, aunque lo hubiera sido cien veces más, sólo tendría por efecto que me ocuparía entonces exclusivamente de Bloch y le reservara toda mi cortesía. Bastó así que accidentalmente, absurdamente un incidente (en este caso la presencia de Albertina y

de Saint-Loup) se interpusiera entre dos destinos cuyas líneas convergían una hacia otra, para que se desviarán, se apartaran más y más y ya no pudieran acercarse. Y hay amistades más hermosas que las de Bloch y la mía, que se han visto destruidas sin que el involuntario autor del disgusto haya podido explicarle nunca al disgustado lo que sin duda curara su amor propio y devolviera su simpatía decreciente.

Amistades más hermosas que la de Bloch no sería por otra parte decir mucho. Tenía todos los defectos que más me disgustaban. Mi ternura por Albertina era accidentalmente lo que me permitía soportarlos. Así en ese sencillo momento en que yo conversé con él mientras vigilada con un ojo a Roberto, Bloch me dijo que había almorzado en casa de la señora de Bontemps y que todos habían hablado con los mayores elogios de mí hasta el “declinar de Hélios”. “Bueno, pensé, como la señora de Bontemps cree que Bloch es un genio, el sufragio entusiasta que me habrá concedido producirá más de lo que todos los demás pudieran haber dicho, y eso llegará de vuelta hasta Albertina. De un día al otro, no puede dejar de enterarse, y me asombra que su tía no le haya dicho todavía que soy un hombre “superior”. “—Sí, agregó Bloch, todos hicieron tu elogio. Yo sólo guardé un silencio tan profundo como si en lugar del almuerzo, por otra parte mediocre que nos servían, hubiese absorbido amapola, cara al bienaventurado hermano de Tanathos y de Letea, el divino Hypnos que envuelve con dulces ligaduras el cuerpo y la lengua. y no es que te admire menos que esa banda de perros ávidos con los que me habían invitado. Pero yo te admiro porque te comprendo y ellos te admiran sin comprenderte. Para decirlo mejor, te admiro demasiado para hablar así de ti, en público; me hubiera parecido una profanación

alabar en voz alta lo que llevo en lo más hondo de mi corazón. Por más que me preguntaran a tu respecto, un Pudor sagrado, hijo de Kronion, me hizo enmudecer. No tuve el mal gusto de parecer descontento, pero ese pudor me pareció pariente —mucho más que de Kronion— de ese pudor que le impide a un crítico que nos admira hablar de nosotros para que el templo secreto en el que reinamos no sea invadido por la turba de los lectores ignoros y los periodistas; con el pudor del hombre de estado que no nos condecora para que no nos confundan en medio de la gente que no vale lo que nosotros; con el pudor del académico que no vota por nosotros para ahorrarnos la vergüenza de ser colega de X ..., que no tiene talento; con el pudor en fin más respetable y más criminal sin embargo de los hijos que nos ruegan no escribamos de sus padres difuntos, que tuvo muchos méritos para asegurarles el silencio y el descanso, impedir que se mantenga la vida y se cree gloria alrededor del pobre muerto, que preferiría su nombre pronunciado por las bocas de los hombres a las coronas conducidas, muy piadosamente por otra parte, hasta su tumba.

Si mientras Bloch me desesperaba por no comprender los motivos que me impedían saludar a su padre, me habla irritado al confesarme que me descuidara en casa de la señora de Bontemps (ahora comprendía por qué Albertina no había aludido nunca a ese almuerzo y se quedaba en silencio cuando le hablaba del afecto de Bloch por mí) el joven israelita produjo en el señor de Charlus una impresión muy distinta al fastidio.

En verdad Bloch creía ahora que no sólo no podía yo estar ni un segundo lejos de la gente elegante, sino que celoso de las iniciativas

que pudieron tener con él (como el señor de Charlus) trataba de ponerle trabas y le impedía vincularse, con ellos; pero por su parte el barón lamentaba no haber visto más a mi compañero. Según su costumbre, se cuidó de demostrarlo. Empezó por hacerme, sin aparentarlo, algunas preguntas acerca de Bloch, pero con un tono tan negligente, con un interés que parecía a tal punto simulado que nadie podía creer que oyese las respuestas. Con un aire desprendido, con una melopeya que más que indiferencia indicaba distracción y como una simple cortesía por mí. —“Parece inteligente, dijo que escribía tiene talento?”. Le dije al señor de Charlus que había sido muy amable al decirle que esperaba volver a verlo. Ni por un movimiento reveló el barón que había oído mi frase y como la repetí cuatro veces sin tener respuesta, acabé por dudar si no habría sido víctima de un espejismo acústico cuando creí oír lo que había dicho el señor de Charlus. —“¿Vive en Balbec?”, canturreó el barón, con un aspecto tan poco inquisitivo que es enojoso que el idioma francés no posea otro signo además del de interrogación para terminar esas frases aparentemente tan poco interrogativas. Es verdad que ese signo no le serviría al señor de Charlus. —“No, alquilaron cerca de aquí, la “Encomienda”. Una vez que supo lo que deseaba el señor de Charlus fingió despreciar a Bloch. “¡Qué horror!, exclamó devolviéndole a la voz todo su vigor de clarín. Todas las localidades o propiedades llamadas “La Encomienda” han sido construidas o poseídas por los Caballeros de la Orden de Malta (a la que pertenezco) como los lugares llamados el Templo o la Caballería por los Templarios. Si yo habitara la “Encomienda” sería muy natural. Pero un judío..

Por otra parte no me asombra; eso depende de un curioso afán por el sacrilegio propio de esa raza. En cuanto un judío tiene bastante dinero para comprar un castillo, elige siempre uno que se llama el Priorato, la Abadía, el Monasterio, la Casa de Dios. Tuve que habérmelas con un funcionario judío, ¿adivinen dónde vivía?, en *Pont-l'Evêque*.⁵³ Caído en desgracia se hizo mandar a Bretaña, en *Pont-l'Abbè*.⁵⁴ Cuando en Semana Santa dan esos espectáculos indecentes que se llaman *La Pasión*, la mitad de la sala está llena de judíos, en cantados de pensar que van a crucificar por segunda vez a Jesús, por lo menos en efigie. En el concierto de Lamoureux, tenía una vez por vecino a un rico banquero judío. Tocaron *la Infancia del Cristo*, de Berlioz, y estaba apenado. Pero pronto recobró la beatitud que le es habitual al oír el encantamiento de viernes santo. Su amigo vive en la Encomienda, ¡desgraciado!, ¡qué sadismo! Usted me indicará el camino —agregó volviendo a su aire indiferente—, para que un día pueda ir a ver cómo soportan nuestros antiguos dominios semejante profanación. Es una desgracia, porque es educado y parece fino. Sólo le faltaría vivir en la calle del Templo, en París.” El señor de Charlus parecía con esas palabras querer encontrar únicamente un nuevo ejemplo de su teoría; pero en realidad me planteaba una pregunta con dos objetos cuyo principal era saber la dirección de Bloch. —“En efecto, hizo notar Brichot, la calle del Templo se llamaba calle de la Caballería del Templo” — “¿Y a ese respecto me permite una observación, barón?”, dijo el universitario. —“¿Qué? ¿Qué es?”, dijo secamente el señor de Charlus, al que esa observación impedía conseguir su informe. —“No, nada, contestó Brichot, cortado. Era a propósito de la etimología de Balbec que me habían pedido. La calle

del Templo se llamaba ante *Barre du Bac*, porque la Abadía de Bac, en Normandía, tenía ahí, en París, su barra de justicia”. El señor de Charlus nada contestó y aparentó no haber oído, lo que en él constituía una de las formas de la insolencia. “¿Dónde vive su amigo en París? Como las tres cuartas partes de las calles sacan su nombre de una iglesia o una abadía, hay probabilidades de que continúe el sacrilegio. No se puede impedir que los judíos vivan en el bulevar de la Magdalena, en el barrio de San Honorato o en la plaza de San Agustín. Mientras no llegan al péfido refinamiento de elegir domicilio en la plaza del atrio de Nuestra Señora, en la calle del Arzobispado, en la calle Canonesa o en la del Ave-María, hay que tenerles en cuenta las dificultades”. No pudimos informarle al señor de Charlus de cuál era la actual dirección de Bloch, que nos era desconocida. Pero yo sabía que los escritorios del padre estaban en la calle de los Mantos Blancos. “—¡Oh, es el colmo de la perversidad!”, exclamó el señor de Charlus, que pareció hallar una profunda satisfacción en su propio grito de irónica indignación. ¡”Calle de los Mantos Blancos!”, repitió, exprimiendo cada sílaba con una risa. “¡Qué sacrilegio! Piensen que esos Mantos Blancos profanados por el señor Bloch eran los de los hermanos mendicantes, llamados siervos de la Virgen que ahí estableció San Luis. Y la calle perteneció siempre a órdenes religiosas. La profanación es tanto más diabólica cuanto que a dos pasos de la calle de los Mantos-Blancos, existe una calle cuyo nombre no recuerdo y que está íntegramente concedida a los Judíos; hay ahí caracteres hebraicos en las tiendas, fábricas de pan ázimo, carnicerías judías, es enteramente la *judengasse* de París. Ahí debía vivir el señor Bloch. Naturalmente—repuso con énfasis y altivez para proferir conceptos

estéticos que dieran por una respuesta que le dirigía a pesar de su herencia, un aspecto de antiguo mosquetero Luis XIII a su rostro erguido y hacia atrás—, no me ocupo de eso sino desde el punto de vista del arte. La política no es mi especialidad y no puedo condenar en bloque ya que de Bloch se trata⁵⁵ a una nación que lo cuenta a Spinoza entre sus hijos ilustres. Y lo admiro demasiado a Rembrandt para ignorar qué belleza puede extraerse de la frecuentación de la sinagoga. Pero en resumidas cuentas un *ghetto* es tanto más hermoso cuanto más homogéneo y más completo. Esté seguro por otra parte a tal punto el instinto práctico y la avidez se mezclan en ese pueblo con el sadismo, de que la proximidad de la calle hebraica de que hablo y la comodidad de tener al alcance de la mano las carnicerías de Israel le hicieron elegir a su amigo la calle de los Mantos Blancos. ¡Qué curioso! Por otra parte, por ahí vivía un extraño judío que había hecho hervir ostias, después de lo cual supongo que lo hicieron hervir a él, lo que es tanto más extraño cuanto que parecería indicar que el cuerpo de un judío vale tanto como el cuerpo de Dios. Quizás pudiera arreglarse algo con su amigo para que nos acompañe a ver la iglesia de los Mantos Blancos. Piensen que ahí es donde se depositó el cuerpo de Luis de Orleáns, después de su asesinato por Juan Sin Miedo, quien por desgracia no nos libró de los Orleáns. Estoy por otra parte personalmente en excelentes relaciones con mi primo el duque de Charles, pero en fin es una raza de usurpadores que hizo asesinar a Luis XVI, y despojó a Carlos X y Enrique V. Tienen por otra parte a quién salir, ya que cuentan a *Monsieur* entre sus antepasados, que se llamaba sin duda así⁵⁶ porque era la más asombrosa de las ancianas y el Regente y todo lo demás. ¡Qué familia!” Ese discurso antijudío o

prohebreo —según se fijara uno en lo exterior de las frases ó en las intenciones que revelaran— había sido cortado cómicamente por mí con una frase que me había susurrado Morel y que lo había desesperado al señor de Charlus. Morel que no había dejado de advertir la impresión que produjera Bloch, me agradecía al oído haberlo “despachado”, agregando cínicamente: “—Hubiera deseado quedarse, todo eso son celos, ya quisiera tomar mi lugar. Es muy propio de un judío”. “—Hubiéramos podido aprovechar esa parada que se prolonga para pedirle explicaciones a su amigo. ¿No podría alcanzarlo usted?”, me preguntó el señor de Charlus con la ansiedad de la duda. “—No; es imposible, partió en coche y por otra parte, disgustado conmigo”. “—Gracias, gracias”, me sopló Morel. “—El motivo es absurdo, siempre puede alcanzarse un coche; nada le impide tomar un auto —contestó el señor de Charlus, acostumbrado a que nada se le negara. Pero al advertir mi silencio—: ¿Cuál es ese coche más o menos imaginario?”, me dijo con insolencia y una última esperanza. “—Es una silla de posta abierta y que ya debe haber llegado a la Encomienda”. Ante lo imposible, el señor de Charlus se resignó y fingió bromear. “—Comprendo que no se hayan atrevido con el cupé redundante. Hubiera sido un *recupé*”.⁵⁷ Por fin nos avisaron que el tren salía y nos dejó Saint-Loup. Pero ese fue el único día en que al subir a nuestro vagón, me hizo sufrir a mis espaldas, ante el pensamiento que por un instante tuve de dejarlo con Albertina para acompañarlo a Bloch. Otras veces no me torturó su presencia. Porque por sí misma y para evitarme toda inquietud Albertina se colocaba con cualquier pretexto de tal modo que ni siquiera involuntariamente pudiera rozarlo a Roberto, casi demasiado lejos para tener que darle

la mano y desviando los ojos de él; en cuanto él estaba se ponía a conversar ostensiblemente y casi con afectación con cualquiera de los demás pasajeros, continuando ese juego hasta que Saint-Loup se alejara. De esa manera, como las visitas que nos hacía en Doncières no me causaban ningún sufrimiento, ni siquiera ninguna molestia, no eran una excepción entre las demás que me resultaban todas agradables al traerme en cierto modo el homenaje y la invitación de esa tierra. Ya desde el final del verano, en nuestro trayecto de Balbec a Douville, cuando advertía a lo lejos esa estación de San Pedro de los Tejos, donde por la noche y durante un instante centelleaba la cresta de los acantilados, rosada con el sol poniente como la nieve de una montaña, no pensaba ni en la tristeza que la vista de su extraña forma me había causado repentinamente la primera noche, dándome unas ganas tan grandes de volver a tomar el tren de regreso a París en lugar de seguir hasta Balbec el espectáculo que por la mañana podía tenerse por ahí según Elstir, en la hora anterior al sol naciente, cuando todos los colores del arco iris se reflejan en las rocas y tantas veces había despertado al chiquillo que un año le sirviera de modelo, para pintarlo desnudo en la arena. El nombre de San Pedro de los Tejos sólo me anunciaba que iba a aparecer un extraño cincuentón, ingenioso y pintado con quien podría hablar de Chateaubriand y de Balzac. Y ahora en las brumas nocturnas tras ese acantilado de Incarville, que tanto me hiciera soñar antaño, lo que yo veía, como si su greda antigua se hubiese hecho transparente, era la hermosa casa de un tío del señor de Cambremer, en la que sabía que siempre se alegrarían de recogerme, si no quisiera cenar en la Raspelière o volver a Balbec. Así que no eran solamente los nombres de los lugares de

esa zona los que habían perdido su misterio inicial, sino los mismos lugares. Los nombres ya vacíos a medias de un misterio que había reemplazado la etimología por el razonamiento, habían bajado un grado más. En nuestros regresos a Hermonville, a Saint-Vast, a Arambouville, en momentos en que se detenía el tren, advertíamos unas sombras que en un principio no reconocíamos y que Brichot, que no veía nada, hubiera podido confundir en la noche, con los fantasmas de Herimundo, Wiscar y Herimbardo. Pero se acercaban al vagón. Era sencillamente el señor de Cambremer, completamente disgustado con los Verdurin, que acompañaba a unos invitados y que de parte de su madre y de su mujer venía a pedirme si no quería dejarme “raptar” para estar algunos días en Féterne, donde iban a sucederse una excelente música que me cantaría integro a Glück y un famoso jugador de ajedrez con el que haría unos partidos excelentes y que no le irían en zaga a los de pesca y yachting en la bahía, ni siquiera a las comidas de los Verdurin para las que el marqués se comprometía solemnemente a “prestarle” haciéndome llevar y volver a buscar para mayor facilidad y también para mayor seguridad. “—Pero no puedo creer que sea bueno para usted subir tan alto. Sé que mi hermana no podría soportarlo. Volvería en un estado... No está muy bien por otra parte en estos momentos. Verdaderamente, ha tenido usted un ataque tan fuerte. Mañana no podrá estar de pie”. Y se desternillaba, no por maldad sino por el mismo motivo por el que no podía ver caer a un rengo en la calle sin reírse o conversar con un sordo. “—¿Y antes? ¿Cómo hace quince días que no tiene nada? ¿Sabe que es muy bueno? Verdaderamente debía instalarse en Féterne, conversaría de sus sofocaciones con mi hermana”. En Incarville era

el marqués de Montpeyroux quien, como no había podido ir a Féterne, porque se había ausentado por la caza, venía a la estación con botas y el sombrero adornado con una pluma de faisán, a estrechar la mano de los que se iban y a mí por el mismo motivo, anunciándome la visita de su hijo para un día de la semana que no me molestara; me agradecía que lo recibiera y sería muy feliz si lo hiciera leer un poco; o el señor de Crécy, que había ido a hacer su digestión, fumando según él su pipa, aceptando uno o varios cigarros y me decía: “—Y bien ¿no fija usted un día para nuestra próxima reunión a lo Lúculo? ¿No tenemos nada que decirnos? Permítame que le recuerde que está pendiente la cuestión de las dos familias de Montgommery. Tenemos que terminar eso. Cuento con usted”. Otros, sólo habían venido para comprar sus diarios. Y también muchos conversaban con nosotros; siempre sospeché que no se encontraban en el andén, en la estación más cercana a su castillo más que porque no tenían otra cosa que hacer sino encontrarse un momento con desconocidos. En resumen, eran un cuadro de vida social como cualquiera esas paradas del trencito. Él mismo parecía tener conciencia del papel que le correspondía y había adquirido cierta amabilidad humana; paciente, con un carácter dócil, esperaba a los atrasados tanto como se quisiera y una vez partido aún se detenía para recoger a los que le hacían señas; lo corrían entonces, resoplando, en lo que se le parecían, pero eran distintos en cuanto lo alcanzaban a toda velocidad mientras que él no usaba sino una sabia lentitud. Así ni Hermenonville, ni Arambouville ni Incarville me evocaban ya las bizarras grandezas de la conquista normanda, no contentos de haberse despojado enteramente de la tristeza inexplicable en que los había visto bañarse

otrora en la humedad nocturna. ¡Doncières! Para mí, aun después de haberlo conocido y despertado de mi ensueño, cuánto tiempo me había evocado ese nombre calles agradablemente glaciales, vidrieras iluminadas, aves suculentas. ¡Doncières! Ahora ya no era más que la estación en que subía Morel, Egleville (*Aquilaevilla*), aquella en que nos esperaba generalmente la princesa Sherbatoff; Maineville, la estación en que bajaba Albertina en las noches hermosas, cuando todavía no estaba demasiado cansada y tenía ganas de prolongar aún un momento conmigo, ya que por un montecillo no tenía que caminar mucho más que si se hubiese bajado en Parville (*Paternivilla*). No sólo ya no experimentaba el temor ansioso de aislamiento que me había oprimido la primera noche, sino que no tenía que temer siquiera que se despertase ni sentirme desarraigado o solitario en esa tierra que producía no sólo castaños o tamariscos, sino amistades que formaban a lo largo del recorrido una larga cadena interrumpida como la de las azuladas colinas, ocultas a veces en la rugosidad de una roca o detrás de los tilos de la avenida, pero que delegaba en cada posta un amable gentilhombre que venía con un apretón de manos cordial a interrumpir mi camino, impedir que advirtiera su longitud y en caso necesario ofrecerme recorrerlo conmigo. En la estación siguiente habría otro, a tal punto que el silbato del pequeño tranvía no nos hacía dejar un amigo si no era para encontrar otros. Entre los castillos menos cercanos y el ferrocarril que los bordeaba casi al paso de una persona que camina ligero, la distancia era tan reducida que en momentos en que desde los andenes, frente a las salas de espera, nos interpelaban sus propietarios, casi podíamos haber supuesto que lo hacían desde el umbral de sus puertas o desde la ventana de sus

cuartos, como si la pequeña vía departamental fuera sólo una calle provinciana y el solar aislado sólo un hotel ciudadano; y aun en las escasas estaciones en que no se oía el “buenas noches” de nadie, el silencio tenía una plenitud nutricia y calmante, porque lo sabía formado con el sueño de amigos que se habían acostado temprano en el cercano solar y donde mi llegada hubiera sido saludada con alegría de haber tenido que despertarlos para pedirles algún favor de hospitalidad. Además que la costumbre llena tanto nuestro tiempo que al cabo ya no nos queda un rato libre, en una ciudad en que al llegar el día nos ofrecía la disponibilidad de sus doce horas; si una por casualidad quedaba desocupada ya no hubiera tenido la ocurrencia de emplearla en ver alguna iglesia para la que antes había ido a Balbec; ni siquiera confrontar un sitio pintado por Elstir con el boceto que viera en su casa, si no jugar otro partido de ajedrez en casa del señor de Féré. Era en efecto la influencia a tal punto degradante como el embrujo que había tenido esa región de Balbec de convertirse para mí en una verdadera zona de conocidos; si su reparto territorial, su siembra extensiva a lo largo de la costa, le daban forzosamente a las visitas a esos distintos amigos la apariencia de un viaje, restringía también el viaje hasta conservar sólo el agrado social de una serie de visitas. Los mismos nombres de lugares tan turbadores para mí como el simple *Anuario de los Castillos*, hojeado en el capítulo del departamento de la Mancha, me causaban tanta emoción como el Indicador de los ferrocarriles y se me habían hecho tan familiares que hubiera podido consultar ese mismo indicador en la página Balbec-Douville por Doncières con la misma tranquilidad feliz que un diccionario de direcciones. En ese valle demasiado social a cuyos

flancos sentía adheridos, visibles o no, una compañía de amigos numerosos, el grito poético de la noche ya no era el de la rana o el de la lechuza, sino el “¿Cómo va?” del señor de Criquetot o el “Kaire” de Brichot. La atmósfera ya no me despertaba angustias y cargada de efluvios puramente humanos, era fácilmente respirable y hasta demasiado calmante. Para mí el beneficio era por lo menos no ver las cosas sino desde su punto de vista práctico. El casamiento con Albertina se me aparecía como una locura.

CAPÍTULO V

Repentino regreso a Albertina. Desesperación al alba. Parto inmediatamente con Albertina para París

Solo esperaba una oportunidad para la ruptura definitiva. Y una noche que mamá partía al día siguiente para Combray, donde debía asistir en su enfermedad postrera a una hermana de su madre y me dejaba solo para que aprovechase el aire marino como lo hubiera querido mi abuela, le *anuncié que* estaba irrevocablemente decidido a no casarme con Albertina y dejaría próximamente de verla. Me alegraba haber dado satisfacción con esas pocas palabras, a mi madre en vísperas de su partida. No me ocultó que le había resultado muy viva. También tenía que explicarme con Albertina. Al volver con ella de la Raspelière, los fieles se habían ido bajando, quiénes en Saint-Mars-le-Vétu quiénes en Saint-Pierre-des-Ifs, otros en Doncières y yo me sentía particularmente feliz y desprendido de ella y había decidido, ahora que estábamos solos en el vagón, abordar por fin esta entrevista. Por otra parte la verdad es que entre todas las muchachas de Balbec la que yo amaba, aunque ausente en este momento con sus amigas, pero que volvería (me gustaba estar con todas, porque cada una de ellas conservaba para mí como el primer día, algo de lo esencial de las demás, como si perteneciera a una raza

aparte) era Andrea. Ya que iba a volver de nuevo dentro de unos días a Balbec en verdad que enseguida vendría a verme y entonces para estar libre de no casarme con ella si no lo quería; para poder ir a Venecia, pero hasta entonces tenerla completamente para mi solo, el medio que adoptaría sería fingir que no me acercaba demasiado a ella y en cuanto llegara, cuando charláramos juntos le diría: “—Lástima no haberla visto unas semanas antes. Yo la hubiera querido; ahora mi corazón no está libre. Pero no es nada, nos veremos a menudo porque me entristece mi otro amor y usted me ayudará a consolarme”. Sonreía interiormente al pensar en esta conversación porque así le daría a Andrea la sensación de que en verdad no la quería y aprovecharía alegre y dulcemente su ternura. Pero todo eso no hacía sino más necesario hablarle seriamente a Albertina, para no obrar con desconsideración, y ya que me había decidido a consagrarme a su amiga Albertina, ella debía saber que no la quería. Había que decírselo enseguida; Andrea podía llegar de un momento a otro. Pero al acercarnos a Parville, me di cuenta de que esa noche no tendríamos tiempo y que mejor sería postergar hasta el día siguiente lo que ahora estaba irrevocablemente resuelto. Me limité, pues, a hablarle de nuestra comida en casa de los Verdurin. En momentos en que se colocaba el tapado y el tren acababa de abandonar Incarville, última estación antes de Parville, ella me dijo: “—Entonces, mañana Verdurin de nuevo: no se olvide que debe venir a buscarme”. No pude dejar de contestarle bastante secamente: “—Sí, a menos que no “largue”, porque esta vida empieza a parecerme verdaderamente estúpida. En todo caso si llegamos a ir, para que mi tiempo en la Raspelière no se haya perdido del todo, tendré que pedirle a la señora de Verdurin

algo que podrá interesarme mucho, sea objeto de estudio y me cause placer, porque verdaderamente este año en Balbec he gozado muy poco”. “—No es amable para mí pero no le guardo rencor porque advierto que está nervioso, ¿Qué es ese placer?” “—Que la señora de Verdurin me haga tocar las cosas de un compositor cuyas obras conoce muy bien. Yo también conozco una, pero según parece existen otras y necesitaría saber si están editadas y si son distintas a las primeras”. ¿Qué compositor? “—Mi querida pequeña, una vez que te haya dicho se llama Vinteuil, ¿estarás mucho más adelantada?” Podemos haber rodado todas las ideas posibles, la verdad no ha penetrado nunca y desde afuera y cuando menos lo esperamos nos produce su horrible pinchazo y nos hiere para siempre. “Usted no sabe cómo me divierte—me contestó Albertina levantándose puesto que el tren se iba a parar—. No sólo eso me resulta más elocuente de lo que cree, sino que hasta sin la señora de Verdurin podría tener todos los informes que quiera. Usted recuerda que le hablé de una amiga, mayor que yo, que fue como una madre y una hermana y con la que pasé en Trieste mis mejores años y que por otra parte debo volver a ver dentro de algunas semanas en Cherburgo, desde donde viajaremos juntas (es un poco absurdo, pero usted sabe cómo me gusta el mar); y bien esta amiga (¡oh, no es en absoluto ese tipo de mujer que usted pudiera suponer!), mire qué extraordinario, es justamente la mejor amiga de la hija de ese Vinteuil y yo la conozco casi tanto como ella a la hija de Vinteuil. Siempre las llamo mis hermanas mayores. No me disgusta probarle que su Albertina podrá serle útil para esas cosas musicales acerca de las que dice y con razón que nada entiendo”. Con esas palabras, pronunciadas al entrar en la

estación de Parville, tan lejos de Combray y de Montjouvain, tanto tiempo después de la muerte de Vinteuil, se estremecía una imagen en mi corazón; una imagen reservada durante tantos años, que aunque al almacenarla hubiese podido adivinar su poder nocivo, podía creer que a la larga debía haberla perdido; conservada viva en el fondo de mí mismo —como Orestes, cuya muerte habían impedido los dioses para que en el día señalado volviese a su país para castigar el homicidio de Agamenón— para mi suplicio, para mi castigo, ¿quién lo sabe?, por haber dejado morir quizás a mi abuela; surgiendo de golpe del fondo de la noche en que parecía sepultada para siempre e hiriendo como un Vengador, para inaugurar una vida terrible, nueva y merecida, quizás para que estallaran ante mis ojos las consecuencias funestas que engendran indefinidamente los actos malos y no sólo para quienes los han cometido, sino también para los que no han hecho, ni creído más que contemplar un espectáculo curioso y divertido, como yo ¡ay de mí! en este lejano atardecer en Montjouvain, oculto por la maleza y donde (como cuando escuchara con complacencia el relato de los amores de Swann) había dejado que se me ensanchara peligrosamente la vía funesta y destinada a ser dolorosa del Saber. Y en ese mismo tiempo, tuve una sensación casi orgullosa, casi feliz de mi mayor dolor, como un hombre a quien el choque recibido le provoca tal brinco que llega un punto al que ningún esfuerzo conseguiría subirlo. Albertina, amiga de la señorita de Vinteuil y de su amiga, practicante y profesional del safismo, era, pues, en comparación con lo que yo había supuesto, dentro de las mayores dudas, lo que el pequeño acústico de la Exposición de 1889, del que apenas se pensaba que pudiera ir de una casa a la otra, a los teléfonos

que planean sobre las calles, las ciudades, los campos y los mares, uniendo entre sí a los países. Era una “terra incognita” terrible donde acababa de aterrizar, una nueva fase de insospechados sufrimientos que se abría. Y sin embargo ese diluvio de la realidad que nos sumerge, si es enorme por comparación con nuestras ínfimas y tímidas suposiciones, se veía presentido por ellas. Es sin duda algo como lo que acababa de saber, era algo como la amistad de Albertina y la señorita de Vinteuil, pero que recelaba oscuramente cuando me inquietaba ver a Albertina cerca de Andrea. A menudo y sólo por falta de espíritu creador no se llega lo bastante lejos en el sufrimiento. Y la más terrible realidad provoca al mismo tiempo que el dolor la alegría de un hermoso descubrimiento porque no hace sino dar una forma nueva y clara a lo que rumiábamos mucho tiempo sin advertirlo.

—El tren se había detenido en Parville y como éramos sus únicos pasajeros era con una voz ablandada por la sensación de la inutilidad de la tarea, por la misma costumbre que sin embargo se la hacía cumplir y le inspiraba a la vez la exactitud y la indolencia y más aún por las ganas de dormir, que gritó el empleado: “—Parville”. Albertina frente a mí y viendo que había llegado a destino, dio algunos pasos desde el fondo del vagón en que estábamos y abrió la portezuela. Pero ese movimiento que realizaba también para bajar me desgarraba intolerablemente el corazón como si contrariamente a la posición independiente de mi cuerpo que a dos pasos parecía ocupar el de Albertina, esa separación espacial que un dibujante verista se hubiese visto obligado a marcar entre ambos, era sólo una apariencia y como si quien quisiera volver a dibujar las cosas de acuerdo a la verdadera realidad, tuviese que colocar ahora a Albertina, no ya a alguna distancia

de mí, sino dentro de mí. Me causaba tanto daño al alejarse que, atrapándola, la tiré desesperadamente por el brazo. “—¿Sería materialmente imposible —le pregunté— que usted durmiese esta noche en Balbec?” “—Materialmente, no. Pero me caigo de sueño”.

“—Usted me haría un inmenso servicio...” “—Entonces sea, aunque no entiendo; ¿por qué no me lo dijo antes? En fin, me quedo”. Dormía mi madre cuando después de haberle hecho dar a Albertina un cuarto situado en otro piso, volví al mío. Me senté junto a la ventana conteniendo mis sollozos para que mi madre, de la que me separaba sólo un delgado tabique, no me oyese. Ni siquiera se me había ocurrido cerrar las persianas, porque en un momento al cerrar los ojos vi en el cielo frente a mí ese mismo pequeño resplandor rojo apagado que se veía en el restaurante de Rivebelle en un estudio de sol poniente que había hecho Elstir. Recordé qué exaltación me había producido ver desde el tren el primer día de mi llegada a Balbec, esa misma imagen de una noche que no precedía a la noche sino a un nuevo día. Pero ya no habría en adelante ningún día nuevo para mí y me despertaría el deseo de una desconocida felicidad y sólo prolongaría mis sufrimientos hasta que ya no tuviese fuerzas para soportarlo. La verdad de lo que me había dicho Cottard en el casino de Parville, ya no me ofrecía dudas. Lo que temiera y sospechara vagamente mucho tiempo de Albertina, lo que deducía mi Instinto de todo su ser y lo que me había hecho negar poco a poco mis razonamientos conducidos por mi deseo, era verdad. Detrás de Albertina, ya no veía las montañas azules del mar, sino el cuarto de Montjouvain en donde caía en brazos de la señorita de Vinteuil con esa risa en que se oía algo así como el ignorado sonido de su goce. Porque, linda como lo era Albertina,

¿cómo podía ser que la señorita Vinteuil, con sus aficiones, no hubiese pedido satisfacerlas? Y la prueba de que a Albertina no le había chocado y consintió, es que no se disgustó y su intimidad no dejaba de crecer. Y ese movimiento gracioso de Albertina al posar su barbilla sobre el hombro de Rosamunda, mirándola entre sonrisas y dándole un beso en el cuello, ese movimiento que me recordó la señorita de Vinteuil y para cuya interpretación vacilara en admitir que una misma línea trazada por un gesto produjera obligatoriamente una misma inclinación, ¿quién sabe si Albertina no lo había aprendido sencillamente de la señorita de Vinteuil? Poco a poco el cielo apagado se iba encendiendo. Yo, que hasta entonces no me había despertado nunca sin sonreírle a las cosas más humildes, al tazón de café con leche, al ruido de la lluvia, al tronar del viento, sentí que ese día que iba a despertarse dentro de un instante y todos los días que lo seguirían, ya no me volverían a traer la esperanza de una felicidad desconocida, sino la prolongación de mi martirio. Me interesaba todavía la vida; sabía que sólo me cabía esperar lo más cruel. Corrí al ascensor, a pesar de la hora indebida, para llamar al ascensorista que ejercía las funciones de sereno nocturno, y le pedí que fuera a la habitación de Albertina, que le dijera que tenía que comunicarle algo importante y si podía recibirme. “—La señorita prefiere venir —vino a contestarme—. Estará aquí dentro de un instante”. Y pronto, en efecto, Albertina entró, de bata. “—Albertina —le dije muy quedo y recomendándole no levantara la voz para no despertar a mi madre, de quien sólo nos separaba este tabique, cuya delgadez hoy resulta molesta, y que se parecía antes, cuando se concretaron tan bien las intenciones de mi abuela, a una suerte de diafanidad musical, obligando

a susurrar—, me avergüenza molestarla. He aquí. Para que usted me comprenda debo decirle algo que ignora. Al venir aquí dejé a una mujer con la que tenía que casarme y que estaba dispuesta a dejarlo todo por mí. Debía salir de viaje esta mañana y desde hace una semana todos los días me preguntaba yo si tendría el valor de no telegrafiarle que volvería. Tuve ese valor, pero me sentí tan desgraciado que creí matarme. Por eso es que le pregunté ayer a la noche si no podría pasar la noche en Balbec. De haber debido morir me hubiera gustado despedirme de usted”. Y di liare curso a las lágrimas que mi ficción hacía naturales. “—¡Pobrecito mío!, de haberlo sabido hubiera pasado la noche con usted”, exclamó Albertina, en cuyo espíritu se desvanecía la idea de que me casaría quizás con esa mujer y por lo tanto la ocasión de contraer un “buen matrimonio” ni siquiera se le ocurrió; a tal punto estaba sinceramente conmovida con un pesar cuya causa podía ocultarle pero no su realidad ni su fuerza. “Por otra parte —me dijo ella—, ayer, durante todo el trayecto desde la Raspelière, ya me había dado cuenta de que estaba usted nervioso y triste y temía algo”. En realidad mi pena sólo había empezado en Parville y la nerviosidad muy distinta, aunque por suerte Albertina *lo* confundía, provenía del fastidio de tener que vivir unos días más con ella. Agregó: “—Ya no lo dejo; voy a quedarme hasta el final”. Me ofrecía precisamente —y sólo ella podía ofrecérmelo— el único remedio contra el veneno que me quemaba, homogéneo con él, por otra parte; uno dulce y el otro cruel; ambos derivaban igualmente de Albertina. En ese momento Albertina —mi enfermedad— aflojaba la causa de mis sufrimientos y me entregaba a ella —Albertina-remedio— enternecido como un convaleciente. Pero pensaba que pronto se iría de Balbec para

Cherbourg y de ahí para Trieste. Renacerían sus antiguas costumbres. Lo que yo quería ante todo, era impedir que Albertina tomara el barco y tratar de llevarla a París. En verdad que desde París, más fácil aún que desde Balbec, podría ir a Trieste en cuanto quisiera, pero en París ya veríamos; quizás pudiera pedirle a la señora de Guermantes que influyese indirectamente sobre la amiga de la señorita Vinteuil para que no se quedase en Trieste y aceptara una situación en otra parte, quizás en casa del príncipe de... que había encontrado en lo de la señora de Villeparisis, y aun en lo de la señora de Guermantes. Y éste, aun si quisiera ir Albertina a su casa para ver a su amiga, avisado por la señora de Guermantes, podría impedir que se juntaran. En verdad pude haberme dicho que si Albertina tenía esas aficiones, encontraría en París muchas personas que pudieran satisfacerla. Pero cada movimiento de celos es particular y lleva el sello de la criatura —por esta vez la amiga de la señorita de Vinteuil— que los provoca. La pasión misteriosa con la que antes había pensado en Austria, porque era el país de donde llegaba Albertina (su tío había sido consejero de Embajada); su singularidad geográfica, la raza que lo poblaba, sus monumentos, sus paisajes, podía considerarlos así como en un atlas o en una colección de vistas, en la sonrisa y los modales de Albertina; yo seguía experimentando aún esa pasión misteriosa, pero con una inversión de signos, en el dominio del horror. Sí; de ahí venía Albertina. Ahí era donde en cada casa, estaba segura ya de encontrar a la amiga de la señorita Vinteuil, ya a otras. Volverían las costumbres de infancia; se reunirían a los tres meses, para Navidad, luego el 19 de enero, fechas que ya me resultaban tristes por sí mismas, por el inconsciente recuerdo de pesar que había experimentado

cuando me separaban antaño de Gilberta durante todas las vacaciones de año nuevo. Después las largas comidas, después los *réveillons*, y cuando todos estarían alegres y animados, Albertina tendría esas mismas actitudes, que le había visto con Andrea, con sus amigas de allá, mientras que a amistad de Albertina por ella era inocente; ¡quién sabe las que había acercado delante de mí a la señorita Vinteuil perseguida por su amiga a Montjouvain! Ahora, mientras su amiga le hacía cosquillas a la señorita Vinteuil antes de caer sobre ella, le prestaba el rostro inflamado de Albertina, de Albertina a la que le oí al huir y abandonarse, esa risa extraña y profunda. Que era, al lado del sufrimiento que experimentaba, los celos que pude haber sentido el día en que Saint-Loup la había encontrado conmigo a Albertina en Doncières, cuando ella coqueteara con él y también lo que había experimentado al volver a pensar en el desconocido iniciador al que podía deberle los primeros besos que me había dado en París, el día en que esperaba la carta de la señorita Stermaria. Nada eran esos otros celos provocados por Saint-Loup o por un joven cualquiera. En ese caso, a lo sumo hubiera podido temer a un rival contra quien tratara de triunfar. Pero aquí no se me aparecía el rival; sus armas eran distintas; no podía luchar en el mismo terreno ni darle los mismos placeres a Albertina ni siquiera concebirlas con precisión. En muchos momentos de nuestra vida, cambiaríamos todo el porvenir a cambio de un poder insignificante en sí mismo. Antaño hubiera renunciado a todas las ventajas de la vida para conocer a la señora de Blatin, porque era amiga de la señora de Swann. Hoy, para que Albertina no se fuese a Trieste, hubiera soportado todos los sufrimientos; y si eso no bastara, se los hubiera infligido. La hubiera aislado y encerrado; le

hubiese quitado el escaso dinero que tenía, para que sin él, no pudiese realizar el viaje. Como antaño, lo que me impelía cuando quería ir a Balbec, era el deseo de una iglesia persa, de una tempestad al amanecer; lo que me desgarraba el corazón ahora era pensar que quizás Albertina se fuera a Trieste, era que pasaría la Nochebuena con la amiga de la señorita Vinteuil; porque cuando la imaginación cambia su naturaleza y se hace sensible, no dispone para ello de una cantidad mayor de imágenes simultáneas. Si me hubieran dicho que en ese momento no se encontraba en Cherburgo o en Trieste, y que no podría verla a Albertina, hubiera llorado de alegría y dulzura. ¡Cómo hubiesen cambiado mi vida y mi porvenir! Y sin embargo, bien sabía que era arbitraria esa localización de mis celos, y que si Albertina tenía esas aficiones, podía satisfacerlas con otros. Por otra parte, ver a esas mismas muchachas en otro lugar, no hubiera torturado a ese punto mi corazón. De Trieste, de ese mundo desconocido en donde yo sabía a gusto a Albertina, donde estaban sus recuerdos, sus amistades, sus amores de infancia, era de donde se desprendía esa atmósfera hostil e inexplicable como la que antes subía hasta mi cuarto de Combray, del comedor donde oía conversar y reír con los extraños, a través del ruido de los tenedores, a mamá, que no vendría a darme las buenas noches; como la que había llenado para Swann las casas donde Odette iba a buscar en fiestas, inconcebibles alegrías. Ya no pensaba ahora en Trieste más como en un país delicioso, cuya raza es pensativa, dorados los crepúsculos y tristes los campanarios, sino como en una ciudad maldita, que hubiera deseado quemar inmediatamente y suprimir del mundo real. Esta ciudad estaba hundida en mi corazón como una punta permanente. Me horrorizaba

dejar partir pronto a Albertina para Cherburgo y Trieste, y hasta quedarme en Balbec. Porque ahora que la revelación de la intimidad de mi amiga con la señorita Vinteuil se me hacía una casi certidumbre, me parecía que todos los momentos en que Albertina no estaba conmigo (y había días enteros en que no podía verla debido a su tía), estaba entregada a las primas de Bloch y quizás a otras. La idea de que esa misma noche podría ver a las primas de Bloch, me enloquecía. Por eso, una vez que me dijo que no me dejaría durante algunos días, le contesté: “—Pero es que quisiera partir para París. ¿No partiría usted conmigo? ¿F no quisiera vivir un poco con nosotros en París?”. A toda costa había que impedirle que estuviera sola; por lo menos algunos días, conservarla a mi lado para estar seguro de que no pudiera ver a la amiga de la señorita Vinteuil. En realidad habitaría sola conmigo, porque mi madre, aprovechando un viaje de inspección que haría mi padre, se había impuesto como un deber, obedecer una voluntad de mi abuelo, que deseaba fuera a pasar algunos días en Combray con una de sus hermanas. Mamá no quería mucho a su tía, porque no había sido muy tierna con ella, ni la hermana que debiera para mi abuela. Así, una vez crecidos, los hijos recuerdan con rencor a los que fueron malos con ellos. Pero mamá, convertida en mi abuela, era incapaz de rencor alguno; la vida de su madre era para ella algo así como una infancia pura e inocente a la que iba a buscar esos recuerdos cuya dulzura o amargura regulaba sus acciones con unos y otros. Mi tía podía haber proporcionado a mamá algunos detalles inapreciables, pero ahora los tendría difícilmente; su tía se había enfermado gravemente (decían que de cáncer), y ella se reprochaba a sí misma no haber acudido antes para acompañar a mi padre, y sólo

encontraba un motivo más de hacer lo que hubiera hecho su madre, y como iba al aniversario del padre de mi abuela, que había sido tan mal padre, llevó unas flores para su tumba, como las que acostumbraba a llevar mi abuela. Mientras estuviera en Combray, mi madre se ocuparía de algunos trabajos, pero sólo si se ejecutaban bajo la vigilancia de su hija. Por lo que aún no habían empezado. Mamá no quería, al dejar París con mi padre, hacerle sentir el peso excesivo de un duelo al que se asociaba, pero que no podía afligirlo como a ella. “—¡Ah!, no sería posible en ese momento—me contestó Albertina—. Por otra parte, ¿para qué necesita usted volver tan pronto a París, ya que se ha ido esa señora?”. “—Porque estaré más tranquilo en un sitio en que la he conocido, antes que en Balbec, que nunca vio ella, y al que le he tomado fastidio”. No sé si Albertina comprendió más tarde que esa otra mujer no existía y que si esa noche había querido morir perfectamente, es porque me revelara por descuido que estaba vinculada con la amiga de la señorita Vinteuil. Hay momentos en que eso me parece probable. En todo caso, esa mañana creyó en la existencia de esa mujer. “—Pero usted debiera casarse con esa mujer —me dijo—; hijo mío, sería feliz y ella con seguridad también lo sería”. Le contesté que la idea de que podía hacer feliz a esa mujer había estado, efectivamente, a punto de decidirme; últimamente, cuando recibí una herencia importante que me permitiría darle mucho lujo y placeres a mi mujer, casi acepté el sacrificio de la que amaba. Embriagado por la gratitud que me inspiraba la gentileza de Albertina tan cerca del sufrimiento atroz que me había causado, en la misma forma que uno le prometería una fortuna al mozo de café que nos sirve un sexto vaso de aguardiente,

le dije que mi mujer tendría un auto y un yate, y desde ese punto de vista, ya que Albertina gustaba tanto del auto y del *yachting*, era una desgracia que no fuese la que yo amaba; yo hubiera sido el marido perfecto para ella, pero ya veríamos, quizás pudiéramos vernos agradablemente. A pesar de todo, como hasta durante la embriaguez, uno se contiene y no llama a los transeúntes por temor de los golpes, no cometí la imprudencia (si era una) como lo hubiese hecho en tiempos de Gilberta, diciéndole que era a ella, Albertina, a quien amaba. “—Ya ve, estuve a punto de casarme con ella. Pero no me atreví a hacerlo, sin embargo; no hubiera querido hacer vivir a una joven junto a alguien tan enfermo y fastidioso”. “—Pero usted está loco; cualquiera querría vivir junto a usted; mire cómo lo buscan todos. No hablan de otro en casa de la señora de Verdurin y en el gran mundo también; me lo han dicho. Esa mujer no ha sido, pues, amable con usted para darle esa impresión de duda acerca de sí mismo. Ya veo lo que es: una malvada; la odio; ¡ah!, si hubiese estado en su lugar”. “—Se equivoca; es amable, muy amable. En cuanto a los Verdurin y al resto, no me importa nada. Fuera de la que amo y a la que, por otra parte, he renunciado, sólo me interesa mí pequeña Albertina; sólo ella, viéndome mucho, por lo menos los primeros días —agregué para no espantarla y poder pedir mucho durante esos días— podrá consolarme un poco”. Hice sólo una vaga alusión a una posibilidad matrimonial, a pesar de decir que era irrealizable porque no concordaban nuestros caracteres. A pesar de mí mismo, siempre perseguido por los celos con el recuerdo de las relaciones de Saint-Loup con *Raquel cuando del Señor* y de Swann con Odette, llegaba a creer que desde el momento que yo amaba, no podía ser amado y

que sólo el interés podía vincularme a una mujer. Sin duda era una locura juzgara Albertina de acuerdo a Odette y a Rachel. Pero no era ella: era yo; eran los sentimientos que podía inspirar los que mis celos subestimaban demasiado. Y de ese juicio, quizás erróneo, nacieron sin duda muchas desgracias que irían a recaer sobre nosotros. “—¿Entonces rechaza mi invitación para París?”. “—Mi tía no querrá que me vaya ahora. Además, aunque pueda más tarde, ¿no parecerá raro que vaya así a su casa? Ya sabrán en París que no soy su prima”. “—Y bueno; diremos que somos algo novios. ¿Qué importa, ya que usted sabe que no es verdad?”. El cuello de Albertina, que emergía íntegro de su camisa, era poderoso, dorado y de grano grueso. Lo besé con tanta pureza como si hubiera besado a mi madre, para calmar un pesar de niño que entonces creía no poder arrancar nunca de mi corazón. Albertina me dejó para vestirse. Por otra parte, ya se vencía su abnegación; hacía un instante me había dicho que no me dejaría ni por un segundo. (Y yo advertía que su resolución no duraría, ya que temía, si nos quedábamos en Balbec, que esa misma noche fuera a verlas sin mí a las primas de Bloch). Y ahora acababa de decirme que quería llegarse hasta Maineville y que volvería a verme por la tarde. No había vuelto la víspera a la noche; podía haber cartas para ella y además su tía estaría inquieta. Y o le había contestado: “—Si no es más que por eso, podemos mandar al ascensorista que le diga a su tía que está usted aquí y que retire sus cartas”. Y deseosa de mostrarse amable, pero contrariada de estar sometida a una servidumbre, arrugó la frente y dijo luego muy amablemente: “—Eso es”, y mandó al ascensorista.

Albertina no me había dejado ni un momento, y ya estaba el ascensorista golpeando ligeramente. Yo no esperaba que mientras conversaba con Albertina, tuviese tiempo de ir a Maineville y volver. Venía para decirme que Albertina le había escrito unas líneas a su tía y que podría, si yo lo quería, ir a París ese mismo día. Había procedido mal, por otra parte, al hacerle ese encargo de viva voz, porque, a pesar de la hora temprana, el director ya estaba al corriente y venía enloquecido a preguntarme si algo me había disgustado y si me iba de veras; si no podría esperar unos días al menos, ya que el viento era hoy bastante *temeroso* (había que temerlo). Yo no quería explicarle que a toda costa deseaba que no estuviese Albertina en Balbec a la hora en que las primas de Bloch daban su paseo; sobre todo porque Andrea, que era la única que podría protegerla, no estaba allí, y que Balbec era como uno de esos lugares en que un enfermo que ya no respira está decidido, aunque tenga que morir en el camino, a no pasar una noche más. Por otra parte, tendría que luchar contra ruegos por el estilo; primero, en el hotel donde María Gineste y Celeste Albaret tenían los ojos enrojecidos. (María, por otra parte, dejaba oír el presuroso sollozo de un torrente. Celeste, más blanda, le recomendaba tranquilidad; pero cuando María murmuró los únicos versos que sabía: *Aquí abajo se mueren todas las lilas*, Celeste ya no pudo contenerse y un mantel de lágrimas se desplegó sobre su cara color lila; pienso, por otra parte, que me olvidaron esa misma noche). Luego, en el trencito local, a pesar de todas las precauciones que había tomado para que no me vieran, me encontré con el señor de Cambremer, que palideció al ver mis baúles, porque contaba conmigo para dos días después; me indignó al quererme convencer de que mis

sofocaciones dependían del cambio de clima y que el mes de octubre les resultaría excelente, y me preguntó si de cualquier manera “no podría postergar mi partida por ocho días”, expresión cuya tontería me enfureció quizás porque me dañaba lo que me proponía. Y mientras me hablaba en el vagón, a cada estación temía que aparecieran, más terribles que Heribaldo o Guiscard, el señor de Crécy, implorando que lo invitaran, o más temible aún, la señora de Verdurin insistiendo en invitarme. Pero eso no sucedería sino dentro de algunas horas. Todavía no había llegado a ese punto. Sólo tenía que enfrentar las quejas desesperadas del director. Lo despaché, porque temí que con tanto susurro no acabara por despertar a mamá. Me quedé solo en el cuarto, ese mismo cuarto de cielo raso demasiado alto en donde había sido tan infeliz en mi primera estada, en donde había pensado en la señorita Stermaría con tanta ternura, acechado el paso de Albertina y sus amigas como pájaros migradores detenidos en la playa; donde la había poseído con tanta indiferencia cuando la mandara llamar con el ascensorista; donde había conocido la bondad de mi abuela, y sabido que se había muerto; esas celosías a cuyo pie caía la luz de la mañana, las había abierto por primera vez para ver los primeros contrafuertes del mar (esas celosías que me mandaba cerrar Albertina para que no vieran que nos besábamos). Tomaba conciencia de mis propias transformaciones al confrontarlas con la identidad de las cosas. Sin embargo, uno se acostumbra a ellas, y cuando recuerda de pronto la significación diferente que tuvieron y cuando han perdido todo significado, los acontecimientos tan distintos a los actuales que señalaron, la diversidad de actos realizados bajo el mismo techo, entre las mismas bibliotecas con vidrios, el cambio del corazón y la vida

que implica esa diversidad, parecen aumentar todavía por la inmutable permanencia del decorado, reforzado por la unidad de lugar.

Dos o tres veces, durante un instante, se me ocurrió que el mundo en que estaba ese cuarto y esas bibliotecas y en el que Albertina significaba tan poco, fuera quizás un mundo intelectual, que era la única realidad y mi pesar algo como lo que causa la lectura de una novela y para el que sólo un loco podía convertir en pesar duradero y permanente que se prolongara en su vida, y que bastaría quizás un pequeño movimiento de mi voluntad para alcanzar ese mundo real y entrar sobrepasando mi dolor, como esos aros de papel que se atraviesan, y no preocuparme ya más de lo que había hecho Albertina, como no nos preocupamos de las acciones de la protagonista supuesta de una novela, una vez que dejamos de leerla. Por otra parte, las queridas que más amé, nunca coincidieron con mi amor por ellas. Ese amor era verdadero, ya que todo lo subordinaba a verlas y conservarlas sólo para mí, puesto que sollozaba si las oía alguna noche. Pero tenían más la aptitud de despertar ese amor, de llevarlo a su paroxismo, de lo que constituían su imagen. Cuando las veía y las oía, nada encontraba en ellas que se pareciese a mi amor y pudiese explicarlo. Sin embargo, mi única alegría era verlas y mi única ansiedad esperarlas. Parecería que les había sido agregada accesoriamente por la naturaleza una virtud que no tenía ninguna relación con ellas, y que esa virtud, ese poder aparentemente eléctrico, tenía para mí el efecto de excitar el amor, es decir, dirigir todas mis acciones y causarme todas las penas. Pero de eso, la belleza, o la inteligencia, o la bondad de esas mujeres, eran completamente distintos. Como una corriente eléctrica que lo mueve a uno, me sacudieron mis amores, los viví, los

sentí: nunca llegué a verlos o pensarlos. Hasta llego a creer que en esos amores (dejo a un lado el placer físico que los acompaña habitualmente, pero no basta para constituirlos), bajo la apariencia de la mujer, nos dirigimos, como si fueran divinidades oscuras, a esas fuerzas invisibles que la acompañan accesoriamente. Son ellas cuya benevolencia necesitamos y cuyo contacto buscamos sin hallar un placer positivo. La mujer, durante la cita, nos pone en contacto con esas diosas y nada más. Como ofrendas hemos prometido joyas y viajes; pronunciamos fórmulas que significan que las adoramos y fórmulas contrarias que significan que somos indiferentes. Hemos dispuesto todo nuestro poder para conseguir otra cita, pero que sea concedida sin fastidio. ¿Y podría ser sólo por la mujer, si no estuviera completada por esas fuerzas ocultas, por la que nos daríamos tanto trabajo, la que una vez que se ha ido, apenas podríamos decir cómo iba vestida y advertimos que ni siquiera la hemos mirado?

Como el de la vista es un sentido engañoso, un cuerpo humano aún querido como el de Albertina, nos parece a algunos metros, a pocos centímetros, distante de nosotros. Y lo mismo con su alma. Sólo que algo cambia violentamente la ubicación de esa alma con respecto a nosotros, nos prueba que quiere a otros seres y no a nosotros; entonces, por los latidos de nuestro corazón dislocado advertimos que la criatura querida no estaba a algunos pasos de nosotros sino dentro de nosotros mismos. En nosotros, en regiones más o menos superficiales. Pero las palabras: “—La señorita Vinteuil, es esa amiga”, habían sido el sésamo que no hubiese encontrado por mí mismo, que había hecho penetrar a Albertina en la profundidad de mi corazón desgarrado. Y podía haber buscado durante cien años

sin saber cómo podría volver a abrirse esa puerta que se había cerrado sobre ella.

Había dejado de oír esas palabras un instante mientras Albertina estaba conmigo hacía un rato. Abrazándola como abrazaba en Combray a mi madre, para calmar mi angustia, casi creía en la inocencia de Albertina o por lo menos no pensaba continuamente en el descubrimiento de su vicio. Pero ahora que estaba solo, las palabras sonaban de nuevo como esos ruidos interiores del oído que oímos apenas dejan de hablarnos. Ahora su vicio ya no me ofrecía dudas. La luz del sol que se iba a levantar modificando las cosas de mi entorno, me hizo tomar nuevamente, como si me desplazara un instante con respecto a ella, más cruel conciencia de mi sufrimiento. Nunca había visto empezar una mañana tan bella ni dolorosa. Pensando en todos los paisajes indiferentes que iban a encenderse y que hasta la víspera sólo me hubiesen despertado el deseo de visitarlos, no pude evitar un sollozo cuando en un gesto de ofertorio cumplido mecánicamente y que me pareció simbolizaba el sacrificio sangriento que haría de toda alegría cada mañana hasta el final de mi vida, renovación solemnemente celebrada en cada aurora con mi dolor cotidiano y la sangre de mi herida, el huevo de oro del sol, como si lo propulsara la ruptura del equilibrio que produciría un cambio de densidad en el momento de la coagulación, erizado de llamas como en los cuadros, reventó de un golpe el telón tras el cual se le sentía desde hacía un instante, estremecido y listo para entrar en escena y lanzarse y cuya púrpura misteriosa y rígida esfumó bajo olas luminosas. Yo mismo me oí llorar. Pero en ese momento y contra toda espera, me pareció ver a mi abuela delante de mí, como una de las apariciones

que ya había tenido, pero sólo mientras dormía. ¿Todo eso no sería sino un sueño? ¡Ay de mí! Estaba muy despierto. “—Te parece que me parezco a tu pobre abuela”, me dijo mamá, porque era ella, con dulzura, como para calmar mi espanto, confesando, por otra parte, ese parecido, con una bella sonrisa de modesta altivez que nunca conociera la coquetería. Sus cabellos desordenados, en donde no se ocultaban las mechas grises que serpenteaban en torno a sus ojos inquietos y sus mejillas envejecidas; la bata misma de mi abuela que llevaba, todo me había impedido reconocerla durante un segundo y me había hecho dudar si dormía o si había resucitado mi abuela. Desde hacía ya tiempo mi madre se parecía a mi abuela mucho más que a la reidora y joven mamá que conociera mi infancia. Pero ya no había pensado en ello. En la misma forma, cuando uno se ha quedado leyendo largo rato, no advierte que pasa la hora y de pronto se observa que el sol que la víspera estaba a la misma hora, despierta a su alrededor las mismas armonías y las mismas correspondencias que preparan el crepúsculo. Mi madre me señaló mi error sonriendo, porque le era grato tener tal parecido con su madre. “—He venido —me dijo mi madre porque al dormir me pareció oír que alguien lloraba. Eso me despertó. Pero, ¿cómo es posible que no te hayas acostado?

Y tienes los ojos llenos de lágrimas. ¿Qué sucede?” Tomé su cabeza entre mis brazos: “—Mamá: se trata de esto temo que me creas muy tornadizo. Pero ante todo, ayer no te hablé muy amablemente de Albertina; lo que te dije era injusto”. “—Pero, ¿qué importancia tiene?”, me dijo mi madre, y advirtiendo él sol naciente, sonrió con tristeza pensando en su madre y para que no perdiese el fruto de un espectáculo que mi abuela lamentaba que yo no

contemplase nunca, me señaló la ventana. Pero detrás de la playa de Balbec, el mar y el despertar del sol que me indicaba mi madre, yo veía con movimientos de desesperación que no se le escapaban, el cuarto de Montjouvain en que Albertina, rosada, acurrucada como una gata grande, la nariz traviesa, había tomado el lugar de la amiga de la señorita Vinteuil y decía haciendo restallar su risa voluptuosa: “—Y bueno, si nos ven, tanto mejor. ¡Yo! ¿No iría a atreverme a escupirle a ese mono viejo?”. Esa escena era la que veía detrás de la que se extendió en la ventana y que no era sino un velo melancólico, superpuesto como un reflejo. Parecía, en efecto, ella misma casi irreal, como una vista pintada. Frente a nosotros, en la saliente del acantilado de Parville, el bosquecillo en que habíamos jugado a la sortija corría en pendiente hasta el mar, bajo el barniz aún dorado del agua, el cuadro de su follaje, como en la hora en que nos levantáramos a menudo al crepúsculo, cuando había ido con Albertina para una siesta, al ver bajar el sol. En el desorden de las nieblas nocturnas que arrastraban aún en harapos rosados y azules vestigios del nácar del alba sobre las aguas pobladas, pasaban barcos sonriendo a la luz oblicua que amarilleaba sus velas y el extremo de su bauprés, como cuando vuelven por la noche: escena imaginaria, desierta y temblorosa; pura evocación del crepúsculo que no descansaba, como la noche sobre la serie de las horas del día que habitualmente veía anticiparse; suelta, interpolada más inconsistente aún que la horrible imagen de Montjouvain que no conseguía anular, ni cubrir, ni ocultar —poética y vana imagen del recuerdo y del ensueño. “—Pero, veamos —me dijo mi madre—; no me hablaste en lo más mínimo mal de ella; me dijiste que te fastidiaba un poco y que te alegraba haber renunciado a

la idea de casarte con ella. No es un motivo para llorar en esa forma. Piensa que hoy parte tu mamá y la va a desesperar dejar a su grandote en ese estado. Tanto más, pobre pequeño, que no tengo tiempo de consolarte. Porque por más que mis cosas estén listas nunca sobra tiempo en un día de partida”. “—No es eso”. Y entonces, calculando el porvenir, sopesando perfectamente mi voluntad, comprendiendo que semejante ternura de Albertina para la amiga de la señorita Vinteuil y por tanto tiempo, no había podido ser inocente, que Albertina había sido iniciada y por todo lo que me indicaban sus gestos, había nacido, por otra parte, con la predisposición del vicio que mis inquietudes presintieron con exceso, al que nunca había dejado de entregarse (al que se entregaba quizás en este momento, aprovechando un instante en que yo no estaba), le dije a mi madre, sabiendo la pena que le causaba, que no me demostró y que sólo se le hizo visible en esa expresión de preocupada seriedad que tenía cuando comparaba la gravedad de causarme pena o causarme daño; esa expresión que había tenido en Combray por primera vez cuando se había resignado a pasar la noche conmigo, esa expresión que en ese momento se parecía extraordinariamente a la de mi abuela cuando me permitía beber coñac, le dije a mi madre: “—Sé la pena que voy a causarte. Ante todo, en lugar de quedarme aquí como lo querías, voy a partir al mismo tiempo que tú. Eso no es nada aún. Aquí no me siento bien; prefiero volver. Pero escúchame y no tengas mucha pena. He aquí. Me he engañado, y te engañé de buena fe ayer, y he meditado toda la noche. Es absolutamente necesario y decidámoslo enseguida, porque ahora me doy cuenta de que ya no cambiaré y sin ello no podría vivir: es absolutamente necesario que me case con Albertina”.

NOTAS

¹ Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, que se menciona por su dirección, como Downing Street. (N. del T.) (*volver a la obra*)

² Monsieur (señor) se le llamaba al hermano del rey de Francia. (N. del T.) (*volver a la obra*)

³ ¡Cielos! Qué numeroso enjambre de bellezas inocentes — se ofrece en masa a mis ojos y sale de todas partes.— ¡Qué amable pudor está, pintado en sus rostros! (*volver a la obra*)

⁴ Sin embargo su amor por nuestra nación — ha probado este palacio de hijas de Sión, — flores jóvenes y tiernas agitadas por el sino, — trasplantadas como yo bajo un cielo extraño. — En un lugar separado de testigos profanos, — él (excelente embajador) utiliza sus estudios y sus cuidados para formarlas. (*volver a la obra*)

⁵ El rey hasta hoy ignora quién soy — y ese secreto encadena mi lengua. (*volver a la obra*)

⁶ Eso proviene de que «la barbe»: la barba, es una expresión vulgar que significa que una cosa resulta muy aburrida. (N. del T.) (*volver a la obra*)

⁷ 20 francos. (N. del T.) (*volver a la obra*)

⁸ Juego de palabras con el apellido Saint-Euverte: *Santo* (Saint) y *Verde* (Verte), de sonido similar. (N. del T.) (*volver a la obra*)

⁹ “Le Duc”, o sea: *el duque*. (N. del T.) (*volver a la obra*)

¹⁰ Juego de palabras intraducible: la pronunciación de *Charles attend* (Carlos espera, es igual a la de *charlatan*: charlatán. (N. del T.) (*volver a la obra*)

¹¹ Es curioso que Proust llame al teléfono “el invento de Edison”, en lugar del invento de Bell (N. del T.) (*volver a la obra*)

¹² El director confunde el significado de los términos: *trépano*, por *tímpano*; *intolerable* por *inexorable*; *consumada* por *consumida*; *rutinero* por *astuto* (*routinier* en lugar de *roublard*); *ponerse en cuclillas* por *adormilarse* (*s'accroupir* por *s'assoupir*); *agradecido* por *reconocible* (*reconnaisant* por *reconnaisable*); *rúbrica* por *parágrafo* (*paraphe* por *paragraphe*); *cúpula* por *copa* (*coupole* por *coupe*); *fusta* por *corbata* (*cravache* por *cravate*). (N. del T.) (*volver a la obra*)

¹³ Nuevos equívocos verbales del director: *Roulé* (echado al suelo), por *roué* (molido a golpes), y *répétitions* (ensayos), por *répéter*, repetir. (*volver a la obra*)

¹⁴ El lenguado (*sole*) se pronuncia en forma parecida, aunque no idéntica, al sauce (*saulé*). (N. del T.) (*volver a la obra*)

¹⁵ Hay un pequeño matiz de pronunciación, intraducible, como es natural. Para no alterar el texto, preferimos dejarlo como está. (N. del T.) (*volver a la obra*)

¹⁶ Nuevo equívoco: *pureté* (pureza) se pronuncia en forma parecida a *puberté* (pubertad). (N. del T.) (*volver a la obra*)

¹⁷ Referencia al célebre poema de Baudelaire “El Albatros”, que termina con este verso: «Les ailes de géant l’empêchent de marcher». (N. del T.) (*volver a la obra*)

¹⁸ Hay una diferencia sutil de pronunciación: en un caso *oncle* (tío) se pronuncia haciendo sonar ligeramente la *l*, y en el caso de los Guermantes, más afectados, se suprime por completo el sonido de la *l* y se pronuncia *oncle* como si se escribiera *onk*. (N. del T.) (*volver a la obra*)

¹⁹ Nuevos ejemplos: Uzès, haciendo sonar la *s* final, como corresponde, y Rohan, con *o*, se pronuncian al estilo de los Cambremer, sin la *s* y con *u*. (N. del T.) (*volver a la obra*)

- ²⁰ Recargo periódico del servicio militar. (N. del T.) (*volver a la obra*)
- ²¹ Preferimos usar directamente el divulgado vocablo francés, en lugar de su acepción castiza menos usual. (N. del T.) (*volver a la obra*)
- ²² Evidentemente, un regionalismo. (N. del T.) (*volver a la obra*)
- ²³ La famosa y antigua *Revue des Deux-Mondes*. (N. del T.) (*volver a la obra*)
- ²⁴ Preferimos dejar la expresión *Tableau* (literalmente: cuadro), que se refiere a una situación particularmente notable y sorprendente en su idioma original, ya que la suelen usar en castellano en esa forma aquellos a quienes no preocupa una obsesión purista. (N. del T.) (*volver a la obra*)
- ²⁵ Las palabras inglesas tal cual en el original. (N. del T.) (*volver a la obra*)
- ²⁶ Suplemento del servicio militar en Francia, que abarca veintiocho días. (N. del T.) (*volver a la obra*)
- ²⁷ San Martín el Viejo. (N. del T.) (*volver a la obra*)
- ²⁸ *Honni soit qui mal y pense* (Escarnecido quien piense mal), que hemos dejado en francés para conservar su sabor y dado que circula en ese idioma como una expresión irremplazable. (N. del T.) (*volver a la obra*)
- ²⁹ Pocquelin: Molière. (N. del T.) (*volver a la obra*)

³⁰ *Bouillabaisse*, sopa meridional hecha con muchos pescados y mariscos, suerte de paella, cuyo nombre internacionalizado por la cocina hemos preferido dejar en su versión original, conocida y aceptada.

(N. del T.) (*volver a la obra*)

³¹ En castellano en el original. (N. del T.) (*volver a la obra*)

³² En inglés, en el original. (N. del T.) (*volver a la obra*)

³³ *Chantepie*, exactamente “cantaurraca”. (N. del T.) (*volver a la obra*)

³⁴ Expresiones vulgares francesas: *bête como chou* (tonto como un repollo; dormir como un poste (*dormir comme un pieu*), etc., como las que tienen todos los idiomas y que Cottard analiza despiadadamente.

(N. del T.) (*volver a la obra*)

³⁵ En realidad, Cottard dice: *faire les quatre cents coups* (literalmente: dar cuatrocientos golpes, por hacer mucha bulla). (N. del T.) (*volver a la obra*)

³⁶ La forma libresca a que alude Proust es que la señora de Cambremer, en lugar de decir *honte*, por vergüenza, emplea la forma arcaica *vergogne*.

(N. del T.) (*volver a la obra*)

³⁷ La explicación se debe a que Brichot emplea la palabra *pouillé*, poco usada y derivada del bajo latín *pulatum*, con el mismo significado. (N.

del T.) (*volver a la obra*)

³⁸ *Saint-Martin-du-Chêne*, o sea San Martín de la Encina, y *Saint-Pierre-des-Ifs*, o sea San Pedro de los Tejos. (N. del T.) (volver a la obra)

³⁹ Porque vertedero se dice en francés *évier*. (N. del T.) (volver a la obra)

⁴⁰ Equívoco efectivamente muy conocido: *Watteau à vapeur* (Watteau al vapor) se pronuncia sensiblemente igual a *Bateau à vapeur* (barco de vapor). (N. del T.) (volver a la obra)

⁴¹ Es decir, una contracción de *Pasa adelante*. (N. del T.) (volver a la obra)

⁴² *Jemenfou*, contracción de *je m'en fous*, términos vulgares y muy comunes que significan o poco menos: no me importa un ardite, y que constituyen lo que se llama el *manfichisino*, es decir, una actitud de desapego frente a todas las cosas de la vida. (N. del T.) (volver a la obra)

⁴³ Juego de palabras intraducible: «Tu nous la *sors bonne*, que se puede confundir con *Sorbonne*. (N. del T.) (volver a la obra)

⁴⁴ El original trae un juego de palabras intraducible, y para cuya traslación no vale la pena dislocar el texto: el director de los equívocos emplea *parcheminer* (apergaminar) en lugar de *parsemer* (sembrar). (N. del T.) (volver a la obra)

⁴⁵ A la clásica manera de Rabelais, palabras formadas con la raíz de Sorbona. (N. del T.) (volver a la obra)

⁴⁶ Carlos es *Charles* y Encantos es *Charmes*, que efectivamente tienen un parentesco fonético con *Charlus*. (N. del T.) (*volver a la obra*)

⁴⁷ Francés arcaico: El mismo placer del amo. (N. del T.) (*volver a la obra*)

⁴⁸ *Verjus* significa en agraz. (N. del T.) (*volver a la obra*)

⁴⁹ Preferimos usar el vocablo francés *cocotte*, mucho más suave y divulgado que cualquiera de sus ásperos sinónimos castizos. (N. del T.) (*volver a la obra*)

⁵⁰ Hay, efectivamente, una similitud fonética entre la divisa: *Ne sçais l'heure* (Ignoro la hora, en francés arcaico) y la pronunciación del nombre *Saylor*. (N. del T.) (*volver a la obra*)

⁵¹ Efectivamente, en el original, el señor de Charlus, en lugar de nuestro *experimentado*, utiliza la palabra *dessalé*. (N. del T.) (*volver a la obra*)

⁵² Naturalmente, *flor* y *buey* en francés: *fleur* y *boeuf*. (N. del T.) (*volver a la obra*)

⁵³ Puente del Obispo. (*volver a la obra*)

⁵⁴ Puente del Abad. (N. del T.) (*volver a la obra*)

⁵⁵ Fácil equívoco fonético que hace el barón entre *bloque* (*bloc*) y el apellido *Lloch*. (N. del T.) (*volver a la obra*)

⁵⁶ Se designaba con el sencillo nombre de *Monsieur* (señor) al hermano del rey; lo que origina el equívoco del barón. (N. del T.) (*volver a la obra*)

⁵⁷ *Coupé* (cupé) significa literalmente *cortado*, y posiblemente el barón alude con esa risueña redundancia a la circuncisión de los judíos. (N. del T.) (*volver a la obra*)